
3 1761 08695993 9

VIDA

DE

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

VIDA

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA,

POR

Ramon Leon Mainez,

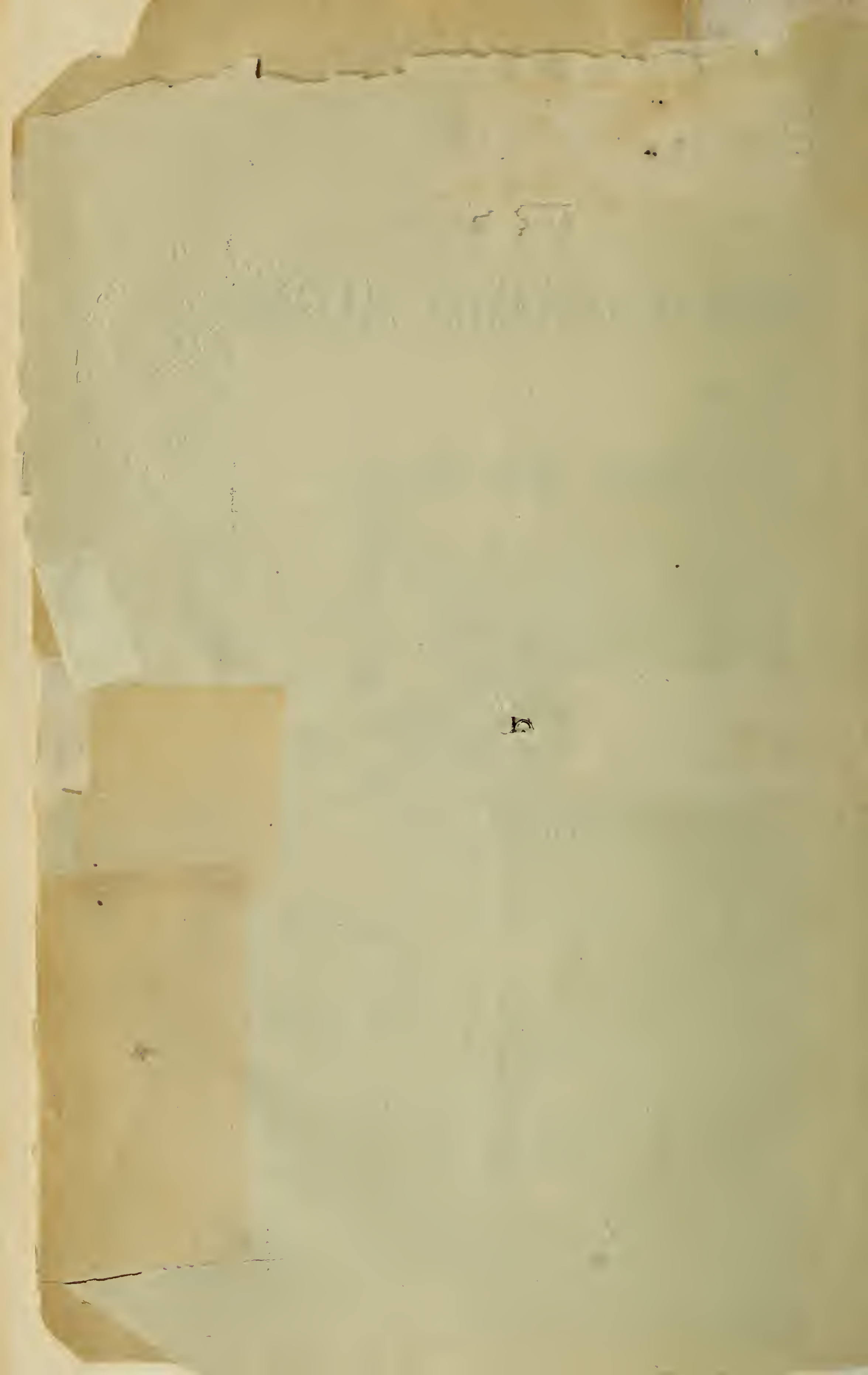
DIRECTOR

DE LA CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

TOMO I.

CADIZ: 1876.

TIP. LA MERCANTIL,
DE D. JOSÉ R. Y RODRIGUEZ,
Sacramento, 39.



Al ilustre cervantista inglés Mr. Alejandro J. Duffield,
dedica esta nueva VIDA DE CERVÁNTES

S. S. S. y A.

Ramon Leon Mainez.

PROLOGO.

La vida de uno de los más insignes escritores que el mundo ha producido, y con quien España justamente se enorgullece, nos proponemos escribir: empresa á la verdad, ardua, aventurada, superior á nuestros merecimientos y á nuestro crédito, pero disculpada y autorizada en cierto modo por el amor que siempre hemos profesado á Cervántes, por el estudio detenido que hemos hecho de sus obras, y por la admiracion que rendimos á su memoria y á su nombre.

Trabajo innecesario y hasta superfluo parecerá á muchos descontentadizos éste que emprendemos, á causa de estar escritas varias obras de doctos, castizos y elegantes autores, donde los actos, las virtudes y los méritos de Cervántes se mencionan; mas entendemos no ser acertada semejante aseveracion, si se reflexiona que cada año que transcurre, preciosos documentos descúbrense, los estudios críticos se perfeccionan, y los admiradores del creador de *El Quijote* se multiplican, exigiendo, por consiguiente, nuevas y más acabadas biografías.

Tócanos á nosotros ahora el cumplimiento de esta mision; ahora precisamente cuando más propagados se hallan dentro y fuera de España los estudios cervánticos, y cuando con más anhelo se busca un trabajo crítico-literario donde con detenimiento, extension y veracidad se narren los acontecimientos de la vida del gran Miguel de Cervántes.

Con temor y con sobrada desconfianza emprendemos este propósito. Vamos á relatar la vida de uno de los españoles más ilustres, de uno de los escritores más amenos, de uno de los críticos más sabios; y para eso se necesitaban plumas más castizas que la nuestra, y más renombrados literatos. Nuestro entusiasmo procurará, sin embargo, suplir á nuestra insuficiencia, y pondremos todos nuestros conatos en hacer interesante, verdadera, cu-

riosa, instructiva, moral, la vida del preclaro autor que tantas obras maestras produjo.

Verémosle siempre superior, insigne, sublime en todo. En la pobreza de su existencia de estudiante, sobresaliente; cuando empleado del cardenal Aquaviva, digno; en la accion de Lepanto, grande; en sus penalidades del cautiverio, heróico; en sus contratiempos de Valladolid, admirable; en sus desventuras de Sevilla, envidiable; en sus persecuciones literarias, eminente; en los sufrimientos de su familia, encantador por lo resignado; en su enfermedad, excelso; incomparable sobre toda ponderacion en su muerte.

¡Hombre nacido para sobresalir en todas las situaciones de su vida! Pobre, necesitado, sin pomposos títulos universitarios; lejano de su nacion; valeroso, heróico, cautivo, aherrojado, deseoso de recuperar la perdida y nunca bien estimada libertad; muchos proyectos, tentativas, fracasos, delaciones, entorpecimientos y sinsabores; condenado á ser empalado, á rigoroso encerramiento, á muerte; redimido al fin y restituido á la querida patria y al seno de la adorada familia; desatendido en sus legítimas aspiraciones; siempre luchando con el egoismo, con la ignorancia, con la maldad, con la calumnia; comisionista, recaudador de alcabalas, sostén y apoyo de sus hermanas desvalidas; buen hijo, excelente esposo, amigo fiel; el primer escritor y novelista de España; desatendido y olvidado entre sus conciudadanos, y encarecido y admirado entre los extraños; íntegro, probo, desinteresado, generoso, fácil al perdon de sus indignos enemigos y de sus envidiosos detractores; hombre que tenia por lema la honradez, la rectitud por principio, por norma de todas sus acciones la justicia, ¿quién podrá reseñar perfectamente su vida? ¿Ni quién enaltecer debidamente las virtudes de tan egregio varon?

En la biografía que á continuacion ofrecemos, muchos errores anteriormente propagados se rectifican: muchas equivocaciones se enmiendan: muchas imperfecciones se corrigen: nuevos documentos y noticias se presentan.

Procuraremos que nuestro trabajo contenga más datos, apreciaciones y dictámenes sobre el gran autor español que cuantas biografías de Cervántes se han escrito. Holgarános mucho de salir con nuestro intento; empero si no acertáramos á realizar nuestro propósito, prestos estamos á escuchar las observaciones y advertencias que se nos hagan, ó para corregir nuestras faltas, ó para rectificar nuestros juicios.

CAPÍTULO I.

Desde las primeras páginas de nuestra obra, tenemos que desvanecer errores. Generalmente se ha creido y propagado que Miguel de Cervántes fué descendiente de un noble linaje de Galicia (1), y nada más aventurado. Hasta el docto y sesudo Navarrete se extendió á su capricho para demostrarnos la pretension suya y la pretension de sus antecesores. El apellido de Cervántes, cierto que se lee en escritos castellanos desde muy remotos tiempos, casi muy cercanos á la Reconquista; pero eso no puede ni debe persuadirnos que es verdadera la genealogía que se nos ofrece.

(1) Con los mismos derechos que algunos críticos sostienen que Cervántes era descendiente de un linaje de Galicia, pudiéramos nosotros pasearnos por el campo de las imaginarias suposiciones para sacar en consecuencia que sus ascendientes habian vivido en la provincia de Toledo ó de Zamora; que para entrambas deducciones hay documentos muy curiosos y atendibles; pero eso seria incurrir en los mismos defectos que procuramos y procuraremos evitar en nuestro libro, y por tanto, dejámoslo de hacer. Sólo sí recordaremos que jamás Cervántes trató con mucha discrecion á los naturales de Galicia. En la novela *La Tia Fingida* dice textualmente: «A LOS CASTELLANOS NUEVOS, TÉNLOS POR NOBLES DE PENSAMIENTOS, y que si tienen dan, y, por lo ménos, si no dan, no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega á plata lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables. LOS GALLEGOS NO SE COLOCAN EN PREDICAMENTO, PORQUE NO SON ALGUIEN.»

De aquí deduciriamos nosotros, si en el terreno de las suposiciones penetrásemos, que Cervántes no habia tenido su ascendencia en Galicia, sino en Castilla la Nueva.

Miguel de Cervántes, hijo de Rodrigo de Cervántes y de Doña Leonor de Cortinas, sabemos con certeza que nació en Alcalá de Henares en Octubre de 1547, y que fué bautizado en la parroquial de dicha ciudad el 9 del mismo mes. Ni sabemos ni podemos afirmar más. Que sus padres fuesen descendientes de los Cervántes que mencionan nuestras historias; que mezclados con otras familias, casi ya no se conocieran ni trataran, como suele suceder; que procedieran de otra estirpe, llamada tambien de Cervántes, pero no de la que refieren las crónicas que han citado algunos, cosas son que no sabemos ni podremos saber quizá nunca. Bien está y disculpable es que los anteriores biógrafos hayan tratado de honrar tanto á Cervántes que procurasen hacerlo de familia casi real; pero la crítica imparcial é ilustrada se halla en el caso de desvanecer todos los sofismas que hasta ahora se han propagado.

Los que pretenden darle ascendientes insignes, y parientes contemporáneos constituidos en elevadas posiciones, ilustres y potentísimos, se han guiado únicamente por su capricho, pues ninguna razon formal ofrecen; y su penetracion ha deslindado hasta tal punto la ascendencia de Cervántes, que este mismo se mostraria admirado, si resucitara, ante descubrimientos tan alambicados y sutiles.

Cervántes perteneceria á una familia hidalga; no lo negamos; pero lo cierto es, que no está comprobado ni podrá comprobarse nunca á qué estirpe pertenecia; y por tanto es una manifiesta obcecacion querer sostener imposibles. Entre la genealogía pueril, fastuosa, anticuada, inútil, y la pobreza real, gloriosa, despertadora de los ingenios, corona y triunfo de la virtud, optamos por esta última.

En ella nació Cervántes, aunque desgraciadamente no sabemos el dia (1), como no sabemos, porque sus contemporáneos ilustrados le despreciaban, otros mil acaecimientos de su existencia.

(1) Uno de los más doctos escritores contemporáneos, Don Juan E. Hartzenbuchs, cree que Cervántes nació en 29 de Setiembre de 1547, pues en dicho dia conmemora la Iglesia Católica al Arcángel San Miguel; y siendo tal el nombre que se puso al autor de *El Quijote*, juzga verosímil que naciese en tal dia, y que fué bautizado el 9 de Octubre del mismo año, como consta con toda certeza.

Ingeniosa nos parece la observacion, pero no concluyente ni decisiva; pues los sostenedores de que Cervántes nació y fué bautizado en

Cómo se deslizaron sus primeros años; en qué se ocupaba su padre para ganar el cotidiano sustento; de qué familia procedia su madre; cuántos fueron con certeza sus hermanos y hermanas, todo esto, y multitud de accidentes de su puericia, nos son completamente desconocidos, y es aventurado en extremo querer aclararlos ó esclarecerlos, porque se incurriria en los mismos errores en que han caido los pasados críticos y biógrafos.

Lo único cierto parece que, siendo Cervántes hijo de familia pobre y necesitada, su aplicacion supliria á todo, y desde sus más tiernos años revelaria la penetracion y el talento en él peculiares. Que en Alcalá de Henares hizo todos sus estudios, es indudable; pues siendo sus padres pobres, no parece verosímil que le enviaran á doctrinarse en Madrid ni Salamanca (2), como absurdamente se pretende. Ni en una ni en otra ciudad podia saber, aprender y conseguir tanto, científicamente hablando, como en la ciudad donde nació. La Universidad de Alcalá de Henares era entónces, lo fué desde su fundacion, y lo siguió siendo durante muchos años, la más renombrada, más floreciente, más docta y más sabia de España.

No consta efectivamente que en aquel establecimiento hiciera sus estudios Cervántes; pero eso sólo nos demostrará que su familia era tan pobre que no podia costear en la Universidad los estudios á su hijo Miguel, tan despejado y tan apto para dedicarse á ellos, y que habria precision de hablar á un sacerdote ilustrado, residente en aquella ciudad, el M. Juan Lopez de Ho-

el mismo dia, 9 de Octubre de 1547, se apoyan en las costumbres de la generalidad de los pueblos de entrambas Castillas, donde reciben las aguas del bautismo los niños á las pocas horas de nacer.

Hasta el presente, esta es la opinion que prevalece, y la que tenemos por más admisible. Hace algunos años que la ciudad de Alcalá de Henares celebra el natalicio de Cervántes en 9 de Octubre.

(2) Tiknor y Navarrete lo creen y consignan de tal modo; pero aventuradamente, porque en Madrid no hizo Cervantes sus principales estudios como en este mismo capítulo demostramos, y lo de Salamanca es sólo un tejido de absurdos que no merece los honores de la refutacion.

Si efectivamente en los libros de dicha Universidad aparece matriculado un Miguel de Cervántes, no pudo ser el Miguel de Cervántes Saavedra, hijo de Alcalá de Henares, sino algun individuo que tenia el mismo nombre y apellido que nuestro autor, coincidencia homónima que sucedió tambien con el de la Mancha, y que como veremos en otro lugar de la obra, destruye por completo las fábulas tan creidas y propagadas de Argamasilla de Alba.

yos, para que privadamente le instruyese, y tal vez gratuitamente, en gramática y humanidades.

Con éste estudió en Alcalá, y es la única época en que el talento más grande que España ha producido ha estado sometido á reglamentos académicos; señal clara, evidente y decisiva de que su ingenio y buen gusto sobrepujaba á todo, y podia descollar siempre á través de todas las trabas y de todos los inconvenientes de la uniformidad y aridez de la enseñanza escolástica.

Pocos años estuvo Cervántes entregado á estudios constantes. En 1569 concluyeron todos los suyos; y desde dicha fecha sufrió una alteracion grandísima la existencia de nuestro futuro escritor. De estudiante se convirtió en camarero del cardenal Juan de Aquaviva; de Madrid, ó desde Alcalá de Henares, se trasladó á Roma precipitadamente; desde escolar aventajado le vemos fámulo ilustre.

Dícennos algunos biógrafos que el cardenal Aquaviva quedaria prendado, á su venida á España del despejo intelectual de Cervántes, y esta favorable opinion y la más favorable todavía que tenia formada su maestro de humanidades, influiria mucho, muchísimo, el todo, para que le llevase en su compañía, y á su ida á Roma, el cardenal. Muy bien podria ser así; pero no lo creemos comprobado. Lo más evidente, probable y verosímil seria que Lopez de Hoyos, avencidado en Madrid, despues de haber obtenido el Estudio de la villa, Estudio entónces muy inferior, científica y literariamente hablando, á la Universidad complutense, encomiase al cardenal las composiciones del que habia sido su predilecto y amado discípulo; y que más tarde, éste ó su familia (1), sabiendo que Aquaviva habia leido su composicion con beneplácito, solicitara y obtuviera una recomendacion para el purpurado romano, consiguiendo entónces una posicion

(1) Que Cervántes estudió en Alcalá de Henares privadamente con el M. Lopez de Hoyos, ántes que éste se trasladase á Madrid á regentar el Estudio de la villa, lo hemos dicho. En 1568, á principios de Octubre, falleció en Madrid Isabel de Valois, y al pensar Lopez de Hoyos en dedicar á las exequias de aquella reina, algunas composiciones poéticas suyas, y de sus discípulos, no dejaria de acordarse de Cervántes á quien habia doctrinado en Alcalá de Henares y cuyas despiertas disposiciones habria tenido ocasion de apreciar. Sucederia, pues, que le enviaria á llamar á Madrid, ó le ordenaria que escribiese alguna composicion, en nombre de todo el Estudio, desde el mismo Alcalá. Tal vez el padre de Cervántes fuese con su hijo á Madrid, obe-

que habria de reportarle más sinsabores que satisfacciones ni gustos.

Preguntan muchos biógrafos de Cervántes qué motivo le impulsaria para dejar la casa paterna, y marchar á Roma. Se conoce que esos escritores han fijado muy poco su atencion en la situacion que atravesaba la familia de nuestro jóven, y la en que él mismo se hallaba cuando aún no habia cumplido los 22 años. Su familia era pobre: para costearle una carrera brillante no tenia recursos: era preciso abrir un camino de esperanza á aquel hijo pequeño, pero despierto, que prometia ser persona notable por su aptitud y penetracion para el estudio: entónces hubo de haber alguna conveniencia, influjo ó recomendacion para que fuese recibido como camarero del cardenal Aquaviva; y á Roma fué Cervántes, esperanzado, porque, segun opinion generalizada, entónces no habia más que tres carreras que prometian provecho y honores: la Iglesia, la milicia, la casa real.

Vocacion á la Iglesia no tenia Cervántes: dotes de escritor, sí, que muestras aventajadas dió de ello en sus ensayos poéticos, cuando la muerte de la esposa de Felipe II; pero dotes que no fueron suficientemente apreciados, y que dejaron al jóven en la misma indecisa suerte de ántes. El cardenal Aquaviva no supo hacer justicia á sus merecimientos, y así sólo puede explicarse la poca, la escasa, la ninguna proteccion que le dispensó.

El natural de Cervántes entero, pundonoroso, digno, grave, no podia transigir con adulaciones ni lisonjas. Su corazon y su alma ansiaban la rectitud, la verdad, la justicia; y él no podia rebajarse á trueque de arrastrar una existencia sedentaria y regalada. Estas causas y motivos originaron, á no dudarlo, su presta separacion de la córte de Roma y del cortejo del cardenal.

Argumento baladí es el recordar que Cervántes mentó al cardenal en el prólogo de su *Galatea:* las palabras de Cervántes en dicha obra, como las que en otras dedicó al conde de Lemos,

---

deciendo los mandatos de aquel virtuoso sacerdote, que tan generosamente habia enseñado á su hijo, y entónces hablarian más de una ocasion de su ingenio y perspicacia y de lo digno que era de que se le protegiese.

El cardenal Aquaviva sabido es que vino á Madrid en aquel año de 1568 no sólo con el objeto de dar el pésame á Felipe II por la muerte de su hijo Cárlos, sino á arreglar algunos asuntos de las córtes de Madrid y Roma.

sólo demuestran su generosidad, lo extremado de su agradecimiento, la superior grandeza de su alma; nunca patentizan que real y verdaderamente protegieron aquellos señores á Cervántes: todos los datos comprobatorios rechazan, refutan y confunden tal asercion.

Al retirarse Cervántes de la córte de Roma, al dejar de ser camarero de Aquaviva ¿á dónde acudiria? ¿A la casa real? Era imposible.

Allí no hubiera encontrado entónces, como no encontró despues, proteccion, aliento ni premio.

Las carreras eclesiástica y civil le estaban impedidas, pues, por un fatalismo y una desventura terribles. El único recurso que le quedaba era el de alistarse en la milicia. En ella le veremos en los sucesivos años de su existencia, apreciando su valor y encomiando su patriotismo, pero deplorando siempre su adversa y triste suerte.

A pesar de ser los sucesos que acabamos de relatar los más oscuros y poco sabidos de la vida de Cervántes, hemos procurado desvanecer los errores que se habian propagado hasta ahora, y seria muy conveniente dejar de asentir ya á las aseveraciones de los pasados historiadores de Cervántes, pues todas se fundan en sutilezas ó en conjeturas aventuradas.

CAPÍTULO II.

Habiendo Cervántes dejado de servir al cardenal Juan de Aquaviva, se alistó en Roma, no en el ejército español como se cree, sino en las huestes mismas romanas, en las naves que mandaba el señor Antonio Colonna (1). Esto se explica perfectamente. Cervántes, sin dejar de ser español, era ántes que todo católico, y creia que no se rebajaba en nada formando parte de la armada del papa, y bajo la direccion de capitan tan ilustre como Colonna.

Desde muchos años ántes la guerra interminable entre turcos y cristianos era sañuda. Nacion preponderante la Turquía, llena de vida, con numerosos ejércitos, con poderosas armadas, con buques mercantes que atravesaban todos los mares, su dominacion entónces era grande y su predominio terrible. De aquí esa persecucion incesante que hacian las naves turcas en todos los puertos del Mediterráneo, y el temor que infundian en todas partes. De aquí tambien la determinacion que se tomó por los pue-

(1) Corroborando lo que decimos en el texto, observaremos que, mal hallado Cervántes en el oficio de camarero del cardenal, y sabiendo las expediciones que se proyectaban contra los turcos, llevado de su inclinacion á la vida militar y de viajes, se alistó inmediatamente en la armada de Colonna, recomendándole tal vez á su señor padre, jefe de la armada, su hijo Ascanio Colonna, á quien dedicó años despues Cervántes los seis libros de *La Galatea*. Cervántes confiesa que, siendo camarero de Aquaviva, oyó hablar muchas veces de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de aquel ilustre sacerdote. ¿Qué mucho, pues, que deseando dejar la vida de antesala por la de soldado, más adaptable á sus inclinaciones y natural, hablase con Ascanio, y éste le enviase á su padre, entrando por dicho medio á servir á sus órdenes?

blos católicos de Europa para atajar el mal y destruir la maldad de los perseguidores.

Presto se consiguió que Venecia, Roma y España dispusieran una escuadra para abatir á los infieles. El objeto de la guerra era impedir que los turcos se posesionaran de la Isla de Chipre, perteneciente entónces á Venecia; pero los resultados fueron contrarios á los propósitos. Los turcos, numerosos en su escuadra, se apoderaron de la capital de la Isla, Nicosia, y así sucesivamente fueron ocupando las más importantes poblaciones de Chipre hasta dominar por completo en ella.

Que estuvo Cervántes en esta expedicion contra los turcos, se desprende de los documentos históricos. Las doce galeras del Pontífice, que se hallaban bajo las órdenes de Colonna, se incorporaron en 30 de Agosto de 1570 á las que mandaba en las costas sicilianas Juan Andrés Doria. En las galeras de Colonna iba indudablemente Cervántes; y unas y otras se dirigieron con el resto de la expedicion á pelear contra los infieles; mas tal era ya la situacion de Chipre, y particularmente de su capital, Nicosia, que los generales de los católicos, sabido que habia caido esta última ciudad en poder de los sitiadores, separáronse, concluyendo aquella expedicion que tanta esperanza prometia á la cristiandad.

Por haberse hallado como soldado Cervántes en aquella empresa, la tuvo tan presente en muchos lugares de sus obras, y con especialidad en su novela *El Amante Liberal*. Por eso allí empieza con uno de los más bellos y patéticos trozos que la literatura española ofrece (1): por eso llora tan sentidamente el valor de los sitiados, anatematiza la crueldad de los sitiadores, menciona la heroicidad de los unos y los actos inicuos de los otros.

---

(1) Hélo aquí:

«¡Oh, lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apénas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuviérais ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviaria nuestro tormento: esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como la en que os derribaron, os podeis ver levantados: mas, yo desdichado, ¿qué bien podré esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba ántes de éste en que me veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.»

La division en que volvió Colonna habia sufrido grandemente en su retorno, con una terrible tormenta que ocasionó la pérdida de varios buques y dejó mal parados á otros; pudiendo arribar al fin algunos de los que sufrieron averías con los que se habian salvado á las costas de Italia. Creemos que Cervántes aludió en este trágico desenlace de una empresa memorable, en muchos pasajes de sus obras, y especialmente en *La Galatea* y otras de sus producciones, donde narra con colorido y estilo animados las angustias de un naufragio.

Desde este tiempo data el singular conocimiento que adquirió de muchas ciudades de Italia, y las atinadas observaciones que sobre ellas hizo en sus obras; pues si bien Roma, centro entónces de toda civilizacion, grandeza y majestuosidad, pudo darle asunto para descripciones bellísimas, mucho más valieron para su genio indagador, los continuos viajes que por los puertos de Italia verificara la escuadra en que se hallaba alistado, desde su vuelta de la fracasada expedicion hasta su partida pára el combate de Lepanto.

Inútil y asaz ocioso nos parece el trabajo de algunos escritores, que pretenden hasta marcar la ruta que Cervántes siguió en estos viajes; pues siendo soldado, y no jefe, obligado estaba á ir, no donde quisiera, sino donde los acontecimientos le llevaran.

Sábese, sin embargo, que el estudio que efectuó, con su talento y gusto investigador, de las costumbres de esa bella parte de Europa que recorriera, fué tan concienzudo como original. Él visitó á Nápoles, estuvo en Génova, contentóle Florencia, encantóle Roma, parecióle bien el asiento y belleza de Palermo, agradóle el puerto de Messina, tocó en Ancona, admiróle Venecia, pasó dias de regocijo en Ferrara, en Parma, en Plasencia, en Pisa. En todos sus escritos menciona la benignidad del clima de Italia, sus grandes monumentos, sus excelentes dones de naturaleza, sus costumbres, sus ciencias, sus artes, el esplendor de las letras, todo lo que entónces enaltecia á esa patria hermana nuestra en religion, en afinidad de idioma, en grandeza de literatura, en pintores y en admirables obras del ingenio y de la inteligencia creadora.

Cervántes era impulsado incesantemente por su afan de saber, y su voluntad se sobreponia á todos los inconvenientes y obstáculos.

Así, nos lo imaginamos acudir en el momento mismo de des-

embarcar en cualquier puerto de Italia, á visitar la ciudad y las á ellas próximas, á estudiar el carácter de sus habitantes, su cultura, todo lo que constituia sus elementos de vida. De este modo, tuvo verdaderos datos sobre la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de otros puntos de Lombardía y las espléndidas comidas que en las hosterías se gozaban. De este modo, pudo dibujarnos puntualmente, valiéndonos de su expresion en *El Licenciado Vidriera*, cuanto con Italia se relacionaba en comercio, industria, oficios, costumbres, virtudes y vicios, grandezas y defectos.

En los referidos viajes y observaciones hechos por Cervántes, empezó á adquirir aquellos hábitos de hombre enérgico y experimentado, que tanto le enaltecieron en sucesivas épocas de su vida; y áun cuando despues rectificó ó amplió sus estudios sobre la encantadora Italia, en nuevas permanencias y viajes, de mucho le sirvieron los que verificó en la armada del Papa, hasta que, formando parte ésta de la expedicion contra los turcos, fué incluido en el número de los soldados españoles.

CAPÍTULO III.

Despues de haberse burlado la Turquía de todos los tratados hechos, acababa de cometer una accion que no dejaba lugar al disimulo. Por sorpresa y arteramente se habia apoderado de la Isla de Chipre, y amenazaba subyugar á cuantos no profesaban sus creencias. Los venecianos, que eran los primeros perjudicados, no podian consentir tal transgresion de los convenios internacionales, y desde luego enviaron emisarios á la córte de Roma y á la córte de España, á Felipe II y á Pio V, para que aquella osadía no quedase sin correctivo. Las quejas de la señoría de Venecia parecieron tan justas como lo eran, y los dos monarcas católicos se aprestaron á tomar parte en los acontecimientos y lucha que con tal objeto se promovieran.

El pueblo cristiano y el pueblo turco, lleno de saña éste contra aquel, y el primero de justa indignacion contra el segundo, veian aproximarse inevitablemente la güerra, guerra de religion, de supremacía, de odios reconcentrados, terrible en todo extremo, sedienta de exterminios horribles. El pueblo turco, poderoso entónces, cruel, vengativo, altanero, traia en constante perturbacion á los pueblos cristianos con sorpresas, acciones traidoras, asaltos bárbaros, asechanzas inicuas, depredaciones, falsías, maquinaciones rastreras, y otros actos no ménos repelentes á la causa de la legalidad y exáctitud de los tratados, y á la conveniencia y prosperidad de las naciones: el pueblo cristiano queria y procuraba concluir con aquel estado insostenible de cosas, con aquella calamidad social, con aquella maldad y perversidad permanentes, que no dejaban tranquila ciudad, villa, aldea ni caserío donde la enseña del catolicismo tremolase; y para conseguirlo, preparaba

un esfuerzo superior, una accion decisiva, un acontecimiento grandioso é inmortal en los fastos de la Historia.

Las córtes de Roma, de Venecia y de Madrid pactaron un convenio por el cual se comprometian las tres naciones, cada una en la esfera de su posibilidad, á contribuir terminantemente al exterminio de los infieles. Relatar por extenso el número de combatientes que se aprestaron, y los grandes esfuerzos que se hicieron, entendemos que es más propio de una historia particular sobre estas luchas que de una breve reseña del combate de Lepanto. Baste decir que á Felipe II se dejó la eleccion del generalísimo de la escuadra, y aquel, en uso de las atribuciones que se le concedian, por ser entónces el monarca más respetado en todo el mundo civilizado el de España, nombró á su hermano natural Don Juan de Austria, hijo de Cárlos I y de Bárbara Blamberd. Habia dado ya este apuesto guerrero señaladas muestras de su aptitud y valor en la revuelta de los moriscos de Granada, poco tiempo ántes, y no salieron fallidas las esperanzas que en su pericia y valor se tenian cifradas para las campañas posteriores.

A Italia se dirigió Don Juan, sin pérdida de momento, y reunidas las tres escuadras confederadas, desde luego dieron comienzo á las operaciones contra los turcos. Todos los encuentros y escaramuzas anteriores, pierden su interés ante la gran batalla naval empeñada entre las dos escuadras la mañana del 7 de Octubre de 1571 en el golfo de Lepanto. Ella fué la batalla decisiva, la deseada, la suprema, la que abatió al imperio turco, la que realzó al nombre cristiano, la que será eterna en la memoria del pueblo español, aquella en la que Cervántes, pobre y oscuro soldado entónces, tomó parte tan señalada y tan gloriosa.

La idea del vencimiento, el anonadar para siempre al contrario, las luchas antiguas, los recuerdos de rivalidades entre pueblo y pueblo, el afan respectivo de conservar una preponderancia respetable y exclusiva en los mares, las creencias religiosas, los resentimientos, los repulsivos odios y afectos, deseos y aspiraciones propios de contendientes decididos, parecian tomar nuevas y más vigorosas y más horribles formas cuando las escuadras enemigas, cristiana é infiel, se avistaron, cuando se dispusieron á probar sus fuerzas en grandiosa y empeñadísima lid.

Un cañonazo disparado por la capitana de la escuadra turca dió la señal del combate. Los buques españoles, venecianos, romanos y turcos, se colocan en línea de batalla. Alí-Bajá exhorta

á los suyos: Don Juan de Austria enardece con breves frases el ya creciente entusiasmo de las huestes cristianas. Van á encontrarse las dos escuadras; á chocar las dos ideas; á estallar horrísonamente el entrañable odio de los dos pueblos. El combate empieza.

Horrible perspectiva la que ofrece entónces aquel lugar de lucha. El clamoreo y gritería de los otomanos; el desórden que desde el primer momento se nota en sus naves; el admirable concierto conservado en las huestes cristianas; el incesante retumbar del cañon; las voces de mando; gritos santos y patrióticos exhalados á par del postrer suspiro de los pechos de los valientes cristianos; aquel mar, ántes de comenzarse la accion tan tranquilo, y tan borrascoso algunas horas despues, como si el fuego de los combatientes se hubiera comunicado y enardeciera al húmido elemento; el choque de las naves enemigas; los terribles abordajes; el viento soplando impetuosamente y dando de cara á la turquesca armada; la cabeza del general en jefe otomano clavada y alzada en una pica por un soldado español; sus hijos, cautivos; sus naves, unas dispersas, otras en poder de cristianos, muchas próximas á sucumbir; Barbarigo haciendo prodigios de valor; Doria conquistando nuevos laureles en su carrera de ilustre marino y bizarro soldado; Bazan, «aquel rayo de la guerra, aquel padre de los soldados, aquel venturoso y nunca vencido capitan,» salvando á la continua de peligros ciertos á las tres divisiones cristianas; Colonna, Requesens, Veniero, todos los jefes, portándose como ilustres campeones de los tiempos clásicos del heroismo; los capitanes de las galeras y demás naves, superándose á sí mismos en denuedo y elogiable comportamiento; y sobre aquel caos de estruendo bélico, ayes, muertes, cautiverios, infortunios, sangre y horror, apareciendo la noble, gallarda diestra del generalísimo Don Juan de Austria, blandiendo la espada, y semejando la personificacion misma de la justicia, dando á los cristianos en premio de sus virtudes la victoria, y á los otomanos en castigo de sus maldades la humillacion y la derrota:..... en verdad que todo esto, en su conjunto y en sus detalles, form' el cuadro más terrible y al mismo tiempo sublime que haya podido crearse la humana imaginacion.

Y aunque los capitanes de todos los bajeles combatian con sobrehumano denuedo, señalábase y sobresalia un soldado de la galera *Marquesa*, galera que mandaba el bizarro Francisco de San

Pedro. Perteneciente aquella embarcacion á la division que tenia por jefe á Doria, habia sido desde el principio de la lid la que más expuesta estuvo á las furias del enemigo. Aquel soldado era Miguel de Cervántes Saavedra. Agobiado por una intensa fiebre, tanto el capitan del buque como sus compañeros de armas, le rogaron no tomase participacion en la lucha. Pero Cervántes, dando claros indicios de lo eximio de su valor, no quiso dar oidos á aquella justa advertencia. —*He servido siempre muy bien* — dijo el valiente soldado—*á S. M., y así ahora no seré ménos, aunque esté enfermo y con calentura. Más vale pelear en servicio de Dios y de S. M., y morir por ellos, que bajarme so cubierta.* ¡Palabras dignas de aquel ilustre soldado, que ántes y despues de la funcion de Lepanto, supo acreditar su valor heróico, sólo comparable á lo sublime de su talento!

Miguel de Cervántes rivalizó, pues, el 7 de Octubre de 1571 con todos sus compañeros de la *Marquesa* en denuedo y en bizarría. Aunque enfermo, supo y quiso escoger el sitio de más peligro. Frisaba entónces en los veinte y cuatro años de su edad: el odio contra los turcos agitaba su corazon: la defensa de su religion y de su patria lo enardecian. Por eso fué un héroe en Lepanto.

La capitana de Alejandría y la galera mandada por Francisco de San Pedro se encuentran. Procuran destruirse, aniquilarse. La lucha es tenaz, empeñada, sangrienta. La nave cristiana aborda al buque otomano. Impetuosamente asaltan el bajel enemigo los soldados cristianos. Uno de los primeros es Cervántes. El combate es horrible. Densa nube de humo cubre el buque. Oyense el disparar de los arcabuces, los alaridos turcos, los gritos patrióticos de los cristianos, el cruzarse de las espadas y alfanjes, el crujir de las armas, las imprecaciones de los enemigos, los ayes de los moribundos. Todo es confusion, ansiedad, espanto. Valerosamente contienden unos y otros. Los cristianos logran llevar al fin la mejor parte. Centenares de turcos quedan muertos en la capitana de Alejandría: el comandante sufre igual suerte: el estandarte real de Egipto pasa á poder de los bizarros adalides de la religion del Crucificado. Cervántes queda herido en aquella lucha empeñada; pero su ánimo, jamás decae. Más valiente miéntras más enemigos lo rodean, sufre, sin dejar de blandir gallardamente la espada, dos arcabuzazos en el pecho, uno en la mano izquierda. Cubierto de sangre no retrocede, no vacila,

no se retira. Parece entónces la personificacion del heroismo, otorgando el triunfo al valor y á la justicia.

Exánimes caen á su lado los más queridos y valerosos compañeros: casi queda solo contra la fuerza enemiga: hasta el denodado capitan Francisco de San Pedro sucumbe. Cervántes, sin embargo, no desfallece. Sigue combatiendo, matando, destruyendo á los enemigos de su religion y de su patria, y no abandona las armas, sino cuando el rayo de la guerra, el marqués de Santa Cruz, socorriendo á la division de Doria y á los héroes de la *Marquesa*, decide la lucha, pone en fuga al único general enemigo que aún hacia frente, y el mágico grito de ¡VICTORIA POR LOS CRISTIANOS! resuena por do quier, inundando de patriótico regocijo los corazones de todos.

Con gran motivo, pues, se glorió Cervántes en varios lugares de sus escritos de haberse hallado en aquella ocasion memorable y con razon se lamenta de que sus rastreros enemigos le echasen en cara su manquedad, como si no la hubiese cobrado en la batalla naval más formidable que han presenciado los siglos. (1)

Hemos dicho anteriormente que Cervántes sirvió á las órdenes de Colonna en la escuadra del Papa, hasta que formó parte de la expedicion contra los turcos como soldado español; y por ser asunto éste de interés, vamos á detenernos en lo ya indicado. Navarrete, por medio de ingeniosos sofismas y deducciones, más que con razones convincentes, trata de persuadir que jamás Cervántes fué soldado del Papa. Para demostrar que sí lo fué, bastaran, cuando más datos no hubiera, las palabras del mismo Cervántes, el afecto que profesó á Ascanio Colonna, el hijo de su antiguo jefe, y la seguridad y evidencia de que estuvo á las órdenes directas del general romano desde mediados del año 1569 hasta Setiembre de 71. Habiendo llegado á Messina en Agosto del dicho año de 71 el generalísimo Don Juan de Austria, y hallándose allí reunidas las escuadras de España, Roma y Venecia, en el arreglo de gente que en ellas se hizo por disposicion de Don Juan de Austria, y acaso por deseo del mismo Cervántes que en

(1) Lo que no he podido dejar de sentir,—dice en el prólogo de la Segunda parte de *El Quijote*,—es que me note (Avellaneda) de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en una taberna, sino en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.

trance tan decisivo y lucha tan señalada quisiera combatir en la division de españoles, fué destinado á la galera *Marquesa*, donde ya hemos visto cuán heróicamente se portara, continuando en lo sucesivo alistado como soldado español.

Corroborando más y más nuestras aseveraciones, un ilustre cervantista italiano nos ha comunicado la para nosotros satisfactoria nueva de que en los infinitos códices que ha repasado en la Biblioteca de Roma, sobre acontecimientos y sucesos del reinado de Felipe II y armada de la Liga contra el turco, hay uno en que, haciéndose circunstanciada mencion de las fuerzas marítimas con que Pio V contaba en 1571 y de los soldados que componian la escuadra de Colonna, se lee el nombre de MIGUEL DE CERVÁNTES.

Este dato preciosísimo, fehaciente y decisivo, destruye cuanto se ha dicho ántes sobre el particular, y nos hace declarar por la parte de que uno de los biógrafos de nuestro autor, equivocóse lamentablemente al copiar algunas palabras de un compañero de Cervántes en Lepanto y en el cautiverio, por las que se supone que Cervántes servia en la armada española desde 1570. (1)

Tal vez parezcamos demasiado minuciosos en nuestras observaciones y advertencias, comprobaciones y datos; pero nos juzgamos acreedores á la benevolencia de quienes nos lean, por guiarnos el noble, el patriótico, el exclusivo anhelo de presentar con la mayor exactitud y veracidad posibles los acaecimientos de la vida de Cervántes, hasta ahora, ó tan desfigurados, ó tan arbitrariamente ofrecidos. (2)

---

(1) Aventuradamente ha dicho tambien algun historiador que Cervántes disparó su arcabuz contra el mismo general de la escuadra turca en la batalla de Lepanto; pues no sabemos en qué documento se apoya para asegurarlo, cuando consta con toda certeza, que, en el citado combate naval, Cervántes peleó en la division de Doria, en la nave *Marquesa,* que estaba en el ala derecha, en tanto que Don Juan de Austria ocupaba el centro, y fué donde se sostuvo la encarnizada lucha entre las dos capitanas, que dió por resultado la muerte de Alí-Bajá.

(2) Como que hablar de Cervántes es hablar de Lepanto, segun frase felicísima de Don Cesáreo Fernandez, uno de los cervantistas más ilustres contemporáneos, creemos conveniente llamar la atencion sobre un escrito suyo, inserto en la *Crónica de los Cervantistas* (tomo 1.º: pags. 40 y 41), en que se comprueba que el estandarte de la Liga existente en el altar mayor de la Iglesia episcopal de Gaeta, depositado allí por el mismo Don Juan de Austria, cuando despues de la campaña, dirigiéndose á los Estados Pontificios, hubo de tomar aquel puerto forzado por vientos contrarios, no es tal como caprichosamente describen Lafuente y otros historiadores, sino «una tela cuadrangular

CAPÍTULO IV.

Terminada aquella heróica accion de Lepanto, las naves confederadas se retiraron al puerto de Petela, no sólo con el objeto de remediar las imperfecciones que habian sufrido y que fuesen curados los heridos, que eran numerosos, sino para ponerse al abrigo de las furias del mar, que con ímpetu destructor habiase desencadenado. Momentos supremos aquellos, y noche lúgubre y gloriosa al mismo tiempo: lúgubre, por los recuerdos tristes que traia á

---

con la enseña de un Crucifijo á cuyos piés estaban las efigies de los apóstoles Pedro y Pablo, leyéndose por debajo: *in hoc signo vinces.*»

Hé aquí copia de este curioso documento, que sacó en 1848 el ilustrado capitan de navío Don Angel Cousillas del libro-registro de la dicha Iglesia episcopal de Gaeta, donde se halla el acta de entrega y colocacion del estandarte:

«Illustrazione del quadro sistente nella chiesa vescovile di Gaeta nel mezzo e al di sopra dell'altare maggiore.

Ai tempi di Pio V, epoca nella quale l'impero ottomano grandi travagli dava á Chiesa Santa, avvenne che allistitasi un'armata sotto lo stendardo di Maometto, si minacciava di una invasione le coste italiane. Tu allora che il Pontefice massimo raccolse come poti ai quanti legni é postili sotto la condoctta di D. Giovanni d'Austria, ofri al duce l'insegna di un crocifisso ai di cui piedi gli apostoli Pietro e Paolo effigiati su di una stoffa quadrangolare, e sotto vi si leggea: *in hoc signo vinces.* Il prode Giovanni con fede accolse il mandato, é incontro l'armata musulmana stanziata nelle acque de llí ísole Cursolari. Colá un portento, succese che malgrado la sproporzione delle forze navale fra le due parti quando i turchi circuito aveano le navi di D. Giovanni, un vento impetuoso scatenosi, mercé del quale tutte le musulmane navi sono involte in un turbine cosiffatto da tenebrarne l'orizzonte, mentre alle navi cristiani niun danno ne vienne. Cosi fu datto al vincitor di Lepanto aggiungere un altro trionfo sugl'infideli.

Seguita la vittoria, D. Giovanni diresse le prue per gli stali di Roma; ma sui malgrado i venti lo astrinseno ricovrarsi a Gaeta. E qui preso terra, si reco dal vescovo ed ai suoi pié depose l'insegna vittrice avuta da Pio, la quale fu collocata e sta tuttavia qual monumento di religione a sovraccapo dell'altare maggiore nella chiesa vescovile di Gaeta.»

la imaginacion, tanto compañero muerto, tanto soldado herido, tanto buque destrozado y sumergido por las olas, tanto jefe lisiado, tanto padre, hijo, hermano, devorado por el monstruo de la guerra, á más de la lobreguez, el retumbar del trueno, los relámpagos, la imponente soledad, el desasosiego, los lamentos, los ayes, el cansancio, aquellas figuras de desolacion y exterminio que vagaban por la mente sobrecogida y aterrorizada: noche gloriosa tambien, decimos, porque tal lo era para todos, para los heridos y los que habian salido ilesos del combate, para los jefes y los soldados, para los españoles y para los soldados de las demás escuadras, pues todos dirigian en aquellos instantes angustiosos, en aquella noche lóbrega, la mirada de su alma y su más profundo pensamiento hácia la patria amada y hácia la familia querida, regocijándose de haber contribuido con su valor, con su arrojo, con su sangre, al triunfo de su religion, al renombre de sus naciones.

El 8 de Octubre por la mañana, el generalísimo de la Liga visitó á los heridos, dirigiendo frases de consuelo, de resignacion, de cariño, de afecto sincero á todos. Pero especiales y amorosísimas alabanzas tributó á Miguel de Cervántes Saavedra, que el dia ántes tan heróico y pundonoroso se habia mostrado en la galera *Marquesa*, y de quien sus compañeros hacian merecidísimos encomios. Aquel jóven, que acometido de ardiente fiebre el dia ántes, no quiso dejar de tomar parte en el combate; que habia peleado con la fe de un verdadero católico y la gallardía de un buen español; que habia sido gravísimamente herido; que estaba sumido en el lecho con agudos padecimientos; aquella entereza de ánimo; aquella elevacion de ideas; aquel entrañable amor á la patria, ¿cómo no habian de llamar la atencion de todos? ¿Cómo no habia de fijar muy particularmente la de Don Juan de Austria nacido para comprender y apreciar y enaltecer todo lo grande, majestuoso, sublime?

Desde aquella visita data la singular estima que en todos tiempos tuvo á Cervántes Don Juan de Austria. Habia visto en él un soldado heróico, y nunca le olvidó; recompensóle en cuantas ocasiones pudo; y más tarde, veremos el aprecio que hizo de él, cuando pidió Cervántes su exencion del servicio. El generalísimo de la armada confederada queria haber seguido las operaciones sin detenimiento ni obstáculo alguno; pero sucesos y accidentes impensados lo prohibieron.

Sus deseos se subordinaron, pues, á los de Felipe II, y hubo precision de seguir, no los consejos del ilustre vencedor de Lepanto y de sus más ilustres compañeros, sino el del dominador de los sucesos españoles y europeos en aquella edad. Las escuadras se dirigieron á Italia, en algunos de cuyos puertos tomaron abrigo contra las borrascas que se levantaron.

El puerto á que arribaron las naves de Don Juan de Austria, no fué Messina, como absurdamente dicen muchos escritores; fué Gaeta, ciudad de la que habla Cervántes con elogio en alguna de sus obras : arribo forzoso, ignorado hasta ahora, y cuya ignorancia ha sido causa de fabulosas narraciones.

En el hospital de aquella ciudad de Sicilia, en cuya catedral se colocó y conserva el estandarte de la Liga, seria depositado y curado Cervántes de sus heridas ; siendo esto tanto más probable y admisible para nosotros, cuanto que habiendo arribado á este puerto por tempestades la armada, no es creible que dejasen los heridos en los buques, sino que los transportasen á la ciudad, para que gozasen de algunas comodidades y bienestar cuanto ántes fuese posible.

Luego, podrian ser trasladados, por cincunstancias especiales, los mismos heridos á Messina, aunque no vemos razon que esto abone, pues cuantas indagaciones hemos hecho nos dan por cierto que carecen de verdad los documentos hasta ahora presentados, y particularmente los que se decian existir sobre gratificaciones en dinero por Don Juan de Austria á Cervántes en el hospital de Messina.

De cualquier modo que ello sea, es lo evidente que en Gaeta (1) permaneció algun tiempo Cervántes despues del combate de Lepanto; y con la certeza de que son falsos los documentos ántes ofrecidos, nosotros no tendriamos por inverosímil el afirmar que en aquella ciudad permaneció hasta que curado del todo de sus heridas, se aprestó á entrar en nuevas lides contra los enemigos de su religion y de su patria.

Es sumamente curioso eso de sostener que en tal ó cual dia Cervántes fué socorrido para la curacion de sus heridas en este ó en aquel hospital; pero es muy digno, muy justo, muy sensato, muy arreglado á la verdad y á la exactitud decir que no sabemos positivamente nada de esto y que cuanto se ha propagado ántes

(1) «La fuerte Gaeta,» la llama en *La Galatea*.

es una convencional y poco ingeniosa fábula que no debe tener defensores en lo futuro.

El tiempo que tardó Cervántes en estar curado completamente de sus heridas, es aventurado tambien el decirlo; sólo sí puede indicarse con evidencia que podria ser en el término de nueve ó diez meses; pues habiendo salido herido el 7 de Octubre de 1571, al año próximo se le ve tomar activa parte en otro combate naval, y así sucesivamente en los años siguientes, hasta su desventurado apresamiento y cautiverio tres años despues. (1)

(1) Si fuésemos á poner notas y observaciones á todo cuanto afirmamos y decimos, necesitariamos ocupar muchos tomos en la vida de Cervántes; pues son infinitos los absurdos, documentos falsos, sofismas y abitrariedades propagados.

Las más de las briografías hasta ahora ofrecidas carecen de las condiciones de un trabajo crítico de buen gusto, exacto, aproximado siquiera á la perfeccion. Todas divagan sobre asuntos de poco ó algun interés, citan documentos ficticios, hacen observaciones inútiles, y, sobre las imperfecciones de los apuntes biográficos, se nota en ellas un gran vacio, especialmente en lo referente á la crítica razonada y perfecta de las obras literarias de Cervántes.

En esta última parte nuestros trabajos tendrán que ser precisamente más concienzudos que los anteriores, por lo mismo que hemos hecho profundos, especiales y detenidísimos estudios; y lo mismo nos sucede con los puramente biográficos. Todo cuanto afirmamos, pues, y corregimos en nuestra obra, lo efectuamos como resultado de serias indagaciones, comprobaciones y evidencias, y por lo mismo debe dispensársenos que no la prolonguemos demasiado con citas é ilustraciones á cada momento.

CAPÍTULO V.

Cuanta supremacía habian adquirido las potencias cristianas despues del combate de Lepanto, vióse contrariada desde los mismos primeros momentos de la victoria, sobre todo y desgraciadamente por uno de los pueblos que formaban parte de la Liga: por Venecia. Origen él, ó causa principal, por el suceso de Chipre, de aquellos aprestos supremos que hicieron España y Roma para trabar contienda decisiva contra el turco, era, sin embargo, la única nacion que no procedia con el acierto, prudencia, buena fe, abnegacion, confianza y magnanimidad que los acontecimientos demandaban. Llevada del espíritu de positivismo, voluble, gobernada por la impresion del momento, tan presta en llamar en su auxilio á los príncipes cristianos como en concertar paces con sus más declarados enemigos, obedeciendo siempre á impulsos egoistas, rigiendo en sus actos la indiscrecion, la imprudencia, la perfidia, la inconstancia, la irreflexion y la injusticia, fué el más terrible enemigo de los sacrosantos intereses del catolicismo, y el pueblo que dificultó y dió en tierra con los grandes propósitos de Felipe II y de Pio V.

Indignacion causa al par que sorpresa el leer documentos contemporáneos á la batalla de Lepanto, donde se consigna que á pesar del triunfo indisputable y legítimo, grandioso y señaladísimo, obtenido por los cristianos, el gobierno de Venecia entró en tratos con el poder vencido para conseguir á todo trance la paz y convenios beneficiosos para sus intereses, aunque se resintieran los de las otras naciones confederadas, y las ideas de dignidad y pundonor fuesen abatidas y ultrajadas y envilecidas. ¡Miserables pasiones humanas, siempre sobreponiéndose á las nociones de lo recto y de lo justo! Patente la fea accion de los venecianos, reprendido su proceder, obligados al cumplimiento de los tratados hechos, retractáronse ó se desmintieron de las ilícitas relaciones con los infieles, y aparentaron querer continuar con los mismos propósitos y aspiraciones que á los españoles y á los soldados del Papa entusiasmaban y enardecian.

En la inactividad ó en la indecision producida por las disenciones antedichas habian pasado las escuadras vencedoras en Lepanto, desde Octubre de 1571 hasta Agosto de 1572, en cuyo mes buques venecianos, romanos y españoles, en número bastante considerable, se reunieron en Corfú á las órdenes de Don Juan de Austria para perseguir á los infieles. En aquella expedicion se halló Cervántes. Habiendo sido curado, como hemos dicho ántes, en el Hospital de Gaeta, cuando estuvo del todo restablecido, pasó á Messina, donde se incorporó al tercio con quien habia combatido en Lepanto, y se embarcó para las operaciones navales que nos ocupan. Las escuadras aliadas procuraron presentar combate á los enemigos en distintos puntos; pero lo rehusaron, temerosos de reveses y derrotas nuevos. Desde la batalla de Lepanto, el poder del turco estaba muy quebrantado y no tan fácilmente olvidaban el fracaso que habian sufrido y los contratiempos y peligros.

En este año, y precisamente por el mismo tiempo que en el anterior se habia ganado la accion de Lepanto, se verificó el combate de Navarino, en cuya empresa estuvo Cervántes, como él mismo confiesa en el Memorial de méritos y servicios presentado al Rey en 1590. No se logró resultado satisfactorio, como algunos esperaban; ántes al contrario, nada se consiguió por entónces, no pudiéndose tomar la plaza ni trabar batalla naval con las escuadras enemigas.

Pocos meses duró la expedicion de 1572. Don Juan de Austria, apenado por los contratiempos sufridos, y más que todo por la indecision, falta de acuerdo, y hasta pequeñas é indignas rivalidades y desobediencias promovidas entre los jefes de las escuadras confederadas, no bien fracasado lo de Navarino, dió órden de que la armada se retirase, encaminándose él con las naves españolas á Sicilia, y desembarcando en Messina á últimos de Octubre.

¡ Qué tristemente impresionaria aquella frustrada expedicion el ánimo de Cervántes ! ¡ Él, tan amante de la patria, que tanto se enorgullecia de haber salido herido en Lepanto, tan defensor de la causa de la razon, de la civilizacion y del catolicismo, con qué corazon tan decaido no volveria á Italia, y cuán amargamente no lamentaria su alma generosa, noble, sublime que las pequeñeces personales y el egoismo de algunos jefes se antepusieran á la grande y majestuosa causa por la que todos debian combatir, y hacer el sacrificio de sus particulares afecciones y de su vida!

CAPÍTULO VI.

No habian sido infundadas las sospechas de una falta y una perfidia por parte de Venecia. Despues de la fracasada expedicion de Modon y Navarino, la señoría se mostraba cada vez más propicia á concertar paces con los enemigos del nombre cristiano, Con la doblez por enseña, con la mala fe por norte de sus acciones y con el disimulo por fin de sus actos nefandos, habia sembrado Venecia la duda, la indecision, el engaño, ora prometiendo nuevos valiosos refuerzos, ora rebajando las fuerzas del turco ora aparentando fieros y amenazas para lo sucesivo. Pero, á pesar de todo, la infamia que tramaba fué descubierta y patente. Firmó un tratado con la Turquía, por el que quedaba no sólo perjudicada, sino tambien humillada, escarnecida, vilipendiada miserablemente.

Hallábase Cervántes en Sicilia cuando el proceder de Venecia en la primavera de 1573 llenó de indignacion á las potencias cristianas. ¡Con qué pena lo sabria él que tanto habia sufrido al volver á Italia el año 1572 sin ver los resultados prósperos que de aquellas acciones navales de la Liga se esperaban! Desde que la conducta de Venecia fué conocida, los soldados españoles y los soldados del Papa la afearon duramente, y era general el deseo, particularmente entre los primeros, de emprender nuevas empresas guerreras bajo su sola y exclusiva direccion, que les recompensasen de los reveses, retardos, indecisiones y malandanzas pasados á causa de indiscreciones extrañas más bien que de errores propios.

La nueva expedicion, de la que formó parte Cervántes como soldado distinguido y de los que despues de ser recompensados por Don Juan de Austria por su heroicidad en Lepanto (1), si-

(1) Desde la batalla de Lepanto acrecentó Don Juan de Austria cuatro ducados á Cervántes sobre su paga por haberse portado tan singular y denodadamente.

guieron luego por mucho tiempo á sus inmediatas órdenes, salió de los puertos de Sicilia en Octubre de aquel mismo año de 1573, dirigiéndose á Túnez. Esta ciudad habia caido en poder de los infieles mucho ántes del combate de Lepanto, y el afan de los españoles de recuperarla, vióse felizmente cumplido en esta ocasion. El fuerte de la Goleta, que á pesar de ganado Túnez por los musulmanes, quedó en poder de los españoles en 1570, fué á donde primero arribaron las naves que iban á las órdenes de Don Juan de Austria, quien no bien hubo llegado y desembarcado parte de sus fuerzas, se dirigió á Túnez con el refuerzo de los veteranos que habia en aquel fuerte. Pocas expediciones tan fáciles, tan prontas y tan poco costosas como ésta. No bien vieron los de la ciudad acercarse á las fuerzas cristianas, cuando el temor, el recelo, la desesperacion en unos, la incertidumbre en otros, la tristeza en los más, se enseñorearon y prevalecieron. No hubo precision de sostener combate: los enemigos huyeron: los cristianos entraron en la ciudad, apoderáronse de ella, arreglaron las cuestiones del trono á medida de sus deseos y con arreglo á las instrucciones que llevaban, construyeron nuevas fortalezas que en los años venideros serian fatales para España, reforzaron las guarniciones, dictaron órdenes y disposiciones conducentes al mejor éxito, y conseguido cuanto se propuso en aquella accion Don Juan de Austria, dieron la vuelta á Italia, desembarcando en Palermo, el 24 del mismo Octubre, ántes de un mes de haber salido para la favorable y breve empresa.

Cervántes, en las informaciones y memoriales presentados años despues al Rey, en solicitud de galardon y recompensa, cita y menciona con orgullo haberse hallado en tales hechos de armas, gloriosos para el nombre español. Y su señor padre, al efectuar lo mismo, en beneficio de su siempre desgraciado y desatendido hijo, asimismo lo consigna con particular esmero y cuidado.

Gozoso por el buen suceso obtenido, y que por entónces semejó una victoria importantísima, volvió Cervántes á Italia. Habian sido abatidos los infieles: el nombre español habia sido enaltecido: muchos esclavos cristianos habian recuperado la libertad: la religion verdadera era glorificada con estos actos. El ánimo heróico de Cervántes se enardecia con tan favorables hechos, y su corazon ansiaba que nuevos combates y nuevas lides se ofrecieran donde servir á su patria, á su religion y á su Rey.

CAPÍTULO VII.

Desde Noviembre de 1573 á Setiembre del año de 1575, estuvo Cervántes dedicado á las guerras de Italia, especialmente á las promovidas con motivo de las disensiones de la república de Génova. Nos causa sorpresa que muchos biógrafos quieran puntualizar fecha y sitio al tratar de Cervántes en su permanencia en Italia, cuando ni es verosímil que siempre estuviese en un mismo tercio, ni es cierto que estuviera en acciones y hechos de armas en que le quieren hacer intervenir.

Nos referimos al decir esto último á la toma de Túnez y la Goleta por los turcos en 1574. En aquellos sucesos, Cervántes no pudo tomar parte. Cervántes habia vuelto á Italia, como hemos visto, con Don Juan de Austria el año anterior, y desde entónces no volvió á partir de las costas y puertos de aquella península para expedicion alguna de Africa. Como hemos demostrado ántes, Cervántes era soldado distinguido de Don Juan de Austria desde el dia siguiente al de la batalla de Lepanto, y jamás salió despues á combatir sino á las inmediatas disposiciones de aquel egregio capitan.

Bajo sus órdenes asistió á los sucesos de Génova, procurando la pacificacion de aquel territorio, que desde los comienzos del año 73 estaba tan entregado á las revueltas y á las anarquías. Don Juan de Austria, como protector de aquella república, y por disposicion de su hermano, trató de apaciguar las disensiones surgidas, y poner fin á las malandanzas que experimentaba. Consiguiólo, no sin algun trabajo y esfuerzo, y á aquella empresa, que duró bastantes meses, aludió Cervántes, cuando dice en un Memorial dirigido á Felipe II años adelante que le sirvió en la guerra de Italia.

Don Juan de Austria supo, al empezar casi á poner término á los sucesos de Génova, que los turcos volvian sobre Túnez y la Goleta, y que aquella ciudad y fortaleza estaban en grandísimo conflicto. Aprestó buques, preparó fuerzas, él mismo se puso en marcha para impedir el triunfo de los infieles; pero reveses, desventuras, accidentes de mar y contratiempos inesperados, dieron en tierra con todos los deseos de Don Juan, y la expedicion no se efectuó. Mal pudo estar en estas desventuradas acciones Cervántes, cuando su jefe no salió muy léjos de las costas de Italia por impedimentos comprobados y sabidos.

Habia ido por aquellos tiempos á Madrid, ya á recibir órdenes de su señor hermano, ya á conseguir algunas justas pretensiones de poder y mando, el vencedor de Lepanto, habiendo vuelto á Italia en el verano de 1575. El recibimiento que se hizo al ilustre hijo de Cárlos V en la córte, no fué tan satisfactorio como se esperaba. Los recelos, el enojo por el próximo fracaso de Túnez y la Goleta en 1574, el temor de que Don Juan se alzara con algun poder contrario á la soberanía exclusiva de Don Felipe, las sutilezas de los envidiosos, el prestigio de aquel príncipe, y en fin, otras muchas causas, más fundadas en las pequeñeces particulares que cifradas en la grandeza y en la abnegacion generales, hicieron que Don Juan de Austria volviese á Italia descontento de su acogida por parte del Rey.

Por entónces solicitaba permiso para volver á España Miguel de Cervántes. Sus heridas, sus padecimientos, tal vez hasta la imposibilidad misma para entrar en combates á causa de su manquedad, el abatimiento, la tristeza, las súplicas de su familia, el deseo de mejorar de posicion retirándose á España, la confianza, la casi seguridad de que sus sufrimientos pasados serian recompensados en la córte, le obligaron á pedir la licencia para retirarse del servicio militar.

Como que era tan querido de sus compañeros y jefes, obtuvo entre otras, dos cartas de recomendacion para Felipe II, una de Don Juan de Austria, otra del duque de Sessa, en la que entrambos ilustres caudillos encomiaban su valor, enaltecian su heroismo, hablaban muy alto en favor de sus méritos, de sus virtudes, de su honradez, de su patriotismo, y que prometian ser las más ciertas esperanzas de galardones futuros.

Sentido por sus jefes y por sus compañeros, embarcóse en Nápoles despues del 20 de Setiembre de 1575 en la galera *Sol*

que venia á España. El dia 26 una gran desgracia sobrevino: la nave fué apresada. Los cruceros argelinos infestaban todos los mares, y uno de ellos, á cuyo mando iba Dali-Mamí, renegado griego, fué quien llevó á cabo la presa. Los renegados eran los hombres más perversos del mundo, y no es de extrañar que se pusiesen en contra de aquellos mismos á cuya religion ó patria habian pertenecido. En *Los baños de Argel*, y en la carta amorosa que escribió la hermosa Zara á Don Lope le dice textualmente: «No te fies de ningun renegado.»

El combate que sostuvo la galera *Sol* con las goletas turcas fué empeñadísimo, y ántes de que la hiciesen prisionera, muchos soldados de una y otra parte quedaron muertos. Cervántes sobresalió como siempre. Quien tan gallarda muestra habia dado de su valor en la accion de Lepanto, no podia dejarse de mostrar grande en aquel trance supremo. Así es que fué uno de los que más combatieron por impedir el abordaje. Muchos de los episodios de esta accion se refieren, aunque simuladamente, en el quinto libro de la *Galatea*. Con la perfeccion que se relata este hecho allí, no se cuenta en ninguna parte.

Los que cercado habian á los cristianos eran varios bajeles turcos de los mejores, y entónces se acabó de confirmar el temor que tenian de perderse. Dice Cervántes que el valeroso capitan no desmayó, ni ninguno de los que con él estaban, y que esperaban á ver lo que los contrarios harian; los cuales, «luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua,» y con un renegado enviaron á decir al capitan cristiano, que pues era imposible defenderse de tantos bajeles enemigos, se rindiese. Dali-Mamí intimó á los cristianos que si disparaban alguna pieza contra los turcos habria de colgarlos de una entena; añadiendo á esto, otras semejantes amenazas.

Propuestos los españoles á sostener el ataque, se portaron con el valor en ellos peculiares. Las respuestas del capitan de la galera *Sol* á las fanfarronadas del engreido y orgulloso Mamí, fué decirle que se alargasen las naves donde venia y comandaba, pues de lo contrario serian echadas á fondo por la artillería. Trabóse denodado combate.

Aquellos momentos fueron por extremo angustiosos. Luchaban desesperadamente cristianos y turcos: los cristianos, con el odio de pueblo á pueblo, de religion á religion, de ideas á ideas, aguijados además sobremanera por la indignacion que les produjo

el ser detenidos cuando venian á España, cuando todos los peligros de la guerra los habian sufrido, ora en el mar, ora en tierra, cuando sus corazones se habian abierto á la hermosa y dulce esperanza de volver á su patria, de estrechar entre sus brazos al padre, á la madre, á la esposa, á la hermana, á los deudos, despues de luengos alejamientos y sinsabores, peligros y desventuras: los turcos, con la desesperacion que prestan las malas causas, con la perversidad que les instigaba, con el anhelo de apresar buques enemigos, hacer cautivos, ultrajar, matar, cometer asesinatos y maldades, violaciones y robos. Guiados estaban aquellos por la justicia: por la injusticia éstos. En defensa de su vida vilmente amenazada combatian los unos: por conseguir triunfos nefandos y denigrantes contendian los otros. Los cristianos eran pocos, sin embargo, y su heroicidad no pudo impedir la victoria de los enemigos, muchos en número, perversos, sin piedad, bajos en sus pensamientos y en sus procederes. (1)

Los turcos con el furor que les dominaba y esperanza de triunfar, sembraban por do quiera la consternacion y el luto. Sólo dejaron con vida á aquellos á quienes encontraron cartas ó recomendaciones que les favoreciesen. Cervántes estaba entre éstos. Ya hemos visto que habia obtenido al salir de Italia, cartas de recomendacion de personajes como Don Juan de Austria y el duque de Sessa. Esas epístolas fueron, sin embargo, en esta ocasion, motivo de especial codicia y cuidado en los corsarios. Creyeron que cuando Cervántes llevaba consigo cartas de recomendacion tan valiosas, era porque tenia mucho prestigio ó grandiosa fortuna. Así que, desde el momento en que le apresaron, conceptuáronle como cautivo de consideracion, y de los que no debian ponerse en libertad sino despues de haber dado cantidades exhorbitantes.

¡ Qué desventurada suerte la de Cervántes !

(1) Los infieles, despues de haber embestido nueve veces á la nave cristiana, y habiendo combatido por espacio de diez y seis horas, muerta mucha gente de la embarcacion, lograron entrar en ella furiosamente, segun palabras textuales de Cervántes.

CAPÍTULO VIII.

Conseguido el triunfo, dirigióse Dali-Mamí con sus naves á Argel, y no bien hubo llegado, puso en fuertes prisiones y aherrojó desapiadadamente á los cautivos de importancia que llevaba, en especial á Cervántes, á quien conceptuó, segun ya hemos visto, desde los primeros momentos, como caballero principal.

Algunos meses estuvo sufriendo nuestro valiente soldado aquellos tratos tan perversos y tan ruines; pero su alma grande, su corazon heróico, su inteligencia libre y elevada, le aguijaban á la continua para sacudir aquel yugo bárbaro de la más cruel é inconcebible tiranía. Intentólo así al mediar el año de 1576. No correspondieron, sin embargo, los resultados á las esperanzas. Habló y concertó Cervántes con un moro que le condujese á él y á otros españoles cautivos, de Argel á Oran, desde donde se prometian volver á España, libres de las penalidades del cautiverio. Conformóse el infiel; prometió hacerlo así; pusiéronse en marcha; mas el moro, hombre ruin, de falsa palabra, pusilánime, temeroso, cejó de sus propósitos en el camino, y dejó solo á Cervántes: el cual, viéndose de modo tan extraño y tan de improviso desamparado, tuvo que tornar á Argel, aunque con grande peligro de su vida, pues Dali-Mamí le recibió con indignacion, le maltrató mucho, y de allí adelante fué tenido con más cadenas, guardia y encerramiento.

Tales debieron ser las crueldades que con él se ejercieron durante los dos primeros años de su cautiverio (1575-77), que por insoportables, determinó de escribir una epístola al secretario de S. M., M. Vazquez, suplicándole se fijase en los cautivos de Argel la atencion, valiéndose del favor que con el monarca, á la sazon reinante, disfrutaba.

Este documento (1), notable bajo todos los puntos de vista que se le considere, y no conocido de los antiguos historiadores de Cervántes, es el más sentido lamento de un alma apenada por padecimientos crueles, por olvidos injustificados, por accidentes tristísimos. Es un clamor del infortunio, es un llanto sublime sobre la libertad perdida, es un relato vivo, verídico, patético, de las penalidades sufridas, del combate de Lepanto, del apresamiento de la galera *Sol*, de la tenaz acometida de los infieles, de la gallarda defensa de los cristianos, de la miserable vida que se

(1) Fué descubierta la carta de Miguel de Cervántes á Mateo Vazquez en 1863 en el exámen de un gran número de papeles pertenecientes á la casa de Altamira.

Hé aquí los tercetos que hacen referencia á su cautiverio:

En la galera *Sol*, que oscurecia
Mi ventura, su luz, á pesar mio,
Fué la pérdida de otros y la mia.

Valor mostraron al principio y brio;
Pero despues con la experiencia amarga,
Conocimos ser todo desvarío.

Sentí de ajeno yugo la gran carga.
Y en las manos sacrílegas, malditas,
Dos años ha que mi dolor se alarga.

Y en otra parte dice:

Vida es ésta, señor, do estoy muriendo
Entre bárbara gente descreida,
La mal lograda juventud perdiendo.

Y luego, dirigiéndose á Felipe II, exhalaba estos tristes lamentos, y hacia estas sentidas y jamás escuchadas súplicas:

De la amarga prision triste y oscura,
Adonde mueren veinte mil cristianos,
Tienes la llave de su cerradura.

Todos (cual yo) de allá, puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,

Valeroso señor, te están rogando,
Vuelvas los ojos de misericordia
A los tuyos, que están siempre llorando.

vivia en las argelinas prisiones, de la confianza que todos tenian en Felipe II, de los cautivos que habia en las mazmorras muriendo entre la incertidumbre y los sufrimientos, y de la seguridad que abrigaban los maltratados opresos de ser socorridos en sus cuitas, y salvados.

Mucha influencia gozaba el secretario Mateo Vazquez para con Felipe II, y bien pudo atender los clamores de Cervántes; pero su conducta fué contraria á su posicion y á su nombre. ¿Qué caso hizo Mateo Vazquez de la carta respetuosa de Cervántes? Absolutamente ninguno. ¿Qué hizo para mejorar la suerte del que tanto enaltecia sus actos? (1) Olvidarlo y desdeñarle, como hicieron casi siempre los señores potentados de su época. Sólo unas cartas eran las que siempre con impaciencia se esperaban, y lograban el aprecio merecido: y estas cartas eran las que iban dirigidas á sus padres y á sus hermanas. Éstos eran los únicos seres que por el cautivo de Argel se interesaban, y los que pusieron por obra todos sus desvelos para protegerlo, favorecerlo, salvarle.

En aquel mismo año de 1577 sus padres y parientes enviáronle algun dinero para que se rescatase; pero su dueño, ó mejor dicho, su tirano, le tenia en tanta estima, que no queria otorgarle libertad sino por un precio exhorbitante. En la imposibilidad, pues, de ver realizados sus deseos Miguel y los de toda su familia, se decidió el tan distinguido soldado como cariñoso hijo, por el único recurso que restaba: el de rescatar á su hermano Rodrigo (2), ya que no podia rescatarse él. Con esto, con la en-

(1) Más de cien versos de su composicion dedicó Cervántes al encomio y enaltecimiento de Mateo Vazquez. Hé aquí algunos:

> Vos sois, señor, por quien decir podia,
> Y lo digo y diré sin estar mudo,
> Que sólo la virtud fué vuestra guia,
>
> Y que ella sola fué bastante y pudo
> Levantaros al bien do estais agora,
> Privado humilde, de ambicion desnudo.

¡Lástima de tan nobles elogios á tan desdeñoso y desagradecido personaje!

(2) Así en la batalla de Lepanto como en las guerras de Italia peleó Rodrigo de Cervántes, de lo que hace su hermano Miguel mencion en su Memorial de servicios. Fué hecho cautivo en la misma galera *Sol* y al mismo tiempo que su hermano. Años adelante militó en los tercios españoles con la graduacion de alférez.

trega de la cantidad pedida por Dali-Mamí, con el sacrificio de su libertad y con el designio de rescatarse él mismo no bien ocasion se le presentara, quedó dispuesto para volver á España el hijo mayor de Rodrigo de Cervántes y Doña Leonor de Cortinas.

No desaprovechó la oportunidad Miguel de que su hermano tornase á España; ántes bien se valió de ella para preparar un proyecto que de tiempo atrás abrigaba. Consistia en que, una vez su hermano en España, pusiese en órden y enviase de las playas de Valencia ó de Mallorca ó Ibiza una fragata armada para llevar á España los cautivos que estuviesen dispuestos á fugarse de Argel. Para mejor conseguir esto, y que los vireyes correspondientes pusieran de su parte todo lo posible, obtuvo Cervántes cartas de recomendacion de los señores Don Antonio de Toledo y Don Francisco de Valencia, caballeros del hábito de San Juan, á la sazon cautivos.

Puesto en libertad Rodrigo el mes de Agosto de 1577, llegó al poco tiempo á España; y despues de haber abrazado á sus padres y hermanas, haber contado la situacion en que quedaba Miguel, y tomado algun tiempo de descanso, emprendió sin detenimiento lo que su hermano le habia encargado tan eficazmente. Presentó las cartas de recomendacion; hizo tristísimas pinturas de la situacion de los cautivos; encareció la necesidad de poner término á suplicio para españoles magnánimos tan angustioso; y su amor al hermano, las lágrimas de sus ancianos padres, los lamentos de sus hermanas, y el recuerdo de los trabajos que él mismo habia pasado en Argel, le inspiraron tal elocuencia, que presto todos quedaron convencidos de la necesidad que habia de socorrer á aquellos cautivos cristianos, y se consiguió disponer una fragata.

En el entretanto que esto lograba y obtenia Rodrigo en España, su hermano Miguel demostraba en Argel, aunque aherrojado y perseguido, lo mucho, lo infinito, que su talento valia. No dejó de trabajar ni un momento, desde el rescate de su hermano, para obtener la libertad de las personas más ilustres y valerosas que quisieran seguirle. Valiéndose de su astucia, penetracion é ingenio, consiguió que catorce cristianos de los más principales que entónces habia en Argel se escondiesen en una cueva, que él habia buscado fuera de la ciudad, donde algunos estuvieron por espacio de seis meses, con la circunstancia notabilísima de que Cervántes cuidaba de suministrarles los alimen-

tos y socorros necesarios, sin que ningun dia faltasen. Pensar en referir los trabajos, penalidades, zozobras y sinsabores que en este espacio de tiempo pasó Cervántes, fuera pensar en lo imposible. Baste saber que de todo en todo salieron bien los principios y progresos de sus generosos intentos, y que ocho dias ántes del en que habia de arrribar la fragata, se decidió á reunirse con sus compañeros, encerrándose en la cueva.

Llegó la fragata pocos dias despues del señalado; pero los marineros fueron tan pusilánimes, que temiendo algun fracaso, no quisieron saltar á tierra para dar aviso de su llegada; y así se malogró tanto desvelo y quedaron dificultadas tanta abnegacion, resolucion y gallardía; porque un mal cristiano llamado el Dorador, hombre perverso y ruin, con designio de congraciarse con el rey de Argel, se presentó á él; y asegurando querer convertirse moro, le descubrió lo de la cueva, haciendo constar que Miguel de Cervántes era el causante de toda aquella trama.

Azan (que así se llamaba el Rey dicho) habia comprado á Cervántes y otros cautivos de los que Dali-Mamí poseia, en el transcurso de tiempo que habia mediado entre el rescate de su hermano y la empresa que acabamos de mencionar. Así es que al tener noticia de que uno de sus cautivos habia atraido para sus planes á otros muchos, y le hacia tan cruel guerra, cegado por la pasion, enardecido por sus malos designios, enajenado por sus propósitos vengativos, y lleno de frenética rabia, dictó las más severas determinaciones y profirió las más crueles amenazas.

En aquel mismo acto, numerosísimos moros y turcos á pié y á caballo fueron á prender á Cervántes y á sus desgraciados compañeros. El Dorador, aquel Judas miserable, les guiaba. Llegados á la cueva, tuvieron que tomarla á viva fuerza; pero comprendiendo Cervántes que era una insensatez resistir contra tan numerosos soldados, despues de haber ordenado que cesase la resistencia, dijo terminantemente á sus perseguidores, que él, y solo él, era el causante de todo. Maniatáronle los que en persecucion suya iban; y entónces Cervántes, dando mayor prueba de grandeza de ánimo, dijo ante todos: — Ninguno de estos cristianos que aquí están, tienen culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor de él y el que los ha inducido á que se huyesen. —

Era el rey Azan persona sobre toda ponderacion cruel; y así en cuanto tuvo cabal conocimiento de que Cervántes era el sos-

tenedor confeso de aquella, para él grande maldad, ordenó que lo trajesen entre guardias á su presencia, lo cual verificaron sus aprehensores, maniatándolo á su satisfaccion, y conduciéndole á pié desde la cueva hasta palacio. Decir los improperios que oyó en el camino, las amenazas que sufrió, las injurias que le dijeron, las afrentas que contra él se proferian, y las burlas y actos indigos que experimentó, es pensar en lo imposible. Baste decir que todos le tachaban de ruin y perverso, y que se apresuraron á llevarlo á la vista del sanguinario monarca.

Cuando ante él fué presentado Cervántes, llevaba impreso éste en su frente, en su mirada, en su aspecto todo, el orgullo que por tal accion le señoreaba. Apuesto, arrogante, lleno de vida, de patriotismo y abnegacion, ni temia los peligros, ni le intimidaban los contratiempos, ni los castigos, ni la muerte misma. Así es que, al llegar á la vista del Rey turco, no sabemos quien se sobrecogeria más, si el que desafiaba todos los obstáculos, ó quien no podia resistir la mirada centelleante y sublime del Manco de Lepanto. Todas las preguntas del monarca argelino fueron nulas. Aquella voluntad enérgica, magnánima, superior de Cervántes, no se doblegaba por nada. Siempre dijo que él solo era el causante de todo y que á él solo se le castigara.

Encantó y áun sedujo al tirano aquella hermosura de sentimientos y aquella abnegacion tan poco frecuente entre ellos, logrando salvar Cervántes con su hidalgo proceder, no sólo la vida de aquellos que con él estaban en connivencia para fugarse, sino hasta la de aquellos individuos que como el R. P. Jorge de Olivar, redentor de cautivos, y otros, estaban expuestos á grandes peligros y castigos y persecuciones por meras sospechas. Pero si bien Cervántes logró salvar á todos sus amigos, conocidos y compañeros en la huida, no sucedió lo mismo con él; pues desde aquel momento, y vista la integridad de su carácter y la gallardía de sus resoluciones, fueron grandísimos los rigores que contra él se dictaron.

Mandáronle poner en una prision oscura, insalubre, mezquina, cargado de cadenas y de hierros, sin comunicarse casi con nadie, sufriendo hambre, sed, falto de descanso y sin trato de personas humanitarias; que eso, y más que eso significaba encerrar á los cautivos valientes ó deseosos de su libertad en un baño ó prision, donde indeciblemente sufrian.

CAPÍTULO IX.

Todo el rigor empleado contra Cervántes fué infructuoso; pues no bastó para impedir que en la primera ocasion volviese sobre su grandioso designio de dar libertad á la mayor parte de los opresos, libertándose él asimismo.

La energía y la decision eran cualidades distintivas de Cervántes. Así se comprenden, á pesar de los peligros que le rodeaban, sus intentos superiores y arriesgadísimos. A aquel natural independiente, ningun obstáculo le hacia cejar de sus propósitos. Desde su prision consiguió, pues, trabar conocimiento con un moro á quien envió secretamente á Oran con una carta dirigida al general de aquella plaza, llamado Don Martin Córdoba, con otras epístolas encaminadas á personas muy notables de la misma ciudad para que fuesen á Argel á poner en libertad á él y á otros caballeros que en los baños se hallaban rigurosamente encerrados.

Mas, la calamidad y el infortunio, que por do quier perseguian á Cervántes, impidieron tambien este medio de fugarse; porque el portador de las citadas correspondencias fué aprisionado al entrar en Oran por moros que sospechaban ser un espía; y no bien le prendieron, cuando le condujeron ante Azan-Bajá, quien informado del suceso, mandó empalar al moro, y dar dos mil palos á Cervántes, como autor de las cartas. La sentencia dictada contra el pobre moro fué tan exactamente cumplida, que á cabo de poco rato, murió del empalamiento; pero la de Cervántes no se verificó; y de ese modo se atestigua más y más el gran predominio que en el ánimo de todos sus tiranos ejerció siempre Cervántes por la superioridad de su talento, gallardía de sus resoluciones, decision de sus propósitos y alteza de sus

pensamientos (1). Computósele la pena impuesta por más rigurosa prision, más crueldad y más asechanzas.

Era ya el año de 1579. Cuatro de cautiverio, y tan cruel y áun cruelísimo, no podrian por ménos de excitar á Cervántes para buscar nuevos medios de evadirse. Una esperanza le alentó por aquel tiempo. Estaba en Argel un renegado español, natural de Granada, segun decia, llamado el licenciado Giron. Tanto le convenció Cervántes, valiéndose del arrepentimiento que mostraba y deseos de tornar á sus antiguas creencias, que se dispuso á favorecer á Cervántes y á los cautivos que con él se fuesen, para una fuga próxima. Al efecto trató Cervántes con Onofre Exarque, mercader de Valencia, á la sazon en Argel, que diese dineros para adquirir una fragata; y efectivamente el dicho Exarque aprontó más de mil trescientas doblas, con cuyo dinero se habia de comprar una fragata armada; y así se hizo, estando el renegado en todo á las órdenes de Miguel de Cervántes.

Dió noticia éste á los cautivos más principales de su determinacion y designio, y tuviéronle por bueno, y encomiáronle por eximio. Todos veian próxima su libertad: todos confiaban en arribar presto á las playas de su querida patria: todos enaltecian, en fin, la perspicacia y disposicion de Cervántes. Pero en estos

---

(1) En *El Quijote,* capítulo XL, Parte primera, relatando un cautivo su historia, dice: «Ninguna cosa nos fatigaba tanto (en el cautiverio) como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar la libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor causa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado; y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.»

Indudablemente aludió Cervántes en este pasaje á sus mismos sucesos y cautiverio, aunque desfigurando algunos hechos, como se corrobora, cotejando el anterior relato con lo que se refiere en las informaciones de Argel, que son los documentos auténticos y legales á que han de recurrir todos los biógrafos de Cervántes al hablar del cautiverio.

momentos sucedió un fracaso inesperado. Un perverso delator se ocultaba entre los cristianos, habia dado cuenta de todo á Azan-Bajá, y hubo lágrimas y persecuciones en vez de libertad y alegría y venturosos acaecimientos.

¿Quién fué ese nuevo y fatídico delator del español admirable?... Ah! vergüenza y dolor causa decirlo: fué un sacerdote; fué un domínico; fué un Juan Blanco de Paz, hombre de tan menguada intencion, que no tuvo temor de hacer traicion á Cervántes y á su religion y á su patria, sólo por satisfacer alguna venganza mezquina personal que tuviera contra el eminente español, ó contra alguna persona de su familia; pues no se comprende de otra suerte que un cáutivo cristiano, y por añadidura revestido con el hábito sacerdotal, se portase tan indigna, indecorosa y rastreramente.

De un modo ó de otro, ello es lo cierto que Juan Blanco de Paz, fraile domínico, fué esta vez el delator de Cervántes, y quien preparó todos los tristes actos que se siguieron. Sucedió, pues, que Azan-Bajá, enterado ya del proyecto, disimuló por algun tiempo con intencion de dar el golpe sobre seguro. Pero en aquel entretanto la noticia circuló, súpose la traicion jugada, y los que habian intervenido en la proyectada fuga se amilanaron y desistieron de su intento, con la circunstancia notable de que Onofre Exarque, quien aprontó el dinero para la fragata, suplicó más de una vez á Cervántes, como más comprometido que nadie, que se fuese á España en unos buques que estaban para partir, prometiéndole pagar su rescate. Mas Cervántes era hombre tan pundonoroso, enérgico y magnánimo, que no sólo rechazó la tentadora oferta de Exarque, sino que le dijo con entereza y gallardía que no queria ser libertado de ese modo, y que ántes bien sabria presentarse como único y solo autor de toda aquella trama, sin que ni tormentos, ni dádivas, ni halagos, ni la muerte misma pudieran doblegarle ni rendirle.

A cabo de pocos dias mandó, pues, el Rey buscar á Cervántes, el cual estaba escondido en casa de un cristiano de Argel, hasta ver qué determinaciones tomaba el tiránico monarca. Ordenó Azan-Bajá que se prendiese á Cervántes y lo llevaran á su presencia, y amenazó con la pena de muerte á quien le tuviese oculto.

En este trance, ya Cervántes no podia permanecer por más tiempo indeciso. No miraba tanto por su vida como por la de su patron y por la suerte de sus compañeros, que pudiera empeorar

sin la presentacion suya. Resolvióse, pues, á efectuarlo, y así lo hizo, siendo de enaltecer más y más en tales supremos instantes la alteza de su ánimo y lo privilegiado de su talento.

¡Momentos terribles aquellos en que se presentó ante el cruel é inexorable Rey! Ensoberbecido éste con su preponderancia, vano por educacion, atrevido por la suerte, escudado en su condicion opresora, no bien le vió ante su vista, llenóle de ultrajes, amenazóle con tormentos crueles, mandóle poner un cordel á la garganta y atarle las manos atrás; indicios claros de que la muerte de horca le esperaba.

Mas Cervántes, que tanto mayor se mostraba cuantos mayores eran los contratiempos que le rodeaban, no confesó ni la más mínima palabra que pudiese perjudicar á sus compañeros. Su entereza fué tan grande, tan singular su discrecion, tan notable su prudente silencio, que el rey Azan estaba desesperado de ver tanta energía, y desbaratados todos sus cálculos, despues de las delaciones del mal sacerdote Blanco de Paz. Sólo pudo tener por respuesta el Rey de Argel, que el interrogado, Miguel de Cervántes, era el causante de todo y otros cuatro compañeros más, que ya gozaban de la libertad ansiada.

Momentáneamente cundió entre cuantos cristianos habia en Argel la miserable delacion de Blanco de Paz; y lágrimas derramaron todos, y palabras de alabanza tributábanse al recordar la heróica resolucion de Cervántes y su admirable gallardía en el contratiempo sufrido por asechanzas de la perfidia y de la maldad de un español. ¡Grande mengua y hasta inconcebible!

Tenia Azan en su mismo palacio prisiones fortísimas, y en ellas fué encerrado Cervántes con todas las precauciones y rigores que era de esperar. Cinco meses estuvo allí desapiadadamente aherrojado, sufriendo grandísimos trabajos, ora expuesto á las iras del arraez, ora esperando las crueldades del tirano.

¡Cuántas veces, en aquella lóbrega prision, entre lágrimas y suspiros exhalados de lo más profundo del alma, no murmurarian sus labios esta bella y tiernísima plegaria que luego colocó en su comedia *Los Tratos de Argel!*

«Vuelve, Vírgen Santísima,
Tus ojos, que dan luz y gloria al Cielo,
Á los tristes que lloran noche y dia,
Regando con sus lágrimas el suelo:

Socorrednos, bendita Vírgen pia,
Ántes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura
Y carezca de usada sepultura!» (1)

---

(1) Hase propagado hasta ahora que Cervántes, durante su cautiverio, tuvo relaciones amorosas con una bella morisca, hija de un señor principal de la gente infiel; y áun cierto autor de novelas ha adornado con tales aditamentos la sospecha que algunos han sostenido, que nos relata minuciosamente las escenas amorosas, los tratos entre la bella jóven y el cautivo afortunado, la huida de la doncella, su entrañable amor por Cervántes, sus celos, su desesperacion, su enfermedad y desventuras, haciendónosla ver morir en un convento, pensando en su gallardo y heróico Miguel.

Propuestos, al parecer, varios de los biógrafos de Cervántes en esparcir misterios y enigmas en su vida, se han apoyado en la fábula, en la suposicion, en la arbitrariedad, cuando no han encontrado documentos justificativos para sus afirmaciones. No se concibe de otro modo que personas doctas ó instruidas diesen asentimiento y cuerpo al cuento amoroso de Argel, así como no es explicable que otras se afanen en contar ilusiones de su mente sobre Portugal, todo con el fin de explicar el nacimiento de Doña Isabel de Saavedra, hija natural de nuestro héroe.

Esos escritores no han comprendido que cuanto más se indague sobre este particular, tanto más se pone de manifiesto la imprudencia de los que tal hacen. Bien está, y laudable es, que indaguemos todo lo referente á la vida pública de Cervántes, á su existencia como soldado, como cautivo, como escritor, hasta como recaudador de contribuciones; mas comprendemos que es demasiado inconveniente examinar y querer penetrar áun en sus menores acciones domésticas. Respetamos nosotros tanto el sagrado de la familia, que aunque supiéramos que podriamos presentar los más circunstanciados y curiosos pormenores sobre la vida de Cervántes, á este respecto, no lo hariamos, por temor de ofender la memoria de persona á quien tanta veneracion profesamos.

Que Cervántes tuvo una hija ilegítima es lo único que sabemos. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de indagar si esta hija era procedente de una morisca ó de una portuguesa ó de una española, ni poner dolo en la honra de determinadas personas? Para la biografía de Cervántes ¿qué importa esto?

Se pueden cometer por lo demás, y se cometen indudablemente, grandes arbitrariedades en tales conjeturas y deducciones.

Efectivamente que Cervántes mismo refiere lances amorosos en sus obras, semejables á los que mencionan sus cronistas: verdad es que en *Los Baños de Argel* y en la segunda parte de *El Quijote* se relatan los lances amorosos de los cautivos Don Lope y el capitan con las hermosas Zara y Zoraida: cierto es tambien que una y otra se fugan con sus gallardos mancebos, y llegan á tierra de cristianos y se casan y

CAPÍTULO X.

Tantas penalidades, sinsabores, esclavitud, trabajos, falsía y persecuciones, como anteriormente dejamos referidos, tocaron por fortuna á su término. Los redentores trinitarios de cautivos, que tanto bien proporcionaban á los que en infectas mazmorras

---

son felices. Mas indudable es al mismo tiempo que eso no nos autoriza para formar conjeturas aventuradas.

Los episodios que narra Cervántes pudieron ser ó no producto de la realidad. ¿Por qué conceptuarlos como rigorosamente verdaderos, y no ántes bien como ficciones ingeniosas para engalanar y hacer más interesante la narracion que las contiene? ¿No es inadmisible y hasta ridículo querer presentar como certeza una mera suposicion?

Si Cervántes tuvo relaciones en Argel con alguna mora poderosa y discreta, no fueron por cierto relaciones ilícitas, de mal género, sino relaciones dignas, cristianas, nobles, rectas. Si alguna morisca le protegió allí, fué por su virtud y por su proceder hidalgo. Si alguna mora trajo con él á España, no fué seducida ni para seducirla, sino para hacerla feliz, separándola de las prácticas absurdas y de la inconcebible tiranía que sufriera entre los suyos.

Si otra cosa hubiera acaecido, el padre Fray Gil, como veremos más adelante, no hubiera puesto tanto interés por libertarlo, tratándolo con cariño y hasta con singular predileccion y respeto, ni los testigos que, por extenso declararon en su favor, sacerdotes algunos, caballeros otros, hombres de honor todos, hubieran osado, siendo su vida desarreglada y viciosa, haberle llamado virtuoso, persona de buenas costumbres y de trato ejemplar.

La fábula de los amores ilícitos en Argel, de Miguel de Cervántes y la hija de un potentado turco, pudo ser, y fué efectivamente, una nueva, grosera calumnia levantada contra el bondadoso Miguel de Cervántes por su implacable enemigo Blanco de Paz; pero calumnia que no surtió el efecto que se apetecia, pues en la grandeza de ánimo del trinitario Fray Juan Gil feneció la maldad, y en la prudencia y penetracion de las edades futuras ha nacido la verdad y resplandece la justicia.

se hallaban aherrojados, fueron los salvadores de aquel gallardo español que lloraba en extrañas é infieles tierras sus desventuras é infortunios. Pero entre esos bienhechores de la humanidad hay uno, cuyo nombre debe siempre ir unido al del escritor á quien hoy veneran todos los pueblos cultos del mundo. Ese religioso es Fray Juan Gil. Fraile trinitario, redentor de cautivos, ardiendo su ánimo en el amor al prójimo, ávido de procurar la dicha de los desgraciados, grande en virtudes, lleno de atractivo por su hermoso natural y condicion bondadosa, alejado de toda intriga, amigo de todos los buenos, preconizador de la alteza de pensamientos, llevando en su corazon un tesoro de magnanimidad y dulcedumbre, querido por sus superiores, respetado por sus iguales, venerado por sus adictos, enaltecido y sublimado por cuantas personas le trataban, era muy legítimo el renombre que como caritativo y apostólico tenia, y más insigne le cobró cuando libertó al mayor talento de su siglo, viniéndose en conocimiento de que sólo aquel hombre extraordinario en virtudes, podia apreciar como se debia, y libertar á aquel otro hombre extraordinario en letras y tambien en virtudes, á quien Azan-Bajá reputaba como el primero de sus cautivos.

El 29 de Mayo de 1580, dia de la Santísima Trinidad, llegaron á Argel el padre Gil y los frailes que le acompañaban. Su primer cuidado, su atencion primordial y su mayor desvelo, desde que desembarcó, fué buscar á Miguel de Cervántes, enterarse de su suerte, y aliviar sus infortunios. Y se comprende perfectamente. La madre y hermanas se habian presentado algunos dias ántes de que marchara á Argel, al benéfico padre trinitario: las recomendaciones que le habian hecho, eran tan atendibles como poderosas. ¡Cuántas lágrimas no derramaria la madre de Cervántes al encarecer y suplicar la libertad de su hijo! ¡Cuántas no derramarian tambien las desoladas hermanas, deseosas de abrazar á aquel soldado que hacia cinco años estaba cautivo! Esos recuerdos de su despedida, se ofrecian al P. Juan Gil á su llegada á Argel, y le aguijaban poderosamente á conseguir la salvacion de Cervántes.

Todos los generosos esfuerzos del ilustre trinitario viéronse contrariados, sin embargo, á causa de la crecida cantidad que por el rescate de Cervántes exigia el inexorable Azan.

Eran ya pasados algunos meses de la estada en Argel de los Padres redentores, cuando en Setiembre de 1580 aprestóse el ti-

rano para marchar á Constantinopla, llevando consigo sus cuantiosas riquezas, perversamente adquiridas, y gran número de cautivos cristianos, generalmente de los más principales, y entre los que se hallaba el soldado heróico de Lepanto.

Redobló con tal motivo sus instancias y sus magnánimos esfuerzos Fray Juan Gil; pero todo era inútil: el momento habia llegado: Cervántes fué embarcado en un bajel turco el 19 de Setiembre de 1580. Aquel mismo dia debia partir para Constantinopla.

Entónces Fray Juan Gil dirigióse de nuevo al rey de Argel, y tan inspirado estuvo, tanto encareció sus razones, y ablandó las empedernidas entrañas del tirano con sus súplicas, ruegos y palabras llenas de evangélica caridad, que consiguió que el rescate de Cervántes lo tasase Azan en quinientos escudos de oro en oro, en vez de mil que ántes habia pedido, con tal empero de que se le entregara aquella cantidad en el mismo dia.

Tres mil trecientos reales llevaba Fray Juan Gil procedentes de la familia de Cervántes; doscientos cincuenta reales habia dado como de limosna Don Francisco de Caramanchel, doméstico de Don Iñigo de Cárdenas Zapata, del Consejo de S. M.; la Órden trinitaria habia entregado para su rescate otros doscientos cincuenta reales; faltaban, pues, para el completo de la suma que exigia últimamente Azan-Bajá algunos miles de reales. Esa cantidad hubo precision de buscarla Fray Juan Gil entre mercaderes del mismo Argel, despues de aplicar á igual objeto varias cantidades que llevaba para el rescate de algunas personas que entónces no se hallaban en aquella ciudad. Y era tan conocido el nombre de Cervántes, tan grato á todos los españoles, tan respetado y amado entre las personas ménos instruidas, que bastó una súplica del magnánimo sacerdote para que le aprontaran lo que pedia.

Fray Juan Gil se apresuró á entregar á Azan los quinientos escudos en oro en que habia sido estipulado el rescate, y no bien los hubo recibido el tirano, y hubieron percibido algunas doblas los oficiales del buque, que pidieron por sus derechos, fué desembarcado Miguel de Cervántes, y recobró la perdida libertad, beneficio el más grato que puede obtener un hombre, pues sólo el cautiverio, como él dice en su novela *El Amante Liberal*, es bastante para entristecer el corazon más alegre del mundo.

¡Alma generosa, espíritu verdaderamente evangélico, que su-

piste comprender toda la alteza del talento de Cervántes, sacerdote ejemplar que libertaste á aquel á quien pocos comprendian, y los más ó perseguian ó desdeñaban, ¡qué hombre de recta conciencia no venerará siempre tu memoria y no derramará lágrimas de agradecimiento ante tu bienhechora y sublime conducta! (1)

---

(1) La partida de rescate descubierta en 1765 es tal vez el documento más importante de todos cuantos con Cervántes se relacionan. Por eso vamos á reproducirlo íntegro, pues él con su descarnada relacion, dice más que escritos muy extensos en elogio de Fray Juan Gil.

—En la ciudad de Argel á 19 dias del mes de Septiembre del año de 1580 (en presencia de mí el Notario), el M. R. P. Fr. Juan Gil, Redentor, rescató á Miguel de Cervántes, natural de Alcalá de Henares, de edad de 31 años, hijo de Rodrigo de Cervántes y de Doña Leonor de Cortinas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera *Sol*, yendo de Nápoles á España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M. Perdióse á 26 de Septiembre del año de 1575: estaba en poder de Azan Baxá Rey, y costó su rescate 500 escudos de oro en oro de España, porque si nó le enviaba á Constantinopla: é así atento á esta necesidad, y que este cristiano no se perdiese en tierra de moros, se buscaron entre mercaderes 220 escudos á razon de 125 ásperos, porque los demás, que fueron 280, habia de limosna de la Redencion: los dichos 500 escudos son y hacen doblas, á razon de 135 ásperos cada escudo, 1.340 doblas. Tuvo de adyutorio 300 ducados que hacen doblas de Argel, contando cada real de á cuatro por 47 ásperos, 775 y 25 dineros. Fué ayudado con la limosna de Francisco de Caramanchel, de que es Patron el muy ilustre Señor Domingo de Cárdenas Zapata, del Consejo de S. M. con 50 doblas, é de la limosna general de la Órden fué ayudado con otras 50, é lo demás restante á el cómputo de las 1.340 hizo obligacion de pagarlas acá dicha Órden por ser maravedís para otros cautivos que dieron deudos en España para sus rescates, y por no estar al presente en este Argel no se han rescatado, é estar obligada dicha Órden á volver á las partes su dinero, no rescatando los tales cautivos: é más, se dieron nueve doblas á los oficiales de la galera del dicho Rey Azan Baxá, que pidieron de sus derechos. En fe de lo cual lo firmaron de sus nombres.—Testigos: Alonso Berdugo.—Francisco de Aguilar.—Miguel de Molina.—Rodrigo de Frias, cristianos.—Lo cancelado valga.—Fray Juan Gil.—Pasó ante mí,—Pedro de Rivera, Notario apostólico.

CAPÍTULO XI.

Grande é inexplicable enemiga abrigaba en su corazon el falso religioso Blanco de Paz contra el bondadoso Miguel de Cervántes, desde que, como hemos notado, por asechanzas y maldades de aquel, vióse éste contrariado en su generoso y patriótico deseo de conseguir su libertad y la de otros sus compañeros principales de cautiverio.

Calumnias, maquinaciones contra su buen crédito, falsas é injuriosas frases propaladas contra Cervántes, viles tramas, achacar á virtuosos varones las maldades propias, todo lo más despreciable, ruin y liviano que el humano corazon puede abrigar y la mente concebir, puso por obra Blanco de Paz, como si esperase que sus perversidades y malditas persecuciones oscurecieran la hermosa luz de la virtud, de la verdad, de la justicia y del derecho.

Las imputaciones que se habian hecho á Cervántes eran, pues, tales y tan graves, que él mismo se decidió, no bien le rescató el P. Fray Juan Gil, á justificar su conducta, y á poner su nombre por encima de los insultos y maquinaciones de su perseguidor. Desde el 19 de Setiembre de 1580, dia en que consiguió su libertad, hasta algunas semanas despues, residió Cervántes en la ciudad donde habia pasado tantos años de cautiverio. Cervántes fué siempre magnánimo y generoso, pero no perdonó nunca la maldad, la mentira ni la calumnia. Mal podia dejar, por tanto, de sincerarse ante las tramas del indigno fraile, y más sabiendo que habria de poner todos sus conatos en perseguirle y disfamarle.

Así es que, no bien indicó á su ilustre salvador su deseo de abrir informes sobre su conducta, puso el buen religioso todos los medios para que la justificacion fuese tan amplia y completa como se anhelaba. Era entónces Notario apostólico entre los cris-

tianos de Argel, Pedro de Rivera, hombre probo, íntegro, celoso de que la verdad resplandeciera, de que la virtud fuese enaltecida. A él encargó el P. Juan Gil que tomase declaracion á los testigos que Cervántes presentara, autorizando lo que dijesen para resguardo del peticionario.

Favorece tanto á Cervántes la declaracion de todos y cada uno de los testigos, que se llena el corazon de alborozo al verle tan enaltecido. Todos estuvieron conformes en decir que Cervántes habia permanecido cautivo cinco años en Argel: que habia sido hecho prisionero en la galera *Sol*, yendo de Italia á España: que siempre se habia conducido como leal y buen caballero: que muchas veces habia preparado la fuga de varios cristianos con manifiesto y seguro peligro de su vida: que en los reveses, gallardamente dijo siempre que él solo era el causante de todo: que en tanto que se fraguaba una fuga, él era quien proveia con celo y gran ingenio á los dispuestos á seguir sus determinaciones. Hacian notar asimismo lo aventajado de su talento, por lo que nunca le castigó, como se esperaba, el cruel Azan, su trato y conversacion con las personas más graves, virtuosas é ilustradas, las perfidias de Blanco de Paz, el hermoso proceder de Cervántes, su amor á la patria y su espíritu completamente noble y caballeroso.

Esto en general. En particular dilatábase cada cual en las alabanzas, segun los beneficios ó agradecimiento que debia á Cervántes. Así es que, un honrado alférez y cautivo, Diego Castellanos, decia que el ilustre soldado socorria con sus escasos haberes á los cristianos pobres, ayudándoles en cuanto le era posible: Hernando de Vega, vecino de Cádiz, está conteste en todas las preguntas que se le hacen sobre Cervántes, encomia el valor y discrecion de aquel hombre insigne, y concluye diciendo que es tal persona, que no obstante que es querido y amado y estimado de todos, las demás gentes de comunidad lo quieren, aman y desean por ser de su cosecha amigable y noble y llano con todo el mundo: Alonso Aragonés, natural de Córdoba, se extiende más que ningun testigo en los hechos y vida cautiva de Cervántes, por lo mismo que habia intervenido en los acaecimientos que se refieren; por eso narra con precision grande y señaladísima las varias tentativas de Cervántes, las asechanzas de los enemigos, las crueldades de Azan, la traicion de Blanco de Paz, el agasajo que le hizo el Rey por su delacion, la prudencia de nuestro Miguel en todos ca-

sos y situaciones, y confiesa que los redentores que han ido á rescatar opresos á Argel, como el R. P. Jorge de Olivar, de la corona de Aragon, y el P. Gil de la corona de Castilla, le hicieron mucha merced, comunicando con él sus asuntos, y teniéndolo á su mesa, y haciéndole mucha amistad: Juan de Valcazar, entre otros muchos y señalados encomios de Cervántes, asegura que hacia bien y limosnas á pobres cautivos, sustentándolos y pagándoles sus jornadas, á fin de que sus patrones no le maltrataran, dándoles palos ú otros malos tratamientos; y áun dice este testigo que á cinco muchachos, que eran renegados de los más principales turcos de Argel, los animó y confortó nuestro Miguel para que se fugasen del poder de sus tiranos, lo cual consiguieron, y nunca hubiera esto sucedido si el gran soldado no los hubiera excitado á ello, accion que mereció y merece de todos elogio y galardon: Fernando de Vega hace de Cervántes un señalado encomio, á pesar de no haber intervenido en los principales acontecimientos de su prision: el alférez Luis de Pedrosa encarece su magnanimidad; nos hace saber que cobró mucha fama, loa, honra y corona, y era digno de grande premio; nos dice que tenia especial gracia en todo, y que era tan discreto y avisado que pocos habia que le llegasen; y confirma que los cautivos gemian con grandes suspiros contra el malvado Juan Blanco de Paz: Cristóbal de Villalon y el capitan Domingo Lopino le tributan el homenaje de su admiracion: Don Diego de Benavides, á pesar del poco tiempo que conocia á Cervántes, da de él los informes más lisonjeros; y como al llegar de Constantinopla á Argel preguntase qué caballeros más notables habia en esta última ciudad con los que se pudiera haber trato y comunicacion, le dijeron que Cervántes era uno muy recto, noble y virtuoso, y que habiéndolo conocidó confirmó lo que le habian dicho, pues Cervántes hizo veces de su padre y madre, llegando á conocer que el P. Gil le trataba con intimidad y lo sentaba á comer á su mesa: en conclusion, hasta dos personas graves, que habian sido enemigos de Cervántes, no pudieron por ménos de erigirse en sus admiradores, y tales fueron el P. Feliciano Enriquez, natural de la villa de Yepes en Toledo, y Rodrigo de Chaves, rescatado al mismo tiempo que Cervántes. Asegura el último que conocia á Cervántes desde tres años ántes, y que áun cuando se propagó que el Doctor Becerra habia sido causante del fracaso de la salvacion de los cautivos, por Miguel de Cervántes deseada, la verdad misma le habia per-

suadido despues que no habia sido el delator el referido Becerra, sino Juan Blanco de Paz. Fray Feliciano Enriquez afirma por su parte que conoció á Saavedra desde que entró cautivo; y aunque no quiso descubrir las maldades de Juan Blanco de Paz, llevado de su espíritu evangélico, con todo dice que, por causa de cierta persona, fué un tiempo enemigo de Cervántes.

Sacados tales y tan honrosos y elocuentes testimonios, y autorizados por una persona tan virtuosa como el señor Pedro de Rivera, el P. Juan Gil, tuvo una singular complacencia en escribir la siguiente certificacion:

«Yo Fray Juan Gil, de la Órden de la Santísima Trinidad, y redentor de los captivos de España, estante en este Argel, por mandado de S. M. y su Real consejo, por ésta firmada de mi nombre doy fe y verdadero testimonio á todos los que leyeren ó vieren, ó les fueren presentados estos testigos y testimonios arriba escriptos, sacados del propio original fiel y verdaderamente, y firmados al cabo y aprobados por Pedro de Ribera, escribano y notario entre cristianos en este Argel: primeramente que yo conozco á todos los testigos que en esta informacion han hecho su deposicion y dado sus testimonios, firmados de sus nombres, los cuales son de los principales y más calificados cristianos que hay en este Argel, personas de honra y de verdad, y por tales tenidos y habidos de todos, y que sus testimonios no dirian sino la verdad en todo lo que han dicho y jurado. Item mas, doy tambien fe y testimonio que Pedro Ribera, estante en este Argel, es ordinario escribano entre todos los cristianos, ansi mercaderes, como otros libres y captivos, y ha muchos años que usa el dicho oficio de escribano público y notario apostólico, y á sus actos y escripturas, aqui y en tierra de cristianos, se da entera fe, y se tienen por firmes y valiosos, y ansi la misma fe se debe dar á este traslado y copia de testimonio que él sacó ó mandó sacar del propio original, y que van autenticados y firmados de su firma, y señal de público escribano, que es la que está arriba; y el propio original que yo mismo he visto y leido, que conforma en todo á este traslado y copia, queda en poder del mismo Pedro Ribera, escribano. Item, de la misma manera doy fe y testimonio que dende el tiempo que estoy en este Argel haciendo la redencion por mandado de S. M., que son seis meses, he tratado y conversado y comunicado particular y familiarmente al dicho Miguel de Cervantes, en cuyo favor se hizo esta informacion, y le conozco por

muy honrado, que ha servido muchos años á S. M.; y particularmente en este su captiverio ha hecho cosas por donde meresce que S. M. le haga mucha merced, como mas largamente consta por los testigos arriba escriptos: y si tal en sus obras y costumbres no fuera, ni fuera por tal tenido y reputado por todos, YO NO LE ADMITIERA EN MI CONVERSACION Y FAMILIARIDAD; y porque todo lo arriba dicho pasa así y de verdad, firmo de mi mano en Argel á 22 de Octubre de 1580.—Fray Juan Gil, redentor de captivos.»

El dia ántes que firmara el preinserto documento el bienhechor de Cervántes, escribió y entregó su testimonio un cautivo insigne, el Doctor Antonio de Sosa, quien con rigorosa exactitud convino con todo lo que se le preguntaba, y elogió encarecidamente las acciones de nuestro autor. A las veinticinco preguntas presentadas por Cervántes, contesta circunstanciadamente, y da pruebas exactas de la falsedad é indignos procederes de Blanco de Paz.

¡Qué antítesis tan grande, qué diferencia tan notable entre la conducta de este mal religioso y la que observó siempre para con Cervántes el ejemplar, el caritativo, el apostólico Fray Juan Gil! Fray Juan Gil era todo amor, benevolencia, mansedumbre, resignacion: el Doctor Juan Blanco de Paz era todo odio, malevolencia, orgullo, soberbia. El uno se dejaba guiar siempre de la pasion: el otro se conducia sabiamente por la razon y por la prudencia. En los puros y hermosos rios de la verdad bebia el uno: en los oscuros y horribles manantiales de la mentira se saboreaba el otro. Fray Juan Gil era la honra del sacerdocio: el Doctor Blanco de Paz, su denigracion. Aquel favorecia y libertaba á los cristianos, ayudábalos, confortábalos y sacrificábase por ellos: éste era tan ruin que todo su gozo se cifraba en perseguirlos ó vejarlos. Aquel hacia todas sus buenas obras con modestia y áun ocultándose, exento de toda vanidad y mundanal mira: éste se jactaba en ser comisario del Santo Oficio cuando ningunos títulos poseia. Blanco de Paz rebajaba á Cervántes: Fray Juan Gil le justificaba y enaltecia. Aquel pretendia empequeñecer ó anular sus virtudes, sus proezas, sus actos eminentes: éste los encomiaba y sublimábalos con merecimientos. El uno, en fin, semejaba su ángel bueno, socorriéndole, animándole, confortándole, salvándole: el otro era la personificacion de su ángel malo, calumniándole siempre, procurando eternamente su cautiverio y áun su deshonra.

CAPÍTULO XII.

Cuando lo anterior se tiene en cuenta, se comprende perfectamente que aquel mal religioso, falso y vengativo, debió proseguir su pérfido designio de desacreditar á Cervántes á su vuelta á España (1), como ya insinuó Don Nicolás Diaz de Benjumea, uno de los primeros admiradores contemporáneos de Cervántes, en sus trabajos críticos sobre la vida y obras del eminente es-

(1) La fecha exacta de la vuelta de Cervántes á España, no puede determinarse. Dedúcese, sí, puesto que ya en el documento sacado cuando su rescate, se dice que estaba dispuesto para volver á España, que debió de ser á fines de 1580. Desde entónces, hasta la publicacion de *La Galatea* en 1584, época de su casamiento, nada puede asegurarse: todo es conjeturas y probabilidades. No seguiremos la conducta de los pasados biógrafos, que se han detenido en relatar los sucesos de estos tres años con grandísima incerteza y atrevimiento.

En el Memorial presentado por Cervántes al Rey en 1590 se dice que, despues de libertados del cautiverio él y su hermano, le sirvieron en la guerra de Portugal y estuvieron en la expedicion naval de las Terceras con el marqués de Santa Cruz, asegurándose que Miguel trajo las cartas del alcaide de Mostagan y fué á Oran por disposicion del Monarca.

Navarrete, al mencionar lo anterior, cree que en estos servicios de Mostagan y Oran estuvo Cervántes despues de haber asistido á las Terceras y tomado parte en la guerra de Portugal, que como es sabido sostenia por entónces (1580-83) Felipe II contra el prior de Crato, sobre la legitimidad de posesion de aquel reino. Don José Maria Asensio, en escrito publicado en la *Crónica de los Cervantistas,* tomo 1.º, pág. 15, opina por el contrario que Cervántes debió verificar tales servicios ántes de formar parte del ejército español de Portugal y de haber ido á las Terceras en la expedicion del marqués de Santa Cruz. Lo que cree el distinguido cervantista sevillano es muy verosímil. Con efecto, muy posible es que, despues de rescatado Cervántes, y de retorno á España, la embarcacion que le traia tocase en las playas de Mostagan, y el gobernador español de la plaza, tal vez compañero en Italia del cautivo, le entregase ciertas cartas y avisos acerca de los planes de la

critor. Verdad es que no consiguió del todo su objeto Blanco de Paz; pero no ménos es cierto que los desdenes de los potentados, supeditados por fanatismos religiosos, el despego é indiferencia de mucha parte del clero, las diatribas de algunos escri-

---

morisma en aquellas comarcas, cartas y avisos que debia entregar en manos de Felipe II.

Una vez Cervántes en España, despues de haber abrazado á su madre y hermanas, y visitado á sus antiguas relaciones de familia, sabiendo que su hermano estaba en la conquista de Portugal, donde tambien se hallaba el Rey Felipe II, se dirigió á aquel país para entregar al Monarca los documentos consabidos. Cree Asensio, y con mucha oportunidad, que hallándose al comienzo de 1581 en la villa de Tomar Felipe II, allí estuvo Cervántes en los primeros meses de aquel año, hasta que fué enviado á Oran, sin duda siendo portador de algunos pliegos en que al gobernador de aquella plaza y las á ella circunvecinas, se dictaria por Felipe II las convenientes disposiciones para la persecucion más activa y eficaz de los enemigos del nombre español y de la Religion católica.

De regreso de su expedicion á Oran, por indicaciones de su hermano tal vez, entraria á servir en el ejército español que á la sazon se hallaba en Portugal verificando y afianzando la dominacion de aquel país. Y decimos que por indicaciones de su hermano, porque tenemos la certeza de que Cervántes, que imposibilitado estaba á causa de su manquedad para tomar parte activa y tal como su genio valeroso y decidido quisiera en los combates y guerras, no podia estar de buen grado en el ejército, donde tenia que estar fatalmente relegado casi al olvido por no prestar sino servicios secundarios. Ya hemos indicado que una de las principales causas de haber solicitado su licencia en Italia, fué por motivo de su manquedad.

Infundadamente dice Navarrete que Cervántes asistió en 1581 á la expedicion á las Terceras bajo la direccion de Don Lope de Figueroa. Cuando se verificó aquella, estaba Cervántes en Portugal, y en dicho reino permaneció, hasta que en 1582 fué de los soldados que formaron parte de la expedicion que contra aquellas islas dirigiera el marqués de Santa Cruz. Cervántes dice textualmente que sirvió al Rey yendo á las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y si tambien se hubiese hallado en la expedicion de 1581, no lo hubiera pasado en silêncio. El abatimiento de ánimo que en Cervántes hubo de producir el no haberse podido portar en aquel empeñado combate marítimo entre las naves españolas y las del prior de Crato, reforzadas por algunas francesas, con el mismo denuedo y decision que ántes, á causa de su manquedad, le haria desistir de continuar la vida de la milicia, siendo probable que despues de la expedicion de 1582, y en los primeros meses de 1583, tornase á España, ya pacificado Portugal, próximo á estarlo del todo las Terceras, y de vuelta en Madrid el Rey Felipe II.

Nada es preciso decir sobre la falsedad propagada respecto de que Cervántes tuvo relaciones con una dama portuguesa. Es una inconveniencia que no merece ni áun ser refutada.

tores, las censuras de otros, y el casi completo desamparo en que Cervántes se encontró, á pesar de sus méritos y talento, se originó de las maledicencias que el mal sacerdote Juan Blanco de Paz habia propagado para desvirtuar sus actos y poner dolo en su conducta.

¿No es muy posible que aquel perverso, una vez en España, y propuesto á hacer todo el perjuicio posible á Cervántes, como habia jurado, y contando con amistades bastante elevadas, tratara de quitar toda fuerza y vigor al testimonio sacado por Cervántes en vindicacion de su proceder honrado? ¿No es muy posible tambien que calumniara á Cervántes, achacándole algunos de esos delitos juveniles que se le imputan en Argel con cierta bella morisca, y procurara persuadir que Fray Juan Gil habia sido sorprendido en su buena fe? ¿Y no es aún más posible que Blanco de Paz sacase algun otro testimonio á su favor, contradiciendo todo lo dicho en el del P. Gil, en el mismo Argel? Él, sacerdote, travieso, experto en las tramas del mal, de la falsedad, de la perfidia, ¿encontraria muchas dificultades para lograr lo que deseaba, si nó de las personas dignas, al ménos de los ruines y bellacos que en todas partes abundan?

Para nosotros esto es indudable; y, escudado con el falso documento Blanco de Paz, sagaz por carácter, pervertido por su torcida educacion, vil en sus inclinaciones, presuntuoso con sus relaciones, vanaglorioso con su osadía y fortificado con su aparente buen deseo, engañaria á los doctos, seduciria á los sencillos, alarmaria á los timoratos, llenaria de pavor y espanto á los incautos, y despertaria el santo celo de los guardianes de la fe. Así nos explicamos nosotros la enemiga que tuvieron á Cervántes algunos inquisidores, y la supresion de dos distintos pasajes de *El Quijote* en ediciones de Madrid y Lisboa, como en su lugar oportuno demostraremos.

Algo debió influir tambien lo anterior, aparte de su carácter poco amigo de galardonar merecimientos, en el Rey Felipe II para haber observado con el soldado que tan heróicamente peleó en Lepanto, una conducta esquiva, fria y desdeñosa. Cuatro años eran pasados desde que aportó á España Cervántes en 1580, y aún no habia obtenido ni un pequeño favor de la Real magnificencia. Suplicaba, rogaba, presentaba cartas de recomendacion hacia constar su heroicidad y sus servicios, no se olvidaba de manifestar el testimonio que á favor de su honor, de su valor,

de su patriotismo y de sus virtudes, habian firmado caballeros de autoridad y de prestigio; pero todo se estrellaba en la fria indiferencia del gran Filipo, como él le llamó en su carta á Mateo Vazquez.

Así es que aquellos cuatro años, fueron cuatro nuevos años de fatales pruebas, de indecibles infortunios, de más cruentos padecimientos que los pasados en el cautiverio. Allí, al ménos, la esperanza de recobrar la perdida libertad, la confianza de que sus esfuerzos serian recompensados, el trato de sus amigos, la consideracion de que era objeto áun por sus mismos enemigos y verdugos, la proteccion que le dispensaban los más ilustres sacerdotes y caballeros, todo junto y cada cosa de por sí, alentaba y fortalecia á Cervántes en los momentos de angustia. Pero en España, cuando todas sus ilusiones se habian visto desvanecidas, cuando en vez de proteccion halló desamparo, soledad, persecucion, cuando su padre muerto, la hacienda perdida, el hermano mayor ausente, las hermanas pobres y sin dote, él lisiado, tenia que constituirse y ser el verdadero padre de toda su familia, ¡ cuánto no sufriria y cuántas lágrimas de pena y desconsuelo no derramaria ante la ingratitud de quienes podian recompensarle!

¡ Y admiremos en medio de todos sus infortunios y pobreza la honradez de aquellos tan virtuosos como resignados seres! A causa del crecido rescate que Azan-Bajá pidió por Cervántes, hemos visto que Fray Juan Gil tuvo necesidad de buscar entre varios mercaderes de Argel algunos miles de reales, además de lo que se aplicó al rescate de Cervántes de otros cautivos ausentes entónces; cantidades que quedó obligado á pagar el heróico Manco, bajo la garantía y fianza del P. Gil. Pues bien, Cervántes fué tan exacto en cumplir sus compromisos, y su familia tan celosa de su buen nombre, que á los cuatro años despues de su cautiverio consiguieron enviar á Argel con creces las cantidades prestadas. Este dato se ha ignorado hasta que recientemente se descubrió un documento en el Archivo de indias de Valencia, donde consta lo que decimos; documento, á la verdad, más curioso que de gran interés, pero oportuno para conocer en qué año se acabó de pagar lo que costó su cautiverio.

La señora madre de Cervántes, Doña Leonor de Cortinas, que en años anteriores habia sacado reales cédulas para enviar mercaderías lícitas á Argel con objeto de rescatar á su hijo, aunque infructuosamente, es la que aparece tambien como peticionaria

en el documento reciente á que nos referimos. Felipe II firmó dicha cédula en San Lorenzo el Real á 11 de Agosto de 1584. En ella se dice lo siguiente: «Y agora (habla Felipe II), por parte de la dicha Doña Leonor de Cortinas me ha sido hecha relacion que por algunos respetos y causas no ha podido usar de la dicha licencia, suplicándome que, acatando á las dichas por las que le concedí, fuese servido de mandársela prorogar; y habiendo consideracion á ello, he habido por bien de prorogarle por nuevo término por otros seis meses más, para que con lo procedido de la dicha licencia PAGUE LO QUE DEBIERE de lo que costó el rescate del dicho Miguel Cervántes; y os encargo y mando (al ilustre conde de Aytona, capitan general del reino de Valencia) deis licencia á la persona ó personas que tuvieren poder de la dicha Doña Leonor de Cortinas para llevar por ese reino á la dicha Argel los dichos dos mil ducados de mercaderías hasta dentro de otros seis meses que por la presente le prorogo por nuevo término para ello, contados desde el dia de la fecha (11 de Agosto de 1584) de esta mi cédula en adelante, segun, y á los tipos, y por la misma órden y manera que se habia de hacer por virtud de la dicha cédula de licencia y prorogaciones de ella.»

Efectivamente, en Diciembre del mismo año de 1584, se cumplieron los deseos de Doña Leonor de Cortinas, de su hijo y de toda la familia. La embarcacion que habia de llevar las mercaderías quedó lista en aquel mes, y despues de haberse observado todas las condiciones exigidas, de haber reconocido el buque con escrupulosidad suma, de estar seguro de que los que lo conducian profesaban la verdadera religion y desempeñarian leal y derechamente su encargo, y de tomar, en fin, las oportunas declaraciones así del patron como de los marineros de la nave, partió ésta para Argel en la fecha indicada.

Los anteriores datos nos demuestran de un modo velado, ya que no lo podemos saber de manera cierta y segura, que en aquellos cuatro años mediados entre el cautiverio y el pago completo de la redencion, debieron sufrir muchos trabajos, penalidades, sinsabores y hasta humillaciones, Cervántes, su señora madre y sus hermanas para reunir el dinero necesario. Es imposible formar cálculos sobre esto, por lo mismo que sale de los límites de lo vulgar, de lo general, de lo que todos los dias se ve, y entra en el terreno de lo grande y de lo sublime. ¡Ver trabajar en sus labores á la anciana madre y á las amadas hermanas, para

hacer ahorros, y pagar lo que se debia del cautiverio! ¡Ver á Cervántes atareado en comisiones y encargos indignos de su talento para llegar á la realizacion de sus deseos, al cumplimiento sagrado de su palabra! ¡Cuántos elogios no merecen acciones tales!

Lo que merece censuras, y no sólo censuras, sino anatemas severos, es la conducta observada por Felipe II, apellidado por algunos escritores el Grande, aunque no lo fué por cierto para con el Manco de Lepanto. ¿Quién más grande que Cervántes en su época? Nadie. A su valor reunia su talento. Rodeábale esa doble aureola de sabiduría y de virtud que debe enaltecer á los Genios, á los grandes hombres y á las eminencias de todas las edades. El hijo de Cárlos V no quiso comprender, sin embargo, lo que valia Cervántes, y por eso se portó, ántes y despues de 1584, de un modo tan indigno con el hombre más insigne de su época. Causa verdaderamente grima que un Rey á quien la adulacion contemporánea apellidaba el Grande, el excelso, el pio, el prudente, se condujese de manera tan imprudente, impía, pequeña é inconcebible.

No una, sino muchas veces, leeria Felipe II los Memoriales y peticiones de Cervántes y del padre de éste, las recomendaciones de personas tan autorizadas como el duque de Sessa y Don Juan de Austria, los testimonios honrosísimos de Argel, donde constan las palabras tan justas como merecidas del caritativo P. Fray Juan Gil, la comprobacion de sus heróicos actos, la evidencia de su virtud y la seguridad de su patriotismo; y á pesar de todo esto, aquel Monarca se mostró desdeñoso, no supo apreciar las acciones insignes, dejó morir en la indigencia á la familia de Cervántes, consintió en que él mismo arrastrara una vida desventurada, y se hizo merecedor á los anatemas de la posteridad. ¡Y ese era un gran Rey!!!

CAPÍTULO XIII.

El año de 1584 es uno de los más importantes y decisivos en la vida de Cervántes. En él, no sólo terminó de pagar lo que debia de su rescate, sino que se dió á conocer como escritor distinguido, y, alejado de la vida activa de la milicia de la que tantos desengaños y malandanzas reportó, retiróse á la vida pacífica del hogar doméstico, enlazando para siempre su suerte con la de una jóven virtuosísima de Esquivias, Doña Catalina de Palacios y Salazar.

Desde ántes de haber adoptado Cervántes la peligrosísima carrera militar, las dos familias, la de los Palacios de Esquivias y la de los Cervántes de Alcalá de Henares, se relacionaban. A su retorno del cautiverio, aquellas relaciones se estrecharon más y más. Cervántes quedó prendado de la belleza, de la ilustracion, de la modestia y virtudes que adornaban á aquella jóven, cuyos padres tanto habian estimado á los suyos y á todos sus hermanos. Encantaba á Cervántes aquella gracia, aquella naturalidad, aquella sencillez que en Doña Catalina resplandecian, y propuso rendir el tributo de su amor á doncella tan ilustre. A su vuelta de las nuevas expediciones á Portugal y á las Terceras, desalentado Cervántes por los desdenes é injusticias sufridos por parte del Rey, comprendiendo que su dicha no estaba en seguir los impûlsos guerreros, se dedicó más y más á su antigua pasion amorosa, declaró á su amada su pensamiento, y, correspondido por ella, pidió su mano.

Habia un gran impedimento para ello, sin embargo. El padre de Doña Catalina, Don Fernando de Salazar y Vozmediano, si bien aceptaba á Cervántes como amigo estimable por proceder de familia de antiguo relacionada con la suya, miraba con disgusto el enlace de su hija con aquel distinguido soldado, acaso

por la triste situacion que atravesaba, así como su familia. Y aún mayores disgustos demostraba y mayores obstáculos oponia un pariente de la familia de los Palacios, llamado Don Alonso Quijada y Salazar.

Todas las dificultades fueron, sin embargo, infructuosas: Cervántes y Doña Catalina se amaban, y á pesar de las contrariedades surgidas, consiguieron quedar unidos por el vínculo del matrimonio. Verificóse éste el 12 de Diciembre de 1584. El Señor Don Juan de Palacios, tio de Doña Catalina, teniente cura de Esquivias, fué quien los desposó.

Doña Catalina tenia 19 años de edad; Miguel de Cervántes 37. Doña Catalina aportó á su matrimonio, segun documentos comprobados y auténticos, bienes por valor de 182,000 maravedís. Los bienes consistian en algunas tierras, olivos y viñas, y en mueblaje de casa y labor, y eran procedentes de la legítima paterna, dividida entre la Doña Catalina y varios hermanos que ésta tenia. Despues adquirió la propiedad de mayor suma de bienes procedentes de la herencia materna, y de un legado de bastante importancia que hizo á favor suyo Don Juan Palacios, su tio carnal, el presbítero que los casó. (1)

En el mismo mes en que contrajo Cervántes matrimonio estábase terminando de estampar una obra bellísima suya que habia de empezar á darle nombre de ilustre autor, como ya lo habia conseguido de valentísimo soldado. Hablamos de *La Galatea*, «primicias de su corto ingenio» como dice él con suma modestia en la dedicatoria de la obra.

Pertenecia ésta á aquel linaje de libros, entónces tan en boga, llamados pastoriles, en que los artificios del ingenio veianse muchas veces ofuscados y áun desfigurados por las exageraciones, ampulosidades y defectos del mal gusto. Las producciones pastoriles tenian por objeto decantar la belleza de la dama, señora de los pensamientos del autor respectivo: eran memoriales de fineza, de afecto, de galantería, para captarse más y más el cariño de la doncella amada. Prendado Cervántes desde su vuelta á

(1) Parte de este legado lo constituia, segun dice el honrado vecino de Esquivias Don Manuel Victor Garcia, en la *Crónica de los Cervantistas,* tomo 1.º, pág. 195, una grande y hermosa casa, que es, segun tradicion, la misma en que habitó Cervántes en las varias ocasiones que residió en aquel pueblo, y la que áun existe con poca variacion en su forma y en perfecto estado de conservacion.

España de Doña Catalina, siguió el sistema adoptado por los autores sus contemporáneos, y durante el año de 1583 indudablemente escribió aquella obra tan bella, tan llena de sentimiento y de ternura. En Febrero de 1584 ya fué aprobada la obra, viendo la pública luz al año siguiente.

Con la composicion de este libro entra Cervántes en la vida literaria; pues si bien las poesías que compuso cuando la muerte de Doña Isabel de Valois, apénas terminados sus estudios de humanidades, revelaban ingenio y buen gusto, y en su cautiverio habia escrito algunos recomendables trabajos dramáticos, ni éstos ni aquellas, hubieran podido darle nunca reputacion ni nombre señalado entre los escritores y poetas.

Dióselo, sí, y muy distinguido, entre los literatos españoles la publicacion de *La Galatea.* Generalmente esta produccion de Cervántes ha sido con gran arbitrariedad é injusticia censurada. Los amigos de Cervántes y todos sus contemporáneos la conceptuaron como obra bellísima y de innumerables perfecciones adornada: los críticos de los tiempos posteriores la han juzgado con una severidad y un rigor tan exagerados que frisan en los límites de la pasion. No comprendemos por qué se ha de proceder tan absurdamente en el análisis de una obra tan merecedora de elogios, ora la consideremos en cuanto á la inventiva, ora en cuanto á las formas literarias, ora en fin, en cuanto á la ingeniosidad, hermosura de las descripciones, delineacion de los caractéres, belleza de los relatos y adecuada y grata proporcion de las partes con el todo.

Opinion es ésta que de hace mucho tiempo tenemos formada (1), y en la que nos afianzamos más y más cuando de nuevo leemos la composicion pastoral de Cervántes.

La produccion pastoril fué cultivada en España desde los comienzos de nuestra literatura. Tal vez ninguno de los idiomas modernos pueda ofrecer tan preciadas concepciones como en este género presentan las letras castellanas. Idilios, églogas, romances, dramas, comedias, pasos, por do quiera trabajos pastoriles, en distintas clases de metro, llenos de atractivo, de naturalidad, de gracia y de mérito señaladísimo é indisputable.

---

(1) Sobre el grandísimo mérito de *La Galatea* de Cervántes, y su indisputable superioridad entre todas las producciones pastoriles españolas, hablamos extensamente en nuestra obra titulada: *La Galatea de Cervántes y la novela pastoril.*

Desde el marqués de Villena hasta Garcilaso, desde Garcilaso hasta los poetas del reinado de Felipe IV, ¡cuánta variedad, cuánto encanto, cuánta riqueza en este linaje de producciones! Francisco de Figueroa, Villegas, Cristóbal Suarez, el príncipe de Esquilache, Quevedo, Rebolledo, Alonso de Ledesma, Lopez Maldonado, Pedro de Padilla, Lope de Vega Carpio, Juan de la Cueva, Valdivieso, Alonso de Bonilla, Gregorio Silvestre, y otros muchos escritores más ó ménos renombrados en su época y en las sucesivas, son testigos ciertos de lo que afirmamos.

Cervántes, el mayor talento de su siglo, vate de corazon y de sentimiento, participó de aquel entusiasmo febril que al cultivo de la poesía pastoral profesaban todos sus contemporáneos, y ya desde su adolescencia le dedicó las primicias de su ingenio, escribiendo aquella composicion dedicada á *Filena*, de la que nos habló luego con singular complacencia en su *Viaje del Parnaso;* composicion que hubo de escribirla durante la época de sus estudios, y que desgraciadamente no se dió á la estampa. Dicho ensayo seria, á no dudarlo, una égloga á imitacion de las de Garcilaso, que tanto renombre alcanzaban entónces entre toda suerte de personas, y más aún entre las imaginaciones juveniles y poéticas. (1)

Cuando Cervántes volvió á España de su cautiverio, la misma aficion al cultivo de la literatura pastoril predominaba; pero dedicábase especial predileccion á las composiciones en prosa y verso, nuevo género de obras pastorales que, desde la produccion de Jorge de Montemayor, *La Diana*, estampada años anteriores, alcanzaba gran crédito en nuestra patria.

A esta clase de trabajos corresponde *La Galatea* que, como hemos visto, escribió Cervántes para decantar la belleza de su amada, para loar las virtudes de la que luego fué su esposa, Doña Catalina de Palacios.

Un estudio comparativo, detenido y concienzudo, entre la mencionada obra y las más notables del mismo género que en-

(1) Algunos autores pretenden que en Filena no quiso aludir Cervántes á una composicion que tuviese tal título, sino á una de las pastoras que intervienen en *La Galatea*, y que se llama Silena. El argumento podrá ser ingenioso, pero no es concluyente. Lo más cierto, y lo que consta por las palabras mismas de Cervántes, es que escribió una composicion pastoril titulada *Filena*. ¿A qué andar con agudezas de ingenio, cuando tan llano y claro está lo susodicho?

tónces ó despues fueron muy estimadas por los doctos y por el vulgo, nos ha demostrado que son infundadísimos los cargos que contra ella se han hecho, y que la pasion, el vicio de seguir sin reflexionar dictámenes ajenos, el no haber leido la produccion que se censuraba ó haberla repasado precipitadamente, la pretension absurda de querer juzgar una obra del siglo XVI con el criterio de nuestros tiempos, y ótras causas semejantes, han influido sobre el ánimo de los críticos ántes que la razon, el detenimiento y la prudencia.

La Galatea de Cervántes á todas las producciones pastoriles sobrepujaba en las dotes inventivas. No mentemos esa innumerabilidad de composiciones que aparecieron ántes y despues de 1584. Comparar con ellas la concepcion de Cervántes, sería ofender la memoria de este autor esclarecido. Pero áun fijando la atencion en las composiciones más notables del nuevo género bucólico en los tiempos anteriores y posteriores á la publicacion de *Galatea*, ¿cuál es digna de parangonarse con la del escritor inimitable de *El Quijote?*

Recordemos el modelo de todas, *La Diana* de Montemayor, y recordaremos á la vez su falta de conexion, su sobra de episodios, sus escenas inverosímiles, sus sabias encantadoras, sus aguas mágicas, sus palacios maravillosos, su maquinaria caballeresca, sus gigantes, sus ninfas, sus misterios, sus desenlaces forzados y hasta risibles. Fijemos la atencion en *La Diana* de Gil Polo, y á pesar de su artificio, dulzura en la poesía, atildamiento en la prosa, esmero en la descripcion y hermosura en la mayor parte de la obra, verémosla afeada por tanta pintura hiperbólica, tanto acertijo, tanto sortilegio, tantas hadas, jardines, escaños de marfil, grandezas y ampulosidades. *La Arcadia* de Lope nos ofrecerá, si en su exámen nos detenemos, un conjunto monstruoso de méritos literarios y defectuosidades, excesivos adornos, castillos mágicos, brujos, antros, libros de astronomía judiciaria, transformaciones grotescas, anacronismos ridículos, situaciones amorosas mal conducidas, pinturas deformes, espectáculos imposibles, y otros delirios de la mente ó del mal gusto. En *La Constante Amarilis* de Suarez de Figueroa veremos muchos párrafos de filosofía y de erudicion, sobre exagerados amores, sobre sutilezas, sobre dioses de la gentilidad, y superfluidades; pero nada, ó muy poco, sencillo, dulce, atractivo y verosímil. En *La Fílida* de Montalvo notaremos mucha redundancia, mucha vaguedad, mu-

chas palabras inútiles, mucha mitología griega y romana, muchas endechas, cantos, lamentos, desdenes, pastoras eruditas, ensalmos, bosques sagrados, náyades, driadas, celos, desvíos, muertes; pero carencia casi absoluta de verosimilitud y adecuadas proporciones. El mismo *Siglo de oro en las selvas de Erifile*, compuesto por Bernardo de Balbuena, reputada por un crítico moderno como muy perfecta composicion pastoril, si desapasionadamente se juzga ¿es libro merecedor de grandes alabanzas? ¿No vemos en él, como en todos los ántes mencionados, descuidos imperdonables, inexactitudes, exageraciones, escasez de interés dramático, citas inoportunas de dioses y sátiros y faunos? Los modelos que podian, pues, tenerse presentes en aquellos tiempos respecto de la novela pastoril, áun incluyendo *La Arcadia* de Sannázaro, todos eran, más ó ménos, tan imperfectos como los susodichos.

Y sin embargo, el talento de Cervántes era tan grande, tan superior, tan de eximio y delicado gusto, que supo evitar todos esos vicios, olvidarse de todos los defectos, para imitar lo bueno, y ofrecer una obra, en lo posible, perfecta. Vense en ella accion dramática, vitalidad, episodios interesantísimos, escenas amenas, gracia, seduccion, hermosura. El ánimo se solaza y dulcemente se regocija al presenciar tal conjunto de preciosidades.

A la monotonía y pesadez de la narracion de otras pastorales, suceden en la de Cervántes descripciones risueñas, deleitosas, encantadoras. A la aridez insulsa en aquellas, suceden en la del Príncipe de los Ingenios galanura, abundancia preciada de imágenes, de conceptos, de pensamientos, de frases. Trabajosamente camina la accion en aquellas, y en la de Cervántes marcha con desembarazo, gallardía, precision y presteza admirables. A los encantamientos, sortilegios, nubes maravillosas, nigrománticos, dislates y despropósitos de las pastorales coetáneas, suceden en las del egregio escritor sucesos naturales, llaneza, sencillez y verdad en la generalidad de los casos.

Cervántes prodiga todas las bellezas de su poética imaginacion al delinear la figura inimitable de Galatea, heroina de su novela. La castidad, virtud y hermosura de tal carácter, deleita y aplace siempre. Galatea es la pastora llena de atractivos, de sencillez, de dulzura incomparables, digna del amor y del cariño del talento más insigne de su época. Descuella siempre como la protagonista de la obra que es; todos los personajes que actuan en

la novela, quedan subordinados á ella en gracia, en hermosura, en discrecion. Sus palabras son constantemente de señalado respeto para su padre; de bondadosa galantería para sus adoradores; de singular donaire para sus amigas. Aurora sonriente de bienestar y de dulcedumbre, por do quiera esparce los gratísimos, suaves rayos de su modestia y de su mérito. En las escenas campestres aparece de continuo como la zagala más gentil; en el canto de los pastores, siempre se la encarece sobre todas las beldades; sus pensamientos son tan grandiosos y tan sublimes como inspirados en la verdad, en la pureza y en la dulzura de sentimientos.

El carácter de su adorador Elicio no con menor perfeccion se encuentra delineado. Entusiasta admirador de tan inapreciable belleza, conocedor de sus virtuosas acciones, trata siempre de vencer el desden, el desamor que su pastora le demuestra. Tales actos, tales accidentes, tales altibajos de la fortuna, le hacen suplicar, rogar, llorar ante su amada. Sus palabras se inspiran en lo más profundo de su pasion, y hablan al ánimo, tienen ese fuego del sentimiento que sólo arde en los corazones entusiastas y enamorados con verdad y con llaneza y con sinceridad de afectos. En Elicio se ve con mucha perfeccion la imágen de Cervántes. Galanteador, tímido, discreto, delicado, sentidísimo, su amor es tan casto como los pensamientos de su alma. Adora más que ama; venera más que pretende. Sus coloquios con otros pastores, al enaltecimiento de su idolatrada Galatea se dedican; en sus reuniones pastorales, el nombre de tan bella zagala sobresale; en sus canciones y ratos de esparcimiento, cuando guarda sus ganados cuando se ausenta, cuando está contento y cuando está triste, en todas las situaciones de su vida, la memoria da su adorada prevalece; á ella rinde culto, ella es su existencia, su felicidad, su gloria.

Esas dos figuras descollantes y primordiales de *La Galatea* actuan en un cuadro lleno de naturalidad generalmente, abundando en preciosos relatos y escenas. Sitios encantadores, donde las fuentes, los pájaros, el aroma de las flores, la amenidad de los campos deleitan la vista y seducen el oido y los sentidos todos; juntas pastoriles; episodios interesantísimos; historias y lances explicables, contadísima excepcion hecha; celos, desamor, asechanzas; mezcla de sucesos lúgubres y de acaecimientos prósperos: todo completa y perfecciona el cuadro pastoral tan bien ideado y tan gallardamente descrito por Cervántes.

Galatea, con su belleza inimitable, seduce la voluntad, rinde los corazones de dos ó tres pastores á la vez, y esto da motivo á situaciones tiernas de súplicas y de amor. El desenlace es tan dulce como verosímil. Despues de sentidísimas escenas en que Galatea se muestra desdeñosa con su adorador Elicio, al fin se ve que aquellos dos corazones se comprenden, se corresponden, se idolatran. El ánimo, que está deseoso de encontrar una satisfaccion á las finezas de Elicio, hállala al cabo y muy cumplida y que llena de orgullo y delectacion el corazon del apasionado poeta.

Al ser solicitada como esposa Galatea por persona á quien no estimaba, y á quien su padre favorecia, recurre á sus amigas y compañeras, lamenta la determinacion de su padre, llora su desventura, y, en fin, contesta á la carta de Elicio, prometiendo corresponder á su casta pasion, en los términos que su dignidad y su amor paterno se lo permitieran. Vese que en el ánimo de la hermosa pastora del Tajo sólo el amor de Elicio halla favorable acogida: ni las palabras de Erastro, ni las adulaciones y exigencias del pastor lusitano, ni las palabras favorables á este último por parte de su señor padre, le hacen torcer de su inclinacion en lo más mínimo. Como buena y obediente hija, podria casarse con el pastor lusitano; pero jamás serian de él su corazon y su voluntad: ésta y aquel estaban ya cautivos en las prisiones del amor que hácia Elicio profesaba, aunque como virtuosa y digna doncella habialo ocultado hasta el momento postrero.

Como de intento parece que dejó suspensa Cervántes la accion de la novela en este instante interesantísimo. El lector se fija en él, y piensa y reflexiona sobre el resultado de aquella escena final tan tierna y tan seductora.

Aquellas dos figuras nos son tan queridas, que anhelariamos verlas en el colmo de la felicidad. Aquel Elicio siempre tan comedido, tan discreto, tan amante; aquella Galatea de continuo tan digna, tan eximia, tan rica en virtudes ¡qué dos seres más acreedores á la ventura! ¡Cuánto gozaria el ánimo sabiendo que habian obtenido el deseado premio sus castos y legítimos pensamientos!

Cervántes está perfectamente descrito en Elicio: Doña Catalina de Palacios en Galatea (1). La novela nos da evidentes

(1) Los que han sostenido que en Galatea quiso figurar Cervántes á una dama portuguesa, están tan equivocados como los que han pro-

muestras de ser así. Ningun otro personaje puede encubrir á Elicio sino Cervántes: ninguna otra señora puede velarse bajo la figura de Galatea sino Doña Catalina do Palacios. Son los retratos al natural de dos seres privilegiados, de dos personas ilustres, de dos amantes que más ó ménos encubiertamente se tributaban el homenaje de su adoracion.

Los amores de Galatea y de Elicio quedaron delineados á medias. Cervántes no publicó más que la primera parte de su pastoral en seis libros durante el año de 1585. Si más tarde hubiera cumplido su promesa de estampar la segunda parte de aquella obra bellísima, que indudablemente dejó escrita al morir, y fué una de las producciones suyas inéditas que se perdieron, ¡cuán deleitosa y dulcemente hubiera hablado en ella de la prosecucion de sus amores, de la fina correspondencia en lo sucesivo para con él por parte de su idolatrada doncella, del allanamiento de dificultades, del progreso de sus aspiraciones y de la realizacion de sus deseos! Allí nos hubiera descrito con la perfeccion, dulzura y encanto que él sabialo hacer, el regocijo de su alma, la felicidad de su amada, el vencimiento de su contrario, los esmeros y desvelos de los amigos, el beneplácito de sus deudos, y su bien logrado casamiento con doncella tan ilustre, de tal hermosura y virtud adornada. El relato de las bodas estaria hecho en la segunda parte de *Galatea* con encantadora sencillez y con amenidad incomparable, como trabajo al fin de mano tan maestra y acreditada.

Con la misma gallardía que los caractéres de los protagonistas de la novela, están bosquejados los caractéres secundarios, y áun las imágenes ménos importantes que aparecen en la obra. Los

---

pagado últimamente que en ella aludió Cervántes á Doña Magdalena Pacheco de Sotomayor, jóven natural de Argamasilla de Alba.

A quien decantó Cervántes en Galatea como á la señora de sus pensamientos, fué á Doña Catalina de Palacios, aquella tan bella como virtuosísima doncella de Esquivias que supo corresponder á la pasion de Cervántes, y fué luego su esposa adorada, y en su hora postrera determinó la enterrasen en la misma tumba de su marido. Esa es la opinion general y verosímilmente comprobada, asi como tiene gran certeza la de que Elicio figura á Cervántes.

Indagar qué damas ó poetas están representados en los demás personajes de la pastoral de Cervántes, nos parece trabajo demasiado ocioso y ocasionado á mil inexactitudes. No seguiremos en tales aficiones y pasatiempos ingeniosos y recreativos, mas no útiles ni de importancia reconocida, á los biógrafos anteriores.

amores de Lisandro y Leónida, con los crueles actos de Crisalvo, las bondades de Silvia, la traicion de Carino, y el triste fin que tuvieron aquellas relaciones tan castamente nacidas y tan castamente continuadas, el asesinato de Leónida, la desesperacion de Lisandro, la inexorable venganza que tomó éste del hermano de su adorada, la persecucion que verificó contra el malvado traidor Carino, producidor de tantas desventuras, la muerte que le dió, el encuentro del pastor desesperado con el pastor Elicio, el relato de su historia, y todo lo que á él hace referencia, está descrito en el libro primero de *La Galatea* con una naturalidad y á la vez con sentimiento tal que cautiva y atrae á los más indiferentes corazones.

Hácense todos partícipes de la pena de Lisandro; vese con dolor la miserable suerte de Leónida; siéntese horror hácia el traidor Carino; se entrega el ánimo, en fin, á melancólicas reflexiones al presenciar tanto amor, tanta suspirada ventura, tanto cariño desvanecido, maltratado y herido mortalmente por la maldad y por la persecucion de las miserias mundanales.

Señaladamente se fija tambien la atencion en la delicadeza y ternura con que están presentados los sucesos amorosos de Teolinda y Artidoro. ¡Qué incidentes tan naturales y bien expresados!

La historia de los amores de Teolinda y Artidoro y Galercio y Leonorda, es por extremo interesante. Son cuatro hermanos de dos dintintas familias, tan parecidos en sus figuras, talante y rostro, que con grandísima facilidad se confundian. Artidoro se enamora de Teolinda: declárala su amor: ella le corresponde limpia y castamente: todos se quieren: la felicidad parece que ha de reinar en lo sucesivo en sus corazones; pero la fatalidad se interpone y hace que una hermana de Teolinda, llamada Leonarda, salga una mañana al encuentro de Artidoro casualmente, al tiempo de llevar algunas ovejas de su padre al acostumbrado pasto: siendo tan exactamente igual en el rostro bello y seductor, á su adorada Teolinda, dirígela Artidoro palabras de galantería: la pastora, esquiva, ignorante de aquellas relaciones, desdeñosa, sin consideracion alguna, responde duramente al enamorado Artidoro: éste, con intenso sentimiento de su alma, oye tal repulsa, cree que es su idolatrada Teolinda, á la que conoció en una fiesta campestre, á la que declaró su amor, de la que fué gratamente acogido, quien le rechaza y abomina y echa en cara sus ternezas y amorosos pensamientos; y huye de las riberas del

Henares, lugar de su amada, y, llena el alma de pena, se dirige hácia las riberas del Tajo, para allí olvidar los desdenes entre lloros y sufrimientos y ausencias.

Teolinda, al oir el relato del encuentro de Leonarda con el gallardo pastor, que esta misma le cuenta, ve la imprudencia por su hermana cometida, comprende el sentimiento que habrá embargado el ánimo de su adorador, creyendo desden por parte de ella, lo que sólo fué exceso de delicadeza por parte de su hermana, y se ausenta de la casa paterna, no ménos triste y desesperada que su Artidoro.

Las escenas á que esto da lugar; la llegada de Teolinda adonde Galatea y Florisa estaban; la relacion de sus amores; y otros asuntos tan llenos de sentimiento y vida, están muy bien descritos.

Acaece luego que la desdeñosa Leonarda se enamora de Galercio; éste la mira con indiferencia por estar prendado de otra pastora; y la mala hermana, no contenta con haber malogrado los castos y rectos deseos de Teolinda, ciega por la pasion, cásase con Artidoro, engañándole, sembrando la pena y el luto en el corazon de aquella infortunada.

Alguno podrá decir que en este relato hay inverosimilitudes, y que retarda el desenlace de la accion de la novela, sin motivo para ello; pero los que tal cargo hagan, se olvidan de que estos episodios no son ajenos de la índole y artificio de una obra como *La Galatea*, y que sucesos amorosos como el anteriormente mencionado, por más que parezcan maravillosos, son completamente explicables, y la historia de las pasiones humanas nos ha presentado y presenta ejemplos semejantes, numerosos y repetidos.

Es indudablemente tambien uno de los buenos y naturales pasajes de *La Galatea* aquel en que se relatan los desposorios del rico pastor Daranio con la hermosa zagala Silveria. Enamorado de Silveria un pastor no tan rico como Daranio, y correspondido por ella, vese la zagala obligada por exigencias de familia y por mandato de su padre á contraer matrimonio con Daranio, quedando el antiguo apasionado pretendiente (que Mireno se llamaba) sumido en grandes cuitas y penalidades. Esta contraposicion de afectos y de sentimientos amorosos, los celos y la desesperacion del uno, la ventura del otro, la varia opinion á que se presta el proceder de la zagala, están descritos por Cer-

vántes con un atractivo que admira. La pintura que hace Cervántes de las bodas de Daranio y Silveria, compite con las mejores que en el género pastoril se han hecho. Haciendo notar la gentileza de la doncella, la apostura y gallardía del esposo, la riqueza de los vestidos, la apacibilidad del sitio donde la boda se celebraba, el regocijo de las familias, la alegría de la multitud espectadora, sobrepuja á toda perfeccion narrativa.

Con no menor llaneza y verosimilitud aparecen delineados en *Galatea* los caractéres de Florisa, Rosaura, Gelasia y Belisa, y los de Telesio, Arsindo, Aurelio, Marsilio y Artandro.

Los episodios que con la presentacion en escena de tales personajes se originan, están adecuadamente enlazados á la accion primordial de la obra: son accidentes que dan mayor interés, gracia y seduccion al cuadro hermosísimo de los amores de Elicio y desdenes ó esquivez de Galatea.

CAPÍTULO XIV.

Defectos tiene *La Galatea:* y ¿cómo no ha de tenerlos, siendo obra humana y la primera de importancia en que se ejercitaba el ingenio del escritor alcalaino? Pero defectos que no se sustentan en inverosimilitudes, ni en portentos é increibles hechos, ni en historias exóticas y maravillosas; sino en la misma prodigiosa inventiva de Cervántes, en la abundancia y riqueza de incidentes y episodios é historias.

La de los amores de Timbrio y Nísida, Silerio y Blanca, que en los libros segundo, cuarto y quinto se relatan, no se hubiese perdido nada con que Cervántes la hubiera suprimido en su obra; y no por cierto á causa de ser desmazalada, falta de interés, deforme ni imposible, sino porque generalmente dificulta y entorpece la accion principal, haciendo fijar la atencion en sucesos perfectamente presentados, pero que no se relacionan con los personajes que en la novela pastoril actuan é intervienen.

Aquel prolongado relato de la patria, nobleza, abnegacion y gallardía del caballero Timbrio; aquellas sus mortales enemistades con el caballero Pransiles; aquella determinacion suya de desafiar á su enemigo y ausentarse de España á Italia con tal objeto y para dejar bien asentado su pundonor; las vicisitudes que sufre en el viaje; su prision; el acaecimiento tristísimo de verse de improviso, y por manifiesta equivocacion y siendo inocente, condenado á muerte; su salvacion, por la casual llegada á la ciudad donde los sucesos pasaban de un gran amigo de Timbrio, llamado Silerio; los trances peligrosos que le sobrevinieron á éste por libertar á aquel; su encuentro en Italia, el enamorarse Timbrio y Silerio de Nísida, dama napolitana, de singular belleza dotada; el no declarar Silerio su pasion amorosa, en aras de la amistad verdadera; la narracion del desafio entre Timbrio y su contrario Pransiles; la pena y desesperacion de Nísida al creer equivocadamente que su admirador habia muerto en el combate;

el abatimiento y huida de Silerio al juzgarse causante de aquel triste suceso; el fugarse Nísida de la casa paterna en busca de su adorador, una vez sabido que no habia fenecido en la pelea Timbrio; en fin, todos los variados y copiosos asuntos que á los anteriores se siguen, hasta la llegada de Nísida y Timbrio á España, y el casamiento de entrambos, y el de Silerio con una hermana de Nísida, llamada Blanca, de no menor discrecion y belleza que aquella, entretienen vivamente la atencion de los lectores con la diversidad de los accidentes que ofrecen.

La historia de los amores de Timbrio y Nísida, Silerio y Blanca, formaria, pues, por sí sola, una de las más patéticas y más apreciadas novelas de Cervántes: entremezclada, como está, con los sucesos pastorales de *Galatea*, no sólo quedan oscurecidas sus indisputables bellezas de narracion é inventiva, sino que dilata, con exageracion y sin necesidad, la obra á que nos referimos.

Y lo mismo puede decirse de los discursos que pronuncian los pastores Tirsis y Lenio en las bodas de Daranio, enalteciendo aquel y deprimiendo éste al Amor. Si lo hubieran efectuado con llaneza, con la sencillez propia de pastores, oportunos serian los dos pasajes citados, pues la ocasion del desposorio de Silveria con el afortunado y rico Daranio, y la malaventurada suerte de Mireno, parecia como que instaban á ocuparse del amor y de las inconstancias de los enamorados; pero de otro modo, no pueden agradar, como efectivamente no agradan, porque aquellas sofísticas razones presentadas por Lenio, aquel flujo de erudicion griega y romana que le acomete para mejor comprobar sus argumentaciones, aquel odio y aversion melodramáticos que á todo lo que sea amor profesa, y aquellas otras atildadas y bien concertadas frases de Tirsis, floridos párrafos, exceso de citas, lujo de sutileza y frondosidad de pensamientos que forman todo su elogio ampuloso del amor, tanto más desdicen del sitio donde se pronunciaban cuanto más afectacion se nota en ellos.

Los razonamientos de Tirsis y Lenio, entresacados de *La Galatea*, y publicados aparte, formarian un tratado curioso y erudito sobre las diversas opiniones que se han sostenido y sustentan sobre el Amor; mas en *La Galatea* desdicen de la naturalidad y llaneza.

Otro de los defectos de *La Galatea* es indudablemente la aparicion de la diosa Caliope, de lo cual se habla en el libro sexto de la pastoral.

Pocos trozos podrán entresacarse en los escritos mejores de los más esclarecidos literatos castellanos, comparables al en que Cervántes describe en dicho libro el valle de los Cipreses. ¡Qué lozanía, qué gracia, qué dulzura campean en todo él! Los pastores de las riberas del Tajo y de otras comarcas circunvecinas, por indicacion del venerable sacerdote Telesio, se reunen y encaminan sus pasos hácia el valle de los Cipreses para honrar la memoria del pastor Meliso, cuyas cenizas en aquel lugar estaban depositadas. El objeto no puede ser más santo y loable. Las piadosas oraciones que por el alma del pastor se hacen, las lágrimas de enternecimiento que derraman sobre la tumba los circunstantes, las frases elevadas y graves pronunciadas por el virtuoso Telesio, la elegía recitada por los pastores Tirsis, Elicio, Damon y Lenio, la compostura y recogimiento de los pastores, todo esto es natural, y cautivan al corazon y á la mente la verdad de la escena, la exactitud de los incidentes, la propiedad de las palabras y la verosimilitud del suceso; mas tanta perfeccion y belleza quedan afeadas cuando Cervántes hace intervenir á una diosa de la Mitología, á Caliope, en aquel acto tan piadoso, mezclando lo humano con lo divino, género de mezcla que luego él censuró en la más leida y más apreciada de sus obras.

La aparicion de la diosa Caliope seria disculpable, si el venerable Telesio, la hubiera relatado como producto de un sueño, como suceso que le ofreciera su imaginacion durante el reposo y silencio de la noche. Pero aquel maravilloso fuego que de improviso surge de la sepultura de Meliso; aquel resplandor tan grande que baña el valle con luz clarísima; aquella aparicion de la diosa, hermosa y agraciada, vestida de una rica y sutil tela de plata, esparcidos por las espaldas luengos y rubios cabellos, adornados con una guirnalda de laurel, llevando en la diestra mano un alto ramo de amarilla y vencedora palma y en la izquierda otro de verde y pacífica oliva; aquella credulidad con que saben los pastores y pastoras, que atónitos y maravillados despiertan, que semejante divinidad es la diosa Caliope, que llega á enaltecer más y más la memoria de Meliso con sus celestiales encomios; aquella contemplacion con que todos escuchan el tan prolongado canto donde los más ilustres poetas españoles quedan sublimados; y en fin, aquella bondadosa condicion de persona tan respetable como Telesio, que todo buenamente lo cree, y luego de desaparecida la diosa, encarece á los pastores lo maravilloso del

caso, por lo mucho que les favorecia, todo esto, absolutamente todo, es inexplicable y tan lleno de artificio como falto de verdad.

La intencion de Cervántes fué realzar los méritos literarios de los poetas y hombres científicos más distinguidos que existian en España cuando él vivia; pero eso púdolo hacer sin haber incurrido en inverosimilitudes de ninguna clase, con sólo poner el canto de Caliope, en otra forma y con diverso designio, en boca del sacerdote Telesio. En labios de éste, los elogios serian gratos, naturales, explicables. ¿Por qué no habia de realzar las virtudes, las disposiciones inventivas, el valor y la rectitud de los pastores que vivian en su comarca, el venerable anciano Telesio? No áun siendo un pastor llano y verdadero, sino uno fingido y artificioso, alguna de esas personas que retirada del bullicio del mundo, y desengañada de la falsedad de las ciudades y grandes centros de poblacion, se hubiera refugiado en la tranquila vida del campo y allí hubiese muerto, á quien se tributaban las exequias en el valle de los Cipreses, ¿todo lo que sobre el anterior suceso se relata, y el elogio de los poetas de España por medio de varon tan ilustrado como debia serlo aquel sacerdote anciano y discreto, no seria sumamente verosímil y explicable?

El único defecto, pues, imperdonable, la única fealdad que no merece disculpa en *Galatea*, es la aparicion de la diosa Caliope y el encomio que ésta hace de los poetas españoles. Cierto que Cervántes quiso imitar en esto á sus antecesores Montemayor, Gil Polo, Montalvo y otros; pero jamás errores ajenos disculparon defectos propios. El gran triunfo de Cervántes hubiera consistido precisamente en saber sobreponerse, en esto como en todo, al mal gusto literario é inventivo de la generalidad de sus amigos y contemporáneos.

CAPÍTULO XV.

La Galatea no sólo es una obra superior entre todas las pastorales españolas, mirada en cuanto á la inventiva: es tambien mejor que las que ántes y despues de su aparicion se publicaron, considerada bajo el punto de vista de la forma y de los méritos literarios. La crítica asaz descontentadiza ha encontrado multitud de defectos en ella, y la ha relegado al último lugar entre las producciones de Cervántes, tachándola de afectacion en el estilo.

Estos cargos son completamente arbitrarios. No afirmaremos nosotros que en *La Galatea* luzca el mismo excelente, inimitable estilo que en la obra magistral de Cervántes; pero es muy cierto que generalmente su estilo es tan bello y seductor como el de sus *Novelas* ejemplares, y superior en llaneza y encanto al de su *Persiles y Segismunda.* La detenida y minuciosa lectura que hemos hecho en todas las obras de Cervántes y el estudio comparativo efectuado entre unas y otras, en cierto modo nos autoriza para consignar esta opinion, tan contraria á las hasta aquí sustentadas, más por espíritu de imitacion ó por parcialidad de escuela que por razon fundada y legítima, en nuestro sentir.

Si por afectacion de estilo debe y ha de entenderse el exageramiento en la colocacion de las palabras, de modo que á las veces, ó con frecuencia, la claridad de los pensamientos quede oscurecida ó afeada por transposiciones forzadas y ásperas, tal afectacion no existe en *La Galatea;* pues su estilo es llano, apacible, lleno de naturalidad y de dulzura. Cervántes emplea muy contadas ocasiones esas transposiciones tan usuales en los escritores sus contemporáneos, y que no ahora, pero áun entónces creemos que ya molestarian los oidos de la generalidad.

En otros escritores de los siglos XV, XVI y áun XVII se censuraria perfectamente la fealdad de la afectacion. En Cervántes, es injusto. En ninguna de sus obras se le puede notar, como no

se proceda con pasion. Los mismos giros, la misma estructura en los períodos, la misma facilidad en la expresion de los conceptos, el mismo buen gusto resplandece en *La Galatea* que en sus posteriores obras. Las transposiciones que algunos críticos descontentadizos señalan en su pastoral, esto es, la colocacion del adverbio ántes del verbo, la del adjetivo ántes del sustantivo, la del verbo al finalizar el pensamiento, así como el empleo de varias palabras anticuadas, son faltas que las ofrecen todas las producciones de Cervántes, y faltas en que por lo general incurrian los autores de aquellos tiempos.

Elogios son los que merece Cervántes por haber sabido evitar la monotonía y aridez de los que pretendian imitar, áun á trueque de la claridad, el hipérbaton y adornos que admitia el idioma latino, adornos é hipérbaton que no podian prestar realce al lenguaje castellano, pues si bien éste se derivaba de aquel, exigia otros aditamentos, tenia distinta índole, y era y es susceptible de diversa manifestacion.

Cervántes al estampar su primera obra, ya demostró las inimitables dotes que como escritor poseia, y desde entónces se puede decir que fué uno de los maestros del idioma castellano. Léanse sus obras sin prevencion y sin deliberada intencion de censurarlas, y veráse en ellas el texto fiel, legítimo, hermoso, llano, natural, del castizo idioma nuestro. Cervántes es uno de los contadísimos autores que supieron salvar en sus tiempos todos los escollos de una afectacion forzada y de una erudicion pedantesca. Su estilo resplandece con la misma diafanidad y brillantez que el sol en los espacios en un dia apacible y sonriente. Áun hoy, con toda la pretendida perfeccion que, al decir de muchos, ha adquirido el lenguaje castellano, ¡ cuántos conatos no ponen todos los que pretenden ser contados en el número de los buenos y castizos hablistas patrios, en estudiar y acercarse siquiera al estilo empleado por Cervántes en su *Galatea!*

Cualquier párrafo que se copie de la obra mencionada, demostrará nuestros asertos. Hé aquí aquel en que Lisandro relata el comienzo de su triste historia:

«En las riberas del Bétis, caudalosísimo rio que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la alteza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los

ojos adonde la humilde suerte no osara jamás levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura que en gran parte de la tierra, segun yo imagino, pudiera hallarse; de no ménos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo, vino á poner cizaña y mortalísima discordia; de manera que el pueblo fué dividido en dos parcialidades: la una seguia la de mis parientes; la otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario: fué mi amor tan de véras, que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar más vencido y sujeto. Poníaseme delante un monte de dificultades, que conseguir mi deseo estorbaban, como eran el mucho valor de Leónida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.»

Al saber Elicio que su adorada Galatea era solicitada por un pastor lusitano, ¡qué frases tan sencillas y tan sentidas pronuncia!

«Amor, — dice — cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos: ya que tanto me hiciste, no quieras mostrarte ahora haciéndome el mal que me amenazas; que es más mudable tu condicion que la de la variable fortuna. Mira cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus mandamientos y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya: págame esta obediencia con hacer lo que á tí importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella

hermosura que la ponia y daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene más fama que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores de estos prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos y el estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien que si de ésta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, te despojas del dominio que en estas riberas tienes, pues por Galatea sólo lo usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, y cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado á razon, que irias de todo en todo fuera de ella si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del Cielo á nuestra patria concedido, ahora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á extraños reinos, á ser poseido y tratado de ajenas y no conocidas manos? No quiera el Cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡Oh, verdes prados que con su vista os alegrábais! ¡Oh, flores olorosas, que de sus piés tocadas, de mayor fragancia érais llenas! ¡Oh, plantas, oh, árboles de esta deleitosa selva! haced todos en la mejor forma que pudiéseis, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun género de sentimiento que mueva al Cielo á concederme lo que le suplico!»

Otros numerosísimos pasajes de *La Galatea* pudiéramos copiar, pero dejámoslo de hacer, porque cuantos presentáramos, serian tan bellos y despojados de afectacion como los anteriores: todos comprobarian al cabo la verdad de nuestros asertos y lo fundado de nuestra defensa. Las personas que sólo conocian *La Galatea* por las censuras injustísimas de algunos críticos, los que la han leido ó repasado con manifiesta prevencion, rectificarán ahora, no lo dudamos, sus arbitrarios, apasionadísimos juicios.

Lo que dejamos dicho respecto al mérito de la prosa de *Galatea*, podemos repetir con relacion á las poesías de distintos metros que la esmaltan y embellecen. En todas ellas da grandes muestras de su buen gusto Cervántes, pero especialmente sus compo-

siciones métricas de arte menor, con las de los mejores poetas pastoriles pueden competir, y áun las aventajan. (1)

(1) Varios autores modernos, separándose de las infundadas censuras de los anteriores críticos, han emitido algunas razones en favor de *La Galatea;* pero nunca se ha hecho un estudio detenido sobre esta pastoral, siendo nosotros los primeros en haberlo efectuado así en nuestra obra *La Galatea y la Novela pastoril* como en esta *Vida de Cervántes.*

Han sabido apreciar el mérito de *La Galatea* los señores Don Antonio Martin Gamero, Mr. Emile Chasles y Don Nicolás Diaz de Benjumea. Los dos primeros escritores la han elogiado breve, aunque discretamente; pero el último ha hecho de ella un encomio tan señalado, que justamente merece que lo reproduzcamos. Se insertó en *La Crónica de los Cervantistas,* y dice así: «Ese libro es una de las joyas más valiosas de nuestra literatura: no hay composicion en nuestro idioma ni quizás en los extraños donde respire más pureza, frescura, virginidad y lozanía, acompañadas de mayor madurez y profundidad de pensamientos. *La Galatea* parece escrita por la Musa misma de la castidad y de la pasion amorosa alojada en cuerpos de ángeles, en corazones de vírgenes y entendimientos de sabios; celestial combinacion queda un sello de austeridad y grandeza á aquella teoría divina del amor explicada y practicada por tan extraños, aunque no inverosímiles caractéres de la vida pastoril. Si lo que yo pienso de *La Galatea* puede tener una expresion material, se me representa, concluye diciendo Benjumea, en forma de un querubin vestido de blanco y oro, lanzando fuego de sus ardientes ojos.»

Dos autores, uno francés y otro español, han publicado imitaciones y conclusiones de *La Galatea,* malas y desventuradas, como puede comprenderse, tratándose de imitar, continuar y concluir obras de un autor inimitable. En 1783 publicó Florian en París un libro con este título: *Galatée, pastorale, imitée de Cervántes.* La obra está dividida en cuatro libros. El designio de Florian fué, no sólo imitar *La Galatea* de Cervántes, sino tambien, y particularmente, concluirla. Ni una cosa ni otra supo hacer. En los tres primeros libros se copian, cercenándolos y adaptándolos al gusto francés, los bellísimos episodios de Teolinda y Artidoro, Silerio y Timbrio, que tan bien relata Cervántes. Por más que digan algunos críticos que Florian ha sabido dar el mismo interés que Cervántes á los referidos episodios, no podemos convenir en ello. Nosotros vemos aquel enamorado Silerio de la novela de Cervántes, y nos parece en todo desemejante del que nos presenta el autor francés. El natural de Nísida, su pasion por Timbrio, su fuga de la casa paterna, están pintados por el escritor español con una fuerza de colorido que en vano trata de imitar Florian. Timbrio, con su constancia, su amistad, hidalguía y desprendimiento, y Blanca, con su faz encantadora, su pudor, su discrecion é inteligencia, son tambien tipos que aparecen rebajados en el cuadro del autor copista. No necesitamos decir que lo mismo pasa con el episodio de las Bodas de Daanio y Silveria, tan encantadoramente relatadas por Cervántes en el

CAPÍTULO XVI.

Cervántes, una vez casado, se avecindó en Esquivias, pero su permanencia en aquel pueblo no se prolongó por muchos meses. Si bien podia haber vivido holgadamente, pues no eran tan escasos los que poseia su esposa que no le proporcionaran sin grandes trabajos una existencia tranquila, Cervántes rechazó semejante felicidad por razones de delicadeza y por la propia dignidad, que en todo le aconsejaba. El casamiento de Cervánlibro 4.º de su pastoral. La pintura de Cervántes es perfecta y admirable, en tanto que la de Florian es imitacion raquítica y pobre. ¿Y podrá sostenerse que los caractéres de Elicio, Damon, Tírsis, Galatea, Florisa, Telesio, Aurelio y otros están delineados con la suavidad, proporcion y encanto que en la pastoral de Cervántes?... Ufano, sin embargo, de haber imitado, cercenando el texto, á Cervántes, y de haber introducido dos ó tres pequeñas innovaciones en los libros 1.º y 3.º, empieza á escribir el 4.º en la ilusion de que iba á ser todo de su propia inventiva. — *Le quatriéme livre,* dice con énfasis en el prólogo, EN ENTIER *est de mon invention.* Inexactitud! En el cuarto libro siguió Florian el mismo plan que en los otros: á saber, extractar lo que le pareció de los diversos libros y obras de Cervántes y ataviarlo á su modo y manera.

El insigne cervantista Mr. Luis Viardort, apartándose de todo apasionado afecto á su compatriota Florian, es uno de los que más severamente han censurado la imitacion de *La Galatea.* Verdad es que tal obra sólo merece anatemas.

Otro imitador ha tenido *La Galatea,* y éste, español contemporáneo de Jovellanos, Don Cándido M.ª Trigueros. Intitúlase su obra: *Los enamorados ó Galatea y sus bodas, historia pastoral comenzada por Miguel de Cervántes Saavedra: abreviada despues y continuada y últimamente concluida por Don Cándido María Trigueros.* Publicóla en Madrid, con licencia, en la Imprenta real (2 tomos, 8.º menor), en 1797.

Segun consta del prólogo de la pastoral de Trigueros, Florian habia sido amigo suyo, y cuando estampó su *Galatea* suplicó al autor español que la tradujese. Éste, ó porque no le pareciese la obra digna de tal trabajo, ó porque tuviese otros designios concebidos, no emprendió tal tarea. Sin embargo, la traduccion de *La Galatea* de Florian publicada por Don Casiano Pellicer en el año de 1797, le aguijó para dar á

tes se habia verificado con alguna oposicion, como hemos visto, por parte de algunos individuos de la familia de su esposa, y él no debia de dar fuerza y vigor á la maledicencia de los descontentos, viviendo con el producto de los bienes de su consorte vida oscura y sedentaria.

Acercábase á esto la sagrada obligacion que se habia impuesto Cervántes de sostener á su señora madre y hermanas, casi del

---

la estampa su continuacion y conclusion de *La Galatea* de Cervántes.

En doce libros repartió su produccion el señor Trigueros. Sin embargo de tanta prolijidad, la composicion es imperfecta. Trigueros tuvo contra sí un grandísimo vicio. No sólo trataba de imitar á Cervántes, sino que tambien queria superar á Florian. El amigo de Jovellanos se encontraba, pues, entre dos escollos, y no podia salir sano y salvo de tan revuelto mar imitativo. Cuando procuraba imitar á Florian, degeneraba en pueril: cuando creia copiar á Cervántes, se abria bajo sus piés el abismo de la impotencia. Ese dualismo, ese deseo de imitar siempre, y jamás poder conseguir lo que anhelaba, resalta en todas las páginas del libro de Trigueros.

Mezcolanza híbrida de incidentes de dos autores tan desemejantes como Florian y Cervántes, miscelánea insulsa de aventuras y episodios, ya propios, ya extraños, la imitacion de Trigueros es una medianía enfermiza. No puede negarse, sin embargo, que el cuadro bosquejado por Trigueros es mucho más extenso que el de Florian, y por tanto las figuras, las escenas, los caractéres de la fábula, resaltan más que las del autor francés. Pero esto no basta. Si son más los personajes, más los episodios, más las descripciones, más, en fin, las pinturas amorosas en la imitacion española que en la francesa, no es ménos cierto que una y otra adolecen del vicio de la pesadez, de la inoportunidad y de una languidez cada vez creciente.

Los lances de Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca están algo mejor narrados en Trigueros que en Florian; pero en cambio, ambos han estado infortunados al reseñar el de Artidoro y Teolinda. En la descripcion del valle de los Cipreses sigue Trigueros á Florian, y no á Cervántes, resultando de aquí que tal lugar de la obra es insípido, pues leer otra descripcion en castellano de las orillas del Tajo y del valle de los Cipreses, sin la galanura, originalidad, amenidad y encanto que lo supo hacer Cervántes en el libro 6.º, sólo puede producir el hastío en el ánimo más contentadizo y de ménos delicado gusto en cuestiones literarias.

El libro 7.º de la obra es tal vez el más interesante de todos, pues Don Candido lleva á su desenlace los amores de Elicio y Galatea, poniendo en ridídulo al pretendiente lusitano; y en ese libro es donde aparece el venerable Aurelio dando el consentimiento á su hija para que se case con Elicio. El desdeñado pastor portugués estipula otra boda en su país, y contrae matrimonio con una viuda de no muy buen talle, y de edad algo madura.

El desenlace de la novela no puede ser más feliz, por lo demás. Leo-

todo desvalidas, y no contando con otra proteccion que con la de su hijo Miguel, pues Rodrigo hallábase fuera de España, y en poco podia socorrerles. Llevarse Cervántes á su familia desde Madrid á Esquivias, para que morasen en la misma casa de su esposa, no era pues posible, cuando él mismo sacrificaba su reposo con tal de conservar la independencia de su carácter y la dignidad de sus convicciones y deberes, y no habia de hacer sufrir humillaciones á seres que le eran tan queridos.

Así es que, aunque avecindado en Esquivias, habitó en Madrid la mayor parte del tiempo hasta el año de 1588, ocupándose allí en comisiones particulares, procurándose penosamente su sustento y el de su familia. Los bienes de Doña Catalina eran un depósito sagrado, á los que en modo alguno se tocaba, ni en los casos más graves de la familia. Así es que intactos se conservaron, y á la muerte de Doña Catalina, los heredaron sus descendientes, y no los de su esposo, viéndose aún hoy en Esquivias la hermosa, antigua casa de Doña Catalina. (1)

La estada de Cervántes en Madrid, no sólo tenia por objeto

---

percia se casa con Artandro; Grisaldo con Rosaura; Artidoro con Teolinda; Galercio con Leonarda; Leónida, á quien resucita Trigueros, con Lisandro el desesperado; Florisa con Erastro; el pastor Mireno con Silveria, muerto el rico Daranio; Timbrio con Nísida; Silerio con Blanca; y en fin, la incomparable Galatea con el fino amante Elicio. ¡Pero qué plan tan pésimamente conducido! ¡Qué argumento tan pobre! ¡Qué inventiva tan escasa! ¡Qué escenas y sucesos tan inverosímiles! ¡Qué interés tan mal sostenido! ¡Qué accion tan lánguida! ¡Qué estilo tan afectado! ¡Qué poca vitalidad en los detalles y en el conjunto del cuadro! ¡Qué diferencia tan grande entre lo que han hecho los imitadores y lo que hubiera realizado Cervántes si hubiese publicado la Segunda parte de su pastoral! Es imposible. A Cervántes no puede imitársele. El imitador, por muy notable, por muy cuidadoso, áun por muy bueno que sea, siempre quedará inferior al magnífico modelo que ante su vista tiene.

(1) «Parte del legado de Doña Catalina, nos dice el señor Don Manuel Victor Garcia, alcalde dignísimo que ha sido de Esquivias distintas veces, lo constituia una grande y hermosa casa, que es, segun tradicion, la misma en que habitó Cervántes en las varias ocasiones que residió en este pueblo, y la que aún existe, con poca variacion en su forma y en perfecto estado de conservacion.

Todo lo que poseia Doña Catalina, añade el señor Garcia, fué á parar á la familia de los Quijadas, parientes de aquella, y lo han venido poseyendo hasta fines del siglo anterior en que falleció el ultimo Quijada de Esquivias, ayo que fué del Rey Don Fernando VII, cuando éste era príncipe de Asturias.»

el vivir independientemente de su trabajo, sino que tambien obedecia á la necesidad, á la exigencia, por decirlo así, de sus aficiones poéticas. En Esquivias, el círculo de los amigos literatos era corto, casi nulo; en la capital, Toledo, donde frecuentemente iria, habia conocido á doctos y eminentes escritores; pero en Madrid era donde podia satisfacer sus deseos de grandes relaciones literarias con todos cuantos poetas y autores descollaban entónces, ó cuyos nombres eran ya dignos de respeto.

El buen concepto que formaron de *La Galatea*, esa bella obra pastoral que hemos elogiado en los precedentes capítulos, poetas tan distinguidos y acreditados como Luis Galvez de Montalvo, Luis Vargas Manrique y Lopez Maldonado, y el venturoso éxito obtenido con la primera edicion, estampada en Alcalá de Henares por un antiguo amigo suyo, dieron un nombre respetable á Cervántes como escritor, relacionándolo con todos los literatos y poetas de su tiempo.

En los cuatro años que siguieron á su casamiento, en medio de las ocupaciones penosas de su vida de comisionista, no olvidó sus inclinaciones á las bellas letras, dedicándose con predileccion á escribir comedias y tragedias que con singulares aplausos fueron representadas en Madrid.

Pocos modelos, ó mejor dicho, casi ninguno, ofrecia á Cervántes la Dramática contemporánea. Cuando él era muy jóven, casi un niño, las únicas comedias populares en nuestra patria eran las ideadas, escritas y representadas por Lope de Rueda, de las que hace nuestro autor un encomio bastante ampuloso; pues, áun sin negar mérito á las susodichas composiciones, faltábales mucho para ser perfectas, y áun buenas, ora se les considere bajo el punto de vista inventivo, ora bajo el literario. Bien es cierto que hay que apreciar á quien escribió el pasillo ó entremés intitulado *Las Aceitunas*, y la comedia *Eufemia*, como uno de los más entusiastas é ingeniosos creadores de nuestro Teatro.

Vuelto Cervántes á España, de donde estuvo alejado por espacio de tantos años, encontró el Teatro casi en el mismo estado en que le dejó. Verdad es que los trabajos de Rodrigo de Cota, de Juan de la Encina y de Gil Vicente; las comedias de Torres Naharro, el primer talento satírico de su siglo, y cuyas producciones únicamente merecen nombre de tales comedias en los tiempos anteriores á Cervántes; las bien coordinadas composiciones de Castillejo, de Timoneda, de Juan de la Cueva, y otras de

ménos importancia, coadyuvaron al enaltecimiento y propagacion de nuestra literatura cómica; pero aquellos eran sólo imperfectos, si bien elogiables ensayos.

En ellos y en su genio creador, en su deseo de fama, en su afan de ser conceptuado como autor de comedias y en todas sus ilusiones de poeta, se inspiró nuestro Miguel, dedicándose á escribir para el Teatro y ser uno de sus más encomiables propagadores.

Cervántes empezó á escribir comedias despues de 1580, (1) acabado de llegar de un penoso cautiverio, en todo el lleno de su juventud, con toda la fuerza de su entusiasmo; y por eso en sus comedias relató, con preferencia especial, sus viajes y estudios por Italia, su cariño á la patria, aventuras caballerescas y amorosas, ora suyas, ora extrañas, episodios de su cautiverio y otros sucesos tan interesantes como bien presentados.

Era muy justo, por consiguiente, que las comedias de Cervántes se representaran en aquellos tiempos con privilegio, se vieran con regocijo y se reputaran por modelos. Hoy, con toda la perfeccion que han dado á este linaje de composiciones las reglas de la crítica, y con cuanta severidad se emplea en juzgar obras de otras épocas y otros siglos, no podemos por ménos de conceptuar las primeras comedias de Cervántes como las más aceptables que en sus comienzos produjo la Dramática española. (2)

El mismo Cervántes nos dice que el adorno de las comedias llegó á un punto sublime cuando se vieron en los teatros de Madrid sus *Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La Batalla Naval*, episodio interesantísimo sin duda del combate de Lepanto, *La Confusa*, *La Jerusalen*, donde se relatarian escenas de heroismo y grandeza, y otras más hasta el número de treinta que, segun él, escribió durante los cuatro años despues de su casamiento. Por su mismo verídico testimonio, sabemos que todas fueron representadas con general y gustoso aplauso de los oyentes.

(1) En su cautiverio compuso algunas, y serian representadas entre los mismos opresos españoles, como algun autor pretende. Para el público no las escribió sino despues de su vuelta á España.

(2) *Los Tratos de Argel* y *La Numancia* han sido las únicas de ellas que se han impreso. Todas las demás se han extraviado. Las que más adelante compuso, y no logró ver representadas, las publicó un editor en 1615 como de limosna. De éstas, y de las dos primeras, hablaremos oportunamente en otro capítulo.

CAPÍTULO XVII.

Al mismo tiempo que obtenia Cervántes gran crédito entre los literatos y poetas, no descuidaba su pretension de ser recompensado por sus servicios anteriores á la patria. Directamente del Rey y de sus consejeros, nada consiguió. El mismo desden hácia él seguia predominando en el ánimo de Felipe II y en los magnates de la córte. Supo en los primeros meses de 1588 que habia sido nombrado proveedor general de las flotas de Indias Don Antonio de Guevara, y que tenia facultades extraordinarias para el nombramiento de cuatro comisarios. Enseguida puso Cervántes cuanto estuvo de su parte para conseguir ser uno de éstos; y al efecto obtuvo cartas de recomendacion para Guevara, quien le recibió con gran amabilidad, y accedió desde luego á sus deseos.

Trasladóse, por tanto, Cervántes desde Madrid á Sevilla en los comienzos de Junio, y habiendo presentado por sus fiadores á dos vecinos de esta capital, el licenciado Juan de Nava Cabeza de Vaca y Luis Marmolejo, empezó á ejercer su cargo.

Algunos biógrafos han creido que al solicitar Cervántes tal destino, no sólo tenia por objeto el buscarse un medio propio de vivir, sino la esperanza de ser protegido por los individuos de sus ascendientes que á la sazon moraban en Sevilla. Error manifiesto, porque como hemos notado en el primer capítulo, es aventurado decir que los Cervántes de Sevilla fuesen parientes de los Cervántes de Alcalá, pues este apellido lo han tenido varias familias en España, ántes y despues de los tiempos de nuestro escritor, sin estar relacionadas ni áun por remotos vínculos de parentesco. Demás de que, sabido es la condicion entera, pundonorosa y enérgica de Cervántes, y él, que no se habia doblegado á la misma familia de su esposa, mal podia ir á Sevilla con la aspiracion de ser protegido por los parientes lejanos que allí pudiera tener. Lo cierto es que en todo el tiempo que Cervántes permaneció en Sevilla, ó en otros puntos de Andalucia, nada con-

siguió, ni áun el favor más mínimo é insignificante, de los Cervántes sevillanos. Al contrario, lo que vemos es que, hasta en los mismos momentos en que Cervántes tenia que presentar fiadores para empezar á ejercer su cargo, ó en asuntos de bastante importancia que le incumbian, ó en accidentes y reveses que le sobrevinieron, siempre tuvo que valerse de amigos que habia granjeado con su voluntad é ingenio, ó de personas que le apreciaban y compadecian por conocer sus innegables servicios y sus todavía más innegables padecimientos y desventuras.

El cargo que comenzó á desempeñar Miguel de Cervántes desde mediados de 1588 en Sevilla, á las órdenes del proveedor de las flotas de Indias Don Antonio de Guevara, era bien contrario á las inclinaciones, aptitud y talento de hombre tan insigne. Los proveedores de flotas tenian facultades amplias para el cobro de contribuciones y alcabalas, importe que dedicaban luego al pago de los gastos que ocasionaban las flotas. Los proveedores nombraban los comisarios ó cobradores que juzgaban convenientes. El oficio de éstos, era como se comprende, bien humilde, pobre y de escasa significacion, sobre ser tambien espinoso y muy ocasionado á disgustos. El estipendio era corto; el trabajo, ímprobo y penoso; los sinsabores, muchos. El mezquino sueldo de diez ó doce reales era con lo que podia contar Cervántes en aquel cargo, teniendo que cobrar las cantidades que se le ordenaban, por determinados pueblos de Andalucia, y hacer las compras de aceite, trigo, granos y cuanto era indispensable para proveer las flotas y armadas de Indias que salian de Sevilla.

Con la fidelidad y exactitud con que Cervántes desempeñaba todos sus cometidos, cumplió los que le fueron encomendados en los años de 1588 y 1589. Pero su posicion en nada mejoraba: el sueldo era sumamente pequeño, como hemos visto: el presente era desconsolador: más desconsolador todavía vislumbrábase el porvenir.

En tal estado, y viendo elevados á posiciones importantes á personas que no podian presentar ni tan notables servicios ni tan limpios merecimientos como los suyos, dirigióse con una respetuosísima al par que enérgica y digna exposicion al Rey Felipe II en Mayo de 1590. Es éste uno de los más preciosos documentos de la vida de Cervántes. En él hace presente su valor y heridas en Lepanto, recuerda que asistió á las expediciones de Tunez y la Goleta, menciona que sirvió á S. M. en Italia, en Por-

tugal y en las Terceras, alude á su apresamiento y cautiverio, dedica algunas frases á su padre y hermanas, que quedaron en la indigencia por rescatarlo, así como á Rodrigo, refiere su oficio de comisario del proveedor de las flotas de Indias, Antonio de Guevara, y despues de consignar con una amargura y un sentimiento desgarradores que en veinte y dos años de servir á su patria y á su Rey, «no se le habia hecho merced alguna,» concluye pidiendo y suplicando humildemente se le otorgue un oficio en las Indias de los cuatro que á la sazon estaban vacantes, y eran: la contaduría del nuevo reino de Granada, el gobierno de la provincia de Soconusco en Guatemala, la contaduría de las galeras de Cartagena y el cargo de corregidor de la ciudad de la Paz.

Tan justa y fundada súplica fué denegada por Felipe II, príncipe ingrato para tan ilustre Genio en todos tiempos y á pesar de las continuadas y razonadísimas peticiones, así de Cervántes como de su familia. «Busque por acá en qué se le haga merced:» tal fué la contestacion seca y desabrida que se dió por Felipe II al escritor más eminente de su siglo y de los sucesivos. La indignacion se apodera del ánimo al observar tal proceder, al notar tal indiferencia. La rectitud sufre; el derecho se siente ofendido; la verdad, ultrajada; menospreciada y derribada por el suelo la justicia.

«Busque por acá en qué se le haga merced.» ¡Qué sarcasmo! ¡Qué descaro! ¡Qué modo tan indigno de insultar á la pobreza, á la resignacion, al mérito, á la virtud, al talento! ¡Que buscara por acá en qué se le hiciera merced, y habia visto siempre Cervántes desatendidas sus peticiones! ¡Que buscara por acá en qué se le hiciera merced, y eso lo decia aquel Rey que no una, sino muchas veces, fué suplicado y rogado por Cervántes y su desvalida familia para que les protegiera, y les olvidó y desdeñóles, sin embargo! ¡Que buscara por acá en qué se le hiciera merced, y sabia el Rey los méritos de Cervántes y no los habia recompensado en poco ni en mucho anteriormente! ¡Que buscara por acá en qué se le hiciera merced, y tenia Cervántes que valerse de recomendaciones de amigos para que un proveedor de flotas se compadeciera de él, y lo tomase por su comisario, porque quien le decia que buscase en España en que se le hiciese merced, no se la habia otorgado jamás, ni siquiera justicia á sus merecimientos, cuando el otorgársela era lo más digno y equitativo y lo que debiera haber hecho sin excusa ni retardo!

¿Creeria tal vez Felipe II que Cervántes era inepto para desempeñar los cargos que solicitaba? Del buen soldado de Lepanto, que tan prudentemente se habia mostrado siempre, no debian esperarse nuevas señales de sensatez y de discrecion, ora en las contadurías de las flotas, ora en la gobernacion de las ciudades ó provincias? ¿Su rectitud, su honradez, su reconocido talento, su amor patrio, sus virtudes y abnegacion comprobadas, no eran suficientes abonadores de su conducta? ¿El pundonor, el heroismo, la entereza de ánimo, la veneracion hácia el trono de que dió evidentes pruebas en su cautiverio, despues de su rescate, y en España, no eran títulos para granjearle el aprecio y consideracion generales? Y las máximas llenas de buen gobierno, de sabiduría, de cariño y de prudencia con que esmaltó todas sus obras literarias, ¿no demostraban sus excelentes disposiciones para ejercer, no sólo cargos de tan escasa importancia relativa como los que solicitaba, sino otros más elevados y de significacion más notoria? ¿Pues qué patentiza entónces esa constante negativa á todo lo que Cervántes solicitaba, sino que en el ánimo del Rey prevalecia una prevencion injustificada, arbitraria y sistemática contra tan virtuosa persona y benemérito ciudadano?

El desencanto de Cervántes seria sumamente desconsolador. Lágrimas amarguísimas derramaria al presenciar tal ingratitud y tal obstinacion en desconocer sus tan indiscutibles merecimientos.

Cervántes, pues, recurrió á su antiguo oficio, buscando recomendaciones para el proveedor Pedro de Isunza, persona de bellísimos sentimientos. Los años de 1591 y 92 consta por documentos comprobados que estuvo á sus órdenes, ejerciendo las diversas comisiones que se le encomendaban á empleados semejantes. El hombre que pretendia un oficio de corregidor ó de contador de flotas en América, tenia que verse precisado á vivir con el corto salario que le proporcionaba un mezquino cargo de comisario en la Península, á causa del desagradecimiento de ciertas personas. Recorrió en aquel tiempo muchos pueblos de la provincia de Sevilla, cobrando y comprando, segun las disposiciones que le dictaron.

Dependiendo la provincia de Cádiz de la de Sevilla, y saliendo de aquel puerto muchas flotas, y no las de menor consideracion é importancia por cierto, para las posesiones de América, el proveedor general de esta parte de Andalucía, residente en

Sevilla, enviaria sus comisarios á los pueblos de la provincia de Cádiz para efectuar cobranzas ó hacer compras, y proveer convenientemente á las naves que marchaban de este puerto. Que alguno de los comisarios nombrados al efecto por los proveedores Guevara ó Isunza, fué Cervántes, no es dudoso, ántes bien es muy verosímil y probable.

En el Archivo de Indias de Cádiz hemos hecho minuciosas investigaciones para descubrir algun documento á esto referente. El éxito no ha correspondido á nuestros deseos; pero no por eso dejamos de creer posible lo que anteriormente consignamos. (1)

La lectura atenta y detenida de las obras de Cervántes nos persuade de esta verdad. Con singular encarecimiento habla de Cádiz y de Jerez; y de las almadrabas de Zahara hace una pintura tan exacta, tan gráfica y tan deliciosa en una de sus novelas, que no puede por ménos de asegurarse que efectivamente Cervántes recorrió, visitó y estuvo algun tiempo en las ciudades y sitios indicados.

Al ser comisionado Cervántes para proveimiento de alguna flota que salió de Cádiz para Indias en los años á que nos referimos en este capítulo, tuvo precisamente que verificar algunas cobranzas y realizar algunos créditos que traia contra determinados pueblos y particulares de la provincia de Cádiz, siendo muy verosímil que en el espacio que duraron los encargos y compra de efectos para proveer la flota tuviese ocasion de admirar la hermosísima y feraz campiña de Jerez, á la que llamó años adelante en una de sus obras, con esa elegancia que en todo se expresaba, «los elíseos jerezanos prados»; gozaria tambien de la vista de los campos de Tarifa, á los que llamó «tartesios campos, de pastos abundantes;» presenciaria indudablemente la pesca de los atunes en la almadraba de Zahara, notando exactamente para despues describirlo con la exactitud que supo hacerlo en una de sus novelas ejemplares, la vida especial de los que á tales faenas se dedicaban, y veria la riqueza, abundancia y hermosura de la ciudad de Cádiz, entónces tan próspera, y pocos años despues tan desolada por el saqueo efectuado por los ingleses en 1596.

---

(1) En el Archivo de Indias de Cádiz no hemos encontrado varios omos manuscritos pertenecientes á los años de 1585 á 1616, precisatmente los tomos cuyo exámen hubiera sido más oportuno.

Hasta mediados de 1593 estuvo Cervántes en Sevilla como comisario de las flotas; pero habiendo dejado de ser por entónces proveedor Don Pedro de Isunza, quedó nuestro autor sin destino. Como que de ellos disponian los proveedores, era posible que el nuevo proveedor tuviese que atender á otras personas y colocarlas, dejando por esto Cervántes de desempeñar tal cargo, ó bien pudiera haber sucedido que Cervántes, desesperanzado de poder obtener ventajas de ninguna clase para su bienestar siguiendo en el de comisario, tomase la resolucion de dejarlo voluntariamente para ver de conseguir recompensa más adecuada á sus merecimientos y trabajos.

Ello es lo cierto que ya en el año de 1594 estaba en Madrid decidido á poner en práctica todo su empeño para lograr un destino que fuese digno de él. Su conducta intachable en el cargo de comisario, la actividad que habia desplegado, la exactitud con que cumplió sus cometidos, su penetracion y disposiciones, eran atendibilísimos méritos y abonadores eficaces de su peticion.

Sin embargo de ser todo lo anterior muy cierto y comprobado, pues no hay documento que lo desmienta, un biógrafo de Cervántes ha dicho que de las imprudencias cometidas por nuestro autor se ocasionaron los reveses y disgustos y contrariedades que sufrió en los comienzos de sus cargos. Eso es una calumnia, más bien que una apreciacion infundada, que debemos rechazar, pues ofende la memoria de nuestro preclaro y jamás bastante elogiado literato. ¡ Que cometeria Cervántes alguna imprudencia, y que esto seria obstáculo para el buen éxito de sus destinós públicos ! ¿Cuándo ni cómo se hizo Cervántes acreedor á tales injustificadas y agresivas suposiciones? Cervántes no fué jamás indiscreto; Cervántes supo siempre dar pruebas de sensatez, y ser verdaderamente honrado; Cervántes jamás faltó al respeto á sus superiores ni cometió esas imprudencias propias de personas que se dejan guiar por la conveniencia ó se aleccionan sólo en el egoismo ó en el amor propio. La justicia fué su guía; la religiosidad su maestro; su bandera el pundonor, el buen nombre y la rectitud.

Escudado con sus anteriores servicios, y con su honradez y el convencimiento de su exactitud, se presenta, como vemos, en Madrid, á solicitar despues de los nuevos merecimientos contraidos en su cargo de comisario de las flotas de Indias, aquella

merced que le habia indicado el Rey en 1590 que buscara por España como recompensa.

La peticion de Cervántes no fué del todo desatendida en esta ocasion. Esto indica más y más que Cervántes no habia cometido imprudencia de ninguna clase en sus anteriores destinos; pues si así hubiese sido, el Rey que tanta aversion demostró siempre á recompensar al soldado de Lepanto, infundadamente y sólo por atender á calumnias, mucha mayor hubiera sido la que hubiese demostrado, suponiendo que la falta existiera, en aquella ocasion en que de nuevo le rogaba Cervántes como una limosna á sus indisputables servicios. Felipe II comprendió, pues, con las nuevas peticiones de Cervántes, que debia remediar en algun tanto sus pasadas imprudencias y desagradecimientos. Y decimos en algun tanto, pues el destino que en Agosto de 1594 se concedió á Cervántes no era tampoco digno de su gran talento ni de sus insignes méritos.

Encomendáronle el cargo de recaudador de alcabalas en el reino de Granada. Este destino no se avenia con el carácter de nuestro escritor. De doce reales que ganaba ántes en su oficio de comisario, llega á conseguir un destino que le ofrecia diez y seis reales diarios. ¡Sueldo mezquino! ¡Recompensa raquítica!

Y áun para obtenerla, hubo Cervántes precision de luchar con inconvenientes y dilaciones. ¡Mentira pareceria, si documentos fidedignos (1) no lo comprobasen! El cargo que iba á desempeñar era bastante molesto y vulgar. Nombrado recaudador de las tercias y alcabalas que varios pueblos del reino de Granada adeudaban á la Real Hacienda por valor de 2,550.000 maravedís, tenia que presentar un fiador autorizado y respetable. Presentólo: éralo Don Francisco Suarez y Gasco, vecino de Tarancon, residente á la sazon en Madrid: no era hombre de desarreglada conducta ni vicioso, como dice arbitrariamente Don Martin Fernandez de Navarrete: era, por el contrario, una persona muy digna y honrada como lo tenian que ser todos los hombres á quienes Cervántes buscaba por fiadores de su conducta y de su buen comportamiento. Don Francisco Suarez y Gasco conoceria á Cervántes por ser vecino de Tarancon, donde residió algun tiempo una hermana de nuestro autor casada con el regidor

(1) Todos los documentos referentes á estos años los descubrió el diligente Don Tomás Gonzalez en 1817.

Diego de Urbina. Admitióse por los contadores de la Real Hacienda á dicho fiador como legal y bastante; pero uno de los señores contadores, demasiado exigente, pues el dicho Gasco sólo presentaba como fianza bienes por valor de 4.000 ducados, ó sean 1,500.000 maravedís, pidió nuevas garantías para entregar á Cervántes el nombramiento del cargo.

En vista de esto, Cervántes se dirigió al Rey suplicando no se le exigieran más fianzas porque no podia presentarlas, ser bastantes 4.000 ducados, y ser él hombre conocido y de crédito. Esto lo suplicó al Rey Cervántes el 20 de Agosto de 1594. El 21 informaba el contador Enrique Araiz (que este señor era el descontento y el exigente) diciendo: «que se despache la comision con la fianza que tiene dada, y con que se obligue él y su mujer.»

Tanto interesaba á Cervántes que se le diese posesion del destino, que aquel mismo dia firmaron en Madrid ante el escribano Gerónimo Félix, él y su esposa, un documento por el cual se comprometian á responder con sus bienes muebles y raices del fiel cumplimiento de todo.

El dia 23 firmó el Rey la real carta de comision, ó mejor dicho la ratificó, pues ya estaba extendida desde el dia 13 de este mes, si bien no se habia llevado á efecto lo en ella determinado por las dilaciones que ocasionaron los inconvenientes suscitados por el contador Araiz. El total de lo que habia de cobrar Cervántes era de 2,459.989 maravedís en la forma y modo siguiente: 859.134 del tesoro de la casa de la moneda de Granada; 276.940 del recaudador de la renta de la Agüela de esta ciudad; 454.824 de las tercias de las tierras de Ronda; 174.885 de las alcabalas y tercias de Loja y Alhama; 286.083 de las de Guadix y su partido; 34.000 de iguales rentas en la ciudad de Baza; y 374.123 de las de Almuñécar, Motril y Salobreña.

De estas partidas se rebajó ántes de salir á ejercer su comision Cervántes 180.000 maravedís que de la renta de la Agüela en la ciudad de Granada se habian ya cobrado en la córte, y se añadió una nueva cifra de 277.040 maravedís que debia hacer efectiva Cervántes en Velez-Málaga. Montaba, pues, todo lo que habia de recaudar Cervántes á 2,557.029 maravedís.

En la carta de comision se encargaba al comisionado la mayor diligencia y cuidado en el desempeño del cargo, ordenándosele que sin dilacion ni excusa cobrase los débitos que las mencionadas ciudades ó pueblos tenian contraidos con la Real Hacienda.

La comision debia desempeñarla Cervántes en el término de cincuenta dias, ó ménos, si esto era posible. Cada dia tendria de salario 550 maravedís. Concediéronle facultades extraordinarias para proceder sin consideracion alguna contra los insolventes y los morosos. Las autoridades, escribanos, jueces y alguaciles favorecerian á Cervántes cuanto fuese necesario para el cumplimiento de su cometido. (1)

Las cantidades que se recaudasen habia de entregarlas Cervántes á Don Pedro Mesía de Tovar, tesorero general del reino. La comision habia de desempeñarla Cervántes por sí mismo, sin permitírsele que confiriese ni subdelegare á otra persona el cargo, pues no se asignaba más que un salario.

Dispúsose Cervántes para el viaje, que habia de ser largo, pasando todo el resto del mes de Agosto en esto, y en los primeros dias de Setiembre se puso en camino para Andalucía. Ántes del dia nueve habia hecho efectivos los débitos de Guadix, pasando con esta fecha á Baza donde verificó la cobranza consiguiente, prosiguiendo su marcha por los demás puntos que ya se dejaron mencionados.

El 8 de Octubre, aún quedaban que cobrar varias partidas, por retardos y dilaciones que se habian ocasionado en el particular, ó ya por estar pagadas algunas, ó haberse enviado libranzas sobre Madrid para satisfacerlas; y, con aquella fecha, y viendo Cervántes que el término que se le señalaba para su comision habia fenecido, escribió al Rey, haciéndoselo presente, y rogán-

(1) «Y os mando, dice Felipe II á Cervántes en la carta de comision, que luego vais con vara alta de mi justicia á las dichas ciudades y villas, y á las demás partes y lugares donde fuere necesario, y requerais á los dichos mis tesoreros y receptores y á otras cualesquier personas que os debieren pagar, que os lo den y paguen luego, sin poner en ello inconveniente ni dificultad alguna, cada uno la parte que le toca y fuere obligado á pagar; y si luego no os lo dieren y pagaren, hareis por ello en sus personas y bienes y de sus fiadores todas las ejecuciones y diligencias necesarias como por maravedís de mi haber, hasta que con efecto lo hayan pagado, con más vuestros salarios de los dias que en ello os ocupáredes, por los cuales podeis hacer las mismas ejecuciones y diligencias que por el principal: que yo por la presente hago sanos y de paz los bienes que por esta razon fuesen vendidos y rematados á quien los comprare para ahora y para siempre jamás; y cobrado que hayais los dichos maravedís los traereis á las dichas mis arcas de tres llaves, donde se han de entregar á Don Pedro Mesía de Tovar que hace el oficio de mi tesorero general, con intervencion de las personas que tienen las dichas llaves.»

dole se le concediese un nuevo plazo para terminar su encargo.

No consta que el Rey contestase á aquella carta; ántes bien es muy verosímil que dejase de hacerlo por tener pensamiento de que Cervántes continuase en su comision, y creer que éste lo efectuaria, sin que hubiese necesidad de advertírselo. El 17 de Noviembre Cervántes escribió de nuevo al Rey, refiriéndose á su carta de 8 de Octubre, por la que vemos que hasta tal fecha habia cobrado las partidas de Baza, Guadix, Agüela de Granada y Loja, no verificándolo con las de la casa de moneda de Granada, y la de Motril, Salobreña y Almuñécar por haber salido inciertas. Despues se habia marchado á Velez-Málaga, donde tuvo que cobrar en cédulas contra Sevilla por no ser posible que entónces le pagasen en efectivo. El 17 de Noviembre, pues, todas sus comisiones las tenia concluidas Cervántes, excepto el cobro de la partida de Ronda, para la terminacion de cuyo asunto suplicaba se le concediese un plazo de veinte dias. La carta de Cervántes estaba escrita en Málaga, donde quedaba aguardando la contestacion.

No se hizo esperar ésta. El dia 28 de Noviembre llegó la carta de Cervántes á poder del Rey, y al siguiente 29 escribió largamente al comisionado dándole instrucciones sobre lo que debia hacer en lo de Almuñécar, Motril y Salobreña, y concediéndole la nueva próroga de veinte dias que solicitaba.

Ordenaba el Rey á Cervántes que hiciese efectivas sin pérdida de tiempo las partidas que por encabezamientos, alcabalas, tercias y otras rentas se adeudaban á la Real Hacienda por el tesorero ó receptor de la ciudad de Almuñécar y villas de Motril y Salobreña, pues las excusas que habia dado ántes para no pagar, de tener aceptado y satisfecho en parte un libramento en favor de Don Diego Manrique, pagador de las armadas de Málaga, no eran oportunas ni admisibles, por lo mismo que lo que se le exigia, 374.123 maravedís, era descontando lo que habia entregado y habia de entregar al mencionado Manrique. El mandato era terminante y decisivo.

«Cobrareis de los receptores ó tesoreros, se dice enérgicamente en la carta, los dichos 374.123 maravedís, con más los salarios que hubiéredes de haber del tiempo que en lo susodicho os hubiéredes ocupado y ocupáredes, y si los tesoreros y receptores no los dieren y pagaren luego, hareis sobre ello en sus personas y bienes y en los de sus fiadores y en cada uno y cualesquiera de

ellos, todas las ejecuciones, prisiones, ventas y remates de bienes que convengan y menester sean de se hacer, como por maravedís de mi haber, hasta tanto que hayan pagado los dichos maravedís de principal y salario:... que por la presente hago sanos y de paz los bienes que por esta razon fuesen vendidos y rematados á quien los comprare para ahora y para siempre jamás.»

Cuando llegó la carta á poder de Cervántes, dirigióse ante todo á Ronda para efectuar el cobro de la partida. El 9 de Diciembre lo verificó, si bien tuvo que sacar un testimonio de Sebastian Montalban, escribano de S. M. en el que se consigna que de los 454.824 maravedís que debia hacer efectivos en aquella poblacion, sólo se le habian entregado 429.849, por estar fielmente satisfechos los demás, segun constaba de documentos presentados.

Fenecido lo de Ronda, dispúsose á concluir cuanto ántes el asunto de Almuñécar, Motril y Salobreña, debiendo de pasar muy pocos dias en tal comision, exigiendo el pago de las cantidades que efectivamente aquellas poblaciones adeudaban á la Real Hacienda, poblaciones en las que hallaria algunas contrariedades; pero el 15 de Diciembre de aquel año estaba Cervántes en Sevilla, ocupándose en hacer efectivas las letras que de las partidas de Velez-Málaga le habian entregado contra determinadas personas de la capital de Andalucía.

Cervántes, cuyo lema era la formalidad, dió á un mercader de Sevilla, Simon Freire de Lima, la cantidad de 7.400 reales, entregándole dicho individuo letra sobre Madrid por el valor recibido; pero la letra no fué aceptada ni pagada en Madrid, y en el entretanto el mercader habia quebrado, dejando en descubierto la referida suma y en cierto modo comprometido á Cervántes.

Éste se dirigió enseguida al Rey suplicándole se procediese contra los bienes del mencionado Freire, para el cobro de la cantidad que fiel y legalmente le habia sido entregada, demostrando así más y más su honradez y su desventurada suerte. Felipe II accedió, y envió un ordenamiento al juez de grados en Sevilla Don Bernardo de Olmedilla para que efectuase el cobro, lo cual se consiguió dentro de breves dias. Esto pasaba en Agosto de 1595.

Todas sus cantidades las tenia completamente saldadas Miguel de Cervántes, á excepcion de unos 2.400 reales, que ó no habia cobrado, ó que tendria que percibir en un espacio determinado de tiempo de la postrera comision de Almuñécar, Motril y Salobreña.

Avecindóse por entónces Cervántes en Sevilla, dedicándose á comisionista, como lo habia sido en tiempos anteriores, á recaudador de fincas y á otros cargos, destinos ú oficios bien humildes, pero con los que tenia que transigir por su posicion desvalida. Llevado de su buena fe, confiaria en que de las últimas partidas de Almuñécar, Motril y Salobreña que no le habian pagado del todo, le enviarian el dinero que restaran sobre letras á Sevilla, y por consiguiente como que se cometeria alguna falta respecto de esto, Cervántes quedó en descubierto, sin motivo, razon, ni justicia, ni siquiera culpa.

Mas á Felipe II, á la Real Hacienda, y á los contadores, por extremo severos, nada podia importar la condescendencia de Cervántes, ni los retardos que contra las disposiciones prescritas por Real carta de comision hubiera concedido: por tanto Cervántes se vió severamente compelido por disposicion del Rey en 1597, por el mes de Setiembre, para que fuese inmediatamente á Madrid á entregar del todo cuentas, ó de lo contrario se le prendiese, para que con su persona y bienes diese satisfaccion de las deudas porque aparecia contra la Real Hacienda.

Despues del suceso de Freire, el recelo habia predominado más y más entre los señores contadores, y con mucha rigidez y de un modo improcedente se quiso obligar al fiador de Cervántes en Madrid, Don Francisco Suarez y Gasco, para que desde luego aprontase cuanto Cervántes restaba. El fiador objetó oportunamente que debia ir á Madrid Cervántes, que se hallaba en Sevilla, donde tendria todos los documentos y papeles correspondientes á sus comisiones, y á vista de ellos, sabriase con certeza lo que debia.

La disposicion de Felipe II, dictada por la suspicacia y exagerada desconfianza de los señores contadores, que tal vez se entregarian á imprudentes declamaciones por una quiebra y un retardo en que Cervántes no tuvo ni la más mínima parte, llevóse á cabo en Sevilla, sin embargo, á pesar de la injusticia del procedimiento, siendo por tanto Cervántes conducido á la cárcel como insolvente comisionado.

Cervántes se dirigió, en vista de tanta severidad, á Felipe II, rogándole se le permitiese ir á Madrid en el término de veinte dias para responder á los cargos que se le hacian, dar explicaciones, y satisfacer sus débitos, ó por su propia mano ó por las de sus fiadores.

Felipe II ordenó al licenciado Gaspar de Vallejo, juez de la Real Audiencia de los grados de Sevilla en 1.° de Diciembre de 1597 que en vista de lo suplicado por Miguel de Cervántes, lo pusiese en libertad, para que pudiera presentarse á dar sus descargos y entregar sus cuentas en Madrid.

Sin embargo, algun obstáculo hubo para ponerlo en libertad; y ese obstáculo deberia ser el no presentar Cervántes fianzas abonadas á satisfaccion del juez. Este es uno de los puntos más oscuros de la vida de Cervántes; pero los detenidos estudios que sobre el particular hemos hecho, sirven para aclararlo en cierto modo, y hacernos separar en muchas ocasiones de las fábulas propagadas. (1)

---

(1) En el texto no hemos mencionado, al llegar al comienzo del año de 1588, un documento descubierto por el Sr. Asensio en Sevilla en 1864, porque entendemos que debe haber equivocacion en la fecha. Vamos á dar las razones en que nos fundamos. El documento que el cervantista sevillano ha dado á luz es un poder que otorga Miguel de Cervántes Saavedra á Fernando de Silva, para que le represente en las diligencias públicas, y obtenga, tanto del provisor y juez vicario general de Sevilla como del vicario de la ciudad de Écija y de otros cualesquier jueces y justicias la absolucion remota ó á reincidencia de la censura y excomunion que contra él se habian dictado, por haber embargado el trigo de las fábricas de la referida ciudad de Écija para servicio del Rey, y por óden y comision del Licenciado Diego de Valdivia, alcalde de la Real Audiencia de Sevilla. La fecha del documento á 24 de Febrero de 1588.

Aquí hay error de fecha indudablemente. Cervántes no desempeñó cargos públicos en Sevilla sino despues de haber sido nombrado comisario por el proveedor Don Antonio de Guevara; esto es, desde mediados de Junio de 1588. El fracaso de Écija pudo ocurrir, y ocurriria á Cervántes, no en Febrero como por error de fecha se dice, sino en otro mes del mismo año, ó tal vez en Febrero del 89. Consta que Cervántes estuvo acopiando trigo y aceite por Écija y otros puntos circunvecinos para proveimiento de las flotas en los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre del 88. ¿No es muy probable que entónces acaeciera lo de Écija? Las comisiones en que se ocupó Cervántes coinciden con las que menciona el documento de Asensio, que tiene la data del 24 de Febrero.

Para demostrar que Cervántes estuvo en Sevilla y en esas comisiones de Écija, ántes de Junio de 1588, hay precision de torturar la imaginacion con sutilezas, y aún no se atina con la verdad, como que todo se funda en un error de fecha, y donde debió ponerse Setiembre ó Noviembre del 88 se puso Febrero del mismo año, ó donde debió decir Febrero del 89 se puso Febrero del 88; en tanto que para sostener nuestra opinion existe un documento verídico, un testimonio irrecusable: la carta de súplica y peticion de Cervántes al Rey en 1590. De

CAPÍTULO XVIII.

Hemos dicho anteriormente que Cervántes no seria puesto en libertad por no presentar suficientes fianzas y garantías, y esto nos lo comprueba más el no haber marchado desde luego á Madrid para satisfacer la cantidad que se le reclamaba. El juez Vallejo no creeria oportuno hacer cesar la reclusion de Cervántes, y lo que le permitiria hubo de ser, á no dudarlo, diri-

todos sus servicios públicos se ocupa, hasta del insignificante de traer al Rey una carta del alcaide de Mostagan; hasta menciona que sus padres y hermanos quedaron reducidos á la miseria por salvarle del cautiverio; y ¡olvida, sin embargo, lo de Écija en Febrero de 1588! Si comision aparte de las que le encomendó Guevara hubiera sido, la recordara con especial cuidado Cervántes. Pero como formó parte de aquellas, por eso en su Memorial se reduce á decir que habia prestado servicios al Rey, segun las informaciones que tiene, en negocios de la armada, por órden de Don Antonio de Guevara, no particularizando el de Écija por estar comprendido, digámoslo así, en los méritos generales que por aquel tiempo contrajo.

Este argumento no tiene réplica. Si Cervántes se hubiese hallado en Sevilla desde 1587, y hubiera desempeñado efectivamente ese cometido en 1588, ¿no pareceria extraño que no lo hubiera mencionado en su Memorial de méritos y servicios en 1590? ¡Pues servicios fueron los que prestó grandísimos, y méritos no ménos importantes los que adquirió en el desempeño de la comision de Ecija! Y Cervántes que tan excelente memoria tenia no hubiera olvidado en modo alguno aquel testimonio de su entereza de ánimo y recto proceder. Se nos dirá, y se ha dicho ya encubiertamente, que Cervántes no podia ni querria mentar lo de Ecija en Febrero de 1588 porque le perjudicaria, habiendo sido excomulgado por su rigorosa conducta. Eso es un sofisma. Al contrario, si efectivamente hubiera acaecido el fracaso de Ecija en Febrero de 1588, ya se hubiera cuidado mucho Cervántes de recordarlo y áun encarecerlo, ántes de hablar de los servicios prestados al Rey como comisario de Don Antonio de Guevara; pues no podia causarle daño, sino algun bien y consideracion, el consignar que por sostener los derechos de la Real Hacienda contra todos sus deudores, fuesen quienes fuesen, y de cualesquier gerarquías ó clases, habia sufrido persecucion, encarcelamientos y hasta excomuniones.

Penalidades y disgustos ocasionaron á Cervántes sus cargos de comisario en las flotas con Guevara y con Isunza, como hemos insinua-

gir nuevas peticiones al Rey y al Real Consejo de Hacienda; peticiones que no serian escuchadas, ó por tener en mal concepto á Cervántes, ó porque entónces preocupasen la atencion general sucesos de otra índole.

Para nosotros es indudable que aquella cantidad de 2.400 reales, por la que era compelido Cervántes por la Real Hacienda, y por lo que estaba preso, no la habia gastado nuestro ilustre au-

---

do en este capítulo, y lo corrobora más y más esa excomunion lanzada contra él cuando estaba á las órdenes de Guevara, y la prision que sufrió en Castro del Rio el año de 1592, cuando era comisario de Isunza, aunque esto no lo comprueban terminantemente, por más que otra cosa se haya creido, los apuntes presentados en 1863 por Don Gerónimo Morán.

En nota puesta por el señor Hartzenbusch al prólogo que escribió cuando la publicacion de los *Nuevos documentos* de Asensio para ilustrar la *Vida de Cervántes*, se dice, hablando de la prision de Cervántes en Castro del Rio en 1592: «El corregidor de Ecija lo puso allí: probablemente influiria en esta prision el embargo de trigo perteneciente al clero que Cervántes acababa de hacer en aquella ciudad.»

En las suposiciones del señor Hartzenbusch hay algo de aventurado é improbable. El embargo de trigo no lo acababa de hacer Cervántes cuando fué preso en Castro del Rio, suponiendo que lo de esta prision llegue á demostrarse de un modo perfecto y suficiente. Entre la excomunion en 1588 ú 89 por lo de Ecija y la prision de 1592, median tiempo y sucesos bastantes para que podamos decir que una prision se derivó de la otra, que influyó sobre la otra, que fué consecuencia de la otra.

Nada de eso. La excomunion lanzada contra Cervántes lo fué en el tiempo de Guevara, y la prision en Castro del Rio cuando era proveedor Pedro de Isunza: de modo que por distintos asuntos ó causas fué preso ó excomulgado, aunque una y otra ocasion por ser exactísimamente rígido en el desempeño de sus cargos de comisario.

Por las mismas razones que nos hacen poner en duda el documento de Asensio, con la fecha de Febrero de 1588, no juzgamos bastante y legalmente comprobadas las indicaciones que hace sobre la estada de Cervántes en Sevilla, desde 1587, Don Gerónimo Morán. Para decir y asegurar el mencionado escritor en 1863 que Cervántes estaba ya en comisiones oficiales desde 1587 y que fué nombrado comisario en Enero de 1588 por el proveedor Guevara, sólo presenta unas diez ó doce líneas donde se consigna lo referido, no precisamente copiando los documentos verídicos y fehacientes, sino dando á luz unas noticias inéditas que asegura ser de Don Martin Fernandez de Navarrate, quien recibió esos apuntes nuevos, segun el señor Morán, en 1822 por conducto del señor Gonzalez. El señor Morán debiera haber publicado íntegros los documentos, puesto que asegura con el *papel inédito* de Navarrete que existen, y puesto que copió, áun con ser muy conocidos, todos los más importantes al cautiverio y á la estada de Cervántes en Sevilla,

tor, usando de dinero no suyo, y que luego se veia en el triste trance de no poder pagar. Aquel débito provenia indudablemente, como hemos observado arriba, de lo que le restaron por satisfacer en sus últimas comisiones; y este era el motivo de no poder cumplir su compromiso. Para Cervántes hubiera sido siempre una gran deshonra el proceder de otra suerte; y por esto no es extraña su conducta, sino la de quienes, tal vez pidiendo él nueva próroga para realizar aquellos débitos, no se lo conce-

---

debiera haberlo verificado con mucha más razon con *los nuevos* en su *Vida de Cervántes,* pues así no podrian ocasionarse desconfianzas ó reparos. Nosotros somos los primeros en ofrecerlos; pero al hacerlo así, sólo nos guia el buen deseo de que la verdad se esclarezca, y tanto más de extrañar es la no publicacion de esos papeles, cuanto que el mismo autor saca á luz en su *Vida de Cervántes* un documento por el que consta que otro Miguel de Cervántes, cometió en Madrid en 1568 un atentado contra un particular ó alguacil, por cuyo delito fué condenado en rebeldía á que se le cortara la mano derecha y estuviera desterrado por diez años del reino: dato, á la verdad, curioso, pero no digno de mencionarlo al hablar del Cervántes de Alcalá, del autor de *Galatea,* pues hasta ofende su memoria el figurarse que él fuese el calavera y el pendenciero de Madrid.

No nos ha asaltado ni nos asalta la duda (no lo quiera Dios) de que ese *papel inédito* de Navarrete comprenda algunas ó muchas inexactitudes, ó sea del todo falso, ó que acaezca esto último con los documentos que se citan; mas sí debemos indicar nuestro pesar porque no se hayan dado á luz, por más que entre los que menciona el señor Morán, caso de ser todos auténticos, bien poco notable y nuevo habria para ilustrar la historia de nuestro egregio literato, como no fuese eso, algo curioso, de Castro del Rio.

Coincidencia, es por lo demás, afortunada que apareciese una indicacion sobre la estada de Cervántes en Sevilla durante 1587, en 1863, el año ántes precisamente que descubrió Asensio sus documentos. Tampoco éstos son de gran importancia, y áun cuando no se hubiesen publicado no hacian notable falta, á excepcion del de Ecija y del referente al farsante Osorio, de cierta novedad y apariencia.

Sumamente curioso es tambien que el señor Morán publicase ese manuscrito inédito de Navarrete en 1863, y que ni su mismo pariente, el señor Don Eustaquio Fernandez de Navarrete, hubiese tenido la dicha de encontrarlo, sin embargo de estar preparado para la imprenta, segun parece, desde 1822.

En este mismo capítulo decimos que Cervántes ejerció su cargo de comisario hasta mediados de 1593. Segun los *apuntes inéditos* de Don Martin Fernandez de Navarrete, Cervántes estuvo todo aquel año y algunos meses del 94 en las mismas comisiones de flotas, á las órdenes de Miguel de Oviedo. No es dato importante éste; y áun seria bien poco curioso, si estuviese suficientemente comprobado. Miéntras así no se efectúe, lo verdadero es lo que dejamos dicho.

dieron, y le dejaron entregado á su desgracia, y exigiéndole responsabilidades que no tenia ni debian demandársele.

No se han descubierto los documentos comprobatorios de nuestros asertos; pero si afortunadamente aparecen algun dia nuevos manuscritos que á estos años y sucesos se refieran, convendrán con lo que decimos, pues no otra cosa se podia esperar de la rectitud, virtudes, religiosidad y buen comportamiento de nuestro insigne escritor.

Algun biógrafo de Cervántes ha indicado que cuando Cervántes no tuvo recelo ni temor en mentar su prision, y en hablar muy alto de su fidelidad y honradez, confundiendo á sus mismos enemigos y á sus envidiosos y mal intencionados detractores, no serian los motivos de su encarcelamiento bajos, ni ruines, ni denigrantes, ni con perjuicio de su honra. Tanto más lo creemos así, cuanto para nosotros es muy verosímil lo que dejamos dicho hace poco. Es más, creemos que Cervántes no se dió prisa á ir á Madrid, ni su familia en pagar el débito que se le reclamaba, ni su fiador en satisfacer la deuda, porque á uno y á otra constaban que Cervántes no era legalmente insolvente, que no habia recaudado la cantidad que se le exigia, y áun el mismo Cervántes tenemos por cierto que suplicaria, así á su esposa como á Don Francisco Suarez y Gasco, que no pagasen, puesto que la razon estaba de su parte, y proceder de otro modo, pareceria dar aliciente á la maledicencia y seria casi justificacion de una culpa no cometida.

Ó fuera que se reconociera la inculpabilidad de Cervántes, sin confesarla, ó que se olvidase aquel asunto, ello es lo cierto que nuestro autor permaneció en Sevilla, y en libertad desde el mismo año de 1597, puesto que se ejercitaba en comisiones particulares, era muy apreciado por su honradez entre personas respetables, y tenia relaciones con muchos y distinguidos literatos y poetas de Sevilla.

Aquí como en Madrid, como en todas partes, Cervántes no perdia sus aficiones á la literatura para la cual nació, y por la que obtuvo su más preciada é imperecedera gloria, á pesar de todas las miserias de sus émulos, de las maldades de sus envidiosos perseguidores, y los tristísimos accidentes de su vida. Segun los documentos descubiertos y publicados por el ilustre cervantista sevillano Don José Maria Asensio, serian varias las composiciones dramáticas que por una regular retribucion pecu-

niaria, escribiria ó empezaria á preparar desde 1592 para cumplir el compromiso que contrajo con el comediante Rodrigo Osorio, farsante que á la sazon se hallaba en Sevilla.

Es indudable que la familia de Cervántes, así como su esposa, estuvieron avecindadas en Sevilla desde que de vuelta de sus comisiones, fijó su residencia en la capital de Andalucia, primero, obligado por las circunstancias, despues por las muchas relaciones que allí tenia creadas, y que le aseguraban mejor su sustento y el de su familia, que no yendo de nuevo á la córte ó retirándose á vivir en otro punto de España. Porque la verdad es que á Cervántes, que ya habia sido mirado con desconfianza y despego y áun desprecio, ántes de ejercer sus cargos de comisario y de recaudador de alcabalas, por el Rey y por alguno de los contadores, no le hubieran concedido nuevos destinos si los hubiese solicitado, porque no habia desempeñado la última comision que se le encomendara con la rigurosa precision que se le habia prescrito, sin que por eso hubiera delinquido en nada.

El espíritu reflexivo y observador de Cervántes no podia dejar de inspirarse en las escenas y costumbres de la ciudad en que moraba, y por eso se nota que en sus obras literarias, escritas las mejores bajo el hermoso y hechicero cielo de Sevilla, decanta con justísimo entusiasmo la belleza, grandeza y suntuosidad de tan antigua y noble poblacion, y nos hace deliciosísimas pinturas, en que no se sabe qué admirar más, si la exactitud del parecido, si la adecuada proporcion de los colores, ó el encanto y amenidad del estilo y del ingenio.

Si en Alcalá de Henares, Esquivias y Madrid se dió á conocer como literato distinguido, sus principales obras las concibió en Sevilla, en Cádiz, en Málaga, en Granada y en otras provincias de Andalucia, especialmente en la primera, donde permaneció tanto tiempo y donde tan profundamente estudió sus costumbres, riqueza, esplendor, encanto y majestuosidad.

Sevilla fué la cuna de su renombre literario. La capital de Andalucia le conceptuó en tiempos como á uno de sus hijos. Y era que sus escritos fueron tan apreciados por algunas personas, su talento tan reconocido, su vivacidad y excelente gusto tan relevantes, que le consideraban como á hijo predilecto de aquella ciudad deleitosa. Su imaginacion de fuego, su inventiva prodigiosa, su perspicacia incomparable, su penetracion sutil, su despejo y aptitud áun para los asuntos más separados de sus inclinacio-

nes predilectas, aquella poesía, aquel hechizo admirable que en todo lo que describia se notaba, eran cualidades intelectuales altamente preciadas, que no parecian bien encarecidas en modo alguno sino conceptuándolo como natural de las comarcas andaluzas, centro del talento, del buen gusto á la literatura, ciencias y artes clásicas en todas las épocas de nuestra gloriosa Historia.

Allí formó su estilo; allí adquirió ese atractivo especial, verdadero y bello que caracteriza á todas sus más notables obras; allí desplegó sus dotes de inventor entre sus tareas de comisionista; allí fué donde consiguió nombre de excelente autor entre los más distinguidos de su tiempo; allí, en una palabra, escribiria la Primera parte de su obra más eminente, el gran título de su fama imperecedera, el más elocuente testimonio de la alteza del idioma español: El Quijote.

Hace un siglo, cuando Rios publicó su incompleta biografía, hubiera parecido hasta un delito el consignar lo anterior: despues de los estudios, documentos y aclaraciones hechas y descubiertos en estos últimos tiempos, es un justo tributo á la justicia y á la verdad el hacerlo constar así.

Las fábulas propaladas sobre la permanencia de Cervántes en Argamasilla de Alba, donde se dice que escribió *El Quijote*, entre 1598 á 1603, han quedado completamente destruidas, como despues veremos, ante la lógica, la exactitud de los acontecimientos y la inexorable rigorosidad de las fechas. Cervántes estaba en Sevilla al concluir el año de 1598 y á principios del 99. Esto constaba por documentos públicos. Despues no se sabia nada de su vida hasta 1603. Pero recientemente se ha descubierto un documento en el Archivo Municipal de Sevilla por el que consta que Cervántes estaba avecindado en Sevilla el año de 1600, y vivia en la colacion de San Nicolás, donde continuaria morando los dos años siguientes.

En los primeros meses de 1603, con motivo del arreglo del personal que se hizo en las contadurías del Reino, removióse con insistencia la finiquitacion de cuentas de los recaudadores que habian intervenido en asuntos públicos los años pasados; y como que Cervántes aparecia deudor por la cantidad consabida, procedióse de nuevo contra él, mandándolo prender para que respondiera á los cargos que se le formulaban.

Sorprenderia, á no dudarlo, tal proceder á Cervántes, despues que por no encontrar culpa en su conducta gozaba de li-

bertad desde el año 97; y viendo que todo lo anterior no era parte para haber destruido las falsas imputaciones de débito que se le hicieron en el reinado de Felipe II, determinó ir á la córte del nuevo Rey Felipe III, que entónces lo era Valladolid, lo primero para evitar disgustos y penalidades á su familia, y despues para dejar aclarado aquel asunto para siempre, cerrando el camino á nuevas y enojosas persecuciones.

En 24 de Enero de 1603 los contadores de relaciones de la Real Hacienda hacian saber al Tribunal, con una especie de extrañeza, que se habia dado órden anteriores veces á Bartolomé Pedroso, proveedor general de las flotas en Sevilla para que se pusiese en libertad á Cervántes que se hallaba en la cárcel de aquella ciudad, y presentadas fianzas, fuese á la córte á dar cuenta de su comision, y que no lo habia efectuado así, ni se tenia conocimiento de las diligencias practicadas. Este es un nuevo dato que demuestra la inculpabilidad de Cervántes, pues Bartolomé Pedroso, que estuvo ejerciendo cargo público de importancia en Sevilla hasta el dicho año, no sólo no persiguió á Cervántes, sino que permitió estuviese en libertad, y dedicado á asuntos particulares, en aquella poblacion.

Es más. Nosotros creemos que al llegar los nuevos apremios contra Cervántes, y al enterarse de ello Bartolomé Pedroso, seria el primero en aconsejar á Cervántes que marchase inmediatamente á Valladolid, llevando carta de recomendacion suya, para dejar aclarado del todo el asunto. Abona nuestra creencia el saber que el mencionado individuo fué nombrado en 1602 consejero de Hacienda y tomó posesion de tan importante cargo en el año 1604. Siendo persona de grandísima influencia en la córte, sus recomendaciones serian de mucho peso, y producirian, aunque no fuese más que por algun tiempo, el más favorable juicio respecto del hombre de bien calumniado y perseguido. Tornaremos á hablar de esto en otro capítulo, ampliando nuestras observaciones.

CAPÍTULO XIX.

Por las indicaciones que dejamos hechas en el anterior y en otros capítulos, se habrá comprendido que los sucesos de Argamasilla de Alba, que tanto han llamado la atencion por la exagerada importancia que le han atribuido muchos de los biógrafos de Cervántes, resultan verosímilmente falsos y forjados á capricho. Punto es éste en la vida de Cervántes muy de considerar por lo mismo que es preciso rebatir deducciones mal fundadas, hasta ahora ó creidas ó tenidas en algun valor, y demostrar que cuanto se refiere á Cervántes en sus comisiones de la Mancha carece de verdad, y se funda sólo en la equivocacion manifiesta ó en la invencion caprichosa y acomodaticia.

En esto como en todos los lugares de nuestro trabajo sólo nos guia el deseo de esclarecer la certeza por entre las nebulosidades en que la han envuelto impremeditadamente, sin duda, muchos biógrafos de Cervántes; creyendo nosotros hacer así un gran bien á la causa de las letras. Jamás osaríamos censurar á nuestros predecesores por el mero placer de sutilizar; que no seria eso tarea digna, sino pasatiempo reprensible.

Como documento merecedor de gran crédito y fe se tuvo por los primeros autores que de Cervántes se ocuparon, una tradicion que corria por la Mancha á mediados del siglo anterior, y la cual trataba de persuadir que el autor de *El Quijote* habia sido natural de aquella provincia, y habia estado preso por comisiones de apremios en Argamasilla de Alba, en cuya cárcel habia escrito indudablemente su obra imperecedera; tradicion sin exámen suficiente adoptada y seguida, con notorio perjuicio de la verdad y de la lógica, áun despues de descubrir documentos que han patentizado la falsedad de las suposiciones argamasillescas.

Y decímoslo, porque si bien un tiempo pudo tener excusa que los literatos estuviesen decididos á sostener la opinion de que el

autor de *El Quijote* hubiese nacido en Consuegra ó en Alcázar de San Juan, es indiscreto el seguir las anteriores opiniones equivocadas desde el momento en que está comprobado de un modo indiscutible haber sido Cervántes, el cautivo y el literato, natural de Alcalá de Henares. Un autor moderno y contemporáneo, sin embargo, se ha esforzado en demostrar que cuanto se refiere al Cervántes de Alcalá es apócrifo, y que el verdadero autor de *El Quijote*, el Cervántes cautivo, el Cervántes que por sus proezas y talento ha conseguido la inmortalidad, es el nacido en Alcázar de San Juan. Tales aseveraciones son completamente sofísticas. La partida bautismal, la lectura de sus obras, los testimonios del padre Haedo y del trinitario Fray Juan Gil, las pruebas fehacientes de su cautiverio, todo evidencia que Miguel de Cervántes Saavedra, el creador de *El Quijote*, nació en Alcalá de Henares, en tanto que si bien consta que pocos años despues vió la luz otro individuo llamado Miguel de Cervántes en Alcázar de San Juan, no consta que estuviese cautivo, ni que fuese hombre de talento, pudiéndose decir lo mismo del Miguel de Cervántes, de Consuegra.

Mas, si bien es cierto que ya hoy son contadísimos los escritores que sostienen que Cervántes sea natural de Alcázar de San Juan ó de Consuegra, estando todos contestes en que nació en Alcalá de Henares, insístese, no obstante, en la propagacion de una noticia indiscretamente dada y más indiscretamente sostenida: la noticia fundada en conjeturas y tradiciones no bien comprobadas, de que Cervántes estuvo alguna vez en la Mancha, donde ejerció el cargo de comisionado, siendo preso en Argamasilla de Alba, y sufriendo en aquella cárcel riguroso encerramiento.

La fábula de estos sucesos cobró cierta autoridad desde que en el siglo pasado publicaron Don Vicente de los Rios y Don Antonio Pellicer sus trabajos sobre Cervántes, por más que la permanencia de éste en la Mancha y su prision en Argamasilla se hubiera sostenido ya por algunos escritores, fundándose en una tradicion vulgar. Refiérese que, yendo Miguel de Cervántes á Argamasilla de Alba á recaudar ciertas cantidades que los vecinos de aquel pueblo adeudaban al Gran Priorato de San Juan, fué preso y severamente castigado, por espacio de cinco años, habiéndose transmitido de padres á hijos que la casa donde estuvo recluido en Argamasilla era la conocida por de Me-

drano. (1) En apoyo de la tradicion vinieron luego las sutilezas de algunos críticos y las condescendencias de otros, y la fábula adquirió carta de certeza, y adoptóse la tradicion como documento verídico, irrefutable y concluyente; de tal modo que los pasados próximos años hízose una nueva edicion de *El Quijote* en Argamasilla, y en la misma morada donde se cree que estuvo preso Cervántes, y áun hoy se sustenta por muchísimos escritores de nota, como dato histórico muy cierto la tradicion, y se pide al Gobierno, como si se tratase de conservar un gran monumento, ó un recuerdo altamente patriótico, la reparacion de la casi derrumbiada casa de Medrano.

Hay que desmentir ya por completo tales insistentes aseveraciones, y demostrar que en modo alguno se refiere lo de la prision de Argamasilla de Alba al Cervántes autor de *El Quijote.* Para ello basta sólo una observacion, pero que es concluyente. Hemos dicho en la página anterior que pocos años despues del nacimiento de Cervántes Saavedra, el de Alcalá, vió la luz en Alcázar de San Juan, otro Miguel de Cervántes. Consta que el de Alcalá fué hombre ilustradísimo y soldado valeroso, que estuvo en Lepanto y escribió *El Quijote:* del otro, tenemos conocimiento de su existencia por la partida auténtica que hay en Alcázar de San Juan, no tenemos noticia de que fuese escritor, y es muy posible que viviera y muriese en el mismo pueblo ó comarca de su naturaleza. Siendo esto así, como indudablemente lo es, ¿por qué no adaptar á ese Miguel de Cervántes Saavedra manchego cuantas tradiciones se conservan y hān conservado respecto de Argamasilla de Alba? ¿No es muy verosímil que el Cervántes manchego, con parientes en Alcázar de San Juan, fuese designado por el Gran Priorato para el cobro de esas cantidades, que segun tradicion, fué á cobrar á Argamasilla, cuyos vecinos eran deudores á la Órden? ¿No es muy probable que las penalidades sufridas por el comisionado, sus reveses, su prision y sus desventuras se propagarian por toda la Mancha, transmitiéndose la tradicion de unos en otros hasta nuestros mismos dias? ¿Y qué mucho que

(1) Otras dos tradiciones se propalaron los tiempos pasados: primera, la de que habia sido preso Cervántes por haber empleado las aguas del Guadiana (con perjuicio de los vecinos de Argamasilla que regaban con ellas sus campos), para elaboracion de salitres y pólvora en la fábrica del pueblo; y segunda, la de haber sido preso en el lugar del Toboso por decir á una mujer un chiste picante. ¡La última tradicion es grotesca!

por lo mismo de tratarse de una ofensa cometida por una aldea contra una Órden respetable y que tenia tan grande influencia en toda la Mancha, se hablase con insistencia del desacato y de la persecucion, cobrando un nombre popular en aquellos pueblos el comisionado maltrecho? Decimos esto, en el caso de que aparezcan ó aparecieren documentos que comprobasen estos asuntos, refiriéndose á un Miguel de Cervántes Saavedra, preso en Argamasilla por comisionado: que actualmente, y no habiéndose hallado ningun documento que á estos particulares se refiera en los archivos de aquellos pueblos, bien pudiéramos decir que la tradicion de la Mancha, no sólo no se puede aplicar á Miguel de Cervántes el de Alcalá, pero áun seria dificultoso el verificarlo respecto del nacido en Alcázar, siendo para nosotros indudable que tal tradicion es una de esas falsedades que la conveniencia propaga y el espíritu de novedades autoriza.

Pero no contentos los críticos con haber propagado la fábula de la prision en Argamasilla, áun se esparcen otras paradojas en el campo de las discusiones, como si para explicar hechos y actos de la vida del autor imperecedero hiciera alguna falta el sostener el cuento antiguo, ó relatar otros nuevos no ménos forjados á capricho que los anteriores: que no otra censura merecen los últimamente propagados. Dícese por unos que hay una tradicion en Argamasilla por la cual consta que Cervántes, al casarse con Doña Catalina, incurrió en el desagrado de varios de los parientes de ésta que vivian en aquel pueblo, y que más tarde, habiendo ido nuestro autor allí con objeto de recaudar contribuciones, y mostrádose sumamente rigoroso y áun exigente en el desempeño de su cometido, uno de aquellos parientes, que entónces ejercia cargo de autoridad en la poblacion, se vengó de Cervántes, y de los sinsabores que le habia producido el matrimonio con Doña Catalina, persiguiéndole y encerrándolo en la cárcel; añadiéndose á esto la enemistad de linaje que dicen predominó siempre en el referido individuo, por creer que la familia de los Palacios se rebajaba enlazándose por los vínculos del matrimonio con la familia de los Cervántes. Otros no creen ya en lo de la prision, pero no niegan rotundamente lo de Argamasilla, porque opinan ó sospechan que Cervántes tendria parientes en la Mancha, y que al ver éstos la aficion de Cervántes á la literatura y su intencion de obtener destinos que recompensasen sus trabajos, áun desatendiendo sus quehaceres domésticos, y alejándose de Esquivias,

pueblo donde se casó y donde vivia la mayor parte de la familia de su mujer, ellos ya descontentos, sembrarian la cizaña en el seno de aquella familia, recordando sus negativas y obstáculos al casamiento, y encareciendo la realizacion de sus pronósticos.

Estas tradiciones son tan destruidas de fundamento como las otras que en este capítulo dejamos relatadas: las dos son convencionales, ilógicas y equivocadas; y la última, no es en Argamasilla donde se conserva, sino en Esquivias. Recientemente el señor Don Víctor Garcia, ilustrado y entusiasta cervantista de aquella poblacion, ha referido minuciosamente cuanto allí á Cervántes atañe, y ha dejado consignada la tradicion aludida.

Cuentan en Esquivias, que vivia allí por los años de 1584 un hidalgo llamado Don Alonso Quijada y Salazar, hermano de la señora madre de Doña Catalina, la que fué despues esposa de Cervántes; que tanto el Don Alonso como el padre de la novia llevaron á mal que Doña Catalina hablase con Miguel de Cervántes, y que la jóven se casó al finalizar de aquel mismo año, aunque con grandísimo disgusto de Don Alonso, y muerto ya Don Fernando, que así se llamaba el padre de la doncella de Esquivias.

Esta tradicion tiene algunos más títulos de verosimilitud, cuanto que consta (y en anteriores capítulos dejámoslo asentado), que desde pocas semanas despues de su matrimonio, se retiró Cervántes á habitar en Madrid, no cuidando de sus campos y posesiones de Esquivias, así por la dignidad é independencia de su carácter, como por desmentir las suposiciones alambicadas é impertinentes de que habia contraido matrimonio para vivir con las rentas de su esposa.

Y mucho más nos corroboramos en estos juicios, cuando sabemos positivamente que la familia de los Quijadas y Salazar existió en Esquivias, y pudo oponerse en todo á Cervántes por espíritu de contradiccion y excesivo celo de parentesco; en tanto que es por extremo caprichoso é infundado, eso de que Cervántes tendria parientes en Argamasilla, y por ver éstos que Cervántes era más aficionado al cultivo de la literatura que al cultivo de las tierras, le diesen disgustos y le suscitasen contrariedades, como indicó el señor Morán en su tan lujosamente impresa cuanto mal pergeñada *Vida de Cervántes*.

¿Porque con qué razon se trata de persuadir que Cervántes tenia parientes en la Mancha, y que se opusieron á su casamiento? Y aunque constase que los hubiera tenido, ¿podria deducirse

en buena lógica que causaron penalidadades y sinsabores á nuestro autor? ¡Qué motivo tan pequeño el que se presenta! ¡Que éstos eran labradores, y aquel no quiso serlo! ¡Qué sutilezas tan infructosas!

Pero áun terminantemente comprobado lo que indicamos, y admitido por la mayor parte de los literatos nacionales y extranjeros, no se ha dicho de un modo rotundo que es falsa, y completamente falsa, imposible y difícil de atestiguarse la permanencia de Cervántes en Argamasilla: así es que, áun los últimos biógrafos, inventan sutilezas para demostrarla, haciendo incurrir en groseros errores á los que no reflexionan ni piensan sobre los puntos históricos ó literarios, siguiéndolos ciegos, y copiándolos obcecados, ó poco suspicaces, ó en demasía ligeros.

Dos opiniones se sustentan aún respecto de esto: la de quienes creen que, por cuestiones de familia, ó públicas, estaria Cervántes en la Mancha los años próximos á los del casamiento, esto es, de 1585 á 88, sufriendo muchos disgustos y contrariedades; y la de los que sospechan que recorreria la Mancha por los años de 1599 á 1603, ejercitado en comisiones penosas de apremio.

Lo primero es evidentemente falso. En vez de encontrar argumentos que demuestren la permanencia de Cervántes en Argamasilla desde 1585 á 88, se recuerdan, por el contrario, datos que lo desmienten. Despues de su casamiento, como hemos visto en otro capítulo, Cervántes se dedicó á escribir comedias y á comisiones, ora en Toledo, ora en Madrid, permaneciendo la mayor parte del tiempo en esta última capital, hasta que en 1588 marchó á Sevilla. Compruébase la existencia en Madrid de Cervántes, así por sus palabras, como por el conocimiento que tenemos de que en los años de 85, 86 y 87 se representaron en los teatros de la córte algunas de las comedias que luego mencionó, y de ellas, unas han visto la luz pública, y otras se han extraviado.

Y aunque este dato no tuviésemos, hay uno verídico, irrefutable, decisivo, para patentizar que Cervántes no estuvo en modo alguno en Argamasilla por aquellos años; y consiste, en que en su Memorial al Rey en 1590, donde relató todos sus servicios anteriores y posteriores al cautiverio, no mencionó nada de comisiones, ni disgustos ni contrariedades en Argamasilla; lo cual no lo hubiera dejado de hacer, si efectivamente por aquel tiempo se hubieran verificado los sucesos de la Mancha: sin que se pueda objetár que seria preso por cuestiones y rencillas de parientes y

por sutilezas de hidalguía, pues tal suposicion es completamente arbitraria: en nada se funda, ni nada dice, ni corrobora, ni satisface.

¡ Pues qué ! ¿ Es explicable que si comisionado oficial hubiera sido, en cualquier punto, próximamente despues de su casamiento, es decir, en la época que le interesaba más mentar sus méritos y comisiones, lo hubiese dejado de recordar en su citado documento ? Y si con efecto la comision de Argamasilla se hubiese verificado; si allí, como años adelante en otras partes, por defender los derechos del Rey y de la Real Hacienda, hubiera sufrido Cervántes persecucion, prisiones y ultrajes, de 1585 á 87, ¿es posible que lo olvidase, cuando todo esto serviria para autorizar sus peticiones en 1590?

Y ménos es posible que en los años subsiguientes estuviese en Argamasilla. Aquí no hay subterfugio para los que tal cosa indican ó sostienen. En 1588 se trasladó á Sevilla: allí estuvo hasta 1593 y comienzos del 94: desde este año hasta el 96 intervino en los asuntos de alcabalas: desde entónces hasta 1600, consta que habitó en Sevilla: de 1601 á 1603, aunque no se ha aclarado suficientemente, es muy verosímil que siguiera avecindado en la capital de Andalucia, pues las relaciones que se habia creado por la residencia de más de catorce años, y las comisiones particulares en que se ejercitaba, nos hacen comprender que, estando en 1600, los dos años siguientes tambien lo estaria, y allí hubiese continuado indudablemente si los contadores de la Real Hacienda, como hemos visto ántes, removiendo los cargos que se le imputaban sobre supuestos débitos, no le hubieran forzado á marchar á Valladolid para poner de una vez á salvo su honra y reposo, así como el de su familia.

En aquellos dos años ni en los sucesivos, es de todo punto imposible que ejerciera cargos públicos, y más retribuidos, por la Real Hacienda y con nombramiento del Rey, como debian ser los que hubiese desempeñado en Argamasilla, pues los fracasos anteriores, las desconfianzas que habian surgido en el ánimo de los contadores y de las personas influyentes en cuestiones económicas, la prision que sufriera por no haber satisfecho cantidades que no podia pagar por lo mismo que se le adeudaban, todo era parte para que dominase el recelo de nombrarle para otro destino, quedando abatidos y avasallados los más buenos propósitos y hasta recomendaciones de sus contadísimos protectores ó amigos.

Y lo que se dice de los cargos propiamente oficiales, de los que pudiera haber desempeñado, por mandato del Rey, durante el tiempo á que nos referimos, puede tambien decirse sobre las comisiones que se le atribuyen respecto del Gran Priorato de San Juan; pues esta Órden, al escoger una persona para el cobro de cantidades, hubiese designado á individuo que no tuviera tacha anterior, y Cervántes la tenia, aunque injusta, si bien esto no constaba á la generalidad de las gentes, que siempre piensan lo peor, ni á la generalidad de las corporaciones é institutos, que no se tomaban el trabajo de aclarar lo cierto: así es que, sólo algunos particulares, para sus exclusivos intereses, fueron los que confiaron en su conducta intachable, despues de la prision y persecuciones de Sevilla.

Pero áun demostrando todo lo anterior, áun cerrado el camino para suponer fundadamente que Cervántes estuviese en la Mancha, todavía el espíritu de sutilezas, trata de aprovechar un argumento sofístico para insistir en sus ensueños y en sus pretensiones. *El Quijote*, —se dice— esa obra admirable y magistral de Cervántes, debió de ser, fué efectivamente escrita en la Mancha: de otro modo no tiene explicacion *El Quijote*. En la Mancha vive el Hidalgo, en ella es célebre, en ella efectúa sus primeras aventuras, en ella busca y halla dama y señora de sus pensamientos. Además de la exactitud en la pintura del protagonista, aquella minuciosa fidelidad en describir sitios, caractéres, costumbres manchegas, ¿cómo es posible, se pregunta, sin haber recorrido Cervántes aquella comarca, fijádose en los detalles, estudiado aquellas escenas, tratado y visto aquellos tipos que nos ofrece?

El argumento es bien pobre. ¡Que *El Quijote* no se explica sin la tradicion de la Mancha! ¿Por qué? ¿Acaso Cervántes al escribir su obra maestra, tuvo por único y exclusivo móvil el satisfacer una venganza, el ridiculizar á determinados personajes, ó el mencionar una prision? Nó: no tiene *El Quijote* pensamiento tan liviano, objeto tan reprensible, como en los sucesivos capítulos hemos de ver. Aunque estuviese comprobado lo de la prision de Argamasilla; aunque se supiese que en los tiempos de Cervántes habia existido en aquel lugar, un tipo semejable al de Don Quijote, con todo, seria atrevido el pretender que Cervántes, que jamás personalizaba las cuestiones, escribió meramente su obra para ridiculizar á aquel personaje y hacer mencion de su

encarcelamiento en la Mancha. ¡Cómo ha de explicar por tanto la tradicion á *El Quijote!*

Y no se mencione lo de personajes manchegos, lo de episodios manchegos, lo de costumbres manchegas tambien; que esos no son argumentos, sino agudezas de imaginacion, que por sí mismas se destruyen. Cervántes puso la accion de su novela en la Mancha, y colocó allí al protagonista de ella, porque así le plugo; y describió con mucha perfeccion los lugares y costumbres de aquella comarca, porque como hombre ilustrado, podia y sabia hacerlo. En muchas de sus obras, describe y habla de paises y ciudades que ni ha recorrido ni visto, y sin embargo, encántanos siempre su fidelidad en la narracion y su atinado juicio en las reflexiones.

Prudentemente se procederia, pues, cesando en ese afan de ofrecer suposiciones argamasillescas, que á nada conducen, ni nada sirven para ilustrar la vida de Cervántes. Queden para siempre destruidas las fábulas y las sutilezas propagadas; ábrase paso en lo sucesivo á la verdad; y no demos nunca asentimiento á la permanencia improbable y falsísima de Cervántes en la Mancha.

CAPÍTULO XX.

Como en el capítulo XVIII dejamos dicho, Cervántes se aprestó á marchar á Valladolid en Enero de 1603. Desde Sevilla se dirigiria primeramente á Esquivias para arreglo de sus asuntos particulares, y luego se encaminaria para la córte con su familia. Se ha dicho que estaba ya en Valladolid á los comienzos de Febrero; pero esa especie de aseveracion que ha sido sostenida por los anteriores biógrafos, fundándose en unos apuntes que de letra del mismo Cervántes aparecieron entre unos papeles del marqués de Villafranca, cuya sirvienta era, segun dicen, una hermana de nuestro ilustre escritor, es de todo punto incierta, una de tantas inexactitudes, ó indiscretamente forjadas, ó irreflexivamente seguidas. Cuanto más, que los que propalaron y sostienen esta fábula, lo hicieron y hacen para explicar la residencia, ya desmentida completamente, de Cervántes en la Mancha; pues advierten que, estando en Valladolid el 8 de Febrero, y habiéndosele compelido por la Real Hacienda para que se presentase en la córte los postreros dias del mes anterior, no era posible que en tan breve espacio de tiempo hiciese el viaje desde Sevilla á Valladolid, lo cual es indicio de que estaria en la Mancha, pudiendo así hallarse tan presto en la córte. Pero demostrado ser falsa la existencia de esos apuntes y falsa la permanencia en Argamasilla, es lo más posible y verosímil lo que dejamos dicho al comienzo del capítulo, llegando á Valladolid Cervántes en todo el mes de Marzo.

Desde luego presentaria las cartas de recomendacion que le habria entregado Bartolomé Pedroso, por las que seria oido de los señores contadores con más benevolencia que la acostumbrada. Bien presto, ante los documentos presentados por Cervántes y en vista de las cumplidas explicaciones que diera, reconocióse su inculpabilidad, quedando bien asentada su honra, si bien no del todo terminado el asunto, pues pocos años despues se le molestó de nuevo.

Valladolid, convertida en córte de España, por disposicion de Felipe III desde 1600, ofrecia entónces más alicientes que otra ciudad alguna de la Península, por la circunstancia mencionada, para vivir en ella; y así es que, una vez aclarado que no era deudor á la Hacienda, y desapareciendo la persecucion de que se creia iba á ser objeto, fijó su residencia en la córte, como ciudad que le podria proporcionar más comisiones particulares, y además, la ventaja de estar cercano á las personas de valer, en quienes confiaba aún, creyendo que se inclinarian á recompensar sus méritos. Alentariale tambien, para decidirse á vivir en la capital de Castilla, el saber que Bartolomé Pedroso, que tanto le apreció en Sevilla, iba á ejercer el cargo de consejero de Hacienda, y esperaba que en algo podria servirle aquel conocimiento que con su ingenio y honradez se habia granjeado. Mas las ilusiones de Cervántes viéronse desvanecidas de nuevo, torturando una vez más su noble alma el desencanto y el desengaño más crueles.

Él, que en la córte de Felipe II sólo recibió sinsabores y desdenes, persecuciones é injusticias, en la de Felipe III, sobre seguir sufriendo las mismas anteriores penalidades, quedó relegado al más inconcebible olvido. Su carácter, tan pundonoroso, no era propio para vivir la vida de las córtes. «Yo no sirvo para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear,» dijo en una de sus obras, y son frases que admirablemente le cuadran. Los escritores que nos presentan á Cervántes, adulando al duque de Lerma, al afortunado valido del tercer Felipe, para que le diese destinos, ó para que le sacase de la situacion precaria en que se encontraba, forjan cuentos á placer, que no merecen sino la sonrisa de la indiferencia. Él no adulaba, ni intrigaba, ni se empequeñecia cometiendo acciones serviles: pedia justicia; queria que se le otorgara: su peticion era noble: el desatenderla, indigno. Pero una vez desatendida, no buscaba Cervántes por el favor lo que le era debido de justicia: su dignidad sobreponiase entónces á todo, y la vida trabajosa, y los infortunios, y hasta el hambre sufria, pero no se doblegaba con lisonjas ante los mal recompensadores de los merecimientos, ante los magnates orgullosos.

Tenemos el convencimiento de que Cervántes no aduló (¿qué decimos aduló?); no suplicó siquiera con insistencia un destino al duque de Lerma; pero aunque así lo hubiese efectuado, ¿qué hubiera conseguido sino negativas nuevas y nuevos desengaños? ¿Quién era Cervántes para sus contemporáneos más que un hom-

bre sin títulos académicos, con defectos físicos, notado por inexacto en el desempeño de sus cargos, compelido por los tribunales, sin influencia y sin valimiento? ¿Qué era Cervántes para el duque de Lerma? Él, modesto, enemigo de la adulacion, pobre, desatendido, ¿cómo habia de hacer fijar la atencion de un magnate rodeado por escritores venales y poetas palaciegos, en cuyas frases y versos se deificaba constantemente al valido? La misma cohorte de aduladores que rodeaba al duque de Lerma, seria la que más insistentemente hubiera tratado de desconceptuar, y desconceptuó con efecto, á Cervántes, no ya como particular, sino como literato. Para los que vislumbraban, ó del todo comprendian el talento de Cervántes, pareció tarea indispensable rebajarlo y empequeñecerlo, para impedir que en la córte se le tuviese en gran concepto como escritor: ¡como si la envidia ruin y la persecucion perversa y la calumnia maldita pudieran nada ni prevalecieran nunca contra el talento y la virtud!

Cervántes poseia en alto grado el uno y la otra, y si por ésta quedó siempre triunfante en los cargos de débitos que se le hacian, por aquel era ya conocido y muy estimado de los verdaderos doctos, é íbalo á ser mucho más desde su estada en Valladolid, pues allí obtuvo el permiso, al año siguiente de su llegada, 1604, para dar á la estampa la obra maestra de su fecundo ingenio, la que compendia en sí sola una literatura gloriosa, la que jamás se estudia bastante y se encomia demasiado.

Muchos años hacia ya que dormia Cervántes en el silencio del olvido, como él mismo dijo en el prólogo de su obra, pues desde 1585, en que publicó su *Galatea*, no habia dado á la estampa obra suya alguna, si bien sus aficiones literarias no las desatendió, como lo demuestran bien señaladamente la notable poesía que con motivo de la canonizacion de San Jacinto envió en 1595 al certámen de Zaragoza, y fué premiada, y el bello y burlesco soneto al túmulo de Felipe II, compuesto en 1598, sin mentar el ya indicado convenio que habia hecho con el comediante Osorio desde 1592, así como otros trabajos literarios. De suerte que, la sorpresa que causó entre los literatos el anuncio de una extensa obra de Cervántes, fué tanto más grande, cuanto mayor era la seguridad de que Cervántes no escribiria nuevos libros, teniendo que vivir la vida agitada del comisionista y del recaudador.

Cervántes, sin embargo, en su residencia en Sevilla, y en

medio de sus infinitas ocupaciones y desventuras, persecucion y encarcelamiento, habia sabido idear, trazar y escribir, si nó toda, la mayor parte de su Primera del *Ingenioso Hidalgo;* y una vez en Valladolid, donde tambien le rodearon desde un principio penosas tareas, ó la terminó, ó la dispuso para la imprenta, satisfaciendo de este modo sus deseos, dando á conocer los frutos de su inteligencia clarísima con beneplácito de sus buenos amigos, y adquiriendo un nombre en la república de las letras superior á todo enaltecimiento. (1)

No bien hubo circulado que Cervántes tenia escrita una obra, é iba á pedir licencia para publicarla, cuando la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, se apoderó de los ánimos de ciertas personas, que ninguna ofensa ni agravio, sino ántes bien muy favorable acogimiento y elogio, habian recibido del autor de *Galatea.* Y la pasion era tanta, y la parcialidad tan mísera y ruin, que ni áun el mismo Lope de Vega, aquel hombre insigne, á quien en nada podia amenguar su gloria la que el pobre comisionista hubiera de obtener, se eximió de ella, y esgrimió las armas del sarcasmo y del ridículo, ocupándose del anunciado libro de Cervántes.

En Agosto de 1604, escribiendo aquel ilustre autor á su grande amigo el duque de Sessa, deciale textualmente: «De poetas non digo. Muchos en cierne para el año que viene, *pero ninguno tan malo como Cervántes, ni tan necio que alabe al Don Quijote;*» y añadia, que la sátira que encerraba aquella obra era para él cosa más odiosa que sus librillos á Almendaris y sus comedias á Cervántes. Esto evidencia que la obra de Cervántes, áun ántes de ser publicada, era muy conocida entre los literatos de Valladolid, y sabiendo que en ella censuraba el gran ingenio todos los defectos sociales, políticos y literarios de su época, no podria sufrir Lope de Vega resignadamente lo que en ella decia Cervántes contra las vanidosas pretensiones de los escritores, sus contemporáneos, y contra las licenciosas inverosimilitudes y des-

(1) La indicacion de que Cervántes escribió la Primera parte de *El Quijote* en Sevilla, y tal vez durante su prision en aquella ciudad en 1597, ya hecha por el señor Gonzalez á los comienzos de este siglo, tiene hoy visos de gran certeza, merced á las observaciones del sabio cervantista Excmo. Señor Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. Nosotros la aceptamos y seguimos con tanto más motivo, cuanto que dejamos demostrada terminantemente la falsedad de la permanencia de Cervántes en la Mancha.

propósitos introducidos en el Teatro, y de los que era Lope de Vega el causante más responsable y de mayor culpa.

Esas comedias á Cervántes, que serian tal vez una serie de invectivas contra aquel insigne autor, por haber escrito para el Teatro con bastante aplauso, ¿no son una clara prueba de que el odio, y, lo que pareceria casi imposible si tal indicacion no constase, la envidia, dominaban en el ánimo de Lope contra el hombre generoso que en su primera obra le tributó señaladísimo elogio? (1) Ah! qué grande se nos muestra Cervántes, pobre y perseguido, ante la conducta de sus detractores, cuando debieran ser, á fuer de agradecidos y dignos, sus enaltecedores más entusiastas!

Pero aquella rivalidad, aquellas malevolencias, aquellas bajezas, no sólo no le retrajeron, sino que le estimularon á dar las últimas pinceladas á su obra, y pedir la autorizacion para publicarla, la cual le fué otorgada por el Rey en 24 de Setiembre de 1604, concediéndole el privilegio por el término de diez años. Necesitado Cervántes, y no pudiendo estampar la obra por su cuenta, hizo un convenio con el librero de Madrid, Francisco de Robles, cediéndole, por una suma bien insignificante, segun es de suponer, el privilegio de publicar *El Quijote* durante los diez primeros años. En todo el de 1605 quedó impresa la Primera parte de *El Quijote*, circulando con muy buen acogimiento, y repitiéndose desde aquel mismo año las reimpresiones, con gran regocijo del librero comprador de la propiedad, que ganó muchísimos ducados con tal motivo, en tanto que Cervántes, producidor de aquella riqueza intelectual, sólo recibió una como limosna, ó mejor dicho una recompensa miserable, que le dejó sumido en la misma indigencia y vida trabajosa de ántes.

No fué más afortunado Cervántes con el magnate á quien dedicó su obra. Éralo el duque de Béjar, marqués de Gibraleon,

(1) He aquí las palabras laudatorias que dedicó á Lope de Vega Cervántes en su *Galatea*, impresa en 1585:

Muestra en un ingenio la experiencia.
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitacion ansi la ciencia,
Como en la edad madura, antigua y cana:
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y más si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, LOPE DE VEGA.

conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos; persona que, segun la opinion de muchos, hacia buen acogimiento á toda suerte de libros, y segun creia Cervántes en su dedicatoria, era inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo. Pero tal opinion y creencia, se vieron desmentidas por completo en la ocasion presente, pues siendo el duque quien quedaba honrado y enaltecido con haberle Cervántes dedicado su obra maestra, no sólo no supo premiar el mérito de tan insigne autor, pero, lo que es más de lamentar y de reprender, ni áun mostrarse agradecido á tan singular distincion.

Un literato del pasado siglo, que, á falta de otros datos, mencionó muchos cuentos y anécdotas en su *Vida de Cervántes*, dice que, habiéndose negado en un principio el duque de Béjar á admitir la dedicatoria de *El Quijote*, por creerse que en él se atacaba á determinada clase social y se ponia en ridículo la nobleza, la aceptó con gusto y reconocimiento, despues de haberle leido Cervántes varios capítulos de su libro; comprendiendo entónces que la sátira solamente se enderezaba contra el falso espíritu caballeresco, contra las exageraciones y presuntuosidades de la hidalguía. Añádese que, á pesar de la favorable disposicion que predominó en el ánimo del duque, un eclesiástico, director espiritual de la casa, reprendió á Cervántes, y censuró la obra como perjudicial y de poco saludable entretenimiento; siendo esta la causa, se añade, de que si bien el duque admitió la dedicatoria, no recompensara á Cervántes como hubiera sido de esperar, puesto que tanto le agradó el artificio de la obra, una vez disipada la prevencion que contra ella tenia.

Mas estas anécdotas, en nada se apoyan, nadie las autoriza; sólo se fundan en sutilezas y presunciones; y, por tanto, ya hoy poco crédito, ó, mejor dicho, ninguno se les concede.

Despues de la publicacion de esa carta de Lope de Vega contra Cervántes, y que aquel escribió al duque Sessa, la dedicatoria al de Béjar se explica de un modo llano, natural, probable, sin necesidad de anécdotas, de cuentos ni de suposiciones. Cervántes, al publicar su obra, sabia las malas artes que contra él ponian en juego, para desconceptuarle y quitar el crédito á su *Quijote*, Lope de Vega y todos sus parciales ó sectarios: no ignoraba las elevadas relaciones que sus enemigos tenian; y procuró

imposibilitar los pérfidos designios de sus contrarios, dedicando la obra á un Príncipe que era considerado como protector del talento. Por eso dice al duque de Béjar, en la dedicatoria, que saca á luz *El Ingenioso Hidalgo* al abrigo del clarísimo nombre de su Excelencia, rogándole le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, ose parecer seguramente en el *juicio de algunos* que, conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y ménos justicia los trabajos ajenos. ¿Quiénes eran *esos algunos*, sino sus envidiosos detractores, los que trabajaban por deprimirlo como hombre, y procuraban desprestigiarlo como escritor, ántes que *El Quijote* viese la luz pública? ¿No era Lope de Vega del número de los que, no comprendiendo el talento de Cervántes, juzgaba no ya con demasiado rigor, sino con un descaro inaudito aquella obra inmortal? ¿No decia que su sátira era para él la cosa más odiosa del mundo? ¿No aseguraba que no podia haber nadie tan necio que alabase al *Don Quijote?*

Vease como Cervántes tuvo más talento que todos sus perseguidores, y supo aludir á sus intrigas y malas artes de un modo delicado y digno en su dedicatoria al duque de Béjar. Este magnate, ensalzado injustamente por la opinion como dadivoso, remunerador del talento, amante de proteger las letras, como al mismo Cervántes habian dicho equivocadamente, si bien aceptó la dedicatoria de *El Quijote*, fué como de mal grado, por compromiso, por evitar nuevas molestias de presentacion ó súplica por parte del autor; pero luego, aquella perversidad y aquel odio de muchos contemporáneos, al ver lo que Cervántes obtuviera, cobraron mayores bríos; penetraron en el palacio del prócer; presentaron á Cervántes como á un monstruo de defectos y delitos; le ultrajaron diciendo que era tartamudo, manco, pobre, vicioso y comisionista; y el duque de Béjar creyó entónces rebajada su dignidad é importancia y excelencia, y olvidó á Cervántes, y, si valido le hubiera, borrara para siempre del comienzo de *El Quijote* aquellas frases en que un corazon generoso le tributaba el homenaje de su respeto, y noble y cariñosamente demandaba su proteccion! Ah! ingrato Príncipe, que ni áun supo agradecer la magnanimidad de Cervántes, quien acordándose del nombre de aquel magnate, lo inmortalizó! Si Cervántes no le hubiera dedicado una de sus obras, ¿quién recordaria hoy el nombre del de Béjar?

Pero si maltrado fué de libreros y magnates, bien loado y enaltecido fué, en cambio, por la fama. Su obra adquirió gran crédito desde los primeros momentos de su aparicion, y, desmintiendo aquella asercion de Lope de Vega de que no habia nadie tan necio que alabase al *Don Quijote*, oianse generales elogios de la gracia, chiste, naturalidad y mérito del libro. Otra edicion se hizo en Madrid el mismo año de 1605; otra en Valencia; otra en Lisboa; de suerte, que á los pocos meses de la estampacion de *El Quijote*, se habian hecho cuatro ediciones de la obra, y estaba propagada por toda España y Portugal, y empezaba á ser conocida en las naciones europeas, donde muy luego fué traducida como libro de singular realce y seductora gracia.

Mucho se ha hablado sobre la tendencia y fin primordial de la obra maestra de Cervántes, siendo, por consiguiente, muchos y diversos los juicios y dictámenes. Quiénes, ateniéndose rigorosamente á la letra, han dicho y repetido que Cervántes no tuvo otro objeto que poner en aborrecimiento de la gentes, como lo consiguió, las aficiones desmedidas á las lecturas caballerescas. Quiénes, separándose completamente del sentido literal del texto, pretenden que Cervántes tuvo por designio ridiculizar á personajes determinados de su época. Quiénes, por último, han interpretado bajo distintos aspectos sociales, religiosos, filosóficos ó científicos, la significacion del caballero de la Mancha y de su positivista escudero Sancho. La obra de Cervántes, sin embargo, es tan majestuosa, tan sublime, está tan por encima de cuantas ha producido y produce constantemente la humana inteligencia, que ni los críticos más sabios, ni los sabios más ilustres, atinan á descifrar gallarda y fijamente la idea, el pensamiento general, el fin verdadero y grandioso que *El Quijote* entraña y contiene. ¡Sublime concepcion del talento, ante cuya radiante y hermosa luz, todos quedamos sobrecogidos y anonadados!

La creencia, por lo demás, de que *El Quijote* era única y exclusivamente la sátira de las ideas caballerescas, creencia en otras épocas tan generalizada, se aminora hoy, y empieza á quedar pospuesta á otras opiniones por ilustres escritores sustentadas; siendo muy posible que del todo quede destruida no en tiempo lejano.

Es absurdo creer, como algunos quieren, que Cervántes tratase de hacer una sátira apasionada contra las costumbres caballerescas, contra el pundonor, contra la dignidad, y se propusiera

rebajar en lo más mínimo el carácter español. ¿Por ventura él no era un cumplido caballero? ¿No se habia sacrificado siempre en su vida por el bien de todos? ¿Su fe y su hidalguía, su heroicidad y virtudes, no le parangonaban con los más esforzados campeones? ¡Y era Cervántes, con la integridad de su conducta, con su abnegacion, desprendimiento y ánimo entero y recto; él, que luchaba contra todos los obstáculos y todas las influencias y todas las clases sociales, por sostener los fueros de la verdad y de la justicia, el llamado á desconceptuar, es más, á ridiculizar los nobles actos de la Institucion de la caballería! Todo lo contrario sucedió: todo lo contrario vemos. Para Cervántes, la Institucion de la caballería era digna de toda veneracion: su alma y su pensamiento la rendian un culto sagrado y entusiasta. En ese mismo *Quijote*, cuyo libro algunos inconsideradamente han deprimido por creerlo como el anatema de las doctrinas caballerescas, ó como un título depresivo para la hidalguía castellana, vese siempre dignificada, áun en medio de las contrariedades y de los altibajos de la vida, tan noble y tan veneranda Institucion. Y ¿cómo no? Las ideas caballerescas esparcieron un benéfico, salvador influjo por todas partes, en todas las naciones, sobre todas las clases sociales sin excepcion, en aquellas épocas en que la fuerza, la tiranía, la maldad refinada, ó la ignorancia, comprimian con ferreo yugo á los pueblos; y Cervántes tenia muchísimo talento, no ya para ridiculizar, pero ni áun para ofenderlas en lo más mínimo. El caballero que, con desprecio de su vida y caridad hácia sus semejantes, cifraba su orgullo y anhelaba la gloria de proporcionar el bien á los necesitados, á los opresos, á los huérfanos, á los injustamente perseguidos por la perfidia ó por la maldad, admiracion le causaba, no compasion ni desprecio; ni sus actos, siempre á grandes y humanitarios fines dirigidos, hallaban en él censura, sino enaltecimiento y loa.

Cervántes hubiera sido injusto, si otra cosa hubiese hecho, y más refiriéndose á la hidalguía, á la caballerosidad, al valor de los campeones españoles; pues si bien en toda Europa la influencia ejercida por las ideas y principios caballerescos, fué tan importante como conveniente, en España tuvo esa misma influencia un carácter señaladísimo de heroicidad y grandeza. Nuestra historia patria en toda la edad media, á los comienzos de la edad moderna, y por los mismos años en que nació Cervántes, nos ofrece datos elocuentísimos sobre esto. No censuras, sino que se

conservasen aquellas buenas costumbres por ellos propagadas y aquellos rectos propósitos por ellos practicados, era lo que deseaba Cervántes; y la hidalguía castellana y el valor y la abnegacion de los caballeros españoles, enaltecidos quedaron por su pluma para siempre.

Miserablemente calumniaron á Cervántes los que cosa contraria propagaron y dijeron, no siendo la menor causa por cierto esa malévola acusacion, para que el libro de Cervántes fuese conceptuado por los infatuados y por los presuntuosos y por los que atienden ántes á la disfamacion que á la verdad y sinceridad, como obra ofensiva á las ideas caballerescas. Lope de Vega fué quien esparció primeramente el veneno de la mentira; sus parciales agravaron más y más el daño que con su perversa calumnia habia ocasionado; y cerca de siglo y medio despues (1750), aquella voz levantada en 1604 en Valladolid, llena de envidia y rencor, osaba declarar por medio de Don Juan de Erauso y Zabaleta, que *El Quijote*, no sólo no era lustre ni gloria de la literatura nacional, sino borron y deshonra. ¡Obcecacion y apasionamiento miserables, que de tal modo deprimian la verdad y ultrajaban la rectitud! Y de tal suerte estaba ciego Erauso y Zavaleta por su odio á Cervántes y su parcialidad á lo dicho por Lope de Vega, que no sólo calumniaba á Cervántes, cerca de siglo y medio despues de muerto, diciendo que su obra maestra no era honroso título ni gloria de su patria, porque habia tenido el autor por fin primordial el poner en ridículo y en aborrecimiento de las gentes el espíritu noble, hidalgo, caballeroso, sublime, de la nacion española, sino que se atrevia á estampar que Cervántes era una medianía, que su obra estaba desnuda de erudicion, amenidad y enseñanza, que su estilo era áspero, pobre y desmazalado, y que con la estrafalaria pintura que ofrecia, daba pábulo y materia á los extranjeros para que se burlaran de nosotros. ¡Arbitrario modo de censurar, y gran miseria: que un escritor del siglo XVIII se convirtiese en el más declarado enemigo del nombre de Cervántes, cuando los odios de Lope y de sus parciales debieran haber desaparecido por completo, como desaparecieron al fin, triunfando la verdad en los ánimos de todos, y quedando confundidas la falsedad y malicia!

No están muy acertados tampoco quienes tratan de sostener todavía que la obra de Cervántes no significa, no es otra cosa sino una invectiva contra los libros de caballerías. La literatura

caballeresca, digámoslo así, contiene obras sumamente apreciables y valiosas bajo el punto de vista literario; y bajo el puramente moral, no deben ahora ni podian censurarse entónces tan apasionadamente como muchos escritores lo hicieron. La fe en Dios, las empresas atrevidas, los propósitos gallardos, la defensa de los ofendidos, el amparo de las viudas, de los huérfanos y de los menesterosos, el amor fiel y sincero á las damas, el deseo del bien del prójimo, eran los nobles inspiradores de los magnánimos adalides que, á costa de su vida y de su reposo y tranquilidad, tomaban sobre sus hombros la pesada carga de aliviar las cuitas de sus semejantes. Los libros de caballerías no eran monstruosidades, en su mayoría inmensísima como se supone: eran, por el contrario, obras muy apreciables que pintaban más ó ménos perfectamente, segun el criterio, gusto ó talento de los autores respectivos, las costumbres de una época, aquella en que la fuerza, la osadía, la maldad y la ignorancia, sólo encontraron un dique fortísimo, que las pusiese á raya ó las castigase, en el Catolicismo ó en la noble Institucion de la caballería.

Cierto que no siempre en la pintura amorosa de los libros de caballerías, particularmente en los estampados en los años más próximos á Cervántes, se guardaba el decoro debido; verdad es que hay en muchos escenas inverosímiles, lances indignos, acontecimientos sobrenaturales; pero éstas eran excepciones, pues en general los libros mencionados eran obras que no atentaban contra la moral, ni la religion, ni las buenas costumbres, si bien varios doctísimos y virtuosos varones habian alzado su voz para reprender las licencias introducidas por algunos que no comprendian la significacion de las producciones caballerescas.

Ni debe asentirse ya á la opinion, sustentada en las palabras mismas de Cervántes, de que *El Quijote* empezó á poner en olvido aquel linaje de obras, y las sepultó en el silencio del olvido. Las palabras de Cervántes, al hablar de las tendencias, del fin principal de su obra, no pueden ni deben tomarse al pié de la letra, pues seria indiscreto, cuando observaciones y pruebas irrecusables demuestran lo contrario. La literatura caballeresca no necesitaba que *El Quijote* hubiese aparecido, para que fuese cayendo en el olvido y para que al cabo feneciera. Eso no lo obtuvo la obra de Cervántes; lo obtuvo la accion del tiempo, lo obtuvo la nueva direccion de las ideas, lo obtuvieron las nuevas costumbres introducidas en todas las clases sociales. Los libros

caballerescos fueron leidos con delectacion, con entusiasmo predilecto, en los reinados de Isabel la Católica, de Cárlos V, y en los comienzos del de Felipe II; pero luego, el género pastoril, las producciones dramáticas y las novelas amorosas y de costumbres, mermaron muchísimo las huestes de los afectos á libros de caballerías. Los que despues de aquellos tiempos se estamparon, ni consiguieron renombre, ni el beneplácito de los cortesanos y del pueblo como ántes. Faltábales la oportunidad: nacian muertos. La literatura caballeresca habia caido ya generalmente en el olvido en los tiempos de Cervántes: algunos libros se publicaron casi á la vez que su *Quijote*, y algunos más despues de aquella que se cree invectiva contra semejantes obras. ¿Dónde ni cómo ni cuándo pudo coadyuvar la produccion magistral de Cervántes á poner en olvido, y á sumir en la profundidad de la indiferencia, un género de libros que ya no tenia aceptacion en su época? Móviles más elevados, como luego veremos, tuvo Cervántes al escribir su obra.

Áun cuando tales datos no hubiese, seria aventurado insistir en las palabras de Cervántes, como hasta ahora se ha hecho, en un sentido rigoroso, pues permaneceria siempre la duda de si efectivamente su obra concluyó del todo con los libros caballerescos, ó éstos fenecieron á la accion del tiempo y por influencias del nuevo rumbo de las ideas, y no porque le perjudicasen en demasía las sátiras y sarcasmos de Cervántes, suponiendo que tales sarcasmos y sátiras existan en la obra con la índole que atribuírseles quiere.

La verdad es, que muchos y más graves perjuicios que los que podian ocasionar, en determinadas clases y personas, la lectura de algunos malos libros de caballerías, producian, y muy abundosamente por desgracia, en aquella época, la mayor parte de las composiciones dramáticas, llenas de despropósitos las unas, de inverosimilitudes las otras, y de no muy sana doctrina varias; y sin embargo de los anatemas que contra ellas se dictaron, y dictó Cervántes mismo, el mal gusto creció y degeneró en monstruosidad, como pasó tambien con el culteranismo, que á pesar de todas las sátiras y de todos los sarcasmos, incluyendo los de Cervántes, extendió por todas partes su influencia, pervirtió el buen gusto, áun en los más doctos escritores, é introdujo el cáos en nuestra hermosa y grandilocuente habla.

Tenemos, pues, por cierto que Cervántes estimaba mucho los

libros de caballerías; que la lectura de ellos le sirvió bastante para despertar sus aficiones á las letras; que en el fondo elogiaba y admiraba la caballerosidad, generosidad y nobleza de sentimientos de aquellos héroes y de aquellas damas, por lo general dignas las unas, y no ménos dignos los otros; y, en fin, que si pudo reprender algunos defectos de los malos libros de caballerías, no tuvo por objeto concluir con ellos, ni anatematizar los pensamientos y doctrinas que representaban, y que tan grandemente se avenian con su natural recto, hazañoso, caballeresco y por extremo elevado.

En nuestro sentir, la obra de Cervántes tiene precisamente una tendencia por completo opuesta á la que se supone. No sólo no vemos en ella esa sátira acre, esa invectiva desapiadada contra los libros de caballerías, que le atribuyen la letra misma del texto y las opiniones de todos los que hasta ahora han hablado sobre el particular, sino que tenemos por indudable que el verdadero, el primordial fin de Cervántes, al imaginar y escribir su obra maestra, fué el de enaltecer las antiguas y pundonorosas ideas caballerescas, contraponiéndolas á las nuevas, ni tan caballerescas ni tan pundonorosas, que en sus tiempos imperaban. Si nuestras observaciones parecen atrevidas, á primera vista condsideraas, no lo son ciertamente, sino ántes bien muy explicables, si con detenimiento se examinan y con imparcialidad se juzgan.

El reinado de Felipe III habia abierto el camino á muchas costumbres, prácticas y defectos que no se avenian con el verdadero carácter español; y la molicie, la falsía, el marasmo, la introduccion de nuevos usos y procedimientos, produjeron desde luego fatales resultados, que, pervirtiendo los sanos principios antiguos, ocasionaron, dos reinados despues, el completo rebajamiento de nuestra nacion y la ruina horrorosa de todo lo bueno en ciencias, artes, letras y demás ramos del humano saber. Cervántes, con su gran talento y práctica del mundo, veia cuán velozmente se precipitaba el pueblo español por la pendiente de la sensualidad, de la perversion y de las indiscreciones; y deploraba que no se conservasen en la córte, en la nobleza, en los gremios y en todas las clases sociales, aquella severidad, rectitud, hidalguía, y otras preciadas cualidades que tan exactamente eran observadas, á pesar de las imperfecciones que en otras cosas se cometieron, en los reinados de Isabel la Católica y durante la

dominacion de los dos reyes primeros de la dinastía austriaca. El lujo, la avaricia, la ambicion, los galanteos ilícitos, la fastuosidad, el dolo y la desmoralizacion, en fin, cundian desapoderadamente en casi todas las esferas sociales, y eran acatados como árbitros y dueños absolutos los vicios; en tanto que eran contadísimas las personas que sostenian aquellas ideas de sobriedad, moderacion y grandeza que tanto enaltecieron anteriormente al pueblo español, y áun muchos más raros todavía quienes en los tiempos de Felipe III, con tanto adulador palaciego, tanto lisonjero peligroso, tanto esclavo servil, tanta farsa y tanta bajeza de caractéres, supiesen estimar aquellas buenas cualidades, ni la verdadera virtud y la verdadera sabiduría.

Cervántes, filósofo profundo al par que escritor de felicísimo estilo y de invencion prodigiosa, se propuso anatematizar los vicios de su época; y, para hacerlo, se valió de una sátira en que tuvo que empezar por sostener, que otro objeto y otro fin le guiaban del que efectivamente se proponia.

Así es que, los caractéres que en la obra magistral de Cervántes actúan, y especialmente el del protagonista, hay que conceptuarlos de un modo completamente diverso de como hasta ahora se ha hecho. Se ha creido que á Don Quijote siempre lo exhibe Cervántes contrariado en sus deseos, maltratado, apaleado, entregado al ludibrio de las gentes, porque queria poner en ridículo las ideas que aquel personaje simbolizaba, porque anatematizaba sutil y humorísticamente el anacronismo social que el hidalgo de la Mancha trataba de sostener en su época, porque anhelaba concluir con aquella locura por imitar costumbres antiguas, que así á Don Quijote como á otros hidalgos asaltaba; y se ha creido lo contrario de lo que es, lo contrario de lo que el espíritu del libro persuade, lo contrario de lo que debe tenerse por cierto. Porque Don Quijote, no es quien queda ridiculizado, rebajado, lleno de ludibrio: es, á la inversa, quien queda dignificado, enaltecido, lleno de consideracion y de gloria, de enaltecimiento y de fama imperecedera.

Cervántes, al presentar á Don Quijote, hace una sátira profunda y filosófica de las costumbres de su época, y de cuantas faltas en ella predominaban. En este concepto, Don Quijote aparece como una cosa extraña, como un héroe legendario, como un anacronismo viviente, á quien nadie comprende, ni entiende, ni sabe por lo mismo apreciar sus actos ni enaltecer sus resolu-

ciones. Quiere Cervántes hacer ver cuán arriesgada empresa era la de los hombres que, á todo trance, querian que se sostuviera el genuino dignísimo espíritu español, sin que los hábitos se adulterasen, y efectúalo del modo perfecto que era de esperar. Don Quijote es un caballero nobilísimo, sobrio, ilustrado, á quien le duele la corrupcion de costumbres, el rebajamiento del antiguo carácter español, la fastuosidad de las clases elevadas y las ambiciones de todas; ve trocados los nombres de las cosas; oye llamar grandeza á la abyeccion; verdad á la lisonja; virtud al vicio; méritos á las imperfecciones; buena fama á la vergonzosa elevacion; y su alma y su corazon y su pensamiento, amantes de la verdadera virtud y de la verdadera grandeza, excitan su voluntad, y, sin fijarse en los contratiempos que habian de surgir, en las persecuciones de que habia de ser objeto, en las malandanzas que habria de proporcionarle su generoso intento, se aventura á luchar contra la corriente social, se muestra valiente en la defensa de los principios ultrajados y en la censura de las perjudiciales novedades introducidas, y ansía y suspira porque todos se aparten de aquel camino sembrado de engaños y falsedades, que conducia derechamente al precipicio.

¡Qué majestuosa y qué sublime figura! Y ¿se pretendará aún que solamente se propuso Cervántes hacer reir con las aventuras de Don Quijote? Nó: la lucha que sostiene aquel magnánimo Hidalgo contra los defectos y depravaciones de su época, era grandiosa, meritoria, altamente encomiable; y no de risa, sino de admiracion era y es digna. Y tanto más, cuanto que él solo se oponia al torrente de los males, y él solo, sin proteccion de nadie, ántes bien con mofas de todos, predicaba la verdad contra la mentira, y la sinceridad y rectitud contra la lisonja y la farsa. ¿Sufrió reveses, fué perseguido, fué mirado compasivamente por unos, con risas por otros, se burlaron de él, rebajaron sus propósitos, le motejaron, tacháronle de loco? Y ¿cómo no habia de suceder así? Pero, esas torcidas opiniones, esa injusticia con que era mirado y conque sus acciones eran juzgadas, ¿le hacen tal vez digno de la risa, del escarnio ni del ludibrio? Pues qué! Porque las épocas estén dominadas por el interés, por el egoismo, por la molicie, por las ambiciones, por el lucro, por la desmoralizacion en todas las esferas y clases, ¿por eso ha de ser ridículo, ha de ser risible ni censurable, que el hombre de bien, que no puede tolerar tales bajezas ni vivir de modo tan en-

gañador y reprensible, levante su voz, y á la verdad y á la virtud rinda culto, y por ellas se desvele, áun sufriendo humillaciones y repulsas de sus contemporáneos? Pretender que eran extravagantes, y que se hacian dignos de desprecios y de risas, quienes á pesar de todo, defendieran siempre los fueros de la verdad, valdria tanto como sostener que al mal, que al vicio, que á las pasiones todas, que á los defectos sociales, no debian atacárseles ni destruirseles, haciéndoles guerra declarada, sino dejarlos que produjesen todo el complemento de sus fatídicos resultados y toda la deformidad de sus obcecaciones.

Nó: la heroicidad, los altos propósitos y la magnanimidad de pensamientos y anhelo del bien, no pueden, no deben ser censurados por nadie, ni en ninguna época. Si éstas se hallan entregadas de tal suerte al materialismo, que no sepan apreciar ni aplaudir ningun elevado intento, ninguna proeza ni virtud, siempre hay algunos corazones rectos é inteligencias sanas que comprendan y tengan una mirada benévola para los esforzados campeones de las ideas grandes y humanitarias, para cuantos se oponen, con peligro de su reposo y de su vida, á la propagacion de nuevas y nocivas costumbres. La generalidad, siempre egoista, metalizada, llena de prevencion contra los hombres insignes, contra los que se sacrifican y sufren por la sociedad y para la sociedad, les persigue, les disfama, les ridiculiza, los mata; pero la resolucion y el proceder de los así maltratados por las conveniencias ó las preocupaciones de los pueblos, son y han sido merecedores de galardon y de premio, habiendo mostrado su ánimo valeroso en pro del mejoramiento social, á pesar y despecho de todos los obstáculos y de todos los peligros.

Don Quijote se halla aislado en la sociedad que deseaba regenerar; era vejado y perseguido por ello; pero eso mismo le realza ante todas las conciencias que sin pasion juzgan: ese es su mayor mérito: esa su gloria más preciada. Él quedaba dignificado predicando la verdad y la justicia y la virtud, y encareciendo la conveniencia de practicar todas las buenas acciones, y destruir los defectos y maldades. Nó: no quiso Cervántes rebajar ni ridiculizar tal y tan hermoso carácter. Eso podrán creerlo los que sólo á la letra, á la apariencia, á la forma se atengan, y sobre ello formen juicio y dictámen.

Una rápida ojeada sobre los personajes que en la novela de Cervántes intervienen, nos corrobora más y más que el incom-

parable autor tuvo por principal objeto el sublimar los nobles actos de su héroe, y lanzar el anatema más cáustico contra todas las faltas de su época. Todas las clases sociales están representadas en la obra; todas aparecen con su carácter peculiar é inequívoco; cada personaje es una fiel pintura de las condiciones respectivas. Sancho Panza representa al pueblo rudo, metalizado de sus tiempos; para él no habia más que una felicidad, una gloria: la de comer, beber, dormir, enriquecerse, y trabajar poco. Tambien significa la clase media, infatuada entónces, y contaminada por el vicio del lujo y de la ambicion, y por adquirir pingües cargos y títulos á ejemplo de las clases elevadas y poderosas. Significa Sanson Carrasco la clase letrada, que por lo mismo de tener ínfulas de mucho saber y ser de suyo aficionada á seguir las modernas corrientes de la opinion, y adoptar y encarecer las nuevas costumbres, haciendo gala de despreocupada, daba á la risa todo cuanto tendiese á contener el ímpetu de las perjudiciales novedades y volver á la práctica de mejores y virtuosos actos. Para esa clase, que tan exactamente simboliza Sanson Carrasco, los nobles propósitos de los caballeros rigorosamente pundonorosos, eran materia de burla y de pasatiempo. La clase sacerdotal, representada se encuentra por el cura Pedro Perez y el canónigo de Toledo, y lo está tan al natural como todo lo que describia y pintaba Cervántes. Vese en ella la prevencion que tenia contra la literatura caballeresca: el primero en el escrutinio de la librería de Don Quijote, y el segundo en su discurso sobre los libros de caballerías y los andantes adalides, demuestran su apasionada animadversion contra tal género de obras, por más que el uno y el otro tratan de paliar su rigidez con razones aparentes y generalidades vagas. El eclesiástico asaz severo, que aparece en el palacio de los Duques, personificacion es de la intransigencia y del fanatismo. Los que dominados se hallaban por tales tiranos de la voluntad y de la inteligencia, querian ver perseguidos á los que hablaban la verdad y anhelaban el bien y la justicia para todos, sin exclusivismos, sin odiosas diferencias de gerarquías ni clases. Representados están los nobles en el duque y la duquesa. La nobleza vivia una vida sedentaria y regalada. Vegetaba, más bien que otra cosa. Sus bríos pasados, su aficion á las proezas y á las heroicidades estaban muy decaidos, y entregábase por regla general, á los saraos, á las diversiones, al lujo, á toda suerte de boato. Quienes le recordaban lo conveniente que era imitar las buenas costum-

bres de sus antepasados, su sobriedad, su modestia y su odio á toda farsa, á todo fausto y peligrosa novedad, servianle de diversion, parecianle un anacronismo, le semejaban locos. La clase rica está representada en aquel Don Antonio Moreno, que tan aficionado era á divertirse con los que mostraban sinceridad, y á quienes alentaba el espíritu de tiempos no tan egoistas y miserables como los en que en él vivia. La vanidad, ostentacion, excesiva pompa, comezon de alcanzar posesiones holgadas, ó riquezas, aunque ilícitas, que en las más de las mujeres de entónces prevalecian, ora fuesen pobres, ora de mediana clase, ora pudientes, ora de la más elevada estirpe, vicios eran que aparecen perfectamente bosquejados en los tipos de la duquesa, de Altisidora, de la hija de La Trifaldi y de Sanchica. Y hasta el sesudo y noble caballero Don Diego de Miranda, representacion y figura fidelísima es de aquella clase social, que en la época que reprende el novelista, sin embargo de comprender y lamentar lo dañoso de las nuevas costumbres y lo mucho que se abatia el natural español con tanta introduccion de usos y hábitos, galas y procedimientos antinacionales, se doblegaba á las exigencias de los tiempos, y transigia, aunque murmurando, y reconocia la elevacion de ideas, la generosidad y las gallardas resoluciones de los hombres exactamente justos y llenos de delicadeza, condoliéndose, no obstante, de que predicasen á todo trance la regeneracion de la extraviada sociedad, no reprendiéndoles abiertamente, pero causando señalado perjuicio á la buena causa con su pusilanimidad y apatía.

¡Qué obra tan grande de observacion y de profunda filosofía, la tan celebrada de Cervántes cuando de ese modo se analiza! ¡Es, como se ve patentemente, la censura general de las clases sociales de su época, con su verdadero aspecto, con sus egoismos, su positivismo, su rebajamiento de carácter, sus hipocresías y sus debilidades todas! ¡Es el ensalzamiento y la deificacion del hombre de bien, sin temor y sin remordimiento de conciencia, que, á pesar de las malandanzas y miserias imperantes, y ser él solo en la lid, truena contra ellas, quiere que desaparezcan, y lucha esforzado, y muere á manos del desaliento, pero con gloria y como bueno!

El Quijote, considerado solamente como una sátira de las ideas caballerescas, ó como una invectiva contra los libros andantescos ¡qué rebajado aparece! ¡Qué objeto tan ignoble y qué fin tan po-

bre el que en un caso y otro se le atribuye! Y ¡qué diremos de quienes pretenden que la obra maestra de Cervántes, exclusivamente se dirige á ridiculizar determinados individuos? ¿Dónde, ni cuándo tuvo Cervántes por objeto escribir una obra suya para venganzas personales? ¿Cómo habia de recordar para eso á Don Rodrigo Pacheco de Sotomayor, vecino de Argamasilla, ni al duque de Lerma, ni al de Béjar, ni á Don Alonso Quijada y Salazar, vecino de Esquivias? ¿Y cómo habia de querer figurar en el protagonista de su obra á Cárlos V, con el designio de entregar sus actos y proezas á la risa de las gentes, cuando tanta admiracion le causaba la memoria de aquel caballeroso emperador? (1)

(1) En estos últimos años tambien se ha tratado de persuadir que *El Quijote* es una sátira del gobierno del duque de Osuna en Nápoles, contra el que un anónimo extendió una denuncia de sus faltas, que fué entregada al gobierno de Madrid por el embajador veneciano Contarini. La opinion de que en *El Quijote* aludió Cervántes exclusivamente á esto, fué emitida por Mr. Rawdon Brown, quien se supone que tiene documentos fidedignos para comprobarlo. Nunca hemos dado crédito á estas sutilezas aventuradas, esparcidas más para hacer ruido, que por otra razon ni motivo alguno; y en nuestro sentir, no merecen más castigo que la sonrisa de la indiferencia. Pero el año de 1873 se propuso demostrar, y lo consiguió de un modo terminantísimo, el docto literato señor Don Francisco Maria Tubino, en su obra *Estudios críticos sobre Cervántes y El Quijote*, que es aventurado cuanto sobre el particular se ha dicho, y significa su extrañeza de que el señor Rawdon Brown se haya encerrado en un persistente silencio sin presentar esos documentos justificativos de sus asertos, que se asegura posee. El señor Tubino ha sido incansable en el asunto: no contento con ofrecer las razones que se le ocurren, escribió á dos insignes literatos italianos, dándoles cuenta de sus dudas y suplicándoles le sacasen de ellas, ó le diesen alguna luz en cuestion tan intrincada; obteniendo el señor Tubino la contestacion de que, en ningun despacho de Contarini, ni en los documentos revisados en los archivos de Venecia, habia indicio de que Cervántes aludiese en su obra, en mucha ni en poca parte, al gobierno del duque de Osuna. El Sr. Rawdon Brown, á pesar de todas las gestiones hechas, se ha excusado, segun tenemos entendido, de dar razones ni presentar documentos que comprueben lo por él indicado; lo cual parece demostrar que, ó no posee dato justificativo alguno, ó que sostuvo una equivocacion ó padeció un error, que se obstina en no reconocer ahora, ó que es tan tardo en repasar los códices que contienen esas peregrinas noticias, que no habrá creido oportuno todavía el darlos á la estampa para admiracion de las gentes.

Nosotros creemos que tales documentos no se publicarán nunca, por la sencilla razon de que no existen; y, aunque existiesen y se diesen á la estampa, serian documentos que no causarian fe, porque no podrian

La verdad sea dicha, que si en todo han andado los críticos poco discretos al analizar *El Quijote*, hanlo estado mucho más al hablar de cuestiones personales cuando del protagonista del libro se trata; porque ¿en qué indicio ni certeza ni probabilidad se apoyan para decir que en Don Quijote aludió Cervántes al duque de Lerma, cuando su carácter, vida, antecedentes y gobierno tan en contraposicion están con lo que el Ingenioso Hidalgo es y verdaderamente representa? ¿Y cómo hubo de aludir á ese Don Rodrigo de Pacheco y Sotomayor, vecino de Argamasilla, cuando es falso que Cervántes estuviese nunca en aquel pueblo, ni que tuviese queja alguna, por cuestiones amorosas, con aquel imaginado caballero? ¿Ni quién podrá suficientemente persuadir, que con efecto Cervántes trató de ridiculizar al duque de Béjar, y mucho ménos á aquel pariente suyo Don Alonso de Quijada y Salazar, sólo por el mero y mezquino hecho de haberse opuesto á su casamiento en 1584? Pruebas ciertas y testimonios irrecusables tenemos de cuanto decimos en los mismos escritos de Cervántes; pues en ellos, siempre vemos que recordó con singular complacencia las buenas obras de sus amigos, la solicitud de sus protectores ó la magnanimidad de quienes le admiraban, en tanto que siempre hacia caso omiso, ó mencionaba de un modo casi imperceptible, la maldad de sus perseguidores y las torcidas artes de sus envidiosos enemigos; proceder muy propio, al cabo, de aquella alma grandiosa y generosísima, fácil siempre al perdon y al olvido, áun de sus más encarnizados disfamadores.

---

contener, despues de todo, sino la opinion de un individuo determinado, á quien plugo decir sobre la significacion de *El Quijote* manifiestas indiscreciones é impertinencias; pues, como en el texto dejamos visto, es sumamente aventurado y ofensivo el suponer ó afirmar que Cervántes tuvo por único y exclusivo objeto en su grandiosa obra el ridiculizar á éste ó aquel potentado ó particular, á tal ó cual emperador, rey ó valido.

No ménos aventurados andan los que dicen que *El Quijote* sólo es una sátira contra la Inquisicion. Que Cervántes era opuesto á aquellos autos de fe, á aquel sistema de opresiones, á aquellas doctrinas perjudiciales del Tribunal de la Inquisicion, es tan evidente, cuanto que su alma era enemiga de todo lo que representara egoismo, obcecacion, y tiranías, y él mismo sufrió las tristes consecuencias de tales ideas. Pero esto no autoriza á nadie para dar á la obra una tendencia que no tiene. La Inquisicion, vicio feísimo de su época, quedó reprendido y rechazado en el libro, como todos los demás que en su tiempo cundian; pero quedó comprendido en la sátira general. Sátira particular y exclusiva, no lo es en modo alguno.

¿Aquel hombre, cómo habia, pues, de haber escrito una obra con el único propósito de ridiculizar á un individuo, sea de los que dejamos mencionados, sea otro cualquiera que se desee? Los resentimientos, los justos motivos de disgusto que su corazon pudiera abrigar contra los que, pudiendo, no premiaron sus méritos, ó contra quienes, como Blanco de Paz, le persiguieron con odio mortal, y le cerraron las puertas de un porvenir venturoso, jamás salieron de los límites de la discrecion y de la prudencia: aquellos defectos, aquellas faltas, aquellas odiosas persecuciones, no por lo que á él particularmente tocasen, sino por la índole general que pudieran envolver, serian, sí, reprendidos y anatematizados en su obra; pero no á modo de sátira personal, sino enlazada en la grandiosa y elevada que hacia de todas las imperfecciones, injusticias y fealdades de sus tiempos egoistas.

Con quien se identifica Don Quijote, á quien representa aquel gallardo carácter, de quien es vivo y acabado retrato, es de su historiador, es de Cervántes. Éste, como el protagonista de su obra, sin miedo y sin tacha, truena siempre contra todo lo malo y perjudicial; ama la rectitud y adora la verdad; y ni le intimidan peligros, ni las asechanzas le abaten, ni las contrariedades le amilanan. Fuerte con la razon que le asiste, lucha contra los egoismos de sus contemporáneos; sufre vejaciones, en vez de obtener recompensas; su generosidad es causa de su desgracia; su modestia, orígen de su trabajosa vida; su voz no es escuchada; sus virtudes son desconocidas; sus nobles propósitos y su natural severo, ridiculizados; amargura y desden halla en todos los senderos de la existencia; no se le comprende; aquel su espíritu caballeroso y sublime, aquel ánimo alentado que en Argel, entre prisiones, si hubiesen correspondido á sus deseos los que debieran, hubiese conseguido arrancar aquellas posesiones del dominio turco, entregándolas á Felipe II como muestra de su patriotismo y de sus pensamientos titánicos, era un verdadero anacronismo en su época. Cervántes, como Don Quijote, era un visionario, un loco, un hombre digno de compasion para la generalidad metalizada y positivista.

La identidad de esos dos grandiosos caractéres, se ve mayormente retratada en el resultado que tuvieron sus proezas y anhelos de reformar las costumbres y mejorar la sociedad. Entrambos mueren á manos de la maldad de los hombres, abrumados por los desengaños, torturado el corazon por la pena, pero

con la sonrisa plácida del justo en los labios, sin rencor hácia nadie, si bien lamentando con toda su alma el extravío de los pueblos y la obcecacion é ingratitud de los individuos.

Y uno y otro cierran sus ojos á la luz del mundo egoista y miserable, que no supo comprender sus altos propósitos ni tributar el debido respeto á sus méritos, plenamente confiados en que aquella dama ideal, por ellos reverenciada en el fondo de sus conciencias; que aquella señora y reina de sus magnánimos pensamientos, emblema de toda buena accion, archivo de toda pureza y hermosura, símbolo de perfeccion, centro de grandeza, albergue de la sinceridad; que aquella Dulcinea, personificacion genuina de la verdad, entónces tan desconocida y ultrajada, y legítima representacion de la posteridad desagraviadora y desapasionada, les otorgaria, al cabo, cumplida justicia, reconoceria sus merecimientos, enalteceria su abnegacion y virtudes, y les haria eternamente famosos en la memoria de las gentes. Dulcinea, es decir, la verdad y la posteridad en su expresion más pura, era para Cervántes como para el protagonista de su obra, «dia de su noche, gloria de su pena, norte de sus caminos, estrella de su ventura,» segun frases felicísimas de su pluma.

La obra de Cervántes, animada por tal espíritu levantado y filosófico, se ha eternizado y se eternizará más cada dia en todos los pueblos y paises; porque las mismas clases, las mismas pasiones, los mismos olvidos hácia el mérito, las mismas persecuciones al talento y á lo verdaderamente sublime y majestuoso, el mismo cúmulo de males y de vicios, el desprecio hácia la abnegacion, y el desden y el sarcasmo, y la burla y el odio á muerte hácia los desinteresados salvadores de los pueblos y generosos practicadores de la justicia y del derecho; todas las miserias, en fin, que tan magistral y tan vivamente dejó descritas Cervántes, se repiten, se suceden sin interrupcion, se ven en todas las naciones; y siempre se saborea y admira la rigorosa exactitud en presentar á todas las clases sociales con sus preocupaciones ó su positivismo, y al hombre animoso que se opone, sin considerar los peligros, á todo lo perjudicial y falso. Cervántes, pues, al escribir la sátira de sus tiempos, hizo á la vez la sátira de todas las sociedades, de la humanidad entera.

Despojando á *El Quijote* de esa significacion grandiosa y verdadera, rebajándolo á una mera sátira de libros de caballerías, á una censura rastrera de las costumbres caballerescas, ó á un ex-

clusivo documento para venganzas personales ó para ridiculizar á determinados individuos, gobiernos ó instituciones, el cada vez más creciente buen suceso del libro no tiene plausible explicacion. *El Quijote* hubiera sido, en tal concepto, el libro más leido, más buscado, más encarecido, en tanto que aquellas instituciones, gobiernos, individuos, perseguidores, costumbres y obras predominasen y vivieran; pero al fenecer las unas y al desaparecer para siempre los otros, la sátira de Cervántes hubiera dejado de tener crédito, hubiera quedado olvidada, confundida en el inmenso piélago de tantas producciones con semejante objeto y propósitos tales escritas. ¿Por qué no ha sucedido esto, sino porque *El Quijote* tiene el majestuoso fin que dejamos dicho?

Equivócanse, por el mismo consiguiente, los que han dicho y sostienen que *El Quijote* no es más que la poesía y la prosa de la vida, ó la lucha del idealismo contra el positivismo, personificado aquel en el protagonista de la obra, y éste en Sancho Panza. Esa explicacion de los dos caractéres principales de la concepcion de Cervántes, no satisface; es demasiado general y vaga. Pues qué, los demás caractéres que actúan y hablan é intervienen en el libro, ¿son figuras decorativas que para nada sirven, ni nada dicen, ni representan, ni valen ante la crítica? ¿Ó acaso sólo Sancho Panza en el libro es la personificacion de la prosa de la vida, ó el positivismo y el materialismo groseros? ¿Ó tal vez se cree que cuanto piensa, desea y practica el Ingenioso Hidalgo es sólo idealismo, sueño, utopia, producto de calenturienta imaginacion, locura, en fin?

Ese modo arbitrario y aventurado que hasta ahora se ha tenido para juzgar la obra de Cervántes, ha sido causa de que el verdadero significado que *El Quijote* tuvo y tiene, se haya falseado, y el conjunto de sus ideas, de sus aspiraciones y de sus proezas, el quijotismo que suele decirse, se conceptúe como lo contrario, como lo diametralmente opuesto á lo que es efectivamente, á lo que representa, á lo que vale. Porque el quijotismo no significa, ni debe significar nunca, desvarío, accion grotesca, propósito descabellado, intencion reprensible ni exageracion ofensiva; que ántes bien es alabanza del bueno, persecucion del malvado, clamor poderoso contra las ruindades, destruccion de la mentira, ensalzador de la verdad, sacrificio generoso por el bien de todos, sosten del derecho, asilo de la nobleza de senti-

mientos y de la rectitud de intenciones y de todo lo grande y honroso; y tanto más queda y ha de quedar siempre enaltecido, cuanto mayores hayan sido y sean los obstáculos con que luchare, para volver por los fueros sagrados de la justicia contra todos los vicios, contra todos los egoismos, contra toda degeneracion de costumbres y rebajamiento de la dignidad social, en cualquier época y tiempo.

CAPÍTULO XXI.

Si admirable es la obra de Cervántes, considerada por el grandioso fin social que encierra, y por las tendencias sublimes que en ella predominan, no ménos admirable es bajo el punto de vista puramente literario y descriptivo. Bajo tal aspecto, es libro único y sobremanera excelso entre todos los que las letras castellanas han producido. Ántes de la publicacion de *El Quijote*, ni las ficciones de caballerías, ni las novelas pastoriles, ni las picarescas, ni las que mencionaban sucesos trágicos, ni ninguna produccion de la literatura amena, ofrecian la imágen de la belleza y del buen gusto tal como es deseable que aparezca en semejante linaje de obras, si bien algunas, muy contadas, habian salido á la luz del mundo con cierto esmero, proporcion, atractivo y cuidadosa compostura. La galanura del estilo; el empleo de frases oportunas, propias y significativas; el valerse de imágenes y adornos hermosamente dispuestos los unos y encantadoramente empleadas las otras para realzar más grata y dulcemente la belleza del cuadro; la prudencia en los relatos de sucesos, ora prósperos, ora adversos; en fin, todas las perfecciones que pueden avalorar y dar grandísima importancia á las concepciones del ingenio, veianse olvidadas casi por completo entre los que se dedicaban ó pretendian instruir, al mismo tiempo que deleitar, á las muchedumbres. Faltos de talento unos autores, con más osadía que méritos para escribir obras y doctrinar á las clases sociales; ajenos de disposicion los otros, con el mal gusto por guía, sin esa cualidad de la discrecion, que tanto es indispensable para no incurrir en impertinencias, sus trabajos adolecian de muchísimos defectos de pesadez, de monotonía, de estilo ampuloso ó afectado, de aridez narrativa, de pobreza de imaginacion y de elegancia; fealdades que á tanta costa hay que evitar si las composiciones se han de ofrecer como las reglas de la buena crítica aconsejaban y aconsejan.

Cervántes, talento superior de sus tiempos y de todos los siglos, supo sobresalir entre sus contemporáneos, con tanta ventaja que, causa admiracion y suspende el ánimo. Si en su *Galatea* tanto y tan señaladamente sobrepujó á todos los autores de libros pastoriles, al escribir *El Quijote*, no sólo demostró su gran penetracion, tacto, filosofía y conocimientos profundos, sino que trazó las páginas más castizas, más amenas, más superiormente perfectas que se leen en el rico y majestuoso idioma nuestro. Evitando Cervántes, como precavido, los vicios de elocucion de quienes querian que se emplease y usaban un estilo abstruso, pesado, que se basaba sobre la servil imitacion de los escritos antiguos, lo mismo que un lenguaje, por demasiado castizo, plagado de arcaismos innumerables; y separándose de la torcida senda emprendida por muchos ingenios de sus tiempos, quienes pensando dar novedad, brillantez y colorido al idioma, le afearon, le rebajaron, le redujeron á la condicion de una horrible algarabía con sus estrambóticas imágenes, símiles, retruécanos, palabras alambicadas, con el odioso culteranismo, en fin, aquel talento sublime parecia el escogido por la Providencia para proveer al remedio de tantos males como infestaban á la literatura nacional, para levantarla, para enaltecerla, para que extendiese el texto magnífico del idioma castellano, propio para narrar todo lo bello, lleno de dulcísima armonía y de gracias incomparables.

Sólo un autor de nuestro siglo de oro hay que pueda ser comparado á nuestro esclarecido Cervántes: Fray Luis de Granada. Y con todo, si en la abundancia de frases, rotundidad de los períodos, hermosura de los pensamientos y limpieza y propiedad del lenguaje, entrambos corren á las parejas, diferéncianse en que el segundo descolló en un género especial de literatura, en tratados puramente ascéticos, en tanto que el primero sobresalió en todos los ramos del saber, y de todo habló en sus escritos con inimitable ventaja, pudiendo ser, y siendo efectivamente, bajo el punto de vista literario, modelo de discursos, de trabajos festivos ó serios, de diálogos, de poéticos pensamientos, de consejos sanos, de prudentes máximas, de bien acabadas descripciones, de encantadoras pinturas, y de todas las amenidades de la elocuencia y del buen gusto. Y es de admirar más y más Cervántes, cuanto que concibió y extendió sus obras en medio de sus infinitas y enojosas ocupaciones, lacerado el ánimo por los infortunios y rodeado siempre de adversos acaecimientos, en tanto

que Fray Luis de Granada dejaba correr dulce y gratísimamente su pluma, lleno el corazon de arrobadora calma, sin las conturbaciones del espíritu que produce el trato envidioso y agitado del mundo, entregada su alma á la contemplacion de las grandezas divinas, y recreándose en procurar el bien general desde la oscuridad y retiro del claustro.

Cuando se tiene en cuenta esta superioridad y originalidad que á Cervántes distinguian, se comprende cuán aventuradamente hablan quienes pretenden, que el egregio autor tuvo presente algunas obras de las literaturas griega y romana para componer la suya, osando decir que las tomó por modelos. Entre otras opiniones descabelladas, ningunas llegan á tanto como las sustentadas en este particular por los biógrafos Rios y Pellicer; pues el primero trata de persuadir que *El Quijote* está vaciado en el molde de *La Iliada*, y el segundo sostiene muy tenazmente que Cervántes se propuso imitar la obra de Apuleyo, *El Asno de Oro.*

¿Qué punto de comparacion cabe, con efecto, entre la obra de Homero y la obra de Cervántes? ¿Hay semejanza, ni áun remota siquiera, en las tendencias de una y otra? ¿Entraña la produccion del poeta griego ese grandioso y general fin social que encarna la del vate castellano? ¿Hay identidad entre los personajes, parecido entre los acaecimientos que entrambos autores relatan? ¿Cómo ha de ser el protagonista de la composicion de Cervántes imitacion del protagonista del poema de Homero? ¿Y en qué podrán parecerse los demás caractéres secundarios de los dos libros? Cada cual es sublime, producto de Genios incomparables, esa es la verdad; y no hay que buscar otras analogías, que no las tienen las dos obras maestras de las literaturas griega y española. La de Homero, áun en medio de su sorprendente disposicion y mérito, no es tan fiel, tan completa y perfectísima pintura de la humanidad y de todos los caballeros verdadaderos y de todas las épocas degeneradas, como la concepcion de Cervántes; explicándose por tal motivo la universal fama que ésta ha logrado, obtiene y conseguirá siempre, en tanto que la otra jamás alcanzó aplausos tan generales y aceptacion tan dilatada, sólo es buscada y leida hoy por los eruditos, y acaso en lo futuro pierda todo atractivo, siendo limitadísimo el número de sus admiradores.

Y ¿qué habremos de decir sobre la descabellada opinion de que *El Quijote* es una imitacion del *Asno de Oro* de Apuleyo?

¿En qué se fundaria el señor Pellicer, en qué se fundarán aún sus obcecados secuaces, para inferir tal ofensa y agravio al sentido comun? ¿Qué tendrán que ver las lujurias, los actos inmoralísimos del protagonista de la obra de Apuleyo, que, convertido en asno, corre por todos los caminos de la más desenfrenada y estúpida concupiscencia, con los actos nobilísimos del Hidalgo Manchego, donde predominaba el espíritu sobre la vil materia, el sentimiento del bien y de la castidad sobre todas las fealdades y groserías de la sensualidad y de la carne?

¡Y en ese libro, modelo de lascivia, de desvergüenza, de escenas licenciosamente eróticas é inverecundamente nocivas, de brujerías, de sortilegios, de transformaciones tan groseras como inverosímiles, de los cuadros al natural dé Fótis y Lucio, y del afortunado Asno y la bella matrona de Corinto; en ese libro, nada ménos, quiere hallarse el gérmen, la causa, el motivo del *Ingenioso Manchego!* ¡Qué obcecacion! Una obra eminentemente inmoral, queriendo parangonarla (¿qué decimos parangonarla?), queriendo anteponerla á la obra moral, circunspecta, finamente satírica del escritor alcalaino. ¡Como si pudiese haber término posible de comparacion entre el pintor de lascivias de un jóven y el preconizador de las virtudes de un magnánimo caballero! ¡Como si Fótis, la impúdica, fuera para su Lucio, materialista, lo que la ideada Dulcinea para su platónico Don Quijote!

Y ¿qué diremos de los que, no conteniéndose en los absurdos propalados por Pellicer, áun avanzan más, y sostienen que muchas de las aventuras que en *El Quijote* se narran son exactas copias de las que en el *Asno de Oro* de Apuleyo se mencionan? ¿Son esas más que agudezas reprensibles, que nunca pueden agradar ni satisfacer? (1)

La obra de Cervántes, exclusivo producto de su inmenso talento, ni en la parte inventiva, ni mucho ménos en la literaria, imitó á ninguna, y es asaz de imprudencia continuar por ese cami-

---

(1) Un moderno traductor anglo-americano del *Asno de Oro* es quien más ha desvariádo en este asunto, aventurándose á decir que el lance que cuenta Apuleyo en el libro III de su produccion, acaecido á Lucio, quien embistió, creyéndolos ladrones, contra tres pellejos de carneros que golpeaban en la pared de la casa de Milon por maleficios de su esposa, que era maestra en hechicerías, sirvió «al inmortal Cervántes para la escena parecida (?) que se encuentra en *El Quijote;*» esto es, la escena de los cueros de vino tinto, que se relata en el capítulo XXXV de la Primera parte.

no de las comparaciones, siempre tan equívocas, y sobre todo tan odiosas, como el mismo Cervántes dijo. Nuestro mismo autor, conocedor peritísimo de la literatura de sus tiempos y de los pasados, consignó con grande discrecion en su obra, que de libros profanos de honesto entretenimiento, que deleitasen con el leguaje, y admirasen y suspendieran con la invencion, habia muy pocos en España. Y á quien esto decia, y tenia genio para descollar y sobresalir entre los mejores de todos los tiempos, ¿se insistirá todavía en conceptuarle como mero copista?...

La originalidad de *El Quijote* se manifiesta desde las primeras líneas, crece á medida que la narracion avanza, y llega á su complemento cuando Cervántes da las últimas pinceladas á su cuadro. Ese prólogo de la obra ¿cómo se elogiará nunca lo bastante? ¿Dónde encontraremos trabajo parecido, aproximadamente siquiera? La ingeniosidad de su narracion; la fina censura que en él se lee de los autores pedantes; el ridículo que se hace caer sobre los que tenian costumbre de poner infinitas anotaciones y acotaciones á sus libros, para pasar por consumados eruditos, así como sobre las citas falsas, los sonetos ridículamente laudatorios, y los encomios hiperbólicos con que los poetas antecedian sus elucubraciones; la sencillez con que se expresan los conceptos y se reprende y avisa; todo, en fin, coloca al prólogo de *El Quijote* entre las mejores y más bien acabadas piezas de nuestro idioma.

Causa grima y produce hastío la lectura de los proemios con que adornaban sus obras los escritores contemporáneos á Cervántes. Como no abrumasen al lector con una interminable lista de autores antiguos ó modernos, no creian satisfecha su vanidad, ni se juzgaban dignos del título de hombres eminentes. Por los mismos años que publicó su *Quijote* Cervántes, dábase á la estampa, con grandísima aceptacion, una obra de Lope de Vega, *La Jerusalen Conquistada*, epopeya trágica, donde el autor se proponia ensalzar los heróicos actos y religiosidad de los caballeros españoles que habian concurrido á la santa empresa de la conquista de Jerusalen. Pues bien; el prólogo de esa obra, dirigido al conde de Saldaña, es el trabajo más pesado y tal vez el más plagado de citas empalagosas que se ha escrito en castellano. No parece sino que Lope de Vega se proponia en él hacer alarde de que habia leido mucho y sabia mucho, y no queria desaprovechar la ocasion, por temor de que otra no se le presen-

tase, y quedara imposibilitado de lucir su erudicion omnisciente. Haciendo gala de ella, y con objeto de comprobar que el Rey de España Alfonso VIII y muchos ilustres españoles se hallaron en la conquista de la Tierra Santa, escribe más de treinta páginas, mienta más de cincuenta autores y hace más de veinte acotaciones; y así sucesivamente de todo lo que habla, ora sea relativo al sujeto del libro, ora referente á otros particulares ó materias. (1)

---

(1) Para que se vea que no exageramos en nada, vamos á citar la parte del prólogo de la *Jerusalen Conquistada* de Lope de Vega, donde dilucida por qué llama Poema á su obra.

«Hele dado este nombre,—dice—por no ponerme en disputa en tanta variedad de opiniones sobre esta voz Poema, aunque ya tan recibida, que el Tasso escribió un discurso de sus preceptos. Mantuano, á lo ménos, siempre la llama Poesis. Rodulfo Agricola, en su dialéctica diferenció la Historia del Poema, diciendo: *Severius, et fidem captans lectorum Historia, sed latius, liberius que Poema, ut quod oblectan dis solum auribus sit.destinatum.* Y así el venerable Beda, en el fin de la prefacion al Rey Ceolulfo, dijo que era la verdadera ley de la Historia: *simplic ter coll gere, quæ fama vulgantur.* Poema llamó el Agrícola á cualquier obra larga, pues la contrapone á la Historia; pero realmente no lo debe de ser, habiendo tan contrarias opiniones que afirman todas pertenecerle el nombre de Poesis, pues cuando dice Marcial que le convidaba aquel poeta á comer, y leia tantos poemas, se echa de ver que todos eran breves, pues dice, que de plato á plato, lo que no podia ser, siendo libros. Y Porfirio dice en la *Vida de Plonito*, que celebrando el nacimiento de Platon, refirió un Poema, de donde se colige que no era grande: *Cum in natale Platonis* (dice) *Poema de connubio sacro recensuissem.* Pero ¿quién podrá discernir esto, habiendo tantas veces Aristoteles en su *Poética* confundido estas dos voces, y llamado en muchas partes Poema á la Epopeya, obra heróica y adornada de varios episodios: *Epopeya longissima est Poesis, innumerabiliaque habet episodia, quibus suam auget actionem,* como Robertelio dice, *supra Aristetelem?* Y entre los griegos hay un notable ejemplo del poeta Calimacho, referido por Angelo Policiano en sus *Misceláneas,* donde acusó los envidiosos que decian de él, que no habia podido escribir Poema grande, y habia escrito *La Hecale,* nombre de aquella vieja huéspeda de Theseo. Y asi Genebrardo sobre el Psalmo 64 le llama Poema: *Eloquor mea carmina, que operatus sum Regi Chisto, ei Poema meun compono.* Y por no ser prolijo en lugares que serán comunes á los que saben, sólo diré que está tan confundida esta propiedad del Poema, y Poesis, que Dionisio Lambino, sobre la *Poética* de Horacio (que tambien habia de tener mirado esto) dice, hablando del Ronsardo, poeta frances finisimo: *Sic igitur Poema suum, orditur Poeta noster Ronsardus.* Y así Adriano Junio en su *Nomenclatura,* la tiene por cualquier obra de Poeta, aunque Pierio Valeriano la llama Poesis, hablando del Polipo, y Poema hablan-

¡Qué notable contraste entre esos prefacios, llenos de lugares comunes, de fárrago de saber, de pedantesca crítica, compuestos por Lope de Vega y por casi todos los más celebrados autores de aquellos tiempos, con el prólogo admirable, ingeniosísimo, todo hermosura y todo llaneza, que puso Cervántes á su *Quijote* y con los demás que extendió para sus otras aplaudidísimas obras! Y es que Cervántes era el gran talento de su siglo, el que poseia el secreto del buen gusto, que á los demás escritores sus contemporáneos faltaba; y por eso sus producciones, aderezadas salieron con las galas de la verdadera belleza y del verdadero mérito. Talento tenia Lope de Vega, talento tenian muchos escritores, sus coetáneos; pero carecian de ese discernimiento de las buenas reglas, ó no sabian demostrarlo, que tanto esplendor

---

do del círculo, como de cosa que acaba en lo que comienza, y trae por ejemplo los epígramas de Catulo. Y á esto alude César Capacio en su Secretario, quien dijo que una carta se podia llamar Poema. Pero no hubiera que disputar, si admitiéramos la opinion de Sanflor sobre Arist., cap. II del libro 9: Poema esse (dice) parvam inventionem, quœ paucis verbis exprimitur. Poesim vero esse contextum scriptorum, et opus ipsum. Todos los antiguos y modernos dieron nombre á sus escritos del capitan que celebraron, ó del lugar del suceso, como Virgilo *La Eneida,* Estacio *La Tebayda,* Homero *La Vlisea* y Lucano *La Farsalia,* y así se excusaron (como pudiera el Tasso) contentándose con el primer título. Pero á mí me ha sido fuerza, respecto del escribir Tragedia, para que se entienda la intencion de mi escritura, y que mi poesía en esta materia es trágica, de cuyas alabanzas bastantemente habla Aristóteles en su *Poética.* Y son de notar estas palabras suyas, hablando de Herodoto, para que favorezcan nuestra Poesía histórica; que la Historia (dice) pinta las cosas hechas, y la Poesía como pudieran ser: Quo sit ut sapientius, atque præstantius Poesis Historia sit; aunque Robertelio no quiere que las dos se diferencien; pero en fin dice: Quo sit ut magis philosophicum quidam et grave sit Poesis, quam Historia Aquí la llama tambien Poesis en comun, que Aristóteles hablando de muchas obras de poetas, dijo: Ceteraque id genus poemata confixere. Pues para haber llamado a la Epopeya Trágica el mismo comentador, dice: «Quam id si quis efficere velit »actionem, quœ Dramate Trágico prius collecta erat, et coartacta »in brevem quoddam spatium, densas, variasque continens res coge»tur disgregare in tenuiores, partes, ac magis exiles, dum diducere »ipsam voluerit, ut ad justam magnitudinem Epici Poematis per»veniat.» Esto es cuanto al título, de que dice Antonio de Nebrija en »su Ecfrasis sobre Virgilio que tambien se ha de dar cuenta.»

¿Puede darse nada más gerundiano, más menguadamente escrito, y presentado con más ergotismos? ¿Entenderia el mismo Lope de Vega lo que quiso decir en su prólogo? Muy dudoso es.

difunde en los escritos, y tanta seduccion les inspira. Los prólogos de Lope de Vega y de sus secuaces respondieron sólo á las exigencias del gusto más depravado, y produjeron aquellos proemios sembrados de escolasticismos y de insulseces que se estamparon en los reinados de Felipe IV y de Cárlos II. Los prólogos de Cervántes satisfacen siempre á las adecuadas reglas de la perfeccion, son nuevos y originales en todas las épocas, todos los verdaderos literatos los encomian, y en los tiempos del renacimiento de las letras españolas, fueron la norma adoptada para trabajos semejantes por los insignes autores que procuraron devolver su antigua gallardía y agraciados atavíos al idioma. ¡Gran gloria la de Cervántes, haberse adelantado á su siglo, y sido dechado preciadísimo, y escrito con el mismo loable buen gusto con que se llegó á escribir muchos lustros despues, cuando los principios de la filosofía, de la recta crítica y de los preceptos más sanos, introdujeron mejoras importantísimas en todas las lenguas y en todas las literaturas!

Y en la delineacion de caractéres ¿quién de sus contemporáneos le igualó? ¿Quién de los autores sucesivos, ora españoles, ora extranjeros, le ha imitado, ni áun superado en esa cualidad tan distinguida entre los esclarecidos escritores? Él presenta á un personaje, y lo hace siempre con tanta maestría, que desde luego estamos atentísimos á sus acciones, á sus favorables ó contrarios sucesos, á cuanto le pertenece, toca ó rodea: le seguimos con la imaginacion por do quiera, gozamos con sus goces, sufrimos con sus desdichas, participamos de sus esperanzas, nos preocupan sus mismas ilusiones, y deseamos lo que él desea y aborrecemos lo que él aborrece. Los personajes que crea la imaginacion de Cervántes, particularmente los que descuellan en lugar preferente en su obra, toman bien pronto ante nuestra vista y ante nuestros sentidos cuerpo real y positiva presencia, y un atractivo que nos señorea y domina por completo.

¿No sucede así con Don Quijote? Aquel Hidalgo Manchego de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor, queda retratado por Cervántes en tres renglones con todo encanto y colorido. «Frisaba, dice, la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.» ¡Admirable concision y verosimilitud en la pintura! De tal modo debia ser presentado ante el lector aquel hombre que predicaba la jus-

ticia y se proponia enderezar la sociedad por los caminos del bien: en el lleno de la virilidad, con la suficiente experiencia de las volubilidades del mundo, no dominado por la gula, no soberbio, no falso, no entregado á la crápula, al sueño, á la vida muelle y regalada, con ojo avizor siempre, con propósito de guerrear y de sostener constantes luchas, velando, fuerte para el sufrimiento.

Esa soberana fidelidad con que el tipo de Don Quijote está delineado, nos lo hace siempre interesante á nuestro conocimiento.

Vémosle sirviendo de diversion á las damas traidas y llevadas de la venta; materia de risa para el socarron ventero; enamorado de una belleza recóndita y desconocida; apaleado por los arrieros; grotescamente armado caballero por el dueño del fantástico castillo; aporreado por los mercaderes murcianos; maltrecho en la aventura de los molinos; vencedor, aunque á costa de grandes heridas, en la del vizcaino y de los monjes gerónimos; hombre maravilloso ante los cabreros; defendiendo bizarramente á las doncellas desamoradas y desdeñosas como Marcela; horrorosamente maltratado por los encolerizados gallegos; asaltado por desdichas sin número y sin cuento en la malhadada venta, víctima de las incontinencias de la Maritornes, de las puñadas y coces del conductor de bestias, de los candilazos del severísimo cuadrillero y del rigor del amo de aquel fatídico albergue; afortunado vencedor en las aventuras del cuerpo muerto y del yelmo de Mambrino; lastimosamente apedreado por los desagradecidos galeotes; saludado con peladillas de arroyo en la aventura de las ovejas y furibundamente malparado; haciendo asperísima penitencia, por la memoria de su señora, en las entrañas de Sierra Morena; arrogante acuchillador de los cueros de vino tinto; discreto y sesudo en el discurso de las armas y las letras; valentísimo y admirable en la contienda contra todos los cuadrilleros; encantado risiblemente, encerrado en una jaula, reprendido por el canónigo, molido á golpes por el cabrero, objeto de espanto y de asombro para los disciplinantes, conducido por fin á su casa y aldea, reducido á la tranquilidad y al reposo.

Luengo es, como se nota, el campo que el Ingenioso Hidalgo recorre en sus aventuras durante sus dos primeras jornadas y salidas; extenso es el teatro de las peripecias y de los accidentes que le rodean; muchos los lances que le ocurren; y, sin embargo, el cronista de esos hechos y de esas aventuras y de esas alter-

nativas de la fortuna, que tan alto sentido encierran, como detenidamente demostramos en nuestros Comentarios y Notas á cada capítulo de *El Quijote*, nos los ofrece de modo tan apacible, sabe comunicar tanta gracia á cuanto narra y menciona, esparce tanta risueña luz en la forma externa, en lo que aparentemente es la obra, que doctos é indoctos, ricos y pobres, nacionales y extranjeros, todos quedan seducidos por la bien combinada pintura, y sólo un disgusto invade el ánimo cuando la produccion literaria llega á su término, el disgusto de que aquel personaje desaparece de ante nuestra vista, que solícita le ha seguido por los caminos de sus proezas ó de sus reveses, y cuyas palabras, cuyos actos, cuyos consejos, cuyas determinaciones, todo lo hemos leido con avidez, y admirado desde luego, sin dejar el libro de nuestras manos.

Cervántes satisface las exigencias de la más severa crítica en la delineacion del tipo á que nos referimos. Don Quijote es el protagonista de la obra: los demás que bosqueja en ella Cervántes, le quedan avasallados en merecimientos, en nobleza, en magnanimidad, en valor, en resignacion, en toda suerte de condiciones laudables.

La verosimilitud del carácter tambien se comprueba, pues si parece imposible que existiese un hombre efectivamente tan rematado de loco, en dándole el significado fiel que á Don Quijote hay que atribuirle, en considerándole tal como querria Cervántes, y tal como le hemos examinado ante la lógica y ante la crítica, el tipo de aquel generoso caballero se explica, y son exactamente comprensibles el simbolismo y alcance de sus aventuras.

Y ¿qué diremos del tipo de Sancho? En un solo renglon, con un solo rasgo de su pluma lo retrata de cuerpo entero Cervántes. —Hombre de bien, escribe, pero de poca sal en la mollera.— ¿Quién no vislumbra, desde que lee estas palabras en la obra, al carácter positivista, sin la experiencia aleccionada por la discrecion; al hombre que se despeñaria desde lo alto de su ignorancia al abismo de las imprudencias; al apaleado confiado unas veces y al detractor rústico de su dueño otras; atento siempre al lucro, malicioso, socarron, embustero; gozoso en los convites y banquetes y mustio ante la estrechez y la vida de trabajos; mezcla de simplicidad y de bellaquerías; despuntando de agudo y diciendo despropósitos; perezoso, osado, respondon; al vapuleado

por los gallegos y por los mozos de los frailes; al abofeteado por la Maritornes y al manteado graciosamente por la gente desocupada de la venta; al individuo, en fin, prototipo del interesado, que sólo queria ínsulas que gobernar, decantaba á cada paso sus más insignificantes servicios, y saltaba de gozo ante un mísero hallazgo de cien escudos de oro, y esto sólo le alentaba para desamparar su familia, casa y pueblo, y seguir por el derrotero de las ambiciosas miras?

Y ¡ qué magnífico retrato el de aquella dama ideal, única que era digna de ser adorada y reverenciada por el pacientísimo caballero! ¡ Con qué frases más propias y dulces la pinta el hidalgo! —Su nombre, dice, es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo ménos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora y mia; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son de oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos de Cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas.—

¿ Quiérese ver pintada al natural la grotesca figura de una moza venteril? Léase el bosquejo de la Maritornes. —Era ancha de cara, se nos dice, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demás faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera.— ¿ Quién no columbra en este ligero boceto retratada á la mujer ignorante, viciosa, burlona, con ciertos dejos de compasion equívoca, que luego vemos actuar en los sucesos de la venta?

Cardenio, al relatar el cuento de sus amores, comienza con estas razones: —Mi nombre es Cardenio; mi patria una ciudad de las mejores de Andalucía; mi linaje noble; mis padres ricos; mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna.— ¿ Puede expresarse más bien y con ménos palabras la

alteza de la estirpe, lo grande de los amores y lo aterrador de las desgracias?

Y ¡qué delicadamente enaltece Cardenio la beldad de su adorada! —Vivia en mi misma tierra un Cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Lucinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de más ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia.—

Cuando el cura encuentra á la bella Doretea, pronuncia breves palabras que compendian el más extenso de los encomios: —Esta, ya que no es Lucinda, dice, no es persona humana, sino divina.— Y ¿qué puede añadirse para significar lo feliz que era, ántes que el noble Don Fernando la burlase, á estas frases que ella misma pronuncia? —Mis padres son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos; pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y áun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el Cielo, todos sus deseos; de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de sus haciendas.—

Y los caractéres del cura, del barbero, del canónigo, de la esposa de Sancho Panza, del ama y la sobrina del buen Quijana, ¿no están asimismo exactamente descritos?

¿Quién, pues, de sus contemporáneos, quién de los escritores que se han sucedido por espacio de tres siglos, qué poeta, qué historiador, qué novelista, tuvieron, han tenido ni tienen el talento, la especial donosura, el incomparable mérito de Cervántes para no cansarnos, ni un momento siquiera, con la narracion de las aventuras de Don Quijote, de las interesadas acciones de Sancho Panza, de la ideal y sobrehumana hermosura de Dulcinea, y de todos los personajes secundarios? ¿Quién ha tenido siempre la fortuna de suspender la atencion de sus lectores sino él? ¿Quién ha enseñado más á la sociedad, ofreciéndole bajo la apariencia de la risa ó de lo imposible, las deformidades de todas

las clases y el triste premio que alcanza la verdad entre las conturbaciones y mentiras del mundo? Y ¿cual es el secreto de todo esto que tan justa admiracion nos infunde? Es que Cervántes supo manejar más concienzudamente el idioma, y adaptar sus infinitas bellezas al gusto de todos los estados y de todas las gerarquías con muy mayor perfeccion que cuantos autores le precedieron, ó fueron sus coetáneos, ó han florecido despues: es que era el maestro del idioma, el príncipe de la literatura patria, el regocijo de las Musas, el escritor sin rival en el mundo.

Por eso, como crítico vémosle adelantarse á Saavedra Fajardo y á Tamayo de Vargas; en el diálogo sobrepuja al mismo Lúcas Delgado; en las descripciones á Leon y á Mendoza; en la invencion á Lope de Vega; en facundia compite con Granada; y en sobresaliente buen gusto, y en la condicion esencialísima del estilo, llano sin bajeza, apacibilísimo, propio, elegante, siempre proporcionado al sujeto, á la accion, á la escena, al asunto que se reseña, ninguno le ha imitado y mucho ménos excedido.

Á pesar de todas las anteriores excelencias, á pesar de ser la obra de Cervántes, como notamos, preciosísimo y único modelo, no sólo en un género de literatura, sino en todos (1), la crítica ha fijado su atencion, para rechazarlos severísimamente, en dos relatos intercalados en el libro, y son la novela del *Curioso impertinente* y la historia del *Capitan cautivo.* No seremos nosotros de los que vayamos á convertirnos en apasionados defensores de Cervántes en esta cuestion. Creemos que las historias, las producciones de imaginacion y las narraciones, tanto mejor se leen, y tanto más agradan, cuanto más se guarda en ellas la unidad de accion, cuanto más descargadas se hallan de digresiones largas, ó inútiles ó poco oportunas para el enlace general, cuanto más holgadamente se presentan los personajes y se conserva privilegiadamente el interés sobre los tipos principales. Pero pensar que por eso hemos de juzgar justa, ni siquiera explicable, la severidad con que se ha censurado á Cervántes por haber entremezclado esos dos episodios en la historia del héroe manchego, es pensar en lo imposible.

Cervántes no faltó grandemente á las buenas reglas poniendo esos dos relatos en su obra. Cierto que la novela del *Cu-*

(1) En el Comentario y Notas que ponemos á cada capítulo de *El Quijote* queda así suficientemente comprobado, y por eso no nos dilatamos más sobre este punto en la VIDA DE CERVÁNTES.

rioso impertinente es leida sin estar presente Don Quijote; pero esò no obsta para que en buena lógica sea aceptable la ocasion de verificarlo, pues bien podia ofrecer Cervántes esta digresion de los acontecimientos del hidalgo, sin molestar la atencion de los oyentes; porque con aquel reposo que daba á la actividad del malhadado caballero, como que convida á pasar algunos ratos de descanso y enseñanza, leyendo el cura los sucesos de aquel Anselmo tan imprudente, que por aquilatar por modos torcidos la entereza de su esposa, vino á despeñarse de la alteza de su felicidad á lo profundo de un miserable acabamiento, desesperacion y suicidio. La excesiva confianza y buena fe de Anselmo; la debilidad de Camila; las tramas de Leonela y la avilantez y pérfidos sentimientos y falsedad de Lotario; en fin, la prosecucion é incidentes de toda aquella tan interesante como trágica historia, están tan diestramente narrados, que, áun teniendo algunas faltas, todavía seria más digna de alabanza por el ingenio que demuestra, que merecedora de anatema por el poco tiempo que nos priva de la vista de Don Quijote. Créese que esta novela seria de las que Cervántes tenia escritas, y dió años adelante á la estampa; pero nos parece de escasa importancia la aclaracion de esto, dado caso que fuese posible averiguarlo, pues que la obrita fuese ideada y extendida para amenizar la concepcion principal, ó que la intercalase en ella Cervántes por terminar ántes el libro, ó porque así le plugo, ¿qué importa para juzgar de su mérito ó de su deformidad, que es lo único que la crítica ha de ver y tener en cuenta en todas las obras?

No pueden hacerse los mismos reparos que á la novela del *Curioso impertinente*, á la historia del *Capitan cautivo;* error en que han caido algunos censores con manifiesta indiscrecion sin duda. Y decímoslo, porque la historia del *Capitan cautivo*, si bien extensa, si bien hace fijar por bastante espacio de tiempo la atencion en sucesos y circunstancias que directamente nada tienen que ver con el plan y desarrollo de la obra, está con todo muy hábilmente presentada, se refiere por el mismo cautivo que llega á la venta donde se hallaba Don Quijote con Don Fernando, Cardenio, Dorotea, Lucinda, Sancho Panza, cura y barbero, y la relata precisamente ante los citados individuos, sin que nos diga Cervántes que ántes de terminar el cautivo su relato se retirase Don Quijote de la reunion; siendo muy verosímil, por el contrario, que, despues de haber pronunciado el noble caballero su famoso

discurso sobre las armas y las letras, estando sentado á la mesa todos los personajes ya mencionados, y el cautivo y la bella Zoraida, habiendo suplicado Don Fernando al nuevo huésped que contase los acaecimientos de su vida, permaneceria allí deseoso de oir el cuento de las aventuras y prósperos ó adversos sucesos de aquel tan gallardo español y de aquella tan incomparable mora. La historia del cautivo tiene, además de estas condiciones de la oportunidad, el indisputable mérito de ofrecernos los caractéres, los acontecimientos, las peripecias amorosas, los lances y escenas todas de la vida de entrambos amantes con gran fuerza de colorido y de verdad, siendo esto causa de que con placer la escuchemos y saboreemos y aplaudamos.

Sin embargo, si en cierto modo ha de sentirse que Cervántes mezclase estas dos narraciones en su obra maestra, es porque así no se aprecian tanto como debieran, ni se admiran su ingeniosidad y elegancia, proporcion y gallardía, oomo si separadamente se hubieran publicado, como él mismo indicó por muy elegantes palabras en sus escritos.

Tiene *El Quijote* otro atributo que más y más lo realza ante la opinion y discernimiento de los pueblos, y ese atributo es el de la moral, que gallardamente campea por todas sus páginas. En los personajes principales de la obra, los deseos amorosos no se extienden más allá de los límites del decoro: la castidad predomina y queda magnificada sobre todo. En los personajes secundarios, y áun en los que ocupan un lugar inferior en el contexto del libro, siempre las pasiones y los malos instintos quedan castigados y reprendidos severamente. Por eso vemos que Lotario, el engañador malvado de Anselmo, que huye no bien sabe va á ser descubierto su delito, desesperado, busca la muerte en el fragor de los combates y de la guerra; y aquella Camila infiel, aquella mujer maldita y adúltera que laceró con su conducta farsante y pecadora el corazon de su esposo confiado, descubierta su vileza, errante primero y luego mortificada en su conciencia y encerrada en un claustro, pasa el resto de su vida entre remordimientos y tristezas crueles. Asimismo notamos que aquel Don Fernando, rico, noble, mozo, altanero con su posicion, que labró la desventura de su amigo Cardenio, solicitando la mano de la bellísima Lucinda, torna al fin á los buenos caminos y procede como de su elevada alcurnia era de esperar, cediendo el campo del vencimiento al pesaroso Cardenio, dejando de ser el tirano

perseguidor de Lucinda, que sólo á su Cardenio adoraba, y pagando al fin la deuda que por correspondencias amorosas anteriores tenian contraido su corazon y su voluntad y su palabra de hidalgo con la discreta y jamás bien celebrada Dorotea. El español cautivo no puede ser hombre más caballeroso, ni la encantadora Zoraida tipo más puro, afable, lleno de pensamientos castos y candorosos. La desenvoltura del acaudalado Don Luis, disculpada se encuentra por la dignidad y buena voluntad con que caminaba tras la singular hermosura de Doña Clara de Viedma: sus palabras y sus actos demostraban exceso de pasion, pero jamás degeneraron en actos vituperables. El único tipo licencioso y concupisciente que en la novela se presenta, es el de la grosera Maritornes; y, sin embargo, el lance está tan magistralmente pintado, que lleva envuelta saludable enseñanza. Aquella impúdica moza accede á los malos deseos del arriero transeunte en la venta; pero la facilidad lasciva de la sirvienta y los no castos propósitos del conductor de bestias, quedan por completo burlados y vergonzosamente descubiertos. Maritornes es castigada por su amo; el arriero no satisface su brutal pasion; la lujuria estúpida y la licencia de costumbres se ven expuestas, en fin, ante la censura pública, para escarmiento y para ejemplo.

Una cuestion de bastante interés se ha sostenido y sostiene entre algunos críticos sobre la imperecedera obra de Cervántes. ¿Es *El Quijote* una mera novela, un trabajo exclusivamente de solaz y recreo, una obra filosófica, ó un poema, se pregunta? Difícil es, en verdad, la contestacion á tales interrogaciones, y de aquí la diversidad de juicios que se han formado, y las no pocas arbitrariedades que se han dicho. Desde luego que el libro de Cervántes tiene mucho de la trama y artificio de la novela, y que aparentemente es obra de divertimiento por más que contenga un gran principio filosófico; pudiéndose decir, con bastante probabilidad de no equivocarnos, que de todos participa, pero no pertenece determinadamente á ninguno de los antedichos generos de producciones, en la rigorosa acepcion de la palabra.

Pero ¿puede ser, es efectivamente un poema la obra de Cervántes? Generalmente se cree y sostiene que nó; tímidamente dice alguno que pudiera pasar por una composicion épica; y alguien se aventura á indicar que pudiera ser el verdadero poema de la literatura castellana.

Nosotros avanzamos más. Creemos que *El Quijote* participa

sobremanera del género épico, y que las aventuras del Hidalgo forman un extenso poema, tanto más maravilloso cuanto ménos ha estado y está al alcance de la generalidad. El asunto de que Cervántes se ocupa, las proezas que relata, el contraste del bien y el mal, de la elevacion y de la ruindad, del hidalguismo y de las bellaquerías, de la abnegacion y de la ingratitud, que tan cuidadosamente presenta, sujetos son que corresponden á las condiciones y á los requisitos que se exigen en los poemas. Hay en la produccion de Cervántes más de serio que de risible, más de profundo que de aparente, más filosofía que divagaciones. Cervántes dejó expresada la opinion que tenia sobre la forma en que podia escribirse la épica; para él tanto podia efectuarse en prosa como en verso, siempre que el autor supiese ataviar sus invenciones con aquellas galas que el buen gusto y la esquisita crítica han aconsejado. El parecer de Cervántes es tanto más aceptable y fundado, cuanto que algunos lustros despues lo puso en práctica uno de los primeros literatos clásicos de Francia, el obispo Fenelon con su *Telémaco;* y en verdad que la censura más rígida no halla obstáculo en incluir á tal obra en el número de las concepciones épicas.

Cierto que en *El Quijote* no se verán rigorosamente guardadas todas las reglas; que hay muchas escenas, muchos episodios, muchos pasajes é incidentes que no se cree que se avengan con la importancia y gravedad que en los poemas se requieren; pero tambien hay que tener en cuenta que *El Quijote* no es semejable á ninguna obra humana; que escribiendo Cervántes su poema, escribia mucho más que el poema escrupulosamente calcado en los ordinarios y sabidos preceptos, mucho más que el poema posible y aceptable en una literatura, ó en una época determinada; que el feliz producto de su inspiracion habia de separarse, como se separa, segun se lo dictó su peregrino y soberano ingenio, de la corriente usual, de las prescripciones admitidas y sancionadas hasta entónces y despues; porque su obra tenia más alto fin que un poema cualquiera, porque su obra habia de ser el gran poema de la humanidad, la gran epopeya, donde se ven retratados, no esta ni aquella sociedad, sino todas las sociedades y todos los pueblos. (1)

(1) Uno de los primeros biógrafos de Cervántes, el señor Don Vicente de los Rios, tal vez el que ha contado más consejas y anécdotas al ocuparse del gran autor, habló de cierta obrilla escrita por Cerván-

CAPÍTULO XXII.

Aunque sea alterando el órden cronológico de nuestra narracion, creemos oportuno continuar en este capítulo relatando todo lo referente á *El Quijote*, pues así se fija más desembarazadamente la atencion en este importante particular, sin distraerla con el cuento de los sucesos acaecidos á Cervántes desde la pu-

tes á los pocos meses de publicada su Primera parte de *El Quijote*, en que tenia por objeto despertar la atencion sobre su libro. y declarar por medios ingeniosos la tendencia que entrañaba y personas á quienes se hacia referencia en los tipos de la novela. Rios creyó, á lo que parece, esto, que le comunicó un amigo, el cual sostenia que habia visto en la librería del conde de Saceda una copia de la obrilla de Cervántes, que habia quedado inédita, á pesar del gran interés que se le atribuia; y el mencionado biógrafo, al admitir, ó al ocuparse de tal asercion, abrió el campo á los ingenios sutiles para ejercitar sus travesuras en la cuestion: credulidad excesivamente candorosa la de Rios, y no ménos reprensible que aquella otra de haber dado asentimiento á la carta que se supone dirigida por Cervántes, *desde la prision de Argamasilla*, á su tio Don Juan Bernabé de Saavedra, y la cual empezaba: «luengos dias y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna.»

Por eso, para la verdadera crítica, la existencia de *El Buscapié* ha sido, desde casi los primeros momentos de haber escrito Rios, materia de evidente falsedad, ó convencional anécdota, que nada explica ni á nada conduce, pues ni *El Quijote* necesitaba de libritos que excitasen la atencion pública sobre trabajo que desde su misma aparicion tan favorable acogida obtuvo, ni podria haber por objeto aclarar el significado de las personas á que en los caractéres de la obra se aludiese, pues ésta envolvia un fin social mucho mas grandioso que el de las míseras cuestiones personales, como en el capítulo XX dejamos visto, y no existian semejantes alusiones ni bagatelas.

Conociéndolo así indudablemente un literato tan erudito y docto como Don Adolfo de Castro, quiso, sin embargo, aparentar lo contrario de lo que pensaba, y demostrar las fáciles galas de su inventiva, escribiendo un *Buscapié*, dándolo como hallazgo precioso y como producto de la pluma de Cervántes. El señor Castro maneja de un modo gallardísimo el habla castellana, ha leido y estudiado profundamente los

blicacion de la Primera parte de su obra hasta que estampó la Segunda; sucesos que, sin esfuerzo y sin perjuicio ninguno de la claridad, bien pueden ser referidos más adelante.

Con el favorabilísimo acogimiento que hemos visto, circulaba

---

clásicos españoles, y su elocucion siempre tiene un sabor de viril elegancia que recrea al ánimo. Por eso su obrita *El Buscapié* se acerca tanto al estilo facil, galano, amenísimo, del príncipe de nuestros ingenios, por más que haya que declarar que es completamente apócrifa, que no añadiria ningun nuevo mérito á los que contraidos tiene Cervántes en la literatura nacional, suponiendo que fuese efectivamente escrito suyo, y que más que una explicacion del sentido oculto de *El Quijote* ni incentivo para despertar la curiosidad sobre ese libro, no es más que un precioso juguete, de entretenimiento y sin objeto determinado. Al estampar su opúsculo el señor Castro dijo, que en él, además de su mucha y excelente doctrina, van declaradas todas aquellas cosas escondidas en el Ingenioso Hidalgo: aseveracion, á la verdad gratuita y ociosa, pues si bien se encuentra en él mucha erudicion y muy buen lenguaje y estilo, no así esas aclaraciones de las cosas escondidas en *El Quijote;* y tanto es esto, que al concluir de leer *El Buscapié*, quedamos con la misma ansiedad é incertidumbre que cuando comenzamos á repasarlo; que si algo claro hay se reduce á la repeticion de que *El Quijote* no es más que una sátira contra los libros andantescos.

Suficientemente controvertido está el asunto del *Buscapié* imaginario de Rios y del apócrifo de Castro, y la crítica no tiene ya que tomarse el trabajo de reforzar las razones presentadas, y que han dado en tierra con el uno y con el otro: mas no creemos supérfluo indicar dos nuevas pruebas que se nos ocurren para más y más esclarecer la falsa y acomodaticia filiacion de ese librito que se atribuye á Cervántes. Y es una de ellas, el silencio completísimo que guarda este mismo autor sobre aquella obrecilla que se supone escribió con tan ingenioso propósito y tan honda mira. De todas sus producciones habla, hasta de sus sonetos y romances, y ¡no habia de haber hablado de folleto á que tanta intencion se atribuye! Y no se diga que en las obras descarriadas, que corrian sin nombre del autor, estaria incluido *El Buscapié*. Si *El Buscapié* lo hubiese escrito Cervántes, ¿seria tan baladí que no mereciera mencion especial? ¿No se sabia que él era el autor? Y la segunda prueba, y más concluyente todavía. es la de que su enemigo Avellaneda, el que continuó la Segunda parte de su *Quijote,* todo se lo echa en cara, hasta su manquedad, y hasta su pobreza y sus años; y sin embargo, no mentó para nada *El Buscapié.* Si efectivamente esa composicion hubiese tenido Cervántes necesidad de escribirla, ¿cómo lo hubiese olvidado su perseguidor? ¿Cómo no hubiera tachado á Cervántes de vanidoso y de presuntuoso por extremo, queriendo aclarar lo mismo que habia entregado, con apariencias de claridad, ante el juicio de los doctos y del vulgo? ¿Puede insistirse, despues de esto, en que Cervántes escribió ningun *Buscapié,* ni que tuvo precision de hacerlo para que su obra fuese entendida y apreciada?

por el mundo desde sus primeros momentos la historia del *Ingenioso Manchego:* la fama de Cervántes se acrecentaba á medida que transcurrian los años, pues en cada uno de ellos nuevas ediciones se hacian, ó nuevas versiones se llevaban á efecto, así en las principales ciudades de España como en las capitales más ilustres de Europa. Pero aquella misma asombrosa aceptacion que la obra de nuestro primer hablista habia conseguido, desgarraba desapiadadamente las entrañas de sus émulos, de sus envidiosos, de sus detractores, de sus perseguidores menguados; y despechados y vomitando odio, aguzaban el ingenio y maquinaban asechanzas contra el que en todo y siempre fué el tipo de la generosidad y de la mansedumbre.

Nueve años eran ya pasados de la estampacion de la Primera parte de *El Quijote*, y Cervántes aún no habia publicado la Segunda en 1614, siendo así que lo habia verificado con otras obras suyas en aquel intervalo, de que luego hablaremos. No es que Cervántes habia descuidado la continuacion de su obra, ni desistido de su primer propósito de proseguirla, sino que el deseo mismo de proceder con detenimiento en asunto que tanto importaba á su nombre y á su gloria de escritor, indudablemente le habia persuadido y ordenado aquella prolongada tardanza. Prevalióse de esto la maldad de sus enemigos, y en el mismo año de 1614, y cuando ya Cervántes tenia escrita toda la Segunda parte de su libro, apareció una nueva novela de las aventuras del héroe manchego, en Tarragona, continuando las ideadas por Cervántes, encubriéndose el inventor con el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda. (1)

Un autor, que merece muy poco crédito en lo que dice, pues desbarra á la continua, ha indicado que los enemigos de Cervántes se apoderaron de los manuscritos de la Segunda parte de *El Quijote*, y con ellos siguieron la historia que el heróico manco comenzó; pero tal aseveracion tiene mucho de desatinada y nada de verosímil ni probable, pues si tal cosa hubiese sucedido, no seria Cervántes quien lo hubiera ocultado en sus obras; que ántes bien habrian quedado severamente reprendidos en ellas los ruines

(1) La portada de este libro dice: «Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que contiene su tercera salida, y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. Con licencia. En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, año de 1614.»

literarios depredadores. No hay que recurrir, en verdad, á tales cuentos para explicarnos la aparicion de esa Segunda parte apócrifa de *El Quijote:* datos hay y pruebas bastantes para proceder con certeza sobre el asunto. Que los contrarios de Cervántes eran muchos nos consta, y con toda evidencia lo sabemos: particularmente los que se habia creado por su natural y por sus talentos, eran infinitos: pues bien, ¿quién duda que teniendo conocimiento los más enconados, los más rivales, los más despreciadores de él, de que en 1615 pensaba dar á la estampa la Segunda parte de su obra famosa, quisiese alguno debilitar la importancia que esto habria de tener, escribiendo otra que se semejara á la suya, quitándole así el mérito de la disposicion y gracia que para las concepciones inventivas se le atribuia, y llevando además el malévolo continuador el pérfido anhelo de causar grandes penas y disgustos á Cervántes, acibarando así su ancianidad, con amenaza de perjudicarle en sus intereses, disminuyendo ó cercenando la venta del libro que iba á publicarse?

Que *El Quijote* de Avellaneda no se inspiró más que en un vil resentimiento personal y en mezquinas venganzas, se comprende no bien se lee el prólogo que le precede. En él sostiene el fingido autor que el proemio puesto por Cervántes á la Primera parte, es cacareado y agresor de sus lectores; le afea su manquedad, le ultraja por su edad avanzada, y le tacha de cobarde; y como si tales bajezas no fuesen suficientes, añade que le ha de quitar la ganancia con aquella Segunda parte falsa; que no ha de ofender á nadie, como Cervántes pretendió con él y con Lope de Vega; que no hará ostentacion de sinónimos voluntarios; que Cervántes era descontentadizo, falto de amigos, que todo y todos le enfadaban: llámale además envidioso, detractor del prójimo, pesaroso de las buenas dichas y gozoso de los pesares de sus adversarios, aconsejándole de camino que no cansara más, que dejase de escribir, que se contentara con su *Galatea* y comedias en prosa, que así debian llamarse las más de sus novelas; y diciendo, por conclusion, en estilo sarcástico, que Cervántes escribió su obra en una cárcel y por eso salió la historia tan quejosa, murmuradora, impaciente y colérica. ¡Qué pensamientos tan ruines revelan tales improperios! Y ¡qué bajeza de alma y qué odio tan reconcentrado y miserable evidencian aquellas palabras, tambien del prólogo, donde dice el encubierto Zóilo á Cervántes, rebajándolo en el concepto público de un modo incalificable,

que no hallaria título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca!

¿Quién fué aquel osado que quiso continuar la historia del *Ingenioso Manchego?* ¿Qué se sabe de cierto sobre el asunto? Resueltamente puede contestarse de un modo negativo. Mucho se ha hablado y escrito para aclarar este punto de curiosidad; pero las opiniones son tan discordes y los sofismas presentados tan sutiles en demasía, que más producen divagaciones y sombras que resultados luminosos y de provecho. Contribuye muy mucho á que este particular se encuentre aún envuelto en tan densas dudas y oscuridades, el silencio que guardó Cervántes sobre el nombre del imitador tordesillesco, ó ya fuese intencionadamente, ó por ignorar quién de sus enemigos fuera el productor de tal engendro. Nos inclinamos á que seria esto último, pues así se desprende de aquella misma vaguedad con que siempre habla de Avellaneda. En el prólogo que escribió para su Segunda parte de *El Quijote*, despues de hablar, con una compasion sublime y digna de su grande alma, de las diatribas é injurias que contra él lanzó el autor de Tordesillas, añade, dirigiéndose al lector: —«*Si por ventura llegares á conocerle*, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama.» En los últimos capítulos de su obra se ocupa del ficticio historiador con la misma incertidumbre. Y en el postrero, hallamos palabras tan terminantes, en comprobacion de nuestros asertos, como las que transcribimos: «Suplico á mis albaceas (dice Don Quijote al hacer testamento) que, *si la buena suerte les trajere á conocer al autor que dicen que compuso* una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.» Y áun al terminar su *Quijote*, y colgar de la espetera su pluma, le advierte á ésta Cervántes que, para ahuyentar á los osados malandrines que se acercasen á descolgarla con espíritu de profanacion, les dijera: «Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir: solos los dos somos para en uno,

á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio: *á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle*, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote.»

Lo único, pues, que confesaba Cervántes de su perseguidor es que era autor fingido; siendo aventurado cuanto en contrario se diga. Cervántes daba muy poca importancia á todas las cuestiones personales, y no querria saber nunca quién se habia encubierto bajo un nombre supuesto para mancharle con la baba de sus envidias inmundas. Le perdonó como á enemigo, y le despreció como á su ultrajante misterioso. Por eso no le llamó por su nombre, ni habló más que de pasada de su aborto. Un biógrafo dice que si Cervántes hubiera querido, le hubiera descubierto ante la sociedad; pero que le aconsejaron lo opuesto, ó el temor, por ser el autor del falso *Quijote* personaje de importancia grande, ó acaso el no considerarle siquiera digno de que se le mentase por su nula significacion ó rastreros procederes. En el caso de que se pudiera justificar que Cervántes supo quién se encubrió bajo el pseudónimo de Alonso Fernandez de Avellaneda, lo último pareceria lo más verosímil; lo primero siempre es gratuito: á Cervántes no le amilanaban ni le alentaban jamás, para desenmascarar á los perversos, las altas ó bajas posiciones que ocupaban: todos los actos de su vida así lo persuaden y predican elocuentemente. Es, por tanto, lo más explicable en este particular lo que nosotros indicamos.

Don Gregorio Mayans y Siscar, primer biógrafo de Cervántes, fijándose en 1737 en algunas palabras del prólogo de la Segunda parte del verdadero *Quijote*, sospechó que el autor del ficticio debió ser un personaje de consideracion, pues llamábale Cervántes «señor autor,» y que no parecia sino que habia cometido un delito de lesa majestad, y por eso no se mostraba al campo abierto y con su propio nombre; pero el señor Mayans sutilizó demasiado, pues las palabras de Cervántes deben tomarse en el sentido sarcástico y festivo que él las empleó, y no torturar la mente para darles otros más latos y ocasionados á equivocaciones. Llamóle «señor autor» por las ínfulas con que hablaba en el prólogo, por lo que blasonaba de perjudicarle, por lo soberbio,

por lo infatuado: decíale que si habia cometido algun delito de lesa majestad, porque no teniendo por objeto, segun aseguraba, más que el destruir la máquina de los caballerescos libros, ¿qué temia para no presentarse ante las gentes con su nombre y apellido verdaderos?

Al poco tiempo despues de Mayans, un padre Murillo, cuyas obras son modelo de despropósitos y falta de buena crítica, dijo que Avellaneda era eclesiástico, sin mentar nada del pseudónimo. Pellicer afirmó tambien que habia sido eclesiástico, y segun conjeturas habria pertenecido á la Órden Tercera. Navarrete avanzó más: creyó que *El Quijote* habia sido escrito bajo la tutela del padre Aliaga, confesor de Felipe III; y muchos años más tarde, estas sospechas de aquel docto académico, tomando cuerpo en la imaginacion de los señores Cavaleri y Castro, dieron por resultado la casi comprobacion de que efectivamente el espureo autor de *El Quijote*, era el padre Fray Luis de Aliaga. Esta opinion tomó visos de gran certeza con los trabajos de Rossell, Fernandez-Guerra, Barrera y otros literatos contemporáneos ilustres, siendo hasta no hace mucho la más general y corriente.

Mas desde que en 1872 publicó sus *Estudios críticos sobre Cervántes y El Quijote* el ilustrado literato Don Francisco Maria Tubino, la creencia de que Aliaga se encubrió bajo el nombre supuesto de Avellaneda para injuriar al autor de *El Quijote*, quedó evidentemente desvanecida por absurda é insostenible. El señor Tubino ha tratado la cuestion de un modo concluyentísimo y que no deja lugar á la más mínima duda. Expone perfectamente dicho crítico que, áun suponiendo que en Sancho Panza hubiese Cervántes aludido al padre Aliaga, que por tal apodo fué conocido en la córte, asuntos de mucha transcendencia ocupaban su atencion, para que fuese á dedicarla á escribir un libro, prosiguiendo el de Cervántes, preocupándole sobremanera aquella alusion y tomando venganza tan señalada. No sólo juzgamos lo mismo, sino que para dar asentimiento á los sostenedores de que se ofendió Aliaga por creerse ridiculizado en Sancho Panza, es preciso tener otra prueba, que hasta ahora no se ha presentado: la de si el motejar á Aliaga con el nombre de Sancho Panza, se efectuaba desde ántes de haberse impreso *El Quijote*, ó desde que esta obra se estampó; pues siendo esto último, como parece lo más probable, Aliaga no podia decir en el prólogo que

Cervántes habia tenido por medio el ofenderle, constando que no abrigó tal intencion nuestro Miguel, ni á él tocaba la menor culpa ni responsabilidad porque algunas personas, acordándose de uno de los tipos de su novela, hubiesen hecho aplicacion de su nombre, para mortificacion de su amor propio y por fisga, al confesor de Felipe III.

El señor Tubino patentiza asimismo de un modo acabadísimo que Aliaga no tuvo amistad íntima con Lope de Vega; que por el contrario, en cartas de este ingenio, se habla de Aliaga en términos que demuestran antipatía y desden, y por tanto, si Aliaga su enemigo recíproco, hubiese sido el autor de *El Quijote* llamado de Avellaneda, no le hubiera enaltecido sobre todos los dramáticos de España; que es inexacto que fuese el autor de *La venganza de la lengua castellana*, libro que se dice compuso contra Quevedo, y en cuyo lenguaje y estilo quiere hallarse entera semejanza con *El Quijote* espureo; que ningun bibliógrafo del siglo XVII y siguientes menciona á Aliaga como escritor público, no siendo explicable que hombre que no habia ejercitado su ingenio en obras de inventiva ni en otro género de producciones, manejase el idioma con la facilidad de que da señales bastantes el fingido licenciado de Tordesillas; y en fin, que no era posible, que si hubiese sido Aliaga el que ideó y compuso el bastardo *Quijote*, sus innumerables enemigos, que de todo se aprovecharon, para sacarle á la vergüenza y al ridículo de las gentes, hubieran dejado pasar tan buena ocasion como era la de tildarle su bajeza de sentimientos para con Cervántes, su presuncion, su vanidad, y su temor ó miedo de aparecer con su verdadero nombre.

El señor Tubino, al terminar su excelente estudio sobre este punto tan controvertido y controvertible, asienta que no puede decir, porque haya negado lo anteriormente esparcido, quién se ocultó tras el nombre de Avellaneda; pero se da por satisfecho con haber desvanecido completísimamente la idea, tan propagada, de que lo habia sido el padre Fray Luis de Aliaga.

Admiramos y aceptamos en todas sus partes las luminosas investigaciones del señor Tubino, pues ellas han dado en tierra con una opinion sin sólidos argumentos presentada y con ménos sólidas razones seguida; y para corroborar más lo explanado por el literato ilustre á quien nos referimos, vamos á mencionar una observacion que se nos ocurre. Fray Luis de Aliaga no escribió

ninguna obra dramática, y por tanto su enemistad con Cervántes no se podia fundar en el anatema que lanza éste en la Primera parte de su *Quijote* contra los autores disparatados de comedias: con que si en algo aludió Cervántes á Aliaga, seria en haberle apellidado Sancho Panza, siempre en la suposicion de que este mote se le hubiera ya aplicado á aquel sacerdote ántes de que Cervántes compusiese su inmortal obra. Y aceptando momentáneamente que esto sea, ¿quién salia peor malparado en el libro, Lope de Vega, á quien encubiertamente se le critican sus comedias, elogiando y aplaudiendo, sin embargo, su fertilidad inventiva, ingenio y talento, ó el Padre Aliaga, que manifiestamente queda en ridículo, y figurado en un personaje rústico, positivista, rematadamente vulgar? Evidentemente este último. Pues bien; el mismo Avellaneda, el verdadero Aliaga segun algunos, dice en el prólogo de su *Quijote*, que Cervántes tuvo por medios en su obra *el ofenderle á él, y particularmente* á Lope de Vega; de modo que basta esta sola prueba para demostrar que no fué Aliaga el que imaginó y compuso el falso *Quijote*, pues nos asegura bajo su misma palabra que no fué él á quien más ofendió Cervántes en su sátira; lo que sucederia si éste le hubiera ridiculizado motejándole de Sancho Panza. Hay más: si Aliaga hubiese escrito *El Quijote* de Tarragona, si estuviera resentido y sediento de venganza contra Cervántes, porque le habia sacado al ludibrio de las gentes, haciéndole aparecer como hombre de pocos alcances y de ingenio romo, ¿era posible, ni puede concebirse siquiera, que el mismo Aliaga corroborase más y más lo insinuado por Cervántes, presentándonos aún más estúpido, soez y falto de sentido comun á su Sancho Panza, al escudero de *El Quijote* adulterado? ¿Era posible, ni puede concebirse siquiera, que él mismo procurase quedar por su misma pluma más en ridículo que por la extraña y enemiga? ¿No se ve que esto es absolutamente inexplicable?

Otra opinion, que desde el año 20 fué indicada por el señor Cean Bermudez, ha tenido muy decididos partidarios en estos últimos tiempos. Nos referimos á la creencia de que el autor del falso *Quijote* fuera Fray Juan Blanco de Paz, aquel indigno sacerdote que tanto persiguió á Cervántes en el cautiverio y con tan inexorable venganza le amenazó. La sospecha de Cean Bermudez, desapercibida habia pasado ó poca curiosidad despertaba; pero uno de los más insignes admiradores que ha tenido, tiene

y tendrá el Príncipe de nuestros ingenios, Don Nicolás Diaz de Benjumea, analizando los actos y la vida de Cervántes, y fijándose en la enemiga que le profesaba Blanco de Paz, y simbolismo, sentido oculto y alcance de algunos capítulos, pasajes y alusiones de *El Quijote*, creyó hallar la clave del enigma del pseudónimo, é inclinó el ánimo de muchísimos literatos y críticos á aceptar su parecer de que Cervántes habia sido denigrado por su antiguo enemigo Blanco de Paz, encubierto bajo el antifaz del licenciado Avellaneda. Las razones presentadas por el señor Benjumea fueron rechazadas por algunos, por no constar que Blanco de Paz hubiese sido escritor y por no saberse si tal individuo vivia aún en 1614; objeciones, en verdad, atendibles, aunque de escasa fuerza la primera, pues si se supiese con evidencia que Blanco de Paz existia en 1614, poco importaba que no estuviese justificado que habia escrito para el público; que bien podia haber sido el inspirador de tal obra, encomendada tal vez, para satisfacer ruines personales miserias y antagonismos, á alguno de esos escritores tan menguados en sentimientos como el perseguidor de Cervántes.

El señor Benjumea ha reformado su opinion últimamente en su *Mensaje de Merlin*. Un juicio extenso y curioso sobre la cuestion de quien escribió *El Quijote* de Tarragona, le hace declarar por la parte de que no fué otro sino el autor de *La Pícara Justina*, el dominico Don Francisco Lopez de Úbeda, que se encubrió bajo el nombre supuesto de Andrés Perez. El señor Benjumea recuerda que dicho literato al publicar su *Pícara Justina*, y cuando aún no habia visto la luz *El Quijote*, lo elogió llamándole *famoso*. Que ese cariño que profesaba ántes el dominico referido, segun las apariencias, á Cervántes, se trocó luego en enemistad y parcialidad extremadas; y que se habia puesto á mal con él por los años en que *El Quijote* ilegítimo apareció, se desprende bien á las claras de lo que sobre el particular dice, aunque de un modo velado, nuestro Miguel en su *Viaje del Parnaso*. En esta obra, hablando de la *Pícara Justina*, sin mentar el nombre del que compuso tal libro, le llama *capellan lego del contrario bando*, y da la voz de alerta, pues el tal individuo se proponia estampar *otra novela*. Y estotra novela que intentaba imprimir en 1614 aquel capellan lego, aquel jefe del contrario bando, ¿no pudiera ser muy bien *El Quijote* falso, *El Quijote* inspirado por la venganza y por la envidia, *El Quijote* tarraconense? Benjumea

así lo sospecha y cree, no desistiendo por eso en absoluto de que Blanco de Paz, conjurado con aquel escritor enemigo de Cervántes, fuese parte poderosa para la creacion é inspiracion de semejante libro.

El señor Don Adolfo de Castro ha venido á aumentar, hace dos años, el número de los estudios problemáticos sobre *El Quijote* falsificado, y en verdad, que su postrero parecer en esta materia está de todo en todo en contradiccion con el que primero sostuvo, siguiendo indicaciones de críticos anteriores, de que su autor lo habia sido Fray Luis de Aliaga, y con el que despues entregó á la consideracion de los eruditos, de que pudiera haberlo sido Fray Alonso Fernandez, escritor religioso, domínico, y muy ferviente devoto del Rosario. Ahora destruye y da por nulas el mismo señor Castro, sus pasadas investigaciones, y defiende, con la misma confianza y con el mismo entusiasmo que ántes defendió lo que actualmente no acepta y rechaza, que el único, que el verdadero, que el indisputable autor de *El Quijote* de Tarragona fué el notable poeta dramático Don Juan Ruiz de Alarcon. Algo extenso es el opúsculo que á esto dedica el señor Castro; pero ¿aclara algo, ó mejor dicho, indica algo siquiera que pueda ser aceptado como verosímil ni probable? De seguro que nó. Hemos leido dos ó tres veces las páginas del señor Castro, y hemos quedado sumidos en la misma incertidumbre, en idénticas dudas que ántes; porque no presenta ni una razon ni un argumento que persuada. ¿En qué se funda el señor Castro para asegurar que Alarcon fué quien escribió *El Quijote* de Avellaneda? En que Cervántes habla en su *Persiles* de un zapatero de viejo, corcovado, natural de Tordesillas: en que fué el autor de la comedia *El semejante á sí mismo*, donde se ataca á los envidiosos de Lope de Vega, mostrando indignacion grande: en que se vislumbran ciertas alusiones, en las censuras que hace Cervántes de las disparatadas comedias, á algunas de Alarcon: en que Cervántes no mencionó á Alarcon entre los dramáticos en sus *Comedias y Entremeses*, ni en el número de los poetas, buenos ni malos ni medianos en su *Viaje del Parnaso:* en que Alarcon emplea, en fin, en sus composiciones muchas palabras que usó tambien Avellaneda en su *Quijote.*

Son sutilezas inaceptables que Cervántes aludió á Alarcon en el zapatero de viejo, corcovado, citado en *El Persiles*, pues Cervántes desdeñaba las míseras cuestiones personales y no le preo-

cupaban, sino que las olvidaba por completo; y que fué un solo escritor el de *El Quijote* agresivo y el de la comedia *El semejante á sí mismo*, pues consta que Alarcon fué uno de los envidiosos y detractores de Lope de Vega, y ántes le regocijaba que le dolia lo que pudieran decir en contra de éste. Con certeza se sabe además que Cervántes no hizo referencia á Alarcon en la crítica de las malas producciones dramáticas, pues este autor no era conocido todavía en 1605, y no pudo darse por ofendido.

Los dos últimos argumentos empleados por el distinguido crítico, son no ménos deleznables. ¡Que Cervántes no citó á Alarcon entre los dramáticos en el prólogo de sus *Comedias y Entremeses*, y que la misma omision hizo al publicar su *Viaje del Parnaso!* Y ¿por eso hemos de sospechar que entrambos literatos eran enemigos? Y ¿por eso, sobre todo, se ha de creer que Cervántes lo verificase para despreciar á Alarcon? No debe creerse así: lo que es evidente, que este último no figuraba aún en 1613 ni 1614 en el número de los poetas insignes ni los dramáticos distinguidos; y el silencio de Cervántes era tanto más lógico, cuanto que bien poco habria tenido que encomiar por entónces, aunque tan generoso intento le hubiese animado. El mismo señor Castro, recordando palabras del último biógrafo de Alarcon, Don Luis Fernandez-Guerra y Orbe, cree que hasta 1614 no empezó á dar sus obras á los teatros de Madrid aquel peregrino ingenio, y asienta á la opinion de que jamás floreció como poeta lírico: de suerte que él mismo presenta el argumento contraproducente y que invalida sus sutilezas, pues si por ninguna produccion notable se habia dado á conocer Alarcon ántes de 1613 ó 1614, mal podia Cervántes incluirlo entre los vates merecedores de tal honra en *El Viaje del Parnaso* ni en sus *Comedias y Entremeses.* Y no se recuerde que es citado ya en 1606 como poeta en la carta á Don Diego de Astudillo, descubierta hace algunos años en la Biblioteca Colombina por el sabio escritor Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, pues esa carta no consta que sea de Cervántes; y que hubiera compuesto Alarcon algunas breves poesías desde 1606, y áun ántes, no seria prueba para demostrar que Cervántes le habia tratado, ni leido sus ensayos, ni oido acaso mentar su nombre, ni mucho ménos sido su enemigo.

Y ¿qué decir de la argumentacion de que Alarcon empleó en sus comedias muchas palabras que tambien usó Avellaneda en

su *Quijote*, deduciendo de esto que Avellaneda no fué otro que el autor de *El Tejedor de Segovia?*

Las palabras que emplean Avellaneda y Alarcon en sus concepciones, no son de su exclusivo dominio: como ellos las usaban, las usaron sus contemporáneos, y las siguen usando todos los que escriben en castellano. No son las palabras, privilegio de éstos ó aquellos autores; son del privilegio de todos: forman parte del caudal riquísimo del idioma. Nada, pues, más ocasionado á error que pretender atribuir ciertas obras á determinados autores, por suspicacias exageradas, por alambicados análisis de palabras.

Por el estilo suele rastrearse con más probabilidades de acierto que por el falible dato de la repeticion de palabras el verdadero nombre de los que se encubrieron con el anónimo, ó publicaron sus trabajos sin mentar su apellido; pero ni áun esa circunstancia favorece al señor Castro para atribuir *El Quijote* de Avellaneda á Antonio Ruiz de Alarcon. La causa es muy obvia. Aquel dramático no estampó ninguna obra en prosa, y por lo mismo no hay produccion por la que pueda patentizarse que usaba los mismos giros, la misma traza, los mismos adornos que empleó Avellaneda en su libro; no puede resolverse, en fin, que habia identidad en las condiciones de su estilo, de su peculiar modo de expresarse, de engalanar sus pensamientos con la dulzura de la elocucion, ó de hacerla desmayada y lánguida con sus asperezas y falta de gusto. De suerte que el señor Castro, obligado á hacer notar el parecido entre algunos vocablos de los prólogos de Alarcon y algunos otros de sus comedias con los usados por Avellaneda, no lleva á ningun ánimo desapasionado el convencimiento, divagando siempre por los campos de la inadmisible sutileza. Y así resulta que, por lo que pretende el señor Castro que aparezcan más evidentes sus argumentos, es por lo que son efectivamente más frágiles y desautorizados, destruyendo la misma opinion que trata de sostener y de persuadir.

No seremos nosotros, despues de demostrar los débiles cimientos sobre que han fundado sus deducciones y sus sospechas los cervantistas anteriores, los que pretendamos descifrar ahora el enigma de ese apellido de Avellaneda: no; creemos, y francamente lo confesamos, que pruebas indubitables y decisivas, no pueden ofrecerse en esta cuestion, porque nos faltan los datos esencialísimos para resolverla, cuales son que Cervántes, ú

otro contemporáneo de aquel escritor, hubiesen indicado claramente su verdadero nombre. Mas si bien lo juzgamos así, los estudios hechos por nosotros sobre este particular han sido tan detenidos y concienzudos, que no nos parece atrevido ni aventurado el emitir nuestro dictámen, humilde, modesto, sin pretensiones de que acertemos, meramente como una aseveracion que entendemos se apoya en juicios y pruebas más verosímiles que los hasta aquí manifestados.

Nosotros tenemos por cierto que el autor del falso *Quijote* fué Frey Lope Felix de Vega Carpio. Sabida es la enemiga que por envidia, más bien que por otros motivos, profesaba aquel poeta á Cervántes. Cuando se recuerda además que tan mal habló de *El Quijote* ántes de que se publicara, y con tanta indiferencia y desprecio trataba al ingenio de Alcalá, no es inaceptable, sino muy posible, que aquel odio rastrero adquiriese mayor intensidad á medida que la fama del libro por él desdeñado crecia pasmosamente, desmintiendo sus apasionados enconos y su mal encubierta displicencia. Y ¿qué mucho que todo esto junto y cada cosa de por sí le aconsejasen á proseguir la obra de Cervántes, ridiculizarle y calumniarle en el prólogo, y procurar de esta suerte mermar ó anular la importancia que hubiese de tener la Segunda parte de *El Quijote*, que escribia por 1614 su primitivo autor? El natural de Lope de Vega era falso, egoista, vengativo, altanero, despreciador, orgulloso por extremo: infatuado con su fortuna en la escena, con sus muchas y muy encumbradas relaciones, con su crédito extraordinario, con su fecundo númen, con sus numerosos lisonjeros amigos y discípulos, reputábase el único, el solo, el inimitable, el sublime: no habia talento contemporáneo que pudiera semejársele: ninguna obra debia tener mayor aceptacion que las suyas: ni áun la más leve censura debia oponérseles, porque eso era para él y para sus discípulos atrevimiento, descaro, profanacion. La crítica que hace Cervántes en el proemio de su Primera parte de *El Quijote*, de los autores que por demostrar erudicion se convertian en pedantes, en lo cual nadie quedaba mejor retratado que el autor de *La Jerusalen conquistada*, y la discreta y comedida advertencia que hizo sobre las comedias de aquel monstruo de naturaleza, dolieron indudablemente mucho al vanidoso Lope de Vega, y acrecentaron su animadversion y su deseo de venganza contra Cervántes.

En el mismo prólogo de *El Quijote* tordesillesco encontramos palabras que confirman nuestras presunciones. En él se dice que Cervántes se propuso ofender en su obra á quien escribió aquel libro, pero más particularmente, de un modo señalado, con preferencia á todo, á Lope de Vega. Oigámosle: «En los medios diferenciamos, pues Cervántes tomó por tales *el ofender á mí, y particularmente* á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.» La confesion es preciosísima, como se ve, y bien merece que fijemos en ella la atencion, pues cierra el camino para nuevas aventuradas interpretaciones, guiándonos por el único sendero recto que puede conducirnos á la aclaracion de la verdad. Consta que Lope de Vega y sus parciales creian que á él se ofendia principalísimamente en *El Quijote*, que contra él iba enderezada toda la sátira, toda la fina y sensata censura de Cervántes. Lope de Vega era, pues, quien se daria por más resentido, y quien más encarnizadamente trataria de vengarse de Cervántes: y así como en 1604 quiso quitar todo crédito á *El Quijote*, áun ántes de publicada la Primera parte, en 1614, en todo el lleno del despecho, recurrió al medio de imposibilitar el buen éxito de la Segunda parte de *El Quijote* de Cervántes, publicando una apócrifa y contrahecha.

Y ¿cómo es, se dirá, que Lope de Vega dejó transcurrir nueve años desde que *El Quijote* de Cervántes apareció para acordarse de que le habia ofendido, y escribir un prólogo agresivo contra él, y una parodia de su inmortal obra? La razon es muy llana. Lope de Vega creyó que Cervántes no iba á continuar su *Quijote*, y se contentó con disfamarle, con tratarle de pésimo escritor, en sus cartas particulares y en el círculo de los literatos y amigos, ó bien dictando ó inspirando esos groseros sonetos, estampados por algunos biógrafos, en que se ultraja villanamente á Cervántes, y que serian compuestos desde 1605 á 1613. Mas por este último año hubo de saber que Cervántes tenia entre manos su Segunda parte de *El Quijote*, y la envidia que le profesaba se acrecentó, y el odio llegó á su mayor apogeo, temiendo que ella fuera, como lo fué á pesar de todo, el coronamiento de la gloria literaria de Cervántes; y el producto de

aquella perversa persecucion ¿pudo ser otro que ese *Quijote* que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona?

Y no puede tampoco aducirse que algun otro autor dramático, ofendido por la severidad de Cervántes, seria quizá el de *El Quijote* adulterado, pues ninguno se daria en particular por aludido, porque todos se juzgarian los mejores y más clásicos, y por tanto no se creerian de los mencionados por Cervántes. Este habló en general de los escritores dramáticos; sólo hizo una excepcion, sólo indicó con frases vivas y elocuentes al jefe de todos los que propagaban el mal gusto y arbitrariamente componian para el Teatro, desbarrando en vez de enseñar: á Lope de Vega. Sólo, pues, pudo darse uno por resentido, y fué este poeta: nuevo y muy eficaz argumento para favorecer nuestra opinion sobre el productor del segundo *Quijote.*

Ni áun el argumento que se pudiera ofrecer de que Lope de Vega era contrario á censurar los libros de caballerías, que varias veces encareció muy determinadamente, haria efecto tampoco contra nuestro parecer; pues se sabe que ese mismo Lope de Vega, varió de opinion, y formó parte al fin de los que anatematizaban las obras caballerescas: demás de que, en hombre de tan varia é inconstante amistad y de tanta doblez, muy sin esfuerzo alguno es explicable que se expresara de una manera ó de otra, cosa para él de poca monta, con tal de injuriar á Cervántes.

Pero el dato más decisivo para comprender que Avellaneda no fué otro sino Lope de Vega, lo hallamos evidentísimo y elocuente en el estilo de las obras de entrambos. Ni con Aliaga, ni con Alarcon, ni con Blanco de Paz, ni con el autor de la *Pícara Justina* pueden hacerse esos estudios comparativos: los unos nada escribieron; los otros, poco en prosa; de suerte que nos faltan sus producciones para examinarlas ante la de Avellaneda. Pero con Lope de Vega, tal trabajo es fácil; pues, prosista y poeta, dejó estampados muchos libros en prosa, donde vertió su peculiar estilo. El de este autor es siempre dejado, incorrecto, desaliñado y pobre, y cuando quiere remontar el vuelo, afea más y más sus períodos con frases cultas, con rebuscadas palabras ó con aditamentos inútiles y perjudiciales á toda belleza. Increible pareceria esto, si no estuviesen ahí sus obras para demostrarlo. pues apénas se concibe que aquel monstruo de naturaleza, aquel hombre que con tanta superioridad manejaba el idioma, el es-

critor acostumbrado á producir miles y miles de versos sin trabajo y como por distraccion del ingenio, fuera tan poco armonioso y aceptable en sus composiciones en prosa, pareciendo todas más bien laboriosos partos de un mediano talento que inspiraciones de una soberana inteligencia.

De los mismos defectos que tienen las obras en prosa de Lope de Vega, adolece la que inventó y dió á la publicidad el licenciado Avellaneda. Hay en uno y en otro alguna facilidad en el expresarse, soltura, abundancia de frases y de conceptos; pero en la prosa de los dos se ve la misma filiacion; en entrambas se reconoce á un mismo generador, á un mismo padre, la pluma de un mismo literato.

Para ofrecer las pruebas especificadas de esto tendriamos que ocupar muchas páginas en la biografía, y por tanto diremos que, segun los detenidos estudios que hemos hecho, y que con toda extension estamparemos por separado, (1) Lope de Vega, como Avellaneda, escriben frecuentemente sin artículos; que uno y otro son cansados en las narraciones por la demasiada prolijidad, y no pocas veces por insoportable pesadez; que los dos resaltan por su afan de mostrar erudicion y pasar plaza de filósofos; que entrambos despuntan por soberbios y ultrajadores; que hay escenas en el ficticio *Quijote* en que se nota parecido perfecto con otras relatadas en obras de Lope de Vega; que la vaguedad en delinear caractéres, es idéntica en los citados autores; que en usar palabras ó demasiado afectadas, ó demasiado vulgares y bajas, se igualan asimismo; que en el empleo de ciertas frases y locuciones, casi del exclusivo uso de Lope de Vega, sólo tiene éste comparacion en Avellaneda; que en pasajes algo ó muy libres, cuento de despropósitos y reseña de inverosimilitudes, hay entera semejanza entre uno y otro; y en resolucion, que todo evidencia y fuerza á creer que al único escritor que ha de atribuirse el engendro de Tarragona, ha de ser al de la *Arcadia* y de la *Dorotea*.

Los reparos que pueden hacerse, y hará indudablemente la sutileza de algunos, á nuestra aseveracion fundada, serán únicamente dos: que en el prólogo de *El Quijote* de Avellaneda se dice que Cervántes ofende á Lope de Vega y á otra persona, y

(1) El título de nuestro trabajo es: *Lope de Vega autor de El Quijote de Tarragona.*

que varias ocasiones se habla con elogio y áun se llama insigne al mismo Lope de Vega en la obra. Mas los dos reparos se rechazan prestamente y vamos á efectuarlo para dejar cerrado el camino á los que se valen del sofisma. Cuanto á la primera objecion, puede responderse que Lope de Vega lo hizo así intencionadamente para deslumbrar á los lectores, pues diciendo que otro y él eran los ofendidos, la opinion divagaria entre achacar el libro á aquel ó á éste; estratagema muy propia, al cabo, de persona tan avisada como Lope de Vega, y que ha tenido y tendrá imitadores en todos los pueblos. Y en lo que atañe á la segunda objecion, áun es más débil, pues además de hacerlo por las mismas causas que ántes indicamos, pudo predominar el deseo de alejar más y más el rastro del verdadero autor, elogiándose él mismo; y muy bien se comprende esto, dado el carácter altanero y olímpico del más fecundo poeta de España.

La obra de Avellaneda ha sido generalmente mirada con justo desden por sus contemporáneos y por las épocas sucesivas: España, Europa, todos los pueblos cultos del mundo han relegado al olvido la produccion tarraconense. Cuatro únicas ediciones se han hecho en la misma España, y las tres últimas ántes por responder á la demanda de los eruditos y curiosos, que por deseo de las muchedumbres ó de las demás clases de la sociedad. La indiferencia y el despecho hácia esa obra, que con harta pena verian ya el infatuado Lope de Vega y sus secuaces, se acrecientan á medida que los siglos pasan, aquilatándose cada vez más la excelencia de Cervántes y quedando más patente las pobres cualidades de su enemigo y continuador.

¿Pero cómo no habia de suceder esto, si la obra de Avellaneda no puede incluirse ni áun entre las pasables medianías? Aquella inventiva de Cervántes, que todo lo realza y magnifica, ¿dónde se halla? ¿Dónde aquella facilidad en el expresarse, aquella profusion de pensamientos, aquella amenidad en la narracion, aquellos adornos tan propios y tan naturales? Críticos ha habido que, volviendo por el nombre de Avellaneda, más compasivos que justos, segun entendemos, han defendido al adocenado autor, asegurando que su obra, si bien pierde todo su mérito cuando con la de Cervántes trata de compararsela, no así cuando separadamente y sin prevencion se la juzga, pues entónces se percibe y ve que es libro de entretenimiento muy bueno y ficcion muy digna de elogio. Y áun estos ménos mal, porque al fin

reconocen la superioridad de la produccion de Cervántes; pero ¿qué diremos de los que como Montiano y Luyando, Blas Nasarre, los editores de *El Diario de los Sabios*, Lavigne, y otros escritores nacionales ó extranjeros han asegurado que la imitacion del incógnito autor de Tarragona sobrepuja en todo, y especialmente en la parte inventiva, al verdadero *Quijote* de Cervántes? ¡Qué profanacion y qué apasionados dictámenes! ¿No parecen animados esos hombres del mismo odio hácia el Manco de Lepanto que el que le profesaron Lope de Vega y la caterva de sus aduladores?...

Detenidamente hemos examinado y leido la obra de Avellaneda, y en verdad que nos hemos corroborado en nuestra antigua creencia de que es produccion bien detestable, ora se le considere por separado, ora con relacion á *El Quijote* de Cervántes. Los que reputan aquel libro de bastante valor, áun aisladamente considerado, entendemos que se verian en la imposibilidad de presentar las pruebas en que se apoyan, como deseáramos que las ofrecieran; y miéntras no lo verifiquen, seguiremos opinando como hasta aquí. Si aisladamente considerado podia conseguir buen nombre, ¿por qué no ha sido así? ¿Por qué en 1732 sólo se reimprimió en España por curiosidad y por el interés que habian despertado las líneas que Cervántes le dedicara? Obras mucho más notables, medianías mucho más adecuadas á la regularidad, se estamparon en la época á que nos referimos, invenciones de más doctrina, de mejor gusto, de más artificio, y sin embargo, yacen en el silencio de los sepulcros, porque únicamente las creaciones del genio, los destellos de la inteligencia verdadera son los que consiguen inmortales fama y permanencia en la memoria y consideracion de los pueblos. Y de los que colocan *El Quijote* de Avellaneda en alto predicamento, y desprecian el de Cervántes, y de los que han traducido aquel al francés dándole la preferencia sobre el legítimo, ¿qué añadir á lo escrito ántes? ¿Á qué censurar á esos novísimos detractores, que se inspiran en las mismas miserias de los coetáneos perseguidores del hombre virtuoso y desventurado? Usemos de la misma prudencia del ofendido: compadezcámoslos.

CAPÍTULO XXIII.

Sin decir nada de la parte literaria del libro de Avellaneda, pues seria repetir lo ya dicho sobre el demérito de todas las composiciones en prosa de Lope de Vega, vamos á juzgarlo bajo el punto de vista inventivo, y veremos cuán lejano está del modelo que se atrevió á seguir, y cuánta es la pasion de sus encomiadores.

Un conjunto de aventuras, mejor diremos de descabelladas ridiculeces, en las que siempre se echa de ménos la perspicacia del genio, forma la novela tordesillesca. Hay muchas escenas en que se copia ó se tienen presentes algunas de las referidas por Cervántes en su Primera parte. No hay verosimilitud ni verdad en las pinturas; las descripciones son desmazaladas; los sucesos están presentados á la casualidad, sin coordinacion, disparatadamente. Pero nada más deplorable que la delineacion de caractéres. Los principales que en la fábula de Cervántes aparecen, quedan miserablemente rebajados en la de Avellaneda. El Don Quijote que éste describe, no es aquel noble Manchego de Cervántes con su preocupacion caballeresca, pero con su dignidad: exagerado aparentemente, pero todo buen sentido práctico y pundonor sin ridiculez: el Don Quijote de Avellaneda es fatuo, soberbio, siempre loco rematado, cometiendo, no sólo inconveniencias, mas áun despropósitos. El uno causa admiracion; el otro, hastío. Aquel todo lo sublima; éste todo lo torna mezquino. El de Cervántes cautiva siempre la atencion de los lectores ú oyentes; el de Lope de Vega siempre les es repulsivo. Cervántes nos exhibe el tipo de un cuerdo-loco, que á las veces se aparta del comun sentir, á las veces atina con lo cierto, hasta en medio de su obcecacion andantesca; pero el tipo de Avelleneda á la continua es risible, furiosamente grotesco, desatentado. El Don Quijote de Cervántes, se considera tal cual es, un héroe; el Don

Quijote de Avellaneda, áun no se le considera tal como se debe, como un arlequin con ínfulas de caballero. Tal le vemos en las aventuras de las ventas y de los melones; lo mismo cuando lee á Don Alvaro de Tarfe la carta de Dulcinea y su chabacana respuesta, que cuando de nuevo emprende sus tareas de caballero andante; así cuando juega la sortija en la calle del Coso de Zaragoza, como cuando viaja para Madrid en busca del gigante Tajayunque; de idéntico modo cuando desafía á todos los hijodalgos de Sigüenza, que cuando se encuentra con una pobre mujer á quien toma por la misma reina Zenobia; de la propia forma cuando sirve de regodeo á los comediantes, de diversion al Titular y á sus amigos en Madrid, y de risa y chacota á los muchachos y hombres, que cuando queda encerrado en la casa del Nuncio en Toledo como loco de atar. Su demencia es tan furiosa, con efecto, que desde que se presenta en escena hasta que lo oculta el autor entre las paredes de la casa de orates, no tiene un lúcido intervalo, no da paz á la turbulencia de su imaginacion sobreexcitada, no se da jamás cuenta de quien es. En tal ocasion se figura ser Aquiles, en tal otra Garcilaso el del Ave Maria, en ésta el hijo del emperador Trebacio de Grecia, en aquella Bernardo del Carpio, aquí Fernando de Aragon, allí Cid Rui Diaz de Vivar, acullá Lain Calvo ó Nuño Rasura.

Y además de tan grosera parodia del tipo delineado por Cervántes, se nota el imperdonable defecto de pintarlo desenamorado de su Dulcinea, aquella figura tan seductora y dulcísima, aquel complemento de todas las virtudes y perfecciones. Presentar á Don Quijote olvidadizo y despreciador para con la dama que embargaba todos sus sentidos, siendo para él su luz, su felicidad, su vida, su gloria, era falsear por completo el carácter del héroe, vilipendiar al caballero y rebajar al hombre constante y que tenia por enseña de sus actos la sinceridad. Y si Avellaneda hubiera introducido tal variacion para mejorar el natural del hidalgo, para realzarlo, si esto fuera posible, con nuevos y más calificados amores, menor seria el atrevimiento del osado profanador; pero cuando se ve que pasa todo lo contrario, que aquel hombre insigne se despeña de lo alto de su locura al abismo de la más repugnante simplicidad, que se prenda de mujeres livianas y las respeta y las favorece y las pone en su consideracion ante todo y sobre todo, la indignacion se apodera del ánimo y truena contra el imitador inartificioso.

Pero más degenerado está todavía el tipo de Sancho Panza. En *El Quijote* de Cervántes, el escudero es ignorante, dice inconveniencias, es interesado con sus asomos de egoista; mas siempre aquel carácter sostiene la atencion, siendo una mezcla de concertados disparates, por decirlo así, una amalgama de nobles arranques del corazon y de positivistas intenciones. En *El Quijote* de Avellaneda, el escudero es completamente obtuso, rematadamente estúpido, no tiene ni sentido comun ni lo que llamamos luz natural, es tonto y terco, fanfarron y gloton hasta la repugnancia, es un conjunto de todos los defectos físicos y morales, y siempre se desea que nos deje libres aquel bárbaro fastidioso. Con pasion manifiesta han procedido los escasos críticos que han dicho que el Sancho Panza de Avellaneda es más natural que el de Cervántes. ¿Á qué llamaban naturalidad esos mal aconsejados patrocinadores de una repulsiva causa? ¿Á la grosería, á la estupidez, á la falta de todo miramiento social, á la bajeza de sentimientos, á la brusca manifestacion de todo lo avieso y ruin?

Y así como el Don Quijote de Cervántes aparece rebajado en la inventiva enfermiza de Avellaneda, como desenamorado caballero, así tambien el Sancho Panza de Cervántes se nos ofrece falseado como hombre ingrato y desleal. Jamás Cervántes nos lo pintó con tan innobles pasiones. Sancho Panza en la primitiva novela será vanidoso, respondon, imprudente; pero desleal y desagradecido, nunca. Aquel hombre honrado, aunque de poca sal en la mollera, segun la frase gráfica de Cervántes, cometia indiscreciones ó pronunciaba disparates ó raciocinaba á las veces desconcertadamente, porque le forzaban á ello sus mismos cortos alcances; mas siempre se sobreponian, y al fin triunfaban de todos sus defectos, su hombría de bien, su corazon generoso, su lealtad hácia su amo, y en no pocas ocasiones veiasele llorar y pedir perdon á su dueño, cuando, olvidándose de las atenciones y del cariño de que era deudor á Don Quijote, tronaba de la vida que vivia y queria marcharse á su aldea, dejando entregado al valeroso hidalgo á sus caballerescos ensueños. En la concepcion de Avellaneda, Sancho Panza es persona soez, infiel, falsísima y altamente desagradecida. Despues de recorrer con Don Quijote el camino de algunas aventuras, harto de comer, sin trabajo alguno, bien cuidado y dueño de dinero, reniega de su amo, se alegra de que concierten algunos señores de la córte encerrarlo

por loco rematado en la casa del Nuncio de Toledo, y con satisfaccion acuerda entrar de sirviente en casa de un rico, haciendo traicion á Don Quijote en los mismos momentos en que más importaba á éste la fidelidad de su escudero. No puede darse carácter más repugnante, como se ve. Ese tipo de hombre degenerado, que devora en vez de comer, que semeja bestia y no hombre, que gruñe y rebuzna en vez de hablar, que es bufon en vez de gracioso, y que vende á su amo en vez de protegerle, desde el principio lo rechazamos; pero concluimos por abominarlo con grandísima justicia y con indignacion profunda.

Otro tipo ridículo que se describe en la novela de Avellaneda es el de aquella meretriz, mujer de pésimos antecedentes, mondonguera de Alcalá, creacion del continuador infortunado de *El Quijote*, tipo grosero como todos los que bosquejaba su mal tajada péñola, y de que se empieza á hablar en el capítulo XXII y se concluye al fenecer la obra. Á tan poco recomendable señora la encuentra Don Quijote en su viaje desde Zaragoza á Madrid, en un bosque junto á Sigüenza, atada de piés y manos á un árbol, desnuda, desgreñada, sucia, pidiendo socorro en aquella ofensa y ultraje que la hizo un estudiante, que, con pretexto de casarse con ella en su pueblo, la excitó á que dejase el suyo y le acompañara, llevándose cuantas alhajas y prendas tenia; y luego, obtenido su principal objeto, que fué robarla, la habia dejado de aquella tan lastimosa suerte abandonada, sobre aporrearla de lo lindo. No bien topa con la desdichada mujer Don Quijote, cuando la juzga por princesa de singulares dotes de gracia, de riqueza y hermosura, pues la conceptúa nada ménos que por la misma reina Zenobia, la cual, destronada entónces, necesitaba del valor de su invencible brazo para recuperar sus Estados. Por reina Zenobia tiene, pues, Don Quijote, desde entónces hasta que la encierran en una casa de Arrepentidas, á la licenciosa Bárbara, exponiéndola por do quiera que con ella marchaba, á las pullas y sarcasmos de quienes la conocian y áun de quienes no la habian visto, incluyendo entre los burladores más asiduos al escudero Sancho.

Y además de tanto disparate, la inverosimilitud. Porque si puede ser, hasta cierto punto explicable, que un loco crea existir lo que no existe y forje en su imaginacion princesas, reinos, hermosuras y antojos de su inválida fantasía, no es justo ni discreto que las personas cuerdas sientan lo mismo, ni se pongan más

en evidencia ante la sociedad que los verdaderamente privados de juicio. Es absurdo exhibir á Bárbara como lo hace Avellaneda. Enhorabuena que Don Quijote la encontrara atada de piés y manos en el bosque cercano á Sigüenza, y que en los primeros momentos hubiera accedido á las órdenes de Don Quijote, más por verse libre de la situacion en que se hallaba que por obedecerlo ni seguirle; pero despues de haber sido presentada por el hidalgo como reina Zenobia, al corregidor y señores de Sigüenza, provocando la risa y siendo objeto de la diversion general, el insistir la improvisada infanta viviendo á expensas de Don Quijote, contando á todos sus cuitas y lamentándose de tener que seguir á aquel loco, sin explicar los motivos, no se comprende; y aquí está precisamente la mayor inexactitud en tal carácter. ¿Qué le forzaba á continuar con aquel loco? ¿Le obligaba Don Quijote? Nó. ¿Le obligaban su desgraciada suerte, su falta de medios de subsistencia? Tampoco. Siempre aquella mujer se habia buscado la vida sin necesidad de tales Argos ni Mentores: áun caminando con el hidalgo, se la buscaba. ¿Creeria acaso que iba á hacerla poderosa? Nó, que bien aseguraba ella que aquel hombre era un loco consumado. ¿Seguiale entónces sólo por servir de chacota á los transeuntes? No era posible. ¿Pues no aparece entónces Bárbara como una tonta pesada é inverosímil, á quien ni las fisgas de los caballeros de Sigüenza, ni las desvergüenzas de los estudiantes, ni las sandeces grotescas de Sancho, ni el ridículo recibimiento de los representantes, ni la exhibicion en Madrid, ni las demostraciones burlescas de todos cuantos la veian y compadecianla, la habian advertido que era el *hazme reir* de la sociedad, y quedaba en lugar más rebajado ante la consideracion de todos que el frenético enajenado caballero? Si así habia de ser, ¿por qué ofrecerla al principio como mujer taimada, pícara y ducha en las tretas del mal y del engaño?

Y lo dicho sobre el tipo de la perdida de Alcalá, debe repetirse sobre los demás caractéres creados por el malafortunado continuador de *El Quijote*. No puede darse mayor imperfeccion en el bosquejar á Don Alvaro de Tarfe, Don Cárlos, el Titular, y demás figuras, ora principales, ora secundarias de la novela: especialmente la del caballero Don Alvaro de Tarfe, es feamente incomprensible é inverosímil. Aquel hidalgo que es el primero en sacar del reposo de su aldea á Don Quijote, y más bien fomenta que impide la manía andantesca de éste con motivo de

unas justas en Zaragoza, sigue gozoso con los dislates del caballero y no se propone que tengan término, concluyendo de improviso por ser el más activo agente para encerrarlo en la casa de orates del Nuncio. Cervántes, por el contrario, certero en todo, conservó siempre la verosimilitud en los personajes que presentaba, y bien á las claras se nota en el cura y en el barbero, que, por tener alguna relacion con lo relatado, mencionamos. Á esas dos personas desde los primeros momentos las vemos animadas del deseo de volver á su casa al hidalgo; ponen en efecto sus recursos; trabajan por conseguirlo: así que, es muy fundado y está muy de acuerdo con sus intenciones de siempre, el que lo trasladen desde la venta á su aldea, despues del suceso de los cuadrilleros, valiéndose, por serles imposible otra cosa, de la carreta de bueyes para el viaje. Pues bien: si Don Álvaro de Tarfe, en la novela tordesillesca, creia que Don Quijote debia estar en una casa de locos, ¿por qué lo hizo más de lo que era, sacándole de su aldea con el recuerdo de asuntos caballerescos? ¿Por qué al principio tanta insistencia, tanto afan, tanto regocijo y empeño en dar rienda suelta á los desvaríos del hidalgo, y luego tanto lamento, tantos propósitos de enmienda, tanta prontitud por encerrarlo en la mansion de dementes? Y el que de tan torcido modo presentaba los acaecimientos, desfiguraba los caractéres ideados por Cervántes, y producia otros deformes ó faltos de verdad y áun de apariencia, ¿queria ser el que superase á nuestro autor, el que le iba á impedir la venta de su libro, el que osaba rebajarle ante la consideracion de sus contemporáneos?...

Dos cuentos intercala Avellaneda en su libro, que comprenden desde el capítulo XV al XX; y sobre ser por completo ajenos á la obra, tienen tambien el torpe vicio de la deshonestidad. Uno es el del *Rico desesperado*, y otro la *Historia de los felices amantes:* relata el primero un soldado, y el segundo un ermitaño. La historia del *Rico desesperado* está llena de hechos increibles y muy imposibles en la vida. Un caballero rico, noble, de apuesta figura, retírase del mundo, y busca la tranquilidad del alma en el reposo de un convento; pero aún no ha terminado su noviciado, cuando dos amigos suyos, con sentimiento de que tan jóven, con tan risueño porvenir y tan halagado por la fortuna, se enterrase en vida, van al convento, le afean su determinacion, le hablan como profanos, píntanle la existencia rodeada de bellezas de

que gozaria en el trato del mundo, y el ánimo del poderoso mancebo da entrada al enemigo de la soberbia, su imaginacion se subyuga ante las sonrientes promesas de ventura, y casi sin lucha, se rinde y queda vencido ante la lógica de sus tentadores camaradas, y hace propósito firme de alejarse para siempre de aquella soledad y recogimiento. Dase prisa á poner en conocimiento del prior su presta y no esperada resolucion: éste le aconseja, le reconviene, le conmina con castigos divinos, le recuerda el triste deplorable remate que tuvieron religiosos semejantes á él, y en fin, trata de convencerle y hacerle desistir de sus designios; mas todo es inútil: el religioso sale del convento y se entrega de lleno á la corriente vertiginosa de la sociedad, á galanteos, á diversiones, á festines y á los vicios. Cásase despues con una parienta suya; empieza por ser dichoso; muere un tio suyo gobernador de Cambray, y va á pretender, más por representacion y vanagloria que por necesidad, aquel destino importante; obtiénelo; y cuando regocijado se dispone á abrazar á su adorada esposa, una nueva, que le colma de contento, le hace apresurar el viaje: su esposa ha dado á luz un bello niño. Ya cerca de Lovaina, ciudad del condado de Bravante donde vivia, encuentra con un soldado español que se dirigia á Amberes. Monsieur de Japelin (que así se llamaba el caballero), traba con él conversacion, y le convida á pasar aquella noche en su casa, llevado de su alegría y sin consideracion á nada. Acepta el soldado, y entra con Japelin en su morada, alborozados todos, y especialmente la señora, con la llegada del caballero. Cenan en la misma habitacion de la parida; háblase de sobremesa; tañe Japelin un instrumento y canta con extremada melodía; y ya bien entrada la noche, y con objeto de que el soldado descansase, pues á la mañana siguiente habia de seguir su camino, retíranse cada cual á sus aposentos. El en que el soldado quedó era contiguo al que ocupaba la señora, y como que el marido estaba en otros departamentos interiores, y el soldado se habia sobrecogido ante la singular belleza de la dama, la ocasion y los lascivos deseos engendraron en él el osado é innoble de faltar á la amistad con que se le brindara y al buen acogimiento referido; indicio de corazon bajo y miserable. Sucedió, pues, que cuando todos se entregaban reposadamente al sueño, y el silencio reinaba en la casa, levantóse el soldado de su lecho, tomó una espada, encendió una vela, y se dirigió atrevidamente á la habitacion do se hallaba dulce-

mente descansando la señora. Estaba ésta en todo extremo hermosa. Mírala el licencioso huésped, y su pasion brutal se acrecienta, y el pensamiento de cometer una felonía le aguija con toda fuerza. Apaga la vela, coloca la espada en el suelo junto á la cama, y desvergonzadamente se abalanza sobre su inocente y descuidada víctima. Despierta ella al contacto de los besos y de los lascivos procederes de aquel villano; pero júzgalo por su esposo; repréndele su incontinencia; aféale su accion; recuérdale su estado delicadísimo; y cuando ve que toda reflexion y toda advertencia es en vano, deja saciar su apetito al que conceptuaba su marido, resignada y obediente, mas quejosa. El inícuo y desagradecido soldado, cumplidos sus concupiscentes anhelos, sin osar desplegar sus labios sino era para sellarlos con besos adúlteros en el rostro de la bella engañada, recoge á tientas su espada, y vase á su aposento, más que satisfecho del acto ruin cometido, lleno de confusiones y deseoso de huir de aquella mansion, á cuyo dueño tan traidoramente habia injuriado. Áun no se vislumbraba la luz del alba, cuando impaciente, colérico y temeroso, llama á los criados y apresuradamente se pone en marcha, dejando encargado le disculpen con Monsieur Japelin por no ser en su mano el diferir más la partida.

Ya de mañana, levántase el dueño de la casa, y dirígese enseguida al aposento de su esposa con ánimo de abrazarla y de besar á su pequeñuelo hijo; pero la mujer, siempre en la creencia de que su marido era quien la habia gozado la noche ántes, si bien no habria osado hablar por vergüenza de cometer tal acto hallándose ella recienparida, con la sonrisa en los labios, y al ver que se hace el desentendido, y la pregunta por su salud, y la participa la gran alegría que á su corazon embargaba, dícele palabras, ya suaves, ya duras, entre burlas y veras, afeando su incontinencia y sensualidad hasta que por fin alude claramente á lo sucedido, contándolo todo. Monsieur Japelin, que al principio tomaba á donaire lo que su esposa decia, ve al cabo en el relato toda la deformidad del crímen cometido por el agasajado huésped, y á su calma sucede la furia, á su amabilidad el torvo ceño, á la plácida confianza el terrible deseo de venganza. Comprende, pues, que su esposa ha sido víctima de un ardid del soldado, y propone en su ánimo borrar con la sangre del malvado aquella mancha inferida á su limpia honra. Colérico y desatentado, coge un venablo, dando por excusa á su esposa, que se lo pregunta,

que era para entregárselo á un vecino suyo, baja prestamente las escaleras, ordena le ensillen un caballo, impaciente sube á él, velozmente marcha, sediento de sangre, furioso cual leon herido y acosado. Á las pocas horas encuentra al inícuo ultrajador de su honor en un valle, y por la espalda asesta el venablo al soldado, que descuidado y ajeno de tal lance iba, atravesándole de parte á parte, y dejándole muerto ante su vista. Satisfecho con la cruelísima venganza, vuélvese para su casa, creyendo que, pues ya habia matado al vil adúltero, sus males habian fenecido, su estimacion quebaba para ante su conciencia en su punto, y la felicidad batiria de nuevo sus alas hermosas sobre su ántes tan bienhadada mansion. Mas se engañaba por completo. En su morada encontraria motivos impensados de desesperacion y de muerte.

En el entretanto que habia estado ausente de la casa Japelin, su esposa estuvo impaciente; pero cuando dieron las diez de la mañana, y aquel aún no habia parecido, la impaciencia llegó á su colmo. En mal hora pregunta á los criados si saben algo del paradero de su señor, pues una sirvienta imprudentemente le dice que el amo habia salido furiosamente encolerizado, y con intenciones de matar al soldado que la noche ántes habia sido acogido con tan sinceras demostraciones de afecto, porque segun profirió su señor, sin darse cuenta de que le oian, aquel soldado era un perverso, engañador de la fidelidad de su mujer, asesino de su honra y adúltero maldito. Cuando tales palabras oye la esposa de Japelin lo ve todo sin oscuridad de ninguna especie: comprende la vileza que se ha cometido con ella; toca, en fin, la horrible realidad de su indiscreto silencio; y entónces la desesperacion, la rabia, el deseo de venganza, exclamaciones de furor, de pena, de reconvencion ó de castigo, se engendran en su corazon ó exhala su pecho. Mésase desapiadadamente los cabellos, aráñase y maltrátase el rostro, la desesperacion se torna en demencia desenfrenada, y ciega, agobiada por aquel crímen en que habia tomado parte sin saberlo, se lanza á la muerte, arrojándose de cabeza en un pozo. Llénase la casa de gente, alborótase la ciudad, y aquella irreflexiva determinacion empieza á ser objeto de la crítica general. En los primeros momentos de aquella catástrofe llega Japelin á su casa; inquiere la causa de tan extraordinario movimiento; y queda atónito cuando se entera del triste fin de su adorada consorte. Japelin, sin miramien-

to á nada, grita, amenaza, blasfema, maldice su suerte, y llegando á un inconcebible punto de locura, destroza el cráneo de su pequeñuelo hijo, y luego se arroja él en el mismo pozo donde feneció su esposa, encontrando tambien una muerte pronta y horrible.

Esta tragedia terrífica, más bien que novela ni cuento, tiene como se ve mucho de licenciosa y poco ó nada de verosímil. En cuanto á lo primero no necesitamos detenernos á demostrarlo, pues basta fijarse en el relato que dejamos hecho, para comprender la razon que nos asiste al sostener tal verdad; y en cuanto á lo segundo, basta el sentido comun para confesar que, si puede haber personas tan lascivas y desalmadas como el soldado, no puede darse un carácter como el de la señora. Aquella escena lúbrica no tiene ni habrá tenido efecto jamás de un modo tal como allí se pinta por parte de la mujer. Aquella misma osadía, aquel persistente silencio, aquel alejarse furtivamente, ¿no habian de llamar la atencion de una dama entrañablemente prendada de su marido, que desde el primer momento temeria que aquel no era su esposo, que sabia perfectamente que en la casa habia un huésped y por eso debia estar más recelosa? ¿Es posible que no hubiera pedido auxilio en aquella afrenta que desde luego sospecharia? Esta escena, pues, de la que se derivan todos los sucesos fatales de la narracion, es por extremo absurda y disparatada, ajena de toda semejanza, aunque lejana, de exactitud, de probabilidad y de certeza. ¿Qué mérito ha de tener por tanto, ese cuento? ¿Cómo ha de ser considerado sino como un espeluznante y deshonesto relato, digno de toda censura? Bien hicieron los editores de *El Quijote* de Avellaneda en 1805 supriméndolo en la reimpresion, y bien se procederia para con las buenas costumbres no poniéndolo en las sucesivas.

Pero lo cierto es, que el autor se habia propuesto demostrar que «ninguno dejó el hábito que una vez tomó de religioso que haya tenido buen fin,» y «que justo juicio es de Dios que, quien siendo llamado por su divina vocacion á su servicio, si despues le deja de su voluntad en vida, el mismo Dios le deje á él en muerte,» y así corrió sin reflexionar por el campo de sus gustos sin que le contuviesen las consideraciones de la prudencia.

Del mismo corte y traza es el otro cuento que nos refiere Avellaneda; si bien los fines son desemejantes, pues en el de los *Felices amantes* los protagonistas, por ser religiosos, se salvan

y mueren en olor de santidad, en tanto que en el del *Rico desesperado* perecen á manos de la fatalidad y del suicidio por haber abandonado su vocacion.

La historia de los *Felices amantes* pasa de esta manera: En una de las principales ciudades de España habia un convento de religiosas de las órdenes más ilustres. La priora, que Doña Luisa se llamaba, era de tan singular belleza como de perfectísimas virtudes. Sus pensamientos se dirigian siempre á su Dios, y el desvelo por las mujeres á quienes el Señor habia puesto bajo su custodia y tutela ocupaba todas las atenciones de su ánimo. Pero el enemigo de la felicidad humana, deseoso siempre del mal, logra y obtiene que un mayorazgo rico, de nombre Don Gregorio, habitante en la misma ciudad, y conocido desde niño de la ejemplar priora, se enamore perdidamente de ella, y declárala su pasion. Doña Luisa, si al principio temerosa, luego rendida y obligada á las distinciones y ternezas de que es objeto, cae al cabo en el precipicio y en la culpa. Huye con su amante del convento, y vanse á Lisboa, donde entre devaneos y diversiones, gastan y derrochan cuanto dinero habian sacado, de su casa el uno, de su convento la otra. Forzados por la pobreza y por el hambre, pagando ya bien caras con tales expiaciones la disipacion pasada, se trasladan á Badajoz, donde la antigua priora, halagada por la vanidad y por el lujo, y perdido ya todo resto de pudor, vive vida de mujer mala y áun de rematada meretriz. Don Gregorio, hastiado de la dama á quien habia conducido á la deshonra, déjala entregada á sus torpes costumbres, y fúgase á Madrid. Doña Luisa, al fin, cae en la cuenta de sus muchos y horribles pecados, y su corazon encenagado en los vicios, quiere aspirar de nuevo la limpidez y dulzura de su vida anterior. Así lo efectúa, y vendiendo sus alhajas y vistiendo hábito de peregrina, á pié y descalza, encamina los inciertos pasos á su ciudad. Mas cuando á ella llega, da acaso con su convento, y viendo la puerta abierta, entra, y arrodillándose ante la imágen de una Vírgen del Rosario, ésta la echa en cara sus infinitos pecados y la dice que todo se halla como el dia que se fugó, que ha hecho las veces de la priora, y que siga en adelante desempeñando sus funciones. Doña Luisa continúa desde entónces hasta su muerte viviendo vida intachable, y sólo saben tan maravilloso caso ella y su confesor, si bien se divulga por su expreso mandato, despues de su fallecimiento.

Igual conversion se refiere de Don Gerónimo. Éste, despues de haber estado engolfado en los mayores vicios y disipasiones en la corte, entra un dia en cierta iglesia á oir á un predicador de fama que enaltecia la misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos, con otras palabras inspiradas en avisos y consuelos santos, y su alma hasta entónces empedernida y presta para todo lo malo, ansía seguir nuevos caminos, los de la salvacion, los del arrepentimiento, los de la enmienda. Hace confesion, contrito y lloroso, de sus infinitas culpas; va luego á Roma; y torna á España con el propósito de recluirse para toda su vida en una casa de la misma órden que la de Doña Luisa, entre penitencias y buenas obras. Llega á su pueblo; ofrécese como amigo de su hijo á sus ancianos y desconsolados padres; recíbenle éstos con la alegría que es de suponer; conócenle al fin; hay escenas tiernas y sentimentales; pregunta Don Gerónimo por Doña Luisa; sorpréndese al saber que es priora del mismo convento y que disfruta del concepto más calificado de pureza y de virtud; visítala; lloran entrambos sus obcecaciones y deshonestidades anteriores, y Don Gerónimo entra en un convento, del que por su notable comportamiento, humildad, resignacion y mansedumbre, acompañadas de otras no ménos inapreciables cualidades, le nombran prior, y muere, como su antigua amada, en opinion de bienaventurado. Don Gerónimo deja asimismo escrita la relacion de sus debilidades y disipada vida juvenil, con expresa órden de que se hiciera pública, no bien hubiese fallecido.

En este cuento ó novela, ó como quiera llamársele, hay, además de inverosimilitud en la mayor parte de lo narrado, profanacion y hasta falta de criterio en hacer intervenir á la Vírgen como medianera y encubridora de amoríos vergonzosos. Si la Vírgen que presenta Avellaneda pudo reprender á la perjura monja cuando saciada volvia de goces y satisfacciones profanos, ¿porqué no impidió que la priora saliese de su convento, siendo así que al marchar y dejarla las llaves de éste se condolió ante la Vírgen de que no podia sofocar ni reprimir sus propósitos de fugarse con el galan Don Gerónimo? Bien parece que los autores piadosos relaten esos sucesos maravillosos, ó milagros, que la fe acepta sin discusion, y que se juzgan superiores á toda censura, ó por su gran enseñanza ó por su significacion altísima y sobrehumana; pero milagros y lances tan impropios como los men-

cionados por Avellaneda, tan contrarios á la razon, á la lógica, hasta á los más rudimentarios principios de discrecion, sólo merecen el anatema general, la indiferencia ó el desden; sólo sirven para rebajar lo que por sí, y sólo por sí, es santo, intachable, divino en el grado más alto é incomprensible.

El cuento que nos ocupa es sumamente inmoral por añadidura. ¿Qué enseñanza puede sacarse de una relacion donde una priora se sale de su convento á vivir vida licenciosa con un seglar disoluto, y sin embargo, la Vírgen se encarga de ocultar aquel deslíz de la monja? Y ¿con qué intencion querrian, así Don Gerónimo como D.ª Luisa, que sus liviandades se hiciesen públicas no bien hubiesen muerto? ¿Acaso para alentar á otras prioras y á otros lujuriosos jóvenes, y para advertirles que podian correr impunemente por los mismos campos de aventuras y desvaríos, seguros de que siempre una Vírgen compasiva ocultaria sus maldades y mitigaria la enormidad de sus delitos?... ¡Qué deformidad, qué ideas tan nocivas y qué enseñanzas tan desmoralizadoras y hasta impías! Bien hicieron tambien los editores de 1805 en suprimir estos pasajes obscenos en el libro de Tordesillas.

Mucho nos hemos detenido analizando la obra de Avellaneda y cuanto con ella se roza; mas lo juzgábamos indispensable para desvanecer los errores propalados, y en especial para dejar cerrado el camino á los críticos que han decantado la produccion que nos ocupa bajo el aspecto inventivo y literario. Uno de sus últimos apologistas, el ya difunto bibliógrafo Don Pedro Salvá, ha dicho que «si no existiera la obra del genio inmortal, la novela del supuesto hijo de Tordesillas, pasaria por una de las mejor escritas en castellano.» ¡Aseveracion ofensiva á la verdad, como la de todos los preconizadores de Avellaneda, y que jamás podrá comprobarse!

CAPÍTULO XXIV.

La Segunda parte de *El Quijote* de Cervántes la publicó nuestro autor al año siguiente de haberse estampado la imitacion de Avellaneda. ¡Cómo se solaza el ánimo del crítico al llegar á ocuparse de esta obra, despues de examinar la de Tarragona! Parece como que se sale de una intrincada selva llena de deformes árboles y de vegetacion mortífera, y se penetra en un hermoso jardin pródigo en caprichosísimas flores, en suavidad deleitosa, respirando vida amena y felicísima por do quier. Algunos apasionados defensores de Avellaneda aseguran con un descaro inaudito que Cervántes copió en su Segunda parte mucho de la de aquel; pero tal calumnia no merece ni áun ser tomada en cuenta, pues basta la simple lectura de una y de otra para comprender que Cervántes en nada imitó ni ménos se aprovechó de los despropósitos del fingido licenciado, en tanto que en la invencion de éste se notan muchas aventuras que están inspiradas en otras relatadas en la Primera parte de Cervántes; debiéndose tambien recordar que cuando se publicó el aborto de Avellaneda, ya el gran escritor tenia concluida la Segunda, y así tendria que reformar algunos de sus últimos capítulos en los que vemos que alude á aquel, y áun tuerce la ruta de Don Quijote por desmentir al moderno historiador del héroe, llevándolo no á Zaragoza, como habia prometido, y como Avellaneda, siguiendo la indicacion, efectuó, sino á la insigne ciudad de Barcelona?

Cervántes dijo de sí mismo que nadie le aventajaba, ni áun le llegaba, en la invencion; y tanto más era esto cierto, cuanto que su Segunda parte de *El Quijote* es una prueba indubitable y terminantísima. Increible pareceria á los que habian apreciado en algo sus talentos, y más todavía á quienes le profesaban el mayor odio, que aquella imaginacion que tan profusamente habia ideado aventuras y lances ingeniosísimos en su Primera

parte, en sus novelas y en otras obras, tuviese aún bríos para ofrecer otro hijo más lleno de seducciones, de vivacidad y de gracia. Á nosotros mismos, que tan sincera admiracion tenemos al nombre de Cervántes, nos sorprende y maravilla cómo aquel insigne soldado, agobiado por la pena, rodeado de adversidades, zaherido por la calumnia y por la ruindad, cómo aquel varon integérrimo, ya en los bordes del sepulcro, desvanecidas todas las ilusiones y seco el corazon por las abrasadoras corrientes de las maldades, dejaba correr la pluma sobre el papel bajo la inspiracion de festiva Musa, enseñaba grandes verdades con la sonrisa placentera en los labios, lo poetizaba todo, deleitaba á todas las clases sociales, y demostraba, en fin, más facultad en la invencion, más preciado gusto, más dulzura, más encantadora facilidad que ántes. La Segunda parte de *El Quijote* es, á nuestro entender, el modelo más majestuoso del habla castellana, y la obra más rica en bellezas de su autor incomparable. Nótase en ella una como señal de divino arte que apénas acierta á comprender el humano limitadísimo criterio. Tiene un aspecto de alteza tal y una grandeza tan inimitable, que todos los elogios son escasos y mezquinos.

Fíjese la atencion en el prólogo, y vease si hay trabajo que se le semeje, ni áun de léjos, en castellano. Originalísimo es el proemio que puso á la Primera parte, pero sobre todo extremo admirable es el de la Segunda. Necesitaba advertir Cervántes algo al público sobre aquel inepto imitador que quiso proseguir sus inmortales obras, llenándole de ultrajes, y empieza por avisar al lector que no espere riñas, venganzas y vituperios contra el autor del segundo *Don Quijote*, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el suyo habia de padecer excepcion esta regla. ¡Qué modo más digno de entregar á la compasion y al olvido á su soberbio adversario y disfamador! Contra la presuntuosidad presenta Cervántes la modestia; contra la descompostura la templanza; contra la pequeñez la hidalguía; contra la procacidad la nobleza y la elevacion de ideas. Un talento adocenado, una medianía atrevida, hubiese contestado á Avellaneda volviéndole con creces las mismas injurias y los mismos insultos con que le afrentaran: Cervántes en su grandísima inteligencia comprendió que tales vilezas no estaban ni áun á la altura de su desprecio; con su dignidad confundió y anonadó á su ruin enemigo mucho más perfectamente que si

hubiese obedecido á la ira y al furor de una venganza raquítica. Mas Cervántes, que dió al olvido las injurias que la pasion engendró contra él, no pudo ver sin grandísima pena que áun de sus mismos gloriosos actos de soldado, y áun de los achaques de su edad, y áun de sus sentimientos sinceros y nobilísimos se prevaliera su desatentado ultrajador para ponerle en ridículo ante el público. Llamábale Avellaneda viejo y manco, y transido el corazon por la amargura, decíale Cervántes: «No he podido dejar de sentir que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros.» Y lleno de santo orgullo por aquella misma manquedad que Avellaneda le tachaba, escribia estas elocuentísimas y levantadas frases: «Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben donde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa (1), que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.» Y á la ofensa que le causó llamándole envidioso, cuando era el hombre más generoso de todos con sus amigos ó desconocidos, ora fuesen privilegiados talentos, ora sólo brillantes medianías, contestó con estas palabras prudentísimas: «He sentido tambien que me llame envidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada.» Y lleno, en fin, de indignacion justa contra el desvergonzado enemigo que hasta le amenazaba con quitarle la venta del libro, y le echaba en cara ¡miserable! su pobreza, replicábale con este hermoso arranque de su corazon leal: «La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo;

(1) El combate naval de Lepanto.

mas como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y, por el consiguiente, favorecida.»

Los tipos creados por Cervántes para la Primera parte de su novela, los vemos inmensamente superiores en la Segunda. Don Quijote pierde mucho de su obstinacion y locura pasadas, y aparece en su tercera salida ménos enajenado y más reposado en sus actos y en emprender sus aventuras. No degenera su natural, sino que se mejora. Cada vez se presenta más amante de la justicia, de la rectitud, de la verdad; tiene más lúcidos intervalos en su caballeresca demencia, y por lo mismo enseña y persuade con más fuerza y hasta con mayor universal provecho. El novelista nos lo ofrece en situaciones más notables tambien que en la Primera parte, y de más ilustradas personas rodeado, como para indicarnos que sólo en el trato de las diversas clases sociales y en los desengaños que sufriera, podia concluir aquel generoso caballero de comprender que sus magnánimos propósitos eran entónces anacronismos inexplicables, ilusiones de calenturientas y extraviadas fantasías para la generalidad, é ideas completamente refractarias á su época. Cuando el bachiller Sanson Carrasco, que tanto le instó para que saliese nuevamente en busca de aventuras, va á combatir con Don Quijote bajo el nombre de caballero de los Espejos, con designio de vencerle y obligarle á que vuelva á su casa, y no lo consigue y queda derribado por el Hidalgo, éste descubre el rostro de su contrario, que cubierto habia tenido durante la liza, y admírase y sorpréndese de que su amigo, uno que le vendia finezas y lealtades, fuese quien habia tenido el atrevimiento de perseguirle y de trabar con él reñida pelea. Cuando es forzado á vivir vida de reposo y solaz en el palacio de los duques, repetidas ocasiones nota la falsedad del trato cortesano, y con pena ve como la mentira, la envidia y los procedimientos no muy dignos se entronizan en las casas de los grandes. Áun en la noble morada de Don Diego de Miranda se encuentra con que no saben de todo en todo apreciar sus relevantes cualidades. En Barcelona, y en casa de Don Antonio Moreno, ve asimismo la aparente cortesía al lado de la vanidad y de la frívola petulancia. Perseguido por la adversa suerte, desengañado, aunque no completamente, de las falsedades de la sociedad en que vivia, enamorado siempre de su purísima Dulcinea, lacerado el corazon por tantas contrariedades, por tantas miserias y tantos

reveses en el curso de sus aventuras, aún le quedaba el ser vencido por el caballero de la Blanca Luna; bellísimo pasaje del libro que entraña muy profunda filosofía. El caballero de la Blanca Luna personifica la sociedad egoista de su tiempo, que logra sobreponerse á las advertencias de los buenos, á los propósitos sublimes de los hombres que, como Don Quijote, querian la reforma de las costumbres y que volvieran á lucir en todo su esplendor la verdad, la rectitud y la justicia. Aquel caballero de la Blanca Luna ejercia el papel de verdugo para con el Hidalgo que predicaba todo lo honrado y lleno de alteza; se proponia acabar con aquella majestuosa figura cuyos consejos y cuyas prudentes amonestaciones eran escuchados con recelo por sus contemporáneos. Falso el caballero de la Blanca Luna, como la sociedad de quien era viva y genuina representacion, empieza por servirse de Don Quijote para burlarse de sus intentos nobilísimos, prosigue por divertirse con él bajo el título de caballero de los Espejos, si bien en esta ocasion sus burlas le cuestan caras, y concluye por ir á Barcelona en busca de Don Quijote, bajo nombre supuesto asimismo, con deliberado propósito de vencerlo é imposibilitar que continuase el Hidalgo en sus tendencias sanas y regeneradoras. Don Quijote está solo en la guerra que contra todos los vicios sostiene, y por más que combate con heróica resolucion, queda vencido en la lucha; mas no por eso confiesa que se equivoca, ni deja de venerar aquellos principios de honradez, de caridad, de prudencia y de pundonor, á que habia tributado siempre predilecto y fervoroso culto en su corazon y en su alma. Cuando su hora postrera llega, cuando con el ánimo transido por el pesar vémosle en el lecho de agonía, tan lleno de mansedumbre, pronunciando palabras tan suaves y tan consoladoras, aquel héroe, á quien siempre hemos admirado, ora en sus favorables sucesos, ora en sus aventuras adversas, se nos ofrece rodeado con la aureola de los varones más resignados y piadosos, y toma ante nuestra consideracion formas gigantescas é inconmensurables; y simultáneamente, nuestro pensamiento se dirige hácia aquel escritor que no ha tenido ni tendrá rival en el mundo, y que tan soberanamente supo conservar el verdadero carácter de Alonso Quijana el Bueno hasta dejarle en la fuesa, y llorado con lágrimas del corazon por su familia y por sus amigos.

Sancho Panza está en la tercera jornada y salida muy más

bien presentado que en las dos primeras. Se muestra más condescendiente, ménos respondon, más tratable. Cervántes que siempre procedia como era de esperar de su egregio talento, tiene atinadamente en cuenta lo mucho que ha aprendido, notado y visto aquel labriego desde que salió á correr aventuras con el Hidalgo de la Mancha, y nos lo ofrece con la perfeccion debida, con arreglo á lo que habia adelantado el ignorante escudero en el camino de su natural rudeza. De oir hablar á su dueño, ha aprendido á no pronunciar tantos despropósitos como ántes; así es que, ya en sus conversaciones con Sanson Carrasco, ya en las pláticas con su mujer, se nota lo mucho que ha mejorado en sus alcances y penetracion. Ni la obstinacion ni la grosería, como en otras ocasiones, predominan ya exclusivamente en sus actos. Tiene en la Segunda parte más de discreto y de avisado que de insensato y tonto. Sus viajes pasados han despertado sus sentidos, ántes embotados por el sueño de la rusticidad. ¿Quién no se sorprende ante su sagacidad cuando le envia su amo al Toboso para saludar á Dulcinea? ¿Quién no se regocija al verle en la casa de los duques departir tan sabrosamente con la duquesa, demostrar su ingenio hablando del desencanto de Dulcinea, y dando pruebas así de su franca condicion como de sutil inventiva? Y cuando más tarde, protegido por la duquesa y gravemente aconsejado por su generoso dueño, se ve convertido de improviso en gobernador, ¿quién no admira su acierto, su integridad, su rigor, su amor á la justicia, su propósito de reformar las costumbres y terminar con los vicios, ruina de los mejor organizados pueblos y sociedades? ¿Y quién no le aplaude, cuando cansado del mando, y viendo que toda su buena fe se estrellaba contra la malicia de sus subordinados, siéndole imposible realizar de todo en todo sus deseos, deja repentinamente el gobierno, reniega de las vanidades mundanas, y vuelve á su humilde vida anterior, donde encontraba la verdad, la llaneza, la sencillez y la ventura? Y su carácter fiel y su corazon agradecidísimo hácia su dueño, protector y consejero, jamás quedan desmentidos, ántes bien más y más comprobados en la piedra de toque de las adversidades y reveses. Cuando Don Quijote es vencido y derribado por el caballero de la Blanca Luna, tan intensamente lo siente el escudero leal como el cuitado adalid que quedó derrotado por las fuerzas de la malicia y de las pérfidas tramas; y en el trance de la muerte del Hidalgo, preséntase Sancho tan

sumiso, cariñoso y reconocido, que no puede idearse tipo más llevado á la perfeccion por todas las gradaciones de la sociabilidad y del ejemplo.

Dulcinea sigue siendo para Don Quijote el extremo del valor que puede desearse, el término de la humana gentileza, el único remedio de aquel afligido corazon que la adoraba. Ni las malas artes de los encantadores, ni los embustes de Sancho, la hacen desmerecer en nada ante su corazon y su voluntad. Este tipo de la novela de Cervántes está mejor delineado tambien que en la Primera parte. Sin el amor de Dulcinea, el tipo de Don Quijote apareceria rebajado. Por eso cuando el magnánimo caballero se entera de que otro historiador presenta á Dulcinea como esquiva y desvergonzada para con él, y por la misma causa ofendido y desenamorado de su bellísima dama, indignado y lleno de ira, exclama: —Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna... Mis pensamientos están más firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua: su hermosura en la de una soez labradora transformada.—

En pintar los demás caractéres que figuran en la Segunda parte, hay la misma verdad y la misma exactitud que siempre. Vease el retrato de Sanson Carrasco: —Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata, y de boca grande; señales todas de ser de condicion y amigo de donaires y de burlas.— ¿Puede presentarse de una manera más acabada al hombre que desde el principio hasta el fin tuvo por objeto el divertirse con el noble caballero?

No es tampoco posible ofrecer más al natural el tipo del honrado Don Diego de Miranda que con las mismas palabras que Cervántes pone en boca de aquel hidalgo: —Soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son los de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis

docenas de libros, cuales de romance y cuales de latin, de historia algunos y de devocion otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo más los que son profanos que los devotos: alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon más recatado: procuro poner en paz á los que sé que están desavenidos: soy devoto de Nuestra Señora y confio siempre en la misericordia de Nuestro Señor.—

Y ¿á qué seguir recordando la perfeccion con que están delineados los demás caractéres de la novela, si en Cervántes era peculiar esta aptitud tan estimable en todos los escritores? Los duques, su confesor, Altisidora, Doña Rodriguez, todos son tipos pintados á maravilla, y llaman la atencion constante por lo bien sostenidos que están en sus respectivos cometidos y actitudes.

Y en cuanto á originalidad é interés, sobrepuja señaladísimamente tambien la Segunda parte á la Primera; porque si en la una hay muchas escenas graciosas, muchas aventuras, muchos lances caballerescos, muchos acaecimientos portentosos, en la otra se nota mayor método, más bien coordinada narracion, más amenos y más naturales sucesos, más maestría, en una palabra. En la Primera parte solos Don Quijote y Sancho actúan, y en ellos se reconcentran todas las miradas, por más que veamos aparecer y moverse determinadas figuras por algunos instantes y en varios acontecimientos; pero en la Segunda, aquella monotonía se excluye, y campean y triunfan por todas las páginas del libro la variedad, la discrecion, el admirable ingenio inventivo, un maravilloso concierto, en fin, de bellísimas escenas que viene á aumentar el primitivo mérito de la novela, comunicándola suavidad, atractivos y portentosa animacion. Tal pasa con los sucesos del palacio de los duques y con el gobierno de Sancho Panza en la ínsula Barataria. Desde que Don Quijote encuentra á aquella hermosa cazadora, y Sancho ofrece en nombre del Hidalgo sus respetos á la encantadora duquesa, el interés del libro

se acrecienta de una manera especialísima. La atencion se fija sobre aquellos nuevos personajes que aparecen en la novela, y no deja de asistirse con placer á todas las escenas que se siguen; porque además del inmenso fin filosófico que tiene cuanto con el palacio de los duques se relaciona, la parte aparente, la ficcion que encubre grandes verdades y grandes advertencias y enseñanzas, la narracion de aquellas recientes aventuras en que Don Quijote interviene, están revestidas de tanta y tan seductora gracia, que es imposible encontrar en castellano nada que siquiera se les acerque. El recibimiento que hacen á Don Quijote en el palacio; el regocijo con que se le acoge, saluda, victorea y regala; el grave ademán del Hidalgo en todas las situaciones; las indiscreciones, entremezcladas con donaires, de Sancho; la plática de la duquesa y sus doncellas con el escudero sobre el encantamiento, por él forjado, de Dulcinea; la aventura de la dueña dolorida; el viaje por los aires en Clavileño; el extraño fin y remate de tal empresa; la pesada burla que jugaron con Don Quijote Altisidora y otras desenvueltas mozas del palacio; las cuitas de Doña Rodriguez y la desgracia de su hija; el desafío entre el Hidalgo y el lacayo Tosilos; la despedida de Don Quijote de los duques; su forzosa marcha de nuevo al castillo; en fin, la fingida muerte de Altisidora, y las impertinentes mortificaciones que se hicieron sufrir á los desventurados amo y criado, todo, completamente todo, respira vida poderosísima y aliciente incomparable.

En los capítulos que dedica Cervántes á narrar los actos del gobierno de Sancho Panza, vese la gran penetracion y profundo conocimiento del mundo que tenia el inimitable escritor, y su indisputable competencia para ocuparse sesudamente de las cuestiones más intrincadas. Cervántes presenta en este grato episodio de su novela, un documento preciosísimo, una coleccion de reglas y de máximas gubernativas que deben ser muy tenidas en cuenta por los que, ejerciendo cargos semejantes, contraen la precisa y sagrada obligacion de administrar íntegramente justicia y procurar el bien de sus subordinados. De poco sirven en los gobernadores la sabiduría, la alta alcurnia, los pomposos títulos, las vanidosas condecoraciones, si el ánimo se deja seducir y se abate á los halagos del interés, de la avaricia ó del cohecho, y si en vez de velar por la justicia, proteger las virtuosas acciones, perseguir los crímenes, y desterrar los vicios y las perver-

sidades, los mismos encargados de ser custodios y reformadores de los pueblos, ó con su apatía, ó con su indiferencia, ó, lo que es muy más deplorable, con su criminal aquiescencia ó explícito consentimiento, fomentan el mal, y le alientan, y le escudan. Y por el contrario, si los gobernadores son rectos, puros en su conducta, celosos por la práctica de la ley en toda su extension, aunque no tengan privilegiado talento, aunque no sean más que medianías, aunque estén debajo de esta escala intelectual, pueden acertar y aciertan más eficazmente en sus decisiones, porque puesta la mira en el bien de sus administrados, ajenos á toda pasion y á toda idea de lucro y de parcialidad, siempre tiran al blanco del mejoramiento y de la perfeccion. Estas son las ideas que Cervántes se propuso esparcir en su relato del gobierno de Sancho. y tan notable sentido moral encierran. Por eso nos ofrece á Sancho tan avisado y prudente en el mando, por más que ántes más pruebas habia dado de necio que de discreto, y por eso llevado siempre de su excelente natural y buenas creencias, vemos al antiguo escudero tan atinado en los juicios de las caperuzas, del ganadero y la mujer liviana, del deudor ingenioso y de los dos jóvenes paseantes, y razonando tan rectamente cuando habla de la necesidad de hacer pragmáticas oportunas y que se cumplan, reformar las costumbres, castigar severísimamente el juego, aniquilar las maldades y enaltecer las virtudes y loables obras y hechos. (1)

(1) Un autor muy malo, Don Jacinto Maria Delgado, escribió y publicó á fines del pasado siglo una continuacion de la vida de Sancho Panza, con el título de *Adiciones á la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Como se comprenderá, el imitador que citamos, está tan léjos de seguir el modelo que se propuso, cuanto lo está el talento de la ignorancia y la suficiencia de la ineptitud. E argumento é inventiva de la obra del Sr. Delgado, son bien pobres y disparatados, y nos parece oportuno dar breve idea de uno y de otra para justificacion de nuestra severa crítica. El señor Don Jacinto Maria Delgado finge que el escudero inseparable del heróico caballero de la Mancha, el fiel y socarron Sancho, llora y se lamenta al verse separado de sus pasadas altanerías y de su vida escuderil, despues de la muerte de su amo: queréllase de que la suerte le sea tan adversa, y desea vivamente volver á su antiguo sistema de gobernar ínsulas y servir álos andantes caballeros: la vida pacífica de la aldea le hastía, y el tumulto de las grandes ciudades y el recuerdo de las grandezas humanas le lisonjea: la mujer y la hija del antiguo escudero alientan con sus palabras las locuras y sandeces de Sancho: el cura, el discreto cura del escrutinio, aquel Pedro Perez que tan exactamente nos des-

Además de la nunca bien encarecida seduccion que difunden en la Segunda parte de *El Quijote*, los originales y jamás vistos sucesos del palacio de los duques y del insulano gobierno de Sancho, son muy dignas de elogiarse las dos lindísimas relaciones ó cuentos amorosos que en los capítulos XX y XXI y LXIII y LXIV se refieren. Entrambos están presentados con tanta gracia, con tan perfectos colores, con tanto y tan vital interés, que el ánimo se deleita y la imaginacion queda como subyugada ante tanta hermosura, naturalidad, verdad y sentimiento. No puede darse nada más interesante que la narracion de los amores del pobre Basilio y de la bella Quiteria, ni nada tampoco más tierno,

---

cribe Cervántes en su novela inmortal, nos lo presenta el insulso imitador tan rematadamente loco é indiscreto, que causa grima verlo de continuo tan malparado: él hace coro á los despropósitos de Sancho, y le incita á seguir por el camino de los devaríos: determínase á escribir á los duques para ver de remediar la situacion infortunada de Sancho: el bachiller Sanson Carrasco se encarga de redactar la misiva, y el buen Tomé Cecial de llevar la carta á su destino: todo es entónces agitacion, irresoluciones, proyectos, suspiros, lágrimas. Y despues de estos preparativos y determinaciones tan inverosímiles como grotescos, continúa diciéndonos el imitador, que los duques hicieron un plácido recibimiento al enviado de Sancho; que determinaron hacer consultor á Sancho para holgarse con sus sandeces á todas sus anchas; que le enviaron á llamar con grande urgencia; que le mandaron dineros para envolverlo de este modo en la red del interes y del atractivo; que Sancho recibió con señalado regocijo tan gratas nuevas; que todo fué entónces lloros y alegrías, disposiciones y consejos en la ántes tan tranquila aldea de la Mancha, quedando acordada desde luego la marcha, haciendo de secretario y consejero el bachiller Sanson Carrasco.

Y con una prolijidad verdaderamente abrumadora nos refiere el señor Delgado el recibimiento que hicieron á Sancho en el palacio ducal; las indiscreciones por el antiguo escudero cometidas; el ridículo acto de tomar posesion del cargo que le encomendaban; las vanidades que le acometen de contínuo por ser marqués; su nombramiento de baron; las locuras que hacen y las palabras que dicen con las muestras que dan de alborozo la mujer é hija del consultor flamante; la admiracion del buen cura en vista de tales acontecimientos; el solazamiento que tienen en tales diversiones los duques; el sentenciar de los procesos; lo ridículo de las ceremonias; las boberías de Sanson Carrasco; el divertimiento de las doncellas, la grotesca osadía de las dueñas, las bellaquerías de los mozos y la general complacencia de todos. Segun el cronista, el antiguo escudero de Don Quijote y moderno consultor de los duques, el bueno de Sancho Panza, halla la finalizacion de sus dias, no en los brazos de alguna hermosa y recatada doncella, si así se creyera, ni á causa de la esquivez de alguna dueña tai-

más sencillamente encantador que el acendrado cariño de Don Gregorio y de la sin par Ana Felix.

El objeto de Cervántes en el primero no fué otro sino el de conceder el triunfo á la pobreza y á la virtud sobre la riqueza y el fausto, en un caso determinado de sus luchas en la vida. Amándose con todo su corazon y toda su alma Quiteria y Basilio, los padres de aquella no quieren ni consienten que éste se case con la incomparable Quiteria, mostrándose sumamente propicios á que se desposase con el rico Camacho, llevados de la importancia y acrecentamiento que tal enlace tendria para ellos. Proyéctase la boda; piénsase efectuarla por el acaudalado Camacho con toda la pompa y suntuosidad imaginables; para más solemnizarla, verificase una grandiosa y bien preparada fiesta campestre; celébranse danzas, juegos, entretenimientos tan ingeniosos como

---

mada, ni oprimido tampoco por los cuidados que le rodearan, ni ménos perseguido por algun gigante ó encantador endiablado; sino que muere ¡oh desgracia! á mano de una descomunal y soez glotonería. ¡Muerte dichosa que de tal majadero nos libra! ¡Y una y mil veces dichoso el *celebérrimo autor* de tal engendro literario!

Segun asegura el mencionado escritor, se propuso extirpar de raiz con la estampacion de sus *Adiciones* las ridiculeces de algunos calaveras que, por el mero hecho de serlos, rebajaban á nuestra nacion ante el criterio de los paises extraños y de las personas sensatas. Pero bien, ¿quién es ese calavera á quien se pretende ridiculizar? ¿Acaso á Sancho Panza?—De ningun modo, porque todo cuanto se nos refiere de él, es altamente inverosimil y está falseado miserablemente su carácter. ¿Por ventura al bachiller Sanson Carrasco?—No es tampoco posible por las mismas razones anteriormente aducidas. ¿Tal vez al discreto Pedro Perez?—Ofensa seria el creerlo. ¿Pues á quién se alude entónces? ¿Qué calavera es ese á quien se trata de zaherir con tanta ingeniosidad al parecer?—No lo sabemos á derechas, si ya no imaginamos que tal vez fuese un Don Aniceto, del que nos habla el imitador con tan poca gracia como de los demás personajes de su novela, y al cual nos lo presenta como bellaco y burlon consumado, hombre agudo y alegre, uno de esos caballeros de industria, en fin, que tanto abundan por desgracia en las ciudades y en las aldeas; el cual Don Aniceto, despues de engañar sabrosamente al buen cura, y de dar ridículas lecciones de padeografía á Sancho Panza, para que dignamente supiese ejercer sus funciones de consultor, y de cometer y decir otros mil dislates, está á punto de ser preso á causa de sus bellaquerías, y se libra de caer en las manos de la justicia por los buenos oficios de Pedro Perez...

Si este es, por tanto, el tipo creado por el imitador de Cervántes para ridiculizar á los caballeros de industria y á los calaveras que con sus actos rebajan la gravedad de la nacion española, y nos ponen en evidencia ante los reinos extranjeros, desde luego decimos que es un tipo bien ruin y bajo, desgraciado y grotesco; pero al fin enteramente dig-

adecuados; todo es abundancia, plácemes, alegría y propósitos venturosos; la felicidad campea y se muestra sola y señora por do quier. Mas presto la escena cambia, todo se trueca. Aparece rica y vistosamente aderezada la novia, rodeada de otras muchas hermosas jóvenes, pero jamás tanto como ella, quien resplandece sobre todas con ventajas maravillosas; empiézanse con inusitado regocijo las fiestas precursoras de los desposorios; ya falta poco para que el sacerdote los una con los eternos lazos; pero en lo más animado del general contento, se ofrece á la vista de todos el pobre, el desventurado, el poco atendido Basilio, quien despues de echar en cara á Quiteria su desconocimiento é ingratitud, y de pronunciar otras palabras, todas á lamentar su desdichada suerte encaminadas, con presteza y resolucion increibles, desenvaina un estoque y atraviésase con él. Síguese á esto la natural confusion; acuden presurosos á socorrerlo; ínstale el cura para que se confiese, pues tan á punto está de morir; mas él se niega á efectuarlo, si su amada Quiteria no le da la mano de esposa en aquel postrimero trance. Accede á ello el rico Camacho por los consejos y palabras del sacerdote; acércase Quiteria turbada y vergonzosa al sitio donde el mal herido se hallaba; se verifica el no pensado desposorio: y, apénas ha terminado el piadoso acto, cuando Basilio, sacándose con ligereza del pecho el estoque, apa-

no del pobre talento del señor Delgado. Ni comprendemos tampoco qué necesidad tenia el señor Delgado, para haber conseguido su objeto, de traer á cuento al escudero de Don Quijote, sacarle de su pacífica morada, convertir á las personas discretas en necios consumados, y entretener al lector con la reseña de sucesos inverosímiles.

Osadía grande fué sin duda la del señor Delgado, cuando no se paró en comenzar su novela del siguiente modo: «Descolgó su bien cortada pluma el prudentísimo Cide-Hamete Benenjeli (porque le pareció no tenerla ociosa y colgada segun la dejó en el capítulo LXXIV de su *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha)* para seguir la Historia de su escudero Sancho Panza, lustre y blason de su patria, y digno por sus buenos servicios y famosos hechos de que no quedase al olvido este segundo héroe, de cuyo calibre, como del de su señor, se hallan muy pocos en el dilatado ámbito de la tierra...» ¿No comprendió el señor Delgado que al atreverse á descolgar la gallarda péñola de Cervántes, no hacia otra cosa sino cubrirse con el ridículo y manifestar á las claras su ineptitud y lo escaso de su talento? ¿No reflexionó que al obrar así, tenia de quedar incluido necesariamente en el número de esos presuntuosos y malandrines escritores de quienes nos dice Cervántes que habian de profanar su pluma?... Varios autores han maltratado el tipo de Sancho: tanto como el señor Delgado, ninguno ni nunca.

rece sano y salvo, pues no se habia inferido ninguna herida, sino por medios artificiosos y sutiles habia dado hasta entónces por verdad lo que sólo era producto de una bien combinada supercheria. Quiteria y Basilio ven por tal estratagema realizados sus honestos y limpios deseos. Quieren Camacho y sus aduladores al pronto tomar venganza de la pesada burla; mas interviene Don Quijote, pónese al lado de la pobreza virtuosa, intimida á la riqueza lisonjeada, pronuncia palabras bellísimas en defensa de los enamorados Quiteria y Basilio, y desiste Camacho de su propósito de perseguirlos, prosiguiendo la interrumpida fiesta y dando al olvido el inesperado incidente. Basilio y Quiteria no se quedan á las fiestas, y se retiran á la aldea del primero, acompañados de sus amigos y de Don Quijote y Sancho; «que tambien los pobres virtuosos y discretos, como dice Cervántes, tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.» Nada se encuentra de inverosímil ó inexplicable en esta narracion. Sin embargo, á primera vista, no parece muy aceptable aquel casamiento súbito, ni se cree posible que el cura lo legitime en un momento por responder á los deseos de Basilio; empero tal equivocado raciocinio se desvanece y se anula por completo, cuando se considera que el cura sólo accede á las pretensiones del herido desesperado cuando ve que su muerte está próxima, y que para hacer confesion pide ántes desposarse con la bella Quiteria. Bien podia, pues, la caridad cristiana, siempre solícita, siempre dulce y magnánima, ser complaciente en aquel acerbo momento, puesta la mira en la salvacion de un pecador, de un suicida, de una persona que en la desesperacion moria. Si aquel suicidio era fingido, módos y términos habia lícitos para sancionar satisfactoriamente el casamiento; que no estaba obligado el bien intencionado sacerdote á ser profeta, ni podia escudriñar los más ocultos pensamientos y designios: bastábale con haber usado de su sensatez y de su misericordia en instantes supremos, y haber creido y juzgado como todos juzgaron y creyeron.

En la relacion de los castos amores de Ana Felix y de Don Gaspar Gregorio, patentiza Cervántes los tristes resultados de aquella inconsiderada y perjudicial determinacion de la expulsion de los moriscos, llevada á efecto de un modo cruel y desapiadado en el reinado del tercer Felipe, por más que en algun lugar del texto aplauda aquella resolucion, considerándola de impor-

tancia é indispensable para la salvacion de la patria; pero Cervántes en esta cuestion no podia ser todo lo explícito que hubiera deseado, y así se limitó á presentar un cuadro vivo y animadísimo de las consecuencias que reportaban aquellas medidas tan inexorables de persecucion, no sólo á los que tenian la desgracia de profesar la religion musulmana, sino especialísimamente á los que, descendientes de infieles, eran sin embargo verdaderos y católicos cristianos. Por eso vemos que Ricote, que rendia culto á esta adorable religion, tiene que ausentarse prontamente de la querida patria y familia, temeroso de que fuese ferozmente perseguido, pues por la poca ó ninguna consideracion y prudencia que en la expulsion de los moriscos se tuvo, ni áun les era dable á los que profesaban la misma religion de los españoles el justificarlo ante las desatentadas autoridades, más prestas para cometer acciones tiránicas, escuchar las delaciones de un contrario, ó dar asentimiento á las tramas fraguadas por la calumnia, por el odio ó por la venganza contra determinados individuos, que para esclarecer la verdad, oir la razon y otorgar cumplida justicia. ¡ Cuán al natural está pintada en la historia de Ricote la triste suerte de todos los que, siendo de linaje morisco, eran tambien cristianos, y viéronse forzados por un decreto inaudito y por unas potestades avasalladoras á huir de su hogar, á perder su fortuna, su tranquilidad y áun su vida! La lamentable y precipitada marcha de Ricote, sirve á Cervántes para escribir un tierno y sentidísimo cuento amoroso. La hija de Ricote, que era católica verdadera, ido el padre y llevada á efecto la expulsion, vese obligada, no obstante sus protestas y las de su madre, católica asimismo, á pasar á Argel con algunos de sus parientes y deudos que en la creencia musulmana persistian. Vase con ellos el hijo de una persona rica, de nombre Don Gregorio, que adoraba más bien que amaba á la discreta y hermosísima Ana Felix. No bien llegan á Argel, cuando el rey tiene noticia de la singular belleza de la jóven; condúcenla á su presencia; y para que no quede cautivo en las redes de sus atractivos, la que, pareciendo morisca era legítima cristiana, le advierte que ha dejado un cuantioso tesoro escondido en su tierra: codicioso por extremo el monarca, proyecta y facilita los medios de recuperar aquellas riquezas; para ello dispone un bergantin que habia de partir de Berbería á España, llevando á la hija de Ricote, con ánimo de que la desembarcasen en el lugar donde ella señalara, vestida de cristiana, para

desenterrar los caudales. Mas por desgracia, los pérfidos turcos á quienes la embarcacion venia confiada, ántes de arribar á donde Ana Felix quisiera, determinaron barrer la costa de Barcelona y hacer alguna presa: hallábanse en el puerto algunas galeras; disparan la artillería los del buque infiel, y quedan muertos dos tripulantes de la capitana española. Entra el deseo de vengar aquellas muertes tan á traicion hechas; apresan las galeras á la nave turca; y toman por arraez del bergantin á la encantadora Ana Felix, que estaba vestida de hombre y un gallardo mozo parecia. Indignado el general de la nao española por la muerte de los dos soldados, manda ahorcar al mancebo; mas cuando ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, llega el visorey á la capitana, y viendo tal espectáculo, suspéndese el castigo, y ordena al ya próximo á morir que cuente su vida y dé explicacion de sus osadías. Relata brevemente su historia Ana Felix; enternece los ánimos de todos con el cuento de sus honestos amores; y dice que por estratagema suya, queda en Argel, vestido de mujer, Don Gregorio, su noble y sincero amante, esperando su libertad. No bien acaba de hablar Ana Felix, cuando su padre Ricote, que peregrinando iba por España en busca de su hija, vestido de aleman, despues de haber desenterrado el tesoro que dejó oculto en su pueblo, reconoce y abraza á su hija, dando esto lugar á escenas de grandísimo sentimiento. Ricote habia entrado en la embarcacion al mismo tiempo que entró el visorey con su comitiva.

Admirados todos del extraño caso, las personas más principales se proponen interponer su influencia para que padre é hija pudiesen vivir tranquilamente en España, y al efecto marcha á Madrid un caballero rico y de grandes relaciones, llamado Don Antonio Moreno, quedando en el entretanto que este señor no conseguia lo que se deseaba, Ricote en casa del visorey de Barcelona, y la hermosa Ana Felix en compañía de la misma mujer de Don Antonio. Olvidábasenos decir que, merced á la prodigalidad de Ricote, al amor de su buena hija y á los excelentes oficios de todos, el jóven Don Gaspar Gregorio, fué libertado de la situacion tristísima en que se hallaba en Argel, y despues de haber sido recibido en Barcelona, por Ricote con lágrimas y por Ana Felix con honestidad, segun las frases felicísimas de Cervántes, partió para la córte con Don Antonio, llevado de la mira de activar cuanto ántes el momento de su ventura y abra-

zar á sus padres, que muy desconsolados estaban desde su presta y súbita ausencia.

¡Cuán notable contraste entre estos dos bellísimos y morales episodios con los que interpoló en su libró el falso Avellaneda, y de que hemos hablado en el anterior capítulo! ¡Qué enaltecidas quedan en las obras del primero las buenas costumbres y las intenciones sanamente amorosas, y qué bajamente menospreciados son por el segundo todos los puros y nobles afectos, puesta la intencion solamente en la alabanza y áun la deificacion de lo deforme y criminal!

Las doncellas y damas que Cervántes presenta en escena en la Segunda parte, están adornadas de las mismas cualidades de honestidad que las de la Primera. Quiteria corresponde á lo que era de esperar de una buena hija, obedeciendo sumisa á casarse con el hombre á quien sus padres preferian; no es sabedora del ardid que entrañaba el fingido suicidio de Basilio; pero una vez libre del compromiso de ser esposa del rico Camacho, por las circunstancias referidas, ya podia demostrar su predilecto amor á Basilio, teniendo por verdadero y legal el matrimonio intentado y de tan singular modo contraido, sin faltar en nada ni á su pudor ni á su dignidad; ántes bien, dando señales de discrecion, se granjeaba las generales simpatías por su desinterés y nobleza. El tipo de Ana Felix es sumamente encantador. Se leen con pena las muchas que sufrió aquella jóven cristiana, honestísima, inteligente y enamorada, merecedora siempre de la mejor suerte y de la proteccion de todos. Corresponde á la pasion que le profesa el apuesto y rico Don Gregorio con aquellas relaciones puras y finezas gratas y comedidas con que responden siempre los ánimos virtuosos á las distinciones y preferencias del amor. Su hermosura compite con su grandísima perspicacia y su rectitud de intenciones. Se la ama y se la admira juntamente: tan sobresaliente es. En la interesante figura de la duquesa veremos los defectos de una educacion muelle y ociosa, propension á los pasatiempos, burlas contra las personas, futilidades por recreos, inconveniencias por donaires, falsedades por certezas; pero tambien verémosla siempre fiel y honradísima consorte, y ni áun la maledicencia ni la envidia osaron jamás poner tacha en la limpieza de su conducta. Las esposas de Don Antonio Moreno y Don Diego de Miranda son dos damas dignas de toda estima y respeto, y sus pensamientos no se dilataban más allá de los justos

propósitos de sus maridos. La misma doncella Altisidora, aquella que tan determinadamente se divierte con el caballero de la Mancha, aparece como desenvuelta, amiga de burlarse, lista y dispuesta para toda travesura, pero jamás se muestra como liviana ni licenciosa. Es sólo una muchacha viva é inexperta que halla en todo lo referente al Hidalgo motivos de pasatiempo y de risa. En fin, hasta aquellas dos señoras, que en el baile habido en casa de Don Antonio Moreno en Barcelona, se dieron traza en sacar á danzar á Don Quijote, moliéndole no sólo el cuerpo, sino el ánima, segun Cervántes, si bien de gusto pícaro y burlonas, y algo descompuestas «por dar lugar á que las burlas alegrasen sin enfado,» eran con todo muy honestas.

Sólo una mujer aparece ménos recatada y muy reprensible, la hija de Doña Rodriguez, la cual dando oidos al demonio de la vanidad y del interés, déjase seducir y se rinde á los deseos de cierto vasallo rico del duque, quedando luego burlada la jóven é imposibilitada de recuperar su honor. Vese así como Cervántes al presentar el vicio, el defecto, la falta, no es para justificarlos, sino para hacer palpables sus horribles y desesperadoras consecuencias. La hija de Doña Rodriguez no ha sabido guardar su honra; no ha luchado ni vencido en la guerra de la concupiscencia contra los sagrados deberes del pudor. Cervántes hace ver que era absolutamente imposible reparar proceder tan criminoso. Por eso ni todos los esfuerzos que hace Doña Rodriguez porque se verifique el matrimonio de su hija con el que la habia ofendido, ni sus quejas al duque, ni áun la misma intervencion de Don Quijote, ni la resolucion del lacayo Tosilos de casarse con la deshonrada jóven, pueden llegar á un arreglo en el asunto; ántes bien lo empeoran, y al fin la Doña Rodriguez sale del palacio de los duques, y su malandante hija queda encerrada en un convento; castigo merecido del descuido de aquella y de la deshonestidad y poca reflexion de ésta.

Mucho más nos detendriamos si hubiéramos de hacer notar y ensalzar todas las perfecciones que la Segunda parte de *El Quijote* atesora, no sólo respecto al mérito literario (pues como hemos insinuado, no tanto es la mejor obra de Cervántes, cuanto de la literatura española en general), mas tambien por la portentosa suma de erudicion que revela en aquel gran escritor, quien con magistrales y profundos conocimientos y suficiencia trata de gobiernos, estados, religion, leyes, naciones, guerras, historia,

geografía, astronomía, literatura, ciencias, artes, agricultura, comercio, industria, en fin, de todo y sobre todo. Pero dámonos por satisfechos con haber estudiado más detenidamente que hasta aquí el mérito de esta produccion universal, sin necesidad de hacer más extenso y dilatado nuestro estudio para complemento del elogio. (1)

---

(1) Cervántes, que profetizó el gran renombre que su libro habia de obtener en los venideros siglos, acertó tambien con la triste merecida suerte que tuvo, tiene y tendrá la obra de su imitador Avellaneda. «Si ella (la *Historia de D. Quijote* por Avellaneda) dice en un capítulo, fuese buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuese mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.» — «Bien sea venido á nuestra ciudad, decian en Barcelona al *D. Quijote* de Cervántes, el espejo, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene: bien sea venido el valeroso Don Quijote de la Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.» La posteridad ha confirmado y corrobora cada dia más los justísimos juicios de Cervántes.

Como dato curiosísimo, puesto que de *El Quijote* de Cervántes y del espureo hemos tratado con tanta extension, vamos á citar una continuacion extranjera que se hizo á fines del siglo XVII por un Avellaneda francés. De este libro ha hablado Morán, aunque muy superficialmente en su *Vida de Cervántes;* pero quien más detalles ha dado de dicha produccion ha sido el ilustrado cervantista D. Leopoldo Rius y Llosellas en un original y notable trabajo que se insertó el año pasado de 1872 en el tomo 1.º de la *Crónica de los Cervantistas*, páginas 124 á 128. Es un estudio tan extenso y completo sobre la referida imitacion el del Sr. Rius, que nuestro principal cuidado será el seguirlo fielmente para dar una exacta idea del aborto francés. No otro nombre merece esa continuacion disparatada. Consta de sesenta y un larguísimos y pesados capítulos.

Revuelve y desmenuza el atrevido autor con gran descaro el último capítulo de *El Quijote* de Cervántes, y al llegar á las hermosas frases con las que Alonso Quijano el Bueno se despide de sus amigos, las trueca y dice: «D. Quijote curó por fin, y volvió á su buen juicio, de modo que era consultado y admirado por todos sus vecinos.» Dice un tal Zulema, por boca del continuador que D. Quijote se entretenia ociosamente en su aldea; que en una discusion con el cura, nuestro caballero se declaró contra la diversion de la caza, y pasaba largas pláticas con Sancho, en una de las cuales le propuso éste se casase con su hija Sanchica. Sin más ni más, D. Quijote se vuelve otra vez loco, Sancho quiere ser armado caballero andante, y su amo en un pesadísimo discurso, habla furiosamente contra el orgullo de los grandes. Pasando por alto la visita que Dorotea hace á D. Quijote y á Sancho, visita ri-

CAPÍTULO XXV.

En el mismo año que se publicaba en Madrid la Primera parte de *El Quijote* de Cervántes, acaeció en Valladolid el nacimiento de Felipe IV. Suceso fué éste de gran importancia y muy celebrado con vivas demostraciones de alegría. En Valladolid, especialmente, como córte de España, solemnizóse con singular magnificencia. Los cronistas, historiadores y poetas de aquel rei-

---

dícula en que este último se enamora de aquella princesa, llegamos al capítulo en que D. Quijote arma caballero á Sancho, cuya ceremonia tan sólo es un pobre remedo de la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero. Empieza á cometer extravagancias Sancho. Ataca á dos avestruces que le derriban y maltratan, de manera que se cree vencido y muerto por mano de dos encantadores africanos. Llévanle á la casa más próxima, y acontece ser la de Basilio el pobre, casado con Quiteria la hermosa. En ella ambos caballeros permanecen varios dias, durante los cuales Sancho se embriaga muchas veces, dice mil boberías, y habla de historia, de mitología, de nigromancia y otras cosas más.

Prosiguen los dos caballeros su marcha; D. Quijote entra en una herrería, que en su delirante fantasía cree es el infierno, y combate y ahuyenta á toda la cohorte infernal: sale del averno, penetra en un bosque, y la suerte le lleva á salvar la vida de una tal Eugenia y de su esposo Valerio, víctimas de ladrones. En premio de tal hazaña, ambos caballeros andantes son hospedados en el castillo de los salvados esposos, en el cual les avienen una serie de aventuras que quieren ser remedo de las donosas burlas trazadas por los duques en la Segunda parte de *El Quijote*. Las que Valerio y Eugenia hacen á D. Quijote son tontas é inverosímiles en alto grado, y no decimos nada de las que sufre Sancho, pues con ser tan groseras rayan en lo indecoroso.

Continúase diciendo que llegaron al castillo unos viajeros y viajeras franceses, quienes por vía de episodio, relatan una larguísima historia; salen nuevos personajes; hay mezcolanza de combates, en los que toma tambien parte una cuadrilla de ladrones; aparecen como por encanto D. Fernando, Dorotea, la Duquesa y el Duque; D. Quijote sufre á quema-ropa una descarga de fusilería que no le hace mella, y á renglon seguido surge en cuerpo y alma un encantador que lo re-

nado, lo recordaron con encarecimientos extraordinarios. La córte de Felipe III, dada de suyo á todo boato y demasiada ostentacion, quiso desplegar un lujo por extremo fastuoso en el bautizo del heredero del trono. Habia visto éste la luz el 8 de Abril de 1605, y recibió las aguas bautismales el 28 de Mayo en el convento de San Pablo de Valladolid. La circunstancia de estarse por entónces concertando paces con Inglaterra, despues de largas enemistades y luchas, y el haber llegado á la córte de España el conde Hontinghan con designio de ratificar las mencionadas paces, hizo aún más suntuosas aquellas fiestas. Agasajóse expléndidamente al embajador inglés; no se perdonó gasto para demostrar riqueza y poderío; el duque de Lerma dió nuevas pruebas de sus prodigalidades y vanidosas ambiciones; fué recibido por Felipe III el caballero británico con mucha cordialidad y regocijo; en fin, el conde Hontinghan asistió al bautizo del prínci-

---

vuelve todo. Siguen las burlas en el castillo; Sancho llega hasta el punto de insultar á la duquesa; D. Quijote de incógnito desafía á su antiguo escudero; el lance tiene lugar en un bosque, y acompáñanle una porcion de transformaciones y desapariciones, que mejor que aventuras parecen comedia de magia, como dice muy oportunamente el señor Rius.

Síguense relatando muchas inverosimilitudes y disparates; pero nada tan lleno de despropósitos como lo siguiente: D. Quijote y Don Sancho Panza, paseando por uno de los parques del castillo de la duquesa se encuentran de manos á boca con la de la cueva de Montesinos; penetran en ella, y allí les avienen en tropel innumerables aventuras. La tierra se abre, vomitando llamas y demonios (sic), con una serie de mágicas visiones donde aparecen y desaparecen Merlin, el sabio Freston, un encantador llamado Parafaragaramus, Pluton, Minos, Radamanto y otros; la cueva se transforma de mil maneras, y todo se reduce á truenos, llamas, demonios, derrumbamientos y confusion; formando una amalgama de escenas inverosímiles las unas, extravagantes las otras, inconexas las más, y ninguna ingeniosa. Todo esto para preparar el desencanto de Dulcinea. ¡Qué desencanto! Despues de mil mutaciones y transformaciones propias sólo de un espectáculo de magia, aparece la misma figura, el rostro mismo, la misma fisonomía, la perspectiva misma de Aldonza Lorenzo. El medio más expedito que el autor anónimo encuentra para desencantar á Dulcinea, es la aparicion de Aldonza Lorenzo en carne y hueso, á cuya vista D. Quijote queda absorto, sobre todo cuando le dicen que para siempre debe renunciar á su dama, porque ésta va á hacerse monja. Confesemos que desenlace más insulso no lo hay.

Para acabar el exámen de la portentosa continuacion, diremos que por iniciativa de los duques, llegan al castillo, además de Aldonza Lo-

pe, correspondiendo á las deferencias, atenciones y buen acogimiento que se le dispensaba. Faustos eran en verdad los dos acaecimientos, el natalicio del heredero del trono y el pacto de paz con una nacion poderosa, para que no fuesen acogidos con general contentamiento, si bien, como hemos indicado, en la capital de la Monarquía subió el entusiasmo á un punto inconcebible de magnificencia y áun derrochamiento. Durante diez y siete dias hubo convites y banquetes incomparables, saraos, mascaradas, bailes, fiestas de toros y sortija y otras diversiones aristocráticas ó populares, que excedieron á toda ponderacion y fueron objeto de elogios universales.

Publicóse aquel mismo año en Valladolid, y acaso costeado por el infatuado duque de Lerma, un folleto que contenia la narracion y descripcion de aquellas fiestas en que tanto lució su prodigalidad y riquezas el valido de Felipe III. (1) Esta obra, que consta

---

renzo y su marido (¡Dulcinea casada!), el cura y el barbero, un sobrino de aquel, Teresa Panza y su hija,... en fin Argamasilla entera. Una vez reunidos, todos contribuyeron al desencanto de Dulcinea, y regresan á su lugar. D. Quijote y Sancho, á su vuelta, beben del agua de una fuente que ellos toman por la del olvido, y que real y efectivamente causa la muerte á D. Quijote.

D. Gerónimo Morán dió noticia de la obra anterior, refiriéndose á una edicion de 1741. Pero el Sr. Rius, con el profundo conocimiento bibliográfico que le distingue, ha observado que la tal continuacion figura ya con la traduccion de Filleau de S. Martin, impresa en Paris en 1681. «Despues, añade el Sr. Rius, se han repetido las ediciones y en la mayor parte de ellas aparece Filleau como traductor, sin embargo de que consta que éste sólo ha traducido lo que escribió Cervántes, y la continuacion ha quedado anónima, si bien algunos la atribuyen á Roberto de Chailes. De esta manera *El Quijote* continuado ha circulado y circula por Francia como cebo para los incautos.»

Nada tenemos que decir sobre el demérito literario de este engendro, y más comparándolo con el magnífico original de Cervántes. Basta haber expuesto los dislates que contiene la continuacion de ese nuevo Avellaneda, para que se comprenda que Roberto de Chailes sólo fué uno de esos malandrines escritores que osaron descolgar la pluma de Cervántes para proseguir aventuras cuya transcendencia no alcanzaban, y cubrirse de ridículo ante la posteridad en todos los tiempos.

(1) Hé aquí el título de este escrito: *Relacion de lo sucedido en la ciudad de Valladolid, desde el punto del felicísimo nacimiento del Príncipe Don Felipe, Domínico, Victor, Nuestro Señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron.*—Al Conde de Miranda.—Año (Escudo Real de España) 1605.—Con licencia en Valladolid, por Juan Godinez de Millis.

de 50 páginas en 4.°, ha sido atribuida á Cervántes, desde que el Sr. Pellicer, sutilizando demasiado sobre un soneto de Góngora, en que se dice en tono de fisga que la relacion de las fiestas se mandó escribir á D. Quijote, á Sancho y su jumento, creyó buenamente que tal composicion era de la misma pluma que trazó las inmortales páginas de *El Quijote.* Pero á todas luces era y es erróneo tal juicio, y ha sido imperdonable falta en los biógrafos sucesivos el admitirlo. Sólo un crítico distinguido, el Sr. D. Cayetano Rossell, ha sido quien ha demostrado sus dudas sobre la autenticidad de la citada produccion, no viendo en ella ni el ingenio ni el estilo peculiares y distintivos en el Regocijo de las Musas; mas no por eso destruye del todo la opinion; ántes bien, concluye por conceder tácitamente que sea original de Cervántes, incluyéndola en la coleccion de obras del mencionado sabio.

Nosotros, que no juzgamos atrevimiento, sino cometido digno del crítico, desvanecer los pareceres y las ideas predominantes sobre tal ó cual punto histórico, literario ó científico, cuando razones y argumentos hay para ello, como en este caso, negamos terminantísimamente que Cervántes escribiera la Relacion de las fiestas de Valladolid en 1605. Los únicos apoyos en que se fundan los que conceptúan al inventor de *El Quijote* como autor de aquel opúsculo, son inadmisibles y muy deleznables. Góngora, al decir que el relato de aquellas fastuosas diversiones se mandó escribir á D. Quijote, á Sancho y su jumento, no quiso significar ni mucho ménos aclarar, segun entendemos, que se hubiese dado el encargo á Cervántes, si no que se habia encomendado tal tarea á algun escritor poco ilustrado, tal vez conocido por sus cortos alcances y su vulgar criterio; en lo cual estuvo acertado, pues basta un repaso de la obra descriptiva á que hacemos referencia, para condenarla por impertinente, pesada y enfadosa. Sábese además muy perfectamente que Cervántes era mal apreciado por los magnates, que la envidia y la disfamacion le habian desconceptuado, y que en vez de tener acceso é influencia bastantes en el palacio del duque de Lerma y otros principales caballeros de la córte, era mirado por ellos con manifiesta indiferencia, compasion ó desprecio. ¡Y preténdese, sin embargo, que aquel presuntuoso valido, que aquellos ensoberbecidos señores de la córte del tercer Felipe, se acordaran preferentemente de Cervántes, y le encargaran la composicion de una obra casi oficial! Eso no es concebible siquiera, cuanto más demostrable.

El ilustre bibliágafo D. Cayetano Alberto de la Barrera presentó nuevas pruebas en 1863, que parecian justificar lo dicho y sospechado de que Cervántes habia sido el autor de la Relacion de los festejos vallisoletanos; pero fijando bien la atencion sobre lo ofrecido por aquel doctísimo crítico, se comprende que no puede producir el convencimiento ni la persuacion. Dice que en varios papeles manuscritos que vió el célebre D. Bartolomé Gallardo en Sevilla, hallábase uno, que contenia la relacion de las fiestas de cañas y toros que los caballeros de aquella capital hicieron en Octubre de 1620, y en el referido papel, defendiéndose el autor de las inculpaciones que le hacian de ser demasiado prolijo en reseñar los gastos y otros pormenores, se trae á cuento la Relacion de las diversiones de Valladolid, dándola por de Miguel de Cervántes; prueba, segun el Sr. Barrera, decisiva. Mas no lo juzgamos nosotros así, pues en primer término, era preciso comprobar ese apunte bibliográfico sacado por Gallardo, amigo de originalidades y cosas nuevas; y despues, áun aclarado ser exacto y verídico en todas sus partes, seria muy poca la confianza que podria inspirar y la autoridad que debia dársele á un autor anónimo, que habia dejado inédita una Relacion donde se hacian aseveraciones basadas en la equivocacion propia ó en errores ajenos.

Pero áun cuando no fueran tan débiles los datos presentados para achacar la paternidad del opúsculo á Cervántes, bastáranos leerlo, para conocer que es completamente falso cuanto sobre el particular se ha dicho. No puede darse cosa más desmazaladamente escrita, con ménos artificio hecha, más despojada de atractivo é interés, y sobre todo de aquella particular gracia y encanto que Cervántes tenia para las narraciones y para la descripcion de objetos, fiestas y acontecimientos señalados.

Pellicer, que tenia muy mal gusto literario, creyó hallar el estilo de Cervántes en la obra de Valladolid, y hasta el último biógrafo de nuestro escritor, D. Gerónimo Morán, vió en ella asimismo señales parecidas. Pero si hasta ahora ha sido una suposicion, fundada en documentos inaceptables, tal juicio, de hoy en adelante, y despues de haber demostrado el único sentido en que deben tomarse las palabras de Góngora, y la inutilidad de la prueba ofrecida por Gallardo y Barrera, seria obcecacion grandísima el insistir en equivocacion semejante.

El docto bibliógrafo Sr. Barrera, conociendo la disparidad de estilo que hay entre las obras de Cervántes y la Relacion de las

fiestas de Valladolid, queriendo sin embargo atribuírsela, objeta que «quizá el insigne escritor, habiendo tomado el encargo de escribir la Relacion, ya por deferencia y respeto á encumbrados personajes, ya por la necesidad de subvenir á sus obligaciones, se limitó á reunir y coordinar los datos que se le facilitaron; y resuelto á omitir su nombre en publicacion tan extraña á su ingenio y aficiones literarias, no sólo descuidó toda suerte de ornato y aliño en el estilo, sino que de intento desfiguró los naturales giros de su elegante pluma.» Pero esos son argumentos especiosos que no producen convencimiento, pues que no pudo encomendársele la composicion de la obra por ningun magnate, ya lo hemos patentizado; y que Cervántes se propusiera escribir desaliñadamente porque no iba á estampar su nombre al frente de la Relacion, nos parece destituido de todo fundamento, y más si se tiene en cuenta que ninguna razon habia para esa modificacion forzada en su natural modo de expresarse, ni Cervántes hubiera podido escribir de suerte tan rematadamente mala, aunque á ello se hubiese propuesto, porque nunca puede degenerarse tanto y tan repentinamente cuando, como sucedia con Cervántes, era el modelo del mejor gusto y de la elegancia, de la facilidad y de la riqueza del bien decir.

No era la materia por cierto ingrata ni desapacible: campo ancho ofrecia el relato de unas fiestas tan suntuosas como las de Valladolid fueron, para que el ingenio de Cervántes se hubiese espaciado en su narracion interesante y atractiva. Si el incomparable autor de *El Quijote* lo hubiese sido tambien del opúsculo vallisoletano, no hubiera desmentido su peculiar disposicion ni excelente traza, y en describir aquellos festejos habria tenido la misma fortuna y buen tacto, ingeniosidad y seduccion que demostró en análogas pinturas y relatos de distracciones y fiestas en sus auténticas obras. Quien recuerde la manera magnífica con que están referidos por Cervántes las bodas de Camacho, los sucesos del palacio de los duques, los desposorios de Daranio y Silveria, y otras fiestas, ya sencillas, ya fastuosas, en algunas de sus obras, ¿cómo ha de admitir que ese mismo autor estuviese tan torpe y tan poco experto al describir los festejos de 1605?...

Más verosímil y más arregado á buena crítica es sospechar que el verdadero autor de la Relacion de las fiestas de Valladolid, seria algun escritor de esos adocenados que, no pudiendo adquirir nombre, se hacen aduladores vergonzantes de los favorecidos por

la fortuna, alguno de aquellos lisonjeros poetas ó prosistas que deificaban al duque de Lerma en todos momentos para granjearse su gracia y tenerlo más propicio para que demostrase con ellos su liberalidad y magnificencia. Pero como el oficio de lisonjero no da al escritor ni la inspiracion ni el talento que le falta, por eso el que compuso la Relacion de las fiestas, no pudo demostrar más que lo que era y lo que valia: un autor oscuro, sin estilo, sin ingenio, empalagoso, desgraciadísimo en expresarse.

No ofendamos, pues, de hoy más la memoria y el nombre de Cervántes: no creamos, ni sospechemos siquiera, que es obra suya la Relacion de las fiestas de Valladolid con motivo del nacimiento de Felipe IV.

CAPÍTULO XXVI.

En aquel mismo año de 1605 vióse Cervántes envuelto en un proceso criminal, suceso lamentable que vino á agravar más acerbamente su existencia. Vivia por aquellos tiempos en la córte de España un caballero navarro, protegido del marqués de Falces, apuesto, jóven, galanteador por extremo, enamorado y dado á los pasatiempos y distracciones, llamado D. Gaspar de Ezpeleta. Este caballero, pues, al atravesar como á las diez y media de la noche del 27 de Junio del año referido, acompañado de un paje suyo, por la calle del Rastro, junto al puentecillo que estaba sobre el rio Esgueba, vióse detenido por un hombre, quien le mandó que de allí se fuese. Contestóle D. Gaspar con entereza y arrogancia que tarde se iria, y desenvainando las espadas entrambos, sostuvieron una empeñada lucha, de la que resultó mortalmente herido el caballero navarro. Huyó el agresor, dió voces D. Gaspar demandando auxilio, y de la casa donde vivia Cervántes con su familia, calle del Rastro, número 14 actualmente, salió un hijo del cronista Garibay, sacerdote, que con otro hermano y con su señora madre, D.ª Luisa Montoya, moraban en otras habitaciones de la citada casa. Llamó el clérigo á Cervántes, que estaba entregado al reposo, y levantándose éste, bajó inmediatamente, viendo el triste espectáculo, y apresurándose á conducir al herido al cuarto de Garibay, donde quedó, siendo asistido con la mayor solicitud y cuidado. Las heridas de D. Gaspar eran sin embargo tan graves, que todos los recursos de la ciencia fueron ineficaces, y falleció el dia 29 del mismo mes por la mañana.

Personada en la casa la Justicia, procedióse á la indagacion de las causas de aquella desgracia, siendo inútiles todos los esfuerzos para descubrirlas, ni se pudo tampoco saber quién hubiese sido el acometedor de D. Gaspar de Ezpeleta. Afortunadamente éste pudo declarar ante la Justicia en sus últimos momentos, y sus palabras, si bien no arrojaban luz sobre el misterioso suceso, aleja-

ban del todo la menor sospecha de que fuese el agresor ninguno de los vecinos de la casa donde estaba próximo á espirar. Mas la Justicia quiso depurar la verdad por medio de los procedimientos usuales, y recayendo algunas sospechas de que el lance habia acaecido por galanteos del D. Gaspar hácia alguna jóven ó señora de las que en la casa habitaban, fueron reducidas á prision la hija de Cervántes llamada D.ª Isabel, su sobrina D.ª Constanza, hija de su hermana D.ª Andrea, esta misma señora que era viuda y vivia desde hacia tiempo con su hermano, otras mujeres que moraban en la casa, y Miguel de Cervántes. Sólo se libraron de ir á la cárcel la esposa de nuestro autor y una hermana de Cervántes que vivia con él, de edad de 40 años, era beata y llamábase D.ª Magdalena de Sotomayor. Asímismo no molestó en nada la Justicia á la familia de Garibay, sin embargo de que en su cuarto fué recogido el herido, y allí falleció, guardándose tales consideraciones sin duda al carácter sacerdotal que revestia uno de los hijos de D.ª Luisa de Montoya y al respeto que disfrutaria en Valladolid la esposa de aquel docto cronista.

No resultando cargos algunos contra Cervántes ni su familia, fueron puestos en libertad á los primeros de Julio, bajo fianza, y teniendo la casa por cárcel, hasta que despues se les levantó tal castigo por no haber prueba alguna que indicase en ellos culpabilidad.

Mucho se ha hablado sobre este ruidoso proceso por todos los biógrafos de Cervántes, desde Pellicer hasta Morán, y diferentes opiniones se sustentan respecto de la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta. Todo lo que se diga, no obstante, sobre este punto tiene que ser precisamente falto de fundamento y arbitrario, pues cuando la Justicia no pudo indagar entónces los verdaderos motivos ni descubrir al autor de aquella muerte, es osadía quererlo efectuar ahora, envuelto como todo quedó en las sombras del más silencioso misterio. Ni áun en el terreno de las conjeturas y de las tradiciones debe entrarse, como algunos han hecho con más ligereza que reflexion. Las primeras son siempre equívocas; las segundas, pueden ser falsas y sólo forjadas á capricho de los interesados en sostenerlas. Ninguna razon asiste á los que sostienen la conjetura de que Cervántes ó su hija ó sobrina tuvieron parte activa en el fatal lance de Ezpeletà; pues áun admitiendo que ó D.ª Isabel ó D.ª Constanza, fueren pretendidas por algun caballero, y que éste, viendo que D. Gaspar trataba tambien de galantear á dichas

jóvenes, quisiere impedirlo, verificándose uno de aquellos duelos amorosos que tan en boga estaban en la córte de Felipe III, no vemos que hubiese el más mínimo motivo de culpa por parte de Cervántes, que acaso hasta ignoraria que alguien tuviese pretensiones de hablar á su hija ni á su sobrina, ni por parte de éstas tampoco, á quienes no podia hacerse responsables de las consecuencias que tuviera la terquedad de tal ó cual individuo en cortejarlas. Parece que los sostenedores de tan depresiva conjetura para la buena fama y buen nombre de Cervántes, se han fijado, para hacerla, en la predileccion con que miró á la hora de su muerte D. Gaspar de Ezpeleta á la hermana beata de Cervántes, D.ª Magdalena de Sotomayor, á quien dejó de manda en su testamento un traje de seda por el amor que la tenia; deducciones indiscretas en extremo, pues nada demuestra que ese recuerdo de D. Gaspar para D.ª Magdalena indicase recompensa de cariñosas pasadas deferencias ó reconocimiento de oficiosas tercerías en amores; papeles indignos, é inconcebibles siquiera, en persona de tanta virtud y experiencia y alejamiento del mundo y de sus falsedades como D.ª Magdalena; ántes bien es muy de creer, y esto perfectamente se comprende, que aquella manda la dejase el D. Gaspar á D.ª Magdalena por el solícito esmero con que le habia cuidado en los últimos dias de su vida, segun se testifica por las palabras mismas de D.ª Luisa de Montoya, nada más que guiada por aquella hermosa caridad y aquel amor hácia todos sus prójimos que se albergaban en su alma, entregada enteramente á prácticas de piedad y de abnegacion cristianas.

El último biógrafo español de Cervántes, D. Gerónimo Morán, deja el camino de las conjeturas, y se entra en el de las tradiciones; procedimiento no ménos falible, y áun más ocasionado á error y divagaciones. Dos tradiciones refiere Morán: una, la de que Don Gaspar de Ezpeleta iba á galantear á una hermosa dama, que vivia en el barrio de la Mantería, mujer de un escribano; otra, que quizá cortejaria á alguna señora principal, ó á la bella escribana y á la dama de ilustre prosapia al mismo tiempo; lances amorosos muy explicables en el caballero Ezpeleta, que era la flor y la nata de los amartelados de Valladolid. Se infiere, pues, por las tradiciones de Morán que, dirigiendo sus galanteos Ezpeleta hácia tales beldades, y acaecido el duelo de que resultó mortalmente herido, ni Ezpeleta, como buen caballero, quizo descubrir al agresor, á quien tal vez conoceria, ni la Justicia creyó prudente extre-

mar las pruebas ni las investigaciones en un suceso en que vislumbraba que no saldrian bien parados el decoro y nombre, ya de la mujer de un escribano, ya de la dama de algun elevado personaje, y así deliberadamente torció el rumbo de las pesquisas para dejarlo todo envuelto en el misterio y en la incertidumbre.

Estas tradiciones, destituidas de toda razon, inventadas quizá para hacer más interesante la narracion de un suceso trágico, son cuentos impertinentes que afean la verdad y que seria mejor no saliesen nunca de la imaginacion de sus creadores y propagadores. Ántes que hacer suposiciones gratuitas, y poner duda en la integridad de la Justicia, entendemos que vale más confesar que nada sabemos ciertamente sobre el acaecimiento deplorable que nos ocupa.

Algunos han sospechado y sospechan que el no haberse publicado íntegro el proceso de Valladolid, parece indicio de que se trata de ocultar algo depresivo para Cervántes ó su familia, ó que la casa donde vivia era habitada por mujeres de equívoca reputacion; pero los que así creen, desbarran por completo, siendo lamentabilísimo que tales ofensivas suposiciones se hagan áun hoy, cuando todo debe dirigirse al enaltecimiento de aquel escritor excelso. Hemos leido y repasado cuidadosamente el proceso íntegro, y no hay en él la menor palabra que pueda ofender á Cervántes ni á su familia: al contrario, queda en él tan digno y noble como en todos sus actos le hemos conocido; mas su publicacion extensa y completa nos parece inútil, pues ocuparia muchas páginas de nuestro libro, sin añadir nada nuevo y sustancial á lo que ya sabemos desde que Pellicer encontró el proceso, y nos dejó de él un buen extracto en todo lo referente á Cervántes. Y en cuanto á que viviesen en la casa mujeres de reputacion dudosa, es evidentemente falso é incomprensiblemente aventurado. Todas las familias que en ella moraban eran dignísimas. La virtuosa D.ª Luisa Montoya, viuda del cronista Garibay, y sus dos hijos, uno de ellos sacerdote: la viuda de Pedro Lainez, insigne poeta y amigo de Cervántes, D.ª Catalina de Aguilera, su sobrina, D.ª María Argomeda, D.ª Luisa Ayala: D. Rodrigo Montero y su esposa: D.ª María Ramirez, viuda, con su señora madre y dos niños pequeños: y D.ª Isabel de Ayala, tambien viuda. Nada resulta en el proceso contra tan honradas damas y doncellas; pero aunque este dato fehaciente no hubiera, ¿cómo puede osar la calumnia ni la vileza poner dolo en el concepto de señoras de tan ilustres familias y distinguido nombre?

La circunstancia de que la casa donde vivian las intachables personas anteriores y Cervántes con su mujer, hija y hermanas, estuviese situada en un lugar solitario y apartado de la poblacion, en extramuros, (1) no autoriza tampoco para hacer ase-

(1) Recientemente han publicado curiosos pormenores sobre la casa que habitó Cervántes en Valladolid, su actual poseedor D. Eleuterio Diez Rodriguez, y D. Miguel Perez Minguez, presidente de la Sociedad que para la conservacion de dicha finca se ha constituido én aquella ciudad el año pasado de 1875. Segun su propietario, las casas que habia ántes en el lugar que ocupó y aún ocupa la en que Cervántes estuvo viviendo, desaparecieron á causa de un incendio, y la señora de Portillo, dueña del solar, lo cedió, en pago de deudas, á Juan de las Navas, abastecedor de carnes que por entónces era de la poblacion. Dicho individuo hizo edificar en aquel sitio por los años de 1600 dos casas, en una de las cuales moró Cervántes con su familia. Estas posesiones estaban situadas en la calle del Rastro, pertenecientes á la feligresía de San Ildefonso, estuvieron señaladas con los números 9 y 11, y hoy tienen los números 14 y 16.

Estas casas estaban extramuros de la ciudad, y para llegar á ellas, dice el Sr. Perez Minguez, habia que ir por la puerta del Campo de la Verdad, orilla del Esgueba, ó por la puerta de Teresa Gil, porque lo demás estaba amurallado, y era preciso pasar por un pequeño puente de madera que habia para cruzar el rio desde el Rastro á las fincas recien construidas de Juan de las Navas.

Éste las poseyó por algunos años: luego fueron adquiridas por los frailes dominicos que ocupaban el convento de Aniago, los cuales las agregaron á una capellanía, pasando más tarde á ser propiedad del Marquesado de Verde Soto.

En 1854 fué adquirida la en que vivió Cervántes por el Sr. Diez, en cuyo poder continúa. A él y al Sr. Perez Minguez, se debe que se hayan introducido en ella algunas reformas, y se haya fundado la Sociedad literaria, científica y artística, que tiene por objeto la conservacion de una casa que tantos gratos recuerdos despierta en todos los españoles, pues en ella concluyó Cervántes la Primera parte de su *Quijote*.

Hasta el año de 1862 habian sido infructuosas las investigaciones hechas para descubrir cuál de las dos casas que Juan de las Navas edificó en el Rastro, era la que vivió Cervántes; pero el docto catedrático del Instituto de Valladolid D. José Santa María de Hita, ofreció datos concluyentísimos, por los que se comprendió sin género de duda alguna que nuestro autor habia morado en la casa señalada actualmente con el número 14 y antiguamente con el 11.

Muy dignos de elogios son todos los esfuerzos particulares que se hacen para conservar la casa que habitó Cervántes en Valladolid; pero más digno de aplauso seria el gobierno que, adquiriendo esa finca, que debe ser ya hoy un monumento nacional, imposibilitara que algun dia, siendo vendida á algun individuo no tan amante de Cervántes como el actual poseedor, ó la derribase ó la hiciera perder su forma primitiva, siendo esto tanto más sensible, cuanto que no podria conservarse una finca de tan grandes recuerdos para la literatura patria.

veraciones injuriosas y disparatadas; pues lo único que indican aquellas viviendas lejanas y extraviadas, es que sus moradores eran pobres como Cervántes, ó tenian que pasar sus dias con suma modestia ó estrechez á causa de acaecimientos tristes de familia, que era lo que sucedia precisamente á la mayor parte de las señoras viudas que allí habitaban. No ofendamos, pues, á la pobreza, á la resignacion y á la virtud: enaltezcámoslas, por el contrario. Seamos justos.

CAPÍTULO XXVII.

La córte de España, establecida en Valladolid desde 1600, por un capricho del duque de Lerma, fué trasladada á su anterior residencia, Madrid, en Febrero de 1606, por otro capricho del mismo valido de Felipe III, voluble en todo y pretencioso. Créese que con tal motivo, Cervántes se trasladó asimismo á Madrid, ya por estar más cercano á las personas que podian favorecerlo, y en las que aún tendria alguna, aunque pequeña esperanza, ya por estar próximo á Esquivias y Alcalá, donde tenia sus bienes, especialmente en el primero de los citados pueblos. Opinion generalmente admitida ha sido esta, hasta que el docto escritor Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe descubrió en la Biblioteca colombina una carta inédita, dirigida á D. Diego de Astudillo, caballero sevillano, en la que se relata una gira campestre celebrada por varios ingenios y poetas en San Juan de Alfarache durante el mes de Julio de 1606. El literato mencionado cree, teniendo en cuenta el estilo y lenguaje de la carta, que Cervántes debió escribirla, como secretario de la fiesta, reseñándola menudamente al D. Diego, que por enfermedad no podria asistir á la diversion. Desde que el Sr. Fernandez-Guerra hizo indicacion semejante, han sido varios los críticos que han seguido el dictámen de que Cervántes estuvo en Sevilla el verano de 1606, y tal vez todo el resto de aquel año y el 1607. Sin embargo, entendemos que no hay pruebas para tal creencia; y aunque con el temor de oponernos á autoridades respetables, vamos á presentar nuestros argumentos en contra. Nada autoriza á creer que Cervántes se ausentase de Valladolid con su familia en el mismo año en que la córte se trasladó á la antigua capital de la Monarquía: las razones que se presentan de que seguiria á la córte, esperando que todavía le recompensasen por sus servicios las personas principales que ejercian el poder, son del todo aventuradas, pues Cervántes no abrigaba mucha ni poca ni ninguna es-

peranza, despues de los desengaños sufridos: además, hacia muchos años que faltaba de Madrid, y en Valladolid ya contaba con un círculo más ó ménos reducido de personas que le encomendaban comisiones ó negocios, y con lo que se buscaba la subsistencia propia y la de su numerosa familia. ¿Por qué suponer que tan precipitadamente se alejara de Valladolid?

Y aunque tan repentinamente se hubiera decidido á abandonar á Valladolid, ¿era posible que se dirigiera á Sevilla? No, por cierto. En Sevilla ya hemos visto que, si bien residió muchos años, pocos beneficios debió á la fortuna, y no es probable que un hombre ya de bastante edad, y cargado de familia, volviera á la capital de Andalucía para luchar con las veleidades de la suerte. Y ¿es ni áun concebible que sólo por solaz, por recreo, por mero placer, hubiérala querido visitar en el verano de 1606? Harto escaso de recursos y harto sobrado de penas estaba nuestro autor para que siquiera lo intentase. Ni se crea que la carta á D. Diego de Astudillo, es argumento convincente sobre la estada de Cervántes en Sevilla, durante el año mencionado: con ingeniosidad y con gracia está hecha la descripcion de la gira campestre á orillas del Guadalquivir; pero, perdonésenos la sinceridad, no vemos en ella ni aquella sencillez, ni aquella donosura, ni aquel atractivo inimitable que campean en los escritos de Cervántes. Nos parece que no es aquel su estilo.

Puesto que en estos dos años de 1606 y 1607 faltan documentos fehacientes, seria más verosímil suponer, en nuestro sentir, que Cervántes permaneció en la capital de Castilla la Vieja durante aquel tiempo, como agente de negocios ó en otros cargos humildes ocupado, y que al concluir el año de 1608 ó principios de 1609, se decidiria á marchar á Madrid, con pensamiento de dedicar todas las fuerzas de su talento é imaginacion á componer obras que le acrecentasen el crédito literario, ya que no le granjeasen riquezas, y al mismo tiempo confiado en que algunos le favorecieran con sus comisiones, ó tal vez con la esperanza de que así el conde de Lemos como el arzobispo de Toledo Sandoval y Rojas le tomarian bajo su proteccion.

Sin embargo, por más que fuese muy posible que tales incentivos atrajesen á Cervántes á Madrid, creemos que hubo de dirigirse más prestamente á la córte de lo que tenia ideado, á causa del malhadado asunto de los débitos, porque se le hicieron graves cargos en los años anteriores, y por lo que se habia au-

sentado de Sevilla y fué á Valladolid en 1604. Pero entónces, como siempre, lo que pasó fué que Cervántes dió sus descargos; demostró que no adeudaba nada; quedaron convencidos y satisfechos, al parecer, los señores contadores; y por otro poco de tiempo más no se le molestó en nada. Revisáronse de nuevo en 1608 los libros donde constaban los débitos, verdaderos ó imaginarios, de algunos comisionados oficiales, y la poca memoria de los antiguos empleados, ó el hacer la inspeccion algun otro que no fuera sabedor de las explicaciones dadas por Cervántes, produjeron nuevas diligencias contra éste por seguírsele creyendo deudor al Estado. En 6 de Noviembre de dicho año se dictó por la Contaduría del reino auto contra Miguel de Cervántes y D. Francisco Suarez y Gasco, como su fiador, con término de diez dias. Este dato ha parecido convincente argumento al Sr. Morán para decir que ya Cervántes vivia en Madrid por entónces. Pero no resulta eso; al contrario, lo que se evidencia es que Cervántes estaba ausente de la córte, y tal vez seguiria por aquellos tiempos en Valladolid; pues hasta el 24 del referido mes no se le notificó el auto á Cervántes, lo que supone que, como en otra ocasion, el fiador Gasco, pediria y obtuvo más término que el de los diez dias, para que el mismo Cervántes, que no vivia en Madrid, pudiese dar sus descargos, ó llegar á la córte. Así sucedió con efecto. Cervántes contestó quedar enterado de la notificacion, y es muy verosímil que inmediatamente, y más llevado del deseo de que no se le irrogasen perjuicios de ninguna clase á su fiador y amigo Suarez y Gasco, se dirigiria á Madrid, hácia mediados de Diciembre de 1608 ó primeros de Enero de 1609: de modo que el mismo asunto que le forzó á marchar á Valladolid en 1604, le obligaba á ir á Madrid cuatro años despues. La conclusion de este enojoso expediente no se ha encontrado. Puede, sin embargo, sospecharse con mucho fundamento, que Cervántes daria ahora tales y tan concluyentes razones, y quedaria tan patentizada su honradez é inculpabilidad, que no se volvió á proceder contra él en lo sucesivo, ni se molestó nuevamente al Sr. Suarez y Gasco, á quien pesaria muchas veces haber accedido á los deseos de Cervántes, pues sin tener la menor culpa éste, ello es lo cierto que el asunto de la fianza habia proporcionado á aquel frecuentes é inesperados disgustos.

El anterior dato nos manifiesta cómo se equivocan los que, para sostener que Cervántes estaba en Madrid desde ántes de 1608,

recuerdan que en este año hizo Juan de la Cuesta la segunda edicion de la Primera parte de *El Quijote*. Ya hemos visto que verosímilmente Cervántes no se trasladó á Madrid hasta el concluir de 1608 ó principios de 1609: con que mal podia haber cuidado, como se supone, de la correccion de los defectos que habia sacado la primera. Las variantes hechas en esta edicion, á la osadía, al casual acierto, ó á la ignorancia de los cajistas y correctores hay que achacarlas en buena lógica, y los párrafos que hay añadidos, bien pudo enviarlos Cervántes desde Valladolid, sin necesidad de estar en la córte para componerlos.

Recientemente se ha publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid: 1874) un documento que se refiere á Cervántes, y lleva la fecha del 28 de Agosto de 1608. Dícese que el relator Sr. Travadillo encontró el documento de que vamos á hablar en la titulacion de unas fincas en la córte, con motivo de un pleito que se vió el año de 1853 en aquella Audiencia. Es una «Escritura de las capitulaciones celebradas para el matrimonio de D.ª Isabel de Cervántes Saavedra, viuda de Don Diego Sanz, é hija legítima de Miguel de Cervántes Saavedra, con Luis de Molina, vecino de Cuenca.» Su contenido es el siguiente: Ante el escribano Luis de Velasco se presentan Juan de Urbina y Miguel de Cervántes Saavedra, de la una parte, y de la otra Luis de Molina, vecino de Cuenca, y hacen constar: que está tratado y contratado que el referido Molina se ha de casar y velar en faz eclesiæ, como lo manda el Santo Concilio de Trento, con la Sra. D.ª Isabel de Cervántes Saavedra, viuda, mujer que fué de D. Diego Sanz, hija legítima de Miguel de Cervántes: que dentro del término de un mes, á contar desde el dia 28 de Agosto de 1608, queda obligado el D. Luis á casarse y velarse con D.ª Isabel por palabras de presente, tales que hagan verdadero matrimonio: que si así no lo hiciera, se le pueda compeler y apremiar á ello por todo rigor de derecho, sobre entregar mil ducados que se aplicarán á la dote de la prometida, y pagada la dicha pena, ó no, ó graciosamente remitida, siempre ha de ser obligado y se obliga á desposarse con D.ª Isabel: que los señores Juan de Urbina y Miguel de Cervántes prometen en dote del casamiento al Luis Molina la cantidad de dos mil ducados, siendo pagaderos en el término de tres años, obligándose con sus personas y bienes, é hipotecando algunas casas y posesiones que el Juan de Urbina tenia en Madrid y Tembleque: que

D.ª Isabel, del primer matrimonio, habia una niña, de edad de ocho meses, la cual tenia una casa en Madrid, y en ella habrian de morar los nuevos desposados todo el tiempo que la niña no tomase estado, sin pagar nada por ello, y si la niña falleciese ántes, seguirian disfrutando de la finca los esposos; mas si D.ª Isabel muriese en vida de Luis Molina, éste no heredaria la casa, sino Miguel de Cervántes, quien podria disponer de ella como dueño absoluto: y en fin, que si Luis Molina tuviese hijos de este matrimonio, la niña Isabel, no habia de entrar en particion ó division con los herederos de aquel individuo, pero no teniéndolos, la heredera de todo seria la mencionada nieta de Cervántes. Aparece firmado el documento por la susodicha D.ª Isabel de Cervántes Saavedra, Juan de Urbina, Miguel de Cervántes Saavedra, Luis de Molina, los testigos Baltasar Carrillo, Juan de Acevedo Velazquez y Cristóbal del Castillo de Inojosa, y signado y autorizado por el escribano Velasco.

El citado documento, aunque se dice descubierto en 1853, no sabemos que públicamente se haya hablado de él, ni ménos dado á la estampa hasta 1874. La *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, al efectuarlo, advirtió que quien de una manera más directa habia contribuido á ello, era el distinguido y laureado escritor D. José M.ª Sbarbi. Sin embargo, el documento de que hablamos, ya que no lo reputemos por apócrifo, pues no es posible siquiera sospechar de tal suerte, interviniendo en el asunto personas tan respetables y de tanta veracidad, lo conceptuamos por completo ajeno á nuestro autor y á su hija. Expondremos nuestras razones.

Sabido es que hubo un individuo, contemporáneo del autor de *El Quijote*, que nació en la Mancha y llamábase Miguel de Cervántes Saavedra. Muchas de las tradiciones que se conservan en la referida comarca de aquella persona, se han aplicado equivocadamente á nuestro autor. Pues bien, ¿no pudiera acaecer ahora lo mismo? ¿No se referirá á ese Miguel de Cervántes Saavedra el documento que se dice existe en la Audiencia de Madrid? La circunstancia de conceptuar á D.ª Isabel de Saavedra por hija legítima de Miguel de Cervántes, cuando en 1605, por boca de su tia, supimos que era hija natural; la circunstancia de haber firmado el documento en primer término, siendo así que la hija de Miguel de Cervántes, el autor de *El Quijote*, dijo cuando el proceso de Valladolid que no sabia firmar; la circunstancia, en

fin, de llamársela y firmar con el nombre y apellido de D.ª Isabel de Cervántes Saavedra, y no D.ª Isabel Saavedra, como se nota en las actuaciones seguidas con motivo de la muerte del caballero Ezpeleta, todo parece persuadir que aquel Miguel de Cervántes Saavedra y aquella su hija legítima D.ª Isabel nada tienen que ver con los personajes de que nos ocupamos en esta obra. Casualidad será que la hija legítima del Cervántes Saavedra, de la Mancha, se llamase Isabel, como la hija natural del Miguel de Cervántes, de Alcalá de Henares; casualidad que tuviese un protector en Juan de Urbina, como tambien tenia Cervántes un pariente apellidado Francisco de Urbina; y casualidad asimismo que aparezca viuda de D. Diego Sanz la citada Doña Isabel y con una niña de ocho meses, en el mismo tiempo en que pudiera haber contraido matrimonio la hija natural de Cervántes; pero casualidades son que nada dicen ni prueban contra nuestros reparos y objeciones.

Como que este documento fué publicado por el ilustrado presbítero D. José María Sbarbi, nos hemos dirigido á él suplicándole que nos demuestre las pruebas en que funda la autenticidad; pero hasta ahora no se nos ha patentizado ésta, y nuestras dudas no pueden desaparecer por tanto. El modo de comprobar este documento es muy fácil, suponiendo que exista. En él está estampada la firma de nuestro autor. En otros consta tambien, y que tienen títulos de legalidad y de certeza. Pues con examinar la firma puesta en el documento de las capitulaciones matrimoniales, se puede tener un perfecto conocimiento de su inexactitud ó autenticidad. Hágase esto cuanto ántes, si es posible, y concluirán las incertidumbres y las desconfianzas. No se debiera haber dado á la estampa el documento sin esos requisitos y condiciones que exige justamente la buena crítica, y que fueran garantía y seguridad de su validez.

CAPÍTULO XXVIII.

Por el mismo tiempo en que volvió Cervántes á Madrid, creábase en aquella capital una Congregacion ó Hermandad animada de los más santos fines y propósitos, con el título de esclavos del Santísimo Sacramento. Las herejías y la impiedad, entónces desatadas y tenaces en varias naciones de Europa, cometian á la continua actos feos y escandalosos contra la Divina Majestad. Sentiase esto á par de muerte por los sinceros católicos españoles, y aquellas licencias y desbordamientos del error y de la falsía, como que incitaban á las personas de religioso y recto corazon á fundar Asociaciones, para enaltecer y adorar al Santísimo Sacramento tanto como en otras partes se le vejaba y escarnecia. Los fundadores de la Congregacion de esclavos del Santísimo Sacramento fueron dos personas insignes, la una por sus virtudes; por su influencia é importancia la otra: llamábase aquella Fray Alonso de la Purificacion; ésta, D. Antonio de Robles y Guzman, gentil-hombre cortesano. El dia 2 de Febrero de 1609 quedaron aprobadas las Ordenanzas, se extendió la carta de hermandad, siguiendo desde entónces acrecentando la Congregacion en importancia, y obteniendo el beneplácito, la proteccion y el concurso, no sólo del nuncio de Su Santidad, del Rey de España, del duque de Lerma y de muchos próceres, sino de la clase media, de la pobre, de los literatos, poetas y comediantes, como de los más humildes y desconocidos individuos.

Poco tiempo hacia que estaba constituida la Congregacion de los esclavos del Santísimo, cuando Cervántes, terminado ya el asunto de los malhadados débitos, y respondido satisfactoria y cumplidamente, segun es de suponer, á los reparos que se le harian, decidido á residir desde entónces en Madrid con preferencia

á otra poblacion cualquiera, entró tambien á formar parte de aquella. En el libro de asientos, folio 12 vuelto, se lee lo siguiente, escrito todo de letra del mismo Cervántes: «Recibióse en esta Santa Hermandad por esclavo del Santísimo Sacramento á Miguel de Cervántes, y dijo guardaria sus Santas Constituciones; y lo firmó en Madrid á 17 de Abril de 1609. Esclavo del Santísimo Sacramento, Miguel de Cervántes.» La nueva Congregacion tenia para el antiguo soldado un atractivo singular y preciadísimo: habia sido fundada por un ministro de la órden de los Trinitarios descalzos, redencion de cautivos. Con tanto mayor placer ingresaba Cervántes en ella, cuanto que nada más noble y virtuoso para él que todo lo que procediese de aquellos varones ejemplares y por extremo caritativos, por cuyos esfuerzos, por cuya asiduidad, por cuyos sublimes y jamás bien enaltecidos desvelos recobró en 1580 la libertad perdida, y pudo volver á su patria, ya rotas, ya destruidas las cadenas de la esclavitud.

El Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, que ha examinado detenidamente las actas de aquella piadosa Congregacion, ha publicado recientemente datos curiosos sobre el particular. Cervántes, desde su ingreso en la Hermandad hasta su muerte, siempre fué uno de los que más constante y fielmente cumplieron con sus deberes. Prescribian las Constituciones que todos los esclavos del Santísimo habian de oir misa cada dia, hacer cotidianamente por la noche exámen de conciencia, comulgar en el primer Domingo de cada mes, rezar la corona de flores, asistir siempre á los ejercicios de oracion y disciplina que se verificaban Lúnes, Miércoles y Viérnes en la capilla de la Congregacion, visitar á los enfermos, y acompañar al cadáver de todo hermano; y con tal constancia y exactitud, con tal fervor y cuidado, llenó Cervántes sus obligaciones, que en las actas se le incluye entre los treinta señores que con santo celo y gran devocion acudian, así á las fiestas como á lo demás que á la Congregacion se ofrecia. La gran modestia de Cervántes se revela en un hecho, que consta en las mismas actas. Habiendo veinte y siete cargos ú oficios en la Hermandad, que podian ejercer toda clase de personas, jamás solicitó ni obtuvo ninguno, con la circunstancia notabilísima de que á una sola junta faltaba en todo el año Miguel de Cervántes: á aquella en que se hacian los nuevos nombramientos. Al poco tiempo de haber entrado Cervántes

en la Congregacion, y con motivo de celebrarse la octava del Córpus en 1609 con singular magnificencia y religiosidad, se le designó por la Junta para que, en union de otros dos hermanos, que lo fueron un teólogo y un trinitario, compusieran versos en alabanza del Santísimo, y al mismo tiempo abrieran un certámen y dieran premios. En los años sucesivos se le encomendaron otros cometidos, que cumplió con la exactitud acostumbrada, siendo muy curioso el dato de que para el Octavario del Córpus de 1613 se le ordenó por la Junta que escribiese los geroglíficos que con motivo de la festividad habian de colocarse dentro y fuera del templo. Lo mismo de estas composiciones, que serian ingeniosas y bien ordenadas, como todas las suyas, que de las que dispondria en alabanza del Santísimo en 1609, no tenemos desgraciadamente más conocimiento que por lo consignado en las actas de la Congregacion.

En aquel mismo año de 1609, en el mes de Octubre, falleció la hermana más querida de Cervántes, D.ª Andrea, que fué casada tres veces, y tenia del primer matrimonio á su hija D.ª Constanza. Desde que enviudó de su tercer casamiento pasó á vivir en compañía de su hermano, no separándose ya de su lado hasta su muerte, la cual ocasionaria grandísima pena á Cervántes. Dechado de la buena y cariñosa hermana D.ª Andrea, siempre se sacrificó por el bien de Miguel á quien adoraba sobre toda ponderacion. Cuando éste se hallaba en las prisiones argelinas, se desprendió de su dote para ayuda de su rescate. Este solo rasgo de sus hermosos sentimientos bastaba para que Cervántes le profesase un cariño predilecto, sin necesidad de tener en cuenta otros muchos actos que la realzaban y enaltecian. ¡Familia honrada y ejemplar en la que todos sus individuos competian en virtudes y en nobleza de pensamientos!

Al año siguiente de formar parte nuestro autor de la Hermandad del Santísimo, en 1610, el conde de Lemos, que era llamado el Mecenas de su época, fué nombrado virey de Nápoles. Protector de algunos literatos y poetas, más por fausto, soberbia y vanidad, que por sincero espíritu de galardonar los merecimientos verdaderos, no bien supo el cargo para que se le nombraba, se propuso llevar en su compañía algunos ingenios, designando para su secretario al famoso aragonés Lupercio Leonardo de Argensola. A este insigne poeta, así como á su hermano Bartolomé, vate no ménos ilustre, habia tributado Cervántes señaladísimos

elogios en su Canto de Caliope de *La Galatea* en 1584 (1). Justo parecia que estos tan favorecidos escritores no hubiesen olvidado, á fuer de agradecidos, el hidalgo proceder de Cervántes, y que le eligiesen entre las personas que iban á acompañar al conde Lemos á Italia, como uno de los más distinguidos y más originales autores de sus tiempos. Así era de esperar; así lo esperaba tambien confiadamente Cervántes; pero muy presto vió desvanecidos sus deseos, habiendo sido nombrados individuos que no tenian sus méritos ni talento. ¿A qué preferencia eran acreedores medianías como Gabriel de Barrionuevo, Antonio de Laredo y Coronel, D. Gabriel Leonardo y Albion, D. Francisco de Ortigosa y otros? Y áun con los mismos Argensolas y con Mira de Amezcua ¿no competia Cervántes en fama, en talento, en conocimientos superiores? Éste, que tal vez en 1609, y cuando la muerte de su hermana D.ª Andrea, habia recibido algun donativo de manos del conde de Lemos, y que abrigó la esperanza, cuando supo que habia sido nombrado virey de Nápoles, de vivir reposadamente los últimos años de su existencia, sufrió el más cruel y terrible de los desengaños, y precisamente por parte de aquellas

(1) Hé aquí la alabanza que hace Cervántes de los Argensolas:

Tú, verde y rico márgen, no de enebro
Ni de ciprés funesto enriquecido,
Claro, abundoso y conocido Ebro,
Sino de lauro y mirto florecido:
Ahora como puedo te celebro,
Celebrando aquel bien que ha concedido
El Cielo á tus riberas, pues en ellas
Morań ingenios claros más que estrellas.
Serán testigo de esto dos hermanos,
Dos luceros, dos soles de poesía,
A quien el Cielo con abiertas manos
Dió cuanto ingenio y arte dar podia:
Edad temprana, pensamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasía,
Labran eterna y digna laureola
A Lupercio Leonardo de Argensola.
Con santa envidia y competencia santa
Parece que el menor hermano aspira
A igualar al mayor; pues se adelanta,
Y sube do no llega humana mira:
Por esto escribe, y mil sucesos canta
Con tan suave y acordada lira,
Que este Bartolomé menor merece
Lo que al mayor Lupercio se le ofrece.

personas que más debieran haberle tenido en la memoria, por el inexplicable olvido de los Argensolas hácia él. Quejariase de ello Cervántes á sus antiguos amigos; pero ya era imposible llevarlo á Italia, ya no se le podia asignar ningun cargo entre los acompañantes del virey; sólo darian los Argensolas excusas bien tardías y poco fundadas; sólo demostrarian pesar por la falta, deshaciéndose en promesas y esperanzando á nuestro autor para lo sucesivo. Qué promesas fueron esas y qué esperanzas, ciertamente no se sabe; pero consta que las hicieron, pues así lo dice el mismo Cervántes en su *Viaje del Parnaso*, y consta asimismo por su irrecusable testimonio que, en vez de cumplirlas, las olvidaron por completo, no acordándose para nada del desgraciado Cervántes, á quien tal vez confiarian en que le habian de llamar dentro de breve tiempo para desempeñar algun destino adecuado á su importancia y nombre en la secretaría del vireinato.

Apenado por este nuevo y, más que ninguno, desgarrador contratiempo, los postreros años de la vida de Cervántes fueron por extremo desventurados. ¡Jamás será bastantemente reprendido aquel torpe é imperdonable olvido de los desagradecidos Argensolas! Si como buenos y leales amigos hubieran procedido, años de reposo, de felicidad y de bienandanza hubiesen sido para Cervántes los últimos de su agitada existencia: en la composicion de sus obras, en el desempeño de su destino, y en las dulces é inapreciables dichas del hogar doméstico, se hubiera deslizado grata y apaciblemente su vida. Quieren sostener algunos biógrafos que Cervántes se dedicó desde entónces exclusivamente al cultivo de las letras; pero entendemos que hay exageracion en afirmarlo así. Cervántes no contaba más que con sus comisiones para vivir, y es muy posible que con ellas continuase, no sólo en la capital de la Monarquía, sino tambien en Toledo, alternando con estas ocupaciones, tan ajenas de su talento, la composicion ó revision de las muchas obras literarias que dió á la estampa en los años próximos á su muerte. Éstas, si le granjearon mucha gloria, le proporcionaron escasísimos productos: de los bienes de su esposa no vivia, por las razones en otros capítulos indicadas: ¿con qué habia, pues, de acudir al sustento de su familia sino con el mezquino estipendio de sus tareas de comisionista?

Verdad es que Cervántes tributa alabanzas señaladas y gratitud sin límites al conde de Lemos y al arzobispo de Toledo Sandoval y Rojas, como á sus generosos protectores; pero no

ménos es cierto que, si alguna vez en 1609 fué liberal el conde con Cervántes, es muy verosímil que luego, con su ida á Italia, le olvidase por completo, como muy á las claras lo indican sus amargas quejas y palabras en 1614; y si desde entónces hasta el fallecimiento de nuestro autor, le favoreció y remedió con algunos donativos ó limosnas aquel magnate, debido fué ántes á la delicada censura de Cervántes que á su condicion remuneradora y efecto al talento. La proteccion ó suma caridad del arzobispo Sandoval y Rojas, creemos que no la obtendria Cervántes sino en los dos últimos años de su vida. Sospechamos que tampoco partiria la iniciativa de su Ilustrísima, sino que el licenciado Marquez de Torres, maestro de pajes del arzobispo de Toledo, y que dió públicos testimonios de su amistad y de su admiracion hácia el autor de *El Quijote*, inclinaria el ánimo de aquel prelado para que á Cervántes se le socorriese, diaria ó semanalmente, con algunas de las limosnas que se acostumbraba dar á personas necesitadas, y más tan distinguidas por su saber y virtudes como Cervántes. La circunstancia de no mentar éste hasta un año ántes de morir aquella suma caridad, como él llama, con magnanimidad singularísima, á aquellas lismonas diarias ó semanales que se le entregaban, nos hace corroborar más y más en nuestra opinion de que sólo en los dos postreros años de su existencia se acordó de él Sandoval y Rojas.

Pocos meses eran pasados de la ausencia del conde de Lemos; aún estaban abiertas en el corazon de Cervántes las heridas que les infirió el olvido y falsa amistad de los Argensolas, cuando una desgracia lamentabilísima de familia, vino á redoblar los pesares de su alma. Aquella su hermana D.ª Magdalena de Sotomayor, de quien hemos tenido conocimiento por el proceso de Valladolid, de 40 años de edad en 1605, falleció en Madrid el dia 28 de Enero de 1611. Aquella piadosa mujer, á quien ya hemos visto que la llamaban beata por su vida ejemplar é intachable, tomó luego en Madrid el hábito de la venerable Orden tercera de San Francisco, ejercitándose más asiduamente en ejercicios piadosos. Consígnase en la partida de defuncion que D.ª Magdalena recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Francisco Lopez (1), que

(1) La partida copiada textualmente dice así: «En 28 de Enero de 1611 años murió Doña Magdalena de Jesús, hermana de Cervántes. Recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Fran-

no testó y que era tan pobre que los hermanos de la Orden tercera de San Francisco la hicieron enterrar en ¡doce reales! Lágrimas de amargura se derraman al llegar á este punto de la vida de Cervántes, porque la pobreza, mejor dicho, la miseria, en que vivió su hermana, nos patentiza la precaria situacion que atravesaba entónces nuestro Miguel. ¡Él, de tan generosos, tan caritativos y nobles sentimientos, cuánto sufriria en aquellos acerbos momentos y cuántas lágrimas derramaria!

Aún no enjutos sus ojos por la pérdida de la infortunada Doña Magdalena, otra desgracia de familia vino á renovar las crueles penas que torturaban el corazon de Cervántes. En Octubre de 1612 falleció en Madrid su hermana D.ª Magdalena de Cortinas, que estaba casada con el regidor Diego de Urbina. La partida de defuncion dice que esta señora recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Mendiola, que testó ante Pedro Gonzalez de la Vega, dejándolo todo á disposicion de sus testamentarios que fueron su marido y D. Francisco de Urbina, su hijo, encargando que su cadáver fuese llevado á Barajas. Algunos biógrafos han pretendido que esta señora no era hermana, sino tia de Cervántes; pero como no se fundan en dato alguno justificativo, nosotros seguimos el parecer de los que opinan que D.ª Magdalena de Cortinas era hermana de Miguel de Cervántes, si bien no nació en Alcalá de Henares. Sobrino era de Cervántes, por consiguiente, Francisco de Urbina, quien años adelante, al publicarse *El Persiles*, le tributó muchas alabanzas en una décima que con el título de epitafio se estampó al frente de dicho libro.

---

cisco Lopez; no testó; era natural de aquí (Madrid) y era pobre, y tanto que la hicieron enterrar los hermanos tercerones de San Francisco en 12 rs.»

Esta partida fué publicada por vez primera en *La Crónica de los Cervantistas*, tomo 1.°, página 105. Fué descubierta, por el ilustre cervantista D. Francisco Asenjo Barbieri, en los libros de la iglesia de San Sebastian de Madrid.

CAPÍTULO XXIX.

En medio de tantas contrariedades suscitadas por la malevolencia de los hombres y de tantas penas y pesares producidos por los accidentes de la fortuna, Cervántes no olvidaba su aficion predilecta, á la que habia rendido culto desde los albores de su juventud y la que mitigó en sus últimos cruelísimos años los dolores de su alma: esta aficion, aliciente de su corazon lacerado, término pasajero de sus infortunios, escudo contra sus desgracias, esperanza de galardones imperecederos, refugio y amparo contra las perversidades y miserias, era el cultivo de las letras. Cervántes, impulsado por la nobilísima ambicion de la gloria, desdeñado ó mal comprendido por todos y en todas partes, parece que concibió el pensamiento de desmentir á sus perseguidores, á los que dudaban de sus méritos literarios y á los que se habian convertido por envidia ó por otras pasiones bajas en sus detractores más acerbos, desmostrando, ya cercano á la muerte, cuánta era la fecundidad, la importancia, el valor y originalidad asombrosa de su talento. Puede decirse tambien que desde la ausencia del conde de Lemos se dedicó con mayor afecto y preferencia que nunca á la composicion ó revision de sus obras, como si quisiera hacer comprender, de un modo indirecto pero elocuentísimo, al referido magnate y á los que, llamándose sus amigos, no le habian considerado digno de ocupar ningun puesto en la secretaría del vireinato, acaso porque no habia publicado hasta entónces sino la Primera parte de *El Quijote*, *La Galatea*, y varias concepciones breves de su imaginacion poética, que podia competir y sobrepujar á cuantos fueron honrados por aquel potentado y á cuantos escritores descollaban entónces en España. Tanto más es de admirar de todos modos la actividad intelectual que en los últimos años de su vida desplegó Cervántes, cuanto que su edad era bastante avanzada, y veiase rodeada diariamente de penalidades horribles. El talento de aquel hombre era tan privilegiado y extraordina-

rio, sin embargo, su imaginacion tan singular, sus dotes de ilustracion tan incomparables, que prodigó nuevos y más preciados tesoros de gracia, de amenidad, de discreta desenvoltura, de concepcion feliz y de invencion escogidísima en los últimos hijos de su divino ingenio.

La literatura española, rica en notables y áun sublimes concepciones en verso, en tratados teológicos, en estudios escolásticos, en trabajos excelentes de gramática, de erudicion y de ciencia, en historias, en crónicas y otras infinitas producciones, era pobre, pobrísima, en esas composiciones ingeniosas llamadas novelas, y que tanta influencia han ejercido en las costumbres de las sociedades europeas desde los comienzos de la edad moderna hasta nuestros dias. No era precisamente que no hubiese en España obras de ficcion y de entretenimiento; pero no podian satisfacer las exigencias de la generalidad. Los libros de caballerías, si bien algunos eran modelos de discreta relacion de amores y caballerescos hechos, si bien en esto España superaba á todos los pueblos de Europa y se llevaba la palma del mérito y de la inventiva, eran sin embargo un género de composiciones que en los tiempos de Cervántes habia ya perdido su principal importancia, coadyuvando más y más á olvidarlo las adulteraciones hechas por algunos autores incompetentes é indignos. Las producciones pastoriles, que tan en boga habian estado tambien, compartiendo últimamente la predileccion con los libros de aventuras, cayeron asímismo visiblemente en descrédito. Las ficciones sentimentales ó libres, como *La Celestina*, ó algunos cuentos ó patrañas, si demostraban ingenio, estaban muy léjos de ofrecer circunspeccion y buenos fines morales. Hasta las composiciones picarescas, que empezaron á ejercer su influencia por los tiempos de Cervántes con el *El Guzman de Alfarache* y *El Lazarillo de Tormes*, carecian de mérito y de interés verdaderos: sobre tener por único objeto el relatar las malas mañas de los truhanes y gente de perversa conciencia, tenian el defecto de ser monótonas, y no respondian á lo que las buenas costumbres y la prudencia demandaban.

La novela, pues, propiamente dicha, ese género de composiciones que bajo una bien coordinada ficcion encubre una indisputable enseñanza, que siendo un relato por la imaginacion creado influye de un modo tan directo en las costumbres de las clases sociales, que habla siempre al sentimiento, que se reviste con las galas de

la seduccion, y que por el interés de las situaciones, generalidad y diversidad de asuntos de que se ocupa, y atractivo especialísimo que le distingue, ha sido y es el que de más aceptacion goza entre toda clase de gentes, no habia tenido cultivadores en nuestra hermosa y riquísima literatura. Italia, centro de toda cultura é ilustracion y buen gusto al comenzar los tiempos modernos, fué por medio de un privilegiado ingenio suyo, Bocaccio, la nacion que dió la norma para este linaje de producciones. Bien presto Bocaccio tuvo más ó ménos hábiles ó distinguidos continuadores é imitadores, y las novelas italianas circularon por todos los países cultos de Europa, despertando en los talentos de las respectivas naciones el deseo de seguir las huellas de aquellos escritores amenos.

Nadie tan apto como Cervántes en España para adoptar el nuevo género de composiciones literarias. Su larga permanencia en Italia, el conocimiento profundo que de sus poetas, de sus novelistas y demás autores tenia, su preclaro talento, sus sorprendentes dotes inventivas, su fino y escogidísimo gusto, su vivísima y fecunda imaginacion, todas eran cualidades y circunstancias que acaso no se hallarian reunidas en ningun otro escritor castellano para acometer empresa tan patriótica y tan meritoria. Muchas traducciones de las novelas italianas corrian en manos de todos; Cervántes lo notaba; pesábale de que su nacion no hubiese respondido á esta nueva manifestacion de los pensamientos; y con su grandísimo genio proveyó al remedio de tan notoria falta. Él, en su desamparo, en su abatida situacion, en su inmerecida desgracia, supo prestar un gran bien á su patria y se hizo merecedor de alabanzas generales, siendo el primero que compuso novelas en castellano.

Desde 1612 habia conseguido Cervántes la órden para la publicacion de ellas. Las aprobaciones, hechas por varones de reconocida prudencia y de suficiencia notable, fueron sumamente lisonjeras. Concedióse al autor privilegio por diez años para Castilla, y por el mismo espacio de tiempo para Aragon. Cervántes, ahora como cuando la estampacion de *El Quijote*, venderia aquellos privilegios por una retribucion no muy grande al librero Francisco de Robles, publicándose en Madrid por Juan de la Cuesta durante los últimos meses de 1613 doce novelas con los títulos de *La Gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La Española Inglesa*, *El Licenciado Vidriera*, *La fuerza de la*

sangre, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso*, y *El coloquio de los perros*.

Nada más valioso y pródigo en bellezas que esta coleccion. Cervántes habia ya dado evidentes muestras de su superior aptitud para la composicion de esta clase de obras en el cuento de Anselmo y Lotario y la historia del capitan cautivo, que intercaló, como hemos visto anteriormente, en su Primera parte de *El Quijote;* pero al publicar sus doce nuevas novelas, un clamor poderoso de la justicia, sobreponiéndose, aunque momentáneamente, á todas las pequeñeces de la envidia y de la rivalidad, le proclamó el padre y creador de la novela española, el príncipe de los escritores ingeniosos, el Bocaccio español que le llamó muy oportunamente Tirso de Molina.

Genio privilegiado Cervántes, supo, sin embargo, mostrarse siempre original. En todo superó á Bocaccio y á los novelistas italianos: ninguno compite con él en gracia, en oportunidad, en describir, en desarrollar el argumento, en presentar escenas interesantísimas, en ofrecer desenlaces naturales y explicables, en delinear caractéres, en narrar perfectamente los sucesos, en referir actos y hechos, y en pintar de un modo maravilloso las costumbres. Novelas de costumbres son, pues, todas las de Cervántes, pero tales y tan primorosamente hechas, que ni entónces ni en los sucesivos tiempos, ha logrado ningun autor excederle ni sobrepujarle. En estas obras, más señaladamente que en otras, da claras pruebas Cervántes de su espíritu observador y de su grande experiencia, pintando la fisonomía de las diversas clases sociales, bosquejando los hábitos y usos de distintas comarcas y países, y ofreciendo al natural y de un modo acabadísimo las bondades, las tendencias, las virtudes, ó las preocupaciones, defectos y vicios de sus contemporáneos. Y además de estas cualidades apreciabilísimas de sus novelas, tienen otra que extremadamente las realzan, y es la de la moralidad, la ejemplar y sana enseñanza que de todas juntas y de cada una de por sí pueden sacarse. Nueva é inestimable ventaja es esta en que descuella más y más Cervántes sobre cuantos habian escrito ficciones de distintas clases en España ántes que él, y especialmente sobre todos los novelistas italianos, quienes se habian señalado por el modo desnudo, torpe y hasta obsceno de pintar los sucesos y las costumbres, olvidando por completo el fin y objeto principal de las

bien pensadas y bien sentidas ficciones: el de enseñar deleitando. Así es que con mucha verdad dijo Cervántes en el prólogo de su original y patriótica obra, que los requiebros amorosos que en algunas de sus novelas hallaria el lector, eran tan honestos y tan medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrian mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyera; añadiendo que les habia dado el nombre de ejemplares porque no habia ninguna de la que no se pudiese sacar un ejemplo provechoso.

Por no alargar más el sujeto (advirtió Cervántes en el proemio de sus novelas) no se detuvo en demostrar el sabroso y honesto fruto que todas juntas y cada una de por sí contenian; y en patentizarlo nosotros ahora, del modo humilde que podamos, creemos proceder con más acierto que aquellos críticos ó biógrafos que, en vez de formar un cabal juicio de tan recomendables obras, ó han tenido la osadía de pretender quitar á Cervántes el mérito de la invencion y de la originalidad, ó se han extendido en demostrar una erudicion impertinente y extemporánea, haciendo además alusiones caprichosas ó equivocadas sobre los personajes que en algunas de las novelas intervienen.

En *La Gitanilla*, primera de la coleccion, trata de demostrar Cervántes que los hijos de honrados y buenos padres nacidos, siempre dan pruebas de la nobleza de su orígen, por más que ocasiones peligrosas, sucesos impensados ó circunstancias inesperadas como se conjuren para desviarles de la senda del deber, de la honestidad, de la discrecion, de la prudencia y de la virtud. El tema lo desarrolla Cervántes de un modo admirable, y el ejemplo que de la narracion se saca es tan excelente como provechoso. La protagonista de esta novela es una jóven, llamada Preciosa por su singular é incomparable hermosura. Adornada con todos los encantos físicos, era tambien prodigio de ingenio, de despiertas luces y de portentosa sagacidad. Hija de nobles y ricos padres, fué sustraida de su casa al poco tiempo de haber nacido por una desalmada gitana, quien haciéndola pasar en todas partes por nieta suya, la industrió en las mañas, usos y procederes de los gitanos. En tañer, en cantar, en danzar, en travesura y en perspicacia siempre sobresalia entre sus compañeras; y por más que demostraba desenvoltura, era extremadamente honesta, y tan mirada y prudente que causaba general admiracion. Acertóla

á ver un dia en las calles de Madrid el hijo de un rico caballero, llamado D. Juan de Cárcamo, quien desde aquel momento quedó cautivo en las redes de su prodigiosa belleza y de su privilegiado donaire. Y tan intensamente acometió al generoso mancebo la pasion amorosa, que luego, al dia siguiente, cuando la encantadora jóven, acompañada de otras y de la vieja que la habia hecho desaparecer de casa de sus padres, hácia su rancho se dirigian, salióla al encuentro el D. Juan, declarándola de manera sentidísima su amor y su deseo de ser por tan preciada belleza correspondido. Respondióle ella con mucha agudeza y donosura, imponiéndole condiciones, cuales eran la de abandonar la casa de su padre, vivir vida de gitano, honestamente verse y hablarse durante dos años, y pasados que fueran, si Don Juan persistia en su amor y no variaba en nada de sus propósitos, no desdiciéndose de abatir su elevada alcurnia á la humildad y áun bajeza de su nacimiento, ella no pondria obstáculo para entregarse por su esposa. A todo accedió Don Juan, al fin como verdadero enamorado, y á los pocos dias, aprovechando la ocasion de partir á Flandes, torció la ruta, y dirigió sus pasos hácia el aduar de gitanos en que se encontraba Preciosa. Con grandes demostraciones de regocijo acogiéronle los gitanos y gitanas, llevados de la ganancia y lucro que esperaban con el ingreso en su compañía de tan rico é importante caballero. Vistióse D. Juan de gitano, adaptó sus gustos é inclinaciones á la determinacion y deseos de su adorada Preciosa, siguió la suerte de aquella desalmada gente que le rodeaba, vióse forzado á adoptar un nuevo género de vida, costumbres extrañas, hábitos que repugnaban á su educacion y á la rectitud de sus sentimientos; y en esta vida de prueba y de temores, de satisfacciones, de ternezas amorosas, de crueles celos, de desconfianzas y sospechas, ó de seguridad y contento, pasáronse algunas semanas, al terminar las cuales, un suceso impensado y trágico vino á poner fin á aquel período de sufrimientos é intranquilidad y de penosas sorpresas.

El aduar de los gitanos, que habia recorrido varias comarcas de España desde el tiempo que D. Juan formaba parte de él ciego por el amor que á su Preciosa tenia, acertó á llegar á un lugar distante tres leguas de Murcia; alojáronse en un meson algunos de la compañía, entre ellos Preciosa, la nombrada su abuela, y el mismo Don Juan, que desde que tomó el hábito de gitano, llamábase Andrés Caballero. La hija de la me-

sonera, que Juana Carducha se llamaba, jóven de edad de diez y siete ó diez y ocho años, «algo más desenvuelta que hermosa,» como dice Cervántes, enamoróse súbita y perdidamente de Andrés, y con tales veras, que descaradamente díjole que deseaba contraer con él matrimonio, prometiéndole muchas felicidades, así por el cariño que le tenia, cuanto por ser hija única, y su madre más que medianamente rica. Respondió D. Juan con suma discrecion, negándose á acceder á las pretensiones de la desenvuelta jóven, que fué sacarla del cielo de sus ilusiones al infierno de sus desengaños; y tanto le dolió aquel desden y aquella no esperada respuesta y repulsa, que luego al punto, un increible y cruelísimo afan de venganza se apoderó de su ánimo, la cual no tardó en poner en efecto, pues marchándose de la posada D. Juan con las demás personas que le acompañaban, la desdeñada doncella colocó entre las prendas de aquel una alhaja, difundiendo la voz de que los gitanos la habian robado; y dando esto motivo á pesquisas de la Justicia, hallóse el objeto en el equipaje del fingido Andrés, quien quedó tan sorprendido de verse autor de un robo sin haberlo cometido, que no pudo articular la menor palabra, ni acertó á disculparse en modo alguno. Un soldado, sobrino del alcalde de aquel lugar, viendo la suspension de Andrés, y no juzgando más que por los efectos, díjole palabras mal sonantes, y añadiendo la accion á los dichos, maltratóle; pero salió cara su audacia al demasiado ligero soldado, pues el gitano por fuerza, viéndose de tan indigna manera vejado, lleno de rabia y de vergüenza, acometió contra aquel, y arrebatándole su misma espada, le quitó con ella la vida.

Alborotóse el lugar, clamó castigo la multitud, y el desventurado hijo de D. Francisco de Cárcamo, en union de todos los gitanos y gitanas del aduar, fué conducido á Murcia, ceñido el cuerpo de cadenas y grillos. Allí, por un cúmulo de inesperadas y felicísimas circunstancias, la desgracia se trueca en ventura, y los pesares y zozobras en plácidas y cumplidísimas alegrías. Descubre la gitana vieja que la que habia criado en nombre de nieta suya era la hija legítima de D. Fernando de Acevedo, corregidor de Murcia, á la que habia robado de casa de sus padres, como dijimos, á los pocos dias de su nacimiento; patentízase que el gitano Andrés era hijo de un caballero principal; sábese que el delito achacado á Andrés era falso, pues la Carducha lo confiesa, con lo que aparece demostrada la inocencia del adorador de Preciosa; regocí-

janse sobre toda ponderacion los padres de D.ª Constanza de Acevedo y Meneses, que éste era el nombre de la que en la compañía de gitanos fué conocida por Preciosa, con el improviso y dichosísimo hallazgo de su hija; tiene el padre de D. Juan noticia cierta de las aventuras por donde habia conducido el amor á aquel mancebo, disculpando sus locuras con la belleza singular á que se inclinaba; en resolucion, una y otra familia ven con gusto y contento señalados el casamiento de los dos tan enamorados jóvenes D. Juan de Cárcamo y D.ª Constanza de Acevedo y Meneses, verificándose tan fausto acontecimiento en Murcia en medio de regocijos generales, así por lo peregrino de los sucesos, como por ser muy bien quistos en la ciudad los padres de la desposada.

Vese, pues, con qué singular gracia é ingenio desarrolla Cervántes el plan y argumento de una de sus más bellas y encantadoras novelas, y cómo sin afectacion, sin violencias y sin inverosimilitudes presenta en ella el ejemplo provechoso que habia de sacarse.

Lo mismo la hija de D. Fernando de Acevedo que el hijo de D. Francisco de Cárçamo, dan siempre señales de la honradez y nobleza de su estirpe. Aquella, robada de la casa paterna en los primeros dias de su vida, educada en la escuela de la perversion y de las maldades, jamás se contamina con los vicios y los procederes licenciosos que la rodeaban. Su alma hermosísima y su corazon generoso rechazaban toda farsa, todo delito, toda depravacion. Portento de belleza, pretendida y solicitada, esquiva y desdeñosa con prodigioso donaire, viva, honestamente desenvuelta, graciosa cuanto es decible, la verdad y la virtud eran los únicos dominadores de su ánimo. Cuando el hijo de D. Francisco de Cárcamo se la aficiona, cuando la declara su amor, cuando ve su constancia, la certeza de su cariño y lo sincero de su pasion, si su belleza se lisonjea viéndose objeto de tan distinguidos galanteos, su honestidad y su virtud descuellan entónces más altamente. Aunque su adorador entra en la compañía de los gitanos, adoptando sus costumbres todas y sus especiales hábitos, la hermosa jóven rechaza los procedimientos y usos de aquella gente, impone condiciones á D. Juan, y propone lo que solamente se avenia con su intachable y pura conducta y con su elevacion de ideas. Prendada al fin de aquel caballero con tantas veras, como D. Juan lo estaba de ella, sabe contener en los límites de un discreto decoro su amor, si bien en sus acciones daba algunos indicios de la predi-

leccion con que le miraba; y su pudor era tanto, y su honestidad tan grande, que hasta en el dichoso momento de haber hallado á sus padres, y sabiendo que D. Juan en nada desmerecia de ella ni en linaje, ni en afecto, ni en dignidad, ni en riqueza, no se atreve á declarar á su madre que le ama: sólo dice que algunas veces le miró con ojos aficionados; pero que su voluntad se mediria con los deseos y por la voluntad respetable de sus padres. ¡Tipo interesantísimo, en que no sabemos qué admirar más, si el acierto y perfeccion con que responde siempre á lo honrado y nobilísimo de su nacimiento, ó la fidelidad con que nos delinea Cervántes figura tan seductora!

Si convertimos ahora nuestras miradas hácia el adorador de la bella D.ª Constanza, no ménos perfectamente verémosle presentado. Un verdadero, un grandísimo amor fuerza á D. Juan de Cárcamo á cometer la accion de engañar á su padre, y en vez de marchar á Flandes, trocar su vida honrosa de caballero por la deshonrosa de gitano. Pero su distinguida educacion, sus costumbres intachables, su elevacion de miras y su caballerosidad se sobreponen á cuantos peligros le circundan, y á todos los estímulos del vicio, de la licencia y de la maldad sabe hacer frente y queda victorioso. El discurso del anciano gitano, jefe del aduar, quien despues de recogerle con señalado afecto, le halaga con los muchos atractivos que, en su sentir, ofrecia la vida ambulante y libre de los suyos, no le seduce ni impresiona: donde le pintan felicidades ve él solamente peligros; donde tocan ellos bienes, nota él únicamente penalidades y males. Fijos todos los pensamientos de su alma en la mujer que le subyugaba, se impone multitud de sacrificios con tal de contemplar su belleza. Siempre digno, siempre fiel y sincero enamorado, la castidad más calificada resplandece en todos sus actos y palabras, y la grata y sencilla correspondencia amorosa de la mujer á quien adora, le compensa suficientemente de los infinitos sufrimientos que la vida extraña que habia adoptado le ocasionaba. Sus deseos se median y concertaban constantemente por los deseos de su prometida. Las depredaciones y actos villanos que se llevaban á cabo por la compañía de que formaba parte, hallaban en él el más severo censor. Esquivaba las ocasiones de ir en las cuadrillas salteadoras; y si tal vez veiase forzado á ir en ellas, por no dar indicios de poquedad y cobardía, siempre su mano bienhechora remediaba la triste suerte de los que caian en poder de los gitanos; no siendo

pocas las ocasiones en que de su mismo dinero satisfizo los robos hechos, con gratitud inmensa de los ofendidos, y con no menor sorpresa que indignacion de aquellos desalmados, ajenos á estos sentimientos de la generosidad y de la honradez. Cuando el desgraciado lance del meson, D. Juan de Cárcamo responde á lo que su noble nacimiento exigia. Defiéndese de un injusto y ruin ataque, y repele la fuerza con la fuerza. Vuelve por su honra hollada y escarnecida. Siempre, en fin, se nos ofrece como cumplido caballero, y no desdice en ninguna situacion de su vida de la altura de su linaje.

Además de patentizar Cervántes, de un modo tan acabado como hemos visto, que los hijos de honrados y buenos padres nacidos siempre dan indicios ó claras muestras de su noble procedencia, cualesquieras sean las vicisitudes que les rodeen y vida en que se hallen, otra aseveracion no ménos verdadera se asienta en la novela que nos ocupa, y otro ejemplo no ménos exacto y comprobado en todos los siglos y naciones; á saber: que la belleza rinde y avasalla á la voluntad, al corazon y á la inteligencia, haciendo cometer acciones que están fuera del curso general de los acontecimientos. Nada lo demuestra de manera tan elocuente como la vehemente pasion de D. Juan de Cárcamo. Verdad muy experimentada es la de que el acendrado amor todo lo domina; pero el caso que cuenta Cervántes lo patentiza y persuade concluyentísimamente. Muy distinguido caballero es D. Juan, y de padres ricos é ilustres nacido; y sin embargo, sin miramiento á nada, sin considerar los perjuicios que podria atraer sobre su buen nombre y la reputacion de su familia, prendado de la belleza de Preciosa, que entónces se creia que era hija de gitanos, no se pára á reflexionar el resultado que tendria su desposorio con ella, y la pretende, y la adora, y se aleja de la paterna morada, y, ciego por la pasion que le domina, se convierte en gitano y tiene que seguir la nebulosa suerte que su determinacion mal considerada le deparase. ¡Poderosa fuerza del Amor á que nada se llega ni acerca!

La relacion de los amores de Preciosa y D. Juan, ofrece á Cervántes la ocasion de pintarnos viva y perfectísimamente la vida, siempre originalísima, de esas tribus nómadas, que tanto se hacen y han hecho notar por sus especiales costumbres, inclinaciones y hábitos. Los gitanos que moraban en España en el siglo XVII, contra los que clamaron varios escritores llamándolos «enemigos declarados de toda bien concertada república y albergue de todo

mal pensamiento,» vense retratados en la novela *La Gitanilla* tales cuales eran efectivamente: errantes, astutos, codiciosos, falsos, depredadores, salteadores de caminos; en sus costumbres, licenciosos; en sus procederes, ruines; en sus palabras y actos, inmorales; en sus ideas, livianos; en todo, en fin, por extremo reprensibles y condenables.

Ahora se considere, pues, *La Gitanilla* como cuadro fidedigno de costumbres, ahora como narracion amenamente amorosa, ahora como modelo de descripciones y de escenas pintorescas, ahora como obra que reune la más excelente doctrina y la moral más sana á los sucesos más curiosos y á los hechos más peregrinos, siempre deberá ser considerada como una de las más notables novelas que produjo la pluma de Cervántes.

En interés é ingeniosidad abunda tambien la novela *El Amante liberal*, la cual tiene por objeto referir el amor entrañable y apasionado que un jóven llamado Ricardo tenia á una doncella extremadamente hermosa, de nombre Leonisa, y natural de la isla de Sicilia, donde su fama de singularmente bella estaba por todas partes dilatada. Esquiva y desdeñosa siempre la doncella para con su sincero adorador, despues de infinitos lances y sucesos en que cada vez queda más patentizado el verdadero amor de Ricardo, al fin muéstrase benigna y piadosa Leonisa, no aceptando por marido sino al fiel y enamorado jóven, viendo así cumplido éste sus más nobles deseos, y trocándose en completa felicidad la anterior intranquilidad y pesadumbre. El ejemplo que de esta novela puede sacarse, es tan bello como provechoso. Cervántes demuestra que cuando el amor es verdadero, elevado, digno, por más que la mujer engañada y seducida por la galantería falsa, por las apariencias lisonjeras, ó por el excesivo engreimiento y amor propio, no lo atienda ó lo mire con indiferencia ó desden á los principios, al cabo la sinceridad, la verdad, el mérito y la constancia, triunfan de la veleidad, del fausto, de la mentira y de la doblez, y el adorador ántes desdeñado ocupa despues, y con mayores merecimientos, por lo mismo que ha sido mayor y más digna de premio su constancia, el corazon de su amada. Con ojos aficionados miró siempre Leonisa á un apuesto y elegante mancebo de su mismo pueblo, siendo esto causa de que prevaleciera en su ánimo el desden hácia el bien enamorado Ricardo. Cornelio, que así se llamaba el favorecido por la dulce tirana, dominaba por completo en su voluntad y en su alma. Ofreciase á la imaginacion y vista de

Leonisa como el único dueño digno de su libertad y de su cariño. Pero se verifican sucesos impensados y fatales en circunstancias, y patentízase de un modo que no deja lugar á la más mínima duda que el amor de Ricardo es verdadero amor, que el que habia demostrado el atildado y melífluo Cornelio sólo era aparente y falso, que aquel sabia sacrificarse por la mujer que adoraba, y el otro sólo á su presuncion y vanidad rendia culto, que, en fin, el desdeñado debia ser legítimamente correspondido, y el ántes escuchado, no era merecedor sino del olvido más completo. Combate de sentimientos y lucha de afectos, en que por remate la hermosa adorada premia con la corona del vencimiento al sufrido y noble Ricardo.

Para el desarrollo de este bellísimo é interesante argumento, válese Cervántes de episodios y escenas muy adecuados y que son gran aliciente para sostener la atencion: especialmente, despues de las peripecias amorosas que ocasionan la beldad de Leonisa, las tibiezas de Cornelio y la pasion de Ricardo, son muy de notar, por lo bien pintados que se hallan y atractivo de su relato, el súbito apresamiento de Ricardo y Leonisa por los turcos; los muchos trabajos que sufren en el cautiverio; el naufragio que experimentan los buques en que iban á Berbería; la desaparicion de Leonisa; la incertidumbre sobre su suerte; el modo como se encuentran en Chipre el desdeñado Ricardo y la encantadora Leonisa; el encendido amor que se apodera del cadí de Nicosia y de dos bajaes, sobrecogidos todos ante la portentosa hermosura de la siciliana; las tramas y propósitos que cada uno de ellos tiene y fragua para ser único dueño de tan inapreciable maravilla; la huida del cadí en un bergantin á tierra de cristianos, llevándose á Leonisa; el combate que tiene que sostener contra otra embarcacion turca, mandada por uno de los bajaes apasionado de aquella jóven; en fin, la intrépida resolucion de Ricardo, quien ayudado por otros cristianos que en el buque iban, consiguió rendir al bajá, poner en libertad á los opresos, y llegar á Sicilia despues de prolongados y penosísimos azares, siendo el desenlace de la novela tan seductor cuanto lleno de verosimilitud.

Rinconete y Cortadillo es otra preciosa composicion, donde Cervántes ofrece un cuadro exacto del descuido con que en sus tiempos procedia la Justicia de Sevilla en la persecucion de la gente de mal vivir. Hallábase constituida en aquella ciudad una Sociedad ó Hermandad de personas de desalmadas intenciones, de ancha

conciencia y de licenciosas costumbres, que, sin otra ley que su capricho, sin otro designio que la perpetracion de maldades, y sin otro afan que el del latrocinio y la ofensa de sus semejantes, campaban por sus respetos, amenazaban á las familias, ponian en peligro las vidas de todos, y valiéndose de sus mañas, se entendian y concertaban con los alguaciles y corchetes, eludiendo así la accion de los tribunales, impidiendo la de la ley, burlando los mejores deseos de los hombres honrados, y haciéndose cada vez más peligrosa para el reposo de la generalidad aquella sentina de perversos y depredadores. Aquella tan criminal cuanto inconcebible connivencia entre los agentes de la autoridad y los perseguidores de las familias, entre los que deben custodiarlas y preservarlas de todo desman y los que sólo su persecucion y perjuicio maquinan; aquellos actos viles por los que, personas encargadas de velar por el reposo general, se convierten en escudos y encubridores, en garantía y seguridad de los malvados, con valiente pincel los pinta Cervántes y con toda su horrorosa deformidad los presenta; inculcando el muy verdadero ejemplo de que nada tan ocasionado á peligros, tan perjudicial para la sociedad, tan depresivo para la causa de la justicia, tan vergonzoso para la dignidad humana, y tan halagador para los adoradores del vicio y de la ruindad, como esa correspondencia, como ese modo de comunicarse y entenderse individuos de tan diversas costumbres y significacion; acciones y procederes que no se anatematizarán nunca como se merecen, pues por ellos se hace posible la impunidad de los delincuentes y queda entregada la sociedad en manos de la licencia y de la osadía, sin medios de defensa, sin esperanza de respeto, sin leyes, sin justicia.

Aunque la novela que nos ocupa es del género picaresco, difiere notablemente de las que de la misma índole se habian publicado ántes, pues éstas se habian reducido á narrar monótonamente los hechos y proezas de algun mal intencionado jóven, en tanto que Cérvantes, al ocuparse de la vida y actos de la gente maleante, no sólo hacia desaparecer aquella pesadez y monotonía, sino que trazaba un cuadro fiel, acabado, exactísimo de costumbres, reseñando los usos y procederes de las clases más ínfimas y peligrosas de la sociedad. Por eso tan vivamente nos pinta el natural de Monipodio, padre y guia de aquella perjudicial Hermandad; el respeto que todos sus adictos le profesaban; sus escandalosos robos y sus inauditos descaros; sus rondas y atalayas; sus

encubridores y protectores; los reglamentos que observaban; la lista de sus crímenes y desmanes; el carácter fanfarron de los secuaces de Monipodio; las prerogativas que tenian los antiguos, y el aliciente con que se animaba á los nuevos; el desgaire y vida ancha de las mancebas de aquellos valientes; sus reuniones, sus pendencias, sus súbitas amistades y sus enemistades no ménos prestas; en conclusion, todo cuanto entre aquellas gentes se ejecutaba, decia, pensaba ó verificábase.

El fin moral, de que casi en absoluto carecen las novelas picarescas que se habian escrito hasta entónces en castellano, no puede estar tambien más patente en la de Cervántes, ni debe exigirse mayor discrecion y oportunidad en presentarlo. Los protagonistas de la novela, los jóvenes Rinconete y Cortadillo, que, por descuidos de educacion y por torcidas miras, se habian fugado de casa de sus padres, viviendo vida de personas ofensivas, entraron al fin á formar parte de aquella particular Sociedad que presidia Monipodio; pero, aunque de condicion no muy sana y de sentimientos no muy escrupulosos los dos jóvenes, escandalizáronse bien luego de los propósitos y obras de aquella Hermandad en tan ruines pensamientos inspirada, determinando retirarse cuanto ántes de compañía tan avezada á las perversidades, y siendo los primeros en sorprenderse de que gente tan libre y tan disoluta viviese de modo tan sosegado y en buena armonía con los encargados de perseguirla.

Esta preciosísima novela de costumbres se distingue por sus condiciones literarias. Es una de las obras de Cervántes donde con más sorprendente facilidad y más hechicera perfeccion se delinean caractéres, se describe, se narra y se presentan los objetos. El diálogo es superior á todo cuanto ántes se habia escrito en castellano, vivo, seductor, y cuyo interés jamás decae.

CAPÍTULO XXX.

La novela *La Española Inglesa* tiene por designio enseñar, como el mismo Cervántes nos dijo, «cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes, juntas, y cada una de por sí, á enamorar áun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el Cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.» La protagonista de la novela es una bella hija de Cádiz, de nombre Isabela, á quien, siendo niña cuando el saqueo de esta ciudad por los ingleses en 1596, se llevó en su nave un capitan de la escuadra que mandaba el conde de Essex. Por más pesquisas que se hicieron, fué imposible el hallarla, á pesar del interés que en ello puso el mismo conde de Essex, á quien los padres de la niña acudieron llorosos y suplicantes. Clotaldo, que éste era el nombre del caballero que habia robado la niña, cerrando los oidos á toda consideracion que no estuviese de acuerdo con su capricho, no quiso descubrir que él era quien la habia hecho desaparecer y quien en su buque la tenia. Llegado que hubo á Lóndres, entregó la niña á su esposa, que como él era católica, aunque en secreto, y en semejantes doctrinas fué aquella educada, siendo prodigiosos la disposicion, ingenio, donaire y hermosura que desde entónces demostró, acrecentándose cada dia más tan inapreciables dotes y gracias; y cuando á la edad de la juventud llegó, pocas mujeres podian competir con Isabela en belleza y en encantos.

Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de tan buen natural y tan nobles sentimientos como sus padres; el cual, prendado de la singular hermosura de la gaditana, propuso en su corazon de no tomar á otra jóven por esposa sino á ella, declarándolo así á sus padres, quienes tenian concertado el casamiento de su hijo con una muy distinguida doncella de Escocia. Accedieron gustosos Clotaldo y su esposa á los deseos de Ricaredo, y cuando todo parecia presagiar felicidad y dicha colmadas, un suceso im-

previsto vino á desvanecer las risueñas esperanzas concebidas. La reina Isabel de Inglaterra desea ver á la jóven gaditana, cuya fama de hermosura, discrecion y gracia por todo Lóndres se esparcia. Por un capricho muy explicable, dada la condicion y carácter voluble de aquella princesa, y como en castigo de que no se le hubiese pedido el permiso para el ya concertado casamiento de Isabela y de Ricaredo, impone á éste ciertas condiciones y le hace intervenir en empresas donde debia mostrar valor y heroismo para hacerse digno de desposarse con su prometida. Da indubitables pruebas el enamorado jóven de su valor y disposicion gallarda, pues como capitan de algunos navíos, apresa á tres buques enemigos, recoge cuantioso y rico botin, y al cabo de pocos dias, torna á Lóndres victorioso y afortunado. Ya todo está listo para el acto tan deseado del desposorio: por do quier domina el contento y la satisfaccion: la misma reina Isabel quiere apadrinar á los felices amantes. Mas la pasion se interpone y dificulta fines tan esperados y tan mensajeros de prosperidad, pues una camarera de la reina, madre de un caballero que estaba perdidamente enamorado de Isabela, y á punto de desesperarse por ver que ni era ni podria ser jamás correspondido por ésta, la dá un tósigo, de lo que estuvo gravemente enferma, desapareciendo desde entónces aquella singular y prodigiosa hermosura que tanto la realzaba.

Inmensa es la pena que tan impensada desgracia ocasionó entre los muchos admiradores de Isabela, y especialmente en la reina su protectora, quien no sólo castigó severamente á la mal intencionada camarera, sino que desterró de Inglaterra á su hijo, principal causante de tan fatal suceso. Los padres de Ricaredo, que más bien por acceder á los deseos de su hijo que por otra causa alguna, habian consentido en el matrimonio de aquel con Isabela, aprovechándose de semejante ocasion, resuelven enviar á Isabela con sus padres (á quienes encontró Ricaredo cuando apresó los tres buques que dijimos) á España, dándoles suficiente dinero para que holgadamente viviesen, proponiendo de nuevo á Ricaredo el casamiento con la doncella de Escocia. Éste no contradijo en nada á sus padres; mas propuso en su corazon de no casarse con la jóven indicada, sino con Isabela, á quien, á pesar de la pérdida de su belleza, seguia amando entrañablemente. Así lo manifestó á Isabela y á los padres de ésta, anunciándoles que él dilataria el casamiento con la escocesa, y que dentro de dos

años le esperasen ó en Cádiz ó en Sevilla, á donde acudiria puntualmente para casarse. En aquel espacio de tiempo Isabela y sus padres, que habian vuelto á la amada patria, se avecindaron en Sevilla, donde bien pronto, merced á la honradez y recursos de aquella familia, volvió á serles próspera la suerte, reparando las anteriores pérdidas y desdichas con las presentes ganancias y felicidades. Isabela recobró enteramente la salud, y con ella resplandeció de nuevo su portentosa belleza, siendo la admiracion de cuantos la veian.

Más de un año era pasado desde su vuelta á España, cuando llegó á manos de Isabela una carta de la madre de Ricaredo, en la que le noticiaba la muerte de su queridísimo hijo en duelo con aquel caballero inglés que tan apasionado estaba de la bellísima gaditana. Golpe fué este muy cruel para el corazon de Isabela, que tanto y con tantas veras correspondia al cariño que Ricaredo le profesaba; y desde entónces todo lo mundano terminó para ella, formando el designio de encerrarse en un convento, dedicando su vida al retiro y á la oracion y á los actos de piedad, si bien por consejo de sus padres determinó no poner en efecto su pensamiento si no cuando se hubiesen cumplido los dos años fijados por Ricaredo. Pero acaeció que el mismo dia, y precisamente en la misma hora, en que Isabela iba á tomar el hábito de religiosa en el convento de Santa Paula, preséntase Ricaredo en traje de peregrino, causando gran sorpresa en la multitud que presenciaba el acto, y muchísima más todavía en el ánimo de la que se proponia entrar monja, pues, como se sabe, la habian comunicado su muerte desde Inglaterra. Ternísimo desenlace es el de esta novela, donde Ricaredo cuenta las muchas penalidades que habia sufrido desde que se ausentó de Lóndres, la intencion de su rival y enemigo de matarle, su sorpresa por el malvado en una venta, la huida de su criado, quien creyendo que le habian muerto, llevó tan infaustas nuevas á sus padres, sus congojas, su apresamiento por los turcos y su cautiverio y rescate, hasta el feliz momento que deseaba, y donde Isabela desiste de tomar el hábito de religiosa, viendo tan sinceramente correspondido su amor, quedando aplazado el casamiento para uno de los dias próximos con grandísimo contento de cuantos presenciaron el suceso y con intensísimo regocijo de los padres de Isabela.

Como se ve, el ejemplo que Cervántes se proponia inculcar en la novela mencionada, no puede estar más ostensible. Habiase

propuesto enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes, juntas, y cada una de por sí, á enamorar hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el Cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos, y así se verifica con toda puntualidad en la narracion presente. Un conjunto de adversidades, de acontecimientos impensados, de maquinaciones perversas y de accidentes de la fortuna, sumen á Isabela y á Ricaredo en un abismo de zozobras, de penas, de peligros, de trabajos y sufrimientos; pero al fin su constancia, su virtud, sus hidalgos sentimientos, la magnanimidad y rectitud de entrambos y todas sus sobresalientes cualidades, reconocidas por sus mismos envidiosos enemigos, quedan recompensados debidamente, y suben desde lo más profundo de su desventura hasta la cumbre de la prosperidad y de la bienandanza.

Asimismo puede sacarse de la novela *La Española Inglesa* otro ejemplo no ménos exacto y provechoso que los anteriores; y es que, cuando el amor es verdadero, producido y engendrado en el alma y en el corazon por móviles elevados y no por aspiraciones ruines, cuando la virtud es el principal norte y fin de sus anhelos, es permanente, profundo, y á las más duras pruebas de las adversidades resiste; que es precisamente lo que vemos en Ricaredo, adorador de las virtudes y honroso proceder de Isabela ántes que de su singular y prodigiosa belleza, y por eso, cuando ésta desaparece, ó se trueca en manifiesta fealdad, en nada se aminora su amor hácia ella, porque subsistia lo esencial y más preciado y más inestimable para él en el complemento de su cariño: la sobrehumana y admirable belleza de su alma.

En la novela *El Licenciado Vidriera*, da muchas muestras Cervántes de su grandísima experiencia del mundo, y de sus dilatados conocimientos. Los recuerdos de sus viajes por Italia, en ninguna de sus obras se hallan tan minuciosamente consignados. Cada ciudad está presentada con sus especiales ventajas y atractivos. Encantan sobremanera aquella fidelidad en las descripciones, aquella pintura inimitable de costumbres, aquel cuadro animadísimo donde se ofrece á cada pueblo con sus alicientes, diversiones, fiestas, sobresalientes méritos y peculiares seducciones. La misma fidelidad se nota en la descripcion de ciudades, usos y hábitos de España, la vida de los estudiantes, la vida libre del soldado, la vida, en fin, de los aventureros pobres. Nada se escapa, nada olvida el espíritu observador de Cervántes. El li-

cenciado Vidriera es su más viva y genuina representacion. El protagonista de la novela, como su autor, siempre dieron indicios y clarísimas señales de su ingenio, talento y perspicacia; siempre sus merecimientos estuvieron olvidados; persiguióles la injusticia; pagóles la ingratitud; la burla ó el sarcasmo se ensañó contra ellos y les sumió en la más deplorable indigencia. Al reseñar Cervántes sus infortunios y su vida agitada en persona del licenciado Vidriera, asienta una verdad innegable y de la que se saca un ejemplo indudablemente desconsolador, pero rigorosamente cierto y á la continua comprobado; á saber: que el verdadero talento, modesto, enemigo de la lisonja, inspirado por la virtud y doctrinado por la justicia, siempre sufre la persecucion de la generalidad egoista y mal recompensadora del saber.

Tambien inculca Cervántes el ejemplo de que es peligrosísimo decir á todas las clases sociales la verdad, y reprenderles sin rodeos, sino con manifiesto rigor; y que sólo ofreciendo esa verdad y esas reprensiones en ingeniosa forma y manera, es como las aceptan las muchedumbres, y les sirven al mismo tiempo de enseñanza que de regocijo y de correccion. Valiéndose de tan discreto medio, convirtiendo en loco al licenciado Vidriera, por cuestiones amorosas, Cervántes descargó la más fina y picante sátira contra todos los oficios, estados y profesiones, descubriendo sus faltas, poniendo en ridículo sus artimañas y procurando el correctivo de sus defectos.

Admirables son las palabras y sentencias en que Cervántes habla y se ocupa de los médicos, farmacéuticos, poetas, libreros, escribanos, letrados, jueces, procuradores, solicitadores, músicos, comediantes, marineros, sastres, zapateros, roperos, envidiosos, dueñas, muchachos, mal casados, maldicientes, carreteros, arrieros, mozos de mulas, tahures, murmuradores, irreligiosos, titiriteros y gariteros. Esto comprueba cumplidamente lo que hemos indicado en otros lugares de nuestra obra: que Cervántes tenia un profundísimo conocimiento de la sociedad, y que nadie compitió ni compite con él en presentar de ella cuadros fidelísimos é ingeniosos.

CAPÍTULO XXXI.

Extremadamente tierna y hermosa es la novela titulada *La fuerza de la sangre.* Cervántes inculca en ella la consoladora verdad de que los arrebatos de la juventud son generalmente reparados por las reflexiones de la experiencia, y que el Cielo procura siempre el alivio y la satisfaccion de los injustamente vejados ú ofendidos. Leocadia, doncella virtuosísima y de honrados padres nacida, es robada una noche que con su familia volvia á Toledo de distraerse á orillas del Tajo, por un caballero jóven, rico y principal, pero atrevido y vicioso, de aquella poblacion. Desmáyase la doncella, y el robador la conduce en brazos á su casa, donde la ofende en su honor llevado de sus lascivos intentos.

Cuando vuelve en sí Leocadia, conoce su triste situacion y el vil atentado de que ha sido objeto, y con palabras dignas y enérgicas, que así declaran su indignacion como indican sus grandísimos pesares, afea la accion tan ajena de un caballero como merecedora de severísimo castigo, y anhela volar á casa de sus padres, únicas personas que podrian mitigar sus inmensos sufrimientos. Leocadia queda, pues, villanamente deshonrada, y el atentador de su honra, sin acordarse más de su desconocida ultrajada, vase á Italia para su distraccion y divertimiento. Leocadia da á luz un niño, pero tan secretamente, que no se enteran de ello sino sus padres, quienes enviaron al reciennacido en casa de una persona de su familia, á un lugar cercano á Toledo, donde le criaron, y cuando le volvieron á su morada, lo hicieron en nombre de sobrino suyo. El niño creció en edad y en hermosura, y á los siete años un accidente impensado vino á convertir en alegrías las pasadas tristezas, y se verificó el acto reparador, tanto más feliz cuanto ménos esperado. Sucedió, pues, que un dia al pasar el niño por una calle de Toledo, donde se verificaban carreras de caballos, fué atropellado y herido por uno de éstos. No bien acaeció tan sensible desgracia, cuando un caballero de los principales de

la ciudad, movido de gran afecto y compasion hácia el muchacho, le recogió de la calle, llevándole á su casa, llamando á un cirujano para que le curase, y procurando con tierna solicitud y desvelo su alivio y curacion. Nada tan viva y sentidísimamente pintado como la pena de Leocadia y de sus padres, al saber el triste caso del niño, la velocidad con que llegan á casa del generoso caballero que le habia recogido, los ayes que exhalan, las lágrimas que bañan sus rostros, la ansiedad con que atienden á la salvacion del infortunado infante, las palabras de consuelo que les dirigen tanto el caballero como su esposa, y la esperanza que se apodera de sus corazones al oir decir al facultativo que no es mortal la herida del tan adorado hijo de Leocadia. ¿Y habrá nada tan interesante é inimitable como la terneza de todos, propios y extraños, para con el desgraciado niño, el singular interés que por su bienestar y salud demuestra el caballero que le socorrió, la bondad y misericordia de su esposa, la presuncion primero, y la certeza despues, que tiene Leocadia de ser aquella casa la misma donde la flor de su virginidad fué cortada, la sorpresa mezclada de alegría con que saben los dueños de la morada que aquel niño á quien recogieron era su nieto, la prontitud con que hacen volver á su hijo de Italia, y las circunstancias y rodeos por donde Rodolfo se desposa con aquella Leocadia á quien habia deshonrado, teniéndose por el más venturoso de los mortales en poseer tesoro de tan inestimable belleza y valor? ¿Y qué desenlace, por último, más verosímil y adecuado puede darse, donde la virtud queda premiada, la resignacion enaltecida, la honradez y los rectos y nobles pensamientos magnificados? ¡Qué fin moral más hermoso y excelso el de esta novela!

En el *Celoso extremeño* demuestra Cervántes los grandísimos peligros que ocasionan los matrimonios de jóvenes con ancianos, donde ni los afectos, ni el cariño, ni las voluntades pueden jamás hallarse de acuerdo, resultando de esto muchas desavenencias, muchos perjuicios, muchas infidelidades, muchos acontecimientos, en fin, extremadamente deplorables. El protagonista de la novela, que es un viejo llamado Carrizales, siendo inmensamente rico, se casó con una jóven de quince años; y para impedir toda contingencia, procuró que su esposa viviese vida muy retraida y solitaria, tomando infinitas precauciones; pero tantos cuidados fueron inútiles, pues debido á los consejos de las dueñas que acompañaban á Leonora, que así se llamaba la mujer del celoso

anciano, ésta dejó entrar en su casa á un mancebo libertino, no llevada de ningun mal pensamiento, sino guiada sólo por el deseo de solazarse y distraerse honestamente. El pobre Carrizales sorprendió á aquel jóven en su casa, y tanto fué el sentimiento de su deshonra y desgracia, que al cabo de pocos dias falleció, no sin haber perdonado á su inexperta consorte, quien protestó no haber ofendido en nada al viejo, y dejándola casi toda su cuantiosa fortuna.

El fin moral de esta novela es tan bueno como el de cuantas escribió Cervántes. Si bien trata de demostrar los gravísimos males que traen consigo los matrimonios de personas de muy diferente edad, asimismo pinta con todo su deforme aspecto y aterradoras consecuencias las menores infidelidades, dejando siempre castigadas la imprudencia de unos y la irreflexion de otros. Así en esta novela, Carrizales sufre el castigo de su indiscreta conducta; Leonora, más ligera que culpable, no bien muere su esposo, se retira del mundo, encerrándose en un convento, para expiacion del mal que habia ocasionado; y el mancebo á quien se habia permitido la entrada en aquella casa, vióse burlado cruelmente, pues cuando con la muerte del esposo, esperaba que Leonora se mostrase propicia á sus deseos, y con su amor le ofreciera la felicidad y las riquezas de que era poseedora, supo la resolucion de Leonora, y comprendió que ésta no le queria, ni le habia dejado penetrar en su morada sino por sugestiones de las dueñas que la rodeaban y por su inexperiencia del mundo.

Asimismo, como dice Cervántes, es esta novela «ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre, y de lo ménos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones de dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas.»

Mucha y muy verdadera doctrina se saca tambien de la novela titulada *La ilustre Fregona*. En la protagonista de esta composicion presenta Cervántes los tristes y horribles resultados de las relaciones ilícitas y lascivas. Hija era Constanza, que así se llamaba la ilustre Fregona, de ricos y encumbrados padres; pero tan fatales fueron aquellas relaciones, que la misma madre, desamparó á su hija al nacer, confiándola al cuidado de unos mesoneros de Toledo. Como hija de éstos se crió, y en aquel establecimiento estuvo de sirvienta, como expiando los pecados de sus padres, hasta que felizmente el caballero que habia conocido á

su madre, supo que ésta al morir dejó gran cantidad de escudos para el dote de su hija, indicando la casa donde se hallaba la jóven en Toledo. Cuando Constanza es sacada por su padre, hasta entónces tan inconsiderado y tan injusto, de aquella situacion ínfima en que la habia colocado su desventurado nacimiento, el alma se regocija grandemente, pues ve reparada la grave falta cometida, y á Constanza, que como fruto desdichado de relaciones extrañas habia sufrido muchas dolorosas vicisitudes sin merecerlas, obteniendo el puesto en la sociedad que sus virtudes y la importancia de sus padres demandaban. Fin más moral y consolador no puede darse: despues de ofrecer la falta en toda su deformidad, se presenta la reparacion en toda su conmovedora grandeza.

Saludable enseñanza se saca tambien de los sucesos referentes á los dos caballeros mozos D. Diego de Carriazo y D. Tomás de Avendaño. Estos dos jóvenes, en vez de seguir los estudios en Salamanca, como deseaban sus padres, llevados de aficiones reprensibles, se dieron á una vida aventurera y vagabunda, parando al fin en Toledo, entrando el uno de sirviente en la posada donde estaba la bella Constanza, y haciéndose aguador el otro. Muchos accidentes, penalidades y hasta desgracias pasan á los dos inconsiderados jóvenes en aquella vida tan extraña y tan ajena de sus costumbres; demostrando Cervántes de un modo acabadísimo que cuando los jóvenes, desobedeciendo los preceptos y consejos de sus padres, se entregan á sus caprichos y á los desvaríos de la irreflexion, sólo consiguen resultados contrarios á los que desean, expiando con desventuras y desgracias las faltas de obediencia y de respeto y sumision á los autores de sus dias.

El insigne literato D. Antonio Martin Gamero, cuya memoria siempre será tan grata á todos los admiradores de Cervántes, en un su bellísimo discurso demostró los años pasados que Cervántes escribió la novela anterior en Toledo y en la misma posada del Sevillano, que hoy lleva el nombre de La Sangre de Cristo. (1)

---

(1) Dicho afortunado y antiquísimo meson, que ha hecho célebre Cervántes con su novela *La Ilustre Fregona,* hállase situado en Toledo en la calle de Santa Fe, correspondiente á la parroquia latina de Santa María Magdalena, número 11 antiguo, 31 moderno.

Merced á la iniciativa y desvelos del docto y malogrado literato aludido, colocóse en 1872 una lápida de mármol sobre el dintel de la

Tanto más verosímil y probable es la demostracion hecha por el Sr. Gamero, cuanto que tenemos el convencimiento de que Cervántes compuso las más de sus novelas ejemplares en los mismos puntos donde desenvuelve la accion de sus narraciones y delinea el carácter de sus personajes. Todas las novelas del gran autor tienen un sabor local, por decirlo así, que atrae, cautiva y deleita en extremo. Y es que las pinturas de aquel único maestro están siempre hechas con naturalidad y belleza, y proporcion y suavidad de colorido. Las figuras son reales: hablan, sienten, gozan: son retratos verdaderos de un original que se ha tenido ante la vista. Por eso creemos que la opinion del Sr. Gamero es exacta y que Cervántes escribió *La ilustre Fregona* en la misma posada del Sevillano.

Durante una de las temporadas que residiria en aquel meson, á causa de algunas comisiones sin duda, el antiguo soldado tendria ocasion de presenciar los lances que relata en su gráfica obrita. Allí tendria conocimiento de las ligerezas de Carriazo, de los amoríos de Avendaño, de la gravedad de los huéspedes, de la esquivez y virtud de Constancica, de las serenatas del hijo del corregidor, de las chocarrerías de la Agüero y de la hermana gallega, y allí tambien veria con sus propios ojos y tocaria con sus mismas manos la aclaracion del misterioso nacimiento de la que en la ciudad llamaban la ilustre Fregona, la llegada de los padres de Avendaño y Carriazo al meson, y la feliz terminacion de tan interesantes sucesos.

Espectador de ellos Cervántes, observador como todo hombre de talento, residiendo en la misma posada donde los acaecimientos se verificaron, transmitió al papel sus impresiones, reseñó verídicamente los lances, se deleitó en mencionar los más minuciosos incidentes, y dejó trazado á la posteridad un cuadro exacto de lo que habia visto, ofreciendo general é indisputable enseñanza. La novela pudo luego ser perfeccionada; pudieron añadírsela algunos detalles; pudo completarse más la accion de aquellos sucesos; pero el boceto se habia hecho en el terreno

---

puerta principal de la antigua posada del Sevillano, con la siguiente inscripcion:

«ESTE FUÉ EL MESON DEL SEVILLANO, DONDE, SEGUN LA TRADICION Y LA CRÍTICA, ESCRIBIÓ LA ILUSTRE FREGONA EL MAYOR DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES, MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, Á CUYA BUENA MEMORIA CONSAGRA UN RECUERDO LA GRATITUD DE LOS TOLEDANOS EL DIA 23 DE ABRIL DE 1872, ANIVERSARIO CCLVI DE SU MUERTE.»

mismo, ante los protagonistas mismos, tratándolos, viéndolos, hablándoles, con oportunidad, con encanto, con perfeccion y con hermosura de colores.

En la novela *Las dos doncellas* demuestra Cervántes, de una manera magistral é interesantísima, las consecuencias de las faltas cometidas por las jóvenes, cuando, dejándose guiar por las halagadoras pero fatales voces de sus caprichos, y desobedeciendo los consejos de la reflexion y de la prudencia, entregan su corazon y exponen ó pierden su honestidad en manos de algun cortejante lisonjero. Dos doncellas, llamada la una Teodosia, la otra Leocadia, enamoradas á la vez de un galan mancebo, que á entrambas habia pretendido, aquella obligada por haber perdido ya su honra seducida por el caballero, ésta por creer que á ella sola la amaba, se fugan de casa de sus padres, huyen de sus pueblos, y sufriendo muchas penalidades y fatigas y vicisitudes, buscan por diversas comarcas de España al jóven que tan descaradamente habia engañado á la una y burládose de la otra. La lucha de sentimientos y afectos que entre las dos doncellas se entabla, cuando le hallan, es de grandísimo interés, creyéndose cada cual la más digna de ser amada, hasta que al fin triunfa Teodosia, reconociendo y reparando su falta el galanteador, casándose con la jóven á quien habia ofendido. Leocadia contrae matrimonio con el hermano de su rival, viéndose desdeñada de quien tanto amor le jurara, y respondiendo generosa al mucho y muy acendrado de su nuevo y noble adorador.

Pero ántes de llegar á tan grato desenlace, ¡cuántas penalidades sufridas, cuántos pesares, cuántos disgustos en las familias, cuántos desasosiegos del ánimo, cuántas incertidumbres, remordimientos y lágrimas! ¡Qué dejos tan amargos siempre los que proceden de las pasiones amorosas! ¡Qué resultados tan deplorables ocasionan los deslices é impremeditaciones de las doncellas inconsideradas!

Cervántes explana y robustece semejante enseñanza en otra de sus novelas que lleva por título *La Señora Cornelia.* Esta dama, hija de una de las primeras familias italianas, llamada Cornelia Bentibolli, y sobremanera hermosa, huérfana desde sus más tiernos años, quedó al cuidado de un hermano suyo, quien la educó con paternal solicitud y esmero; pero todos sus desvelos viéronse destruidos cuando ménos lo pensaba, pues habiendo hablado á la encantadora jóven el duque de Ferrara, y prendádose

de ella apasionadamente, aquella escuchó las lisonjeras palabras que éste la dirigiera, sacrificando su virginidad en aras de la adulacion del potentado y de su facilidad reprensible. De aquellas relaciones ilícitas queda embarazada la hermosa Cornelia, y cuando da á luz un niño, temerosa de la indignacion de su hermano, ausóntase de la casa de una parienta donde se hallaba, acogiéndola en su morada dos españoles tan nobles como caritativos. La intranquilidad y los pesares del hermano de Cornelia, los sufrimientos y los temores de la seducida y desgraciada jóven, las infinitas vicisitudes y peripecias lamentables que la falta de ésta ocasionan, todo lo pinta Cervántes con una viveza de colorido admirable y con una fuerza de sentimiento grandísima, como para ofrecer en toda su deformidad el desliz cometido y sus consecuencias desastrosas. El desenlace de esta novela es feliz, sin embargo: el duque, muerta su madre, principal obstáculo de su casamiento, se desposa con la bellísima Cornelia, reparando la falta cometida: el hermano desconsolado y ofendido lo perdona todo, viendo ya la felicidad de Cornelia: los generosos españoles, á quienes se debió en mucha parte el buen resultado de tales sucesos, quedan satisfechos con haber coadyuvado á tan deseado fin.

Pero no lo tienen semejante casi nunca tan graves faltas é impremeditaciones como las que Cervántes sacó en esta novela ante la pública censura: el caso que Cervántes cita terminó de una manera excepcional, á pesar de las muchísimas expiaciones con que en cierto modo quedó castigada la ligereza y reprendida la inconsideracion de la jóven; mas por regla constante y general, faltas tales como las de Cornelia, llevan consigo un castigo inexorable y duradero. El mismo Cervántes, en su novela *La Gitanilla*, dejó consignado lo siguiente, que certifica perfectamente lo que decimos, hablando por boca de la virtuosísima Preciosa: «Flor es la de la virginidad, son sus palabras, que, á ser posible, áun con la imaginacion no habia de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace... La virginidad sólo se ha de inclinar al santo yugo del matrimonio.»

Ingeniosísimas son las dos últimas novelas publicadas por Cervántes en la coleccion de 1613, y que se intitulan *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros.*

Demuestra Cervántes en la primera que los casamientos súbita é irreflexiblemente hechos, ó que se llevan á efecto por miras interesadas y mediando falsedades, nunca son felices; ántes bien, traen consigo multitud de desventuras y acaban muy fatalmente. Suficientemente queda así comprobado en el lance acaecido al alferez Campuzano, protagonista de la novela, quien aficionado á la belleza y aparente buena posicion de una mujer de Valladolid, cásase con ella, y al cabo de pocos dias descubre que su señora admitia los galanteos de todos, que no tenia hacienda alguna, y por añadidura se fuga D.ª Estefanía (que así se llamaba la dama) de casa de su esposo con varias prendas y alhajas de éste, y en compañía de un individuo á quien apellidaba primo suyo; no parando aquí todo, pues Campuzano quedó gravemente enfermo, teniendo que entrar en el hospital de la Resurreccion de Valladolid para curarse.

Es *El coloquio de los perros* una de las obras de Cervántes donde más se demuestra su espíritu observador, siendo una aguda y finísima sátira de todo lo que se prestaba en su época á la reprension y á la censura. Ningun autor se ha valido tan ingeniosamente como él de los irracionales para la detestacion de los vicios, alabanza de la virtud, enmienda de los defectos, reforma de las costumbres, y aviso provechoso de todas las clases de la sociedad. Es un estudio profundísimo de costumbres contemporáneas, que encanta por su verdad y deleita por su inimitable gracia, por lo hermoso y bien sostenido del diálogo, por el singular modo de presentar los sucesos, ofrecer la enseñanza, advertir y reprender, corrigiendo siempre y deleitando.

Las costumbres licenciosas de los rufianes y jiferos, sus amores, sus acciones y sus mañas; la vida libre y vagabunda de los gitanos, siempre fraguando maldades, siempre siendo sorpresa, sobresalto y daño de la gente pacífica y honrada; la holgazanería y trazas de los titiriteros; las bellaquerías, connivencias criminales y falsías de ciertos corchetes y alguaciles, traficantes desvergonzados de la ley y encubridores de la perversidad; las osadías y desacatos de los ambiciosos; la vanidad y pompa de los engreidos con la fortuna; la petulancia de los poderosos; las impertinencias é indiscreciones de los pedantes; la impudicia de los hipócritas; la falsedad de los murmuradores; la excesiva vanagloria de los cortesanos; el proceder, ejercicios, trabajo, ociosidad y agudeza de los comediantes; las ilusiones y desvaríos de los ar-

bitristas; los sueños y proyectos de los poetas; los odiosos actos de los secuaces de Monipodio; los embelecos, embustes y groseras artimañas de las hechiceras y brujas; todo, en fin, encantadoramente delineado y descrito.

Esta novela, verdadero y original tratado filosófico, ha sido, y con gran razon, una de las más elogiadas por cuantos autores españoles se han ocupado de Cervántes, habiendo hecho de ella muy especiales encomios tambien distinguidos escritores extranjeros.

Una novela más que las que se publicaron en la coleccion de 1613, corre impresa con las antiguas, desde que la crítica, muy juiciosamente, convino en que *La Tia Fingida* (que este es el título de la nueva novela estampada en 1814 por el señor Don Agustin de Arrieta) era original de la inimitable pluma de Cervántes. Esta obrita está con efecto tan encantadoramente escrita como todas sus novelas.

Cervántes demuestra en ella cuán reprensible y abominable es la conducta de las mujeres que trafican con la honra de las doncellas. El tipo de Doña Claudia está presentado con una fidelidad notabilísima: sus perversas costumbres, ofrecidas en toda su repugnante desnudez: sus malvadas artimañas, descubiertas: sus viles procederes, manifiestos. El fin moral de esta composicion no puede ser más excelente. La mala y desmoralizada dueña, patentizadas sus bellaquerías, sufre el condigno castigo: es presa, y luego sacada á la vergüenza pública para escarmiento y ejemplo. La jóven, con cuya honestidad aquella vieja comerciaba, vese así libre de tan inexorable tirana y de aquella vida perjudicial en que hasta entónces, y contra su voluntad habia estado, contrayendo despues matrimonio con persona que se prenda de su discrecion y belleza, y que la realza ante la consideracion social, sacándola de la abyeccion en que se encontraba.

Las novelas de Cervántes adquirieron desde los primeros momentos de su estampacion notable y señaladísima popularidad. Vióse que aquel género literario se prestaba grandemente á emplear las dotes de la imaginacion y del talento, y que eran las composiciones que estaban llamadas á reemplazar á los libros de caballerías, á las patrañas y cuentos antiguos y á las novelas picarescas, pudiendo demostrar en ellas el escritor ingeniosidad, moralizando las costumbres y censurando los defectos sociales con beneplácito y aplauso de los doctos. Muchos autores siguie-

ron las huellas de Cervántes, deseando publicar novelas á la traza y modo del inventor, pero salieron inmensamente inferiores en mérito y en gracias, como se ve leyendo y examinando las que compusieron en los reinados de Felipe III y Felipe IV Lope de Vega, el envidioso detractor de Cervántes, Perez de Montalvan, Salas Barbadillo, Vicente Espinel, Tirso de Molina, Castillo Solórzano, Velez de Guevara, D.ª María de Zayas, y otros. Ni los ya nombrados, ni los numerosos escritores de ménos importancia, que adulteraron y corrompieron la novela, ya con sutilezas, ya con escenas inverosímiles, ya con lenguaje alambicado y gongorino, pudieron competir ni áun igualar á los hermosos modelos de Cervántes. Ellos fueron en todo el siglo de oro de nuestras letras, en la época de la regeneracion y de la restauracion del buen gusto en la literatura castellana, y en nuestros mismos tiempos, los más originales y castizos dechados de la novela española. Por eso, en tanto que las infinitas novelas que se estamparon despues de las de Cervántes, ó han perecido en la indiferencia general, ó sólo se conserva noticia de ellas en los tratados bibliográficos, las de aquel siguen dilatando por todas partes su fama, acrecentándose cada año en mayor número el de sus reimpresiones en la lengua patria, ó el de sus traducciones en todos los idiomas cultos del mundo.

CAPÍTULO XXXII.

Al año siguiente de haber salido á luz las *Novelas*, esto es, en 1614, publicó Cervántes una obra original y curiosísima, que dilató su fama y puso más y más de manifiesto su erudicion y conocimiento de la literatura contemporánea. Tal fué *El Viaje del Parnaso.* Escrito el referido trabajo en tercetos, demostró sin embargo Cervántes su buen talento y mejor gusto, pues si bien es verdad que en varios pasajes el interés decae y el verso languidece, la composicion, en el fondo y en la forma, responde al noble sujeto de que se ocupa.

Cervántes se propuso en esta ingeniosa concepcion elogiar á los excelentes talentos que en su época florecian, historiadores, oradores, poetas ó novelistas; censurar á los indignos autores que, ya en prosa, ya en verso, corrompian el hermoso idioma castellano con puerilidades, extravagancias y palabras cultas; dar generales consejos de prudencia y de sano criterio; inculcar beneficiosos ejemplos de mejora y perfeccion; hacer constar el número y cualidades de sus escritos y su mísera situacion é inmerecida pobreza; poner de manifiesto las ingratitudes de sus contemporáneos; reprender las falsedades de los que se decian sus amigos; (1) y extender un bien formado bosquejo de la literatura de su tiempo. Y por cierto que tan ingeniosamente como lo propuso, tan superiormente lo efectuó. La obra de Cervántes sobrepuja á todas las composiciones que con idéntico fin crítico habian estampado Lope de Vega, Vicente Espinel, Gaspar Gil Polo y otros autores de crédito. El *Viaje del Parnaso* da concluyentes pruebas del es-

(1) En este punto fué justísimamente severo con los Argensolas, quienes ya hemos visto del modo indigno que se portaron con Cervántes cuando marcharon con el conde de Lemos á Italia.

En el *Viaje del Parnaso* finge Cervántes que el dios Mercurio le ordena que vaya á Nápoles en busca de los dos hermanos Argensolas para que sostengan la causa de los buenos poetas contra los malos en el

píritu investigador y de la incomparable inventiva de Cervántes, y la *Adjunta al Parnaso*, breve trabajo en prosa que le acompaña, es un hechicero modelo de punzante y delicada crítica.

En esta obra es donde ofrece tambien los más acabados pormenores sobre todas sus producciones y escritos, por estas palabras, que, no por muy conocidas, son ménos dignas de ser copiadas:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien la *Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto comedias, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon, en todo tiempo.

---

combate próximo á trabarse; pero Cervántes, con mucha oportunidad y sublime sarcasmo, escribe:

—Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que más grato á los dos hermanos fuese;
Que yo no soy, sé bien, quien negociase
Mejor.—Dijo Mercurio:—No te entiendo,
Y has de ir ántes que el tiempo más se pase.
—Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo;
Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad como la vista corta:
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino;
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron;
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.—

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.

. . . .

Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guia.
Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!
Yo he compuesto romances infinitos,
Y el de los celos es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.

. . . .

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persíles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sujetos fregoniles.
Tambien al par de *Fílis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantinela.
Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al Cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
Nunca pongo los piés por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.

Cervántes dedicó sus *Novelas ejemplares* al conde de Lemos; pero sus protegidos los Argensolas se mostrarian tan indiferentes como siempre, y el principalmente honrado y favorecido con tan valiosa dedicatoria, el conde y virey, se desdeñaria hasta de sig-

nificar al autor su agradecimiento por medio de atenta carta.

Este proceder indiscreto y censurable, esta falta de urbanidad inconcebible, que Cervántes recordó con amargura en *El Viaje del Parnaso*, y que le indignaria por extremo, viendo que sus corteses recuerdos de tal manera se despreciaban, seria una de las causas por qué no dedicó esta ingeniosa obra al referido conde, y sí á D. Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del Sr. D. Pedro de Tapia, oidor del consejo Real y consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema. Motivos especiales de reconocimiento y delicadeza obligaríanle tambien á obrar así, pues es muy probable que D. Pedro de Tapia, merced á la amistad que unia á su hijo con Cervántes, haria todo lo posible por defender á éste en el asunto de los consabidos débitos por alcabalas, y seria su favorecedor y protector ante los inquisidores y envidiosos que deseaban poner sus obras en los índices expurgatorios. (1)

(1) Que estos propósitos y maniobras habria, bien se comprende cuando se recuerda que la exagerada suspicacia de algunos inquisidores tachó en la edicion de *El Quijote,* hecha en Lisboa en 1605, un párrafo del capítulo XIII, aquel en que se dice:

«Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha profesado vna de las mas estrechas professiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los frayles cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondio nuestro don Quixote; pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos pidē, defendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados yelos del invierno. Assi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia.»

¡Con cuánta instancia no desearian tambien los inquisidores de Madrid tachar ese y otros párrafos! Y ¡cuán generosa y noble conducta la de quienes, como el Sr. D. Pedro de Tapia, defenderian el texto de Cervántes, libertándolo de ser cercenado por fanáticas é ignorantes manos!

La pasion y el odio contra Cervántes eran tales y tan poderosos, sin embargo, que al fin, en 1619, tres años despues del fallecimiento de aquel grande hombre, sus enemigos lograron ver satisfechos sus deseos, incluyendo á *El Quijote* en los índices expurgatorios por aquellas palabras de la 2.ª parte, cap. XXXVI: «las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada,» palabras suprimidas por el capricho de los señores inquisidores en las ediciones sucesivas.

El mismo año de 1614 escribió Cervántes una poesía muy apreciable con motivo de las fiestas públicas y regocijos con que se celebró en España la beatificacion de Teresa de Jesús. Conmemoróse en Madrid aquel suceso con un certámen poético. Entre los varios temas propuestos en él, habia uno á los divinos éxtasis de Santa Teresa. La composicion de que en ellos se hablase, habia de ser una cancion castellana, que no excediese de siete estancias, y que guardando el rigor lírico estuviese hecha á imitacion de aquella magistral poesía de Garcilaso que comienza:

El dulce lamentar de dos pastores.

La que escribió Cervántes con tal motivo, fué una de las mejores que se presentaron sobre el tema propuesto. La cancion consta de las siete estancias fijadas por los directores del certámen: el rigor lírico se conserva en toda la composicion, excepcion hecha de algunos versos: hállanse en ella, en fin, la gracia, la erudicion y el estilo elegante que se demandaban. Muy justos fueron, por tanto, los elogios que se le tributaron.

CAPÍTULO XXXIII.

Mucho ántes que el genio de Cervántes se ejercitara en las bellísimas obras de que acabamos de formar el juicio crítico, habia empleado su perspicacia y sus amenos conocimientos en un género de literatura que entónces empezaba á salir de su infancia en España y en los países más cultos de Europa. Nos referimos á las comedias.

Como hemos visto en el capítulo XVI, Cervántes cultivó con gran entusiasmo este linaje de obras desde 1584, obteniendo sus comedias muy buena acogida y generales aplausos, viendo en ellas el público perfecciones y adornos de que carecian las anteriormente compuestas y representadas por otros escritores.

Cervántes, que dejó «la pluma y las comedias», como él mismo dice, por tener que dedicarse á otras ocupaciones, no tan adecuadas á su carácter, se vió luego avasallado por el creador y padre de la comedia nueva española, que empezó indudablemente con los escritos galanos, elegantes, encantadores y hermosos de Lope de Vega, por más que con frecuencia estuviesen afeados por anacronismos, puerilidades y escenas disparatadas.

Así que no es de extrañar, si no muy explicable, que las comedias de Cervántes, nuevamente compuestas, y que dió á la estampa el librero Juan de Villarroel en Madrid en 1615, (1) no

(1) Las composiciones impresas y publicadas por Villarroel son las siguientes: — Comedias: *El Gallardo Español, La Casa de los Celos, Los baños de Argel, El rufian dichoso, La gran Sultana, El laberinto de Amor, La entretenida, Pedro de Urdemalas.* — Entremeses: *El Juez de los divorcios, El rufian viudo, Eleccion de los Alcaldes de Daganzo, La Guarda cuidadosa, El vizcaino fingido, El retablo de las maravillas, La cueva de Salamanca, El viejo celoso.*

Son curiosísimas las palabras que en el prólogo de estas *Comedias* y *entremeses* consignó Cervántes sobre las dificultades que se originaron para su publicacion, y el desden con que los actores y el público miraban en 1615 sus nuevas producciones dramáticas, cuando tan

alcanzaran crédito ni áun fueran solicitadas por los actores para representarlas; pues en los treinta y un años transcurridos (1584-1615) se habia mejorado mucho el Teatro español, hasta el punto de que puede decirse que era el primero de Europa; y si bien las comedias de Cervántes eran algunas, casi las más, dignas de su talento y de su inventiva, no podian competir empero con las que entónces se aplaudian, encomiaban y áun sublimaban del ya mencionado Lope, del doctor Ramon, de Miguel Sanchez, de Mira de Amescua, del canónigo Tárraga, de Guillen de Castro, de Aguilar, de Luis Velez de Guevara, de Galarza y de Gaspar de Avila, á quienes cita Cervántes mismo, encareciendo sus cualidades y recomendables y particulares excelencias inventivas ó poéticas en el prólogo de sus *Comedias*, y de otros varios autores, célebres despues, y que cuando Cervántes se hallaba á los bordes del sepulcro, empezaban á dar gallardas muestras de su genio, disposicion y entusiasmo poéticos.

Quédale á Cervántes, sin embargo, en la composicion de sus primitivas comedias, la gloria de haberlas presentado con un carácter de originalidad que no se nota en sus escasos predecesores. Las comedias de Lope de Rueda y las de Timoneda pecan por demasiado triviales y sencillas: las de Castillejo, y sobre todo las de Torres Naharro, por demasiado licenciosas, y algunas obscenas; y las de Cueva y otros por demasiado serviles en la

---

aplaudido y elogiado fué al componer sus primeras comedias. «Algunos años há, dice, que volví yo á mi antigua ociosidad ; y pensando que aún duraban los siglos donde corrian mis alabanzas, volví á componer algunas comedias. Pero no hallé pájaros en los nidos de antaño: quiero decir, que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabian que las tenia; y así las arrinconé en un cofre, y las consagré y condené á perpetuo silencio. En esta sazon me dijo un librero que él me las comprara, si un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podia esperar mucho, pero que del verso nada... Si va á decir verdad, continúa, cierto que me dió pesadumbre el oirlo; y dije entre mí: — O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho, sucediendo siempre al revés, pues siempre se alaban los pasados tiempos.

Torné á pasar los ojos por mis comedias y por algunos entremeses mios, que con ellas estaban arrinconados; y vi no ser tan malas, ni tan malos, que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor á la luz de otros autores ménos escrupulosos y más entendidos. Aburríme, y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa, como aquí te las ofrece. Él me las pagó razonablemente: yo cogí mi dinero con suavidad, sin tener cuenta con dimes ni diretes de recitantes.»

imitacion de antiguos modelos latinos. Y aunque despues de las notables mejoras introducidas por Cervántes, fué cuando el Teatro español llegó á su virilidad, á su prestigio, á su gran crédito, á su envidiable fama, á su apoteósis, puede decirse, con Lope, Tirso, Calderon, Alarcon, Rojas, Moreto, y otros tan celebrados autores, los ensayos muy apreciables de Cervántes no pueden ni podrán relegarse nunca al olvido, sino, ántes por el contrario, encomiarlos y encarecerlos. Nuestro Miguel fué el imperfecto, pero verdadero creador de la comedia española de capa y espada, de enredo y de carácter, con grandísimo gusto, pues introdujo sucesos interesantes, notables, instructivos, de los que luego se valieron los autores de más prestigio para dar nuevas producciones al teatro, con señalado y singular realce de sus nombres. *Los Tratros de Argel* y *La Numancia* eran creaciones literarias superiores á todas las comedias y tragedias anteriores á su concepcion, como más adelante demostraremos.

Indudablemente que, como haremos notar en el análisis que hagamos de cada comedia de Cervántes, en muchas, ó casi en todas, no guardó las reglas que debiera haber observado; pero téngase en cuenta que no sólo él incurrió en tales defectos, sino áun los más aplaudidos autores de aquel siglo de talentos y de genios. Infinidad de comedias de los más renombrados poetas de entónces hay que tienen más imperfecciones que las primeras de Cervántes. Las de éste podrán hallar disculpa ante la crítica, pues eran al fin generosos conatos y patrióticos ensayos de mejoramiento y perfeccion; las de aquellos, no, porque estando ya el Teatro español en la cúspide de su renombre, lo afearon con argumentos disparatados y ampulosidades.

Desdeñadas y no representadas las nuevas comedias de Cervántes; (1) olvidadas las que primitivamente compuso y que tantos aplausos lograron; sucediéndose á Lope, á Miguel Sanchez, al doctor Ramon y á otros escritores insignes, los no ménos ilustres Calderon, Moreto, Rojas y Alarcon, las composiciones de Cervántes quedaron confundidas, las últimas, en el polvo de las

(1) Donosamente se queja de ello Cervántes en la dedicatoria que hizo de sus Comedias y entremeses en 1615 al conde de Lemos, por estas palabras: «Si alguna cosa llevan razonable (las referidas composiciones) es que no van manoseadas ni han salido al teatro, merced á los farsantes, que de puro discretos no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se engañan.»

bibliotecas, las primeras y no impresas, en la incuria de los actores y el menosprecio del público.

Así se comprende y explica que producciones tan aceptables y buenas no fueran reimpresas hasta 1749 por un amante de los escritos castellanos, y que las que permanecian manuscritas se perdieran en su mayor parte. Puede asegurarse, sin embargo, que ni de unas ni de otras hay formado verdadero exámen crítico. Nasarre escribió un Discurso para estamparlo al frente de su edicion de 1749; pero en él de todo se habla ménos de las *Comedias* de Cervántes, como no sea para decir absurdos, pues no merecen otro nombre los de sostener formalmente que Cervántes escribió aquellas comedias disparatadamente, con deliberada intencion, para censurar las inartificiosas de su tiempo. Otros autores, como Lampillas en su patriótica *Apología de la Literatura Española*, pretenden que las ocho comedias que pasan por de Cervántes no son suyas, sino de algun autor de pervertido gusto, para ridiculizar al gran Ingenio. Los demás críticos que se han seguido, así nacionales como extranjeros, casi sin excepcion, han desdeñado las *Comedias*, y hasta el grave Tiknor las analiza con prevencion y precipitadamente.

Entendemos que ha coadyuvado á tan severos y áun arbitrarios juicios el escaso conocimiento que se tiene de las susodichas composiciones. Nosotros, en nuestro afan de ser los más exactos apologistas y biógrafos de Cervántes, hemos estudiado, más bien que leido, tan interesantes producciones, y nos proponemos ser los primeros que presentemos de ellas un detenido dictámen crítico.

Una de las comedias más recomendables de Cervántes, y la que merece el primer lugar, de las que nos han quedado, en el de la crítica, es la titulada *El Gallardo Español.* Tres jornadas ó actos tiene, como todas las del mismo autor; pero les sobrepuja en las galas que pueden hacer aceptable una obra dramática. Argumento, accion, personajes, unidad, todo está mejor presentado y sostenido que en sus otras comedias. El argumento es el siguiente: Don Fernando de Saavedra, es un ilustre soldado de Oran: un moro, pretendiente de la bella Arlaxa, le desafia por expreso mandato de la adorada, quien desea conocer á Fernando: el Capitan de Oran no le deja salir: él sale, y se presenta prisionero en el campo contrario con diversa intencion de la que va: á todos engaña diciendo que se ha convertido á la secta de Maho-

ma: una jóven, llamada Margarita, á quien él ha pretendido, y cuyos amores han terminado por el duelo habido entre dicho adorador y el hermano de la adorada, búscale y le halla : allí aparece tambien su hermano: sucede entónces que hay un combate y asedio contra Oran por parte de todas las fuerzas enemigas: entre ellas va Fernando: él es quien primero defiende á la ciudad desde fuera de sus muros contra el poder de los enemigos, y quien primeramente alcanza la victoria, declarándose ya cristiano: el gobernador de Oran, en vista de tal conducta, le dispensa del castigo que habia merecido por no obedecerle: y cásanse Margarita con Don Fernando, ya gustoso Don Juan (que así se llamaba el hermano de aquella), y Arlaxa con Alimuzel, con gran contentamiento de todos. No hay en esta comedia ángeles, ni nubes, ni encantadores, ni brujos, ni selvas encantadas, ni otras novedades por el estilo: redúcese todo á luchas, desafíos, fieros, amenazas y combates entre los cristianos de Oran y los infieles que en los alrededores moraban: escenas y episodios, por lo demás, lo mismo que los amorosos, muy explicables en aquellos tiempos que se describen, cuando el valor, la defensa de la religion de sus padres y el buen nombre, tanto enardecian los corazones de uno y otro bando y de uno y otro pueblo.

Conceptuamos á *El Gallardo Español* como una comedia notable entre las que reseñan aventuras militares y caballerescas, y superior á muchas del mismo género de Lope, Calderon, Tirso y otros autores de nota, puesto que, teniendo todas sus más preciadas perfecciones, está exenta de la innumerabilidad de sus defectos.

Hasta en la versificacion, tan pesada en las demás composiciones análogas, parece dar muestras en ésta Cervántes de gusto señalado. Casi todo el verso que emplea es el romance, mezclado con algunos endecasílabos. Por eso, de esta comedia vámos á entresacar algunos trozos, dignos de todo elogio.

Cuando Arlaxa excita á Alimuzel para que vaya á Oran y desafie á Don Fernando, pronuncia estas frases tan preciosas:

Quiero ver la bizarría
De éste que con miedo nombro;
De este espanto, de este asombro
De toda la Berbería;
De este Fernando valiente,

Ensalzador de su crisma,
Y coco de la Morisma,
Que mentar su nombre siente;
De este Atlante de su España;
Su nuevo Cid, su Bernardo;
Su D. Manuel el Gallardo
Por una y otra fazaña:
Quiero de cerca mirarle,
Pero rendido á mis piés.

El reto de Alimuzel á D. Fernando de Saavedra, es encantador por extremo. Vamos á copiarlo íntegro, que bien lo merece por lo excelente y por lo poco conocido. Hélo aquí:

Escuchadme, los de Oran,
Caballeros y soldados,
Que firmais con nuestra sangre
Vuestros hechos señalados:
Alimuzel soy, un moro,
De aquellos, que son llamados
Galanes de Meliona,
Tan valientes como hidalgos.
No me trae aquí Mahoma
Á averiguar en el campo
Si su secta es buena ó mala,
Que él tiene de eso cuidado.
Tráeme otro Dios más brioso,
Que es tan soberbio y tan manso,
Que ya parece cordero,
Y ya leon irritado.

Y este Dios que así me impele
Es de una mora vasallo,
Que es reina de la hermosura
De quien soy humilde esclavo.
No quiero decir que hiendo,
Que destrozo, parto ó rajo;
Que animoso y no arrogante
Es el buen enamorado.

Amo, en fin, y he dicho mucho
En sólo decir que amo,

Para daros á entender
Que puedo estimarme en algo.
Pero sea yo quien fuere,
Vean que me muestro armado
Ante estos soberbios muros
De tantos buenos guardados:
Que si no es señal de loco,
Será indicio de que he dado
Palabra que he de cumplirla,
Ó quedar muerto en el campo:
Y así á tí te desafío,
D. Fernando el fuerte, el bravo,
Tan infamia de los moros
Como prez de los cristianos.
Bien se verá en lo que he dicho,
Que aunque haya otros Fernandos,
Es aquel de Saävedra
A quien á batalla llamo.

Tu fama, que no se encierra
En límites, ha llegado
A los oidos de Arlaxa,
De la belleza milagro.
Quiere verte; mas no muerto,
Sino preso; y háme dado
El asunto de prenderte:
Mira si es pequeño el cargo!
Yo la prometí de hacerlo,
Porque el que está enamorado,
Los más arduos imposibles
Facilita y hace llano;
Y para darte ocasion
De que salgas mano á mano
A verte conmigo agora,
De estas cosas te hago cargo:
Que peleas desde léjos,
Que el arcabuz es tu amparo,
Que en comunidad aguijas,
Y á solas te vas despacio,
Que eres Ulises nocturno,

No Telamon al sol claro,
Que nunca mides tu espada
Con otra, y á fuer de hidalgo.
Si no sales, verdad digo;
Si sales, quedará llano,
Ya vencido ó vencedor,
Que tu fama no habla en vano.
Aquí, junto á Canastel,
Solo te estaré esperando,
Hasta que mañana el sol
Llegue á Poniente su carro.
Del que fuere vencedor
Ha de ser el otro esclavo;
Premio rico y premio honesto:
¡Ven, que espero, D. Fernando!

El diálogo es muy ingenioso en la obra, y para muestra vamos á transcribir este trozo:

Habla el mismo D. Fernando disfrazado.

Es D. Fernando robusto,
Y habrá que hacer en prenderle;
Conózcole como á mí,
Y sé que es de condicion
Que sabrá volver por sí,
Y áun buscará la ocasion
Para responder á Alí.
ARLAXA. ¿Es valiente?
FERNANDO. Como yo.
ARLAXA. ¿De buen rostro?
FERNANDO. Aqueso nó,
Porque me parece mucho.
ALIMUZEN. Todo esto con rabia escucho.
ARLAXA. ¿Tiene amor?
FERNANDO. Ya le dejó.
ARLAXA. ¿Luego túvole?
FERNANDO. Sí creo.
ARLAXA. Será mudable.
FERNANDO. No es fuerza
Que sea eterno un deseo.

ARLAXA. ¿Y tiene brios?
FERNANDO. Y tiene fuerza.
ARLAXA. ¿Es galan?
FERNANDO. De buen aseo.
ARLAXA. ¿Raja y hiende?
FERNANDO. Tronca y parte.
ARLAXA. ¿Es diestro?
FERNANDO. Como otro Marte.
ARLAXA. ¿Atrevido?
FERNANDO. Es un leon.
ARLAXA. Partes todas estas son,
Cristiano, para adorarte.

Esta comedia tiene el gran defecto de que hablan en ella más de veinte personas. Bien es verdad que este no sólo era defecto de Cervántes, sino de todos sus contemporáneos. Comedia de Tirso ó Lope hay en que intervienen más personajes todavía. No es esto defender á Cervántes; es excusarlo: que por lo demás, dignos son todos de severas censuras, por haber faltado arbitrariamente al sabio precepto del poeta antiguo.

Una comedia en que sólo hablan cinco, ó ménos personajes, se lee ó se ve representar con gusto, pues se sigue sin esfuerzo el desarrollo de la accion, viendo á los protagonistas decir, hacer, ejecutar, mostrar sus vicios ó sus maldades, sus perfecciones ó sus defectos. No sucede así cuando veinte ó más personas hablan. Ni se sabe lo que se hace entónces, ni lo que se dice, ni lo que se piensa, ni puede seguirse al autor en sus excursiones, ni se acierta con nada. La mezcolanza de asuntos lo prohibe, y se llega al final de la composicion sin haberse enterado de lo que se trataba. Hay que leer de nuevo, examinar de nuevo y formar juicio de nuevo, para enterarnos medianamente siquiera. (1)

En mérito, gracia, naturalidad y buen gusto, semeja, si no sobrepuja, á la comedia anterior la intitulada *Pedro de Urdemalas.* Cuando se lee esta composicion dramática se ve en ella el genio de Cervántes. Sin ser una obra acabada ni perfecta, es tan bella y proporcionada, que deleita al corazon y al entendimiento. Los

(1) Nos extendemos más que en las otras producciones de Cervántes en el exámen crítico de las *Comedias*, y copiamos más pasajes, por ser ménos conocidas y haber sido generalmente con injusticia tratadas.

caractéres están en ella bien delineados; las escenas son oportunas; los lances que se describen naturales, sencillos, ó al ménos verosímiles: el interés no decae; cada personaje actúa en su propia esfera, y sus palabras son las que convienen á su estado, condicion, instruccion ó ingenio; ni aparecen figuras morales ni tramoyas disparatadas; el verso es llano y tal como corresponde á la comedia de costumbres; el desenlace oportuno y adecuado.

El argumento es el siguiente: Pedro de Urdemalas es hijo de padres desconocidos, pero despejado y listo: despues de haber servido á muchos amos y pasado muchos infortunios, entra á ser secretario, más bien que doméstico, de un alcalde de lugar: sírvele con sus despiertas luces, y ténele en mucho el buen Crespo, que así se apellida el alcalde: en la primera audiencia que da, sírvele Pedro de consejero: está ya conforme con el novio de la hija del alcalde, y con sus trazas consigue que el mismo padre elija por esposo de su hija al zagal Clemente: es el dia de San Juan: aquella noche celebra su boda Clemente con Clemencia y Pascual con Benita: acaece que está el rey de España solazándose en un sitio de recreo cercano: hablan á Pedro de Urdemalas para que ingrese en una compañía de gitanos y gitanas que por aquellos alrededores andaba, y habia de mostrar sus habilidades al siguiente dia delante de Su Majestad: Pedro de Urdemalas deja la casa de su alcalde, y aviénese con los bohemios: entre ellos elige por dueña de sus pensamientos á una jóven llamada Belica, de quien sus conocidos encarecian virtudes y ensalzaban su origen más que vulgar: dase el baile ante el rey y reina; caese durante el acto Belica; levántala el monarca; tócase de celos la reina; manda prender á la gitana: descúbrese luego que dicha Belica es hija del hermano de la princesa, y que la hubo clàndestinamente en la duquesa Felix Alba: conceptúala desde entónces como tal sobrina la reina: sigue enamorado de ella el rey: proyéctase una fiesta para celebrar tal acontecimiento: Pedro de Urdemalas entra á formar parte de una compañía de farsantes, y representa en la comedia que se da en la morada de los reyes con tan fausta nueva.

Aquí termina la produccion de Cervántes. Se podrá decir que no responde á los fines de la comedia, y áun se añadirá que podia Cervántes haber hecho Duque, Conde, Príncipe ó hijo de Rey á Pedro de Urdemalas, y haber concluido digna y oportunamente la comedia con el matrimonio de los dos jóvenes. Pero tales re-

paros no serán justos, pues Cervántes no pintaba generalidades ni extravagancias, ántes bien relataba hechos reales de la vida, en su mayor parte, y no podia alterarlos, so pena de faltar á lo probable y á lo lógico.

En la novela de Cervántes *La Gitanilla*, se refiere el lance de un hijo de personaje ilustre, que se enamora de una gitana, que no lo es, y al fin del cuento se casan los dos muy á su sabor, porque entrambos son de noble estirpe y de buenos padres nacidos; pero no sucede lo mismo con los personajes mentados en la comedia que analizamos: Pedro de Urdemalas y Belica. Descúbrese que ésta es hija de un Príncipe; mas hubiera sido contra verosimilitud haber declarado tambien en aquel momento que Pedro de Urdemalas era hijo de gran personaje. Eso seria artificio, no naturalidad. Habia que representar fielmente una comedia, cuya accion se desarrolla en el término de veinte y cuatro horas, tiempo en el cual no pueden aclararse todas las nebulosidades de un misterioso acontecimiento.

Un mérito positivo y real tiene esta composicion, y es que se observa en ella la unidad de tiempo, en lo cual cometian más despropósitos los contemporáneos de Cervántes; pues la accion se desarrolla desde la tarde de un dia de San Juan hasta la tarde del dia siguiente. Tampoco puede decirse que está del todo olvidada la unidad de lugar, porque si bien no se reduce á la aldea donde empieza, circunscríbese á sitios cercanos y que podian ser andados y vistos en el tiempo que los sucesos se mencionan. La unidad de accion asimismo se observa, puesto que los primeros y más descollantes personajes de la comedia, por más que el número de personas sea excesivo, son los protagonistas Pedro de Urdemalas y la hermosa Belica.

Literariamente está tan bien tratado el asunto, que no se desdeñarian de colocar entre sus comedias á *Pedro de Urdemalas*, Tirso ó el mismo Lope. Muchas composiciones hay de estos dos autores que están llenas de fealdades, en tanto que la que nos ocupa es dechado para aquella época.

Vamos á entresacar ahora algunos trozos, que corroborarán nuestros juicios. De la historia de Belica y presentacion de Urdemalas á los gitanos, dice el caporal de ellos lo siguiente:

Mira, Pedro, nuestra vida
Es suelta, libre, curiosa,

Ancha, holgazana, extendida,
A quien nunca falta cosa,
Que el deseo busque y pida.
Danos el herboso suelo
Lechos; sírvenos el Cielo
De pabellon donde quiera.
Ni nos quema el sol, ni altera
El fiero rigor del hielo.
El más cerrado vergel
Las primicias nos ofrece,
De cuanto bueno haya en él;
Y apénas se ve ó parece
La albilla ó la moscatel,
Que ya está luego en la mano
Del atrevido gitano,
Zahorí del fruto ajeno,
De industria y ánimo lleno,
Ágil, presto, suelto y sano.
Gozamos nuestros amores,
Libres del desasosiego
Que dan los competidores,
Calentándonos su fuego,
Sin celos y sin temores.
Y agora está una muchacha
Que con nadie no se empacha,
En nuestro rancho, tan bella,
Que no halla en qué ponella
La envidia ni áun una tacha.
Una gitana, y hurtada
La trajo, pero ella es tal,
Que por hermosa y honrada
Muestra que es de principal
y rica gente engendrada.

Las coplas que copiamos á continuacion, y que sirvieron á los amantes para festejar á sus prometidas ó ya esposas en la noche de San Juan, son dulcísimas. Hélas aquí:

Niña, la que esperas
En reja ó balcon,
Advierte que viene
Tu polido amor.

Noche de San Juan,
El gran precursor,
Que tuvo la mano
Más que de reloj,
Pues su dedo santo
Tan bien señaló,
Que nos mostró el dia
Que no anocheció,
Muéstratenos clara;
Sea en tí el albor
Tal, que perlas llueva
Sobre cada flor;
Y en tanto que esperas
A que salga el sol,
Dirás á mi niña
En suave son:
Niña, la que esperas
En reja ó balcon,
Advierte que viene
Tu polido amor.

Dirás á Benita,
Que Pascual, pastor,
Guarda los cuidados
De su corazon;
Y que de Clemencia
El que es ya señor,
Es su humilde esclavo
Con justa razon;
Y á la que desmaya
En su pretension,
Tenla de tu mano,
No la olvides, non;
Y dile callando,
Ó en erguida voz,
De modo que oiga
La imaginacion:
Niña la que esperas
En reja ó balcon,
Advierte que viene
tu polido amor.

No van en zaga á los anteriores los siguientes versos que pronuncia el pastor Pascual:

A la puerta puestos
De mis amores,
Espinas y zarzas
Se vuelven flores.
El fresno escabroso
Y robusta encina,
Puestos á la puerta,
Do vive mi vida,
Verás que se vuelven,
Si acaso los mira,
En matas sabeas
De sacros olores;
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.
Do pone la vista,
Ó la tierna planta,
La yerba marchita
Verde se levanta;
Los campos alegra,
Regocija el alma;
Enamora á siervos
Y rinde á señores;
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.

CAPÍTULO XXXIV.

La comedia de intriga y amores intitulada *El Laberinto de Amor*, es bellísima. Ingeniosísimos lances y episodios entretienen la atencion de los lectores. Los personajes que intervienen son: Anastasio, Duque; dos ciudadanos; Cornelio, criado de Anastasio; el duque de Novara; un paje; un embajador del duque de Rosena; el embajador del de Dorlan; Julia y Porcia; Tácito y Andronio; un carcelero; Dagoberto, duque de Utrino; Manfredo; Rosamira; dos jueces; un verdugo; Trino, correo.

El argumento es el siguiente: La hija del duque de Novara está prometida por esposa al duque de Rosena, Manfredo: el dia ántes de celebrarse el matrimonio, el duque de Utrino, Dagoberto, levanta una calumnia, diciendo que la hija del duque de Novara estaba deshonrada; créelo el padre, celoso de su honra: llama á su hija: no contesta nada ésta: condénale á un calabozo hasta que se verifique un desafío entre Manfredo y Dagoberto: por medio de intrigas bellamente preparadas, la jóven se fuga de la prision; presèntase á Dagoberto; hácele comprender lo injusto de su acusacion y lo ilegal de su combate; persúadelo, en una palabra. Dagoberto, que está prendado de la hija del de Novara, escógela por esposa: llega el momento del combate: preséntanse los campeones en liza: no aparece Dagoberto: admira esto al de Novara y á su córte; pero bien presto se aclara el enigma. La hermosa prometida de Manfredo es una jóven intachable y honradísima: su prometido, un leal y cumplido caballero: sólo Dagoberto ha faltado, levantando una falsedad; mas de la que se retracta en la siguiente epístola que dirige al padre de la novia:

«La presta resolucion que tomaste de entregar á Manfredo por

esposa á tu hija Rosamira, me forzó á usar de la industria de acusarla por evitar por entónces el peligro de perderla. La mejor señal que te podré dar de que es buena, es el haberla yo escogido por mi legítima mujer. Considera, señor, ántes que del todo me culpes, que soy tan bueno como Manfredo; y que tu hija escogió lo que quizás tú no le dieras, casándole contra su voluntad. Si con ella usares término de piadoso padre, usaré yo contigo el de obediente hijo, aunque de cualquiera manera que me trates, habré de ser hasta la muerte,

Tu hijo DAGOBERTO.»

Los otros lances que se refieren en la comedia son bastante ingeniosos. Julia, hermana del Duque Anastasio, se fuga de su casa, y creen todos que la habia seducido y deshonrado el caballero Manfredo: Porcia, prima hermana de Anastasio, enamorada de éste, huye asimismo con Julia; y el vulgo, que siempre se equivoca en sus apreciaciones y juicios, achaca tambien á maldades de Manfredo la desaparicion. Desenlace de la comedia: Dagoberto se casa con Rosamira, el Duque Anastasio con Porcia, y Manfredo con Julia.

Es esta, á no dudarlo, una de las mejores y más bellas y bien ordenadas comedias de Cervántes. Lances cómicos, gallardos pensamientos, galanura, picante crítica, brevedad, reglas del buen gusto, todo está excelentemente empleado, exceptuando cortos é insignificantes trozos. La versificacion, correcta. Esta comedia tiene algo del sabor y gracia del *Gil de las calzas verdes* del Maestro Tirso.

Las costumbres que se describen son á la verdad licenciosas. Nada de edificantes tienen las escenas donde se declaran de amores á sus adorados las desenvueltas Julia y Porcia; pero en ésta, como en todas ocasiones, no hacia Cervántes más que pintar al natural. Él no tenia la culpa de que sus contemporáneos fuesen viciosos y disolutos. Tales defectos, esparcidos y propagados por todas partes, eran mayores en Italia, donde la accion de esta comedia se desarrolla. Vergüenza y grima da de ver tan trocados y confundidos los procedimientos sociales, y que siempre fueran las mujeres las que cometieran las acciones más deplorables y solicitaran el ser amadas con empeño: ¡rebajamiento inconcebible de caractéres y de dignidad!

Julia, vestida de hombre, hace el amor al Duque Manfredo, di-

rigiéndole estas palabras, como que repetia lo que le habia dicho una jóven que adoraba al magnate:

Tengo el corazon herido
De lo que en Julia noté.
El agradable reposo;
Las razones tan sentidas;
Aquellas perlas vertidas
Por el rostro tan hermoso;
Los desmayos; los temores;
La vergüenza y sobresaltos;
El darle el corazon saltos;
En fin, el morir de amores,
Con otras cosas, que á vellas,
Tú, señor, como las ví,
Así como han hecho á mí,
Te ablandaran sus querellas.

Y en otra escena dice la misma Julia á Manfredo, ya sin fingimientos ni rodeos, lo siguiente:

¿Podré esperar segun esto
Blandura de tu rigor?
Mira con qué mansedumbre
Anastasio á Porcia mira.
Mira que es de Rosamira
Ya Dagoberto su lumbre.
Mira que yo sola quedo
En los brazos de la muerte,
Si tu clemencia no advierte
Que soy Julia y tú Manfredo.

Pues con no menor desenvoltura se declara á su adorado Anastasio su encantadora Porcia, como se ve por estas palabras:

. . . Soy la que quiso
El Cielo en todo piadoso,
Sacarla de un rigoroso
Infierno á tu paraiso.
Soy la que en traje mudado,

Trayendo amor en el pecho,
Procurando tu provecho,
He mi gusto procurado.
Soy aquella á quien tú diste
De esposo la fe y la mano.
Soy quien tiene amor ufano
Por ver que no se resiste.
Soy de Dagoberto hermana
Y soy tu prima, y soy quien,
Cuando me falte tu bien,
No soy más que sombra vana.

Todo el diálogo de las últimas escenas, donde quedan concertados los matrimonios de Dagoberto con Rosamira, de Julia con Manfredo, y de Porcia con Anastasio, es muy vivo é interesante, y digno de los mejores autores dramáticos. Por su mucha extencion no lo reproducimos.

El duque de Novara, cierra oportunísimamente la comedia con estos versos:

Entremos en la ciudad,
Donde despacio sabremos
De estos no vistos extremos
Toda la puntualidad;
Y allí se harán regocijos
Y desposorios honrosos
De los seis tan venturosos
Que ya los tengo por hijos.

Muy apreciable es tambien la comedia intitulada *La Gran Sultana Doña Catalina de Oviedo.* El argumento de esta obra es bastante peregrino; pero muy probable en los tiempos á que se refiere, y, segun algunos autores, verdadero. Una jóven, bella por extremo, llamada D.ª Catalina de Oviedo, cae cautiva, en union de sus padres, en un viaje que hicieron desde Málaga á Oran. Desde allí son trasladados á Constantinopla. Un dia tiene el gran sultan noticia de que hay entre sus cautivas una hermosísima española; la ve, préndase de ella, y deséala por predilecta esposa. Ella declara que ha de ser siempre cristiana; acéptalo el sultan, y verifícase el enlace. Doña Catalina queda, pues, convertida en gran

sultana; y, aunque aparentemente su conducta era censurable, dadas las rigorosas creencias religiosas de entónces, hay sin embargo que disculparla, pues parece que la impulsó poderosamente á acceder á los deseos del sultan, el generoso y alto propósito de favorecer, desde su elevada posicion, á los cristianos opresos.

Obsérvanse las unidades de accion y de lugar: no así la de tiempo. Esta comedia se distingue por su excelente y cadenciosa versificacion. La siguiente descripcion que se hace de la sobrehumana hermosura de Doña Catalina, merece copiarse:

. . . Es tan hermosa
como en el jardin cerrado
La entreabierta y fresca rosa,
A quien el sol no ha tocado;
Ó como el alba serena
De aljofar y perlas llena,
Al salir del claro Oriente;
Ó como sol al Poniente,
Con los reflejos que ordena.
Robó la naturaleza
Lo mejor de cada cosa
Para formar esta pieza,
Y asi la sacó hermosa
Sobre la humana belleza.
Quitó al Cielo dos estrellas,
Que puso en las luces bellas
De sus bellísimos ojos,
Con que de amor los despojos,
Se aumentan, pues vive en ellas.
El todo, y sus partes son
Correspondientes de modo,
Que me muestra la razon,
Que en las partes y en el todo
Asiste la perfeccion;
Y con esto se conforma
El color, que hace la forma
Hermosa en un grado inmenso.

Estos versos se refieren tambien á la sultana:

Escuchaba la niña
Los dulces requiebros;
Y está de su alma
Su gusto léjos.
Como tiene intento
De guardar su ley,
Requiebros del rey
No le dan contento.
Vuelve el pensamiento
A parte mejor,
Sin que torpe amor
Le turbe el sosiego:
Está de su alma
Su gusto léjos!
Su donaire y brio,
Extremos contienen,
Que del turco tienen
Preso el albedrío;
Arde con su frio;
Su valor le asombra,
Y adora su sombra,
Puesto que ve cierto
Que está de su alma
Su gusto léjos!

Otros muchos trozos pudiéramos copiar; pero no lo hacemos por no ser prolijos.

La comedia intitulada *El Rufian dichoso* está bien versificada; pero tiene el defecto de todas las de aquella edad llamadas divinas. El argumento es disparatado. Incurre Cervántes en esta composicion en los mismos vicios que reprendia en la Segunda parte de *El Quijote.* Un estudiante llamado Lugo es el protagonista: despues de haber sido gran pecador en Sevilla, se convierte en buen religioso al llegar á Méjico: sus faltas se olvidan entónces, y todos le respetan y veneran: allí salva de la condenacion eterna á una señora que se llama Doña Ana de Treviño: desde entónces cúbrele el rostro y todo el cuerpo mortal lepra: nómbranle prior del convento en premio de sus virtudes; y muere lleno de merecimientos y de gloria al cabo de algunos años.

Aparecen en esta comedia (tragedia la titulariamos nosotros con más propiedad), ángeles, demonios, almas del purgatorio, y hasta el mismo Lucifer en persona no se desdeña de bajar á perseguir al antiguo estudiante Lugo y al despues ejemplar fraile Cristóbal de la Cruz. Éste, observando continuamente una vida intachable desde que le llevó á Nueva España el Inquisidor Tello de Sandoval, se hace acreedor á todo elogio. Bien pagó sus pecados anteriores con las penitencias que hizo y cilicios que se dió. Esta comedia debia estar exenta de los defectos de las que escribian sus contemporáneos, si Cervántes hubiese sabido unir la práctica á la crítica; pero las preocupaciones de las épocas en que se escribe, influyen sobremanera en el ánimo, gusto y direccion de

los autores, ora dramáticos, ó de cualquier otro género literario.

Presentes tenia sus anteriores censuras Cervántes, cuando en esta misma comedia que analizamos, censura encubiertamente, y tal vez sin querer, su composicion en estos versos:

Los tiempos mudan las cosas
Y perfeccionan las artes;
Y añadir á lo inventado
No es dificultad notable.
Buena fuí (1) pasados tiempos,
Y en éstos, si lo mirares,
No soy mala, aunque desdigo
De aquellos preceptos graves,
Que me dieron y dejaron
En sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
Y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte de ellos,
Y he tambien guardado parte,
Porque lo quiere así el uso,
Que no se sujeta al arte.
Ya represento mil cosas,
No en relacion, como de ántes,
Sino en hecho; y así es fuerza
Que haya de mudar lugares;
Que como acontecen ellas
En muy diferentes partes,
Vóime allí donde acontecen:
Disculpa del disparate.
Ya la comedia es un mapa,
Donde no un dedo distante
Verás á Lóndres y á Roma,
Y á Valladolid y á Gante.
Muy poco importa al oyente
Que yo en un punto me pase
Desde Alemania á Guinea,
Sin del teatro mudarme.

(1) Habla La Comedia en figura moral.

Y haciendo alusion á la actual comedia y á su argumento y faltas de unidad, dice lo siguiente, que nos excusa de poner de relieve los despropósitos de esta composicion:

Yo estaba ahora en Sevilla,
Representando con arte
La vida de un jóven loco,
Apasionado de Marte,
Rufian en manos y lengua;
Pero no que se enfrascase
En admitir de perdidas
El trato y ganancia infame.
Fué estudiante, y rezador
De salmos penitenciales;
Y el rosario ningun dia
Se le pasó sin rezarle.
Su conversion fué en Toledo;
Y no será bien se enfade,
Que contando la verdad
En Sevilla se relate.
En Toledo se hizo clérigo,
Y aquí en Méjico fué fraile,
A donde el discurso ahora
Nos trajo aquí por el aire.
El sobrenombre de Lugo
Mudó en Cruz, y es bien se llame
Fray Cristóbal de la Cruz
Desde este punto adelante.
A Méjico y á Sevilla (1)
He pintado en un instante,
Zurciendo con la primera
Ésta, y la tercera parte:

---

(1) De Sevilla se hace la siguiente deliciosa descripcion:
Dulces dias, dulces ratos
Los que en Sevilla se gozan,
Y dulces comodidades
De aquella ciudad famosa,
Do la libertad campea,
Y en sucinta y amorosa
Manera Vénus camina,
Y á todos se ofrece toda.

Una de su vida libre;
Otra de su vida grave;
Otra de su santa muerte,
Y de sus milagros grandes.
Mal pudiera yo traer,
A estar atenida al arte,
Tanto oyente por las ventas,
Y por tanto mar, sin naves.

Atractivo no tiene esta comedia. ¿Pero qué atractivo ha de tener una produccion donde se relatan los hechos del protagonista tan por extenso, que abarca desde sus travesuras de 15 años hasta su eleccion de prior de una comunidad, y donde se hace asistir á los espectadores ó leyentes á su muerte y entierro? ¿Qué interés puede tener una composicion donde hablan y raciocinan tres almas del purgatorio? ¿Qué mérito ha de poseer una obra donde un diablo llamado Saquiel, vestido de oso, habla y discute con el padre Cruz? Y ¿es serio ni digno de una obra perfecta la aparicion del mismo Satanás, cortejado de numerosos adictos suyos?

La verosimilitud es una de las primeras condiciones de toda concepcion dramática, y no es justo presentar en la escena hechos y actos, apariciones y sueños que el sentido comun y la lógica rechazan de consuno. Ofrecer en la escena los demonios en figura humana, ó por medio de sombras ú otro artificio cualquiera, es opuesto, no sólo á la razon, sino á la creencia general de los autores sagrados. Bien es verdad que en este desliz no incurrió solo Cervántes: escritores de mucha cuenta cayeron en los mismos y tal vez en más graves errores. No se pueden leer esas comedias divinas, ó de santos, ó de milagros, ó de disparates, que propiamente deben nombrarse, sin que muevan á lástima. Entre otras muchas de autores célebres que pudiéramos mencionar, vamos á citar sólo *El Condenado por Desconfiado*, de Tirso de Molina. En más de una ocasion se le muestra á Paulo, protagonista de la obra, el Demonio, y le induce á que se condene, desesperando de la misericordia de Dios. Ángeles se presentan tambien en esa obra del ilustre mercenario. No parece sino que todo el Empireo y el Averno eran necesarios en las composiciones dramáticas de aquella edad para darles autoridad y cautivar al auditorio.

Pero estos deslices de otros escritores ¿autorizan ni justifican los de Cervántes en esta comedia? ¿No supo él escribir una bella

comedia de costumbres en *Pedro de Urdemalas*, una excelente comedia caballeresca en *El Gallardo Español*, una comedia interesante en *La Gran Sultana*, una comedia muy hermosa de enredo en *El Laberinto de Amor?* ¿Pues qué necesidad tenia de haber escrito cuento tan disparatado é improbable, y asunto tan deforme?

Para nosotros es indudable que, para anatematizar los vicios sociales y hacer resplandecer la virtud, no era preciso emplear tales extravagancias. Bastaba con haber entresecado cualquier accion, la más meritoria, de la vida del ántes travieso jóven, y despues ejemplar religioso, para persuadir la verdad que se deseaba. ¿Qué necesidad de hacernos saber todos los años de su vida, todas las peripecias de su existencia, y todo el cúmulo de sus perfecciones y vicios? La accion, podia reducirse á una de su vida; el lugar, al que hubiese sido en mayor grado teatro de sus santas ocupaciones. Para nosotros es evidente que Cervántes pudiera haber desarrollado perfectamente su plan, presentando al antiguo estudiante Lugo, ó en su conversion en Toledo, ó en su moralísima vida de Méjico.

Unas treinta y ocho personas hablan en la comedia. ¿Cómo se ha de fijar así la atencion en ninguna? Hay escenas superfluas y disparatadas. Las personas entran y salen sin motivo fundado. El enmarañamiento es grandísimo en algunos pasajes.

Aparecen en esta obra figuras morales, invencion de que Cervántes se gloriaba sin motivo, y á que nosotros damos muy poco mérito. Las figuras morales, no dan gracia, sino que perjudican casi siempre á las composiciones.

Las mismas censuras que á la anterior, tenemos que hacer á la que se apellida *Comedia Famosa de la Casa de los Celos*, que es disparatadísima, y está sacada de los poemas é historias caballerescos. Los protagonistas son Roldan y Reinaldos. La bella á quien entrambos aman es Angélica. Hablan en esta comedia los siguientes personajes y figuras: Reinaldos; Malgesi; Roldan; Galalon; El emperador Carlo Magno; Angélica; Bernardo del Carpio; Una dueña; Un escudero; Argalia; Espíritu de Merlin; Marfisa; Lauso, pastor; Corinto, pastor; Rústico, pastor; Clori, pastora; El Temor; La Curiosidad; La Desesperacion; Los Celos; La Diosa Vénus; Cupido; Mala fama; Buena fama; Ferraguto; Castilla.

La comedia más debiera apellidarse tragedia ó drama. Aparece Carlo Magno, hace comprender á los dos enamorados que sus

deberes no están en perseguir á una mujer por vericuetos y encrucijadas, sino en defender la patria, y desde aquel instante, ambos dejan sus devaneos, y se dedican á sus empresas guerreras.

Los caractéres están naturalmente muy mal presentados en esta obra, y sus personajes no excitan interés. Se desea concluir de leerla para verse libre de sus muchos despropósitos. Cierto que los amores de los caballeros del tiempo de Carlo Magno, y particularmente de sus doce Pares, eran tan intensos como extremados; pero se exagera, en nuestro sentir, al presentarlos, como sucede en esta composicion, coléricos, desatentados, extravagantes, celosos hasta el ridículo. Da grima de ver á Roldan y á Reinaldos, convertidos en niños, siempre en reyertas, aconsejándose de hechiceros y magos, viendo visiones, invocando espíritus y hablando familiarmente alguno con la misma Diosa Vénus y con Cupido, su hijo, sosteniendo imaginarios combates, y cometiendo otros despropósitos semejantes. Grima da tambien de ver á la bella Angélica siempre perseguida, huyendo ú ocultándose en las cabañas de los pastores ó en miserables chozas.

Si el objeto de Cervántes fué, como parece, hacer comprender lo que influye en los corazones más fuertes el amor, ¿no pudo haber presentado la narracion con el artificio y gusto que en otras obras demostrara? Una beldad que á la vez prende en sus lazos y atractivos dos corazones, que por igual la quieren, la adoran, la idolatran, puede dar materia y asunto bastantes para una comedia de intriga, donde se cautive la atencion del que lee con escenas interesantes, amenas, oportunas, ingeniosas, á lo que se allegue un lenguaje adecuado á los protagonistas y un diálogo fácil y hermoso. Tal pudo haber hecho Cervántes en *La Casa de los Celos.*

CAPÍTULO XXXV.

La Entretenida es una de las más ingeniosas y bellas comedias de Cervántes, y á pesar de su excesivo número de interlocutores, sostiene vivo el interés por sus preciosas escenas. El argumento consiste en relatar varios lances amorosos, siendo verdaderamente una comedia lindísima de enredo. Hay en esta composicion caractéres bien delineados, especialmente el de D.ª Marcela, el de su hermano D. Antonio, el de su primo D. Silvestre de Almendarez, el del estudiante que se finge D. Silvestre, el del escudero Muñoz, y el de Cristina, tipo perfecto de fregona este último, que llama la atencion por su amenidad y chiste. Los lances de los dos Almendarez, el falso y el verdadero, están presentados con mucha gracia, y el final no puede ser más bello, pues las tramas del fingido quedan patentes, y burlados sus malos propósitos. El castigo impuesto por la hermosa Marcela al falsario que se habia introducido en su casa, aspirando á su mano, pasando por su verdadero pariente, que estaba en Indias, y al escudero que ayudó al estudiante á fraguar tales enredos, es sumamente benigno y generoso, como se ve por estas palabras que pronuncia la jóven:

Con licencia de mi hermano,
Y de mi primo, yo quiero
Sentenciar al escudero,
Y al gran embustero indiano.
Trocará la mano el juego,
A cuyas leyes me arrimo:
Quedarse ha en casa mi primo,
Y él se salga de ella luego.
Lleve su vergüenza acuestas,
Que es la venganza mayor
Que puede tomar amor
De invenciones como aquestas.
A Muñoz le doy la pena
Que da el arrepentimiento.

. . . .

Las escenas en que se relatan los amores de Cristina con Quiñones y Ocaña son graciosísimas, por las peripecias é incidentes que proporcionan. Todos los personajes de esta comedia ven desvanecidos sus proyectos de matrimonio, los unos por obstáculos, por desdenes los otros, por retraimiento voluntario algunos. En este desenlace estriba mucho el chiste de esta comedia y su originalidad. (1)

Bajo el punto de vista literario, la composicion que nos ocupa ofrece mucha perfeccion, habiendo algunas escenas y trozos hermosamente escritos.

Esta escena de la segunda jornada, donde se querella D. Antonio de sus desdichas en amor, y su amigo D. Francisco procura consolarle, es muy excelente:

D. ANTONIO. En la sazon del erizado invierno,
Desnudo el árbol de su flor y fruto,
Cambia en un pardo desabrido luto
Las esmeraldas del vestido tierno.
Mas aunque vuela el tiempo, casi eterno
Vuelve á cobrar el general tributo;
Y al árbol seco y de su humor enjuto,
Halla con muestras de verdor interno.
Torna el pasado tiempo al mismo instante
Y punto que pasó; que no lo arrasa
Todo, pues templan su rigor los cielos;
Pero no le sucede así al amante,
Que habrá de perecer, si una vez pasa
Por él la infernal rabia de los celos.

D. FRANCISCO. ¿Siempre han de herir los vientos,
Amigo, en cualquier sazon,
Los ayes de tu pasion,
Los ecos de tus lamentos?

---

(1) Hé aquí el final de la Comedia. Habla Ocaña:

Esto en este cuento pasa:
Los unos por no querer,
Los otros por no poder,
Al fin ninguno se casa.
De esta verdad conocida
Pido me den testimonio,
Que acaba sin matrimonio
La comedia *Entretenida.*

D. ANTONIO. Si acaso quiero entonar
Alguna voz de alegría,
Siento que la lengua mia
Se me pega al paladar.
A mi angustia, á mi dolencia
No dan alivio los cielos;
Que no le tienen los celos,
Ni le consiente la ausencia.

D. FRANCISCO. No hay extremo sin su medio,
Ni es eterna humana suerte:
Sólo no tiene la muerte
En la vida algun remedio.
Naturaleza compuso
La suerte de los mortales,
Entre bienes y entre males,
Como nos lo muestra el uso.
Esta verdad sé bien yo
Sin que en probarlo porfíe:
Ayer lloraba el que hoy rie;
Y hoy llora el que ayer rió.

Como ejemplo de fácil y gracioso diálogo, léase el siguiente:

CRISTINA. ¿Soy por ventura mujer
Que he de avasallarme á un paje?
¿O vengo yo de linaje
De tan bajo proceder?
¿No soy yo la que en mi flor,
Por no querer ofendella,
Presumo más de doncella
Que no el Cid de Campeador?
¿No soy yo de los Capoches
De Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

OCAÑA. Con todo te has de quedar,
Cristina....

CRISTINA. ¿A qué?

OCAÑA. A buenas noches.
Eres muy solicitada,
Y muy vista; y no está el toque
En que la flor no se toque,
Si á serlo está aparejada.

Las flores del campo están
Sujetas á cualquier mano:
A las del bajo villano,
Y á las del alto galan:
Al arado, y al pié duro
Del labrador que le guia;
Pero la flor que se cria
Tras el levantado muro
Del recato, no la ofende
El cierzo murmurador,
Ni la marchita el ardor
Del que tocarla pretende.
La mujer ha de ser buena,
Y parecerlo, que es más.

CRISTINA. Gran predicador estás;
Mas tu doctrina condena
A tus lascivos intentos.

OCAÑA. Levántasles testimonio;
Que al blanco del matrimonio
Asestan mis pensamientos.

Véase finalmente qué galanos y fáciles son los siguientes versos en que la picaresca Cristina, reprendida por su ama D.ª Marcela, á causa de sus locuras amorosas, se queja de su malhadada suerte:

Tristes de las mozas
A quien trajo el Cielo
Por causas ajenas
A servir á dueños;
Que entre mil no salen
Cuatro apénas buenos,
Que los más son torpes
Y de antojos feos.
Pues qué si la triste
Acierta á dar celos
Al ama, que piensa
Que le face tuerto!
Ajenas ofensas
Pagan sus cabellos:
Oyen sus oidos
Siempre vituperios:
Parece la casa
Un confuso infierno;
Que los celos siempre
Fueron vocingleros.
La tierna fregona
Con silencio y miedo
Pasa sus desdichas,
Malogra requiebros,
Porque jamás llega
A felice puerto
Su cargada nave
De malos empleos;

Pero ya que falte
Este detrimento,
Sobran los del alma
Que no tienen cuento.
—Ven acá, suciona!
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron,
Y un plato pequeño:
Buen salario ganas:
De él pagarme pienso,
Porque despaviles
Los ojos y el seso.

Vas y nunca vuelves,
Y tienes bureo
Con Sancho en la calle,
Con Mingo y con Pedro—
Otra vez repito
Con cansado aliento,
Con lágrimas tristes,
Y suspiros tiernos:
Tristes de las mozas
A quien trajo el Cielo
Por causas ajenas
A servir á dueños!

La Entretenida, es por tanto, ya se considere en cuanto á su inventiva, ya en cuanto á sus gracias literarias, una de las más recomendables composiciones dramáticas de Cervántes.

Los Baños de Argel es una comedia en tres actos ó jornadas, que más pudiera ser una tragicomedia con sus asomos de sainete; pues de los tres géneros participa. Argumento no lo tiene, ó al ménos, nosotros no se lo hemos encontrado en las tres veces que hemos leido la composicion; porque no puede ser argumento una mezcolanza de sucesos, causas y episodios, parte verosímiles, parte improbables, en que intervienen infinidad de personajes, y en cuya presentacion no se guarda uniformidad, ni proporcion, ni lógica. No tiene esta mal llamada comedia ni áun el mérito de ofrecer los asuntos con aquella soltura y gracia en Cervántes peculiares; al contrario, parece que fué otro Cervántes el que escribió *Los Baños de Argel.*

Empieza la comedia en la acometida que hacen algunos moros con el capitan de Argel y un renegado, llamado Izud, á un lugar de cristianos, de donde se llevan cautivas á varias personas, entre otras, á una doncella llamada Constanza, y á su prometido esposo D. Fernando de Andrada. Una vez llegados estos cautivos á Argel, obtiene D. Fernando las simpatías de la esposa del gobernador de aquella plaza, dicha Halima, y el gobernador se enamora de la bella Constanza; contraste notable de afectos que da lugar á escenas bastante ingeniosas. Habiéndose dado á conocer en las prisiones los dos prometidos esposos, partícípanse recíprocamente las exigencias y solicitaciones de que son objeto, y con suma cautela siguen hablándose, aunque infundiendo alguna

sospecha en el ánimo de sus amos, hasta que consiguen partir para España, no evadiendo todo peligro, y no sin grandes sobresaltos. Aquí finaliza este episodio.

Otro de los relatados en esta comedia, es la fuga de la hija de Amurato, la encantadora Zara, que, prendada de un cristiano apuesto y caballero que se hallaba cautivo, da el dinero para redimirlo, y huye á España algo poética y novelescamente con su gallardo mancebo. No se puede negar que este lance está presentado con excelente descripcion y situaciones interesantísimas.

La carta que envia la amartelada Zara (1) á D. Lope, (que así se llamaba el caballero) tiene bastante semejanza con la que la bellísima Zoraida remitió al famoso cautivo de que se hace mencion en el capítulo XXXIX y siguientes de *El Quijote.* En tres obras distintas y con diversos episodios relató Cervántes ese interesante cuadro argelino-español de aquella época; cuadro que pudo ser verdadero, como algunos opinan, pero que no encontramos suficientes argumentos para referirlo á Cervántes, como al tratar extensamente del cautiverio del insigne Manco hemos dicho.

Sirve, sin embargo, esta obra, para presentar con mucha exactitud las maldades, crímenes, castigos, crueldades y excesos que cometian los turcos en Argel, contra los que profesaban la religion cristiana. El Guardian Baxi dice en una escena estas palabras, que repugnan por lo estúpidas:

¡Ola! Al trabajo, cristianos;
No quede ninguno dentro
Así enfermos como sanos:

(1) Dice así la carta de la enamorada Zara:
«Mi padre, que es muy rico, tuvo por cautiva á una cristiana, que me »dió leche, y me enseñó todo el cristianesco, y sé las cuatro oraciones, »y leer y escribir, que ésta es mi letra. Díjome la cristiana, que Lela »Marien, á quien vosotros llamais Santa María, me queria mucho, y »que un cristiano me habia de llevar á su tierra. Muchos he visto en »este baño por los agujeros de esta celosía, y ninguno me ha parecido »bien sino tú: yo soy hermosa, y tengo en mi poder muchos dineros de »mi padre: si quieres, yo te daré muchos para que te rescates, y mira »tú como podrás llevarme á tu tierra, donde te has de casar conmigo; »y cuando no quisieses, no se me dará nada, que Lela Marien tendrá »cuidado de darme marido. Con la caña me podrás responder cuando »esté el baño sin gente. Enviame á decir cómo te llamas, y de qué tier»ra eres, y si eres casado; y no te fies de ningun moro ni renegado: yo »me llamo Zara, y Alá te guarde.»

No tardeis, que si allá dentro
Piés os pondrán, estas manos
Que trabajen todas quiero,
Ya papáz, ya caballero.
Ea! canalla soez,
¿Heos de llamar otra vez?

Otra escena de crueldad es la siguiente, en la que aparece un cristiano que viene huyendo de un guardian, que le da palos, y dice:

Oh! Chufetre, de esta suerte
Siempre os habeis de esconder?
Que os criásteis en regalo,
Inútil perro, barrunto.
CRISTIANO. Por Dios, Fende, que estoy malo.
GUARDIAN. Pues yo os curaré en un punto
Con el sudor de este palo.
CRISTIANO. Con calentura contina
Que me turba y desatina,
Estoy hay más de dos dias.
GUARDIAN. ¿Y por eso te escondias?
CRISTIANO. Sí, Fende.
GUARDIAN. Perro, camina.

Otro acto de barbarie se refiere en el siguiente episodio, donde salen un moro llamado Zaraboja y un cristiano:

ZARABOJA. ¿No os dije, perro insensato,
Que si huiais por tierra
Que os haria aqueste trato?
CRISTIANO. Es grande el gusto que encierra
Voz de libertad.
ZARABOJA. Oh, ingrato!
Por la mar te he aconsejado
Que huyas; mas, tú, malvado,
Que en los estorbos no miras,
Siempre á huir por tierra aspiras.
CRISTIANO. Hasta quedar enterrado.
ZARABOJA. Tres veces por tierra ha huido
Este perro, y treinta doblas
Di á aquellos que le han traido.

CRISTIANO. Si las prisiones no doblas,
Haz cuenta que me has perdido,
Que aunque me desmoches todo,
Y me pongas de otro modo
Peor que este en que me veo,
Tanto el ser libre deseo
Que á la fuga me acomodo.

Otro episodio de esta comedia informe. Habla un cristiano:

Pues escuchad otra historia
Más sangrienta y de más peso:
El cadí, como sabeis,
Tiene en su poder á un niño
De tiernos y pocos años,
El cual se llama Francisco.
Ha puesto toda su industria,
Su autoridad y juicio,
Mil promesas y amenazas,
Mil contrapuestos partidos,
Para que de bueno á bueno
Esta prenda del bautismo
Se deje circuncidar
Por su gusto y albedrío.
Su industria ha salido vana;
Su juicio no ha podido
Imprimir humanas trazas
En este pecho divino:
Por esto, segun se entiende,
Como afrentado y corrido,
La Luciferina rabia
Ha desfogado en Francisco.
Atado está á una columna,
Hecho retrato de Cristo,
De la cabeza á los piés
En su misma sangre tinto.
Témome que habrá espirado,
Porque tan crüel martirio
Mayores años y fuerzas
No le hubieran resistido.

En otra escena se presenta al cristiano muchacho martirizado, atado á una columna, y espira á la vista del público. Lo mismo pasa en el episodio de Izud y Hacen, en el cual, ante el público, da muerte cruel el segundo al primero, y despues Hacen muere empalado en castigo de su crímen á la vista de todos.

La comedia, no tiene, pues, ninguna de las perfecciones que la crítica exige.

Ya hemos visto que es una innumerabilidad de acontecimientos, ó mejor dicho, una abigarrada coleccion de cuadros argelinos, donde todo se encuentra ménos amenidad y encanto narrativos.

Si Cervántes queria y deseaba, como parece, que los personajes descollantes de la composicion, fuesen la hermosa Zara y el hidalgo D. Lope, ¿no hubiera podido representar la trama y argumento de su obra arreglados á su pensamiento, y hubiese salido así su comedia digna de tal nombre y no ántes bien tragedia disparatada? Los amores de Zara y del cautivo Lope, puros, honestos, platónicos, como Cervántes queria ofrecerlos, ¿á cuantos lances, escenas y episodios discretos y entretenidos no hubieran dado lugar? Desarrollada así la accion, interviniendo solamente los personajes secundarios que en toda composicion dramática deben hablar ó actuar, correspondiéndose castamente los dos amantes, buscando los medios de evadirse, consiguiéndolo, llevándose á la vez en la embarcacion salvadora á cuantos cautivos hubieran tenido valor suficiente para efectuarlo, ¿no estuviera admirablemente delineado el cuadro que Cervántes queria? Así hubiera salido su comedia, como él deseaba, artificiosa y bien ordenada, y hubiese quedado el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud. Pero no habiendo guardado Cervántes los preceptos buenos en esta y otras comedias suyas, ¿cómo habia de quedar el lector sino triste con el desconcierto, descontento con las inverosimilitudes, suspenso de los descuidos, atónito con la desproporcion, descarriado con las sinrazones, pesaroso del poco esmero, airado contra la precipitacion y censor de las imperfecciones?...

Muy semejante á la anterior comedia es la titulada *El Trato de Argel*, (1) que, segun el mismo Cervántes dice, se represen-

---

(1) *Los Tratos de Argel* lá llamó Cervántes en el prólogo de sus

tó con mucho aplauso en los teatros de sus dias, y quedó inédita. El editor Sancha la publicó por vez primera en 1784. Está dividida esta comedia en cinco jornadas; lo cual demuestra que fué una de las primeras que escribió Cervántes, 25 ó 30 años ántes de morir, pues no es posible que quien se vanagloriaba en el prólogo de sus comedias de haber reducido á tres los actos de dichas obras dramáticas, hubiera caido luego en la tentacion de escribir composiciones idénticas en cinco. *El Trato de Argel* tiene escenas más patéticas é interesantes que *Los Baños*: se ve allí más perfectamente al poeta: hay allí más entusiasmo, más movimiento, más naturalidad, más atractivo, para decirlo de una vez.

Refiérense en *El Trato de Argel* los infortunios de los cautivos, los esfuerzos y trabajos que pasaban por huir, las venganzas de los infieles, la perversidad de los renegados, las maldades de los poderosos, las crueldades de los mandarines, los martirios de los sacerdotes, los amores de moros y moras, y otros acaecimientos semejantes; historia ó relato, sin embargo, donde no hay enlace; donde se menciona mucho de lo que luego se copió en *Los Baños de Argel;* donde se ofrecen celos y se presentan situaciones amorosas, y donde se recuerdan infinitos episodios del cautiverio de Cervántes; historia que nos da cuenta del Cervántes soldado, cristiano, íntegro, probo, jóven, enamorado, honrado, leal, español sobre todo encarecimiento; historia, en fin, que nos presenta el desenlace sublime de que un trinitario, el padre Fray Juan Gil, liberte á infinidad de españoles que estaban aherrojados en aquellas mazmorras, y entre los cuales se hallaba el ínclito Saavedra, el que habria de ser, andando los tiempos, el gran autor de *El Quijote.*

Habiendo acabado de salir el Teatro español de su puericia cuando Cervántes concluyó esta obra, y siendo uno de los primeros que escribieron para él Cervántes, al ménos con regular inventiva, no es de extrañar que en aquellos dias se aplaudiese tanto esta composicion, pues demostraba su autor gran talento é ingeniosidad áun en sus principios y ensayos.

Los contrastes amorosos en esta comedia, son bastante oportunos. Zara se enamora de su cautivo Aurelio, Izud de su sierva

---

Comedias y entremeses y en su *Adjunta al parnaso.* Algun copista puso *El Trato de Argel* por equivocacion ó por descuido. Sin embargo como con este título se ha publicado, bajo este título la examinamos. Que la composicion es de Cervántes, lo persuaden su traza y forma.

Silvia, y para conseguir sus deseos, se vale de los oficios del mismo Aurelio. El rey de Argel, Azan, concede permiso á Aurelio y á Silvia para que vuelvan á España, con tal que le envien dos mil ducados, con lo cual se ven libres de las asechanzas de sus amos los dos malafortunados jóvenes.

Bajo el punto de vista literario, es muy recomendable la deprecacion que hace Aurelio al comenzar la comedia; las relaciones del cautivo Sebastian; los lamentos y adverténcias de Saavedra; la narracion de la vida y muerte de un caballero de la órden de Montesa; el relato de la huida de Pedro Alvarez, y otros varios acontecimientos.

Cervántes, que no podia olvidar nunca los sucesos de su agitada existencia al escribir sus obras, es uno de los interlocutores secundarios de esta comedia, bajo su segundo apellido de Saavedra. No sale á hablar este cautivo una sola vez que no llame la atencion por su hidalguía, alteza de pensamientos y caballerosidad. Cervántes sabia retratarse moralmente con toda perfeccion.

Bien conocida es la patética epístola que desde el cautiverio dirigió, dos años despues de estar prisionero, Cervántes al señor Mateo Vazquez, haciendo presentes su lamentable suerte, la trabajosa vida que pasaban él y sus compañeros, y todas aquellas crueldades que experimentaban los cristianos, bastantes causas y áun sobradas para ablandar cualquier corazon que no hubiese sido el de Felipe II para emprender actos memorables y libertar á tanto desgraciado de las garras de la barbarie.

Cervántes, ya en España y rescatado, se acuerda de aquella epístola tan triste como poco atendida, que los años anteriores escribió á Mateo Vazquez, y copia algunos de sus más sentidos trozos en su interesante comedia, enmendando ó corrigiendo, cercenando ó aumentando lo que juzgaba oportuno. Todos los pasajes en que alude á su cautiverio son hermosos.

Esta composicion, tan sobresaliente entre todas las comedias anteriores á Lope de Vega, y de la que Cervántes se enorgullecia justísimamente en sus tiempos, tiene sin embargo defectos que nunca podrán ser disculpados. Hablan veinte personas en ella, y por añadidura un Demonio y las figuras morales la Necesidad y la Ocasion. Pero mucho más absurda es con relacion á los interlocutores *Los Baños de Argel.* ¡Treinta y tres personas intervienen!

CAPÍTULO XXXVI.

No sólo en las comedias empleó Cervántes sus dotes poéticas, sino que tambien se dedicó á escribir tragedias. Muéstralo así su *Numancia.* Refiérese en ella una accion grande, patética, sublime, la muerte de un pueblo heróico. Tanto más de elogiar es la composicion del que luego fué autor inimitable de *El Quijote*, cuanto que ántes, en España, pocas producciones notables de ese género se ofrecian.

Desde los ensayos, que otra cosa no pueden llamarse, de Juan Perez de Oliva, que escribió las primeras tragedias en castellano, casi al mismo tiempo que los italianos inauguraban dicho linaje de obras (1515), con las de Trisino, hasta las de los sevillanos Juan de Malara y Juan de la Cueva, con las de Gerónimo Bermudez, y áun las más conocidas y perfectas de Leopercio Leonardo de Argensola y Cristóbal de Virués, la tragedia fué bastante conocida y cultivada en España; mas del modo defectuosísimo que era de esperar en tal época.

Así es que *La Numancia* de Cervántes ha sobrepujado siempre á las más perfectas de sus contemporáneos. Juan de la Cueva y Cristóbal de Virués eran íntimos amigos suyos, y bien conocia Cervántes sus composiciones trágicas más excelentes y sabia el aprecio que conseguian. Cueva habia tratado de *Los Siete Infantes de Lara*, *Ayax Telamon*, *La Muerte de Virginia y Apio Claudio* y *El Príncipe Tirano;* Virués de *La Gran Semíramis*, *La Cruel Casandra*, *Atila furioso*, *La Infeliz Marcela y Elisa Dido;* pero ningun autor trágico español, que sepamos, habia tratado asunto tan eminente como el del cerco, asedio, ruina y destruccion de una ciudad.

¡Qué cuadro tan interesante ese donde se nos pintan las amenazas de los capitanes romanos, las inimitables respuestas de los numantinos; la fe de éstos, la osadía y maldad de aquellos; la abnegacion de los sitiados, la tenacidad de los sitiadores; cuadro

grande, extenso, superior, patético, donde se ve pelear la libertad contra la tiranía; el patriotismo contra la iniquidad; la grandeza contra lo más vil y grosero!

El genio de Cervántes parece que se dilata, que se ensancha, que se acrecienta al tratar asunto tan magno. Sostiénese el interés en la composicion desde el principio al fin, y son escasos sus defectos en comparacion de sus bellezas. Bien supo narrar poéticamente Cervántes el valor, la lucha, la abnegacion, el sacrificio de los numantinos, y bien supo pintar el carácter de los habitantes de aquella provincia de España, siempre sobrios, honrados, enemigos de imposiciones extrañas, de natural tan recto y entero como celosos de su dignidad y de su reposo, afables, corteses, nobles con sus protectores y amigos, virtuosos, trabajadores, esclavos de sus familias y de sus bienes, á quienes ni el castigo les amedrenta ni la muerte les intimida cuando defienden una causa de legalidad y de justicia; provincia y pueblos, en fin, los de Soria, que siempre ocuparon un lugar eminente, ó por sus actos, ó sus virtudes, sus proezas ó su integridad, en la grandiosa Historia de España.

En cuatro jornadas ó actos divide Cervántes su tragedia. Su amigo Cueva habia introducido desde 1580 tal modificacion en esas composiciones, que, segun los antiguos y la mayoría de los modernos, deben tener cinco actos. Juzgamos de poca importancia esto, y mucho deseo tenian de discutir los escritores que han invertido gran número de páginas, para sostener formalmente que las tragedias siempre han de tener cinco actos. En ese linaje de obras, como en las comedias, entendemos que el autor, y no el crítico, es quien únicamente puede y debe arreglar la division. Es una rigorosidad excesiva exigir que todas las composiciones cómicas ó trágicas hayan de constar de determinado número de actos. Hay acciones en la vida que necesitan de más tiempo para su desarrollo y desenlace que otras; y, á la verdad más que á los preceptos exigentes, ha de atenerse todo hombre discreto. Cuando las situaciones que se describen sean bastante extensas, los episodios que se introduzcan convenientes, y haya que sostener la atencion del lector con asuntos importantes, bien está que el tiempo de la representacion escénica se dilate, y se divida en cinco actos la tragedia; pero cuando así no sea, seria falta literaria el hacerlo. Muchas tragedias hay de cinco actos, en que el último es superfluo y algo más, lo cual demuestra que el prolongar demasiado esas obras, sin necesidad alguna, y sólo por guardar un ina-

ceptable precepto crítico, es importuno y arbitrario por extremo.

Sin hacer, pues, hincapié en este aparente defecto de la composicion de Cervántes, que analizamos, diremos que sus hermosos versos y su bellísima coordinacion, bastan para otorgarle merecidísima alabanza. El capitan Romano empieza lamentándose del enervamiento y vicios de sus tropas: congrega á su ejército: háblale el lenguaje del honor: sostiene que es preciso vencer á todo trance á los numantinos, que eran el terror de Roma: da órden para que todos, jefes y soldados, trabajen en construir un foso que aisle á aquella heróica ciudad: hácese así; mas los numantinos, siempre grandes y decididos, acrecientan su valor con los actos crueles de los contrarios: propuestos á resistir, nada podia detenerlos: envian embajadores á Escipion para presentarles la justicia de la guerra que hacian, y que estaban prestos á deponer las armas siempre que se les tratara como debia y no se les persiguiera injustamente: Escipion no les oye, y esto les enardece: hay ciudadanos que proponen combates personales para fenecer la lucha; pero Escipion no cree digno acceder á esas últimas condiciones de un pueblo tan desgraciado como valeroso: tómase entónces la determinacion de morir, pero no rendirse, ni dejar despojo alguno ni ocasion de victoria á los setenta mil combatientes. Los actos tercero y cuarto donde se pinta extensamente esta hecatombe, son sublimemente patéticos. Allí se ve al gran pueblo de Numancia en toda su majestuosidad y fiera independencia. Los padres matan á sus hijos; los hermanos á sus hermanas; los esposos á sus mujeres; sangre de unos mismos ciudadanos corre por las calles de la ciudad; la hoguera encendida en medio de la plaza recibe y consume los moribundos cuerpos y áun los viriles y fuertes de los que no habian temor ni á sus enemigos ni á la muerte; los capitanes romanos penetran al fin en la que fué Numancia, pues sólo encuentran cadáveres por todas partes, y hasta un jóven que se habia refugiado en una torre, se arroja de ella en el momento en que entran los enemigos, quitándoles de todo en todo la gloria del triunfo.

Los caractéres por lo general están bien delineados, y sobre todos los de Escipion, Teógenes, Corabino y otros. Hay episodios ternísimos como éste: Morandro, prometido de Lira, y su amigo Leoncio salen á los fuertes de los enemigos por alimentos. Realizada la hazaña, sostenido un cruento combate, muerto Leoncio, y

vuelto á Numancia Morandro con unos pedazos de pan ensangrentado, exclama:

¿No vienes, Leoncio, dí?
¿Qué es esto, mi dulce amigo?
¿Si tú no vienes conmigo,
Cómo vengo yo sin tí?
. . . .
Tú en fin llevarás la palma
Del más verdadero amigo:
Yo, á disculparme contigo
Enviaré bien presto el alma,
Y tan presto que el afan
A morir me llama y tira,
En dando á mi dulce Lira
Este tan amargo pan:
Pan ganado de enemigos,
Pero no ha sido ganado,
Sino con sangre comprado
De dos sin ventura amigos.

LIRA. ¿Qué es esto que ven mis ojos?

MORANDRO. Lo que presto no verán,
Segun la priesa se dan
De acabarme mis enojos:
Ves aquí, Lira, cumplida
Mi palabra y mis porfías,
De que tú no moririas
Miéntras yo tuviese vida.

LIRA. ¿Qué dices, Morandro amado?

MORANDRO. Lira, que acortes la hambre,
Entretanto que la estambre
De mi vida corta el hado.
Pero mi sangre vertida,
Y con este pan mezclada,
Te ha de dar, mi dulce amada,
Triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban
Ochenta mil enemigos,
Que cuesta de dos amigos
Las vidas que más amaban.

Cae muerto Morandro, recíbele Lira en sus brazos, y dice sollozando:

Morandro, dulce bien mio,
¿Qué sentís ó que teneis?
¿Cómo tan presto perdeis
Vuestro acostumbrado brio?
Mas, ay! triste sin ventura!
Que ya está muerto mi esposo!
¡Oh, caso el más lastimoso
Que se vió en la desventura!

Este desafío de Corabino á Escipion y los suyos, que no aceptan el combate personal, es muy digno de ser citado:

¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
Mal podrás de este modo sustentalla;
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados
Y no en los diestros brazos levantados,
Pérfidos, desleales, fementidos,
Crüeles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adúlteros, infames, conocidos
Por de industriosas, mas cobardes manos,
¿Qué gloria alcanzareis en darnos muerte
Teniéndonos atados de esta suerte?

Esta escena es muy patética. Sale una mujer con una criatura en los brazos y otra de la mano, y dice:

MADRE. ¡Oh, duro vivir molesto!
¡Terrible y triste agonía!
HIJO. Madre, ¿por ventura habria
Quien nos diese pan por esto?
MADRE. ¿Pan, hijo, ni áun otra cosa
Que semeje de comer?

HIJO. ¿Pues tengo de perecer
De dura hambre rabiosa?
Con poco pan que me deis,
Madre, no os pediré más.
MADRE. Hijo, ¡qué pena me das!
HIJO. Pues qué, ¿madre, no quereis?
MADRE. Sí quiero; mas ¿yo qué haré
Que no sé donde buscarlo?
HIJO. Bien podeis, madre, comprarlo;
Si no, yo lo compraré:
Mas por quitarme de afan,
Si alguno conmigo topa,
Le daré toda esta ropa
Por un mendrugo de pan.

La madre dirigiéndose al hijo que lleva en sus brazos:

¿Qué mámas, triste criatura?...
¿No sientes que á mi despecho,
Sacas ya del flaco pecho
Por leche, la sangre pura?...
¡Lleva la carne á pedazos,
Y procura ya de hartarte,
Que no pueden más llevarte
Mis flojos, cansados brazos!
Hijo del ánima mia,
¿Con qué os podré sustentar
Si apénas tengo que os dar
De la propia carne mia?
¡Oh, hambre terrible y fuerte,
Cómo me acabas la vida!
¡Oh, guerra, sólo venida
Para causarme la muerte!

Es sobre toda ponderacion grandiosa la escena postrera, donde el último ciudadano numantino que resta vivo, se arroja desde una torre para impedir todo triunfo á los romanos; y, ántes de consumar el heróico acto, dice:

Patria querida, pueblo desdichado,
No temas ni imagines que delire
De lo que debo hacer en tí engendrado,

Ni que promesa ó miedo me retire,
Ora me falte el suelo, el cielo, el hado,
Ora á vencerme todo el mundo aspire;
Que imposible será que yo no haga
A tu valor la merecida paga.

. . . .

Yo os aseguro, oh fuertes ciudadanos,
Que no falte por mí la intencion vuestra
De que no triunfen pérfidos romanos
Si ya no fuese de ceniza nuestra.

. . . .

Teneos, romanos, sosegad el brío,
Y no os canseis en asaltar el muro,
Que aunque fuera mayor el poderío
Vuestro, de no vencerme os aseguro.
Pero muéstrese ya el intento mio,
Y si ha sido el amor perfecto y puro
Que yo tuve á mi patria tan querida,
Asegúrelo luego esta caida.

Concluye la tragedia con la aparicion de la Fama, que se la promete eterna á los numantinos por sus proezas y su fe, su abnegacion y virtudes.

Defecto grande, sin embargo, de esta produccion es el del interminable número de interlocutores. Más de treinta personas hablan en la tragedia, aunque siempre descuellan las principales; defecto, por lo demás, muy general entónces. La más célebre tragedia de Shakespeare, *El Hamlet*, tiene inverosimilitudes imperdonables, y hablan en ella treinta y tres personas, entre ellas.... *¡la sombra del rey Hamlet!*

Además de las antedichas producciones dramáticas, y de las veinte ó treinta que con tanto aplauso se representaron desde 1584 á 1588 en los teatros de Madrid y Toledo, y de las que nos dejó Cervántes los títulos de algunas, (1) anunció en 1615 que estaba

(1) Hélos aquí: *Los Tratos de Argel, La Numancia, La Gran Turquesca, La Batalla Naval, La Jerusalen, La Amaranta ó la de Mayo, El Bosque amoroso, La única y bizarra Arsinda.* Pero sobre todas encarece Cervántes una comedia suya titulada *Confusa*, diciendo que era de la que más se preciaba, y que entre cuantas comedias de capa y espada hasta entónces se habian representado, bien podia tener lugar señalado «por buena entre las mejores.»

componiendo una comedia llamada *El Engaño á los ojos*, comedia que, segun él, habria de dar contento áun á los mismos que le censuraban.

Desgraciadamente, ni ésta ni las otras composiciones mentadas por Cervántes, á excepcion de *El Trato de Argel* y *La Numancia*, han sido halladas hasta ahora por los eruditos, con grandísimo sentimiento de los admiradores de aquel autor preclaro.

CAPÍTULO XXXVII.

Los entremeses de Cervántes son composiciones sencillas, ligeras, chistosas y divertidas que se avenian perfectamente con el espíritu observador y epigramático del gran crítico. Pocas producciones reflejan y presentan como éstas con toda exactitud el carácter de un escritor. En *La Galatea* hémosle visto amoroso y hasta idealista: en su *Quijote* profundo pintor de costumbres y entendidísimo filósofo de las grandezas, pequeñeces, acaecimientos, preocupaciones, positivismo y malandanzas de su época: en sus *Novelas*, tan original, rico de frases, poderoso de númen y de invencion, que causa delectacion y regocijo señaladísimos: en su *Viaje del Parnaso*, tan benigno como grande con todos sus contemporáneos y sus indignos detractores: hasta en sus comedias, generalmente tan tildadas y menospreciadas, hemos encontrado su ingenio y su penetracion, su talento y su estilo. Mas los entremeses, de que ahora nos ocupamos, sobre poseer esas mismas cualidades que nos han encantado en sus demás obras, tienen otro realce que más y más los avalora; y ese realce es el más preciado de todos cuantos en Cervántes concurrian: su vivacidad descriptiva, su exactitud en delinear caractéres, su eximio gusto para presentarlos, para hacerlos interesantes ó indiferentes, buenos ó malos, majestuosos ó raquíticos.

El talento de Cervántes, acostumbrado á describir largas escenas y á escribir obras dilatadas, sobresale, sin embargo, de una manera señaladísima en estas composiciones breves, picantes, llenas de sal ática y de ocurrencias peregrinas, en las que, como indagador, ingenioso, vivo, aleccionado por la experiencia, hallaba materia abundante para desplegar sus dotes de excelente crítico de las escenas populares de su tiempo.

Desgraciado en esto como en todo, sus entremeses no se representaron en vida, y para su publicacion pasaron las mismas vicisitudes que sus ocho comedias. Como hemos indicado, el li-

brero Juan de Villarroel se los compró, y fué quien los dió á la estampa con aquellas en Madrid por vez primera en 1615. Pocos los apreciaron despues, y casi puede asegurarse que no se representaron en todo lo que quedó de siglo. Cervántes se condolia ya en la dedicatoria de su obra que no se habian visto en el teatro; porque «como los autores, dice, tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo, ó, como él mismo advierte con no menor claridad, porque ni los autores le buscaban, ni él iba á buscar á ellos.» ¿Con cuánta más razon no serian olvidados en los años que siguieron á su muerte, acaecida en 1616?

Hasta que Nasarre, en 1749, no los reimprimió, nadie se acordó de ellos. Desde entónces se fijó la atencion en dichos trabajos, y se les encomió como se merecian. Verdad es que estos encomios procedieron más bien de los extranjeros que de los naturales: ¡consecuencia del decaimiento literario que atravesamos durante varios lustros!

Creemos que desde 1749 no se reimprimieron los entremeses hasta 1816, en Cádiz, por J. A. Sanchez, aunque se dice que el verdadero editor lo fué el Sr. Cavaleri y Pazos, quien colocó un largo, insulso y poco castizo prólogo al frente de su edicion, donde elogia á Cervántes y emite juicios y apreciaciones bastante descabellados. Con todo, no ponemos en duda que sus trabajos sirvieron de mucho para las futuras reimpresiones de los entremeses, y que muchas faltas de las dos ediciones anteriores se rectificaron oportunamente en la de Cádiz. Lo que sí dudamos es, que, como dice el editor en su interminable prólogo, aquella reimpresion dió lustre al nombre de Cervántes, proveyó de finura de chistes para amenizar las conversaciones, sirvió de timbre á la dramática española, de ejemplar á los autores de comedias, de dulce diversion á los espectadores teatrales y de pasto nutritivo á los representantes caseros.

Los entremeses de Cervántes son muy buenos; pero muy buenos los escribieron otros autores de su época, y no se necesitaba que se reimprimieran los de aquel para tener modelos acabados de chiste. La historia de los entremeses data en España desde la época misma en que hubo representaciones teatrales. Era este linaje de composiciones el que más deleitaba al pueblo que asistia á los espectáculos, así como ahora lo que más aprecian las clases ignorantes que concurren á los teatros son los sainetes.

Género de composiciones que hacian reir, que contentaban,

que hacian ver con suma y descarnada sencillez y naturalidad las miserias todas de la vida, los engaños, los vicios de la gente airada, los galanteos nocturnos, las imprudencias, las escenas absurdamente amorosas, las falsías mujeriles, las preocupaciones, los grotescos celos, las vanidades, las mal fundadas ambiciones, las famas ridículamente adquiridas, la insulsez, la bellaquería, la rematada ignorancia, y otros defectos sociales, eran acogidas con aplausos por el público, que veia en los entremeses, lo mismo que ahora ve en los sainetes, las exageraciones en que se revolvia y las pequeñeces en que se agitaba la sociedad.

Estas ligeras composiciones de Cervántes no se distinguen de las demás análogas de su tiempo, como ántes indicamos, porque tengan mucho más chiste y gracia, sino porque son cada una y todas bosquejos exactos, parecidos, fieles é inimitables de un pasatiempo ridículo, de una preocupacion, de una máxima matrimonial, de un enredo truhanesco, de un amor bastante indiscreto, de un burlesco divorcio, y demás acontecimientos risibles que fuera prolijo el enumerar.

Consideramos como auténticos ocho entremeses de Cervántes, de los cuales vamos seguidamente á ocuparnos, haciendo de ellos el respectivo exámen crítico, segun el mérito que para nosotros tienen.

Y sea el primero de todos el intitulado *La Cueva de Salamanca*, delicioso cuadro de costumbres de aquella época, donde si algun defecto se nota y ha de tachar, es la exactitud de la pintura. Un marido anciano y confiado; una mujer jóven y enamorada; una criada inquieta y bulliciosa; dos amantes indiscretos, y un intruso despreocupado, son los personajes que actúan en este entremés. Don Pancracio se llama el marido bonachon; doña Leonarda, su esposa; Cristina, la sirvienta; el sacristan Reponce y el barbero Maese Roque, los adoradores; un Estudiante salmantino, el que sin ser llamado interviene. La accion que se representa tiene mucho de lo chistoso y de lo grave, de lo serio y de lo bufo. Desarróllase en esta manera: Don Pancracio, esposo confiado, tiene que asistir precisamente al casamiento de una su hermana: háselo participado á su señora, que se llama Leonarda: llega el momento de ausentarse, y aquí comienza el entremés: Don Pancracio ruega á su mujer que enjugue sus lágrimas; su ausencia no durará más de cuatro dias: responde Leonarda, llorosa y pensativa, que vaya, que no se detenga mucho, que vuelva sano y salvo de los peligros

del camino; conduélese de la soledad en que ha de quedar, laméntase, desmáyase, finalmente. Entónces la sirvienta exhala ayes, encomia la fidelidad y amor de su señora, y hasta trata de persuadir á su amo que no vaya á la boda: echásele agua en el rostro á la hipócrita desmayada: dícela unas palabras al oido su señor, y torna en sí: hace nuevas protestas de quedarse el bondadoso marido: ínstale ella que parta: vase él tan confiado: quédase ella tan contenta y tan satisfecha. La Leonarda, que al despedirse de Pancracio, decia: «ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores, sí!», exclamaba no bien le habia visto marchar: «Allá darás, rayo, en casa de Ana Diaz: vayas y no vuelvas: la ida del humo!...» La criada y su ama quedan solas: tienen cita, con el barbero del pueblo, la una; con el sacristan de la parroquia, la otra; llegan ellos á buena sazon: son acogidos con alborozo: todos se prometen una noche divertida: cena preparada tienen; alegría no les falta; gusto les sobra; quiérense unos á otros; el dueño de la casa estaba ausente; se bailó, se cantó, se hicieron locuras de lo lindo. Pero cuando más engolfados estaban todos en sus pasatiempos pecadores, llaman á la puerta: es el esposo que repentinamente vuelve: el coche donde iba ha volcado, y vuelve á los brazos de su dulce y carísima, *casta* y sensible paloma: alborótanse todos: los unos se esconden; los otros huyen; las otras se amedrentan. Mas sacando fuerzas de flaqueza, la taimada Leonarda entretiene por la ventana á su esposo, en tanto que la criada oculta á los consabidos huéspedes: ocultados que son, abre la puerta: entra el confiado marido, abraza á su mujer, y va á sentarse, cuando oye gritos desaforados: son los de un estudiante que ha entrado en la casa, y ha obtenido con su charla y travesura que le dejen allí aquella noche, y ha hecho compañía con el barbero y el sacristan: D. Pancracio se sorprende: Cristina, la sirvienta, con melosas palabras de misericordia y caridad, le ablanda: sale á plaza el estudiante: tiene urdida ya una trama y la presenta: dice que es pobre porque quiere, que si no, nadie le haria vivir vida tan miserable: pregúntale Pancracio que dónde ha aprendido su sabiduría: contéstale que en la Cueva de Salamanca, y que presto le mostrará su sutileza y habilidades: asegura que va á sacar dos demonios en figuras humanas: conjura á los dos escondidos, sacristan y barbero: salen éstos con la canasta que habian llevado abastecida de buenas cosas de comer y beber: quédase Pancracio pasmado: ofrecen la cena y quieren

hacer compañía los dos terrenales diablos: otorga su consentimiento Leonarda, no se asusta Cristina, apruébalo el estudiante, y dalo por conveniente y acertadísimo el dueño de la casa. Vanse todos á cenar, y concluye el entremés.

No es por cierto edificante el cuadro anterior; pero ¿es culpa de Cervántes?

Sus entremeses bosquejan acontecimientos y lances picarescos, y no podia ponerse en contradiccion Cervántes haciendo bueno al malo, y malo al bueno. En este entremés, Leonarda figura á aquellas mujeres que, engañando, adulando, acariciando y mostrándose como dechados de honestidad, son las más desalmadas y perversas mujeres del mundo. Ella alucina á su esposo y le hace creer que es un ángel de bondad, cuando es todo lo contrario.

¿Hemos de censurar á Cervántes porque tal cuadro de costumbres nos bosquejara? Nó. Censuremos en tal caso á la sociedad, á los que cometian tales deslices, á los que perpetraban tales crímenes, á los que se regocijaban en semejantes faltas conyugales.

El entremés que al anterior sigue en interés y mérito es *El Viejo celoso*, obrita bastante encantadora, por la doctrina que entraña y la enseñanza que revela. Aquí no actúan, como en el otro, una mujer taimada y un esposo confiado, sino una mujer descarada y un marido celoso. Intervienen tambien una sobrina bellaca, una vecina, zurcidora de voluntades, un galan, perpetrador de adulterio, y otros personajes de ménos importancia.

Han dicho algunos críticos que en este entremés recordó y áun compendió Cervántes lo dicho ántes en su novela *El Celoso extremeño*. ¡Gran inexactitud! Del argumento de la novela al del entremés, hay notabilísima diferencia. La Leonora de la novela es recatada: la Lorenza del entremés, licenciosa. La Leonora de la novela rehuye todo pasatiempo peligroso, y admite á Loaysa en su casa creyendo que va sólo á proporcionarle honesto solaz y recreo: la Lorenza del entremés, oye con gusto las insinuaciones de la vecina y zurcidora de voluntades Hortigosa, y desea el momento de que la dueña le cumpla la palabra de proporcionarle su galan. La una se atemoriza ante la presencia de otro hombre que no sea su marido: la otra se siente alborozada ante semejante promesa. Leonora llora, se resiste y vence en la lucha entablada con su seductor: Lorenza, por el contrario, se entrega y rinde á toda su voluntad. ¿Dónde está aquí la semejanza?

La verdad es que en la novela se presenta la accion de una reciencasada virtuosa, engañada por sirvientes ruines y por dueñas miserables; y en el entremés, el caso de una esposa que desea á todo trance ser infiel á su marido.

Es éste uno de los entremeses más gráficos de Cervántes, y en el que más se admira su penetracion, su veracidad y su discrecion descriptivas. Cada personaje es un boceto acabado de tipos efectivos y reales. Cañizares es un viejo setenton que ha cometido la imprudencia de casarse con una muchacha de 15 años: ésta, jóven vanidosa y altanera, oye más bien las voces lisonjeras y engañadoras de la lascivia que las verdaderas y leales de sus deberes: una sobrinita de los esposos, nombrada Cristina, tan desenvuelta como de pocos años, está educada en la misma escuela de perversion que su tia.

Cañizares sufre indeciblemente; no reposa; no se fia de nadie; los celos le matan; teme que su mujer caiga en los lazos peligrosos de las mundanales tentaciones. Sus sospechas desgraciadamente se realizan. Una dueña, vecina de la mujer de Cañizares, nombrada la Hortigosa, verdadero engendro del Infierno, logra entrar en la casa en ausencia del marido, robustece las quejas de la descontenta esposa, fomenta sus ilusiones, propónele que corresponda al amor que le profesa un galan que desde que la ha visto la adora. No se niega á ello Doña Lorenza; huélgase de ser Cristina medianera y secretaria de los adúlteros amores; conciertan, en fin, la estratagema que ha de arreglarlo todo á medida de sus deseos. Con pretexto de vender un lienzo, llama la ruin vecina á la puerta de la casa del tan respetable cuanto celoso Cañizares; ábrenle, aunque con disgusto del viejo; extiende el lienzo para que lo vea y lo compre, y en aquel momento penetra sigilosamente el consabido galan. Logrado ya lo que se anhelaba, satisfechas la tia y sobrina, y despedida la Hortigosa, habla mal el paciente anciano de las importunidades de la vecina. Da esto motivo á Doña Lorenza para insultarle, y enciérrase, enojada y traidora, en el cuarto donde se encontraba su galan. La escena está pintada con tan vivos colores en el entremés, que para darla á conocer exactamente, es preciso copiarla íntegra, como lo hacemos. Héla aquí:

CRISTINA. Tio, ¿no ve como ha cerrado de golpe?... Creo que va á buscar una tranca para asegurar la puerta.

LORENZA. *(Desde dentro.)* Cristina? Cristina?

CRISTINA. ¿Qué quieres, tia?

LORENZA. ¡Si supieses qué galan me ha deparado la suerte!!... ¡Mozo bien dispuesto, pelinegro, y que le huele la boca á mil azahares!

CRISTINA. ¡Jesús! ¡Y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tia?

LORENZA. No estoy sino en todo mi juicio... En verdad, si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRISTINA. ¡Jesús! ¡Y qué locuras y qué niñerías! Ríñala tio, porque no se atreva, ni áun burlando, á decir deshonestidades.

CAÑIZARES. ¿Bobear, Lorenza?... Pues á fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

LORENZA. ¡Que no son sino veras! ¡Y tan veras que en este género no pueden ser mayores!

CRISTINA. ¡Jesús! ¡Y qué locuras y qué niñerías!... Dígame, tia, ¿está ahí tambien mi frailecito?...

LORENZA. No, sobrina. Pero otra vez vendrá, si quiere Hortigosa la vecina.

CAÑIZARES. Lorenza, dí lo que quisieres: pero no tomes en tu boca el nombre de vecina: ¡que me tiemblan las carnes en oirle!

LORENZA. Tambien me tiemblan á mí por amor de la vecina.

CRISTINA. ¡Jesús! ¡Y qué locuras y qué niñerías!

LORENZA. *Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito; que hasta aquí he vivido engañada contigo.*

CRISTINA. Ríñala, tio; ríñala, tio; que se desvergüenza mucho.

LORENZA. Labar quiero á un galan las pocas barbas que tiene, con una bacía llena de agua de Angeles, porque su cara es como la de un Ángel pintado.

CRISTINA. ¡Jesús! ¡Y qué locuras y qué niñerías!... Despedácela, tio.

CAÑIZARES. No la despedazaré yo á ella, sino á la puerta que la encubre.

LORENZA. No hay por qué... Vesla aqui abierta... Entre, y verá como es verdad cuanto le he dicho.

CAÑIZARES. Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.

(Al entrar Cañizares danle con una bacía de agua en los ojos. Él se va á limpiar; acuden sobre él Cristina y Doña Lorenza; y en este ínterin, sale el galan.)

Despues de este lance, que de todo podrá tener ménos de edificativo, y en el cual queda el buen Cañizares *minotaurizado*, como diria Balzac, el entremés concluye de un modo bien peregrino. El marido cree que todo no ha pasado de una broma; pero la mala hembra su esposa quiere armar un alboroto, y lo consigue. Acude la justicia; ve que son pendencias entre marido y mujer, y retírase; pero dos músicos, que casualmente han concurrido al alboroto, no se quieren ir sin regocijar á los casados con los acordes de sus instrumentos. Cantan y tocan, y vanse. Cañizares queda resignado, no sabemos si convencido, Doña Lorenza contenta y agradecida á su vecina, y Cristina tambien, sino que siente que no le haya llevado la Hortigosa á su frailecito.

Advierte discretamente Cervántes en este entremés: que un viejo setenton no debe casarse nunca con una mozuela de quince años: que los padres de las jóvenes deben ser más prudentes en entregar á sus hijas: que los maridos deben ser más discretos, y no aventurar su honra y fama con impresiones del momento: y que deben rodear á sus esposas de ancianas virtuosas y no de muchachas casquivanas.

La Guarda cuidadosa es un entremés lleno de chiste y gracia, y de lances bastante cómicos, por lo cual entendemos que causaria mucho contentamiento áun hoy en los teatros, si se representara en vez de algunos insulsos, groseros y desventurados sainetes, que hacen las delicias de ciertas gentes. Nace aquel chiste y gracia de la contraposicion misma de los personajes y caractéres que entran en escena. Una sirvienta fregonil, llamada Cristina, es pretendida y adorada por un sacristan y un soldado: éste quiere en grado extremo á la muchacha, pero sus súplicas, billetes, cantares y ruegos son desatendidos por su bella enemiga: más afortunado el sacristan Reponce, obtiene de su adorada honestos y sencillos favores. Pero el soldado, cabezon hasta lo inconcebible, desea que á todo trance se le prefiera, y no pudiendo impedir de otro modo que nadie hable con Cristina, toma por determinacion el aposentarse en la puerta de la casa donde mora, y ser allí un perenne obstáculo contra los importunos. Así es que un mozo que intenta entrar para pedir limosna, un vendedor de tranzaderas y randas de Flandes, que es llamado por Cristina, un zapatero que lleva un par de chinelas para la consabida criada, se ven en la imposibilidad de cumplir sus deseos so pena de incurrir en el furor é indignacion del cuidadoso soldado. Pero llega el momento críti-

co: ya no son extraños los que por unas causas ú otras anhelan penetrar en la casa: es ya el mismo dueño de ella, el que la pagó, la posee, la habita y puede disponer de ella á toda su voluntad, quien se ve detenido en la puerta misma, y detenido ¿por quién? por un intruso, por persona á quien ni conocia ni habia tratado jamás. Esta es una de las escenas más graciosas del sainete, y vamos á reproducirla, que bien lo merece. Véase:

CRISTINA. *(Dentro, fregando.)* Sacristan de mi vida, tenme por tuya, y canta aleluya, fiado en mi fe.

SOLDADO. ¡Oidos que tal oyen!... Sin duda el sacristan debe de ser el brinco de su alma... ¡Oh, platera la más limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué así como limpias esa loza talaveril, que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

Va á entrar el amo de Cristina y dice:

Galan, ¿qué quiere ó qué busca á esta puerta?

SOLDADO. Quiero más de lo que seria bueno, y busco lo que no hallo... Pero ¿quién es usted que me lo pregunta?

AMO. Soy el dueño de esta casa.

SOLDADO. ¿El amo de Cristinica?

AMO. El mismo.

SOLDADO. Pues lléguese Vd. á esta parte y tome este envoltorio de papeles... Advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de 22 generales debajo de cuyos estandartes he servido, amen de otras 34 de otros tantos maestres de campo que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO. Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española, de cien años á esta parte.

SOLDADO. Usted es hombre pacífico y no está obligado á entendérsele mucho de las cosas de la guerra... Pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestres de campo que he dicho.

AMO. Yo los doy por pasados y vistos... Pero ¿de qué sirve darme cuenta de esto?

SOLDADO. De que hallará Vd. por ellos ser posible una verdad que ahora diré. Y es, que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas que están vacas en el reino de Nápoles; conviene á saber: Gaeta, Barleta y Rijobes.

AMO. Hasta ahora ninguna cosa me importan á mí estas relaciones que Vd. me da.

SOLDADO. Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO. ¿En qué manera?

SOLDADO. En que por fuerza, si no se cae el Cielo, tengo de salir proveido en una de estas plazas. Quiero casarme ahora con Cristinica. Siendo yo su marido, puede Vd. hacer de mi persona y de mi mucha hacienda como de cosa propia: que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que usted ha hecho á mi querida y amada consorte.

AMO. Usted lo há de los cascos, más que de otra parte.

SOLDADO. ¿Pues sabe cuanto le va, señor dulce? Que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar los umbrales de su casa.

AMO. ¡Hay tal disparate!!! ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que entre en mi casa?...

En esto sobreviene que llega el sacristan con un su camarada, dispuestos á hacer entrar en razones al soldado, si no con buenas palabras, al ménos á viva fuerza. Empuña el sacristan Pasillas mohosa y antiquísima espada; una tapadera de tinaja le sirve de broquel. Su compañero en lides lleva puesto morrion y agita un palo en la derecha mano. Trábanse de palabras los dos acometedores con el soldado; ármase la pendencia; óyense fieros y bravatas de parte á parte; comienza en fin la zalagarda. Asómanse al ruido Cristina y su ama; cree aquella que matan á su señor y ésta que asesinan á su esposo; bajan precipitadamente, y entablan el siguiente diálogo:

LA ESPOSA. ¡Ay, marido mio! ¿estais por desgracia herido, bien de mi alma?

CRISTINA. ¡Ay, desdichada de mí!... Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristan y mi soldado.

SOLDADO. Áun bien que voy á la parte con el sacristan, pues tambien dijo: *mi* soldado.

AMO. No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

LA ESPOSA. ¿Cómo por Cristinica?...

AMO. A lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

LA ESPOSA. Y ¿es esto verdad, muchacha?

CRISTINICA. Sí, señora.

LA ESPOSA. Mirad con qué poca vergüenza lo dice!...

. . . .

Despues de contar la sirvienta el amor que le profesaba el sacristan, y de enseñar una cédula matrimonial que le habia dado, propone la cuestion el discreto amo en estos explícitos y claros y concluyentes términos:

¿Tienes deseos de casarte, Cristinica?

CRISTINA. Sí, tengo.

AMO. Pues escoge de estos dos que se te ofrecen, el que más te agradare.

CRISTINA. Tengo vergüenza.

LA ESPOSA. No la tengas; porque el comer y el casar ha de ser á gusto propio, y no á voluntad ajena.

CRISTINA. Ustedes que me han criado, me darán marido como me convenga.... aunque todavía quisiera escoger.

SOLDADO. Niña, échame el ojo. Mira mi garbo. Soldado soy: castellano pienso ser: brio tengo de corazon: soy el más galan hombre del mundo: y por el hilo de este vestidillo, podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SACRISTAN. Yo soy músico, aunque de campanas. Para adornar una tumba, y colgar una iglesia para fiestas solemnes, ningun sacristan me puede llevar ventaja... Y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

AMO. Ahora bien, muchacha, escoge de los dos el que te

agrade. Yo gusto de ello.... con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLDADO. Yo me allano.

SACRISTAN. Y yo me rindo.

CRISTINA. Pues escojo al sacristan.

AMO. Pues llamen á esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos á celebrar el desposorio, cantando y bailando... Y el señor soldado será mi convidado.

SOLDADO. Acepto. Que donde hay fuerza de hecho, se pierde cualquier derecho.

Este precioso entremés concluye con la siguiente moraleja, que cantan los músicos:

Siempre escogen las mujeres
Aquello que vale ménos,
Porque excede su mal gusto
A cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor
Porque se estima el dinero,
Pues un sacristan prefieren
A un roto soldado lego.

CAPÍTULO XXXVIII.

En el órden del mérito siguen los entremeses intitulados *El Retablo de las Maravillas* y *El Rufian Viudo.* El primero es muy chistoso. Un saltimbanquis, un truhan de industria, acompañado de una mujer no ménos bellaca, que se ganaban la vida mostrando ridiculeces, llegan á un pueblo, donde, despues de obtener la vénia del gobernador, del alcalde, del escribano y de otros personajes, arma y pone su retablo de las maravillas en casa del regidor Juan Castrado: dice que nadie puede verlas si no es de honrado y legítimo linaje: llega el momento del embaucamiento, y empieza á decir todas esas sandeces y despropósitos que, para entretener á los incautos, fraguan los conductores de retablos y los saltimbancos: ya anuncia que Sanson va á destruir el templo, y pone pavor en el ánimo de los circunstantes; ya suelta un toro; ora echa miles de ratones; ora amenaza con leones rapantes y osos colmeneros. Los espectadores se asustan, temen, se asombran, huyen, creen verdadero todo lo que se les dice, por el miedo de que no les tachen de bastardos. Afortunadamente llega en aquel momento al pueblo un furrier anunciando que vienen treinta hombres de armas, y que solicitan alojamiento. Creen todos que aquello es una nueva maravilla del retablo, y esquivan las autoridades el dar cumplimiento á lo que el furrier demanda. Entérase éste de la ridícula farsa á que aquellas autoridades daban asentimiento; incrépanle todos; táchanle de hijo ilegítimo; ármase descomunal contienda; relucen espadas y agítanse palos, y la fiesta concluye de un modo bien desastroso para aquellos pacíficos y demasiado cándidos vecinos. Sólo sale ganancioso el embaucador del retablo.

La moral de este entremés es tan sencilla, que de los mismos hechos narrados se desprende. Cuando las autoridades y cuando los que debieran impedir la representacion de grotescas escenas, son los que las autorizan con su presencia, las sancionan con su

beneplácito, las defienden con sus palabras, las encomian con sus boberías y las preconizan con sus indiscreciones, entónces no es extraño que la generalidad, ménos avisada é instruida, caiga bien pronto en los mismos errores y crea á piés juntillos lo que juzgan verdadero sus jefes y gobernadores. Y el delito de los que inducen á los ignorantes á tal insensatez, es aún más grave, si como aquí sucedia, el gobernador y el escribano dan muestras en varios momentos de ser incrédulos y estar seguros de no ver nada, y sin embargo, son los primeros que para que no se les tenga por hijos ilegítimos, increpan al furrier, no incrédulo, sino hombre llano y verdadero, y le tachan de bastardo. Cervántes saca á la vergüenza pública á esas autoridades pusilánimes, raquíticas, ignorantes, que no saben cumplir con su deber ni áun en un pueblo de escasa importancia.

¿Y qué resulta de tales contemplaciones? Que los malvados, los bellacos, los embusteros, los mal intencionados, los falsos y los atrevidos siempre triunfan y campean, en tanto que si algun hombre de bien, resoluto é ilustrado, alza su voz contra la manifiesta supercherías, queda confundido y silbado ante la desventurada multitud. ¡Ridiculeces y miserias del mundo, que no por repetirse cada año, deben ser condenadas con ménos severidad y rigor!

No tiene tan excelente fin moral, pero es un exacto cuadro de costumbres truhanescas, el entremés que tiene por epígrafe *El Rufian Viudo.* Trampagos es ese rufian: Pericona, su difunta *esposa.* Pero, ó sea condicion propia de tunos, ó poco amor que á su adorada tuviera, ello es lo cierto que presto la olvidó. El dia mismo que se dió sepultura al cuerpo pecador de su *mujer*, asiste Trampagos á la reunion de sus amigos y compañeros en el arte picaresco. Allí están el fiel y travieso Vademecum, los matones Juan Claros y Chiquiznaque, y las mujeres de vida airada la Repulida, la Pizpita y la Mostrenca. Unos y otras persuaden á Trampagos la conveniencia de que olvide sus cuitas y tome nueva compañera que le regale. No se deja rogar mucho el buen hombre: escoge coima, y opta por la Repulida; pero no sin que ántes hubiese pendencias y alborotos. El entremés concluye con cantos, músicas, fiestas y regocijos. Los caractéres están bien delineados, el argumento bien conducido, y el fin bien preparado. Un defecto considerable notamos en este entremés: que está escrito en verso suelto endecasílabo, ó, lo que es lo mismo, en una mala prosa ri-

mada, de donde no podemos entresacar ninguno para muestra. *El Vizcaino fingido* es un entremés más gracioso que lleno de artificio. El argumento es bastante picaresco, pero tambien bastante ejemplar. Dos jóvenes de buen humor quieren divertirse con una señora sevillana, de esas de la vida ancha, y empéñanle una cadena falsa por de oro puro y acendrado: tómala por tal, y con el pase del joyista, la confiada señora: pídele ducados á cuenta el farsante empeñador: dáselos la confiada Doña Cristina: llega el vizcaino fingido, y diviértese con las damas, aunque parece que habla con la mayor formalidad del mundo: preséntase luego Solórzano, que éste es el nombre de uno de los jóvenes, y dice que el vizcaino tiene que irse, pues que su señor padre está á las puertas de la muerte, y que es preciso que se devuelva la cadena: Doña Cristina siéntelo, pero lo verifica: Solórzano, cuya principal intencion ha sido burlarse de la sevillana, protesta de que aquella no es la cadena que le ha dado, sino otra falsa; asústase la dama, acuítase la compañera, acude un alguacil, tiene temor la poseedora de aparecer ante la autoridad, da seis escudos al celador de la justicia, contenta á Solórzano, queda escarmentada para otra vez de semejantes burlas la dama, convida á cenar á los alegres, y concluye todo tranquila y pacíficamente.

La moral de la composicion está contenida en estos versos:

La mujer que más presume
De cortar como navaja
Los vocablos repulgados
Entre las godeñas pláticas;
La que sabe de memoria
A Lofraso y á Diana,
Y al caballero del Febo
Con Olivante de Laura;
La que seis veces al mes
Al gran *Don Quijote* pasa,
Aunque más sepa de aquesto,
O SABE POCO Ó NO NADA.

La que se fia en su ingenio,
Lleno da fingidas trazas,
Fundadas en interés
Y en voluntades tiranas;

La que no sabe guardarse,
Cual dicen, del agua mansa,
Y se arroja á las corrientes
Que ligeramente pasan;
La que piensa que ella sola
Es el colmo de la nata
En esto del trato alegre,
O SABE POCO Ó NO NADA.

Los dos entremeses que conceptuamos en el último lugar de los auténticos, son los que llevan por título, *El Juez de los Divorcios*, y *Eleccion de los Alcaldes de Daganzo;* y no precisamente porque tengan poca gracia en la narracion, y escaso chiste en el diálogo, sino porque no son cuadros tan acabados como los anteriores.

El Juez de los Divorcios representa, con aproximada verosimilitud, lo que siempre ha pasado y pasa en el mundo entre los matrimonios. Por cualquier dime ó direte, por cualquier reyerta de escasa monta, por cualquier disgusto pequeño, quieren divorciarse. Al Juez de los Divorcios se le presentaban multitud de cónyuges descontentos, deseosos de romper los eternos lazos; pero él no encuentra motivos suficientes para acceder á los deseos de los peticionarios. Este entremés tiene mucha donosura. Los tipos de la desenvuelta Mariana y del pobre vejete; los de la deslenguada Guiomar y del bondadoso soldado; y en fin, los del cirujano y su esposa Aldonza de Minjaca, están delineados con bastante encanto y perfeccion.

Hay que admitir como verdadero el fin moral que el entremés que nos ocupa tiene, porque entraña una reconocida verdad social.

Dice la composicion que

Entre casados de honor,
Cuando hay pleito descubierto,
Más vale el peor concierto
Que no el divorcio mejor.

La *Eleccion de los Alcaldes de Daganzo* es un verdadero cuadro de costumbres del siglo XVI. La accion pasa en un lugar imaginario, al parecer, llamado Daganzo, pero en realidad se alu-

de á algun ayuntamiento de la provincia de Toledo, correspondiente á algun pequeño é insignificante pueblo, y donde Cervántes notaria las peregrinas cosas que refiere.

Nuestra presuncion es tanto más acertada, cuanto que en el entremés leemos estos renglones:

. . . Mírese qué alcaldes nombraremos
Para el año que viene; que sean tales
Que no los pueda calumniar Toledo,
Sino que los confirme y dé por buenos,
Pues para esto ha sido nuestra junta.

Toda esta composicion tira á poner en ridículo las elecciones de alcaldes de los ayuntamientos inferiores de aquella edad. Reuníase para el caso la principal gente del pueblo; hablaban los más osados ó los más ricos: dábase el voto por temor ó por amistad, y quedaba designado alcalde aquel que mejores puños tenia. Bien es verdad que el mal no se remedió del todo, pues en posteriores épocas ha tenido aplicacion particular el entremés. La pintura está bien hecha.

Despues de éstos, se han publicado en diferentes años y por distintos autores otros entremeses de Cervántes, de los que vamos seguidamente á ocuparnos. Sobre la autenticidad de estas obritas, vamos á emitir francamente nuestra opinion. En Setiembre de 1615 publicó Cervántes sus ocho entremeses. El dia 13 puso la fe de erratas el Licenciado Murcia de la Llana, y en el 22 del citado mes se extendió la tasa, saliendo á luz en aquel mismo mes la obra, como decimos. Siete meses despues falleció Cervántes.

Pues bien; si el gran autor tenia escritos algunos entremeses más de los que dió al librero Juan de Villarroel, ¿porqué no los publicó ó mandó estampar al mismo tiempo? Muy enhorabuena que no enviara á los moldes más que ocho comedias, cuando habia escrito y se habian representado ántes de 1605 más de treinta, con aceptacion y aplauso; pero téngase en cuenta que no sucedia lo mismo con los entremeses. Los ocho que dió á luz en 1615 nunca se habian representado; y así es indudable que todos los demás que despues se han publicado, hay que acogerlos y examinarlos con fundada prevencion. Porque si bien reflexionamos, Cervántes no podia haber dejado de mencionar, si autor de otros entremeses hubiese sido, que ya ántes se habian representado, ó al

ménos, en su buen gusto, hubiera quitado de la coleccion alguno de los ocho, el más endeble en interés y mérito, sustituyéndolo por otro de esos que se le atribuyen, por el de *Los Habladores.*

Este entremés, con efecto, es el único de los no publicados por Villarroel que tiene en favor suyo algunos indicios de autenticidad. Publicóse como de Lope en 1617, con otros dos más, en *La sétima parte de sus comedias;* pero habiendo confesado dicho escritor que aquellos entremeses no eran suyos, quedaron á merced de los editores que quisieran prohijarlos, ó darles padre especial y determinado. Esto sucedió, á nuestro entender, con el entremés de *Los Habladores.* Una vez negada la paternidad por Lope de Vega, no faltó quien en 1624 lo reimprimiese en Sevilla con esta portada: «*Entremés famoso de los Habladores, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra.*» Agradó el artificio; elogióse la gracia; encareciése la sutileza, y dióse carta de autenticidad al entremés, para que figurase entre los del autor de *La Cueva de Salamanca.*

No seremos nosotros de los que digan que la composicion que nos ocupa es mala. Al contrario, entendemos que es de muy relevante mérito. Pero esto no obsta para que pongamos en duda que sea de Cervántes. Los motivos son muy llanos. La composicion se publicó ocho años despues de muerto Cervántes, y así como se atribuyó en 1617 (ya habia fallecido el autor de *El Quijote)* á Lope de Vega, pudo haber equivocacion tambien en 1624; pues siendo la composicion una de tantas como corrian entónces sin nombre de autor, influiria más para achacársela á Cervántes la opinion de algun recitante, el criterio equivocado de algun editor, ó el capricho de algun apasionado de nuestro escritor preclaro, que la razon, la lógica ó el pleno convencimiento.

No desdice, á la verdad, la composicion, del artificio y galanura, penetracion y naturalidad con que Cervántes ofrece todos sus tipos; pero téngase en cuenta que entremeses muy notables hay en nuestra literatura que, sin ser de aquel esclarecido autor, tienen un sabor de atractivo que aplace y encanta, y se comprenderá que esa no es razon para llegar al convencimiento que necesitamos.

De un modo ó de otro, el entremés entraña un buen fin moral, cual es el de persuadir que para curar la locuacidad de un charlatan, no hay mejor remedio que otro hablador más abundoso é incansable. Por eso los caractéres que se nos describen en el en-

tremés de *Los Habladores*, son tan deliciosos. Doña Beatriz es una mujer que habla por los codos, como decirse suele: Sarmiento, su esposo, no sabe como concluir con aquella locuacidad; pero afortunadamente topa con un tal Roldan, que aventaja en el charlar á su señora: llévalo á su casa: sofócase Doña Beatriz de verse ante tal enemigo: pónese mala, y desmáyase. Probablemente Doña Beatriz queda curada, por no sufrir en adelante tales contradicciones y disgustos. El entremés está escrito en encantadora y hermosa prosa.

Dos entremeses más, intitulados, uno *La Cárcel de Sevilla*, y otro *Hospital de los Podridos*, se han querido dar en estos últimos años por de Cervántes, presentándose razones, en nuestro humilde entender no concluyentes, aunque sumamente ingeniosas, y que han inclinado el ánimo de algunos literatos á aceptarlos por auténticos. Veneramos nosotros mucho al sabio crítico que tal opinion ha sustentado; pero sentimos no poder adherirnos en este asunto á sus disquisiciones.

Un distinguido escritor sevillano publicó hace algunos años cierto entremés llamado *Los Refranes*, en el que todos los personajes los dicen con tanta prodigalidad, que no parece sino que toda su ciencia, desde que nacieron hasta que hablan, se redujo á aprender proverbios. La detencion, la paciencia y hasta la extremada minuciosidad que se necesita para escribir una obrita de este linaje, nos hace declarar por la parte de negar que sea produccion de nuestro autor. La composicion tiene chiste; los refranes están bien aplicados; pero su exagerado esmero y más que prolijo detenimiento no se avienen por cierto con la facilidad y prontitud con que Cervántes escribia todas sus obras. Además, el entremés no es tampoco para Cervántes un título de gloria. Si lo escribió él verdaderamente, hizo bien en relegarlo al olvido en su coleccion de 1615. La mayor parte de ellos sobrepujan al de *Los Refranes*.

Dos entremeses más, inéditos, (1) y uno publicado (2) sin nombre de autor, se le han querido atribuir recientemente por un literato tan docto como ingenioso, el Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro; pero sin fundadas razones en nuestro sentir, porque despues de haber repasado cuidadosamente las mencionadas composicio-

(1) Entremés de *Los Mirones*. Entremés de *Doña Justina* y *Calahorra*.

(2) Entremés de *Romances*.

nes, no hemos hallado en ellas la gracia, la naturalidad, el chiste y el ingenio que avaloran los auténticos entremeses de Cervántes. La estructura misma de esas producciones, su lenguaje, su estilo, las muchas palabras en ellas empleadas que no las usó jamás Cervántes en sus obras, todo nos persuade y evidencia que ni el entremés de *Los Mirones*, ni el de *Doña Justina y Calahorra*, ni el de *Los Romances* son del autor de *El Quijote.*

Cese, pues, la comezon de encontrar nuevos entremeses de Cervántes en todas las colecciones y códices que parecidas composiciones contienen: que para honra y gloria suya, bastan y áun sobran los que él dejó escritos y publicados en vida, con tanto enaltecimiento suyo como regocijo y beneplácito de los doctos.

CAPÍTULO XXXIX.

Casi al mes en que aparecieron las comedias y entremeses de Cervántes, es decir, en Noviembre de 1615, vió la luz la Segunda parte de su obra maestra, *El Quijote* (1), de la que con toda detencion nos hemos ocupado ya en el capítulo XXIV, á donde remitimos al lector.

---

(1) Siendo esta la produccion de aquel ingenio admirable que más señalada preferencia y veneracion ha conseguido en el concepto general, pensamos desde un principio ofrecer un extensísimo Catálogo de todas las ediciones de ella hechas, ya en España, ya en el extranjero, en el idioma patrio y en extrañas lenguas, con cuantos datos curiosos hubiesen llegado á nuestro conocimiento. Pero hemos desistido de nuestro plan, pues comprendemos que el Catálogo citado, para hacerlo con la perfeccion deseable, habria de ocupar un solo y extenso volúmen; y con mucho más motivo nos apartamos de nuestro primer intento, cuanto que, actualmente, uno de los más doctos y más entusiastas admiradores que Cervántes tiene, D. Leopoldo Rius y Llosellas, dispone y revisa, para estamparlo, el trabajo más completo, exacto y concienzudo que se ha ideado en este asunto, y para el cual él sólo posee abundantisimos y preciosos materiales.

Segun datos ofrecidos por este ilustre cervantista barcelonés en e tomo segundo de la *Crónica de los Cervantistas*, página 131, tiene conocimiento de 448 ediciones de *El Quijote*, siendo probable que pocas más sean las que existan, teniendo en cuenta la diligencia y asiduidad con que ha indagado é indaga el Sr. Rius todo lo referente á ediciones de *El Quijote*, así nacionales como extranjeras. Curiosamente observa el citado cervantista que las 448 ediciones que conoce, constan de 1.310 tomos, y que, calculando, por un razonable término medio, en 1.500 ejemplares la tirada de cada edicion, hallaremos un total de 1,965.000 tomos; «es decir, añade, muy cerca de *dos millones* de volúmenes de *El Ingenioso Hidalgo*, impresos en el espacio de los dos siglos y medio, próximamente, transcurridos desde que Juan de la Cuesta estampó la primera edicion en el año de 1605.»

Para no ofrecer, pues, un Catálogo de ediciones, si bien extensísimo, imperfecto en datos bibliográficos, ó presentar sólo una lista de las más notables, como han hecho Navarrete y Morán, sin responder al objeto que se propusieron, ni dejar satisfechas las aspiraciones de los

Un público tributo de su admiracion rindiólc en esta obra uno de sus verdaderos y leales amigos, el licenciado Marquez Torres, aquel sacerdote tan virtuoso como ilustrado, por cuya benéfica mediacion hubo de obtener Cervántes algunos socorros del arzobispo de Toledo. En la aprobacion que por comision del señor doctor Gutierre de Cetina, vicario general de la villa de Madrid, hizo de la Segunda parte de *El Quijote* aquel dignísimo eclesiástico, se lee el más cumplido elogio de Cervántes y de sus merecimientos literarios.

Regocíjase el alma al oir tal expresion de la rectitud y de la verdad, despues de haber visto siempre á Cervántes hecho el blanco de la maledicencia, de la envidia, de la amistad fingida y de la ingratitud ruin. ¡Qué nobleza, qué amor á la sinceridad, qué corazon tan magnánimo y qué respeto tan profundo y tan cariñoso resplandecen en el escrito de Marquez Torres! Empieza diciendo que no halla en la Segunda parte de *El Quijote* que examinaba «cosa indigna de un cristiano celo, ni que disuene de la decencia debida á buen ejemplo ni virtudes morales;» y elogia su mu-

---

bibliófilos, hemos creido lo más conveniente citar el número de ediciones, que, casi con fijeza, se han publicado hasta ahora en España y sus posesiones, Francia, Inglaterra, Holanda, Italia, Alemania, Rusia, Portugal, Hungría, Dinamarca, Suecia, Grecia y Servia, dejando para un trabajo especial la enumeracion y clasificacion de tantas ediciones y traducciones, y las indispensables detalladas noticias de todas y cada una de ellas, cuando las disquisiciones que se hacen actualmente con tal objeto por distinguidísimos críticos, como el Sr. D. Manuel Cerdá, se hallen terminadas, ó se dé á la estampa el minucioso y acabado estudio del Sr. Rius y Llosellas.

Entrambos escritores, tan beneméritos como modestos, merecen grandes alabanzas de todos los admiradores de Cervántes, pues el primero con su *Catálogo de algunas ediciones de las obras de Miguel de Cervántes*, que viene estampándose en la *Crónica de los Cervantistas*, y el segundo con sus incesantes desvelos para la formacion del *Ensayo de una Bibliografía cervántica*, como él con suma modestia llama á lo que habrá de ser muy perfecto *Estudio*, y que anhelamos ver publicado prestamente, son dos de los literatos que más se afanan por el enaltecimiento y gloria del nombre de Cervántes. Especial mencion debe hacerse tambien del doctísimo Sr. D. Francisco Lopez Fábra, quien con motivo de su patriótica y jamás bien loada empresa de reproducir fielmente por medio de la fototipografía la edicion príncipe de *El Quijote* (Barcelona: 1872), trabajó incansablemente para saber, con aproximada exactitud el número de ediciones que de *El Quijote* se habian hecho en España y en todas las naciones cultas del mundo, desde 1605 hasta la fecha en que hacia sus indagaciones.

cha erudicion, el noble fin del libro, la lisura del lenguaje, las galas del bien decir, la sencillez, llaneza y propiedad de la frase, extendiéndose en juiciosas consideraciones sobre la influencia que ejercen en la reformacion de las costumbres, extirpacion de los vicios y enmienda de los defectos sociales, libros tan gallardamente ideados y tan galanamente escritos como la produccion de Cervántes. Y despues de asentar que las obras de aquel portento de la sabiduría eran acogidas en España, Francia, Italia, Alemania y Flandes con general aplauso y aceptacion, «así por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos,» continuaba diciendo lo siguiente, que, por honrar mucho á Cervántes, vamos á copiar textualmente: «Certifico con verdad (son sus palabras) que en 25 de Febrero deste año de 1615, habiendo ido el ilustrísimo Sr. D. Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos; y tocando acaso en éste que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de Miguel de Cervántes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion que, así en Francia como en los reinos sus confinantes, se tenian sus obras: la *Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, *La Primera Parte* desta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: «PUES Á TAL HOMBRE, ¿NO LE TIENE ESPAÑA MUY RICO Y SUSTENTADO DEL ERARIO PÚBLICO?» Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: «Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

El licenciado Marquez concluye su elegante y sesuda aprobacion de la Segunda parte de *El Quijote* con estas frases, que demuestran más y más sus virtudes y su dignísimo proceder: «Bien

creo, escribe, que está para censura un poco larga; alguno dirá que toca los límites del lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado: además, que en el dia de hoy no se lisonjea á quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que, aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras.»

Cuando el noble elogio de Marquez Torres veia la pública luz á fines de 1615, y la Segunda parte de *El Quijote* era acogida con mayor deleite aún que se habia acogido la Primera, Cervántes hallábase agobiado por la cruel enfermedad de la hidropesía. Pero ni sus males físicos, ni los pesares de su ánimo, ni su avanzada edad, eran parte para separarle del grato cultivo de las letras; al contrario, como que sólo en su trato ameno y sublime encontraba aquel portentoso ingenio alivio en sus penas y descanso en sus padecimientos, entregábase á él con toda la efusion de su alma y con todo el entusiasmo de un corazon juvenil.

En la dedicatoria al conde de Lemos de la Segunda parte de *El Quijote*, con data en Madrid á último de Octubre de 1615, se despedia Cervántes de aquel magnate, ofreciéndole *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, libro que en aquella fecha tenia muy adelantado, y cuya composicion terminaria dentro de cuatro meses, segun sus palabras. Era esta una obra de extenso y complicado argumento, novela donde se relataban minuciosamente los amores de dos personajes principales, llamados Periandro y Auristela, amores, por lo demás, tan rodeados de peripecias, de alternativas de la suerte, de vicisitudes y de acaecimientos tan inesperados y extraños, que forman un tejido de lances sorprendentes y de sucesos maravillosos. Prendado Cervántes de este último hijo de su talento, ya aseguraba en la dedicatoria citada, que *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, habria de ser ó el más malo, ó el mejor libro que en nuestra lengua se hubiere compuesto, entre los de entretenimiento, si bien añade que se arrepentia de haber dicho el más malo, «porque, segun la opinion de sus amigos, habia de llegar al extremo de bondad posible.» Equivocábase Cervántes en tal juicio, y equivocáronse tambien los amigos que tan ilimitados elogios tributaban á aquel nuevo producto de su inteligencia; pues, como pudo verse al poco tiempo cuando se dió á luz, en la invencion no superaba *El Persiles* á sus más renombradas composiciones; como libro de entretenimiento, distaba mucho de las graciosas dotes y bellezas de *El Quijote* y de las *Nove-*

las ejemplares; y cuanto al mérito literario no podia competir en hermosura con sus anteriores obras en prosa.

Tal juicio, cada vez más y más confirmado en la opinion general, es muy exacto y desapasionado. *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, forman un libro plagado de defectos. En cuanto á la inventiva, por demasiada y múltiple, perjudica á la composicion. No procura Cervántes tanto conservar la unidad de accion, y tener en cuenta que los dos personajes principales, los protagonistas, descuellen, como dar nuevas y numerosas muestras de su fecunda imaginacion y de su incomparable universalidad de conocimientos. Sucede, pues, que los infinitos episodios secundarios, las historias más peregrinas y admirables, los sucesos más sorprendentes, las narraciones más trágicas, interrumpen frecuentemente el relato de los amores de Periandro y Auristela, dividiendo la atencion en multitud de pormenores, y perjudicando al natural y conveniente desarrollo de la novela.

Y respecto del mérito literario de la obra, mucho deja que desear, siendo aventurada la aseveracion de varios autores que han sostenido ser ésta la más correcta y acabada produccion literaria de Cervántes. Hay mucho estudio, mucho esmero y hasta afectacion en lo que algunos críticos han llamado perfecciones. Aquella naturalidad, gracia, llaneza y sencillo encanto que hemos elogiado en *La Galatea*, en las *Novelas ejemplares* y *El Quijote*, no brillan tan majestuosa y constantemente en *El Persiles*. Pero á pesar de todo, esta postrera concepcion de Cervántes, al mismo tiempo que patentizaba una vez más la lozanía y fertilidad de aquella superior inteligencia y de aquella imaginacion sin par, realzaba de nuevo á Cervántes como hablista, pues en *El Persiles*, como en todas sus obras, siempre se expresó en aquel lenguaje verdaderamente noble y verdaderamente español de sus gloriosos antepasados, sin mezcla de culteranismo ni de aquellas deplorables fealdades que rebajaron el idioma patrio hasta tornarlo en ininteligible.

En Marzo de 1616 tenia ya concluida esta obra Cervántes, que publicó al año siguiente su esposa D.ª Catalina de Palacios (1). ¡Qué meses tan tristes los últimos de la vida de Cervántes! Cada

(1) Además de *El Persiles*, dejó escritas Cervántes, en todo ó en parte, la Segunda de *La Galatea*, *Las Semanas del Jardin* y *El Bernardo*, en cuyas composiciones se ocupaba en los últimos meses de su vida, segun dijo él mismo en la carta-dedicatoria de su *Persiles* al conde de Lemos. Estas obras se han extraviado desgraciadamente.

vez más abatido por sus padecimientos físicos, tenia que luchar tambien con su deplorable situacion, pues ni aquellas limosnas que recibia del arzobispo de Toledo y del conde de Lemos, bastaban para las más precisas atenciones, ni podian llevar á su ánimo la tranquilidad. Veia acercarse la muerte, sumido en la más completa pobreza, pero con la resignacion de un verdadero sabio.

Críticos modernos (1), más prestos para presentar sinrazones que para proceder con discrecion y censurar con prudencia, han llevado su ligereza hasta el extremo de decir que Cervántes fué el causante de su pobreza, pues, segun ellos, «el Manco de Lepanto fué siempre un maniroto y malgastador, que jamás olvidó sus hábitos de militar y aventurero.»

¡Qué modo más indigno de juzgar al escritor sin segundo! ¡Qué manera de apreciar al más noble y al más infortunado de los hombres! ¿Con qué pretexto, ni conveniencia, ni derecho, ni justicia, se falta así á la verdad, se denigra á la resignacion, se degrada á la honradez, se abate á la virtud, y se ultrajan los más excelsos merecimientos? ¿No bastaba que la envidia, la perfidia, la obcecacion, la maldad, la amistad fingida, la ingratitud, la osadía, el espíritu vengativo, la ruindad, la calumnia y todo ese cortejo de innumerables mezquinas pasiones que le conturbaron y asediaron en vida, acibarando los dias de su existencia, hubiesen aguzado sus armas para desprestigiarle, y anonadarle, y confundirle? Áun despues de la incomprensible injusticia de Lope de Vega, de la sátira rastrera de Góngora, de la pérfida intencion de Avellaneda, de los bajos sarcasmos de Suarez de Figueroa, del odio satánico de Blanco de Paz, de las imprudencias manifiestas de Villegas, Gracian, Valdelomar y Espinel, de las profanaciones imperdonables de Zavaleta, de Sanchez, y de Aguado; áun despues de todas esas persecuciones suscitadas contra Cervántes, y contra su nombre y su honra, y su dignidad y modestia, más bien por pequeñeces y miserias que por causas, no ya razonadas, pero ni siquiera atendibles, y confundidas ya hoy por la buena fe y la rectitud, ¿todavía críticos infatuados é injustos han de profanar la memoria de aquel hombre, sus méritos literarios, y hasta sus virtudes de ciudadano?

Explicable podrá ser lo primero; pero en modo alguno lo segundo. Quien tenga mal gusto literario podrá censurar sus obras;

(1) Don Pedro Salvá, entre otros.

mas quien no proceda irreflexivamente, mal podrá criticar á Cervántes, ni como jefe de familia, ni como ciudadano.

Dícese que Cervántes se quejaba sin razon de los desdenes de sus coetáneos, y que era pobre, porque así queria; pues las muchas ediciones de sus obras demuestran que podia contar con suficientes recursos para vivir. ¡Falso! Cervántes siempre fué desventurado: Cervántes no llegó jamás en vida á obtener el premio de sus inimitables trabajos. ¿Qué importaba que de *El Quijote* se hiciesen cuatro ediciones en el primer año, y de *Las Novelas ejemplares* nueve ó diez desde 1613 á 1616, si esa propagacion de sus escritos, le dejaba sumido en la misma indigencia de siempre, y sólo le reportaba crédito entre las personas más instruidas y ménos apasionadas? No era malgastador, nó, ni maniroto, ni disoluto, ni vicioso, el hombre que, rodeado de una numerosa familia, incesantemente trabajaba, hasta en ocupaciones indignas de su talento, para ayudarla y sostenerla. ¡Era desgraciado, era perseguido, era vejado! ¡Esto es todo!

Lo mismo en la impresion de entrambas partes de *El Quijote*, que en sus *Novelas*, que en sus *Comedias y Entremeses*, que en su *Viaje del Parnaso*, Cervántes tuvo que luchar con el egoismo de sus editores. Éstos se convinieron con él, y unas veces más, otras ménos razonablemente, le compraron sus trabajos, haciéndose señores y dueños únicos y absolutos de ellos. Todas sus obras las vendió por cantidades exiguas y áun pequeñísimas, por más que á algunos parezca esto increible.

No es argumento atendible, pues, ni serio el decir que Cervántes se quejó sin razon de sus contemporáneos, pues que se repitieron las ediciones de sus obras. Él no se quejaba del público, que leia constantemente sus libros, que los apreciaba, los encarecia y les daba señalada preferencia; lamentábase, sí, y con muchísimo fundamento, de la mezquindad de sus editores, de los que se prevalian de su pobreza para comerciar con su talento, de los que le herian cruelísimamente despreciando sus escritos, y de los raquíticos disfamadores de su integridad y honradez, y natural independiente y austero.

Cierto que sus obras eran reproducidas en España, traducidas ó reimpresas en el extranjero, admiradas por los verdaderos sabios, y enaltecidas por las personas de buen juicio; mas, ¿de esto se deduce que Cervántes debia ser rico, ni que habia ganado una gran fortuna con su pluma, y habiala derrochado, ni que sus la-

mentos de pobreza y desamparo eran producidos por su conducta irreflexiva y licenciosa?...

Ah! eso no; eso no es posible; y todo lo que se diga sobre esto para rebajar á Cervántes, es aventurado é inconveniente. Las obras de Cervántes brindaron y brindan con cuantiosas sumas á los editores nacionales y extranjeros; pero eso no puede negar que el eminente escritor murió en la situacion más triste y precaria (1).

Aquellas dignísimas y enérgicas frases del caballero francés, prendado del talento de Cervántes, á quien Marquez Torres decia que el más grande escritor de España vivia en la indigencia, y replicaba el extranjero, entre enojado y suspenso:—Pues á tal hombre ¿no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?—son el más severo anatema que puede lanzarse contra los egoismos de sus contemporáneos, y la voz de la verdad que desde entónces habia de escucharse, para, muertas las pasiones y las injusticias de sus coetáneos, coadyuvar á la glorificacion de su nombre y al enaltecimiento de su memoria.

Tal vida de pobreza, de resignacion y de miseria vivia Cervántes en sus postreros meses. Como si sólo en la religion y en el cultivo de las letras hallase refrigerio en sus infortunios y adversidades, se habia dedicado con especial entusiasmo á la composicion de sus obras y á las prácticas de piedad y devocion, ya como hermano de los esclavos del Santísimo, ya profesando en su misma casa, por estar enfermo (2 de Abril de 1616) en la Venerable órden tercera de San Francisco, en la que estaba inscrito desde 1613 en Alcalá de Henares.

A los pocos dias de su profesion, créese que marchó Cervántes á Esquivias, segun indican las palabras del prólogo que escribió para su *Persiles y Segismunda;* pero nosotros sospechamos que el referido proemio es sólo una ingeniosa ficcion como el de *El Quijote*, ideados uno y otro por Cervántes para desahogar su corazon ante el público y patentizar la gran injusticia de sus contemporáneos. Por eso, si en el prólogo de *El Quijote* anuncia, por boca de un su amigo, que aquella obra habria de ser una de las más seductoras y bellas de todas las de inventiva y enseñanza, en el que compuso para su *Persiles y Segismunda* introduce á aquel discreto estudiante, que, no bien oye el nombre de Cervántes, cuando se

(1) Unos 2.000 ducados calculamos nosotros que percibiria Cervántes por el derecho de propiedad de todas sus obras. ¡Y dice D. Pedro Salvá que Cervántes fué pobre por ser maniroto y malgastador!

apresura á bajar de su cabalgadura, abraza á Cervántes, llámale «el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y el regocijo de las musas,» y muéstrase su mayor admirador y entusiasta. Propúsose, sin duda, Cervántes en este bellísimo prólogo censurar delicada y encubiertamente el desden y la injusticia con que era tratado por sus más doctos contemporáneos, y por eso presenta la ingeniosa contraposicion de que sencillos estudiantes, que sólo le conocian por la lectura de sus obras, se honraban con verle y admirarle, en tanto que potentados que pasaban por muy eruditos, autores que se conceptuaban muy sabios, y poetas de muchísimo ingenio, y que por lo mismo podian mejor comprender sus indisputables merecimientos, y respetar ó recompensar su talento, eran precisamente los que le miraban con indiferencia, le trataban con despego ó le injuriaban y zaherian hasta en los postreros momentos de su vida.

En ellos conservó, sin embargo, Cervántes toda la integridad de sus facultades mentales, y toda la claridad y energía de su inteligencia, como nos lo demuestran ese mismo prólogo del *Persiles*, escrito una semana ántes de morir, y donde finge el viaje á Esquivias y su encuentro con un estudiante á su retorno á Madrid, y, sobre todo, la dedicatoria que hizo de aquel libro, que no habria él de ver publicado, á D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos.

Ya en el prólogo referido exclamaba Cervántes al concluir, penetrado de lo cercano de su fallecimiento, y con cierta amargura desgarradora, ocasionada por sus muchísimas penalidades: «¡Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!» ¡Exclamaciones sublimes, que arrancan lágrimas al corazon y dejan llena de sinsabores el alma! Su enfermedad fué empeorando por momentos. El dia 18 de Abril se encontró tan grave, que hubo necesidad de administrarle la extremauncion. Su entereza de ánimo era, no obstante, superior á todo, y al dia siguiente, 19, escribió aquella carta ó dedicatoria al conde de Lemos, de que ántes hemos hablado; (1) composicion admirable, llena de pensa-

(1) Aunque muy conocida esta carta, la reproducimos por su originalidad y hermosura de sus pensamientos. Dice así: «Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo,* quisiera no vinieran tan á pelo en esta

mientos sublimes, elocuente por extremo, y en que pagaba con un premio inmortal y un agradecimiento eterno las mezquinas dádivas del orgulloso magnate que era el principal causante de que Cervántes muriese en tal y tan mísera situacion; pues, como oportunamente dijimos, si á su debido tiempo le hubiese otorgado su proteccion el conde de Lemos y virey de Nápoles, dias de felicidad y de bienandanza hubieran sido para él los últimos de su conturbada existencia.

Al llegar á este punto de la *Vida de Cervántes*, quisiéramos estar animados de su misma magnificencia en el hablar y de idéntica gallardía y perfeccion en el describir. ¿Qué pluma comparable á la suya para referir este momento supremo, en que la muerte iba á poner término á todas sus desventuras, y en que habia de empezar á vivir la vida gloriosa de la posteridad?

¿Cómo podriamos ofrecer con toda certeza, aunque hiciésemos esfuerzos inauditos por efectuarlo, sus últimos instantes, sus sublimes conceptos, sus consejos admirables, las máximas que brotarian de sus labios, las palabras de consuelo á su familia, sus cariñosas y entrañables miradas á su hija, esposa y deudos? ¿Ni

---

mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la extremauncion, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve; las ansias crecen; las esperanzas menguan; y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés á vuestra excelencia; que podria ser fuese tanto el contento de ver á vuestra excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los Cielos, y por lo ménos sepa vuestra excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar áun más allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra excelencia; regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de vuestra excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardin* y del famoso *Bernardo:* si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria ventura, sino milagro, me diese el Cielo la vida, las verá, y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra excelencia como puede. De Madrid á 19 de Abril de 1616 años.

Criado de vuestra excelencia, MIGUEL DE CERVÁNTES.

cómo expresar bastante elocuentemente, en forma ni modo alguno, las angustias de su espíritu, las torturas de su corazon, y los innumerables tristísimos pensamientos que por su mente vagarian en aquel decisivo trance? ¿Ni quién seria capaz de narrar perfectamente su mansedumbre, su entereza de ánimo, su terneza, su magnanimidad y resignacion?

Dechado de virtudes Cervántes, agobiado por la maldad de los hombres, sumido en cruelísima pobreza, postrado en vivienda miserable (1), desamparado de todas las consideraciones del mundo, despreciado por los magnates, hecho el blanco de la envidia y de la perversidad, sólo se hallaba fortalecido en el supremo instante de su agonía por las cariñosas miradas de su esposa y de su hija, y por los solícitos desvelos de algunos deudos, y de sus hermanos en religion los terceros de San Francisco y los esclavos del Santísimo. Tranquila la conciencia, con la sonrisa del justo, pronunciando palabras de perdon para sus enemigos, de gratitud para los que le habian proporcionado el más insignificante bien, y de consuelo para los séres queridos que le rodeaban, puesta su esperanza en la misericordia de Dios, que únicamente podia premiar sus virtudes, y en el recto juicio de la posteridad, que solamente podia justipreciar su talento, Cervántes dió su espíritu cuatro dias despues de habérsele administrado la extremauncion, ó sea el 23 de Abril de 1616, á los 69 años de edad.

Varon verdaderamente grande, y á quien con ningunos elogios se podria loar lo bastante. Su vida entera fué insigne testimonio y clarísimo espejo de heroicidad, de talento, de nobleza y de resignacion. Desde su niñez dió señales aventajadas de su penetracion y suficiencia. La juventud ejercitó en acciones altas y hazañas memorables. Ni los trabajos crueles del cautiverio amilanaron su espíritu, ni fueron parte para que dejase de acometer proezas maravillosas. Contra todos los obstáculos suscitados por la maldad, supo luchar con entereza. La verdad fué su enseña; la rectitud, su guía; la magnanimidad, su consejera; la elevacion de pensamientos, la norma de todos sus actos. La perfidia y la falsedad, el engaño y el vicio, hallaron en él sus perseguidores más severos. Las virtudes más excelsas le sublimaron sobre los grandiosos méritos de su talento. Brillaron en él, como cualidades inseparables, la fidelidad, la exactitud, la sinceridad y un proceder íntegro y sano

(1) Calle del Leon esquina á la de Francos, Madrid.

en todo. Detestó siempre la ostentacion y fausto, amó la llaneza, y practicó la sencillez. No conoció la envidia, ni ninguna de esas pasiones nefandas que engendran en los ánimos la presuncion y la soberbia. Sólo la noble emulacion del renombre y el deseo de gloria le alentaron toda su vida. La lisonja, la mentira y la vil adulacion nunca se albergaron en sus labios. Constantemente lució en ellos la verdad, áun en los mismos momentos en que su vida peligraba. Ántes que todo su dignidad, su pundonor, su rectitud de sentimientos. Demostró con los envidiosos benignidad; con sus detractores, mansedumbre; humildad con los presuntuosos; con los enemigos, generosidad; con cuantos le suplicaban, amor y desinterés. Ni los celajes de los remordimientos, ni las nubes y sombras de los delitos empañaron jamás el cielo de su conciencia. Diáfano y puro se vió siempre. Contra las perversidades del mundo no peleó sino con las armas de su propio valer y merecimientos. A la calumnia opuso la limpieza de su conducta; á las maquinaciones del mal, la resignacion; á la amistad fingida, lo digno de su proceder; á la inmoderada locuacidad, su circunspeccion prudente; á la vileza y á la abyeccion, su alteza de ánimo y su magnificencia de ideas. Enseñó con la palabra y el ejemplo, esparciendo en los libros la semilla del bien, y derramando su sangre por defender la causa de la justicia, siendo así de dos modos beneficioso para la patria. La dulzura de sus máximas compitió con la severidad de sus principios y con lo intachable de sus actos. Su familia encontró en él un dechado de buen hijo, buen esposo y buen padre; sus amigos, un modelo de constancia y de lealtad; sus bienhechores, un ejemplo de agradecidos; España, un talento que perennemente la enalteciera; el mundo todo, una gloria singularísima suya por su ingenio y sabiduría. Murió en la oscuridad, la pobreza y el olvido; mas su nombre y sus obras serán eternamente famosos en la memoria de los pueblos. (1)

(1) Cervántes, en sus últimas disposiciones, nombró por testamentarios á su esposa y al licenciado Francisco Mines, que vivia en la misma casa donde aquel murió. Ordenó tambien que le enterraran en el convento de Monjas trinitarias, fundado en la calle de Cantarranas poco tiempo ántes por varias piadosas personas. Allí fué sepultado, segun su voluntad, siendo su entierro tan pobre como era de esperar del desamparo en que falleció y de la costumbre que tenian los hermanos terceros de San Francisco de dar sepultura humildemente á los profesos en la órden. Llevároule á enterrar con la cara descubierta, como á tercero que era, como dice Francisco de Urbina en su poesía inserta en

CAPÍTULO XL.

Más de cien años pasaron despues de muerto Cervántes, sin que siquiera un escritor español se hubiese acordado de extender su biografía. Y sin embargo, sus obras circulaban por todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo, traducianse, elogiában-

---

El Persiles. Háse dicho, y es generalmente creido, que Cervántes determinó le enterraran en el convento de Monjas trinitarias, por haber profesado en aquel venerando asilo su hija natural D.ª Isabel de Saavedra, y áun la madre de ésta, no faltando algun escritor que haya contado anécdotas curiosas sobre el particular; pero lo cierto es que ningun dato atendible hay sobre estas caprichosas conjeturas, que se han querido dar por aseveraciones fundadas; siendo muy posible, puesto que nada en contrario consta, que D.ª Isabel no entró monja, al ménos en vida de su padre, y jamás en aquel convento.

La causa que pudo mover á Cervántes para ordenar que le enterrasen en él, seria indudablemente por haber sido fundado por trinitarias. Era este nombre tan grato á su corazon, que hasta más allá de la muerte quiso demostrarlo señaladísimamente. ¿Qué cosa más tierna, más encantadora, más sublime que morir disponiendo que le diesen sepultura en un asilo sagrado, cuyo nombre recordaba el mayor bien que en su vida habia recibido, puesto que sólo á los trinitarios debió el goce de su libertad y la finalizacion de sus desventuras de cautiverio?

¿No es esto más aceptable, más lógico y natural que esotras conjeturas ó aseveraciones irreflexivas?

Doscientos cincuenta y cuatro años pasaron sin que se pusiese en aquel edificio una pobre señal por donde se recordase que allí yacian los restos del más loado autor de España; hasta que el Excmo. señor marqués de Molins, Director de la Real Academia Española, al estampar en 1870 su notable estudio acerca de *La sepultura de Cervántes*, consiguió que el referido Cuerpo literario costease una hermosa lápida que se colocó en la fachada del citado edificio, en la que se hace constar que por su última voluntad yace Miguel de Cervántes en aquel convento de la órden Trinitaria, á la cual debió principalmente su rescate.

se y proponianse como modelos de elegancia, hermosura, chiste, belleza y atractivo. La apatía estaba en los españoles mismos, por más que esto sea doloroso el confesarlo. En el extranjero se apreció más que en España á Cervántes en toda su vida y en todo el tiempo que medió desde su muerte hasta que se dió á la estampa su primer biografía. Recuérdese lo que los franceses que visitaron al obispo Sandoval y Rojas decian, condoliéndose de la iniquidad de sus contemporáneos para con Cervántes. Recuérdese que César Oudin enseñaba en Francia el castellano en el texto de *La Galatea.* Recuérdese, en fin, que en los 122 años que transcurrieron desde 1616 hasta 1738, nadie se acordó de escribir su *Vida* ni de indagar documentos y noticias de su existencia, hasta que un inglés, lord Carteret, suplicó al erudito Don Gerónimo Mayans que desempeñase tal tarea.

Ofensivo es para nuestro patriotismo tener que hacer semejantes confesiones. El señor D. José M.ª Asensio, en un curioso opúsculo, recientemente publicado (1), trata de desvirtuar lo que ántes decimos, y se duele de que los que han escrito despues de Don Martin Fernandez de Navarrete se hayan adherido al parecer emitido por este autor, de que los extranjeros, más bien que los naturales, supieron apreciar el singular mérito de *El Quijote.* Pero debió considerar el señor Asensio que la verdad siempre es verdad, y que la verdad está ántes que todas las conveniencias, los patriotismos y los sofismas.

Que *El Quijote* tuviera muchos lectores en España, y que sus ediciones se hubieran multiplicado, particularmente en los cincuenta años posteriores á la muerte de su autor, nada tiene de extraño, si se considera que era un libro de entretenimiento, grato, deleitoso, lleno de lances graciosos, de escenas encantadoras y de lenguaje y estilo tan llanos como hermosos y castizos; mas esto no obsta para que el autor de *El Quijote* fuera desdeñado y despreciado y tenido en poco por las personas que podian y debian haber escrito su biografía, estimado sus nobles acciones, honrado sus virtudes, y encarecido sus merecimientos.

Esto no sucedió; al contrario, áun algunos años despues de escribir la primera *Vida de Cervántes*, Mayans, á excitacion y mediante súplicas de un extranjero, todavía habia osados escritores

(1) Los continuadores de *El Ingenioso Hidalgo. La obra de un Avellaneda desconocido.* Por D. José M.ª Asensio. Madrid: 1873.

que vulneraban á nuestro autor y pretendian amenguar su honor y crédito literarios, como hizo descaradamente en 1750 D. Juan de Erauso y Zabaleta, y otros Zoilos de aquellos tiempos. De poco servia, pues, que algunos de sus amigos hubiesen elogiado á Cervántes en sus obras y hubiesen estampado en las aprobaciones juicios favorabilísimos: de poco tambien que algunos editores le hubiesen dedicado algunas frases encomiásticas en las sucesivas ediciones de *El Quijote.* Ni esto respondia á lo que su preclara memoria y nombre demandaban, ni aquellas contadísimas voces de la verdad y de la rectitud eran parte para acallar el constante clamoreo y el disfamar horrible de sus enemigos y desafectos.

Cuando Mayans escribió su *Vida de Cervántes* en 1738, y cuando dicha biografía se estampó en la edicion de Lóndres, cuidadosamente hecha por lord Carteret, edicion de verdadera importancia, y la mejor de todas las hasta entónces estampadas, así en España como en el extranjero, fué cuando por vez primera se honró el nombre de Cervántes como se debia, se despertó grandísimo entusiasmo, se tributó digno homenaje á su talento, y se empezó á enaltecer su memoria como sus merecimientos exigian. Entónces comenzaron las indagaciones de Sarmiento, de Iriarte, de Pingarron, de Rios, de Cano, y de Pellicer.

Más tarde, la Real Academia, el primer Cuerpo literario de la nacion, el depositario (si así puede decirse despues de los desengaños sufridos), del habla, erudicion y letras castellanas, sacudió su somnolencia; comprendió que no tenia excusa ante la patria, cuando desde el primer momento de fundarse no habia emprendido la tarea de publicar una magnífica edicion de la obra maestra de la lengua castellana, puesto que uno de sus designios era el de fijar y purificar el idioma; hubo de ver con sonrojo que en tan elevada y noble tarea se le habia adelantado un ilustrado extranjero; y quiso, casi medio siglo despues, hacer algo para venerar la memoria de Cervántes, publicando la fastuosa é imperfectísima edicion de 1780, ya que hasta entónces habia estado sumergida en reprensible y perjudicial apatía. *La Vida de Cervántes* escrita por D. Vicente de los Rios para esta edicion, contiene datos mucho más interesantes que la de Mayans; pero adolece de no pocos defectos, especialmente en cuanto á una sensata crítica de sus obras, por más que tal trabajo esté adornado con hermosas galas de buen gusto en el lenguaje y en el estilo.

Contemporáneo suyo fué Pellicer, literato en quien resplan-

decia una gran erudicion, pero en quien se notaba muy desmazalado estilo y mal gusto: por eso, su *Vida de Cervántes*, si bien es muy estimable en cuanto á datos y noticias, es poco apreciada como trabajo exclusivamente literario.

A todos los anteriores biógrafos superó D. Martin Fernandez Navarrete, quien en 1819 publicó una extensísima *Vida de Cervántes* con la nueva edicion de *El Quijote* que entónces hizo la Real Academia. El trabajo de aquel sabio literato, aunque imperfecto en la actualidad, será siempre apreciadísimo por su castizo lenguaje, elegante estilo y adecuada division, y, sobre todo, por los innumerables y notabilísimos documentos inéditos que sobre Cervántes inserta, y que, mediantes la asiduidad y desvelos de aquel cervantista benemérito, fueron descubiertos en los Archivos nacionales.

El Sr. D. Diego Clemencin, trabajaba, algunos años despues que el Sr. Navarrete, sus muy eruditas, aunque demasiado severas notas para la esmerada edicion que hizo de *El Quijote;* edicion que empezó á ver la luz pública en 1833, y que es bastante apreciada por los cervantistas, á pesar de sus defectos. Táchasele, y no sin razon, de haberse convertido en exagerado censor de Cervántes, escribiendo muchas veces guiado por una rigorosidad que no asienta bien, tratándose del primer autor patrio.

Un acontecimiento notable ocurrió aquel mismo año. Por ruinosa, derribaban la casa en que vivió Cervántes y donde exhaló su postrer suspiro. Sentian á par de muerte los eruditos y las personas ilustradas aquella demolicion. Ibase á destruir aquella casa, que sólo debiera haberse reparado, para que conservara el aire y traza que tenia en los tiempos que la habitó Cervántes. Heraldo del descontento de los doctos fué en aquella ocasion el elegante, el insigne, el sabio autor de *Las Escenas Matritenses*, Don Ramon de Mesonero Romanos. En precioso escrito inserto en *La Revista Española*, se lamentaba del derribo. El mismo señor Mesoneros, que tanta actividad y patriotismo demostró entónces, nos cuenta con su natural gracia y sencillez el resultado de sus querellas. Dícenos que, habiendo caido el escrito en manos de Fernando VII, le afectó tan hondamente, que en la misma noche del 23 de Abril, llamó al ilustrado comisario de Cruzada D. Manuel Fernandez Varela, ordenándole que por todos los medios posibles ocurriese á evitar aquel derribo, y procurase conservar la veneranda mansion del Príncipe de los ingenios españoles. Con efecto, el

señor Varela, poniéndose de acuerdo con el ministro de Fomento y con el corregidor de Madrid, hizo que éste llamase al dueño de la casa en cuestion, quien se negó rotundamente á la cesion que le propusieron de dicha casa al Estado, haciendo valer su derecho de propiedad, su deseo de reconstruir la finca, y su gusto en conservarla. (1)

Fernando VII, ante la terminante negativa del dueño de la finca, expidió una Real órden, que, por su originalidad é importancia, vamos á reproducir íntegra. Dice así:

«Real órden. -Ministerio de Fomento general del Reino.—Cuando llegó á noticia del Rey nuestro señor que se estaba demoliendo, por hallarse ruinosa, la casa número 20 de la calle de Francos de esta córte, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de Cervántes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su patria, se sirvió S. M. prevenirme que, por medio de V. S., se hicieran proposiciones al dueño de ella para que, adquiriéndola el Gobierno, se reedificase y destinase á algun establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia á enajenarla, y queriendo S. M. por una parte, *que sea respetada la propiedad particular*, y por otra, que quede al ménos en dicha casa (2), ó á la vista del público, *un recuerdo per-*

(1) Hé aquí las textuales palabras de Mesonero Romanos: «El señor Varela, en efecto, poniéndose de acuerdo con el ministro de Fomento y con el corregidor de Madrid, hizo que éste llamase al dueño de la casa en cuestion (que era, si mal no recordamos, un honrado almacenista de carbon, llamado Don N. Franco), el cual se negó resueltamente á la cesion que le propusieron de dicha casa al Estado, porque convenia á sus intereses reconstruirla de planta, y porque (segun repetia con mucha gracia el corregidor Barrafon) tambien él tenia mucho gusto en poseerla, porque sabia «que en ella habia vivido el famoso *Don Quijote de la Mancha*, de quien era muy apasionado.»

(2) El señor Mesonero Romanos da estos curiosos pormenores:

«La casa derribada en 1833, no constaba más que de piso bajo, principal y un segundo abuhardillado; y en la *visita general de aposento* y numeracion practicada á mediados del siglo anterior, tiene la nota siguiente:

—«Pertenece á D. Mariano Perez de Laherrán; fué de herederos de »Gabriel Muñoz, que la privilegió (de aposento) en 3.000 maravedís en »14 de Febrero de 1615 (viviendo en ella Cervántes); tiene la fachada á »la calle de Francos 59 pies y 3 octavos, y á la de Leon (á que hace es»quina) 45, y en total 2.988.»—

Posteriormente se reunió á esta casa la del número 21 (viejo), que perteneció al mismo Laherrán.»

manente de haber sido morada de aquel gran hombre, ha tenido por conveniente resolver que, en la fachada de la referida casa, y en el paraje que parezca más á propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervántes, de que está encargado D. Estéban de Agreda, director de la Real Academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras de bronce. El comisario general de Cruzada, viceprotector de la misma Academia, D. Manuel Fernandez Varela, animado de su celo por el fomento de las artes y por las glorias de su patria, se ha apresurado á proponer á S. M. que, de los fondos que se hallan bajo su direccion, y de la parte de ellos que está destinada á auxiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á efecto este pensamiento; lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de Real órden lo comunico á V. S. para que tenga su debido cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el expresado comisario general viceprotector de la Academia, á quien lo traslado con esta fecha, y con el dueño de la casa, que ha dado para ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid, 4 de Mayo de 1833.—*Sr. D. Domingo María Barrafon*, corregidor de esta villa.»

No vió Fernando VII colocada la lápida, pues ésta no se puso en la fachada del edificio hasta el 23 de Junio de 1834, fecha en que habia ya fallecido aquel rey. El recuerdo se compone de un medallon de mármol de Carrara, que representa una imágen de Cervántes, naturalmente falsa, en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos y militares, y debajo una lápida de mármol de Granada que, en letras de oro, dice:

AQUÍ VIVIÓ Y MURIÓ
MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA,
CUYO INGENIO ADMIRA EL MUNDO.
FALLECIÓ EN MDCXVI.

Más tarde se varió el nombre de la calle de Francos por el de *Cervántes*, que conserva; aunque el docto Mesonero Romanos opina que el referido nombre debiera haberse puesto más bien á la de Leon que á la de Francos; parecer muy atinado, pues verdaderamente la entrada de la casa estaba en tiempo de Cervántes por la del Leon; y prueba de ello que en su partida de defuncion se dice terminantemente: «calle del Leon recibió los Santos Sacramentos de mano del licenciado Francisco Lopez.»

Aquel mismo año se publicó en Barcelona un bellísimo y muy erudito libro del sabio D. Joaquin Bastús, intitulado *Nuevas anotaciones al ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha de Miguel de Cervántes Saavedra;* trabajo sumamente apreciado de los cervantistas y merecedor de eterna alabanza.

Al año siguiente, esto es, en 1835, presenciaron los madrileños un fausto acontecimiento: la ereccion de una estatua del Príncipe de los ingenios en la antigua plaza de Santa Catalina, hoy plaza de las Córtes. Tambien se inició y se llevó á efecto este proyecto por el amor á Cervántes que tenia, ó aparentaba tener, Fernando VII. Él fué quien encargó á su escultor de cámara Don Antonio Solá que esculpiese la estatua de Cervántes con destino á una de las plazas de Madrid. Verificólo dicho Solá en Roma, y fundido luego el modelo por los insignes artistas prusianos Luis Follage y Guillermo Hopsgasten, fué conducida á Madrid la estatua, quedando colocada en el mes de Julio de 1836. Diversos pareceres se han emitido sobre el mérito de este trabajo, y no está de acuerdo la crítica, ni podrá estarlo, creemos, sobre su traza y perfeccion. Entendemos que la estatua de Cervántes no es digna del gran autor á quien representa, y que debiera erigírsele más digno y más grande monumento.

El proyecto de levantar estatua á Cervántes no fué, por lo demás, idea original de Fernando VII. Cuando la invasion francesa en 1808, y cuando Napoleon el Grande quiso imponernos neciamente su predominio y su tiránica dominacion, ya se pensó en esto por el intruso rey José Bonaparte. Documentos descubiertos recientemente en el Escorial por el ilustrado cervantista señor Don Vicente Barrantes lo persuaden así.

Dos proyectos tenia José Bonaparte y sus consejeros sobre el particular. Era el uno levantar á Cervántes estatua en Madrid en el sitio que ocupaba la casa en que murió; era el otro, que el monumento se alzase en Alcalá de Henares, delante de la parroquia de Santa María, donde fué bautizado el autor del *Ingenioso Manchego.* Haciase notar en el decreto para realizar el primer proyecto, que el artista que mejor modelo presentase, quedaria encargado de la ejecucion, y que el Cuerpo académico, á cuyo cargo estuviese cuidar de los adelantos de la literatura y lengua españolas, procuraria la conservacion del referido monumento. Determinábase en el decreto extendido para llevar á efecto el segundo proyecto, lo siguiente: que en la plaza del mercado de Al-

calá de Henares, se erigiria una estatua á Miguel de Cervántes Saavedra; que todas las ciudades de España contribuirian para costear este monumento; que la ciudad de Alcalá, como patria de Cervántes, seria exenta de contribucion; y que el artista que presentase el mejor modelo, quedaria encargado de la ejecucion de la obra.

Bien es verdad que ántes que José Bonaparte, un español celosísimo de la gloria de nuestro preclaro autor, D. Vicente de los Rios, habia indicado y encarecido la obligacion en que España se hallaba de levantar estatua al sabio creador de tantas obras imperecederas: con todo, en uno de los proyectos que varios españoles idearon con la anuencia ó bajo la direccion de aquel rey ilegítimo, cuya dominacion no se cuenta como tal en España, hay una cosa que le da señalado atractivo de originalidad, cual es la de que el monumento habia de erigirse precisamente en Alcalá de Henares, siendo costeado por suscricion nacional, contribuyendo todos los pueblos españoles con sus donativos, ménos el mismo donde Cervántes nació y donde el monumento habria de levantarse.

Áun tributando todo el homenaje de nuestra más profunda veneracion á cuantas personas de todas gerarquías y clases sociales coadyuvaron á que se erigiese en 1835 la estatua que existe en Madrid, queriendo representar á Cervántes, todavía no podemos por ménos de lamentar que tal obra patriótica no se hubiese realizado en Alcalá de Henares, donde más oportuno y más grandioso seria el recuerdo.

Los hijos de Alcalá de Henares incansablemente trabajan por conseguir esto último, y al efecto, el Ayuntamiento de aquella insigne ciudad, en sus distintas fases y dominaciones, procura responder siempre á la aspiracion de sus administrados.

Escribiéndonos el año de 1872 el entónces alcalde de Alcalá de Henares, señor D. Silverio García, decianos que aquel ilustre Ayuntamiento habia intentado en diversas ocasiones erigirle una estatua ó monumento en el centro del paseo que lleva su nombre, y está situado precisamente en la plaza misma donde existe la parroquia de Santa María la Mayor, en que aquel esclarecido varon fué bautizado; y que, habiendo llegado á su noticia extraoficialmente que se pensaba retirar la estatua de bronce que existe colocada en Madrid, frente al Palacio del Congreso, gestionaria todo lo posible para conseguirla y colocarla en el lugar designado; propósito que no ha podido realizarse por no haber salido

cierto lo de trasladar ó retirar la estatua de Cervántes que existe en Madrid, aunque bien poco digna es ésta para representar al mayor escritor de España en la capital de la Monarquía.

Hace algunos meses nos escribia tambien sobre el particular un buen amigo de Alcalá de Henares, con motivo del reciente proyecto de erigir un modesto monumento á Cervántes en dicha ciudad, cuya suscricion se ha abierto por iniciativa del señor Don José María Casenave, habiendo hecho un inmenso bien con su propaganda y cooperacion el ilustre y popular literato D. Cárlos Frontaura. (1) Decianos el amigo de Alcalá lo siguiente, que con

---

(1) Al determinar, hace varios meses, el Sr. Casenave abrir una suscricion con el objeto de erigir a Cervántes un modesto monumento en el solar que ocupa la casa en que este gran ingenio nació en Alcalá de Henares, se ha hecho digno de los aplausos de todos los admiradores del autor de *El Quijote.*

Hasta ahora, sin embargo, el resultado de la suscricion ha sido muy exiguo en general; si bien el benemérito cervantista Sr. Frontaura, y quien estas líneas escribe, han obtenido muy buen resultado con su propaganda en Madrid y Cádiz.

Si á los esfuerzos del Sr. Casenave, y á la propaganda hecha por el Sr. Frontaura y por el autor de esta *Vida de Cervántes*, hubiesen cooperado otros cervantistas en todas las provincias de España, de seguro que la suscricion subiria ya á una cifra considerable.

Creemos, por tanto, que para el mejor y más pronto éxito de la propaganda, debiera designarse, por los dignos individuos que en Madrid abrieron la suscricion, una persona en cada capital de provincia que trabajase todo lo posible en la suya respectiva, para coadyuvar entusiastamente al pensamiento. Aquí todo ha de ser trabajo, actividad, decision, deseo de conseguir un elevado propósito. Seria muy de esperar, si se pusiese en práctica lo que insinuamos, que por lo ménos cada provincia podria contribuir con 2.000 rs.: resultado, que se recaudarian más de 100.000 rs., cantidad respetable para llevará cabo tal vez el proyecto, lográndose que se efectuara por verdadera suscricion nacional.

La realizacion de tal idea no es obra de un momento, lo sabemos. Por eso mismo, aconsejamos que no se desista de ella, por más que haya que luchar con infinitos inconvenientes. Años y años se necesitan para efectuarla en España; pero en eso ha de estribar precisamente la mayor gloria de los individuos que han iniciado la suscricion: en la constancia.

Dándole nuevo impulso á la propaganda del modo que indicamos, y recurriendo al mismo tiempo á S. M. el Rey, al Gobierno, á las Córtes, á las Universidades, á las Diputaciones y Ayuntamientos todos de España, la cantidad que se recaudase seria tan considerable, que bien podria erigirse á Cervántes en Alcalá, no ya el modesto monumento que se proyecta, sino uno magnífico y majestuoso, digno de su nombre y de la patria.

sumo gusto estampamos: «Ya sabe V. que se ha iniciado una suscricion para erigir un modesto monumento á Cervántes en esta ciudad. Digno del elogio y de la gratitud de los complutenses es el pensamiento, así como los esfuerzos que para honrar á nuestro paisano se hagan... El pensamiento, como V. sabe, no es nuevo, porque hace muchos años que por varias personas se ha tratado de llevarlo á efecto, y nunca se ha podido conseguir, habiéndose abierto suscriciones que no han producido lo suficiente. El Ayuntamiento de Alcalá de Henares, deseoso de realizarlo, viène consignando en su presupuesto una cantidad anual, que, aunque pequeña, podrá en cierto número de años reunir algun fondo con el que verificará el pensamiento, erigiendo el citado monumento frente á la Iglesia donde se conservan la pila en que se bautizó y partida sacramental, y en el paseo que lleva su nombre; y si bien no corresponderá á la memoria y grandeza del hombre que admira el mundo literario por su talento, será una satisfaccion para sus paisanos pagarle una deuda de obligacion y reconocimiento.»

Nuestra opinion, llana y francamente expresada, es la de que ninguna estatua debió erigirse nunca á Cervántes, por las razones fundadísimas que más adelante damos al hablar de los retratos, y á donde remitimos al lector. Creemos que para venerar, y de un modo señaladísimo, á Cervántes, podria dedicársele un monumento literario digno de su talento, de su renombre y de sus escritos, ora en la misma casa donde falleció, ora en su misma ciudad natal, ya en su casa de Esquivias, ya en la finca que habitó en Valladolid. (1)

Un docto admirador de Cervántes, el Excmo. Sr. D. Alejandro Ramirez de Villa-Urrutia, animado de un generoso propósito, dirigió recientemente al señor Director de Instruccion pública un Proyecto de Academia cervántico-alcalaina, que á haber sido aprobado, se hubiera empezado á levantar á Cervántes en España el único monumento que sus merecimientos literarios exigen.

(1) En esta casa se ha constituido hace algunos meses una Sociedad bajo la direccion de D. Miguel Perez Minguez, de que hemos hablado en el capítulo XXVI. Sin embargo, lo más conveniente y deseable seria que aquella casa la adquiriese el Estado, puesto que Don Alfonso XII ha dicho al visitarla que es «un entusiasta admirador del Manco de Lepanto,» y que en ella se formase un Museo ó Academia nacional, exclusivamente dedicado á Cervántes, y costeado con fondos del Erario.

El proyecto del señor Ramirez de Villa-Urrutia se reducia á crear en una casa de su propiedad, en Alcalá de Henares, calle de Escritorios, número 6, una Biblioteca magnífica, costeada por la nacion, donde exclusivamente se conservarian ejemplares de cuantas ediciones se han publicado, ó pudieran proporcionarse, de todas las obras de Cervántes; de todas las biografías suyas que se han estampado, ó permanezcan inéditas; de cuantos folletos, hojas, artículos, trabajos, monografías y demás estudios cervánticos se han estampado sobre aquel ilustre escritor en todo el mundo: pensamiento verdaderamente grande y en alto grado patriótico, que favorecido y alentado por el Estado, hubiera enaltecido á España, y que confiamos en que algun dia se realizará.

Seguir, con toda exactitud, la marcha del entusiasmo despertado desde la ereccion de la estatua de Cervántes, acontecimiento nuevo en España, por lo que se publicaron opúsculos especiales, propagando la admiracion hácia aquel preclaro nombre, es pensar en lo imposible.

El mismo año que se erigia la estatua en Madrid aparecian dos trabajos bien diferentes, pero llenos de amor entrambos á Cervántes. El uno era del primer crítico español de su tiempo, Don Bartolomé J. Gallardo: el otro de un cervantista demasiado suspicaz y descontentadizo, que no era crítico muy juicioso, y que se llamaba D. José Mor de Fuentes. Éste, bajo el designio de elogiar á Miguel de Cervántes, le critica ampulosa é inoportunamente en muchos lugares: aquel analiza y encomia con detencion la novela inédita *La Tia Fingida*, dada á la estampa en 1814 por D. Agustin García Arrieta, como dijimos en lugar oportuno.

Al año siguiente, 1836, dábase á luz pública un folleto entresacado de la *Historia de la Medicina Española*, de D. Antonio Fernandez Morejon, que versaba sobre las bellezas de medicina práctica descubiertas en el Ingenioso caballero de la Mancha. En 1838 publicaba un *Manual alfabético de El Quijote ó coleccion de pensamientos de Cervántes*, D. Mariano de Rementería y Fica. La docta pluma del Excmo. Sr. D. Fermin Caballero escribia en 1840 *La Pericia geográfica de Miguel de Cervántes;* trabajo bello y eruditísimo, impugnado en 1841 por un escritor adocenado. En 1842 dió á la luz pública en Madrid el modestísimo Sr. D. Luis de Igartuburu, bibliotecario que fué de la Provincial de Cádiz, su bella obrita *Diccionario de Tropos y figuras de retórica, con ejemplos de Cervántes.* Oportunamente observa el Sr. Asensio que este

trabajo «deberia andar en manos de todos, y servir de texto en las escuelas mejor que otros muchos libros á que se dispensa esa distincion.» (1) En 1844 publicó en Paris una edicion de *El Quijote* el Sr. D. Eugenio de Ochoa, con una *Vida de Cervántes* muy desprovista de datos. En 1846 se estampó en Madrid una nueva *Vida de Cervántes*, de D. Buenaventura Cárlos Aribau, de escaso interés y muy compendiada. En 1848 despertaba la atencion de los eruditos el Sr. D. Adolfo de Castro con la estampacion de *El Buscapié;* opúsculo que en los años sucesivos dió motivo á empeñadas polémicas, y áun debates enojosos, entre varios literatos y bibliógrafos nacionales y extranjeros.

Mucho más señalado entusiasmo que ántes se despertó en los años sucesivos. En 1852 estamparon bellísimos trabajos cervánticos D. Joaquin M. Lopez y D. Manuel José Quintana: el primero describiendo las inmediaciones y pueblo de Esquivias, donde, segun su sentir, escribió Cervántes una parte de *El Quijote;* y el segundo ofreciendo una *Vida de Cervántes*, muy breve, aunque muy recomendable por su elegancia de estilo. El año de 1854 se publicó en Madrid un importantísimo estudio de D. Juan Calderon, con un discurso preliminar de D. Luis de Usoz y Rio; estudio que tiene por título *Cervántes vindicado en ciento y quince pasajes del Ingenioso Hidalgo, que no han entendido, ó han entendido mal, algunos de sus comentadores ó críticos.* En un notable periódico literario que los años siguientes vió la luz pública en Sevilla, llamado *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, insertó muy doctos artículos el Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera, uno de los bibliógrafos más ilustrados de nuestro siglo. Sucesivamente se estamparon en varios periódicos muy curiosos trabajos sobre Cervántes desde 1857 á 60, sin contar la novela del Sr. Ortega y Frias publicada en Madrid en 1859, y que como todas las obras imaginativas que hablen de aquel insigne autor, convirtiendo en fábula sus más comprobados hechos y actos, sólo merecen indignacion y censuras generales.

Pero desde 1861 los estudios cervánticos tomaron mayor acrecentamiento con la publicacion de la *Estafeta de Urganda*, de Don Nicolás Diaz de Benjumea. El folleto de este benemérito escritor despertó desde los primeros momentos la atencion de todos, y

(1) *Catálogo de algunos libros, folletos y artículos sueltos, referentes á la vida y á las obras de Miguel de Cervántes Saavedra.*— Sevilla: 1872.

fueron numerosos los literatos que se ocuparon en su crítica, más bien para censurarlo que para tributarle plácemes. No era esto de extrañar, pues el Sr. Benjumea emitia juicios y sostenia opiniones, ora bajo el aspecto puramente crítico, ora bajo el filosófico, por completo nuevos; y naturalmente sus doctrinas habian de ser recibidas con sorpresa por muchos, con desconfianza por los más. Las impugnaciones que de esta obra se hicieron por reputadísimos escritores, partidarios de las antiguas creencias sobre *El Quijote*, no han sido parte para impedir que las doctrinas del señor Diaz de Benjumea vayan prevaleciendo con grandes ventajas en la general opinion.

Tambien se dió á la estampa en 1861 un precioso folleto del Sr. D. Antonio M.ª Segovia, titulado *Nueva Utopia*, en el cual su autor idea y propone un monumento nacional de eterna gloria en honra del Príncipe de los Ingenios.

Al año siguiente de haber aparecido *La Estafeta de Urganda*, publicó la primera de sus epístolas Droapianas uno de los escritores más sabios de España, y el que ha despertado mayor entusiasmo y admiracion que ninguno hácia el autor de *El Quijote* con su constancia, patriotismo é ingeniosidad. Nos referimos al Sr. Don Mariano Pardo de Figueroa (tan conocido y venerado en todo el mundo literario bajo el pseudónimo de DOCTOR THEBUSSEM), en quien no sabemos que elogiar más, si su inusitada modestia, ó su preclaro talento. El Sr. Pardo de Figueroa escribió desde 1862 á 1869 cartas añales en las que daba minuciosa cuenta del movimiento cervántico, así en España como en el extranjero, siendo el verdadero y único analista que Cervántes ha tenido en nuestra patria. Sus trabajos han sido constantemente elogiados. Con su prudente y atinada crítica ha logrado acrecentar el entusiasmo hácia Cervántes, y corregido los errores más propagados. Su nombre se pronuncia con respeto, y lo será siempre con señalada veneracion, entre todos los admiradores del autor de *El Quijote*. El Sr. Pardo de Figueroa es muy digno de encomio tambien por los originales y bellísimos artículos que sobre Cervántes, actos de su vida, ó sus obras literarias, ha publicado en varios años. Especial mencion debemos hacer de los titulados *La Almadabra de Zahara y Miguel de Cervántes*, *Noticias de algunas farsas de El Quijote*, *Cervántes y lo verde*, y *Descendencia de los Cervántes*. Su gusto literario es inmejorable; su erudicion, copiosísima; su estilo, elegante; el lenguaje de todas sus obras, castizo y hermoso. «Es crítico

excelente, imparcial y justo,» segun exactas frases del sabio literato Fernandez-Guerra.

En 1862 se publicaron varios trabajos sobre la *Estafeta de Urganda* del Sr. Diaz de Benjumea, entre los que es muy digna de mencion una obra de D. Francisco M. Tubino; y además, un opúsculo muy elogiable del Doctor D. Teodomiro Ibañez, titulado *Don Quijote de la Mancha en el siglo XIX*, y la hermosísima *Oracion fúnebre* que, por encargo de la Academia Española, pronunció el 27 de Abril de aquel año, en la Iglesia de Monjas trinitarias de Madrid, el Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo. Aquel mismo año descubrió el Sr. D. José de Hita la casa que habitó Cervántes en Valladolid, como observamos en otro capítulo, y para lo que se habian hecho ántes indagaciones infructuosas.

En 1863 estampó D. Gerónimo Moran en Madrid su *Vida de Cervántes*, trabajo lujosamente impreso por el editor Dorregaray, juntamente con una nueva edicion de *El Quijote.* Descubrió el Sr. Buitrago aquel mismo año, en el Archivo del conde de Altamira, copia de la epístola dirigida por Cervántes, desde el cautiverio, al secretario de Felipe II, Mateo Vazquez. Publicáronse tambien entónces *El juicio analítico de El Quijote*, escrito en Argamasilla, por D. Ramon de Antequera; la *Carta á Don Diego de Astudillo*, descubierta por Fernandez-Guerra en la Biblioteca Colombina mucho ántes; la edicion de *El Quijote* de Argamasilla por Rivadeneyra con el texto alterado de Hartzenbusch; varios artículos notabilísimos de Benjumea sobre diversos asuntos cervánticos; y la edicion ilustrada de Doré en Francia, á cuya edicion se ha dado mayor crédito que el que verdaderamente merece, pues si bien como obra artística tiene gran mérito, no así en cuanto á la fidelidad y exactitud en pintar los personajes de la novela de Cervántes.

Entre otros muchos trabajos que vieron la luz pública en 1864 son dignos de mencionarse *Los Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervántes*, libro estampado por el Sr. Asensio en Sevilla; *Las demostraciones críticas para los lectores del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha impreso en Argamasilla de Alba*, preciosa coleccion de artículos insertos en el *Museo Universal* por el docto D. Zacarías Acosta, contra las variantes hechas en el texto de *El Quijote*, por D. Juan E. Hartzenbusch; el *Discurso* leido por D. Juan Valera ante la Real Academia Española sobre *El Quijote* y sobre la manera de comentarle y juzgarle, y la excelen-

te traduccion al francés del *Viaje del Parnaso*, hecha por J. M. Guardia, é impresa en Paris por M. Lahure.

En 1865 se publicaron algunas entregas de una nueva continuacion de *El Quijote* por el Bachiller Avellanado, pseudónimo bajo el que se encubria un literato de Burgos. La obra se quedó en tentativa, pues á las pocas entregas dejó de estamparse, por la desgraciadísima acogida que tuvo. Publicáronse en aquel mismo año eruditos artículos de los señores Hartzenbusch y Benjumea y otros literatos distinguidos.

En 1866 se estampó en Barcelona un bellísimo opúsculo de D. Nicolás Diaz de Benjumea titulado *Correo de Alquife;* estudio sumamente curioso y original en que su autor considera á *El Quijote* bajo un aspecto filosófico y elevado, y merecedor de toda estima. En el mismo año vió la luz en Paris un libro del profesor Mr. Emile Chasles, que tiene por título *Cervantès, sa vie, son temps, ses œuvres*, en cuya produccion, si bien se revela mucho entusiasmo hácia el autor de *El Quijote*, se notan muchos defectos de apreciacion, y muchísimos en cuanto á la parte exclusivamente biográfica y de crítica literaria.

En 1867 volvió á intentarse la continuacion de *El Quijote* por el Bachiller Avellanado, de Burgos, publicándose al efecto un Semanario titulado *El Caballero de la triste figura*, donde comenzó á insertarse la Tercera parte de aquella obra; pero no tuvo mejor acogida que ántes, habiendo desde entónces desistido el continuador de Cervántes de proseguir en su aventurera idea. Muy buenos trabajos se estamparon aquel mismo año en Madrid de los señores D. Victor García, D. Nicolás Diaz de Benjumea y otros distinguidos escritores. En el periódico literario *El Domingo*, que bajo la direccion del ilustrado presbítero D. José M. Leon y Dominguez se publicaba entónces en Cádiz, vieron la luz varios artículos del autor de esta VIDA DE CERVÁNTES, defendiendo las doctrinas del Sr. Diaz de Benjumea.

En 1868, 69 y 70 se dieron á la estampa muy interesantes estudios cervánticos, siendo dignos de especial mencion *Las Epístolas Droapianas*, ó sea la coleccion de cartas que desde 1862 á 1868 habia publicado en varios periódicos D. Mariano Pardo de Figueroa; dos folletos de D. Antonio Martin Gamero, titulados, *Recuerdos de Toledo sacados de las obras de Miguel de Cervántes*, y *Jurispericia de Cervántes;* un opúsculo de D. Cesáreo Fernandez Duro, con el título de *Cervántes marino;* dos artículos del

Sr. D. José M.ª Asensio sobre las ediciones primitivas de *El Quijote* y *El Compás de Sevilla;* otro artículo de D. Emilio B. Reinoso sobre *Cervántes y los médicos;* y un folleto de D. José M.ª Sbarbi que se titula *Cervántes teólogo.*

En 1870 costeó la Real Academia dos lápidas que fueron colocadas en el convento de Trinitarias, donde yace Miguel de Cervántes. La una, en el muro izquierdo del Presbiterio de dicha Iglesia, dice:

EN ESTE MONASTERIO YACEN
MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA
Y DOÑA CATALINA DE SALAZAR, SU ESPOSA,
DOÑA ISABEL DE SAAVEDRA, HIJA DE CERVÁNTES,
Y SOR MARCELA DE SAN FELIX,
HIJA DE LOPE DE VEGA.

La otra, que es de la que hemos hablado en nota anterior, colocada en la fachada del Monasterio, tiene la siguiente inscripcion:

A
MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA,
QUE POR SU ÚLTIMA VOLUNTAD YACE
EN ESTE CONVENTO DE LA ÓRDEN TRINITARIA,
A LA CUAL DEBIÓ PRINCIPALMENTE SU RESCATE,
LA ACADEMIA ESPAÑOLA.
CERVÁNTES NACIÓ EN 1547 Y FALLECIÓ EN 1616. (1)

(1) En 1870 se publicó tambien por la Real Academia el interesante libro del marqués de Molins titulado *La sepultura de Miguel de Cervántes.*

Véase los datos que se dan sobre la composicion de este *Estudio* en el acta de la Junta celebrada por la Real Academia el 5 de Enero de 1870:

«Propuso el señor Director que la Academia acredite, hasta dónde sea posible, que yacen en el convento de Trinitarias de Madrid los restos mortales de Cervántes y su familia.—El Sr. Ferrer hizo presente la conveniencia de que así se haga, en vista de no haber conformidad entre lo que aseveran las lápidas recientemente colocadas en dicho edificio, y lo que, con aprobacion de la Academia, manifestó su ilustre miembro, el difunto D. Martin Fernandez de Navarrete, en la biografía de aquel insigne ingenio.—El señor Director dijo que al efecto tenia recogidos datos importantes, y con gusto los facilitaria al Académico que se encargare de la indicada tarea.—Que ésta debia confiarse al señor marqués de Molins, por lo que acababa de exponer, y como iniciador del monumento recien erigido al inmortal autor de *El Quijote,* era, con evidencia, lo más oportuno, á juicio del Sr. Nocedal; y así lo acordó la Junta por unanimidad.»

En 1871 leyó el Sr. Asensio, en su recepcion de Académico de la Real Sevillana de Buenas letras, un importante discurso *sobre el sentido oculto de El Quijote*, y otro, en contestacion, el Sr. Don Juan J. Bueno. Aquel mismo año empezó á ver la luz pública en Cádiz una Revista completamente dedicada á Miguel de Cervántes, *La Crónica de los Cervantistas*, fundada y dirigida por el que esta VIDA escribe. Dicha Revista, que sólo publica trabajos inéditos, ha insertado en los dos tomos estampados hasta Octubre de 1876, curiosísimos estudios de los literatos Dr. Thebussem, Hartzenbusch, Benjumea, Zacarías Acosta, Asensio, Martin Gamero, Fernandez Duro, Barroso, Duffield, Mariátegui, Ruiz y Ruiz, Sanchez Almonacid, Barbieri, Fermin Caballero, Tubino, Frontaura, Leopoldo Rius, Lopez Fábra, Florit de Roldan, Manuel Cerdá, Victor García, Fermin Herrán, Ramirez de Villa-Urrutia, Fernandez-Guerra y Orbe, Varona, Rodriguez Blanco, Palacio y Vitery, Castro, Leon y Dominguez, Leon Bendicho, Octavio de Toledo, y otros distinguidos admiradores de Cervántes y de sus obras.

Entre los muchos y excelentes trabajos que en estos postreros años de 1872 á 76 han visto la luz pública, merecen lugar señalado entre los mejores, varios artículos del Dr. Thebussem, el libro de Tubino *Cervántes y El Quijote*, las impugnaciones de Zacarías Acosta á las variantes introducidas por Hartzenbusch en el texto de *El Quijote*, el libro de Benjumea titulado *El Mensaje de Merlin*, una traduccion del *Viaje del Parnaso* por el ilustre holandés J. Putman, el descubrimiento por D. Fermin Caballero en un códice del Escorial de un tosco dibujo, que en esta edicion se reproduce, y que ofrece el campo de Montiel tal como se hallaba en 1575, algunas producciones de Hartzenbusch, Fernandez-Guerra, Castro, y Barroso, y la edicion fototipográfica de *El Quijote* que ha estampado en Barcelona el inteligente y benémerito Lopez Fábra; monumento de eterna gloria levantado á Cervántes por las artes y las letras, reproduccion fidelísima de la primera edicion de *El Quijote* (1605-1615), trabajo legítimamente premiado en la Exposicion de Viena en 1873, que enaltece sobremanera al cervantista barcelonés, y hará que su nombre sea siempre pronunciado por los admiradores de Cervántes con veneracion justísima.

En el bosquejo que dejamos hecho del entusiasmo y admiracion á Cervántes tributados desde la edicion de Lóndres de 1738, hemos visto cuánto han ido acrecentándose de año en año, y cómo

han llegado en nuestros dias á un punto incomparable de perfeccion, del que no declinarán de seguro en lo sucesivo. Academias, Ateneos, Corporaciones, Sociedades y particulares, así en España como en el extranjero, conmemoran el 23 de Abril el aniversario de la muerte de Cervántes. Uno de sus más entusiastas é ilustrados admiradores, D. José Jorge Daroqui, trabaja porque se forme una Sociedad cervántica, que no sólo propague á precios baratísimos las obras de Cervántes, comentándolas, sino que coleccione todos los estudios, biografías, catálogos, folletos, y demás obras que acerca de aquel insigne ingenio se han estampado; pensamiento verdaderamente importante, digno de todo encomio, y que fuera de desear se realizase prontamente. La Academia cervántica, fundada en Vitoria por nuestro estimado amigo D. Fermin Herrán, obtiene cada dia nuevas pruebas de benevolencia y aceptacion. El ilustrado canónigo de la Colegial de Soria D. José María Saenz del Prado, tiene formadas unas *Concordancias de El Quijote*, trabajo de señaladísimo mérito, cuidadosísimamente hecho, en que ha invertido muchos años su inteligente autor, y que seria conveniente se publicase cuanto ántes, porque es obra de suma utilidad para el perfecto estudio de nuestra lengua. La Real Academia Española tiene proyectada una nueva edicion de *El Quijote*, que tal vez sea más estimable que las precedentes. El docto cervantista inglés A. J. Duffield se ocupa en una esmerada traduccion de la obra inmortal, y en una biografía de Cervántes. Un insigne literato portugués hace una cuidadosa traduccion de *El Ingenioso Hidalgo*. Potentados y magnates que ántes se desdeñaban de leer las obras de Cervántes, hoy se tienen por muy honrados con que se les cuente entre los admiradores de aquel talento sin par. Ricos y pobres, letrados é ignorantes, españoles y extranjeros, todos los estados y clases de la sociedad han trocado su anterior desden en fervoroso entusiasmo, y su indiferencia en amor acendradísimo hácia aquel español nunca bien loado y enaltecido, que, segun frases que él aplicó á Grisóstomo, «fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado.»

Mucho más que lo hasta ahora obtenido merece el nombre de Cervántes; mucho más exige su fama; mucho más demandan sus obras. Sólo conmemorando el aniversario de su muerte en todos

los pueblos cultos del mundo, levantándole en España un monumento majestuoso y digno de su sabiduría, constituyendo en cada ciudad de ella una Sociedad dedicada á propagar sus producciones y enaltecer su memoria, y declarando FIESTA NACIONAL el 23 de Abril, se responderá, en lo posible, á lo que sus merecimientos reclaman, su gloria pide y el agradecimiento patrio y universal preceptúa.

CAPÍTULO XLI.

A muchos parecerá extraño que escribiéndose la más completa biografía de Cervántes, y publicándose una de las más correctas de sus ediciones, no nos hayamos decidido á reproducir, como en anteriores ocasiones se ha hecho, el retrato del gran escritor de España. Esa extrañeza, que á algunos puede ocurrir, vamos á desvanecerla por completo. No nos hemos resuelto á estampar un retrato de Cervántes por la sencilla y única razon de que no hay ninguno verdadero entre los cuatro que, desde hace algunos lustros, se están vendiendo como del eminente autor hispano.

Sólo se tenia conocimiento, ántes de 1738, de la existencia de un retrato de Cervántes, hecho en vida del celebrado autor por D. Juan de Jáuregui, segun las palabras que aquel dejó estampadas en el famoso prólogo de sus *Novelas*.

Cuando en dicho año se dió á la estampa la edicion de Lóndres, con la primera imperfectísima *Vida de Cervántes* por Mayans, los mismos editores confesaron paladinamente que no se habia encontrado ningun retrato de Cervántes, y que el que se ofrecia al público era sacado del bosquejo que el autor de *El Quijote* hizo de sí mismo con su galana pluma en una de sus producciones literarias.

Este primer retrato, como convencional, forjado al capricho é hijo del buen deseo, naturalmente fué acogido con desconfianza manifiesta por todas las personas ilustradas. Al poco tiempo, pues, el retrato de Lóndres habia pasado al cenotafio de las cosas inverosímiles.

Pero despertado ya el deseo de poseer una *vera effigies* de Cervántes, pero ávidos ya los doctos de poder estampar al frente de las obras del gran autor su retrato comprobado, pero interesados hasta el amor y el orgullo patrios en procurarlo así, hiciéronse esfuerzos para descubrir, promesas para lograr, y hasta ofrecimientos y dádivas para poseer un cuadro, un boceto, una peque-

ña pintura siquiera, donde se pudiese gozar viendo el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Famoso todo, del Manco Sano, y finalmente del Regocijo de las Musas.

Corria el año de 1773 cuando habia invadido tal deseo y tal afan entre las personas doctas de España. La Real Academia Española queria que una edicion de *El Quijote*, que preparaba por entónces, poseyese todas las perfecciones apetecibles. Enteráronse por fortuna algunos señores Académicos de que un vecino de Sevilla, el señor conde del Águila, poseia una copia de un retrato original de Cervántes, y desde luego aquel respetable Cuerpo tomó á su cargo, valiéndose de su secretario, el indagar lo que hubiese de cierto en el asunto.

Las cartas que mediaron entre el poseedor del cuadro y el que lo suplicaba en nombre de la Academia, no se han publicado nunca; pero nosotros, puesto que vamos á desechar, por apócrifo tambien, este segundo retrato de Cervántes, nos vemos precisados á insertarlas íntegras: (1) que así, y sólo así, podremos demostrar lo débil del fundamento en que se apoyaron los Académicos de aquella época, para darnos un retrato convencional y completamente falso.

Hé aquí las cartas:

PRIMERA.

Muy señor mio: La Academia Española se halla con noticia de que V. S. tiene un retrato de Miguel de Cervántes, hecho por Alonso del Arco; y habiendo la Academia ofrecido al Rey hacer una edicion magnífica y muy correcta de la *Historia de Don Quijote*, con láminas inventadas para la propiedad de los ropajes, y abiertas por los mejores Profesores de la Academia de San Fernando, para lo que se han dado ya las disposiciones convenientes, ha acordado la Academia que yo en su nombre suplique á V. S., como lo ejecuto, se sirva enviar á la persona que fuere de su satisfaccion el mencionado retrato de Cervántes, para que por él saque

(1) El ilustrado bibliógrafo y cervantista sevillano Sr. D. Francisco de B. Palomo, ha tenido la amabilidad de facilitarnos copia de dichas epístolas, en lo cual ha hecho un gran favor, no sólo á nosotros, sino muy especialmente á los que de véras deseaban la aclaracion de un punto cervántico de no escasa importancia y de reconocida curiosidad literaria y artística.

el que ha de llevar la edicion proyectada, y se logre en ella esa perfeccion más sobre las que piensa darle la Academia, quien procurará no se maltrate el retrato; y, en habiendo servido al fin expresado, le volverá á V. S. por la misma mano por donde le hubiese remitido. Espera la Academia deber á V. S. este favor, y yo en particular tener ocasiones de acreditarle mi atencion y deseos de servir á V. S., cuya vida guarde Dios muchos años como deseo. Madrid, 24 de Setiembre de 1773. - B. L. M. de V. S. su más atento y seguro servidor, D. Francisco Antonio de Angulo.—Señor conde del Águila.

Copia de una órden del Rey dirigida al Secretario de la Academia Española.

Ha merecido la mayor aceptacion y aplauso al Rey, el pensamiento de imprimir la *Historia de Don Quijote*, tan correcta y magníficamente como V. S. me expresa en su papel del 12, con la *Vida* de Miguel de Cervántes y el *Juicio* de sus obras, escritos con gusto, crítica y copia de observaciones y noticias raras, por el erudito académico y hábil oficial D. Vicente de los Rios. La Academia Española tenia ya bien acreditada con el Rey N. S. su infatigable actividad en las tareas de su instituto; y hoy manifiesta á S. M. la extiende á asuntos que, aunque nada ajenos de aquel, no la ocuparian ciertamente, si para ello no la estuviese siempre estimulando el deseo de contribuir en más de una manera al lustre literario de la nacion. S. M. viene muy gustoso en conceder á la Academia la licencia que solicita para hacer reimprimir en la forma expresada aquella obra tan gloriosa del ingenio español, y precioso depósito de la propiedad y energía del idioma castellano. Yo, como tan parcial de ambos, tan empeñado en la mayor perfeccion de nuestra imprenta y en la digna ocupacion de los sobresalientes profesores de las Artes, no debo ocultar á V. S. la complacencia que me resulta de que en uno solo abrace hoy la Academia tantos objetos, ni la gran satisfaccion que siento todas las veces que me toca hacer presente al Rey alguna nueva prueba del laborioso afan de ese ilustre Cuerpo, y el gusto con que noto en S. M. el bien merecido aprecio que le debe. Participolo á V. S. para noticia de la Academia, y ruego á Dios le guarde muchos años como deseo. El Pardo, á 14 de Marzo de 1773.—El marqués de Grimaldi.—Sr. D. Francisco Antonio de Angulo.—Es co-

pia de la órden original, de que certifico: Francisco Antonio de Angulo.

SEGUNDA.

Muy señor mio: Recibí con toda la estimacion que pide la carta de V. S., y enterado de que la Real Academia Española, sabiendo tener yo un retrato de Miguel de Cervántes hecho por Alonso del Arco, quiere que por él se saque el que ha de llevar la edicion magnífica, que prepara, de la *Historia de Don Quijote*, me juzgo feliz en poder contribuir en algo al obsequio y proyecto de la Academia desde esta última Andalucía. El retrato irá luego; y nada puede serme de igual satisfaccion que ponerlo en manos de V. S. para que la Academia disponga de él como gustare, ya que no han logrado mis solicitudes descubrir el mismo original que se asegura pintó D. Juan de Jáuregui (1); siendo lo cierto que aquí no existe. Débale á V. S. el honor de ofrecer á la Real Academia mi profundo respeto. En tanto, tengo á gran gusto la ocasion de recibir ó solicitar los preceptos de V. S. Dios guarde á V. S. largos años. Sevilla, 2 de Octubre de 1773. El conde del Águila.—Señor D. Francisco Antonio de Angulo.

TERCERA.

Muy señor mio: Hice presente á la Academia Española en su junta de ayer, la estimable carta de V. S. de 2 del corriente, en que ofrece enviarla por mi mano el retrato de Miguel de Cervántes, que hizo Alonso del Arco, al fin que se lo suplicó la Academia. Y agradecida á este favor de V. S. y á las atentas expresiones que al mismo tiempo le debe, acordó que en su nombre dé yo á V. S. por todo ello las merecidas gracias, como lo ejecuto, asegurando á V. S. de mi atencion y verdaderos deseos de emplearme en su servicio y obsequio. Dios guarde á V. S. muchos años como deseo. Madrid, 8 de Octubre de 1773. B. L. M. de V. S. su más atento y

(1) Nótese cómo el señor conde del Águila, residente en Sevilla, aficionado á pinturas, afecto á las de Pacheco y de Jáuregui, y que debia saber mejor que nosotros si el autor del *Libro de los retratos* trasladó al lienzo á Cervántes, no menciona ningun cuadro de él que representara al famoso escritor d *El Quijote*, en tanto que con dolor hace notar que no han sido suficientes todas sus solicitudes para descubrir el original que pintó D. Juan de Jáuregui. Téngase presente este dato para cuando más adelante hablemos del retrato descubierto en Sevilla por nuestro ilustrado amigo el Sr. Asensio.

seguro servidor, D. Francisco Antonio de Angulo.—Señor conde del Águila.

CUARTA.

Muy señor mio: Ayer salió de esta ciudad el retrato de Cervántes. Ha tardado, lo que en haber seguro conductor; y siéndolo el de tabacos Manuel Becerril, lo lleva para entregarlo á V. S. El honor que me dispensa la Real Academia, me deja por extremo reconocido; y estoy no poco obligado á V. S., con cuyo favor podré aspirar á ofrecerla otra vez mi obsequioso rendimiento. Pero aún quiero estarlo más en la confianza que V. S. haga de mis sinceros deseos de servirle. Dios guarde á V. S. como suplico. Sevilla, 16 de Octubre de 1773.—El conde de Aguila.—Señor Don Francisco Antonio de Angulo.

QUINTA.

Muy señor mio: En la semana anterior se me entregó de órden de V. S. el retrato de Miguel de Cervántes hecho por Alonso del Arco, que pidió á V. S. la Academia y su generosidad le ofreció, de que dí cuenta en la junta de 2 del corriente. Y renovada con este motivo su gratitud, acordó la Academia manifestarlo á V. S., concediéndole plaza de Académico honorario, teniendo tambien consideracion á sus distinguidas y apreciables circunstancias. Particípolo á V. S. muy gustoso, deseando ocasiones de servirle, y que Dios guarde su vida muchos años. Madrid, 4 de Noviembre de 1773.—B. L. M. de V. S. su más atento y seguro servidor, D. Francisco Antonio de Angulo.—Señor conde del Águila.

SEXTA.

Muy señor mio: Hice presente á la Academia la carta de V. S. de 13 del corriente, en que me avisa el aprecio con que ha admitido la plaza de Académico honorario que concedió á V. S., de que la Academia queda enterada y gustosa. Considerando á V. S. ya en el número de los individuos de su Cuerpo, me encarga la Academia sepa de V. S. la historia del retrato de Cervántes que estaba en su poder y ha remitido; porque, habiéndose cotejado este retrato con el de la edicion de Lóndres, parece, segun la conformidad que entre sí tienen, que este retrato se sacó por el de V. S., ó bien éste por aquel. Por otra parte, un pintor de especial inteligencia y discernimiento en retratos, que ha visto el que V. S. ha

enviado, asegura que no es de Alonso del Arco. Y como la Academia ha de manifestar en el prólogo de su edicion, en prueba de la exactitud con que procede, de quién ha tenido el retrato de Cervántes que pone en su obra, y satisfacer al reparo que pueda oponerse por la conformidad con el de Lóndres, se ha de servir V. S. avisarme cuándo vino á su poder este retrato, de quién le tuvo y las razones que hubiere en apoyo de ser su autor Alonso del Arco. V. S. dispense esta molestia que tan presto le empieza á dar la Academia, asegurado del reconocimiento de ella, como puede estarlo V. S. tambien de mi atencion y deseo de servir á V. S., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid, 26 de Noviembre de 1773.—B. L. M. de V. S. su más atento y seguro servidor, D. Francisco de Angulo.—Señor conde del Águila.

SÉTIMA.

Muy señor mio: La historia del retrato de Cervántes, que estaba en mi poder y remití á la Academia, de cuya órden V. S. me la pregunta, se reduce á que lo compré años há en esa córte, de un J. Bracho, que negociaba en pinturas. No me informó dónde lo habia adquirido. Vendiómelo por de Alonso del Arco; y no dudé lo fuera, conociendo su pincel, ni los inteligentes que despues lo han observado, en particular D. Antonio Pons cuando vino aquí. Su semejanza con el de la edicion de Lóndres, pudiera dejar indeciso, si se sacó por el de la Academia, ó bien éste por aquel (probado no ser de Arco), á no manifestar con evidencia el retrato mismo que no es hecho por estampa. Los editores de Lóndres, se sabe solicitaron con empeño un retrato de Cervántes (como los franceses poco despues, para las *Vidas* de los más famosos pintores de M. de Argenville, los de cuatro autores españoles que puso, de los cuales, los tres son de la escuela sevillana, y se enviaron de esta ciudad): pudo suceder consiguieran sacar ahí copia de ese. La Academia juzgará estas razones con la superioridad de su ilustrado juicio, miéntras yo, asegurando á V. S. nuevamente mi mucho aprecio de su favor, y que igual le tendrán siempre sus preceptos, ruego á Dios guarde á V. S. largos años. Sevilla, 8 de Diciembre de 1773.—Señor Don Francisco Antonio de Angulo.

Las cartas qne se acaban de leer manifiestan terminantemente qué crédito merece el retrato publicado por la Academia. Lo dicho por ese respetable Cuerpo y por su individuo de número

D. Martin Fernandez de Navarrete nada comprueba ni decide. Era preciso publicar íntegras las cartas para descubrir toda la debilidad que entrañaba la argumentacion de la Academia.

Ellas nos patentizan que el conde del Águila estaba en grandísima incertidumbre en lo respectivo á la historia del retrato. El dicho señor se habia fiado de la palabra de un vendedor de cuadros que le dijo: —«este es un retrato de Cervántes.»—Dando crédito el señor Conde á tal aseveracion, compró el cuadro, el cual reputó, segun sus conocimientos en el arte, por pintura de Alonso del Arco.

«El cuadro *me parece* de Alonso del Arco: se lo compré á un vendedor *que me dijo* ser de Cervántes: la semejanza del retrato convencional de Lóndres con la del cuadro que yo regalo á la Academia, *no me la explico;* sin embargo, *tal vez* sacasen una copia, cuando el cuadro estaba en Madrid, para la edicion de Lóndres.»

A tales términos se reduce el razonamiento del conde del Águila en todas sus epístolas: procedia dicho señor con la mejor buena fe, sin duda, pero no es concluyente nada de lo que dice: rodéanle siempre la confusion, la duda, la incertidumbre.

El sagaz Angulo y la Real Academia, de la que era Secretario, no quisieron insistir más ni llevar más adelante la duda que les asaltara con justísimas razones; ántes bien, se dieron por convencidos, y, confiados en una mera suposicion, se decidieron á anunciar por todas partes que iban á dar á la luz pública un retrato de Cervántes. Confesémoslo ingenuamente: no nos explicamos tal obcecacion y tal condescendencia en personas que tan detenidamente deben de examinar tales asuntos. De la ligereza inconsiderada y altamente reprensible con que la Academia procedió, se ha seguido un mal lamentabilísimo. Durante casi un siglo hemos estado creyendo ser verdad lo que sólo se apoyaba en la convencional ficcion y en la más deplorable carencia de razones.

Si la Real Academia hubiese reflexionado sobre esto, no hubiera procedido de un modo tan indiscreto. La galantería del conde del Águila fué perjudicial por extremo. Si este señor no hubiese regalado el retrato á la Real Academia, tal vez este respetable Cuerpo, pensando más detenidamente en las dificultades que habrian de surgir, en las dudas que se despertarian y en las vacilaciones que cundirian por do quiera, con más acierto y con absoluta independencia de accion, habria devuelto á su poseedor el

retrato, haciéndole presente lo dificultoso de comprobar su autenticidad.

Pero la Academia se encontraba cohibida, y no podia proceder con esa respetuosa negativa que debe dominar siempre, en casos semejantes, en tan venerables Corporaciones; y se encontraba en tal situacion la Academia, porque no queria ser ingrata con aquel á quien habia suplicado, porque no queria relegar al olvido un cuadro que galantemente le habia sido regalado, porque al donante se le habia colmado de elogios por su valioso y notable desprendimiento.

La Real Academia, una vez acometida de la duda, debia de haber resuelto la cuestion del único modo posible.

¿Tenia semejanza el retrato donado por el conde del Águila con el que se estampó en Lóndres en 1738? ¿Sí? Pues procedia entónces haber suspendido todo nuevo retrato hasta ver si efectivamente se habia sacado tal copia, y de qué modo, y cómo.

¿Era esto imposible? ¿No debia tenerse como fundada tal suposicion, por lo mismo que los editores de Lóndres afirmaban que no se habia encontrado ningun retrato de Cervántes, y que se habian visto precisados á sacar uno convencional y con arreglo al bosquejo que Cervántes mismo delinea en el prólogo de sus *Novelas?* ¿Era la supuesta semejanza, producto sólo de la sutil penetracion de algunos académicos? Pues era indispensable en tal caso haber investigado si efectivamente el retrato del conde del Águila era de Cervántes, y qué pruebas lo demostraban, y si habia algunas señales más decisivas de autenticidad que las presentadas por su poseedor sevillano.

¿No las habia? Pues en su deber estaba la Academia rechazando aquel cuadro que inducia á la duda.

Afortunadamente hoy ya nadie da crédito al retrato con tanto aparato estampado por la Academia; y los documentos comprobatorios de las incertidumbres que la rodearon, y que por vez primera publicamos, concluirán por dar en tierra con tan mal fraguada patraña.

CAPÍTULO XLII.

De historia más enmarañada, y de procedencia tal vez más oscura, es un nuevo convencional retrato, en el órden numérico el tercero, que no va en zaga á los anteriormente mencionados, y que por apócrifos se rechazan.

Parece ser que allá por los años de 1825, un acreditado artista de Suiza, Mr. Bouvier, sacó un exacto dibujo y grabado del busto de Cervántes, segun un cuadro original que existia en la coleccion de Mr. Briére, en Ginebra.

Este cuadro, de muy pocos conocido, y el magnífico grabado de Bouvier, no han despertado grandemente la atencion de los cervantistas, especialmente desde que en 1852 se reputó por arbitrario tal retrato del Príncipe de los Ingenios españoles.

Para corroboracion de sus rotundas negativas, dice el crítico que le desechó, que los «lienzos y estampas numerosos que representan á Cervántes, muy conformes con los rasgos que él mismo retrata su rostro aguileño, y particularmente con el caballete tan pronunciado de su *nariz corva, aunque bien proporcionada*, nada, absolutamente nada, tienen que ver con aquella innoble fisonomía del pretendido retrato, y mucho ménos con la desmesurada y prolongada nariz que en él se observa.»

El sesudo crítico fija luego su atencion en los trajes de aquella época, y tambien encuentra señales que delatan la falsedad y el arbitrario juicio.

Hé aquí sus palabras:

«Resalta á primera vista en aquella (la estampa de Bouvier) la gran valona á la flamenca, cuyo uso no principió hasta el segundo tercio del siglo XVII. Hasta este período la cabellera era muy corta, y cuando empezaron á traerse largas las guedejas, quedaban cortadas hasta las orejas horizontalmente con cierta simetría. En este retrato de Suiza cae de diferente modo, perdiéndose en punta, exactamente como se usaba en Francia. El mismo

jubon con sus acuchillados y botonadura, ofrece alguna variedad, pues en España, áun en tiempo de Velazquez, eran más sencillos y escasos los acuchillados, y no como los del cuadro de Suiza donde se ve cierto refinamiento y menudencias que generalmente sólo se usaron en Francia y en los Paises Bajos. En suma, áun prescindiendo completamente de lo extraño de la fisonomía, todo el aspecto de este retrato, en su traje y peinado, revela puntualmente un francés del tiempo de Luis XIII.»

Últimamente se han ofrecido más datos sobre la adquisicion, poseedor é historia de dicho retrato; pero son datos tan desprovistos de validez, que vienen á aumentar, no á disminuir, las dudas que nos rodeaban.

Esas noticias, publicadas por vez primera en 1873, manifiestan que allá por los años de 1840 á 1844, un emigrado español tuvo ocasion de ver y examinar un cuadro existente en los Museos de Suiza, y propiedad de Mr. Briére, que representaba, segun le dijeron, un retrato de Cervántes.

El entusiasta emigrado se deleitó á la vista de tan magnífica pintura, segun su juicio y decision. Él vió en el cuadro de Mr. Briére el único retrato de Cervántes; le creyó el pintado por D. Juan de Jáuregui; y «no sólo le miró con sus ojos, sino que le besó con sus mismos labios,» segun sus gráficas expresiones.

El cuadro tiene como dos varas y media de ancho y algo ménos de otras dos de alto. Ofrécese á Cervántes de pié en medio de una sala donde hay una mesa con tapete. El tamaño es natural; el vestido de seda, á la española antigua; el ademan, el de señalar con su derecha mano un estante de libros donde hay rotulados y en pergamino algunos volúmenes de *Don Quijote de la Mancha*. Todo es eximio para el entusiasta emigrado: el colorido del cuadro, la exactitud de la fisonomía, la edad que representa Cervántes, el traje que viste y hasta su talante y compostura.

Con todo, esas minuciosidades que nos enumera el verdadero visitante ó el entusiasta español que ha soñado ver tal retrato, nos hacen declarar por la parte de no creer en argumentaciones y sutilizas tan poco fundadas.

No basta que al señor emigrado le haya parecido un retrato de Cervántes, sino que es preciso demostrar que el tal cuadro representa con efecto la fisonomía del autor de *El Ingenioso Manchego*.

Esto no sucede; por el contrario, nos sonreimos con la sonrisa

del incrédulo cuando el señor emigrado cuenta la historia del cuadro.

El padre de Mr. Briére, segun lo que dice el soñador cervantista, era, á principios de este siglo un comerciante de sedas bien acomodado en Lyon. Sus relaciones y su probidad le granjearon muchas afecciones en el comercio de Madrid, y el acceso en Palacio con algunos individuos de la real servidumbre.

Dícese que el tal Mr. Briére compró, en cambio de telas de seda, muchos cuadros arrinconados que habia en la regia mansion; y que más tarde, habiendo caido Cárlos IV en la cuenta, no se sabe por qué, de que en la galería de pinturas de Mr. Briére se conservaba un verdadero retrato de Cervántes, ordenó al señor conde de Cabarrús que entrase en trato con sus poseedores. Añádese que el Sr. Cabarrús arregló el precio del cuadro con el comerciante francés, y que estaba ajustado en cinco mil duros; pero los acontecimientos de 1808 (los tratos habian sido segun la fábula en 1807) dificultaron la adquisicion.

Muerto Mr. Briére, su hijo se estableció en Suiza, llevando necesariamente el cuadro de Cervántes, y él sirvió para el grabado de Bouviere y para la deliciosísima pintura del emigrado español de 1840 á 1844.

Bástanos saber cómo fué la adquisicion de ese cuadro para aumentar nuestra incredulidad justificadísima.

El cuadro lo compró Mr. Briére (suponiendo que esto no sea falso) creyéndolo ser pintura notable que representaba á Cervántes. Pero ¿quién aseguraba esto? Tal vez algun oficioso corredor, como sucedió con el retrato comprado por el conde del Águila. ¿Quién le dijo á aquel buen fabricante de sedas de Lyon que Cervántes estaba allí pintado? No lo sabemos. Lo cierto es que pruebas no existen.

Bastara esta observacion sola para echar por tierra el mal forjado cuento del emigrado español; pero hay todavía razones más concluyentes para confundir tales dislates.

Dícese que en 1807 el conde de Cabarrús andaba en tratos para adquirir ese *verdadero retrato*. Pues como siendo así, ¿no se supo nada en los años sucesivos y no se procuró sacar alguna copia, ya que no se pudo adquirir el original? ¿Por qué Navarrete, que escribia indudablemente en aquella misma época, y que publicó la *Vida de Cervántes* en 1819, no mencionó nada sobre el asunto? ¿No induce todo esto á la más completa duda?

Dado caso que efectivamente Cárlos IV hubiera comprendido que el retrato donado por el conde del Águila era apócrifo, y que se hubiese indagado para encontrar el de Suiza, ¿era posible que el deseo real, que afan tan señalado é indagacion tan asidua hubieran quedado ocultos? ¿No se vislumbra aquí un cuento grosera y tosquísimamente urdido?...

El cuadro á que hace referencia el emigrado español podrá existir todavía en los Museos de Suiza, si así se quiere; pero la existencia de un cuadro no podrá nunca decidir que es el auténtico de Miguel de Cervántes, miéntras pruebas y documentos incontrovertibles no lo manifiesten sin género de duda alguna.

Mas cuando parecia que la falsedad y el espíritu de novedades iban á dejar en pleno sosiego á la verdad, proclamando que no existia ningun retrato de Cervántes, huyendo de los reparos que pudiera hacerles la crítica, entónces un nuevo retrato aparece en el campo de la discusion, originándose nuevas y grandes dificultades.

Un literato y cervantista sevillano, D. José María Asensio, llevado de su buen deseo y de su amor al autor de las *Novelas Ejemplares*, lee en un manuscrito anónimo que habia un cuadro en Sevilla en el que estaba retratado Miguel de Cervántes, y, despues de investigaciones prolijas, cree hallarlo en el Museo Provincial de aquella ciudad, y ve en el lienzo deseado todo lo que el códice antiguo le asegura: la efigie de Cervántes, la pintura de Pacheco y la exactitud más encantadora en los detalles y en el conjunto.

Sin embargo, no puede negarse que el novísimo descubridor del anhelado retrato procedió algo á la ligera, llevado de su natural y bondadoso deseo de ofrecer algo peregrino á los cervantistas. Midió el retrato de Cervántes con la vara de su entusiasmo, y lo encontró cabal y de todo en todo perfecto. Lisonjeó su penetracion y el gusto de algunos de sus amigos con el hallazgo; pero no satisfizo á los que detenidamente juzgan materias tan delicadas y tan fáciles de suyo á la equivocacion y á la duda.

Así es que, cuando el asunto se examina, las dudas se acrecientan. El retrato descubierto en Sevilla, como pintura de Pacheco, va á hacer compañía con el ofrecido ántes en esa misma ciudad por el conde del Águila, y hoy ya reputado completamente por apócrifo. La duda de Hartzenbusch, ya patente en el momento del descubrimiento, toma cuerpo y se propaga.

Un escritor gaditano ha dado el golpe de muerte con su con-

tundente disertacion, al soñado retrato de Cervántes, descubierto en Sevilla en 1864.

El censor empieza por notar el débil documento en que se apoya el descubridor sevillano: hace constar en seguida lo absurdo de que Cervántes estuviera pintado en un cuadro donde aparecen frailes de la órden de la Merced: llama la atencion sobre la donosa ocurrencia de que Cervántes tuviera conocimiento con Pacheco sólo porque escribió el soneto famoso al túmulo de Felipe II: asienta que el Pacheco elogiado por Cervántes en el *Canto de Caliope* no fué el pintor, sino su señor tio, Francisco de Pacheco: presenta pruebas de que Cervántes nunca tuvo trato ni amistad con el artista sevillano: refuta una presuncion del descubridor sobre que Fray Juan Gil, trinitario, estuviese retratado con hábito de la Merced, en el referido cuadro: dice que Pacheco puso en el barquero (que se quiere que figure á Cervántes) el tipo de un marinero mallorquin ó catalan: señala la inexactitud que resultaria, si Pacheco hubiera retratado á Cervántes, pues teniendo estropeada é inútil la siniestra mano, empuña, sin embargo, con ella el bichero; y concluye demostrando que si, segun el descubridor del cuadro, el retrato de Alonso del Arco, de Carducho ó de Caxes, es apócrifo, el que él ofrece tiene los mismos títulos de convencional.

La validez de las razones presentadas por el censor gaditano, y el prolongado silencio guardado por el que ha ofrecido el nuevo cuadro, nos hacen sospechar que este último literato ha comprendido que el primero está exacto en sus apreciaciones y consecuencias.

Ántes, pues, de decidirnos por contar á este cuarto retrato de Cervántes en el número de los apócrifos, hemos estudiado detenidamente el asunto; hemos leido las razones alegadas en pro y en contra; hemos pensado, en fin, en cuantas reflexiones nos han sugerido; pero nuestra habitual franqueza y nuestra natural propension á decir la verdad nos obligan á sostener que es demasiado débil lo que aduce el benemérito cervantista sevillano para dar prestigio á su nuevo peregrino retrato.

Insistiremos en esto, pues que la materia lo exige.

¿En qué pruebas se apoya la certeza de ese novísimo retrato? En un *manuscrito*, y *anónimo* por añadidura. ¡Gran autoridad, por cierto! Bastara esto sólo para quitar toda importancia al descubrimiento á que nos referimos.

Pero hay nuevos datos que ofrecer á la consideracion de todos.

Hase indicado que Cervántes no fué amigo de Pacheco, y nosotros vamos á corroborarlo así, y áun á avanzar más en semejante y muy oportuna aseveracion.

Creemos que el pintor sevillano fué de aquellas personas que desdeñaron á Cervántes sólo por ser parciales íntimos y predilectos de Lope de Vega. En los tiempos de D. Martin Fernandez de Navarrete (1819) todavía creiase buenamente, y dando asentimiento á meras exterioridades, que era supuesta toda rivalidad, y, ménos aún, todo encono entre aquellos dos grandes talentos de su época, Lope de Vega y Cervántes; pero documentos posteriores desvanecen semejante ilusion, y comprueban, que si Cervántes, noble y magnánimo siempre en su pobreza y precaria suerte, jamás dejó de tributar encomios públicos y privados al monstruo de naturaleza, éste, por el contrario, nadando entre los elogios, las lisonjas, la abundancia, el buen acogimiento y la próspera fortuna, nunca se portó con el autor de *El Quijote* del modo digno que éste se merecia. Elogiábale en público y denigrábale en secreto. ¡Ruin proceder, propio sólo de corazones ingratos y desagradecidos!

Aquella aversion, aquel odio, aquella rastrera envidia, aquella rivalidad tan baja como inconcebible que abrigaba en su ánimo Lope de Vega contra el escritor necesitado y el soldado desvalido, las introdujo y las propagó por donde quiera que estuvo. Al conocer á Pacheco, ¿cuántas veces no denigraria en sus reuniones y entre sus amigos á Cervántes? El distinguido pintor siempre hizo caso omiso del autor de *El Quijote.* Pacheco fué ingrato é inconsiderado dos veces, por dos motivos, por dos causas. Fué inconsiderado é ingrato cuando no dejó de seguir la parcialidad del envidioso Lope de Vega, para olvidar á Cervántes, que era mayor talento que Pacheco y que Lope de Vega y que todos sus contemporáneos juntos y separados. Fué inconsiderado é ingrato tambien, y áun ruin y bajo, cuando desdeñó á aquel mismo autor que tanto habia celebrado la sabiduría, la virtud y la ciencia de su tio Francisco de Pacheco.

Algunos escritores, más sutiles que discretos, han pretendido que Pacheco pintó á Cervántes. ¿Con qué pruebas, con qué datos? Con los que les ha sugerido su alucinacion.

No encontramos ninguno que tal cosa demuestre. El prólogo mismo de las *Novelas Ejemplares*, si bien lo examinamos, parece

ser una queja, un lamento, una reprension justisísimamente lanzada contra el que, acordándose de personas, insignificantes algunas, en la esfera de la literatura ó de la ciencia, olvidaba á Miguel de Cervántes, dejándole en blanco y sin figura.

Nosotros vemos un amargo y á la vez noble resentimiento brotando del corazon magnánimo de Cervántes al escribir el prólogo de sus *Novelas.* Él, que tanto tiempo habia residido en Sevilla, no habia logrado que Pacheco fijase en él la atencion para que le colocara entre los retratos de varones insignes de su época: él, que habia escrito la primera obra del mundo, sólo habia recibido desdenes del no sublime pintor sevillano: él, que tan generosos sentimientos abrigaba, veiase despreciado sólo porque Pacheco habria oido más de una vez, de los labios mismos de Lope, en sus aduladoras tertulias:—ese Cervántes es un desventurado: nada más despreciable que su *Don Quijote.*—

Cervántes recordaba además que casi todos los autores de algun crédito entónces eran tan afortunados, que encontraban amigos que los elogiasen, y esculpiesen y grabaran sus retratos, y hasta subieran á los cielos el mérito de sus escritos.

Amigo de Cervántes era Cairasco de Figueroa, autor del *Templo Militante*, poeta muy notable, pero no eminente, y sin embargo poniase su retrato en millares de volúmenes, y un elogio en latin preconizaba sus glorias, la sutileza en discurrir, su ingenio y su discrecion.

Amigo era Ercilla, el gran cantor de las proezas araucanas, y notaba Cervántes que no faltaba un entusiasta que estampase su elogio al frente de la edicion de su Poema, no sin dejar de presentar á la vista de todos su retrato.

Amigo falso, y adversario rastrero era Lope de Vega Carpio, y Pacheco habia tributado á sus literarios merecimientos todas las lisonjas posibles.

Al escribir Cervántes el prólogo de sus *Novelas* en 1613, tuvo presente, á no dudarlo, lo anterior, y se queja de ello con tanta delicadeza como amargura. Por eso dice que podia alguno de sus amigos pedir el retrato suyo al famoso D. Juan de Jáuregui, y poner á la cabeza su elogio.

Esto nos demuestra que Pacheco no retrató jamás á Cervántes. Si el sobrino del ilustre canónigo hubiera pintado á Cervántes, éste no hubiera hecho una censura tan amarga y una alusion tan directa.

Esta es evidentísima.

Pero más palpable es todavía estotra. Al decir Cervántes que el amigo de quien se queja podia pedir su retrato y extender su elogio, como es uso y costumbre, ¿qué otra cosa quiere asegurar sino que Pacheco no le habia tenido presente como autor insigne? Pues qué, ¿es posible que si Cervántes hubiera sido retratado por Pacheco, y éste hubiese tambien escrito su semblanza, es posible, repetimos, que el autor de *El Quijote* tuviera necesidad de extender su biografía, en 1613, dos años ántes de morir, en el tono de reconvencion y queja que lo hace?...

Es más: nosotros creemos que Cervántes tuvo muy en la memoria las biografías de otros adulados escritores, sus contemporáneos, para publicar la suya.

Citaremos sólo dos ejemplos.

Francisco Pacheco dice al retrato de Lope de Vega: «Esta es la efigie de Lope de Vega Carpio, á quien justísimamente se concede lugar entre los hombres eminentes y famosos de nuestros dias; y cuando por este sujeto solo hubiera dado principio á mi obra, pienso que no seria trabajo mal recibido ni sin premio de agradecimiento; que en los tiempos venideros me concederán por él, los que no habiendo podido gozar del original, gozaren del fiel traslado de este varon que tan conocido es, ha sido y será en la más dilatada parte de la tierra donde se tuviere noticia de buenas letras.»

Y el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, corregidor de la ciudad de Écija, empieza el *Elogio* á D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, por estas palabras: «Con armas doradas y con la roja señal del glorioso patron de España, vereis este generoso retrato de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que, con la barba crespa, y cabello levantado, y constantes ojos, da muestra de caballero de animosa determinacion y ajeno de todo temor.»

La semejanza de dichos elogios con el que deseaba Cervántes que se colocase encima de su retrato, es manifiesta. Tenia Cervántes que hacer su misma alabanza, puesto que sus contemporáneos miserables le olvidaban.

Recientemente se ha publicado un nuevo retrato de Cervántes, que, aunque sin pretensiones de figurar como exacto y verdadero, es muy de esperar que alcance más crédito que los anteriores entre las personas ilustradas.

Lo ha mandado hacer el benemérito admirador de Cervántes,

D. Mariano Rius y Llosellas, ilustre cervantista de Barcelona.

El retrato representa un anciano de agradable y dulce aspecto, y tan perfectamente de acuerdo con la pintura hecha por Cervántes, que creemos es el mejor que entre todos los apócrifos, y que tratan de pasar por reales, circulan en manos de todos.

Nuestra opinion sobre el particular es sabida; sin embargo, debemos decir que el Sr. Rius nos ofrece el retrato ideal de Cervántes más perfecto, más bello, más discreto y más adecuado que puede imaginarse del autor de *El Quijote.*

Desechados, pues, como apócrifos, convencionales, ofensivos á la realidad, en discordancia con toda nocion de lógica, y sin prueba alguna demostrativa que les abone, los retratos de la edicion de Lóndres, de las ediciones de la Real Academia, del existente en Ginebra y del descubierto el año 1864 en Sevilla, resta saber qué crédito deba darse en lo sucesivo á los nuevos pomposos anuncios que se nos hagan sobre descubrimiento de retratos de Cervántes.

Segun la autoridad de éste, sólo su amigo D. Juan de Jáuregui le trasladó al lienzo. En los *Anales de Sevilla* por Ortiz de Zúñiga, asegura este escritor que D. Juan de Jáuregui, caballero de la órden de Calatrava, quien con feliz genio logró eminencia en cuanto tocó su inclinacion á las letras y á las artes liberales, haciéndose famoso en la pintura, ejerciéndola con el pincel y defendiéndola con la pluma, murió en Madrid muy estimado el año de 1650. De modo que el único amigo que retrató á Cervántes le sobrevivió 34 años. En ese período de tiempo, no hubo un solo poeta ni un solo autor de aquellos á quienes tanto habia elogiado el magnánimo Manco en vida, para acercarse al ilustre pintor y pedirle la efigie de Cervántes, y honrar su memoria despues de muerto. En cambio, medianías afortunadas, como Montalvan, hallaban, en los mismos momentos de su muerte, quienes con todo el aparato posible transmitiesen hasta los más insignificantes pormenores de su existencia á las edades futuras. ¡Miserias mundanas!

Pero muerto Jáuregui, y no habiendo sus contemporáneos y los pintores sus amigos conservado, con auténticas señales, el retrato del gran autor español, encuéntrase rodeado este asunto de vacilaciones y de enigmas.

Claro es que si Jáuregui hubiese dejado consignado en Catálogo ó memoria de sus pinturas, dónde paraba el cuadro que representaba á Cervántes, toda duda se allanaba, y todo objecion seria ociosa.

Careciendo de esa luz en tan oscuro particular, tenemos por cierto y averiguado que es dificultosísimo el comprobar la autenticidad de cualquier retrato que quiera hacérsenos creer el pintado por Jáuregui.

Vamos á demostrarlo con un ejemplo.

Supongamos que algun aficionado descubre un cuadro de Jáuregui y que le ocurre ser el que representa á Cervántes, porque la efigie tuviese cierta especie de parecido con alguno de los retratos que se conocen de dicho autor. ¿Seria admisible tal creencia, razonable tal deduccion, sensato tal juicio? ¿Cómo, si se parte de un principio falso? ¿Seria lógico, explicable, áun más, podria ser serio querer fundar la autenticidad de un retrato en la semejanza de otro ú otros detenidamente examinados y desechados por apócrifos?...

En medio de la triste evidencia que abrigamos de que el ÚNICO CUADRO VERDADERO de Cervántes, ó se ha perdido por la incuria de sus coetáneos, ó es imposible el encontrarlo y darle señales de autenticidad, caso de que exista, sólo una satisfaccion tenemos, sólo una confianza nos sonrie, y sólo una persuacion nos llena de regocijo; y es, que el verdadero retrato de Cervántes existe; pues si bien no podemos recrear la vista en el delineado por el magistral pincel de Jáuregui, podemos en cambio saborear el jamás bien preciado encomio que el desventurado Miguel dibujó con su encantadora é inimitable pluma. Él nos bosqueja, mejor dicho, él nos ofrece al natural, su semblanza moral, intelectual y física.

«Este que veis aquí (dice el egregio autor) de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes; la boca pequeña; los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, ántes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de piés: este, digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente *Miguel de Cervántes Saavedra:* fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió

en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V, de felice memoria.»

¿No vale este hermosísimo boceto, trazado por la magistral mano de Cervántes, más que todos los retratos apócrifos del mundo?

Contentémonos con él; que por sí solo nos basta y sobra para enaltecimiento de su memoria.

FIN.

APÉNDICES.

PRIMERO.

Al hablar del cautiverio de Miguel de Cervántes, sólo hemos consignado en nuestra obra los datos suficientemente comprobados, y especialmente nos hemos atenido á la Informacion hecha en Argel sobre la conducta y actos de Cervántes, á peticion suya; pues este documento, firmado por él, y extendido el Interrogatorio de preguntas por lo que él mismo dictaba, es indudablemente el que con preferencia debe ser consultado y seguido al ocuparse de la estada y trabajos de nuestro autor en la esclavitud.

Así es que nos hemos separado en algo de las narraciones hechas anteriormente, y en particular por Navarrete, siempre teniendo para ello en cuenta razones incontrovertibles.

Sostiene este autor, al hablar de la fragata que desde las costas de Valencia ó de Mallorca llegó á Argel en la segunda tentativa de fugarse Cervántes, que un tal Viana, que iba al mando del buque, lo acercó de noche al paraje de la playa más próxima al sitio donde estaba escondido Cervántes y otros muchos cautivos, con designio de avisarles de su llegada; mas acertando á pasar por allí varios moros, comenzaron á dar voces y á pedir auxilio, siendo esto causa de que los cristianos que habian desembarcado, volvieran precipitadamente al bajel: y si bien luego se aproximaron de nuevo á la costa y saltaron á tierra, tuvieron la desgracia de caer prisioneros, dificultándose todos sus buenos deseos.

Pero el anterior relato es inexacto por completo, y nosotros, en vez de copiarlo, seguimos las mismas palabras de Cervántes, quien en su Interrogatorio de preguntas consignó con toda claridad que «en efecto la dicha fragata llegó á Argel, conforme á la órden que él habia dado, y en el tiempo que habia señalado;» mas tambien advierte que, «habiendo llegado el buque una noche al mismo puesto, POR FALTAR EL ÁNIMO Á LOS MARINEROS, Y NO QUERER

SALTAR EN TIERRA Á DAR AVISO Á LOS QUE ESTABAN ESCONDIDOS, NO SE EFECTUÓ LA HUIDA.» Mal se aviene esto con lo que dice Navarrete, copiando á Haedo y á varios mal informados cautivos, de que los marineros desembarcaron por dos veces y hasta cayeron prisioneros. Nosotros, entre la narracion de Haedo, que ha seguido en parte el escritor citado, copiando otros inexactos datos, y la pregunta del Interrogatorio de Cervántes, optamos por lo que esta última dice, porque es el texto legal, fiel y auténtico. ¿Quién habia de saber mejor lo que en el asunto de la fragata pasara? ¿Cervántes, que al abrir la informacion de su conducta en 1580, decia que en 1577 se habia malogrado la fuga de varios cautivos por la pusilanimidad de los marineros, y por no querer saltar éstos á tierra para dar aviso, ó Haedo, que escribia por referencia y por datos comunicados sobre el mismo suceso en 1612; es decir, 35 años despues? Evidentemente Cervántes: él habia sido el jefe de la empresa malograda; él estaba al tanto de todo lo que habia pasado en el asunto; él era testigo de mayor excepcion: no podia equivocarse ni se engañaba.

No sólo en este punto hemos restablecido la verdad, rechazando los textos equivocados, y admitiendo el solo y único legítimo: tambien al hablar de la cuarta tentativa de fuga, hemos suprimido un error que sin reflexionar se ha copiado y admitido. Dice Navarrete, y repite Moran, que cuando, frustrada por la maldad de Blanco de Paz la huida de Cervántes y otros principales cautivos de Argel, peligraba la vida del gallardo soldado por el bando publicado por Azan Bajá, Cervántes se valió de un renegado español llamado Maltrapillo, amigo íntimo de aquel tirano, para que no se descargase contra él todo el rigor del castigo que se temia. Esto es asimismo inexacto. Cervántes, en su Interrogatorio de preguntas, dice con mucha claridad «que viendo el cruel bando que contra quien le tuviese escondido se habia echado, por respeto que no viniese mal á un cristiano que le tenia escondido, y temiendo tambien que si él no parecia, el Rey buscaria otro á quien atormentar... luego DE SU PROPIA VOLUNTAD SE FUÉ Á PRESENTAR ANTE EL REY.» Esto se comprende y explica satisfactoriamente: así procedia siempre Cervántes: él nunca dió señales de temor, ni de pusilanimidad, ni de cobardia ante sus enemigos, ni ante los mayores peligros. Es rebajar á Cervántes, ofenderle y no comprender toda la alteza de su heroicidad y toda la dignidad y pundonor de su carácter, creyéndole capaz de buscar un medianero para que se

erigiese en su protector ante el tirano de Argel, y ¡para que no le castigase severamente! Un solo cautivo fué el que dijo, indudablemente por equivocacion, tal inexactitud; y han hecho mal algunos biógrafos en aceptarla: rechazarse debe, como depresiva en alto grado para la buena fama y nombre de Cervántes, restableciendo la verdad, que dicha por su boca, como aquí pasa, adquiere mayor realce y prestigio ante la general consideracion.

Esos episodios novelescos, que no aceptamos, y el decir que el Dorador (quien dificultó con su delacion la segunda noble tentativa de fuga) murió á los tres años cabales de haber delatado á Cervántes y á los cautivos de la cueva, y que el guarda de ésta se llamaba Juan, con otras cosas tan curiosas, tenemos por cierto y averiguado que no tienen tanta importancia, ni son de tanto interés, como el saber fijamente lo que costó el rescate de Cervántes.

Navarrete creyó que los 500 escudos de oro que percibió Azan-Bajá importaban 6.750 reales, á más de los 45 que hubo que dar á los oficiales del buque, y que exigieron por sus derechos. Siempre nos pareció pequeña, sumamente exigua, tal cantidad, como importe del rescate de Miguel de Cervántes; y al pensar así teniamos en cuenta todos los textos verídicos que sobre esto poseemos, con la circunstancia de que cuanto más profundizábamos el asunto, mayores dudas nos asaltaban, hasta el punto de creer que estaba completamente equivocado el Sr. Navarrete en sus cálculos. El señor Morán, que escribió su *Vida de Cervántes* cuarenta y cuatro años despues de aquel benemérito cervantista, se limitó, sin embargo, á copiar lo dicho por él, sin añadir otro correctivo sino que era algo dificultoso fijar el valor de la moneda, por la alza y baja que experimentaba por aquellos tiempos en Argel. Cuando hemos repasado y consultado los dos textos, muchas veces nos asaltaba la incertidumbre, y creiamos que se habria dicho la última palabra en este curioso é interesante asunto; pero pronto la incertidumbre, la duda, el recelo de habernos equivocado, desaparecian, y nos dábamos á entender que no íbamos descaminados en asegurar que el rescate de Cervántes habia sido de más valor que se nos decia.

Con efecto, así es: podemos afirmarlo, sin temor de ser desmentidos, despues de nuestros detenidos estudios sobre el particular. El rescate no costó 6.750 reales, como pretende Navarrete, y copia Morán: el rescate de aquel grande hombre ascendió á 20.545 reales. Quizá alguno al leer esto exclame: ¡qué exhorbitancia! ¡Qué equivocacion!--Pero quien tal exclame, imbuido en los

errores hasta ahora propagados, lea detenidamente lo que vamos á exponer, y de seguro que, al terminar la lectura, no dirá que nos equivocamos; sino ántes bien confesará que nuestro cálculo es el exacto y el verdadero.

Navarrete quiso fijar el valor de un escudo de oro de España por medio de deducciones imaginarias con las monedas argelinas, cuando hay que hacer precisamente todo lo contrario; esto es, saber qué valor real tenia un escudo de oro en los tiempos de Cervántes, y si esta moneda tenia la misma estima en Argel que en España. Ya en un breve trabajo que leimos este mismo año en una reunion literaria, indicamos la idea de que el rescate de Cervántes habia costado 20.000 reales, porque suponiamos que el escudo de oro de España en tiempos de Felipe II valdria 40 reales. Sin embargo, deseosos de aclarar la verdad, consultamos este punto con el sabio escritor D. Mariano Pardo de Figueroa, quien, si bien al principio no se mostró propicio á aceptar nuestro cálculo, al fin lo creyó muy razonado, facilitándonos datos que más y más lo corroboran.

Estos datos, consignados en una obra oficial (1) patentizan

(1) «En 23 de Noviembre de 1566 dictó Felipe II sus primeras disposiciones en materia de monedas, alterando la de oro. (Ley 13, Título XXI, Libro V.—N. R.) El valor del escudo se fijó en 400 mrs., el del ducado sencillo en 429 y en 858 el doble, y en 544 mrs. el del castellano de 22 quilates. Las tasas relativas al ducado y castellano, se referian á las monedas de reinados anteriores, pues D. Felipe II, durante el suyo SÓLO ACUÑÓ ESCUDOS, poniendo en ellos, en vez del yugo, flechas y columnas, el escudo de sus armas, en que se pintaron Castilla, Leon, Aragon, Sicilia, Granada, Austria, Borgoña, Artois, Brabante, Flandes, Tirol, y últimamente Portugal. Este aumento de 1/7 en el valor de la moneda de oro, debe considerarse como una consecuencia de dos causas diferentes. Por una parte el tesoro de D. Felipe estuvo exhausto durante los primeros años de su reinado, pues sólo las deudas legadas por su padre, ascendian á 35 millones de ducados; por manera que el aumento de 14 por 100 en el valor de la moneda debió ser un arbitrio no insignificante, atendidas las circunstancias. Aparte de estas miras, la *depreciacion de la plata*, ó, lo que es lo mismo, la *sobreestimacion del oro* respecto á este metal, debió ser por entónces muy marcada, no sólo porque la produccion del Potosí y las minas mejicanas se hallaba en su apogeo, sí que tambien porque desde 1577 estaba adoptado el sistema de Bartolomé de Medina, de beneficiar en frio con el azogue; procedimiento que, facilitando y abaratando la produccion, fué la principal causa de que el valor de *la plata caminase en rápido y progresivo descenso*. Felipe II estrechado, pues, por causas tan poderosas, si-

que la plata, por varias causas, estaba en aquellos tiempos en manifiesta depreciacion, en tanto que la sobreestimacion del oro era señaladísima, habiéndose aumentado el valor de esta moneda, así en el reinado de Felipe II como en el de su sucesor. Tambien demuestran que en el reinado de Felipe II (1556-1598) sólo se acu-

---

guió las huellas que su padre le dejó trazadas, y se limitó á *aumentar nuevamente el precio del oro*, para nivelar el valor de ambos metales, en vez de hacerlo rebajando el valor de la plata. Con este arreglo la talla por marco de oro fino subió á reales 872'41, sufriendo el intrínseco de la moneda una nueva baja de 14 1/4 por 100. La tarifa debió alterarse, adoptando la de reales 868'49.

. . . .

Despues del aumento concedido en 1566 á la moneda de oro, el valor relativo de este metal respecto á la plata, fué hasta la muerte de Don Felipe II como de 12'294 á 1. La plata, pues, desde los tiempos del Emperador habia perdido un 12'47 por 100 de su valor respecto al oro, segun las bases del sistema monetario de esta época.

En 1609 (Ley 16, Título XXI, Libro V.—N. R.) se expidió una pragmática tasando el escudo de oro en 440 maravedís.

Véase ahora copia de la parte sustancial del cuadro sinoptico de la moneda de oro en los tiempos á que nos referimos:

REINADOS.	FECHA Y OBJETO de las disposiciones.	TALLA, ó sea número de monedas por marco.	LEY. — Quilates.	Granos.	Milés.ᵃ	VALOR representativo de cada moneda en Rs. vn. en la época de su circulacion.		VALOR representativo de cada moneda en reales del dia	
						Rs.	*Mrs.*	*Rs. vn.*	*Cénts.*
Cárlos V.	1537. Nueva labor de escudos.	68	22	»	0'917	10	10	41	09
Felipe II.	23 Nov.ᵉ 1566. Aumento del escudo á 400 mrs.	68	22	»	0'917	11	26	41	09

Todos los anteriores datos, que ha tenido la bondad de facilitarnos el ilustre literato y cervantista arriba mencionado, constan en las páginas 36, 37 y 38 y cuadro sinóptico de la «Breve reseña histórico-crítica de la moneda Española y reduccion de sus valores á los del sistema métrico vigente, redactada con presencia de las obras de más nota, Reales pragmáticas, cédulas, decretos y órdenes relativas a la materia.» Este escrito forma parte de la curiosísima obra «Resúmen de los informes sobre la cuestion monetaria, elevados al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda por la Direccion general de consumos, Casas de Moneda y minas.» Madrid: Imprenta Nacional: 1862.—(Un volúmen en 4.º: hermosa edicion.—No se puso en venta.)

ñaron escudos de oro (entre las demás clases de esta moneda que se acuñaron en los reinados anteriores), y que cada escudo de oro de España en tiempos de Felipe II representaba 41 reales y 9 céntimos de nuestra moneda actual.

Y efectivamente tenia de ser así. Pues qué, ¿era posible que un escudo de oro valiese lo mismo, con corta diferencia, que un ducado, como se desprende de los asertos del Sr. Navarrete? Y ni áun el argumento de que el escudo de oro tuviese infinita depreciacion en Argel, pueden presentar los que han admitido como aceptable la deduccion de aquel ilustrado biógrafo de Cervántes. Todo lo contrario: cuantas pruebas se indagan, otras tantas aparecen para robustecer nuestros argumentos, para rechazar los hasta ahora ofrecidos. Varios autores contemporáneos de Cervántes dejaron consignados en sus obras datos preciosos sobre este asunto, asegurando que en Argel, y en Berbería y Turquía, la moneda de España era aceptada y circulaba con mayor estimacion que la suya propia; y si esto se aseguraba de las monedas de plata, ¿con cuánto más motivo no pasaria en lo referente á la moneda de oro? Unas y otras, pero especialmente esta última, representaban en Argel el mismo valor que en España, y si habia alza y baja en la moneda en Argel, éralo respecto de la de aquel país, ó de otras naciones, mas no en cuanto á la que procedia de España; pues, al contrario, era muy solicitada, y, segun un autor de aquellos tiempos, «ninguna cosa más preciosa ni de más valor se podia llevar á Argel que los reales de España.» Tan cierto es lo que decimos cuanto que se ve comprobado en las palabras mismas de la partida de rescate, pues se dice que Azan-Bajá, el tirano de Cervántes, exigia, despues de muchas súplicas del P. Juan Gil, la suma de «500 escudos de oro en oro de España, porque sino le enviaba á Constantinopla», palabras muy significativas y concluyentes, pues demuestran que el Rey de Argel en mayor aprecio tenia los escudos de oro de España por su valor y buena ley, que la moneda de su mismo país, y de la de otra cualquier nacion; y al insistir en que la cantidad de escudos de oro se le habia de entregar precisamente en oro, y no en plata, ni otra clase de moneda, se ve que al compás de lo que acaecia en España allí se sobreestimaba tambien el oro por la depreciacion de la plata.

Demostrado cumplidamente nuestro aserto de haber costado el rescate de Miguel de Cervántes 20.545 reales, vengamos ahora á otro género de consideraciones, no ménos curiosas. Los esfuerzos

que hizo el P. Juan Gil para conseguir la redencion de Cervántes, siempre se han encomiado por grandes y meritorios; pero despues de los datos ofrecidos por nosotros, aquellos adquieren inmensa consideracion é importancia. El P. Gil llevaba solamente para el rescate de Cervántes los 300 ducados que le entregaron la madre y hermanas de aquel, cuyos 3.300 reales, unidos á los 500 que en calidad de limosna entregaron la misma órden de la Redencion y el Sr. Francisco de Caramanchel, doméstico de D. Iñigo de Cárdenas Zapata, hacian un total de 3.800 rs. Para la suma exigida por Azan-Bajá faltaban 16.745 rs. Fray Juan Gil tuvo precision de buscarlos, porque á todo trance queria redimir á Cervántes de aquella vida desventurada en que vivia: además de su ardiente caridad, instábanlo con grandes clamores á ello, el conocimiento que tuvo, desde ántes de partir de España, del talento de Cervántes, corroborado más y más á su llegada á Argel con datos fehacientes é irrecusables, y, sobre todo, el recuerdo de aquellas tiernísimas y copiosas lágrimas que, al suplicarle el rescate de aquel soldado desgraciadísimo, derramarian la madre y hermana cuando le entregaron la corta cantidad de 300 ducados. El P. F. Juan Gil aplicó de las sumas que llevaba la Órden para redimir á varios cautivos que entónces no estaban en Argel la cantidad de 7.705 reales y 20 cénts. Pero todavía faltaba una bastante considerable: el rescate importaba 20.545 rs., y aún no habia junto más que 11.505 rs. 20 cénts. El resto lo consiguió aquel varon virtuoso de algunos mercaderes de Argel, pues como se consigna en la partida de rescate, «se buscaron entre mercaderes 220 escudos;» esto es, 9.039 rs. 80 cénts. de nuestra actual moneda.

Comprueba este nuestro cómputo el documento recientemente descubierto en el Archivo de Indias de Valencia, y de que hemos hablado en el capítulo XII. Este documento, generalmente de escasa importancia, es curioso y sirve para resolver la duda que algunas personas pudieran abrigar sobre el presente asunto. Dícese en él que la madre de Cervántes mandaba á Argel en 1584 dos mil ducados de mercaderías para «pagar lo que debiere de lo que costó el rescate de Miguel de Cervántes.»

Ahora bien: aunque esos dos mil ducados de mercaderías, que con tantos trabajos y penalidades y sacrificios lograron agenciar y reunir Cervántes, su señora madre y hermanos, para satisfacer aquella deuda sagrada, de la que quedó responsable y fiador el P. Gil; aunque esos dos mil ducados, repetimos, no representaran

más que el 75 por 100 de su valor, siempre tendremos que era una cantidad á lo justo para pagar á la Órden Trinitaria y á los mercaderes de Argel los 16.790 rs. que se habian quedado debiendo, inclusos los 45 que tuvo que dar el P. Gil á los oficiales de la embarcacion que habia de conducir á Cervántes á Constantinopla; en tanto que insistiendo en que sólo costó el rescate 6.795 rs., no sabemos para qué enviar dos mil ducados de mercaderías con objeto de pagar la exigua suma de 3.000 rs., no completos, que se habrian quedado debiendo en tal caso.

El único argumento que podrán oponer los partidarios de la cantidad fijada por el Sr. Navarrete, para no aceptar nuestro cálculo, habrá de ser por necesidad bien especioso y de poco valor; á saber: que la suma en que justipreciamos el rescate de Cervántes es por extremo exhorbitante, casi el rescate de una persona real; argumento que por sí mismo se refuta, pues basta tener presente que, como potentado y de gran significacion, conceptuaron siempre á Cervántes sus tiranos Dali-Mamí y Azan-Bajá (sospecha nacida de las cartas del príncipe D. Juan de Austria y del duque de Sesa que le hallaron cuando le cautivaron, y confirmada más y más por su heróica conducta y sublimes actos en Argel), para persuadirse de que, dada la importancia de Cervántes, aún fué pequeña la cantidad de su rescate, y más sabiéndose y constando que personas no de tanto talento ni concepto y reputacion como él, sólo obtuvieron el rescate á precios más crecidos, por ser considerados como caballeros principales, y que á los tales, fuéranlo efectivamente, ó sólo por sospechas, siempre se les exigian exhorbitantes sumas por el logro de su libertad.

SEGUNDO.

En el texto hemos dejado de hablar de algunos sonetos y composiciones breves que Cervántes escribió en varias épocas de su vida, ó para elogiar obras de sus amigos, ó con otros propósitos: hemos creido que era más conveniente y aceptable dedicar mayor espacio del que otros biógrafos dedicaron para ilustrar muchos puntos de importancia de la vida de nuestro insigne escritor, que no citar minuciosamente aquellas composiciones, de escasísimo mérito, y de que él no hizo aprecio, ni ciertamente lo merecian. Por la misma causa no nos ocupamos de otras que en estos últimos años se han estampado como de Cervántes, pero sin las demostraciones de autenticidad que son indispensables.

TERCERO.

En el capítulo XXIV hemos hablado de una continuacion de *El Quijote*, hecha en francés por Roberto de Chailes, y que por lo ménos data de 1687.

Los señores Hartzenbusch y Asensio han dado además noticia en estos últimos años de otras dos continuaciones de la obra inmortal, entrambas francesas. La una se atribuye al duque de Anjou, que fué rey de España con el nombre de Felipe V. Esta continuacion permanece inédita, y es de la que se ha ocupado el Sr. Hartzenbusch. La otra ha sido examinada por el Sr. Asensio, que da sobre ella curiosos pormenores. «Esta continuacion, dice el citado literato, es importantísima, no por su autor, cuyo nombre no hemos logrado descubrir, sino porque forma por sí otra completa, acabada, independiente, sin haberse publicado nunca, que sepamos, unida á ninguna traduccion de *El Ingenioso Hidalgo*, y porque se ofreció al público como sacada de un manuscrito español del mismo Cide-Hamete Benengeli.

Salió á luz por vez primera, al parecer, en Paris el año 1726 y tiene este título:

Suite nouvelle et veritable de l'histoire et des aventures de l'incomparable Don Quichotte de la Manche. — Traduite d'un manuscrit spagnol de Cide Hamet Benengely son veritable historien.

Forma seis tomos en octavo, de más de 400 páginas cada uno, y va adornada con treinta láminas grabadas por Antoine, y dos planchas de la música, correspondientes á la pastoral compuesta por D. Quijote (tomo III, pág. 54), y á otra que se canta en las bodas de la hija de Sancho Panza (tomo V, pág. 410), que se insertan en el texto.

Los cinco volúmenes primeros comprenden la continuacion de las aventuras de D. Quijote, terminando al finalizar el quinto con la muerte del hidalgo, cuyo *testamento ológrafo* se inserta tambien.

El tomo VI contiene la *Vida de Sancho Panza*, bajo este título:

Histoire de Sancho Pansa, alcalde de Blandanda, servant de sixieme et dernier volume á la suite nouvelle des aventures de Don Quichotte.

El Sr. Asensio resume así el juicio que le merece tal obra: «Mezcla de interminables sucesos que nada tienen que ver unos con otros, la novela francesa, si á veces logra entretener, es por

lo general cansada y pueril. No ha podido conseguir el autor dar á D. Quijote y á Sancho el sello especial, el carácter, el colorido que siempre tuvieron bajo la pluma de Cervántes... Todo es amanerado, todo es falto de verdad, falto de filosofía en esta continuacion.»

Juicio severo, pero justísimo, y muy aplicable á todas las continuaciones pasadas, presentes y futuras.

CUARTO.

A pesar de la escasa proteccion que, como hemos visto, dispensó el cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas á Miguel de Cervántes, la gratitud de éste era tan grande por las limosnas que de aquel recibia, cual lo demuestra esta carta que dirigió á dicho ilustrísimo señor tres semanas ántes de morir:

«Muy ilustre señor: Ha pocos dias que recibí la carta de vuestra señoría ilustrísima, y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo, áun cuando no con mi agradecimiento. Dios nuestro señor le conserve ejecutor de tan santas obras para que goce del fruto de ellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado que sus muy magníficas manos besa. En Madrid á 26 de Marzo de 1616.—Muy ilustre señor: *Miguel de Cervántes Saavedra.*» (1)

Es muy posible que en los archivos de la casa del conde de Lemos existan cartas parecidas; pero áun cuando se descubrieran y publicasen, en nada rebatirian lo que en el texto dejamos dicho: esas cartas, como la que dejamos transcrita, sólo patentizarian una vez más el incomparable agradecimiento de Cervántes, y el censurable proceder de quienes, pudiendo, ni supieron ni quisieron recompensar tanta nobleza y tanta elevacion de ideas. ¡Lástima que Cervántes inmortalizara, dedicándoles sus obras, á magnates tan desagradecidos como los de su época! ¡Del olvido más completo eran acreedores!

QUINTO.

Entre los cervantistas extranjeros notables que no se han

(1) Esta carta permaneció inédita hasta 1863.

mencionado en el texto, debemos mentar al ilustre inglés Juan Bowle, que escribió un magnífico comentario gramatical á *El Quijote;* los franceses Florian y Viardot, muy entusiasta el primero del gran ingenio, aunque su voluntad superaba á su talento, traductor de varias obras de Cervántes, y autor de una pequeña *Vida* de este escritor, y muy digno de alabanza el segundo por su esmerada version de *El Quijote* y su *Vida de Cervántes;* el anglo-americano Tiknor, que tan entusiastamente se ocupó de Cervántes y sus obras en su *Historia de la literatura española;* y el aleman Schlegel, cuyo estudio sobre *El Quijote*, en su libro *Historia de la literatura antigua y moderna*, es tan bello como original.

SEXTO.

En el capítulo XXVIII hemos mencionado el fallecimiento de tres hermanas de Cervántes. De otra llamada Luisa, y que se cree entró monja, no sabemos la fecha de su fallecimiento. Lo mismo acaece respecto del hermano de Cervántes, Rodrigo, que fué alférez en Flandes, de su señora madre Doña Leonor de Cortinas, y de su hija natural Doña Isabel de Saavedra, que inexactamente se ha dicho que fué monja. El padre de Cervántes, Don Rodrigo, que tanto sufrió en los últimos años de su vida con motivo del cautiverio de sus hijos, y que presentó en 1578 al Rey Felipe II una Informacion para conseguir prontamente la libertad de Miguel, aunque viendo cuán inútiles eran todos sus esfuerzos, falleció en Madrid á principios de 1579. Doña Catalina de Palacios y Salazar, esposa de Cervántes, de cuyas virtudes y resignacion se pudiera hacer particular historia, sobrevivió á su marido diez años, habiendo fallecido en Madrid el 31 de Octubre de 1626, siendo enterrada, segun su última disposicion, donde mismo reposaban los restos de su amado esposo, en el convento de monjas Trinitarias.

FIN DE LOS APÉNDICES.

INDICE.

PÁGINAS

PÁGINAS

PÁGINAS

ERRATAS.

Págs.	Líneas.	Dice.	Debe decir.
10	3	en la parroquial.	en la parroquia de Sta. María la Mayor
17	1	La division en que. . . .	La division con que
30	18	verificó	intentó
31	30	ducados.	escudos
42	7	indigos	indignos
44	2	asechanzas.	acechanzas
44	33	causa..	cosa
48	19	Fray Gil	Fray Juan Gil
54	8	le maltrataran.	les maltrataran
57	10	publicacion.	estampacion
83	21	queda.	que da
90	39	las expediciones.	la expedicion
101	24	óden.	órden.
104	39	encontrarlo.	efectuarlo
113	5	destruidas.	destituidas
130	22	condsideraas.	consideradas
131	33	enaltecido	engrandecido
158	14	esquisita	exquisita
214	1	bibliágafo.	bibliógrafo
232	1	1584.	1585
234	8	efecto	afecto
234	20	lismonas	limosnas
284	6	casándole.	casándola
334	42	aproximada, exactitud .	aproximada exactitud,
339	9	cuatro ediciones.	siete ediciones
346	7	obispo.	arzobispo
368	12	de Aguila.	del Aguila
373	35	sutilizas.	sutilezas